PROYECTO JUNGLE



CLARA EMBERS

Círculo Rojo
EDITORIAL

Proyecto Jungle

Clara Embers



Primera edición: enero 2024

ISBN: 978-84-1061-015-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Clara Embers
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.


HACIA
LAS FUERZAS
LA GUARIDA
NAVES
ENTRADA A
LOS TÚNELES

1

Era martes. Un martes cualquiera. Uno de esos que se convierten en una extensión del lunes. Un martes más en la panadería de mi barrio. Desde que tengo memoria esa panadería ha estado allí, con exactamente los mismos elementos que tenía ahora: el letrero encima de la puerta con el fondo amarillento y las letras borrosas por el paso del tiempo; el mostrador de madera frente a la puerta, empotrado entre los dos metros que separaban una pared del local de la otra; las bisagras que permitían levantar parte del mostrador para entrar y salir; la vitrina debajo de la madera con algunos productos que yo juraría que ya estaban ahí cuando iba de pequeña. Y el pan. La pared de detrás del mostrador todavía sujetaba las estanterías que, en mi infancia, albergaban barras de pan de todos los tipos.

El dueño seguía siendo el mismo, igualmente avaro y desagradable que hacía más de veinte años, pero ahora ya solo venía de madrugada a cocinar la única hornada del día.

Desde la *crisis del aire*, la economía y los empleos en todo el continente, *Betalia*, habían sufrido un gran golpe. Debido al calentamiento global, el aire que respirábamos contenía unas nuevas bacterias que afectaban a la salud de distintas maneras: enfermedades respiratorias, alteraciones de la piel, problemas inmunológicos… Hubo miles de muertes causadas por estas bacterias y el Gobierno decretó leyes muy duras contra las fábricas, lo que supuso el cierre de la mayoría y con ellas, el desempleo de millones de trabajadores. Mi madre fue una de ellas. La fábrica en la que trabajaba en el turno de noche desde hacía quince años cerró. Ahora vive en el pueblo, cuidando de mi abuela.

Mi barrio era uno de los que bordeaban el Centro, separado de él por los puentes fronterizos, ambos, tanto los puentes como el barrio, compartían la misma mala fama.

Con la crisis del aire, mucha gente comenzó a mudarse a los pueblos que se organizaban en los círculos más allá de los barrios, buscando un aire más limpio y esperando encontrar algún empleo más rústico, que era lo que favorecían las nuevas leyes del Gobierno de Betalia. Más allá de estos pueblos, solo quedaban las aldeas, gestionadas completamente libres del Gobierno que tenía su sede en el Centro.

Yo me quedé en el piso del barrio donde me había criado y vivido durante mis veintitrés años. Era un piso pequeño, de un edificio de cuatro plantas, pero durante mucho tiempo vivimos ahí cuatro personas. Ahora, con mi madre en el pueblo, mi hermana estudiando fuera y mi padre en paradero desconocido (bueno, no era desconocido, simplemente no pretendía encontrármelo), el piso era más que suficiente para mí. Además, con la cantidad de gente que se había mudado a los pueblos, mis vecinos solo eran una mujer de muchos años, que vivía en el tercero y apenas bajaba a la calle porque no podía con las escaleras, y un matrimonio originario de las aldeas no agregadas al sistema central, que solo pisaba el edificio por las noches. La calma era total.

Por la tarde, me esperaba de nuevo la panadería de mi barrio. Allí veía anochecer mientras vendía las pocas barras que sobraron por la mañana. No sacaba mucho, lo justo para mantenerme. En los meses de verano, el dueño descansaba en su pueblo y yo me encargaba también de las hornadas. Con ese extra podía ahorrar algo. Y si surgía algún imprevisto… Bueno, tenía maneras de mantenerme.

Esa tarde cerré cinco minutos antes, ya no quedaba pan y hacía más de media hora que nadie pasaba por la puerta. Las nubes oscuras y el olor a lluvia animaban a quedarse en casa. Yo tenía otros planes.

Un aviso de una de las protectoras con la que colaboraba pedía ayuda para recoger a una gata y sus cachorros, que vivían en un patio privado. El dueño de la casa amenazaba con deshacerse de ellos esa misma noche.

Salí de la panadería y caminé a la dirección que me habían indicado los chicos de la protectora. No estaba muy lejos de allí, era un camino de algo menos de diez minutos. Cuando llegué, Andrea y Carlos ya estaban allí. Había coincidido con ellos en anteriores ocasiones echando una mano a la asociación, colapsada tras el enorme abandono de animales después del éxodo de los barrios. Junto a ellos, de pie delante de una puerta de metal, estaba un señor de unos sesenta años, quizá sesenta y cinco, delgado, con camisa de cuadros, cara arrugada y unos pocos pelos blancos en la cabeza.

Mientras me acercaba a ellos, pude escuchar su conversación:

—Las jaulas trampas llevan su tiempo, la gata no va a entrar enseguida, tenemos que seguir intentándolo —explicaba Carlos pacientemente.

—No hay que tomarse tantas molestias, ya he comprado veneno, de esta noche no pasa —respondía el dueño del patio.

Justo en ese momento llegué y saludé, cortando la conversación, la mascarilla que me protegía de las bacterias del aire ocultando mi mueca. Andrea me puso en antecedentes: lo habían intentado con jaulas trampa, con comida, etc., pero nada había dado resultado. La gata era demasiado lista y el instinto protector hacia sus cachorros hacía imposible acercarse para rescatarla. Negociar con el dueño unos días más para seguir intentando capturarla con jaula no había funcionado, era un hombre amargado de ideas fijas.

—Yo entro, la cojo y la metemos en el transportín —sentencié mientras me arremangaba las mangas de la chaqueta.

No había ningún problema para mí. No era la primera vez que rescataba algún gato de la calle con mala leche y se me daba muy bien. Desde bien pequeña había sentido un amor incondicional por los animales e incluso un sentimiento de conexión con ellos.

Me giré hacia Andrea y Carlos, esperando una mirada de aprobación. Ellos eran los encargados del rescate y los que habían negociado con el hombre.

—Pero ten cuidado —me advirtió Julia.

Se me escapó una sonrisa, ahora el rescate dependía de mí y no pensaba dejar que aquel hombre se interpusiera. Me recogí mi larguísima melena de color indefinido en un moño mientras cruzaba hacia el patio. Cuando era pequeña, el color castaño se me aclaraba tanto con el sol, que, junto con mis pecas, parecía reflejar un ocre anaranjado. Ahora, parecía que los tonos oscuros se habían asentado, pero no lo suficiente como para considerarme morena. Ni el tono era castaño ni nada quedaba ya de los reflejos pelirrojos. En fin, indefinido.

Cerré la puerta detrás de mí, para acercarme a la gata necesitaba silencio e intimidad. Era un patio muy pequeño, rodeado por un muro alto y con las baldosas del suelo bastante dañadas. No estaba muy limpio, la basura se acumulaba en las esquinas cada vez que se levantaba el aire de tormenta. En una de las esquinas estaban los cinco gatitos sobre una especie de camiseta hecha trapos, mientras que en la siguiente esquina encontré a la gata, su pelaje tricolor totalmente erizado. Se había encogido allí al verme entrar.

Di un paso en su dirección y comenzó a emanar un ligero chillido que poco a poco subía de

volumen. Hice caso omiso y di otro paso. El chillido se cortó con un bufido y un embiste con sus patas delanteras hacia mí. Todavía no estaba lo suficientemente cerca como para que llegara a hacerme daño.

No retrocedí, me quedé quieta y respiré hondo. La gata volvió a su posición inicial. Entonces me agaché lentamente y di otro paso. Ahora sí estaba muy cerca de ella. Poco a poco alargué mi mano derecha, mi piel blanquecina sombreada por las nubes que cubrían el sol. Al otro lado, la gata volvió a responder con un bufido. Dejé mi mano inmóvil a un palmo de su cara. El animal se quedó muy quieto y dirigió los bigotes hacia mis dedos. Muy lentamente, arrastrándome sin separar la mano de su hocico, me acerqué un poco más a ella. Sus ojos amarillos y con las pupilas completamente dilatadas se posaron en los míos. No moví ni un centímetro de mi cuerpo. Las pupilas comenzaron a perder espacio y el amarillo del iris se comenzaba a transformar hacia tonos verdosos, más cercanos al color del mar que al verde oscuro avellanado que brillaba en mis ojos. Era el momento de cogerla. Tenía que ser un movimiento rápido y directo hacia el pellejo de la parte de arriba de su cuello y entonces solo tendría que elevarla hasta el transportín. Alcé mi mano derecha, mis dedos rozaron el pelaje del animal…

—¡Ya está bien, esto es una tontería!

El dueño del patio había decidido que había esperado demasiado y entró al patio dando un golpe al abrir la puerta.

La gata salió de su estado de cautela y pasó al de defensa. En esa milésima de segundo intenté seguir el plan y agarrar el pellejo de la madre, pero ella ya había saltado y se me resbaló. Instintivamente alargué la mano izquierda para impedirle el paso, sabía que no podría volver a arrinconarla y cogerla. Probablemente, si lo hubiese pensado algo más que esa milésima de segundo, se me habría ocurrido algo menos estúpido… Obviamente, la gata llena de rabia, miedo y protección, me mordió en la mano. En ese momento, mi instinto me gritaba fuerte que tirara de mi mano para liberarme de las mandíbulas de la gata, pero esa era la peor de las ideas, las heridas serían más grandes y además podía herir al animal. Dejé que me clavara los colmillos el tiempo suficiente para, con la otra mano, poder agarrarla, ahora sí, del pellejo.

A pesar de la labor del hombre y del mordisco en la mano, la gata por fin estaba en el transportín, ilesa. Andrea se acercó hacia donde estaban los cachorros y juntas los recogimos para meterlos con su madre.

Mientras tanto, el señor mayor no dudó en seguir con el discurso que había comenzado cuando decidió interrumpirme:

—De toda la vida estos casos se han solucionado con un palo…

Toda la rabia que me corría por dentro se cruzó con el dolor de las cuatro hendiduras que me había provocado la mordedura en la mano y, sin pensarlo, crucé todo el patio y me abalancé hacia él gritando.

—Saque el palo, que ahora vamos a solucionar *SU* caso…

Rápidamente, los chicos de la protectora me agarraron cada uno por un brazo y me metieron en el coche junto con el transportín de los gatos. No les resultó sencillo si tenemos en cuenta que superaba a Andrea en altura por más de diez centímetros y Carlos apenas rozaba mi estatura.

Mi mano no paraba de sangrar e hincharse y decidieron acercarme a Urgencias para que le echara un vistazo un médico.

Una vez allí, me atendieron rápidamente para limpiar la herida. Después, me tocaría esperar en un box para ponerme las inyecciones reglamentarias en caso de una mordida de un animal callejero.

Cuando el enfermero se me acercó, traía varias inyecciones.

—¿Todo eso me vais a poner?

—La de la rabia y la del tétanos son para evitar enfermedades del animal, la tercera es porque, según tu ficha, todavía no te has vacunado de la bacteria del aire y es obligatorio para mantener…

—Sí, sí, vale, si el discurso me lo sé —le corté rápidamente.

Poco después de descubrir las bacterias del aire, el número de fallecidos era tan brutal que enseguida comercializaron nuevas vacunas para proteger a toda la población. Un tiempo después, el Gobierno anunció que habían conseguido mantener los niveles de bacterias en el aire al mínimo y nunca se reportó nada sobre la eficiencia de las vacunas.

Durante esos tres años yo no me había vacunado, no por sólidas convicciones, simplemente por una mezcla de ligera sospecha con una gran pereza. Además, como muchos otros, yo seguía saliendo a la calle con mascarilla a pesar de que nos confirmaban que ya era seguro volver a respirar el aire de la calle. Me había ido bien así hasta ese martes, pero después de la tensión del momento con la gata, de la mordedura y las horas esperado en el hospital, no me veía con fuerzas de negarme ante todos los funcionarios médicos que se presentaran para convencerme de la necesidad de vacunarme, así que, simplemente, me quité la chaqueta y subí la manga de mi camiseta indicándole al enfermero que estaba lista.

Una bola de fuego líquido me corrió desde el hombro en el momento que el enfermero retiró la aguja. Notaba como lentamente comenzaba a bajar por el brazo quemando el camino hasta la mano mordida. Era como si mi brazo se hubiese tragado una guindilla y ahora corriera por dentro, encendida. La mano se hinchaba sin parar, como había hecho desde que monté en el coche. Palpitaba fuertemente y ardía. Todo fruto de la infección de la mordedura según el informe del hospital.

Esa noche fue extraña. Todo el cuerpo me ardía mientras esa guindilla que yo notaba lo recorría entero. En aquel entonces le eché la culpa a la fiebre por la infección, hoy ya sé que mi cuerpo reaccionaba a algo bien distinto.

2

El día siguiente no fue mejor. Por la mañana era incapaz de levantarme de la cama. Todo el cuerpo me pesaba y tenía la sensación de que mi cabeza iba a explotar al primer ruido fuerte que escuchase. Hasta el sonido de los pájaros en la calle me molestaba a pesar de tener las ventanas cerradas. Y para colmo, era incapaz de abrir los ojos sin que me llorasen con la tenue luz que se colaba por los agujeros de las persianas.

Me mantuve en la cama, con la espalda pegada al delgado colchón y los ojos cerrados hasta que la llamada del dueño de la panadería fue suficiente amenaza como para hacer alguna intención de arrastrarme fuera de la cama. Me costó cinco intentos abrir los ojos sin que me molestara la luz, pero por fin me levanté y me puse el chándal. Nunca he sido una chica atlética ni me ha interesado el deporte, a pesar de que mi altura superior a la media de las chicas de mi edad me había conseguido cientos de comentarios sobre lo bien que se me daría jugar al baloncesto. No podía negar que tenía buena estructura que me aportaba fuerza y estabilidad, con las curvas necesarias en su sitio, pero músculos de plastilina. Al igual que del baloncesto, lo único que me llamaba la atención de cualquier deporte era la ropa deportiva y el chándal era mi prenda de vestir favorita. Podía ir a cualquier lado en chándal, el truco está en seleccionar cuáles son de *vestir* y cuáles *de diario*.

Antes de llegar a la panadería me desvié hacia la farmacia a por una caja de algo que me pudiera calmar la fiebre y el dolor de cabeza.

Así pasaron un par de días en los que comenzaba a acostumbrarme al dolor de cabeza y la sensibilidad en la vista y con los sonidos, pero los síntomas no amainaban.

Aprovechando que la tarde del viernes la tenía libre, decidí volver al médico. La mano seguía hinchada y temía que, a pesar de las vacunas de la rabia y el tétanos, la mordedura me hubiera causado cualquier problema meningítico o alguna infección a nivel cerebral… Sí, busqué los síntomas en internet antes de pedir la cita en el médico.

Llegué diez minutos antes de la hora en la que me habían citado. Esta era una manía que me había contagiado mi madre. Podía escuchar su voz en mi cabeza: «Tienes que llegar pronto, porque así, si el que está citado antes que tú no ha llegado todavía cuando pasen lista, tú entrarás antes que él». Esa era la forma que tenía mi madre de superar al sistema y no iba a ser yo quien desperdiciara semejante ventaja.

En el ambulatorio las filas de asientos se dividían de cuatro en cuatro y me senté en la primera que encontré completamente libre, justo enfrente de una pareja joven. Nunca me ha gustado relacionarme y menos con desconocidos que, con suerte, no volverás a ver. No comprendo a la gente que, sin conocerte, comienza una conversación sobre un tema que solo les interesa a ellos.

Saqué el móvil para tener algún sitio hacia el que desviar mi mirada, pero desde la mordedura, las luces de la pantalla me impedían ver cualquier cosa que reprodujera sobre ella. Volví a guardar el móvil y me di cuenta de que la pareja había comenzado a hablar muy bajo entre ellos mientras me miraban de reojo. En respuesta, me quedé mirándolos desafiante unos segundos, hasta que una voz me distrajo.

—Perdone, señorita, ¿a qué hora tiene la cita?

Levanté la mirada y a mi derecha encontré un señor mayor, muy mayor, con bastón y sonotone, de pie, esperando una respuesta a su pregunta. El sonido de su voz me atacaba directamente a la cabeza y durante unos segundos me costó pensar en la respuesta. El hombre era uno de esos de los que yo no comprendía: tenía ganas de hablar con algún desconocido y me había tocado a mí, así que siguió con su discurso.

—Yo lo tengo a las 17:18, pero me he venido pronto porque nunca se sabe…

El hombre debía de conocer la táctica de mi madre.

—La semana pasada lo tenía a las 16:12 —dijo sentándose en el asiento inmediatamente siguiente al mío. Yo le miraba suplicándole con los ojos que se sentara en cualquiera de los otros más alejados, pero no pareció darse cuenta—, y no me llamaron hasta las cinco menos seis minutos. ¡Una vergüenza!

Se quedó mirándome esperando alguna respuesta por mi parte, pero solo pude devolverle un pequeño gesto con la cabeza de manera aprobatoria. La pareja de enfrente había dejado de mirarme a mí para observar ahora al nuevo miembro de la sala de espera.

Unos minutos de silencio después y el hombre volvió a la carga. Esta vez dirigiéndose a mí en voz baja y hablándome muy cerca.

—Nos miran por la mascarilla —sentenció muy serio.

Yo, que hacía un rato que me había perdido en mis pensamientos, volví a caer a la tierra, miré a la pareja, miré al hombre y de mi boca salió un «¿Eeh?» como si ese hombre y yo no compartiéramos el mismo idioma.

El hombre cogió aire, me esperaba una respuesta larga…

—Esos de ahí nos miran todo el rato porque todavía llevamos la mascarilla. Tú tampoco te crees que esos inútiles del Gobierno hayan limpiado el aire totalmente, ¿no? Quieren que nos confiemos, quieren hacernos débiles para poder controlarnos. Pero las bacterias siguen ahí y la gente se sigue infectando…

Las bacterias no me preocupaban mucho, de verdad me creía que el nivel en el aire se había reducido bastante, pero se me había quedado la manía de llevar mascarilla, me sentía más protegida. Además, me daba un aire misterioso que me gustaba y hacía más fácil ocultar mis gestos cuando algo (o alguien) no me agradaba.

Pero su teoría conspiratoria se basaba en los tiempos en los que sirvió en el ejército, y estaba dispuesto a ponerme al día, ignorando mi cara de resignación. Debía ser que con la mascarilla puesta el hombre no podía apreciar claramente mis muecas de desesperación.

—… de la infantería. Todo el mundo lo sabía en el cuartel, pero nunca salió de ahí. Era de las pocas mujeres que había en el ejército en mis años, no como ahora. ¿Sabes quién te digo?

Me pilló fuera de juego, mi dolor de cabeza había hecho que me perdiera en mis pensamientos una vez más.

—Eeh, ¿quién? —Fue lo poco que llegué a decir. A estas alturas de la conversación el hombre debía de estar convencido de que yo era imbécil.

—Todo el día con los móviles y los aparatitos, pero no sabéis nada de la vida.

Una vez más, la mascarilla me salvó de demostrar mis degradables gestos.

—Fue de las pocas mujeres en el ejército en aquellos años, claro que ella no combatía, la tenían todo el día trabajando en la enfermería.

No tenía ni idea de por qué me estaba contando eso, imaginaba que tenía que ver con algo del discurso de las vacunas, pero tampoco me interesaba. Puse cara de póker y le dejé continuar con su historia, ya se cansaría.

—… y ahora su hija, Julia Carmona, no ha vuelto a salir en ningún medio de comunicación después de lo que puso en internet. ¿Y de verdad nos tenemos que creer que todo es casualidad?

No sé si era una pregunta retórica, o esperaba alguna respuesta por mi parte, pero me salvé porque justo en ese momento me llamaron a la consulta. El truco de mi madre de llegar antes que los demás había funcionado.

Una vez dentro, la doctora me hizo contarle todo lo que había pasado, para luego leerlo ella misma en el informe del ordenador sin mucho interés.

—Todo eso es a causa de la infección, pero con los antibióticos que te estás tomando debe desaparecer en unos días —comentó la doctora sin levantar la vista del ordenador.

—¿Y no puede ser que la vacuna de las bacterias me haya hecho reacción? Nada más ponérmela empecé a sentir…

Dudé si seguir con la explicación por miedo a terminar en el pabellón psiquiátrico. Fue entonces cuando la doctora me miró a los ojos.

—¿Te pusieron la vacuna del BAC_01?

—Sí… La de las bacterias del aire…

—Pero ¿ya te la habías puesto anteriormente?

—No, no, como no la tenía puesta, decidieron ponérmela en el hospital, aprovechando que tenían que ponerme las otras dos.

La doctora se quedó callada y yo me miré el brazo donde me inyectaron la vacuna, el fantasma de la guindilla que sentí aquel día ardió por un momento en mis venas.

La doctora devolvió su vista a la pantalla y comenzó a teclear algo. Cuando terminó, cogió el teléfono, buscó en un cuaderno que tenía encima de la mesa y marcó una extensión corta.

—Por favor, necesito que acompañes a una paciente a la sala 808… Sí… Gracias.

Colgó el teléfono y se dirigió hacia mí con una voz amable:

—Algunas versiones modernas de esa vacuna están dando un poquito de reacción, te vamos a acompañar a otra sala y mis compañeros harán una revisión.

Enseguida apareció un celador por la puerta. Era un chico joven y delgado, con la mirada un poco perdida. No tenía pinta de ser el más avispado de la clase.

Salí de la consulta detrás de él, pasando entre el hueco que dejaban las dos filas de asientos que separaban a la pareja del hombre mayor que me habían acompañado en la sala de espera. Al pasar por delante de ellos, el hombre me miró y me dijo muy alegremente:

—Espero que no sea nada. ¡Que te mejores!

Al final resultó que había hecho un amigo y todo…

Seguí al celador por las escaleras hacia el sótano del ambulatorio. Ya había estado allí otras veces para hacerme alguna radiografía, pero nunca me habían acompañado. Los pasillos de esta planta formaban un cuadrado. Cada una de las cuatro esquinas estaba reforzada por grandes columnas, pero el centro del cuadrado estaba vacío, lo que dejaba un espacio totalmente abierto y podías ver toda la planta desde cualquiera de las esquinas. Unas barandillas impedían que cayeras por el hueco hacia lo que intuía que era el *parking* de ambulancias, unos cuatro metros más abajo. Los números de las puertas iban aumentando a medida que avanzábamos por el pasillo: 804, 805, 806, 807… Giramos por el pasillo hacia la derecha y apareció la puerta 808.

—Aquí es. —Canturreó el celador mientras abría la puerta con la llave.

Hizo un gesto con la mano para que entrara y obedecí.

—Espera aquí, enseguida vendrán mis compañeros. —Y cerró la puerta.

3

Pasé a la habitación y accioné el interruptor de la luz. No funcionó, pero la sala no estaba oscura del todo. En la parte superior de la pared, frente a la puerta, había un pequeño tragaluz por el que pasaban los pocos rayos de sol que el cielo encapotado dejaba libres. Era una sala pequeña, diferente a las de las consultas. No tenía ninguna camilla ni instrumentos médicos. Solo había un escritorio situado a la izquierda de la habitación y un par de sillas. Me senté en una de ellas a esperar.

A pesar de la oscuridad de la habitación, mis ojos se habían adaptado rápido y seguí recorriéndola con la vista. Me fijé en el tragaluz. Era bastante inquietante ver los pies de la gente que caminaba por la calle al ras de la pequeña ventana.

Una vez más, saqué el móvil del bolsillo para hacer tiempo aprovechando que mis ojos se habían acostumbrado a la luz de la sala, pero esta vez fue la falta de cobertura lo que me impidió usarlo.

No sé cuánto rato pasó, pero mi cabeza comenzó a dolerme. Un ruido lejano invadía mi mente. Me recordaba a la estaticidad de las televisiones antiguas cuando un canal estaba codificado. Cada vez lo escuchaba más cerca. Pensé que mi cabeza iba a explotar. Yo, que siempre había pensado que la mente es todopoderosa, decidí concentrarme en el sonido. Cerré los ojos muy fuerte y apreté los puños. El sonido seguía amplificándose, pero cada vez se hacía menos ruidoso. Enseguida comencé a separar algunas palabras del resto del ruido. Apreté un poco más los puños y bajé la cabeza. Entonces me di cuenta: era una conversación desde un *walkie-talkie*. «Extracción en dos pasos» es todo lo que llegué a escuchar. Abrí los ojos y relajé las manos. Las heridas de la mordedura se habían abierto por la fuerza al cerrar los puños y habían comenzado a sangrar. No le di importancia. Me levanté y me acerqué a la ventana. Ahora los sonidos eran mucho más claros a pesar de que ésta no se podía abrir.

—808. Sedación y extracción.

¿808? Era la sala en la que estaba, sí, recordaba perfectamente el número de la puerta. ¿Sedación? ¿Extracción? ¿Me iban a operar ahí? Pero yo no quería que me operaran. ¿Y de qué? Pensé que me estaba volviendo loca, un efecto secundario más de la vacuna. Me quité la idea de la cabeza y me volví a acercar a la ventana. Antes de llegar a ella me paré en seco. Por el cristal comenzaron a desfilar varias botas oscuras, andando todas al mismo compás. En el borde trasero derecho llevaban todas impresas un mismo logotipo en blanco: dos palmeras, inclinadas la una hacia la otra.

Mientras pasaban, el ruido de electricidad estática volvió a mi mente. Necesitaba salir de ahí, ya no solo por intuición, sino porque la cabeza me iba a estallar de un momento a otro.

Abrí la puerta decidida, pero al primer paso me frené en seco. Al otro lado de la puerta seguía estático el celador. Casi me choco de bruces contra su pecho.

—¿A dónde vas?

—Eeeh, al baño. —Por lo menos ahora mi respuesta había sido más rápida y más completa que las que le había dado anteriormente al señor de la sala de espera. Ahora aquello me parecía que había pasado hacía años.

—No puedes ir, tienes que esperar en esta sala —contestó el celador sonriendo. Su sonrisa, más que darme confianza a mí, le hacía parecer a él aún menos listo.

—¿Por qué? —le amenacé con los ojos.

—Porque tienes que esperar ahí.

Mis sospechas se confirmaban: algo raro pasaba y los padres de este tío eran hermanos.

—Tengo que ir al baño —le repetí, pero esta vez dando un paso adelante.

Entonces extendió su mano apoyándola en el marco de la puerta, impidiéndome avanzar.

Yo me detuve, eché mis hombros hacia atrás y le miré muy fijamente a los ojos. Noté que los orificios de mi nariz se me hinchaban. Nada bueno pasaba nunca después de eso. Cada vez que mi nariz se abría de esa forma, era la señal de mi cuerpo que indicaba que estaba a punto de perder la calma. Ya estaba preparada para revolverme contra el celador, cuando mi cerebro se iluminó, recordándome un superpoder que tenemos las mujeres para dejar KO a cualquier hombre mentalmente:

—Tengo que cambiarme la compresa. He manchado mucho, los primeros días… —Me disponía a darle más datos sobre mi falsa menstruación, pero no hizo falta. La palabra *compresa* ya le había volado su mente.

—Dobla la esquina y en la primera puerta tienes un baño.

Este truco nunca fallaba.

Giré la esquina y miré hacia atrás para asegurarme de que no me seguía. Él se mantenía en su puesto, frente a la puerta. Seguro que le habían ordenado que no se moviera de ahí, pero yo seguía al alcance de su vista.

Unos pasos más y llegué a la puerta del baño. Sujeté el manillar de la puerta, pero me paré en seco. Si entraba en ese baño y de verdad mis sospechas eran ciertas, estaría en una ratonera sin escapatoria. Un millón de pensamientos recorrieron mi mente en milésimas de segundo. Volví a mirar al celador. Seguía en su posición, mirándome desde la distancia, con la boca un poco abierta. De verdad que cada vez me convencía más de que la inteligencia no era su fuerte.

De todas las opciones que pasaron por mi cabeza, solo una se quedó fija: correr hasta la primera planta del ambulatorio y salir por la puerta antes de que llegasen los hombres que había escuchado hablar por el *walkie-talkie*. Tampoco era tan complicado, solo tenía que correr algo más que el lerdo que me esperaba en la puerta de la sala 808. Podía hacerlo.

Solté la manilla de la puerta del baño y comencé a andar en dirección contraria a la sala 808. El lerdo se dio cuenta.

—¡Eh! ¿Dónde vas? Te has pasado el baño —chilló sin perder su posición frente a la puerta.

Me hice la loca, miré al suelo y aceleré un poco más el paso.

—Eeh, no puedes ir hacia allí. —El celador había dejado su posición y había comenzado a andar hacia mí.

Era el momento, tenía que empezar a correr ya, pero con el siguiente paso noté algo. A pesar de que las escaleras estaban todavía algo lejos, comencé a escuchar unos pasos fuertes que se acercaban a ella. Era increíble cómo de agudo se me había vuelto el sentido del oído últimamente. «Ante situaciones de peligro se te agudizan los sentidos», pensé. No tenía ni idea de la realidad.

Aborté enseguida la misión de salir corriendo. ¿A quién iba a engañar? Correr nunca había sido mi fuerte, más bien mi desventaja. Desde pequeña, en las carreras del colegio, había demostrado que ni la velocidad ni la resistencia estaban en mi ADN. Pero escalar y saltar siempre se me había dado muy bien…

Me paré en seco con esa reflexión, mientras el celador seguía aproximándose a mí. El sonido de las botas retumbaba por la escalera cada vez más fuerte. Pegué mi espalda a la pared que albergaba todas las puertas y que recorría los cuatro pasillos formando el cuadrado. La palma de mis manos tocando los fríos azulejos. La poca sangre que todavía salía de mis heridas mancharon algunos de ellos. Miré fijamente al hueco del centro de la planta. Respiré hondo y comencé a correr hacia él. El celador comenzó entonces a correr hacia mí. Estaba muy cerca, era tonto pero rápido. Llegué a la barandilla y coloqué mis manos en la parte superior. Los hombres uniformados comenzaron a aparecer por la escalera. Cogí impulso y sin soltar las manos de la barandilla levanté primero mis piernas y después el resto del cuerpo, volando por encima de la valla. Solté mis manos y coloqué mi cuerpo en el aire para intentar caer los cuatro metros de vacío hasta el *parking* lo mejor posible.

Caí primero con los pies y apoyé las manos para, seguidamente, intentar guardar el equilibrio, pero no fue suficiente y terminé rodando por el asfalto. No había sido una caída muy estilosa, pero estaba entera, me valía.

Me levanté rápidamente y miré hacia arriba. La cara del celador, una vez más con la boca abierta, me miraba desde la barandilla del piso de arriba. Enseguida escuché una voz más grave:

—¡¿Dónde está?!

4

No quise saber más de esa conversación, tenía que desaparecer de allí. Ahora sí que comencé a correr. Subí por la rampa por donde entraban las ambulancias hasta una verja que cerraba la entrada. Me asomé por uno de los barrotes para asegurarme de que no había nadie esperándome fuera. Trepé la valla rápidamente y salté.

Una vez fuera, en la parte de atrás del centro médico, comencé a andar deprisa para alejarme sin llamar la atención. Lo siguiente que hice fue girar en cada esquina que veía, mirando hacia atrás para comprobar que nadie me seguía. Efectivamente, nadie lo hacía.

Noté algo en la nariz, encima de la tela de la mascarilla. Me había caído una gota. Miré el cielo y las nubes ya no dejaban pasar ningún rayo de sol. Cuando otra gota me amenazó, me coloqué la capucha del chándal para cubrirme del chaparrón inminente.

«Con la capucha y la mascarilla será más difícil que me reconozcan» fue la idea que me pasó por la cabeza y detonó una conversación interna conmigo misma. «Pero que me reconozcan, ¿quiénes?». El orgullo que había sentido con la idea de la capucha se había convertido ahora en inseguridad.

«¿Para qué iban a venir a por mí unos tíos con botas y uniformes?».

«¿Y la sala? Me habían encerrado en una sala en un sótano».

«Bueno, en realidad no me habían encerrado, me habían invitado a entrar y yo entré».

Los pensamientos contradictorios aparecían y desaparecían cómo ráfagas por mi cabeza mientras yo seguía andando sin rumbo por el barrio, con la capucha y la lluvia comenzando a apretar.

«He saltado cuatro metros de un sótano a un parking, mientras el celador intentaba agarrarme, por mi propia seguridad, solo porque me habían metido en una sala para que, médicos especialistas de uno de los laboratorios externos del centro de salud, me hicieran algunas pruebas. Y los uniformes debían de ser trajes especiales de contención ante virus y bacterias». Ese fue mi veredicto final. La había liado pero bien, tantas series y películas me habían pasado factura. ¿Estaba perdiendo la cabeza? Seguramente, por eso me dolía tanto últimamente… Me sentía realmente estúpida.

Decidí que lo mejor era volver a casa. La lluvia seguía y cada vez había menos gente por la calle. Había dado tantas vueltas, que llegar andando hasta casa me iba a costar unos quince minutos, pero me vendría bien para despejarme y recomponerme.

Para cuando llegué a mi calle, la lluvia era tan fuerte que me había calado por completo. Con cada zancada que daba, se formaba un charco en mis zapatillas, porque mis calcetines no podían absorber más agua. Avancé con la cabeza hacia abajo para evitar que la lluvia me azotara la cara. Por fin llegué al portal, saqué las llaves del bolsillo empapadas de agua y abrí la cerradura.

Todo lo que había pasado esa tarde todavía vivía en mi cabeza, reduciendo mi ánimo cada segundo. A pesar de estar completamente empapada, subí hasta el último piso con un ritmo pausado. No sabía cómo había sido capaz de imaginarme todo aquello y actuar como una loca.

Por fin llegué a casa y me quité el chándal empapado, dispuesta a darme una ducha de agua hirviendo, como a mí me gustaba. En esos momentos hubiera dado lo que fuera por tener una

bañera que poder llenar, tirar unas sales y sumergirme. Y que el agua saliera hirviendo… Pero en los baños de estos pisos tenías suerte si el agua no caía completamente helada y además no cabía una bañera. La ducha también me valía.

Entré en el baño y cogí el peine para desenredarme el pelo antes de la ducha. Con tanto movimiento, la capucha y la lluvia, una melena tan larga como la mía se convertía en un paisaje completo de nudos. Una brisa de aire me recordó que la ventana del baño, que daba a la calle, no estaba cerrada. Fui directa hacia ella, pero justo cuando la alcancé, escuché el ruido de la puerta de una furgoneta abriéndose. La curiosidad hizo que me asomara, me gustaba bastante enterarme de los chismes del barrio.

De la puerta corredera de una furgoneta negra, salió un hombre vestido con un traje de chaqueta negro y se dirigió de inmediato a la puerta de mi portal. Era un hombre difícil de describir. Nada en él era llamativo: su estatura era más bien corta, complexión normal, ni fuerte ni delgado… Si tuviera que adivinar su edad, sería una horquilla entre cuarenta y cinco y sesenta. Algunas canas pintaban su pelo cortado simétricamente. No le reconocí como ninguno de mis vecinos. Su paso era tan rápido y firme que apenas se mojó con la lluvia. Mi curiosidad aumentó. Me envolví en la toalla y salí para asomarme a la ventana del salón, que me permitía un ángulo más amplio para cotillear.

Entonces el hombre volvió a salir del portal, e hizo un gesto con la mano hacia la esquina del edificio. Saqué un poco más el cuerpo por la ventana y la lluvia volvió a mojarme. Me fijé bien: había un segundo hombre esperando en la esquina. Ni siquiera un paraguas le resguardaba de la lluvia. Con la que estaba cayendo y el segundo hombre no se movía de la esquina, su traje arrugado por el agua.

Mientras yo miraba al de la esquina, el primer hombre del traje negro había abierto otro paraguas y se dirigía a la ventanilla de la furgoneta.

¿Otra vez me estaba volviendo loca o de verdad todo eso era extraño? Asomarme a la ventana, mientras llovía, envuelta con una toalla no actuaba a favor de mi cordura tampoco…

Decidí volver a concentrarme en los sonidos, como había hecho aquella vez con los *walkie-talkies*, para conseguir escuchar lo que sucedía bajo mi ventana.

Desde allí dirigí mi cabeza en dirección a la furgoneta. Cerré los ojos e hice fuerza con los puños, esperando que funcionara esta vez. Me concentré durante unos segundos, pero todo lo que escuchaba era el ruido del agua golpeando el canalón del tejado. Abrí los ojos. Saqué un poco más mi cuerpo por la ventana y miré fijamente al hombre del traje pegado a la furgoneta. Empecé a escuchar algo distinto a la lluvia. Volví a cerrar los ojos. Partes de la conversación comenzaron a resonar en mis oídos de manera muy clara.

—Es el último piso, 4.º A.

—La han visto llegar.

—Quedaos cerca, pero no actuéis, solo Caimán y yo.

—Treinta minutos y subimos.

Desde la furgoneta dijeron algo, pero no alcancé a escucharlo. Paso seguido, el vehículo se marchó, pero los dos hombres que vestían de negro se quedaron. El de la esquina seguía allí, empapado y sin moverse. El otro hombre, que había dado las instrucciones a la furgoneta, se colocó en la acera de enfrente a mi portal, resguardado por el paraguas.

Me metí corriendo y cerré la ventana. 4.º A era mi piso. Ya no eran imaginaciones, venían a por mí. ¿Por qué? ¿Para convencerme de adoptar una nueva religión? No tenía pinta de eso…

Me quedé parada en medio del salón, agarrándome la toalla que me tapaba el cuerpo. Todos los

acontecimientos de esa tarde recorrían mi cabeza, pero era un único pensamiento el que atravesaba constantemente todos ellos, como una línea infinita: *huye*.

Miré el reloj del móvil, eran las 19:51, y el hombre del traje había dicho que subían en treinta minutos…

Tenía que huir. Me lo decía mi instinto, el mismo que hizo poner la mano para que no se escapara la gata aquella noche, el mismo que me hizo huir de la sala del ambulatorio y el mismo que me hizo saltar cuatro metros hasta el *parking* de ambulancias. A lo mejor mi instinto no era garantía de nada…

«Huye. Huye. Huye».

5

Me olvidé de la ducha y me puse otro chándal limpio. Era mi favorito: pantalón y chaqueta negros, de algodón, pero lo suficientemente ancho como para ser el más cómodo de todos los que tenía. Que el chándal tuviera más de cinco años también hacía que fuera más ancho ahora que cuando lo compré.

Comencé a recoger cosas rápidamente y un poco al azar y a meterlas en la primera mochila que encontré. Metí algo de ropa, pasta y cepillo de dientes, un pequeño botiquín que encontré en el baño, un peine, el cargador del móvil, un paquete de mascarillas y el dinero que tenía ahorrado de la panadería.

Si al final todo era mi imaginación, solo tendría que sacar las cosas de la mochila y volverlas a colocar en su lugar, pero si, por el contrario, venían a por mí, necesitaba meter cualquier cosa útil que encontrara por casa.

Volví a mirar el reloj: las 20:12. Había pasado veinte minutos metiendo cosas en la mochila. De repente un pequeño retortijón me recordó que, en días normales, dentro de un rato estaría cenando. Hoy no era un día de esos, pero sí que sirvió para recordarme incluir algo de comida en la mochila. Si de verdad me tenía que ir de allí, no sabía ni a dónde ni por cuánto tiempo. Tenía que guardar algo de comer y agua.

Corrí a la cocina y abrí la media barra de pan que me había sobrado la noche anterior. Busqué entre las pocas cosas que quedaban en la nevera, le metí unas cuantas lonchas de chorizo que encontré y saqué una botella de agua. La guardé junto con el bocadillo y cargué un par de paquetes de galletas que estaban huérfanos, sin caja, en el armario. No era mucho, pero una nunca está preparada para una huida exprés.

Cargué la mochila, me puse la mascarilla y me coloqué la capucha del chándal negro sobre mi pelo aún empapado. Me disponía a salir por la puerta, cuando me frené de golpe. ¿A dónde iba a ir? Y si supiera a dónde ir, ¿cómo iba a salir del edificio? Esos dos hombres estarían esperándome.

Me volví a asomar por la ventana para comprobar si era cierto. El hombre de la esquina seguía bajo la lluvia, en la misma posición. Parecía disfrutar mientras se empapaba. El otro hombre del paraguas seguía en la acera de enfrente. Como si pudiera olerme, levantó la cabeza hacia mi ventana, apartando el paraguas hacia atrás. Por una milésima de segundo me miró y sonrió. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Me agaché automáticamente, resguardándome en el salón y cerré la ventana de golpe.

Miré el móvil una vez más. Según mis cuentas quedaban un par de minutos antes de que subieran a por mí. Salí corriendo en dirección a la puerta de la calle sin saber muy bien por qué. Esa sonrisa me había revuelto todo el cuerpo. Cuando llegué a la puerta me quedé mirando fijamente a la derecha del marco. Allí tenía colgados varios ganchitos para colgar las llaves y de uno de ellos colgaba una porra de madera. Estaba barnizada de un color marrón oscuro y talladas se podían leer las palabras «Defensa propia». Era bastante hortera, pero había sido un regalo de mi abuelo. Pasó sus últimos días en el pueblo tallando madera y me la dio con mucha ilusión. Era un hombre bruto, parco en palabras, pero siempre se sacrificó por los suyos. Por eso y porque era

el único que comprendía mi esencia, yo le tenía mucho cariño a esa porra. Además, desde que vivía sola, me daba tranquilidad tener algo parecido a un arma en caso de necesidad.

Me lo pensé un par de segundos, pero al final cogí la porra y me la colgué en la mano. En ese instante, escuché desde la entrada cómo se abría la puerta del portal. Miré el móvil: las 20:20, estaba segura de que el que había abierto el portal era alguno de los dos hombres de traje.

No podía bajar por las escaleras, ahí no podría escapar. Tampoco podía saltar por la ventana; una cosa eran cuatro metros hasta un parking y otra saltar desde un cuarto piso, no era tan inconsciente. Solo quedaba una opción: subir. Pero era el último piso, solo podía llegar hasta la azotea del edificio. «Bueno, será más que suficiente para esconderme un rato hasta que desaparezcan», se me ocurrió.

Comencé a subir las escaleras de dos en dos, pero sin correr, para que no me escucharan. Mis largas piernas ayudaban bastante a la acción. Cogí las llaves sujetándolas dentro del puño para ahogar su sonido y seleccioné la llave de la puerta de la azotea. Por el sonido de los pasos debía de ser el hombre del paraguas, mucho más menudo que el que observé en la esquina. Sonaban muy cerca, ya debía de estar en el descansillo del cuarto piso.

Me quedé muy quieta, no quería que me escuchara por nada del mundo. Me agaché a cuatro patas delante de la puerta de la azotea, todavía sin abrir y me volví a concentrar para enterarme de lo que pasaba en el piso de abajo. Escuché cómo sacaba algo metálico del bolsillo y cómo hurgaba en la cerradura con él. Sonó un *clic* y el chirrido de la puerta de mi casa abriéndose me indicó que el hombre había conseguido entrar. Yo misma me sorprendí de lo agudo que se había vuelto mi oído.

Aproveché ese momento para abrir la puerta de la azotea y colarme. Una vez dentro, volví a cerrar la puerta.

Me asomé al borde del tejado para vigilar si el hombre volvía a salir del edificio. Por suerte, nunca me habían aterrorizado las alturas. Me fijé en la esquina, el otro hombre seguía ahí, la lluvia a su alrededor comenzando a amainar.

Seguí vigilando desde las alturas, esperando ver salir a aquel hombre para poder volver a mi casa, pero, para mi desgracia, eso no iba a suceder. En su lugar, vi como el hombre de la esquina se llevaba un dedo a la oreja, asentía con la cabeza y abandonaba su posición. Muy despacio se fue acercando al portal, hasta que volví a escuchar la puerta. Ahora los dos estaban dentro del edificio.

Recorrí con la mirada toda la azotea, esperando encontrar otra salida, o algún sitio más oculto donde esconderme. La azotea era un rectángulo completamente desierto, coronado con algunas antenas, a las que no pensaba acercarme y menos en un día de lluvia. Volví a mirar hacia la puerta que había cerrado con llave. Esa era la única entrada y salida.

«No se les va a ocurrir mirar aquí arriba», me repetía una y otra vez para templar mis nervios. En medio de ese mantra, me dirigí hacia la puerta, esperando escuchar algo de lo que estuviera pasando en la escalera, aprovechando mi fino oído. Pegué la oreja en el frío aluminio.

—Del edificio no ha salido —aseguraba una voz profunda.

—Aquí dentro no está, ya lo he comprobado —murmuraba otro hombre con tono molesto. Sin duda, era el hombre del paraguas.

—¿Solicitamos que vuelvan los refuerzos?

—¡Qué simple eres, Caimán! —gruñó la segunda voz—. ¿No crees que seamos capaces de capturar a una simple niñata, dentro de un edificio, nosotros solos?

—Como ya se escapó una vez…, pensaba que sería conveniente… —Empezó a explicarse con

voz insegura al que habían llamado *Caimán*.

—Ese es tu problema, que piensas. No estás aquí para eso. Ya he pensado yo: si no ha bajado por las escaleras entonces…, ¡ha subido!

El hombre menudo hablaba como si hiciera horas que lo había descubierto. Siguió dándole órdenes a Caimán:

—Ve a por ella a la azotea, ya sabes lo que tienes que hacer.

En ese momento, un muro invisible me cayó encima rompiendo mis pocas esperanzas. Me quedé paralizada en el sitio, lo único que mi cuerpo podía hacer en ese momento era seguir escuchando. Llegué a identificar cómo alguno de los dos guardaba algo en su bolsillo.

—Te espero abajo. Y date prisa, está dejando de llover y la gente comenzará a salir a la calle. No conviene que nos vean.

La última frase la escuché menos nítida, debía de estar bajando por las escaleras ya. Enseguida me di cuenta de que escuchaba otros pasos acercarse. Seguro que era ese tal Caimán.

«No puede entrar, he cerrado con llave», pensé durante un estúpido segundo. Habían entrado en mi casa sin esfuerzo, forzar la raquítica cerradura de la azotea no iba a suponer ningún problema para ellos.

Me separé de la puerta y corrí hacia el borde del tejado de nuevo, para comprobar dónde estaba el otro hombre. Lo encontré parado de espaldas a la puerta del portal. Justo en ese momento se movió la manilla de la puerta de la azotea. Caimán estaba al otro lado.

6

No podía correr, no podía esconderme, no podía saltar… Como tantas otras veces, solo tenía una opción: enfrentarme.

Me quité la mochila y la coloqué en una esquina cerca de la puerta. Agarré fuerte la porra que todavía colgaba por su cuerda de mi mano derecha y me coloqué enfrente de la puerta de la azotea, con la distancia justa que ocupaba la hoja al abrirse. Por el sonido, era consciente de que ya estaba siendo manipulada y que era cuestión de segundos que descubriera a Caimán frente a mí. Abrí las piernas, doblé un poco las rodillas, endurecí el estómago y eché mis hombros hacia atrás.

Clac, la cerradura estaba desbloqueada. La puerta comenzó a abrirse muy poco a poco. Enseguida vislumbré el cuerpo de Caimán saliendo de la oscuridad de la escalera hacia el tejado. Desde la ventana no le había podido ver físicamente en detalle. Era un hombre bastante alto, ancho de espaldas y con las piernas y los brazos fuertes. Su forma encajaba con el arco de la puerta. Su cabeza también era bastante grande, más de lo normal, con una mandíbula cuadrada que predominaba en su cara. Su pelo corto, chorreando agua, resistía de punta a pesar de la lluvia.

La puerta se abrió por completo y Caimán se quedó parado frente a mí. Colocó sus manos sobre su cintura y me miró fijamente:

—Te vienes conmigo. —Y me tendió una mano.

Le devolví la mirada, muy fijamente, como si de un animal salvaje se tratara.

—No.

La cara de Caimán generó lentamente una mueca, que parecía ser una sonrisa. Mientras sus labios se separaban muy despacio, dejaba ver unos enormes dientes afilados, que encajaban perfectamente dentro de su tremenda mandíbula.

Seguí mirándole desafiante, como si fuera capaz de hipnotizarle de alguna manera para que se diera media vuelta y desapareciera. Caimán se quedó paralizado un par de segundos, con esa mueca en la cara. Pero no fueron más que dos segundos. Dio un par de pasos lentos y entró en la azotea. Siguió avanzando hasta donde estaba yo, firme pero lento. Yo todavía no me movía. Seguía mirándole a los ojos, pero esta vez intentaba adivinar cuál iba a ser su siguiente movimiento. Espóiler: no soy adivina.

Caimán me agarró de mi brazo izquierdo sin apenas mirarme, sin ganas. Su mano prácticamente se cerraba por completo alrededor de mi bíceps. Antes de agarrarme del todo, ya se había dado la vuelta en dirección a la puerta, con la intención de arrastrarme con él.

En el momento que noté su mano cerrándose sobre mi brazo, di un tirón con fuerza hacia abajo. La inercia hizo que mi cuerpo fuera detrás, perdiendo el equilibrio. Rodé unos cuantos centímetros por el suelo de la azotea, empapándome con los charcos que se habían formado.

Caimán detuvo su primer paso hacia la puerta y se giró hacia mí, esta vez con movimientos más rápidos. Dobló su cuerpo hacia abajo y me agarró de la chaqueta por el pecho, elevándome del suelo con las dos manos, haciendo que se me resbalara la porra de mis dedos mojados.

Me empujó con fuerza hacia una de las paredes de la azotea, golpeando mi espalda fuertemente contra ella. Mientras mi cuerpo respondía a ese golpe con una tos seca, Caimán sacaba su mano derecha del bolsillo del chaleco con una jeringuilla en ella, mientras me sujetaba contra la pared con la izquierda. «Sedación y extracción», recordé lo que había escuchado antes de darme a la fuga la primera vez en el sótano del ambulatorio.

Usé mis dos manos para intentar deshacerme de su brazo izquierdo que me aprisionaba contra los ladrillos. Yo era una persona bastante grande, pero este tipo era enorme en comparación conmigo. Mis manos luchaban por liberarme de su brazo, mientras él peleaba por destapar el cartucho de la jeringuilla cuidadosamente con sus dientes afilados.

Seguí luchando, pero era imposible liberarse. En esos segundos agónicos, se me ocurrió otra solución. Con mi pie izquierdo pisé lentamente la parte de atrás de mi zapatilla derecha, hasta sacar el talón. Levanté un poco la pierna, mi zapatilla colgando de mi empeine derecho. Balanceé un poco más la pierna. Caimán había conseguido destapar la jeringuilla. Un movimiento más de mi pierna y la zapatilla salió disparada en forma de parábola hacia la cara de Caimán, a tan solo unos centímetros de mí. Acerté de lleno. Con ese poco impulso, estaba claro que la zapatilla no le había hecho ningún daño a esa cara que parecía haber sido forjada en hierro por un mal herrero, pero funcionó perfectamente como distracción para un hombre que se pensaba que tenía todo bajo control desde que entró por la puerta.

La zapatilla en la cara fue tan inesperada que Caimán me soltó para intentar atraparla después de que le azotara. Ese instante fue más que suficiente para tirarme al suelo y rodar por el agua unos centímetros detrás de él, hasta donde había caído mi porra. La recogí a la par que me levantaba ágilmente y me volvía hacia el gigante, todavía despistado. Mientras yo me deslizaba y me volvía a armar, a él solo le había dado tiempo a girar su tronco parcialmente, como si los pies se le hubiesen clavado en el suelo. Aprovechando la inercia y la adrenalina, corrí un par de pasos hacia Caimán y salté para pegarle con la porra en el lado izquierdo de su cabeza a medio girar.

Pero los reflejos de mi capturador fueron bastante rápidos y mientras yo me mantenía en el aire con la inercia del salto, con la porra levantada, directa hacia su cabeza, él terminó de girarse. Una boca enorme se dirigió hacia mi mano y los dientes afilados se cerraron alrededor de la porra de madera maciza. Esta vez no estaba dispuesta a soltarla. Acto seguido, conmigo todavía en el aire, Caimán sacudió la cabeza hacia mi derecha abriendo la mandíbula y escupiendo la porra, conmigo detrás.

A pesar de que todo aquello había pasado en un segundo, yo lo vivía a cámara lenta mientras caía con la porra todavía sujeta en mi mano. Mi cuerpo patinó por el suelo unos metros despedido por la fuerza con la que la boca de aquel tipo me había lanzado. Dejé que mi cuerpo se deslizara por los charcos hasta que perdí un poco de velocidad y, sin pararme del todo, intenté levantarme. Tuve que dar un par de pasos para mantener el equilibrio, pero ya estaba en pie de nuevo. Levanté la cabeza y descubrí a Caimán acercándose rápidamente hacia mí, pero sin correr, con la jeringuilla todavía en la mano. Mi cuerpo jadeaba mientras mi ropa chorreaba agua. Parpadeé una vez. Ya le tenía encima. Estaba a solo unos centímetros de mí cuando me volví a tirar al suelo con impulso y me escurrí de rodillas por su izquierda. Aprovechando el patinaje de mi cuerpo sobre el agua, levanté la porra justo cuando pasé al ras de su rodilla. La frase «Defensa propia», ahora marcada por los dientes de Caimán, brillaba con el agua. Reuní todas las fuerzas que me quedaban, agarré fuerte la porra y golpeé firmemente en la parte de atrás de la rodilla del tipo.

Mi cuerpo dejó de resbalarse, dejándome de espaldas a Caimán. Justo en ese momento, escuché

un grito de dolor y un golpe fuerte. Volví a levantarme corriendo y me giré de cara al hombre. Había conseguido tirarlo al suelo. Busqué con la mirada sus manos, la jeringuilla ya no estaba, había caído unos centímetros más lejos. Corrí hasta atraparla. Caimán había comenzado a incorporarse, muy lentamente, y ahora estaba sentando apoyándose en sus enormes manos para poder erguirse del todo. No podía dejar que se levantara. Corrí hacia su espalda y solté la porra para, con mis brazos, rodearle el cuello, mientras cerraba fuertemente mi mano derecha salvaguardando la jeringuilla. Comencé a hacer fuerza con todo mi cuerpo hacia atrás, con las rodillas en el suelo, con la intención de obligarle a tumbarse de espaldas, pero su fuerza no era humana y mucho menos la de su cuello.

Apoyado todavía en sus manos, el gigante comenzó a erguirse, conmigo colgando de su cuello. Me tuve que poner de pie, pero seguí haciendo fuerza, intentando volver a tirarle. Mis pies comenzaron a separarse del suelo, hasta quedarme colgando de su espalda.

Subí las piernas y las envolví sobre su cintura cuadrada para agarrarme algo mejor y con la mano izquierda me agarré de su hombro. Caimán atrapó mi pie derecho, todavía descalzo. Apreté bien la jeringuilla en mi mano y se la clavé en el cuello. El pinchazo hizo que el movimiento del hombre se volviera más agresivo, tirando de mi pie hasta descolgarme de su espalda y estrellarme contra el suelo.

Cerré los ojos. La respiración se me había cortado por el golpe. Intentaba llenar mis pulmones con aire, pero no respondían. La cabeza me ardía por dentro y el frío de la lluvia había calado por completo en mis manos y mis pies. Cuando por fin volvió el aire a mis pulmones, hice rodar a mi cuerpo boca abajo con un movimiento lento, para apoyarme en mis rodillas y mis manos y así poder incorporarme de nuevo. Unas cuantas gotas de sangre cayeron de mi frente.

Me puse a cuatro patas como pude, pero una patada rápida volvió a tirarme contra el suelo. La gélida lluvia residente en mi ropa ya había avanzado también mis huesos, el frío estrangulando mis órganos. Podía escuchar la risa de Caimán a mis pies mientras observaba mi cuerpo intentar revivir.

Me quedé tirada boca abajo mientras Caimán me agarraba del pie y comenzaba a arrastrarme por el suelo.

«Extracción positiva. Abandonamos el edificio».

Fue lo último que escuché. Estaba confirmando que lo había conseguido, que por fin me había capturado. Que yo había perdido…

7

Mi cuerpo se detuvo de repente y mi pierna, elevada por el brazo de Caimán, cayó contra el suelo. A continuación, un golpe hizo temblar la azotea.

La sedación había hecho efecto, el pinchazo en el cuello había acertado y el gigante había caído justo antes de llegar a la puerta.

Me levanté como pude y me acerqué para observarle muy de cerca. No se movía. Levanté la cabeza para buscar mi zapatilla. La encontré un poco más adelante y me acerqué a por ella, muy despacio. Mi cuerpo dolorido cojeaba por la falta de calzado entre los charcos. Me senté al lado de la zapatilla, con las rodillas dobladas hacia mi pecho. El tiempo se había parado, ya no llovía, no corría el aire, no había ruido. Todo se había calmado después de la lucha con Caimán.

Miré fijamente la zapatilla y la agarré. Me la coloqué sin prisa y seguí sentada. Mi cabeza estaba vacía y mi cuerpo solo se ocupaba de respirar a duras penas. Ahí sentada, con el cuerpo de aquel gigante al lado de la puerta, la adrenalina, que había sido mi compañera durante la pelea, comenzaba a desaparecer. Entonces los pensamientos en bucle reaparecieron.

El primero que recorrió mi cabeza fue la repetición del momento en el que la mandíbula de Caimán agarró la porra y con un movimiento de cuello me lanzó por los aires. Eso no era físicamente posible para un ser humano. ¿A mi posible manía persecutoria ahora tenía que sumarle episodios paranoides? No, no, esta vez todo había sido real, tan real que mi cuerpo sangraba y mis huesos me dolían.

La conciencia de que todo era real hizo volver la prisa a mi cuerpo y me levanté más rápido que la vez anterior. Me dirigí a la puerta y recogí la mochila y la porra. Entonces volví a recordar otro detalle importante: Caimán había contactado con alguien para informar de que bajaba conmigo. Probablemente con el otro hombre del traje. Me di media vuelta y me asomé por la parte de la azotea que daba a la puerta del portal. Ya no había nadie allí.

Entonces comencé a escuchar una voz muy bajita. Enseguida caí en la cuenta: el comunicador de Caimán. Debía de tener una especie de pinganillo, por eso se llevó la mano a la oreja antes de entrar al portal y por eso anunció que me había atrapado.

Volví a acercarme al cuerpo en el suelo, esta vez con más cautela, tenía miedo de que pudiera volver a levantarse. Me acerqué a su cabeza y dentro de su oído encontré el pinganillo. Me lo acerqué a mi oreja sin que llegara a tocar mi piel, me daba bastante asco tocar nada que hubiese estado en el cuerpo de ese hombre. Mientras todavía seguía agachada, las voces volvieron.

«Ya he acercado el coche a la puerta. ¿A qué estás esperando?».

Mierda, mis esperanzas de que todo hubiese acabado se desvanecieron. Me levanté de un salto sin soltar el pinganillo y corrí otra vez al borde de la azotea. Un coche negro había parado en doble fila. Me retiré del tejado y me dirigí a la puerta. De camino lancé el pinganillo hacia el cuerpo de Caimán, todavía tirado en el suelo y comencé a bajar las escaleras. Estaba muy cansada y mi cuerpo cada vez me dolía más. Lo único que buscaba era llegar a algún sitio tranquilo y reposar, pero esa no iba a ser mi casa. No, si me quedaba en casa, esto nunca acabaría. Casi sin darme cuenta, estaba ya en el descansillo del primer piso. Bajaba las escaleras sin prisa pero con paso firme. Unos escalones más y llegaría a la puerta del portal.

Antes de llegar, me paré y me quité rápidamente la mochila. La apoyé en un escalón y comencé a rebuscar en su interior unos segundos hasta que encontré el paquete de mascarillas negras que había guardado. Saqué una y me la coloqué. A continuación, me puse la capucha cubriendo mi cabeza y parte de la cara. Esta vez guardé mi melena mojada por completo dentro de la capucha, contra menos se me viera, mejor. Y sin dudar, con mi brazo firme, abrí rápido la puerta del portal y salí.

Le eché una mirada rápida y de reojo al coche donde esperaba el hombre del traje, el tiempo justo para darme cuenta de que él también me estaba mirando. Bajé un poco la cabeza y comencé a andar sin saber a dónde. Todavía estaba lo suficientemente cerca para escuchar las voces que el hombre del traje escupía por su propio pinganillo esperando escuchar a Caimán.

Unos segundos después de doblar la esquina, las voces cesaron por completo. Se había cansado de esperar una respuesta que no llegaba. Comencé entonces a aligerar el paso sobre las calles todavía vacías. Doblé un par de esquinas más y el ruido de un motor comenzó a introducirse en mi cabeza. No quería mirar atrás, como si ignorándolo fuera a desaparecer. El motor se acercaba cada vez más. Por el rabillo del ojo comencé a ver el morro de un coche oscuro, que conducía sin luces, mientras yo seguía andando. Levanté un poco la cabeza para ver dónde me encontraba. Enseguida me ubiqué.

Seguí recto unos metros más por la misma calle y doblé hacia la izquierda. Ahora estaba en una calle peatonal, si algún coche quería seguirme, tendría que dar la vuelta a la manzana y aparecer por el otro lado de la carretera. Mientras el coche daba la vuelta, yo solo tendría que bajar las escaleras que había a la derecha y llegaría directa al metro.

Pero esta vez, quien había menospreciado al contrario era yo. El hombre del traje no siguió el rumbo de la carretera con el coche para dar la vuelta. En cuanto doblé la esquina para llegar a la calle peatonal, el coche dio un frenazo y se subió a la acera ante la atenta mirada de un par de hombres que salían del metro.

Comencé entonces a correr para alcanzar las escaleras y el hombre del traje salió del coche detrás de mí. Bajé los escalones de dos en dos mientras sacaba mi cartera del bolsillo pequeño de la mochila, que ahora me colgaba solamente de un hombro. El ruido de un tren que abandonaba la estación resonaba con eco en mis oídos.

Una marabunta de personas que acababan de llegar a la estación en ese tren, comenzó a subir por las escaleras. Comencé a esquivar a la gente haciendo eslalon entre ellos y pidiendo disculpas por más de un empujón. Eché una mirada hacia atrás y el hombre del traje también luchaba por abrirse paso entre la multitud. Llegué corriendo al pórtico para pasar la tarjeta que guardaba en la cartera, todavía en mis manos. Miré el panel que colgaba justo encima de los tornos: «Vía 1 - Próximo tren va a efectuar su entrada en la estación».

Sonó un *pip* y el torno me dejó paso. Mi cuerpo ahora me ardía y las piernas me pesaban, pero tenía que correr otro poco más si quería coger ese tren y deshacerme de aquel hombre. Con lo poco que me gustaba correr y ahora no me quedaba más remedio…

Me colgué la mochila por los dos hombros y volví a arrancar. Ahora no había gente que me obstaculizara el paso y por tanto al hombre del traje tampoco. Volví a mirar hacia atrás para cerciorarme de que todavía tenía algo de ventaja y para mi sorpresa, sí la tenía: estaba retenido con el vigilante de seguridad de la estación. Había intentado saltarse los tornos…

Volví mi mirada hacia delante para descubrir que el tren ya había parado en la estación y la gente comenzaba a apearse. Di unas zancadas más y me colé en el vagón. El tren tan solo tardó unos segundos en partir, pero se me hicieron eternos, pegada a la ventanilla, esperando que en

cualquier momento apareciera la figura de aquel hombre. El ruido de máquina poco a poco se fue haciendo más fuerte y la oscuridad del túnel invadió despacio el vagón.

Respiré aliviada y me separé un poco de la puerta. Giré la cabeza a mi alrededor para comprobar si quedaba algún sitio libre que poder ocupar, pero no tuve suerte. Estaba realmente cansada y con cada movimiento notaba mis músculos tan tensos que tiraban entre ellos y dolían. Debería haber estirado antes de tanto ejercicio.

Ante la imposibilidad de encontrar un asiento libre, comencé a desplazarme hasta el final del vagón, ayudándome de las barras que colgaban del techo. Cuando llegué a la pared de hierro que separaba un vagón del siguiente, tiré la mochila al suelo y me dejé caer resbalando mi espalda contra la pared.

Algunos viajeros se quedaron mirándome, pero nadie dijo nada. Encogí las piernas y me abracé las rodillas. Una de ellas sobresalía ensangrentada por un agujero del pantalón del chándal, todavía mojado. Un sentimiento de pena me invadió bastante rápido al ver roto mi chándal favorito. Era una tontería, pero le tenía mucho cariño después de tantos años. Siempre he sido más propensa a atarme emocionalmente a las cosas que a las personas. Agarré la mochila y la acerqué más a mí. Con un poco de dificultad abrí el bolsillo pequeño y guardé la cartera que había sacado para pasar por los tornos.

El ruido del tren se iba calmando y la luz comenzaba a brillar en la parte delantera del vagón. Estábamos entrando en el siguiente andén. De repente, me di cuenta de que no sabía ni siquiera en qué dirección iba. Levanté la vista esperando a que el tren se detuviera del todo. Forcé un poco el cuello hacia arriba para poder ver mejor a través de la ventanilla sin tener que moverme de la butaca VIP en la que me había acomodado. Por fin, alcancé a ver el panel que marcaba las siguientes estaciones. Eso me daría una idea de qué hacer a partir de ahora.

Me ubiqué rápidamente, conocía bastante bien esta línea de metro. Era la línea que comunicaba con el Centro. Quitando algunas tiendas de necesidades básicas, el ambulatorio y una pequeña escuela, cualquier otro tema necesario en mi barrio dependía del Centro. Ese pensamiento desencadenó la idea más lógica que había tenido hasta entonces: en unas pocas paradas más, llegaría a la comisaría del Centro y denunciaría todo lo que había pasado. Ellos me dirían qué tenía que hacer. De normal, evadía los cuerpos de seguridad que patrullaban el barrio. Estos no perdían ocasión de arrastrar a cualquiera de mi barrio hacia las comisarías centrales como una muestra de su necesaria acción y fidelidad hacia el Gobierno central. Otras veces, decidían tomar *acciones ejemplarizantes* por su cuenta. Pero en las fuerzas de seguridad destinadas en las comisarías del Centro confiaba algo más. Al fin y al cabo, era el Centro; el ojo del Gobierno y el lugar de los ciudadanos más… *influyentes*.

Al fin algo sencillo y normal. Volví a bajar la cabeza y el tren arrancó de nuevo hacia el túnel. La siguiente parada comunicaba con otras dos líneas de metro. Un montón de gente se levantaba para ser los primeros en bajarse y no perder ningún trasbordo. Estarían deseando llegar a casa. A casa. Echaba de menos mi casa. Daría lo que fuera por darme esa ducha que llevaba esperando desde esa tarde. Por ponerme mi pijama calentito, lleno de pelotillas, pero con olor a suavizante. Por tumbarme en mi cama, cerrar los ojos y que solo hubiese silencio. Un escalofrío, provocado por el chándal empapado, me sacó de ese pensamiento.

Habíamos llegado a la siguiente parada. El ruido del tren ahora se veía sofocado por el de la gente corriendo para bajarse de él. Varios asientos se habían quedado libres, pero la idea de levantarme no le apasionaba a mi cuerpo. Había cogido una postura cómoda en el suelo, con la

espalda apoyada y las rodillas todavía dobladas. Decidí quedarme así hasta el final del trayecto a pesar de las miradas de los pocos pasajeros que subían al vagón.

El tren volvió a arrancar y con él mis pensamientos. Comencé a repasar mentalmente el discurso que les iba a contar a los policías cuando llegara a la comisaría. No quería dejarme nada, pero tampoco quería que me tomaran por loca. Mi cabeza volvió entonces al sótano del ambulatorio. Allí empezó todo. La imagen del celador estúpido ocupó mi mente, observándome con la boca abierta y la mirada perdida. De esa imagen, salté a otra. De repente, estaba sentada otra vez en la sala de espera con el señor mayor que hablaba tanto. No sé por qué, pero ese pensamiento me reconfortó. El tren volvió a frenar en la siguiente estación, haciendo que mi espalda chocara levemente con la pared del vagón y saliera de mis pensamientos.

El mismo ritual se repitió dos veces más: El tren arrancaba, salía del andén para entrar en un túnel y volvía a aparecer en la siguiente estación. El ajetreo de gente era cada vez menor, apenas bajaba o subía nadie al vagón. Yo seguía repasando en mi cabeza cada detalle de lo ocurrido, reviviendo cada sensación. Prefería centrarme en eso a preocuparme sobre qué iba a pasar a partir de ahora. No quería pensarlo, porque temía no encontrar una respuesta agradable, así que seguí con los recuerdos.

Habíamos llegado de nuevo a otra estación. Levanté el cuello como las veces anteriores para cerciorarme de que la siguiente parada era la mía. Esperé a que el tren volviera a meterse en el túnel y comencé a levantarme con dificultad. Aparté la mochila un poco en el suelo y pegué las manos y la espalda a la pared. Hice algo de fuerza utilizándola de apoyo para poder incorporarme. Cuando ya estuve de pie, me incliné sin doblar apenas las rodillas para recoger la mochila y me la colgué a los hombros, mientras que con la mano libre me sujetaba débilmente a la pared. Me bajé un poco los pantalones por las gomas del tobillo, que se me habían quedado apretadas un poco más arriba cuando me senté y tiré de la parte inferior de la chaqueta hacia abajo. Di un par de pasos lentos y me coloqué enfrente de la puerta, esperando agarrada al pasamanos que había en el techo.

La luz se volvía más brillante, indicando que habíamos llegado nuevamente a la estación. Las puertas se abrieron y asomé la cabeza rápidamente antes de bajarme. No quería encontrarme a ninguno de mis nuevos «amigos» por ahí.

Seguí los carteles que indicaban la salida hasta la calle. Volví a echar una mirada rápida a mi alrededor, pero la calle estaba prácticamente vacía, ya había anochecido. Comencé a andar hacia la comisaría.

No había dado nada más que un par de pasos y el bolsillo de la mochila comenzó a vibrar. Paré para colgármela de un hombro y abrí el bolsillo pequeño buscando mi móvil. Un número, que no conocía, aparecía en la pantalla mientras seguía vibrando. Miré el número durante unos segundos, pero no lo cogí. Volví a colocarme la mochila y guardé el teléfono en el bolsillo del pantalón del chándal. Por fin terminó de vibrar. Continué andando en dirección a la comisaría, pero el móvil comenzó a vibrar de nuevo. Lo saqué del bolsillo, esta vez sin detenerme y miré el número. No era el mismo que el anterior, pero lo ignoré igual. Aceleré el pasó, la comisaría estaba detrás de la siguiente esquina. El móvil volvió a vibrar mostrando en la pantalla un tercer número que yo no conocía. Detuve mi marcha. Podría decir que me pudo la preocupación, la posibilidad de que quizá fuera algo urgente, pero para ser honesta, debo de admitir que lo que me pudo fue la curiosidad. Esa misma curiosidad que me hizo cotillear por la ventana del baño apenas unas horas antes. Contesté el teléfono.

—¿Sí? —Mi voz sonaba firme pero cautelosa. Noté como mi ceño se fruncía.

—Hola. —Solo con escucharle, un escalofrío invadió todo mi cuerpo. Era la misma voz que escuché a través del pinganillo de Caimán.

Respondí solo con silencio.

—¿A tu madre también le haces llamar tres veces antes de cogerle el teléfono?

«¿Mi madre?», pensé. «¿Habrían visitado también a mi madre?».

—Bueno, lo importante es que por fin tengo el placer de hablar contigo. —Las palabras aparecían lentamente, como si el tiempo se hubiera paralizado para ellas.

—¿Qué planes tienes ahora? Déjame adivinar: vas a doblar esa esquina y entrar a la comisaría a denunciar todo lo que te ha pasado hoy. ¿He acertado?

Miré rápidamente en todas direcciones, no veía a nadie. Mi cuerpo dio un par de vueltas como una peonza, esperando cubrir cada centímetro de la calle y encontrar a aquel hombre. Me estaba viendo, sabía dónde estaba. Sabía qué iba a hacer. ¿Cómo podía ser?

—¿Dónde estás?

Una carcajada al otro lado del teléfono retumbó en mi oído. A continuación, volvió su voz pausada:

—Muy bien, no te voy a impedir que sigas tu plan. Pero sí quiero que sepas qué va a pasar: Vas a entrar mojada y ensangrentada a una comisaría, a denunciar que unos hombres te persiguen. ¿Qué parte les va a gustar más?: ¿la de que saltaste cuatro metros hacia un *parking* o la de que peleaste contra un hombre de dos metros? Lo que me lleva a preguntarme… ¿Vas a contar lo que le hiciste a Caimán? En el mejor de los casos, vas a salir de allí presa o ingresada en una institución de salud mental.

Su tono de voz paternalista y sus palabras me confundían. No tenía muy claro si quería amenazarme o advertirme. ¿Acaso no era lo mismo? Me mantuve parada en la esquina, sin moverme, intentando todavía encontrar dónde se escondía ese hombre.

—¿Quieres saber por qué lo sé?

—Porque tenéis gente dentro de la policía también.

Mi voz sonó firme, como si fuera una verdad absoluta y comprobada, pero en realidad era la primera vez que caía en la cuenta. Volví a hablar antes de que él pudiera tomar el control de la conversación de nuevo.

—Igual que los tenéis en los centros médicos —terminé de asentar mi teoría.

Hubo un par de segundos de silencio. Ignorando mis palabras, continuó con su discurso:

—Plan B: descansas esta noche, te das un buen baño, te curas las heridas y te pides una buena cena. Mañana por la mañana te reúnes conmigo en la dirección que te acaba de llegar por SMS. Seguro que tienes curiosidad por saber por qué has sido capaz de saltar esos cuatro metros en el ambulatorio.

8

Ahí se acabó la conversación. A pesar de que el hombre al otro lado ya había colgado, yo me quedé con el móvil pegado a la oreja unos segundos más, procesando sus palabras. ¿Había una explicación para lo que pasó en el centro de salud? Hasta ahora había pensado que fue un poco de agilidad con otro tanto de suerte…

La verdad es que por mi mente pasaban varias preguntas que hasta ahora no me había planteado. Y mis ansias por saber me gritaban que tenía que seguir adelante y conocer a qué se refería ese hombre. Pero mi limitado sentido de la cautela apareció recordándome que ese tal Caimán casi me mata.

De momento yo seguía parada en aquella esquina, muerta de frío, llena de heridas y con el chándal roto. Lo único que tenía claro después de esa conversación era que no iba a entrar a esa comisaría. Por lo tanto, no era buena idea quedarme mucho tiempo allí parada, con esas pintas y tanto policía cerca.

Plan B entonces, bueno de momento solo la primera parte: baño, cena y descanso, ya pensaría después qué hacer mañana. Por un momento me planteé volver a mi casa, pero un pánico me invadió. Ya habían entrado una vez, y aunque parecía que me habían dado una tregua de doce horas, no me sentía segura volviendo allí. Desbloqueé el móvil, que todavía sujetaba en mis manos y busqué en internet alojamientos baratos cerca. Justo en ese momento me di cuenta: la localización del móvil. Por eso sabían dónde estaba sin tan siquiera estar cerca.

Tenía que apagar el móvil si no quería hacerles fácil la labor de localizarme en cualquier momento que ellos quisieran. Y mucho menos que supieran dónde iba a pasar la noche. Apreté sin soltar el botón de bloquear y enseguida el móvil me pidió corroborar qué acción deseaba ejecutar: apagar o reiniciar. Justo en ese momento cancelé la operación. Antes de apagar el móvil mínimo durante toda la noche, tenía que llamar a mi madre. No es que estuviésemos muy unidas y por supuesto no pensaba contarle nada de lo sucedido, igual que no le había contado nada sobre la mordedura del gato, pero hacía un par de días que no hablábamos y como pasara un tercero, seguro que ella sí que acudía a la policía para denunciar mi desaparición. Ya he dicho que no éramos una familia muy unida, pero mi madre siempre sucumbía a la opción más terrible cuando algo no salía como ella esperaba.

Busqué su nombre en *llamadas recientes* y me preparé mentalmente para la conversación protocolaria de siempre, mientras comenzaba a andar por la zona, por si acaso seguían controlando mi ubicación.

—¿Qué haces? —contestó mi madre después de unos cuantos tonos.

—Nada, llegando a casa.

—Vale, ¿todo bien?

—Sí, cansada de tanto trajín.

—Vale.

—¿La abuela bien?

—Sí, ahora le voy a dar de cenar.

—Vale. Te dejo que ya llego a casa y en el portal hay poca cobertura.

—Vale, venga, adiós.

—Adiós.

Respiré aliviada. No sabía nada de lo que había ocurrido. Había sido una conversación tan parca y estándar como la de cualquier otro día. Yo siempre había sido muy fría y todo lo que vivimos años atrás en mi familia había hecho que nos alejáramos unos de otros. Todavía había muchas cosas que no estaba dispuesta a perdonarle. En este punto, ella ya solo se conformaba con que la llamara de vez en cuando para demostrar que seguía viva.

Ahora sí, apagué el móvil y lo guardé de nuevo en el bolsillo de la mochila. Sin internet, sabía que no sería capaz de encontrar ningún lugar para pasar la noche por la zona. Decidí entonces irme a lo seguro y desplazarme hacia la zona antigua del Centro, donde se aglutinaban varias pensiones en las que podría probar suerte.

Desanduve mi camino y volví a la parada del subterráneo donde me había bajado un rato antes. Pasé la tarjeta una vez más por los tornos y anduve hasta las escaleras. Antes de bajar por ellas, me quedé estudiando concienzudamente un plano con todas las líneas del subterráneo que colgaba en la pared, a pesar de conocerme el camino de memoria: tres estaciones en esta línea, un trasbordo, otras seis estaciones y estaría en la parte antigua. Era un camino largo para las ganas que tenía de llegar a algún sitio donde poder descansar un poco, pero no me quedaba más remedio, esa parte del Centro era la más alejada a la zona que limitaba con mi barrio. Aun así, no era la primera vez que me acercaba por allí. El Centro albergaba una extensión enorme en comparación con los territorios aledaños y, a pesar de la seguridad y vigilancia impuesta, esa zona era un punto ciego, con o sin consentimiento, no lo sé, donde jugadores y comerciantes ilegales merodeaban desde los barrios de alrededor en busca de negocios en los que, en más de una ocasión, me había visto envuelta.

Las tres primeras estaciones las hice de pie, agarrada al pasamanos. Temía que, si me sentaba, esta vez no fuera capaz de levantarme en tan solo tres paradas. El vagón en el que me subí después del transbordo estaba prácticamente vacío. La gente ya debía de estar en sus casas. Tan solo quedábamos algunos rezagados y yo, con el chándal roto y con alguna herida sangrando todavía. Esta vez sí me senté, emitiendo un leve quejido a la vez que me agachaba hacia el asiento.

Durante ese rato repasé en mi cabeza una y otra vez la conversación que había tenido por teléfono con ese hombre, intentando reproducirla exactamente para encontrar alguna pista, algo que me ayudara a decidir qué hacer a continuación.

El cansancio y la alteración me pasaban factura y apenas podía recordar alguna frase de esa conversación. El dolor de cabeza comenzó a brotar de nuevo y los ojos me lloraban cuando salíamos de los túneles y nos invadían las luces de los andenes.

Muchos minutos después por fin llegué a mi estación. Todavía en el túnel comencé a incorporarme desde el asiento, repitiendo de nuevo el quejido. Esperé de pie a llegar al andén y que se abrieran las puertas. Subí unas escaleras y estaba fuera.

9

Parecía que había salido a otro mundo: una gran plaza, rodeada de edificios enormes, me recibía rebosante de vida. La gente se movía de aquí para allá, unos andando, otros prácticamente corriendo. La lluvia ya no era una amenaza, pero algunos desconfiados cargaban todavía con paraguas, algunos incluso empuñándolos totalmente abiertos sobre sus cabezas. Aunque el final del invierno nos había recibido con lluvias y todavía quedaba al menos un mes para la entrada oficial de la primavera, el frío ya no era un problema.

Aun así, si te fijabas bien, podías ver que la marabunta de personas que rondaba la plaza tampoco se había puesto de acuerdo en la temperatura: unos vestían pantalones cortos, incluso con chanclas en sus pies, pero si girabas la cabeza, podías encontrar a alguien con botas y bufanda. Era esa época del año en la que el frío y el calor rozan unos límites difusos y causan el caos entre las vestimentas de cualquiera. A mí me fascinaba estudiar las diferencias de más o menos abrigo entre la gente que me encontraba para, de alguna manera, poder decidir si yo había acertado o no mi nivel de abrigo al vestirme.

Estaba claro que a estas alturas no había acertado para nada, porque todavía seguía con el chándal roto y los calcetines empapados. Tampoco me importaba ya acertar, solo quería cambiarme y ponerme algo seco.

Me incorporé a la plaza, sorteando la gente que se me cruzaba constantemente, para poder girar en la primera calle a la derecha. Subí una pequeña cuesta y volví a girar a la derecha en la calle larga que cruzaba. Toda ella estaba dibujada por edificios de varios pisos, con las fachadas bastante antiguas, de las que colgaban carteles indicando las distintas pensiones que podías encontrar en ellos.

Recorrí toda la calle mirando hacia arriba, estudiando detenidamente los nombres y las estrellas que indicaban en cada uno de los carteles. Tenía claro que una pensión no era un hotel (tampoco había estado nunca en uno), pero quería acertar en mi elección y encontrar alguna que por lo menos tuviera un baño con ducha mínimamente higiénico. Sin poder encender el móvil para mirar las reseñas de cada una de ellas en internet, esto me parecía una misión imposible.

Después de recorrer toda la calle, había reducido las opciones a dos: Pensión Luisa y Pensión Centro. No me convencía mucho la primera, la probabilidad de que el nombre de la pensión y el de la dueña fueran los mismos me daba la impresión de que Luisa y la pensión llevaban allí más tiempo que el tendido eléctrico de la zona. Pero el cartel con el que se anunciaba parecía el más nuevo de todos.

Mis opciones se inclinaban entonces hacia la Pensión Centro, un nombre sobrio, «Bastante fácil de posicionar en internet», me dije a mí misma. Esa idea me llevó a pensar que, si hubiese utilizado mi móvil para buscar una pensión por allí, esa me hubiese salido la primera. Probaría suerte allí.

Antes de darme la vuelta para volver al inicio de la calle, donde estaba la Pensión Centro, mis ojos se fijaron en un local que estaba en la siguiente calle: una pizzería. Como si algo se activase dentro de mí, comencé a notar un aroma a pizza que me envolvía por completo. No pude

resistirme y enfilé hacia la tienda. Total, algo tendría que cenar y la pizza era mi opción favorita. Después de un día así, me lo había ganado.

A medida que me acercaba a la tienda, el olor se intensificaba tanto que parecía que lo podía tocar. Con la boca echa agua pensando en el queso calentito y elástico de la pizza, empujé la puerta para entrar. Una campanita en la parte superior repicó anunciando mi entrada.

Un hombre de mediana edad, con la tez morena y el pelo y la barba negro oscuro me saludó con un tono alegre y amigable.

—¡Buenas noches!

—Hola, buenas noches, ¿podría pedir una pizza para llevar?

—Sí, claro. Recién hechas tenemos margarita, cuatro quesos y de peperoni. Pero te puedo hacer una con los ingredientes que te gusten si no tienes mucha prisa.

Se me hacía la boca agua, prisa no tenía necesariamente, pero hambre muchísima.

—Ponme la de peperoni, por favor.

—¿Entera o por porciones?

—Entera, entera —contesté tan rápido y con tanta seguridad que hice que al hombre se le escapara una carcajada.

—Muy bien, entera entonces.

El dependiente colocó la pizza en una caja y me la cobró junto con un refresco, sin borrar la sonrisa con la que me había recibido. A estas alturas me resultaba raro encontrar a alguien tan agradable.

La caja calentaba mis manos de camino a la Pensión Centro. Era una sensación muy agradable, pero el olor seguía animando a mi cuerpo y hacía rugir a mis tripas.

Por fin llegué a la pensión, pero la primera impresión no fue muy buena. Al fondo de la entrada había un mostrador vacío. Me dirigí a él fijándome en las paredes de alrededor, altas y oscuras. Detrás del mostrador, hacia la izquierda, había una puerta un poco más grande que la de un armario, pero más pequeña que la de una habitación. Parecía una especie de cuarto de portería. Me paré enfrente del mostrador y saludé: «Hola». No obtuve respuesta. Esperé unos segundos más, mientras me fijaba en el material que descansaba sobre él: una taza con bolígrafos, todos diferentes, una grapadora, un cuaderno con algunas hojas arrancadas y un portacelos o como se llamaran esos cacharros. Me sorprendió no ver ningún ordenador. Me incliné un poco sobre el mostrador, mirando a la puertecita y grité más fuerte «¿Hola?». Tampoco me contestó nadie.

Me di media vuelta y me dirigí a la puerta de nuevo. La pizza se me iba a enfriar si seguía esperando y ahora mismo era mi más preciada posesión y estaba dispuesta a defenderla con mi vida.

Cuando ya estaba a punto de salir, escuché una voz detrás de mí.

—¡Oye! ¡Oye!

Me giré de nuevo en dirección al mostrador. La puertecilla ahora estaba abierta y un hombre de unos cincuenta años, sin pelo en la parte de arriba de su cabeza, pero sí en los bordes y con una camisa a rayas, me estudiaba desde el otro lado. Me acerqué un poco al mostrador para no chillar.

—Pensaba que no había nadie.

—Eso pasa por pensar.

Una carcajada salió de su boca en un volumen alto, como si él fuera el cómico más divertido del mundo y su propio fan a la vez. No hace falta decir que a mí no me hizo ni puta gracia. Fruncí el ceño e ignoré su chiste.

—¿Hay alguna habitación disponible para esta noche?

—¿Para ti sola?

La pregunta me pareció cuando menos sospechosa.

—Si.

—Pues aquí en mi cuartito te hago hueco.

De nuevo, una carcajada finalizó lo que él entendía como un chiste. De nuevo, a mí, ni puta gracia.

Ni siquiera contesté, estaba concentrada en no vomitarle encima después de su dosis de humor. O lo que a él le parecía humor. Puse una cara de asco que solo pudo disfrutar a medias por culpa de la mascarilla y me di media vuelta para marcharme. Cuando ya salía de allí, todavía le pude escuchar quejarse sobre lo sosa que yo era en particular y lo amargada que estaban las mujeres de hoy en día en general. Mi primer impulso fue volver para graparle la lengua con la grapadora que había en el mostrador, pero se me enfriaba la pizza.

10

Seguí andando por la misma calle con mi pizza bien sujeta, mirando de nuevo las fachadas para encontrar el cartel de *Pensión Luisa*. Deseaba con todas mis fuerzas tener más suerte esta vez y por lo menos ser atendida por una persona humana.

Un par de portales más adelante la encontré. Abrí la puerta y unas luces cálidas dejaron ver la recepción. Eché un vistazo rápido. La sala simulaba una especie de patio andaluz, con macetas llenas de flores colgadas a lo largo de las altas paredes de la izquierda. Al final de esa pared, unas escaleras de madera barnizada dirigían hacia un nivel superior. En el techo, una pequeña claraboya dejaba ver un cuadradito de cielo rodeado por los edificios colindantes. A la derecha, encontré el mostrador de madera pintado en blanco y detrás de él, una chica joven, bajita, con gafas redondas, el pelo teñido de color rojo y recogido con una trenza me recibió.

—Hola, buenas noches.

—Hola, ¿tienen alguna habitación para esta noche?

—Sí, claro. ¿Solo una noche?

—Sí.

—Vale, deme un momento.

La chica comenzó a teclear algo en su ordenador. Mientras tanto, me distraje observando las macetas que también colgaban en la pared a su espalda.

—Tengo disponible una con baño dentro de la habitación, lleva suplemento. Si prefiere sin baño, puede usar el del final del pasillo.

Después de hacerle explicarme los precios con baño, sin baño y de preguntarle por cómo de higiénicos estaban, me decidí por la que tenía baño, el suplemento valía la pena. La chica me pidió mis datos y me entregó una pequeña tarjeta negra, parecida a la de las felicitaciones de cumpleaños, pero algo más pequeña, con una maceta de flores rojas dibujada y debajo el nombre de la pensión en letras plateadas. La abrí mientras la chica terminaba de introducir algo en el ordenador. En el interior izquierdo tenía algo escrito que no llegué a leer. A la derecha venía sujeta, por unas pestañitas, la tarjeta que servía de llave para la habitación.

—Listo. Es por allí, subiendo las escaleras, te acompaño. —La chica señaló las escaleras que había visto nada más entrar, mientras salía de detrás del mostrador.

«Igualito que el tipo de la Pensión Centro», pensé. Con esa idea la seguí hasta el primer piso por las escaleras barnizadas y recorrimos un pasillo no muy largo hasta la puerta número *6*. La chica se detuvo en la puerta y yo saqué la tarjeta del bolsillo.

—Tienes que pasarla por esta pantallita —me explicaba mientras señalaba una pequeña pantalla a la derecha de la puerta.

Una luz tenue iluminó la pantalla cuando pasé la tarjeta, dejando ver el mensaje «Bienvenid@», seguido de un breve sonidito.

—Pasa buena noche. —Se despidió la recepcionista.

—Muchas gracias —le contesté sin mirarla, mientras empujaba la puerta un poco indecisa por lo que me pudiera encontrar dentro.

La sorpresa fue agradable. Era una habitación chiquitita pero bastante mona. Nada más entrar a la izquierda había una puerta que intuí que era el baño. Una cama de noventa centímetros y una mesilla llenaban la habitación. Cerré la puerta echando el cerrojo y me fijé en la pared de enfrente: unas cortinas largas ocultaban una ventana por la que entraba algo de luz del resto de edificios que formaban el patio interior.

Dejé la pizza en la mesita que encontré enfrente de la cama, dos sillas supletorias a ambos lados y me detuve a contemplar el cuadro que colgaba en la pared por encima de ella: un patio andaluz coloreado de flores.

Solté la mochila encima de la cama y rebusqué para encontrar algo seco que ponerme. Lo primero que encontré fue el bocadillo y las galletas que guardé antes de salir, junto con la botella de agua. Contenta con lo que decidí que sería mi desayuno al día siguiente, dejé todo en la mesilla, junto con la tarjeta negra. Seguí buscando y saqué una camiseta y ropa interior limpia, la dejé sobre la cama y me dirigí al baño.

El suplemento había sido una buena elección. El baño era pequeño pero muy cuidado. La puerta no abría del todo porque rozaba con el inodoro. Justo enfrente de este, había colocado un lavabo, con un espejo chiquitito encima y enfrente de la puerta, ocupando el pequeño hueco que quedaba libre, una ducha estrecha. Me valía.

Me quité la ropa antes de entrar en el baño, con esas dimensiones era imposible hacerlo dentro y la repartí entre una de las sillas, y la barra de las cortinas, con la intención de que durante la noche se secaran lo máximo posible.

Volví al baño y me detuve a mirarme en el espejo. La primera visión me asustó: una herida predominaba en mi lado derecho de la frente. Se había secado bastante y no sangraba, ni siquiera parecía reciente. El corte del labio, sin embargo, sí que comenzó a sangrar cuando pasé mis dedos. Si la recepcionista se había sorprendido por mi apariencia, yo no lo había notado.

Abandoné mi reflejo para centrar la vista en el lavabo: una bolsita de plástico transparente me llamó la atención. La cogí para observar más detenidamente qué había dentro: un cepillo de dientes de bambú, pasta de dientes, un peine, una pastilla de jabón y una toalla doblada. Todo en una versión ridículamente reducida.

La toalla, que estaba muy bien doblada dentro del paquetito, cuando la abrías, no medía más de veinte centímetros por cada lado. Busqué desesperadamente por el baño alguna toalla más grande con la que secar mi cuerpo, pero los dos metros cuadrados que ocupaban ese baño acortaban la búsqueda. No había más toallas que esa. Dejé que mi enfado se asentara unos minutos antes de calmarme y decidir que tendría que apañarme con eso.

Me metí en la ducha y, a pesar de que el agua no estaba tan caliente como me hubiese gustado, la disfruté bastante. La dejé correr sobre mi cabeza durante unos minutos, dejando que, con ella, resbalase también cualquier pensamiento de mi mente por el sumidero. Una buena ducha puede calmar los espíritus más nerviosos.

Las heridas que tenía por el cuerpo escocían al contacto con el agua. Separé la cabeza un poco de la alcachofa de la ducha y abrí los ojos para examinar mi cuerpo. Varios moratones habían comenzado a florecer.

Me sequé como pude con la ridícula toalla del paquetito, un pellizco de furia coleó, y salí del baño corriendo para vestirme. El olor de la pizza me azotó una vez más.

Era probablemente la mejor pizza que había probado en mi vida, o era el día que más hambre había pasado en mi vida, pero las lágrimas se me saltaron con el primer trocito. Abrí el refresco y

le di un trago largo. En un abrir y cerrar de ojos, había acabado con la caja entera y con el estómago lleno me acosté en la cama.

Estaba agotada, física y emocionalmente, pero cada vez que cerraba los ojos, solo podía revivir en mi cabeza todo lo que me había pasado, una vez más.

Cuando todos los acontecimientos de ese día habían circulado ya varias veces a cámara rápida por mi mente, un pensamiento que no había aparecido hasta ahora se clavó en mi cabeza: todo estaba relacionado con las molestias después de la mordedura de la gata. Y ese hombre parecía saber qué me estaba pasando. ¿Y si lo que me pasaba no era bueno? ¿Y si tengo alguna enfermedad? ¿Y si es contagioso?

Abrí los ojos de golpe. En la habitación reinaba la oscuridad, excepto en la zona más cercana a la ventana, que seguía levemente iluminada por las luces de fuera. Centré mi vista en ese recodo de luz.

No sé por qué, pero como si de un hilo conductor se tratase, de repente recordé unas palabras de mi padre: «Nunca hay que tenerle miedo a la muerte». Muy fácil de decir para un hombre al que todo y todos los demás le daban igual. A él solo le importaba tener sus necesidades cubiertas. Y el juego. La última vez que hablé con él, había vuelto de no sé qué isla fuera de Betalia, después de haberse gastado todo lo que ganó con unas apuestas y me llamó para pedir dinero. ¿Pedirme a mí dinero después de todo? Definitivamente ese hombre no tenía miedo a la muerte.

Por aquel entonces yo tampoco lo tenía. Me acababa de enfrentar contra un tipo que se llamaba Caimán y estaba viva de milagro. Nunca le tuve miedo a morir, le tenía miedo a vivir sufriendo. Por eso me enfrenté a Caimán, por eso hui del ambulatorio y por eso no entré en la comisaría. O al menos así me convencía a mí misma de las decisiones que había tomado.

Pero todavía me quedaba otra decisión más que tomar: ir o no a la cita con el hombre del traje. Otra decisión más, planear el siguiente paso… En otro momento, yo ahora solo quería descansar.

Miré alrededor de la habitación buscando algo con lo que pudiera distraerme. En otras circunstancias habría sido mi teléfono móvil, pero seguía sin querer encenderlo. Mis ojos se habían adaptado excelentemente al resto de la oscuridad de la habitación, pero, aun así, me estiré para encender una lamparita que colgaba de la pared encima de la cama. Miré a la mesilla y me detuve en la tarjetita con la llave de la habitación. La cogí y comencé a leer lo que había escrito en letras blancas en el interior:

> Bienvenid@ a la Pensión Luisa.
>
> Durante más de cincuenta años esta pensión ha estado regentada por nuestra abuelita Luisa. Ella dedicó toda su vida a este lugar y trabajó con esfuerzo para sacarlo adelante. Durante todos estos años, trató a cada huésped como si fueran sus propios invitados, con cariño y generosidad.
>
> Ahora, sus nietas hemos tomado el relevo y seguimos su ejemplo con cada uno de los huéspedes de esta pensión. Para ello, decidimos renovarla entera y adaptarla a las necesidades de hoy en día, pero sin perder el espíritu de nuestra abuelita Luisa.
>
> Esperamos que disfrutes de tu estancia.
>
> Fdo.: Irene y Mara.

Ese mensaje me reconfortó. Me agradaba la idea de perpetuar el proyecto por el que una persona trabajó tanto, darle un significado. Con esa idea bailando en mi cabeza, conseguí relajarme poco a poco, haciéndome consciente del ritmo pausado que iba tomando mi

respiración. Pero con el sueño y el cansancio amenazándome, no me decidí a apagar la luz antes de que me venciera el sueño por completo.



Estaba en una camilla de hospital, conectada a una de esas máquinas que mide los latidos del corazón.

Bip… *Bip*… El silencio que precedía al siguiente sonido era cada vez más largo.

A mi lado había un hombre, no le veía la cara, pero iba vestido con un traje oscuro.

«Podrías haberlo evitado». «Tendrías que haberme hecho caso». «Te avisé». «Si no hubieses sido tan egoísta». «Todo era por tu bien».

El siguiente *bip* dejó paso a un pitido continuo y una línea larga en el monitor.

Me desperté de un golpe incorporándome en la cama. Me faltaba el aire y apenas podía jadear. En esa posición, mi pecho me dolía y con cada bocanada me oprimía. Con la luz todavía encendida desde que me quedé dormida, me levanté la camiseta y me miré la zona de las costillas. Un moratón lo suficientemente grande como para cubrir casi la totalidad de mi costado, ahora se pintaba de color verdoso. Volví a bajarme la camiseta y me tumbé en la cama de nuevo, esta vez con mis brazos por debajo de la cabeza.

Me quedé mirando al techo unos segundos, intentando comprender qué había pasado en mi sueño. Después dirigí mis ojos hacia la ventana pretendiendo averiguar qué hora sería. Todavía era bastante de noche.

No tardé mucho en darme cuenta de que lo que no me dejaba dormir era una de las últimas preguntas que me había planteado unas horas antes: ¿y si estoy enferma?

Esa gente parecía saber qué es lo que me pasaba y aunque sus métodos no me generaban ninguna confianza, no saber qué estaba pasando tampoco me gustaba. Tenía que averiguarlo, tenía que saber quiénes eran, qué querían y qué pasaba conmigo. Por fin la idea estaba clara en mi cabeza y la decisión estaba tomada: iría a la cita con el hombre del traje. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podía hacer? No tenía ni idea de qué era lo siguiente que iba a pasar si seguía huyendo. Al menos esta era una decisión que había tomado yo.

11

Volví a cerrar los ojos y durante otro par de horas iba y venía entre sueños y duermevelas. En cuanto los primeros rayos de sol se unieron a la luz procedente de la lamparita dentro de la habitación, volví a abrir los ojos. Me estiré lentamente en la cama, mis músculos todavía resentidos relampagueando de dolor.

Me giré hacia mi derecha y posé la vista en la mesilla una vez más. Al ver de nuevo la tarjeta, me vino a la cabeza la imagen de una abuelita Luisa sentada en una silla de paja en un patio andaluz. Miré al suelo buscando mi mochila. Sin sacar las piernas de debajo de las sábanas, deslicé mi tronco y mis brazos hacia ella, subiéndola a la cama con algo de esfuerzo.

La volteé haciendo que el bolsillo pequeño mirara hacia mí para abrirlo y sacar de él mi móvil. Lo encendí sin pensármelo. Ya había tomado una decisión, que supieran mi localización ya me daba igual.

Lo primero que hice fue mirar la hora: las 7:12. Probablemente no habría dormido más de tres horas, estaba agotada. Un aviso en la pantalla me indicaba que mi batería estaba próxima a consumirse. Rebusqué un poco más en la mochila y saqué el cargador. Con el móvil enchufado, pulsé sobre el icono de los mensajes para ver el SMS que indicaba la hora y la dirección de la cita.

La calle me era familiar, no estaba muy lejos de la pensión, podría llegar andando, aunque tardaría un buen rato. La cita era a las 8:30, tenía tiempo de sobra. Tiré la mochila al suelo y me di media vuelta en la cama, con los ojos abiertos dejando que me inundara la luz que entraba por la ventana un ratito más.

Me incorporé como pude, el moratón de las costillas hacía estragos. Muy despacio, amortiguando el dolor, me metí en el baño. Sin poder evitar la tentación, me volví a mirar en el espejo. Para mi sorpresa, las heridas de la cara habían remitido bastante.

A la que salí del baño, cogí las galletas y la botella de agua y me las comí en silencio en la mesita de madera. Invadida por una sensación de extraña tranquilidad, terminé de desayunar, me lavé los dientes y comencé a recoger la habitación. El bocadillo lo volví a guardar en la mochila, junto con la botella que había rellenado de agua en el baño, para la próxima ocasión. Comprobé que el chándal con el que llegué ya se había secado por completo, así que decidí ponérmelo de nuevo, a pesar del agujero en la rodilla. Ya le tenía cariño antes, pero ahora, además, me daba confianza, como si fuera un amuleto.

Salí de la habitación y bajé las escaleras. En el mostrador, ahora había otra mujer distinta a la de ayer: una chica morena, algo más alta y con el pelo liso y largo.

—Hola, me voy ya, ¿te dejo la llave a ti? Ayer me atendió otra chica…

—¡Hola! Sí, mi prima Mara, hacemos turnos. Dime tu nombre, por favor.

Entonces ella debía de ser Irene, las chicas que firmaban la tarjeta con la llave. Me hizo gracia conocer a las dos. Anotó mi salida en el ordenador, pagué la factura acordada la noche anterior y me dirigí a la salida.

—Espera, ¿quieres coger una fruta para el camino? ¡Invita la casa!

Irene señalaba alegremente a un frutero que habían colocado encima del mostrador y en el que yo no había reparado hasta ese momento. Estudié el cuenco unos segundos.

—Eeh, vale, ¡gracias! —Y me acerqué a por una manzana de la parte de arriba—. Muchas gracias por todo.

—¡Ha sido un placer! —Me despidió con una sonrisa.

Fui dándole bocados a la manzana mientras caminaba por las calles de la zona antigua. A pesar de no ser mi primera vez por este sector, todas las calles eran muy parecidas y durante unos cuantos metros estuve andando en dirección opuesta. Al final decidí guiarme por el GPS del móvil.

Casi media hora después, llegué al lugar que me indicaron en el SMS. Todavía quedaban algunos minutos para la hora de la cita, pero decidí quedarme fija en ese punto examinando el lugar.

Era un lugar abierto. Una gran carretera de tres carriles para cada sentido separaba dos calles henchidas por edificios con grandes alturas marcados por el paso del tiempo sin borrar su carácter señorial. Yo me encontraba justo en una esquina que cruzaba con otra calle más cortita, con un solo carril, pero con edificios igualmente enormes. Comencé a mirar hacia arriba. La sensación de estar debajo de esos grandes edificios, desde los que podían estar observándome sin yo darme cuenta, era un tanto inquietante.

Siempre me habían gustado las alturas. Desde arriba, los puntos de vista cambian asombrosamente. Puedes ver cosas que desde cualquier otro punto te perderías. De pequeña siempre buscaba subirme a los árboles, lo más alto posible y mirar alrededor. A mí me encantaba, a mi madre no le parecía la actitud más normal de una niña.

Miré de nuevo el móvil. Quedaba un minuto para la hora acordada. Ahora los nervios eran reales. La incertidumbre se apoderó de mi cuerpo y de mi mente. Las heridas y los moratones comenzaron a dolerme incipientemente, como si mi cuerpo tratara de alertarme, o simplemente por el recuerdo sobre esta gente. Pero mi mente no estaba en sintonía con mi cuerpo. En ningún momento se me pasó por la cabeza que era una mala idea. Había tomado una decisión y eso me hacía fuerte, tenía que seguir adelante con ella.

Enseguida escuché el ruido de un coche que se acercaba por la calle pequeña que cruzaba con la principal de seis carriles. No quise girar mi cabeza, seguí concentrada en el vaivén de coches que circulaban a gran velocidad por la vía principal.

12

El coche se paró un metro antes de llegar a la esquina y yo me giré. Dentro, un hombre con gafas de sol y vestido con el mismo uniforme que los soldados que aparecieron en el ambulatorio, me hizo un gesto para que me acercara. Levanté la cabeza y me dirigí hacia el coche con paso firme mientras me colocaba la mascarilla y me senté en la parte de atrás.

—Déjame tu teléfono móvil, por favor.

—¿Mi teléfono? ¡No!

—Por motivos de seguridad necesitamos asegurarnos que nada de lo que veas hoy sea grabado o fotografiado. Te lo devolveremos a la vuelta.

—Claro, y también me vendáis los ojos para que no descubra el lugar supersecreto donde me vais a llevar, ¿no? Pero ¿qué es esto? —Comencé a elevar mi voz.

—No vamos a ningún sitio secreto. Las instalaciones son propiedad pública. Por favor… —Su voz sonaba grave pero relajada.

El conductor extendió el brazo hacia el asiento de atrás, con la palma de la mano hacia arriba, esperando que le entregara el teléfono.

Dudé unos segundos, pero finalmente saqué el móvil del bolsillo y se lo entregué. El coche arrancó y se incorporó a la calle principal.

El viaje fue bastante largo y durante todo el camino ni el conductor ni yo volvimos a terciar palabra, lo que agradecí bastante.

La velocidad del coche comenzó a remitir y me asomé a través de los asientos delanteros para ver qué había delante de la luna del coche. Una valla mecánica y una pequeña garita con un guardia nos impedían el paso. Cuando nos acercamos un poco más, el conductor le entregó una carpeta al hombre que se encargaba de la seguridad, vestido con un uniforme diferente al del hombre que conducía, y la valla comenzó a ascender.

El coche siguió en línea recta lentamente, hasta que entramos por una especie de túnel. Tuve que parpadear un par de veces hasta que mis ojos se acomodaron a la oscuridad. El túnel se me hizo eterno. En una de las varias bifurcaciones, torcimos a la izquierda. Era un túnel de piedra oscura, con algo de luz tenue iluminando desde las partes inferiores.

El coche se detuvo al final del camino, justo enfrente de un muro metálico. Esperamos unos segundos y las puertas se abrieron por la mitad, chirriando mientras se deslizaban cada una hacia un lado. El coche volvió a arrancar y se detuvo en el centro de una sala de hormigón. Las puertas de metal se cerraron a nuestra espalda con un chasquido.

El conductor se bajó del coche y me abrió la puerta.

—Espera aquí fuera.

Salí del coche y el hombre atravesó una puerta al otro lado de la sala. Comencé a recorrer la habitación despacio. No era muy grande, pero las paredes de hormigón eran excesivamente altas. Parecía que me encontraba en el fondo de un pozo.

Esperé unos minutos más y la puerta se volvió a abrir. Detrás de ella apareció el hombre del traje que tanto me había perseguido, seguido del conductor del coche y otros dos hombres con el mismo uniforme, con el símbolo de las dos palmeras blancas inclinadas en la solapa del traje y

en el borde de las botas. Mis músculos se relajaron levemente cuando no encontré rastro de ese tal Caimán.

Me quedé quieta en el centro de la sala, al lado del coche aparcado y esperé a que se acercaran a mí. Saqué las manos de los bolsillos y mi cuerpo se volvió a tensar.

El hombre del traje se acercó con paso firme hacia mí, deteniéndose justo enfrente. Me sorprendió lo bajito que era a mi lado. Mucho más de lo que había intuido cuando me asomé desde la ventana de mi casa la tarde anterior.

—Espero que Alfonso te haya tratado bien durante el viaje. —Mientras decía esto con un tono más amenazante que de amabilidad, seguía con la vista al conductor, sin mover su cuerpo, mientras que este volvía a entrar en el coche.

Yo también seguí los movimientos del conductor por detrás del hombre, pero no di ninguna respuesta.

—Oh, qué maleducado soy, aquí te conocemos todos, pero yo no me he presentado todavía. Soy Hormiga. —Ahora extendía su mano hacia mí y había cambiado a un registro más… comercial.

Le estreché su mano con firmeza en respuesta, mientras lo miraba seriamente a los ojos. No quería que pensara que contaba con mi simpatía.

—Tendrás muchas preguntas… —Se dio media vuelta y con su mano derecha me indicó que le siguiera—. Pero primero quiero que conozcas nuestras instalaciones. Ah, y quítate la mascarilla, aquí no te hace falta.

Le seguí sin rechistar mientras atravesábamos la habitación de hormigón. Eché un vistazo por encima del hombro y los dos hombres de uniforme nos seguían un par de pasos por detrás. Fue una mirada fugaz, pero pude reparar en el ancho cinturón que ambos llevaban. Un arma de fuerza, metálica, colgando en uno de los lados; algo que no pude discernir en el otro.

Cuando nos acercamos a la puerta por la que habían entrado ellos hacía un momento, Hormiga tecleó algo en la pantalla que había al lado de esta. A continuación, la puerta se abrió después de un suave pitido.

Subimos unos cuantos metros por unas escaleras estrechas, con las paredes todavía de hormigón. Los hombres armados subían cada peldaño detrás de nosotros. No eran peldaños muy altos, yo habría podido subirlos de dos en dos, pero Hormiga, a pesar de que subía rápido y muy recto, sin apenas arrugar su traje, con cada escalón debía levantar su rodilla casi a la altura de su ombligo.

Llegamos de nuevo a otra puerta, con una pantalla al lado y Hormiga repitió el mismo proceso que la vez anterior.

Una luz deslumbrante invadía la penumbra de las escaleras mientras la puerta se abría. Una vez más, tuve que esperar un par de segundos para que mis ojos se acostumbraran al cambio de luz y poder visualizar lo que nos esperaba detrás.

Ahora, las paredes eran de un blanco nuclear, donde rebotaba la luz que salía de los focos instalados en el techo, esta vez, de una altura más similar a la de cualquier edificio.

Hormiga atravesó el umbral de la puerta hacia la luz, yo le seguí con los soldados detrás. Dio un par de pasos más y la puerta se cerró automáticamente detrás de nosotros. En ese momento Hormiga se detuvo, se giró hacia mí y extendió los brazos hacia los lados:

—¡Bienvenida a la sede de Jungle! —Sus ojos brillaban y en su cara se dibujó lo que parecía una sonrisa.

13

Intenté con todas mis fuerzas recordar cualquier referencia, pero nunca había oído hablar de *Jungle*. Hormiga debió notar mi cara de confusión, pero le resultó gracioso. Alegremente, volvió a darse media vuelta y continuó andando por el pasillo blanco nuclear mientras daba su discurso, como si de un director de circo se tratara:

—Tranquila, es normal que no nos conozcas, no tenías por qué saberlo. Jungle es una división que pertenece a varios departamentos públicos, en concreto al de sanidad y al de defensa. Curiosa mezcla, ¿verdad? —soltó una pequeña carcajada antes de seguir, girándose hacia mí.

Su cara descompuesta por una sonrisa, que le hacía abrir mucho la boca y le arrugaba los ojos, me provocó un escalofrío.

Ahora habíamos torcido a la derecha hacia otro pasillo y a ambos lados de la pared había pequeñas ventanas que daban a enormes salas. Fui dirigiendo mi mirada a través de ellas según pasábamos y en cada una encontraba cosas diferentes. En la primera pude ver una mesa de trabajo, llena de probetas e instrumentos; un poco más adelante, observé otra que, además de dos mesas de trabajo, unidas en el centro de la sala, tenía numerosos frigoríficos a lo largo de toda la pared. La tercera parecía sacada de una película futurista: todo eran brazos robóticos, ordenadores con varias pantallas y un montón de máquinas de las que no podía ni intuir su función.

Todas las salas que pude contemplar después eran exactamente iguales: una camilla de hospital en un lado de la sala, con un biombo que la separaba de una mesa con todo tipo de material quirúrgico. En algunas de ellas se podían observar algunas personas trabajando.

—Como verás, contamos con las instalaciones mejor preparadas del país para poder realizar todo tipo de investigaciones innovadoras que aporten soluciones sanitarias efectivas a los problemas de los ciudadanos.

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto conmigo? —le corté repentinamente.

—Impaciente e impertinente —sentenció como si añadiera adjetivos a una ficha invisible—. Muy bien, pasa por aquí.

Me señaló una de las puertas grises de la pared de la izquierda, a diferencia del resto, sin ventana, y entré. Hormiga y los dos hombres uniformados entraron detrás de mí.

Era una sala no muy grande, con una luz más tenue que la de los laboratorios que había visto hasta ahora. Las paredes estaban cubiertas por montones de papeles clavados con chinchetas. Al fondo se apilaban un montón de cajas con libros y cuadernos dentro. Pude intuir que era una especie de almacén.

Hormiga se sentó en una de las sillas que había junto a un par de escritorios en el centro de la sala y me ofreció la que había al lado. Sentado en esa silla parecía todavía mucho más pequeño que yo, así que me senté también, dejando mi mochila en el suelo, al lado de mis pies. Él aprovechó las ruedas para acercarse más a mí.

—En Jungle llevamos décadas estudiando el comportamiento de las vacunas y cómo reforzarlas para que su efectividad sea del 100 % ante cualquier virus o bacteria.

Mientras él hablaba, intentaba concentrarme en los documentos que había en las paredes. Quería hacerme una fotografía mental de todo lo que fuera posible.

—Y hace décadas que descubrimos que, para cada virus o infección bacteriana, existía un animal que en la naturaleza y ante condiciones favorables de vida era inmune. Se comenzaron entonces experimentos para averiguar a qué era invulnerable cada animal y, por lo tanto, poder aislar en su ADN la cadena que le inmunizaba e introducirlo en el ARN de las personas gracias a las vacunas.

»La primera fase funcionó muy bien, pero la investigación se paralizó poco después de comenzar las pruebas en humanos.

»Hace unos años, cuando la pandemia del BAC_01 se convirtió en un problema nacional, recibimos luz verde para retomar y avanzar en esta investigación y elaborar una vacuna resistente a las bacterias del aire.

»Los resultados fueron dispares: en algunas personas funcionaba con una efectividad del 100 %, otras eran superadas por los efectos secundarios.

»No nos rendimos ahí, y comenzamos a averiguar qué tenían de especial aquellos individuos en los que no funcionaba la vacuna. Fue entonces cuando hicimos un descubrimiento impresionante: *el Gen Jungle*.

—¿De qué me estás hablando? —Mi pierna había comenzado a moverse, dando toquecitos repetitivos en el suelo.

Mi interrupción le había hecho perder el entusiasmo y ahora su cara reflejaba un atisbo de enfado:

—Hablo del *Gen Jungle*. El descubrimiento más importante de la historia de la medicina desde la penicilina.

—¿Y por qué no ha salido por la tele ni nadie habla de ello?

Su cara ahora había mutado a exasperación gracias a mi pregunta retadora.

—Porque, a la vez que inestimable, es peligroso si se convierte en dominio popular. Pero si dejas de interrumpirme —comenzó a masticar las palabras despacio, pronunciándolas entre dientes—, llegaremos a la parte en la que estás involucrada.

Me tomé su advertencia en serio y me quedé callada.

—Alrededor del 1 % de la población cuenta con el *Gen Jungle*, un gen único, que es compatible con la genética de algún animal. Así es como el ADN de algunos de ese 1 % es compatible con orangutanes o cerdos. Esos son los más comunes, pero puede ser compatible con cualquier tipo de animal. Gracias a los laboratorios de nuestras instalaciones, podemos sintetizar la cadena proteínica y compararla con la base de datos de más de cinco millones de especies que tenemos catalogadas por su ADN.

»Este descubrimiento fue un avance enorme, ya no para la vacuna frente al BAC_01, sino para luchar contra otros tipos de enfermedades. Pero la parte que te interesa a ti es la siguiente.

Hormiga se cruzó de piernas, dejando unos segundos tormentosos de silencio antes de seguir con la explicación, retándome a volver a interrumpirle.

—Cuando comenzamos a testar la vacuna, sus componentes principales eran dos: la cadena proteínica del animal inmune a estas bacterias y un potenciador de ese ARN animal.

»Es decir que, cuando comenzamos a testarla con los sujetos aptos, estos experimentaban una alteración de su ADN para potenciar el del animal que inoculamos y adquirir esta inmunidad.

»Pero fue cuando descubrimos que el potenciador que habíamos programado para actuar sobre la carga de ARN animal, en unos pocos individuos, provoca unos tipos de mejoras similares a

animales distintos del ARN inoculado: el Gen Jungle.

Después de la amenaza entre dientes yo no me atrevía a volver a interrumpir, pero todo esto me parecía muy siniestro a pesar del entusiasmo de este hombre.

—Te pondré un ejemplo: ¿te acuerdas de Caimán? Uno de mis hombres. Al que dejaste tirado en la azotea. Pues Caimán es potenciador del gen del animal que lleva su nombre y eso le hace especial. ¿Cómo? Pues con características como una fuerza sobrenatural en el cuello y en su mandíbula.

De repente, la imagen de Caimán en la azotea, agarrando con su boca mi porra, conmigo al otro lado y lanzándome al aire, vino a mi cabeza.

—¿Te haces ahora una idea de por qué queríamos conocerte?

La cantidad de información sobre genes, ADN y vacunas que este hombre había soltado todavía estaba intentando asentarse en mi cabeza. Como si tuvieran que pasar por un embudo en el que se había quedado atascada la mayor parte de la información. Si este hombre estaba hablando en mi mismo idioma, ¿por qué yo no había entendido nada?

Eché un vistazo rápido a los guardias que seguían de pie en la puerta y luego miré a Hormiga, que me contemplaba esperando mi respuesta.

Medité rápidamente un discurso convincente con la poca información que había penetrado en mi cerebro, pero, al abrir la boca, solo me salió una palabra:

—NOP.

Mis ojos se abrieron y se me escapó una sonrisa obligada por los nervios. Hormiga se desesperó una vez más, se frotó la cara con sus diminutas manos y suspiró mientras se levantaba de un salto de la silla. Su impulsividad fue tal, que la silla con ruedas se desplazó unos cuantos centímetros hacia atrás.

—¿Por qué la mayoría de los que poseen el gen tienen que ser imbéciles? —Empezó a chirriar entre dientes mientras andaba en dirección a los guardias de la puerta con la cabeza hacia el suelo y las manos a la espalda.

—¡Eeh! Eso lo he escuchado —le contesté en tono de burla, mientras me echaba hacia atrás en la silla cómodamente. Me hacía gracia ver a un hombre tan serio y tan pequeño perder los nervios tan fácilmente.

Hormiga se dio la vuelta antes de llegar a la puerta, con tal velocidad, que yo juraría que se había mareado en el proceso para, a continuación, levantar la mirada directamente hacia mí.

—Ya sé que lo has es-cu-cha-do. —Hormiga intentaba recomponerse. Dirigió su mano hacia el pelo para colocarse un mechón que se le había desordenado al levantarse de la silla con tanta energía.

—Lo importante aquí es que parece que tú eres portadora del Gen Jungle, pero no estabas en nuestro registro, aspecto que ya está resuelto.

Ahora Hormiga había comenzado a dar vueltas por la habitación, sin mirarme. Yo me había incorporado de nuevo en la silla y mi pierna volvía a golpear el suelo con nerviosismo.

—Como te he dicho, el potenciador del ARN animal que lleva la vacuna despierta el Gen Jungle en aquellos individuos que lo poseen. Al inocularte la vacuna, tu Gen Jungle ha despertado. Lo que tenemos que averiguar ahora es qué supone que ese potenciador entrara en contacto también con el ADN de la gata que se introdujo en tu cuerpo con las mordeduras tan profundas. Y a juzgar por tus mejoras, es muy probable que tu Gen Jungle sea felino.

El hombre dejó de dar vueltas por la habitación, para pararse justo enfrente de mí. Se inclinó sobre mi silla, apoyándose en los reposabrazos y poniendo su cara muy cerca de la mía.

—Esa es mi hipótesis —sentenció—, y como buen científico, me gustaría confirmarla empíricamente. —Y una sonrisa enorme, mostrando sus dientes amarillentos, apareció en su rostro, a tan solo unos centímetros de mi cara.

Reaccioné echando mi cabeza hacia atrás, separándome lo máximo posible de aquel gesto. Él se mantuvo en su posición. La sonrisa ya había desaparecido, pero sus ojos seguían clavados directamente en los míos. Por un momento pensé que trataba de leerme la mente. ¿Las hormigas pueden leer la mente? ¿Sería esa su…? ¿Cómo lo había llamado? ¿*Mejora?*

No, hasta donde yo sabía, las hormigas no podían leer la mente y aunque este hombre fuera capaz de hacerlo, de ahí tampoco iba a sacar nada. Ahora mismo dentro de mi cabeza había una pelota saltarina rebotando en todas direcciones. Era incapaz de concentrarme en nada de lo que había escuchado con Hormiga encima de mí clavándome su mirada.

Por fin se separó de mi silla, me estudió una vez más en silencio durante unos segundos y con los brazos en jarra, de pie frente a mí, preguntó:

—¿Y bien?

—No sé exactamente qué quieres que haga…

—Tú no tienes que hacer nada, nuestro equipo de especialistas te hará algunas pruebas para comprobar que mi teoría es cierta, que posees el Gen Jungle potenciado y qué alteraciones ha supuesto.

—¿Qué tipo de pruebas?

—Sencillas y nada dolorosas.

Hormiga contestaba increíblemente rápido, como si ya supiera lo que yo iba a decir antes incluso que yo misma y tuviese la respuesta preparada. La conversación se había convertido en un partido de tenis. ¿De verdad me habría leído la mente entonces?

—¿Y después simplemente podré irme? —Volví a mirar a los guardias de la entrada.

—Si es tu elección, por supuesto.

—¿Y si decido no participar en las pruebas?

Hormiga dio un paso hacia adelante para volver a acercarse a mí.

—¿De verdad que no tienes curiosidad por conocer cuál es tu alteración? —La sonrisa volvió a su cara muy lentamente.

Apreté los labios sin retirar mi mirada sobre él. Hormiga esperó durante unos segundos una respuesta que no llegó.

—No hace falta que contestes, se nota en tu mirada. Has venido hasta aquí para saber qué te pasa, porque ya has notado algunos cambios…

Entonces comenzó a hablar lentamente, como si estuviese leyendo algún libro que solo él veía:

—Eres una chica atrevida, incauta más que valiente, cabezota y bastante, bastante, impertinente. Sabes que, si vuelves a casa, después de todo lo que ha pasado, sin saber realmente qué eres ahora, no serás capaz de volver a descansar. Y una cosa muy importante que debes saber: Jungle solo da una oportunidad.

14

En realidad, Hormiga tenía bastante razón. Si volvía a mi casa ahora, me arrepentiría.

—Me quedo —sentencié de repente, llenando mi boca con cada palabra.

La sonrisa de Hormiga se difuminó para dar paso a una carcajada corta mientras daba una palmada que resonó en mis oídos.

—¡Ja! ¡Estupendo!

En ese momento se giró por completo y se dirigió con paso rápido a la puerta.

—Llevadla a la sala 9 —les ordenó a los guardias sin ni siquiera mirarles a la cara, a la vez que salía de la habitación—. ¡Ah! Y la mochila se queda aquí. —Y desapareció cerrando la puerta tras él con un golpe seco.

Uno de los guardias enseguida se dirigió hacia mi silla, en la que todavía estaba sentada. Hizo el amago de agarrarme del brazo, pero me retiré. Con el mismo impulso, me puse en pie y lo miré fijamente a los ojos.

—A la sala 9 —bramé sin perder el contacto visual.

El guardia, al que mi determinación le pilló por sorpresa, se recompuso rápido y extendió su mano en dirección a la puerta, invitándome a caminar delante de él. El otro hombre, que se había mantenido en el mismo sitio desde que entramos, echó una mirada rápida a su compañero, abrió la puerta y comenzó a caminar.

La reunión se había convertido ahora en un desfile por los pasillos: yo seguía a uno de los guardias, mientras que el otro me custodiaba por la retaguardia, con su mano derecha siempre pegada al cinturón.

Todos los pasillos eran iguales, brillando con el blanco nuclear de las paredes y el suelo. Ninguna de las puertas tenía número, era un completo laberinto. Al fin, el hombre que encabezaba nuestro particular desfile se detuvo frente a una puerta. Como todas las demás, esta también estaba lacada en color blanco, con una ventana de metacrilato en la parte superior. La puerta parecía hecha de un material más duro que el aluminio, llegué a pensar que podría ser incluso hierro, por el esfuerzo aparente que el guardia hizo al abrirla. Tampoco me importaba demasiado.

Al abrirse la puerta, la habitación que se encontraba en penumbra comenzó a iluminarse automáticamente. Una vez más, me vi obligada a concederle a mis ojos un par de segundos para acostumbrarse a la luz. No me dio tiempo a observar qué había dentro de la sala antes de entrar. En esos dos segundos que me paré en la puerta para estabilizar mi vista, el guardia que iba detrás de mí había sacado la porra metálica de su cinturón y me empujaba con ella para introducirme en la sala.

Forcejeé un poco mientras caminaba hacia el interior, intentando deshacerme de la presión del arma en mi espalda. Cuando ya pude girarme, el guardia me dio un último empujón cerrando la puerta desde fuera.

Me asomé por la ventanita y pude ver que todavía seguían allí, cada uno a un lado de la puerta, custodiando la sala. Me separé de la ventana, total, ahora había tomado yo la decisión de estar

allí. Que hubiera o no alguien afuera vigilándome era lo de menos, no pensaba salir de allí sin saber cómo me había afectado la dichosa vacuna.

Comencé a pasear por la sala, observando todo a mi alrededor con creciente fascinación. El habitáculo era bastante grande y contenía todo tipo de material médico y de laboratorio. Comencé a fijarme en los utensilios más grandes: una camilla enorme, con apéndices para colocar ambos brazos ocupaba el espacio principal del final de la sala. A la izquierda de la camilla, a tan solo unos centímetros de separación, observé una pequeña mesa de metal, con varios instrumentos médicos encima y un pequeño taburete detrás. A la derecha, un biombo blanco ocultaba el espacio restante entre la cama y un armario, también de metal.

Volví sobre mis pasos para fijarme en el escritorio blanco enorme que ocupaba toda la pared izquierda de la sala. Pasé mi mano derecha por encima mientras caminaba hasta la otra punta de la mesa. Toda ella estaba ocupada con materiales de todo tipo: cuadernos, bolígrafos, rotuladores, pequeñas pizarras… Mientras que, en la parte pegada a la pared, sobresalían varias pantallas de ordenador encendidas (pero bloqueadas) y otro sinfín de maquinaria. Con mis dedos daba pequeños saltos cada vez que me encontraba algún obstáculo en ese camino imaginario que estaba esgrimiendo por encima de la mesa.

Cuando terminé de recorrerla, me encontré de nuevo en el punto de partida, la puerta blanca. Volví a asomarme, por curiosidad, y los guardias seguían allí. Me di media vuelta para caminar ahora hacia la pared de la derecha del cuarto, toda ella ocupada por neveras. No captaron mucho mi atención: las puertas estaban cerradas con clave y eran totalmente opacas, no había nada más que observar ahí.

No sé cuánto rato estuve paseando por la habitación, pero la pereza me invadió y me senté en una de las sillas de ruedas del escritorio. Comencé a moverme hacia delante y hacia atrás con mis pies, como si me encontrara dentro de un carrito de bebé que meces para intentar calmar a la criatura. Cuando quise darme cuenta, había comenzado a hacer carreras de silla conmigo misma: me colocaba en un borde la habitación, con los dos pies en el suelo, y con todo el impulso que mi cuerpo permitía (sin volcar), me catapultaba hacia el otro lado de la habitación, intentando llegar unos centímetros más lejos que la ronda anterior.

En uno de esos viajes, un sonido chirriante me avisó de que a mi espalda se había abierto la puerta. Frené la silla arrastrando los pies en el suelo a la vez que la giraba para colocarme de cara hacia la puerta. Paré unos milímetros antes de embestir a un hombre, con bata blanca, que entraba con un paquete de plástico bajo el brazo.

Me miró unos segundos antes de lanzarme el paquete hacia mis manos.

—Toma, cámbiate ahí detrás. —Parecía bastante despreocupado.

Antes de obedecer, estudié su presencia: era un hombre de mediana edad, que la piel de su cara y la vitalidad de su pelo hacía aparentar más joven de lo que en realidad era, pero que, si te fijabas atentamente, eran contradicho por las pequeñas arrugas que comenzaban a vestir sus ojos. De estatura alta, la bata sin cerrar dejaba intuir una complexión forjada en algún gimnasio moderno, nada excesivo.

Me levanté con el paquete debajo de mi brazo izquierdo, mientras que, con el derecho, arrastré la silla hasta colocarla en el lugar de donde la cogí.

Una vez detrás del biombo blanco, abrí el paquete. Expulsé el aire por mi nariz al descubrir una bata verde, bastante fina. La sujeté en el aire con mis dedos, rezando a ningún dios en particular para que no dejara ver nada bajo ella.

Tardé bastante más de lo que hubiese sido normal en abandonar la protección del biombo,

sufriendo por intentar mantener algún ápice de seriedad mientras vestía esa bata, si es que aún me quedaba algo después del episodio de la silla.

15

Cuando por fin salí, el que intuí que era un doctor, estaba sentado frente a la mesa gigante, tecleando hacia las pantallas y colocando materiales indistintamente en algunas de las máquinas.

—Ya estoy lista —le avisé al ver que no se había percatado de mi presencia fantasmal de bata verde.

—Colócate en la camilla, enseguida estoy contigo —me respondió sin despegar su vista de los monitores.

Desde la camilla, levanté un poco mi cabeza, apoyando una de mis manos por debajo, para poder observarle detenidamente.

Su cabello semicorto, de un color castaño claro, posiblemente herencia de un rubio infantil, tenía un aspecto *descolocadamente peinado*. Era como si cada mechón de su pelo supiera perfectamente qué posición tomar sin la presión de ningún producto fijador. Su espalda recta, perfectamente apoyada sobre la silueta ergonómica de la silla, se doblaba por la parte de sus hombros cuando quería asegurarse de no perder ningún detalle de la pantalla. Sus manos se movían lentas pero firmes por la mesa, recogiendo objetos que desde mi posición no podía identificar y colocándolos en aquellas máquinas.

Por fin levantó la vista y giró la silla hacia mí. Sin desplazarse de su posición frente a la mesa, me observó de nuevo, su tez seria, pero los ojos relajados.

—Muy bien, podemos empezar.

Se dio una ligera palmada en sus muslos con ambas manos y se levantó de un salto de la silla. Se apoderó de varios botecitos que guardó en el bolsillo de su bata blanca y se acercó a la camilla.

Primero colocó la mesa que había a mi derecha, con instrumental médico, alejándola un poco de la camilla, para luego recoger el taburete redondo de detrás y sentarse pegado a mí. El movimiento provocó que una ligera ola de olor a loción hidratante para después del afeitado con algún fragmento de menta me acariciara.

—Te voy a realizar un chequeo básico, comprobar la respiración, el pulso, pupilas… Ya sabes, como cualquier reconocimiento. Luego te sacaré algo de sangre y con los resultados ya vamos viendo. ¿Alguna duda?

Su voz sonaba animada, con confianza. Por un momento me hizo olvidarme de la horrorosa bata verde.

—De momento no —le respondí algo dudosa.

—¡Estupendo! Antes de empezar quiero que me cuentes un poco qué cambios o molestias has experimentado en estos días. Cualquier cosa que hayas notado.

Mientras tanto, sin quitarme la vista, sacó de otro de los bolsillos de su bata una libreta y un bolígrafo.

—Lo que más me ha estado molestando ha sido la vista, me cuesta acostumbrarme a cambios de luz y el dolor de cabeza me mata. También he notado que, si me concentro bien, puedo escuchar cosas bastante lejos.

El hombre apuntaba con bastante agilidad, al mismo ritmo al que yo iba hablando. Hice una pausa de unos segundos para pensar qué más había cambiado. El cansancio me pesaba y ahí tumbada, en esa camilla, mantener los ojos abiertos se me hacía un trabajo arduo. Decidí mirar fijamente el bolígrafo para no cerrar mis ojos al pensar. Me di cuenta entonces del tamaño de sus manos. Eran unas manos grandes, con la piel algunos tonos más oscura que la de su cara y los dedos alargados y firmes. Era como si sus dedos también fueran al gimnasio. Menuda tontería. Me había vuelto a desconcentrar. El cansancio…

—¿Más cosas? —me animó a continuar.

—Salté unos cuatro metros… y ¡casi caigo de pie! —Un poquito de orgullo había salido a relucir.

Sin apartar el boli de la libreta levantó la vista para estudiar mi cara y una sonrisa apareció en su rostro. Las líneas del final de su boca se arrugaban por debajo de sus pétreos pómulos. Quise entonces matizar mis palabras, intentando evitar quedar como una idiota, por décima vez en el mismo día.

—A ver… Quiero decir… que salté toda esa altura y no me hice nada. Ni un esguince.

La sonrisa pasó a convertirse en una risa completa.

—¡Entendido! —respondió divertido—. Lo anotaré como *equilibrio y salto de altura*. ¿Qué más?

—Bueno, me ha llamado la atención también que las heridas se curan más rápidamente. Y creo que eso es todo, no recuerdo nada más excepcional.

—¿No te parecerá poco? —cuestionó sonriendo mientras terminaba de escribir las últimas líneas en su libreta.

Le contesté con una sonrisa breve. Era la primera persona simpática con la que hablaba desde que entré en este lugar.

Guardó entonces la libreta de nuevo en su bolsillo, junto con el bolígrafo, y se puso de pie. Se inclinó hacia la mesita y se colocó, colgando del cuello, un estetoscopio de color azul oscuro. Una vez lo tuvo colocado, de la misma mesa agarró una linternita que apuntó hacia mis ojos. Estuvo un par de minutos comprobando mis pupilas, encendiendo y apagando la linterna frente a mi cara.

El siguiente paso fue examinar mis oídos concienzudamente y por último comprobó mi corazón y respiración con el utensilio que se había colgado al cuello. Durante todo el proceso, mostró una cara seria, concentrado en cada una de las actividades que desempeñaba. El silencio era tan absorbente que tan solo era capaz de escuchar el sonido de motor de los ordenadores del escritorio acompañando a la respiración del doctor, que a pesar de ser mínimamente audible, se había instalado en mi cabeza. Y del olor. El aroma a menta.

Cuando terminó de examinarme, volvió a colocar cada instrumento en la mesa, incluyendo ahora también la colección de botecitos que había salvaguardado en su bolsillo durante este rato.

—Necesito que coloques tu brazo derecho aquí, voy a sacarte algo de sangre. —Y con su brazo izquierdo dio unas palmaditas sobre el reposabrazos de la camilla.

Obedecí sin rechistar y lentamente, como si de un ritual se tratara, insertó la aguja y comenzó a llenar varios botecitos, sin perder nunca de vista mi brazo. Yo me quedé absorta observando cómo la sangre fluía por dentro de los tubos, cómo se iban llenando y con movimientos ágiles, el hombre era capaz de intercambiarlos por el siguiente bote vacío.

No llevé la cuenta del número de tubitos que llenó, pero la operación no llevó mucho tiempo. Recogió todos ellos y se dirigió al escritorio.

—Puedes incorporarte si quieres, pero voy a llamar a un compañero para poder hacer una prueba más.

16

Esta vez, su cara emanaba un aire de misterio, contrario a la facilidad con la que me había explicado los pasos anteriores. Mi cabeza comenzó entonces a desarrollar un sinfín de discursos predictivos sobre lo que iba a pasar a continuación, pero pasaban todos tan rápido, que ninguno se asentó en mi mente. Decidí incorporarme tal y como había sugerido el doctor y me senté en el borde de la camilla, como si de esa manera todos esos pensamientos que corrían por mi cabeza se fueran a caer al vacío al levantarla.

Era una camilla bastante alta, pero, aun así, sentada en el borde, mis largas piernas colgaban hasta tocar con la punta de las zapatillas en el suelo. Estiré un poco la espalda para despertar los músculos que se habían endurecido al contacto con la camilla y volví a mirar hacia el escritorio.

Mi mirada no se podía apartar del hombre, estudiando cada movimiento, cada gesto, intentando, de alguna manera, sin sentido, entrar en su cabeza. Tenía la sensación de que él conocía más información acerca de mí que yo misma.

Allí sentada, me invadió un sentimiento de dualidad que me incomodaba: mientras me hacía el reconocimiento médico, la entrevista y los análisis, parecía convertirme en lo más fascinante de toda la habitación y tenía su atención completa. Sin embargo, en cuanto su posición cambiaba hacia el escritorio, era absorbido hasta convertirme de nuevo en el fantasma de la bata verde.

Ni un ápice de su atención se dirigió hacia mí hasta que el nuevo invitado apareció por la puerta, haciendo un ruido tremendo en comparación con el silencio incómodo que reinaba en la habitación.

Era un chico alto y delgado, bastante más joven que el doctor e incluso podría intuir que era algo más joven que yo si me atenía a la limpieza de su cara, totalmente libre de cualquier sombra de barba. Pisaba fuerte y rápido dejando un leve chirrido de goma cada vez que levantaba uno de sus pies.

—Hola, doctor Rohner. —El chico se quedó a unos pasos de la puerta, esperando instrucciones.

Rohner hasta ahora no había reparado en él. Lo que a mí me había parecido una entrada escandalosa, a él ni siquiera le había inmutado. Cuando empezaba a pensar que el nuevo miembro de la sala era imaginación mía, otro efecto más de la dichosa vacuna, Rohner giró su silla.

—Buenos días. —Hizo una pausa con los ojos fijos en los del chico, frunciendo el ceño, a lo que el chico contestó bajando la mirada.

—Puedes dejar el analizador en aquella mesilla y… ¿podrías ir preparando a la paciente? —El ceño fruncido había desaparecido dejando paso a una media sonrisa en su cara.

El chico arrancó de nuevo su paso hacia donde yo estaba, totalmente ilusionado. Con las manos temblorosas y muy despacio, depositó una pequeña máquina en la mesa y comenzó a presionar botones. Nadie hablaba, Rohner seguía en su escritorio y el chico estaba completamente concentrado en su tarea, dándome la espalda.

Los nervios cada vez se agolpaban más en mi cuerpo, hasta que dejaron paso a la ira: ¿pensaban seguir haciendo como si yo no estuviera? Ahora otra prueba más, ¿pero qué tipo de

prueba era? ¿Ni siquiera eso me iban a contar?

El chico terminó de colocar la máquina y se acercó hacia mi cuerpo con un instrumento, con forma larga y ovalada, que se conectaba por uno de los extremos a una manguera delgada que llegaba hasta la máquina encima de la mesa.

No pude más y me bajé de la camilla de un salto:

—¿Y ahora qué? —Miré desafiante al chico, que con un respingo se retiró de mi lado. ¡Dijiste que eran solo un reconocimiento y unos análisis! —Había comenzado a alzar la voz y, a pesar de no moverme de los pies de la camilla, apelaba directamente al doctor, reclamándole una especie de deuda no pagada entre los dos.

Por fin el hombre se levantó de la silla y se dirigió hacia donde yo me había quedado clavada. Mientras su elegante estructura se acercaba hacia mí, calmada pero firme, una parte de mi interior no paraba de mandarle órdenes a mi cerebro para que reculara y diera unos cuantos pasitos hacia atrás. Para aquel entonces, mi cerebro ya había elegido en la ecuación de la supervivencia la parte de *enfrentarse* en lugar de la de *huir*. Me mantuve firme en mi posición y miré fijamente a los ojos al doctor, intentando mantener un semblante serio e intimidante, como si esos segundos fueran a determinar la reacción final de él.

Rohner dio un último paso, colocándose a apenas un par de centímetros de mí. Con los dos totalmente erguidos, a tan poca distancia, la diferencia de estatura no era demasiada, pero su cara todavía quedaba a unos centímetros por encima de la mía. Los justos como para tener que elevar mi cabeza y poder advertir el olor a loción hidratante de sus mejillas.

Cuando pasaron esos dos segundos de tensión y prueba, Rohner finalmente miró al ayudante.

—¿Por qué no le explicas cómo funciona el analizador? —Su tono sonó suave.

Aquella proposición pilló al chico desprevenido y cruzó un par de miradas con nosotros antes de afirmar con la cabeza. Se acercó de nuevo a la camilla y se quedó expectante, mirándome fijamente, esperando que yo también respondiera de manera afirmativa y me volviera a tumbar dócilmente en la camilla.

Devolví mi mirada firme hacia Rohner y respiré hondo. Una sonrisa de desarme apareció en su cara.

—Mi debilidad son las incógnitas y tú eres una. Todavía no he terminado de analizar del todo tus muestras, pero por lo que me has contado hasta ahora, preveo resultados interesantes.

Se despegó de la baldosa que había ocupado hasta ese momento y dio un par de pasos más hacia el otro lado de la camilla.

—Esta es la última prueba, solamente es de descarte.

Le miré sin moverme todavía de mi posición, pero suplicándole con los ojos alguna garantía. Rohner los leyó.

—Te lo prometo. —Y los tonos verdes que se escondían detrás del marrón miel de sus iris brillaron reflejando la luz de la zona.

Volví a tumbarme en la camilla, sin perderle de vista, con un fino hilo de desconfianza todavía dando vueltas en mi interior.

Enseguida el chico barbilampiño se me acercó con la forma ovalada y esperó unos segundos al permiso del doctor, que asintió en silencio.

Entonces, poseído por una gran emoción, comenzó un discurso laborioso y acelerado sobre el funcionamiento de aquel cacharro, para qué servía e incluso la historia de su inventor.

De cada tres palabras yo entendía una, siendo optimista. Cuando comenzó a nombrar personajes que habían intervenido en la creación y descubrimiento de no sé qué tecnologías

necesarias para que aquello funcionase, giré mi cabeza hacia el otro lado de la camilla, donde se había mantenido Rohner. Mi cara era un reflejo de desesperación mezclado con incredulidad, que contrastaba con la diversión que observé en la suya.

Haciéndome cómplice de ella, Rohner me guiñó un ojo fugazmente antes de comenzar a bromear con el chico con comentarios como «Creo que a la paciente le interesaría mucho que le explicaras cómo se produce la conexión dentro del analizador» o «¿Puedes explicar cómo se consiguió reducir el tamaño de la máquina gracias a la combustión interna?, es un dato interesante para la paciente».

Con cada comentario el chico se animaba todavía más y abandonaba el discurso que había interrumpido el doctor para comenzar eufórico uno nuevo sobre cualquiera de las cosas que le había indicado Rohner y de las que yo, ni me enteraba, ni me interesaban. Cada vez que el joven retomaba un tema con la emoción en sus palabras, yo suspiraba agotada y Rohner sonreía callado.

Al final conseguí hacerme una vaga idea de todo aquello: en ocasiones, las alteraciones del ADN, incluido el Gen Jungle, provocan ciertas reacciones tumorales a largo plazo en el cuerpo y este analizador era capaz de preverlo con una exactitud del 99 %, además de elaborar un informe completo e instantáneo de la mejora de las capacidades tras la vacuna y en qué porcentaje.

La maquinita emitió un sonidito y el chico se separó de mí.

—El análisis ha terminado. ¿Le envío los resultados a su ordenador, doctor Rohner?

El doctor le dio una respuesta afirmativa y las gracias antes de que el chico volviera a manipular de nuevo el analizador en la mesa. Rohner se estiró despacio, antes de dar un paso para separarse de mi camilla. Yo me incorporé, sin bajarme, pero inclinándome hacia él. Justo en el momento que iba a abrir la boca para protestar de nuevo, él me puso una mano en mi hombro.

—Puedes volver a vestirte y sentarte conmigo si quieres, te enseñaré los resultados que tenemos hasta ahora, antes de que vuelva Hormiga. —Una vez más, el tono de complicidad.

Nada más terminar la frase, Rohner miró eléctricamente hacia el chico, como si por un segundo se hubiese olvidado de su presencia. Seguía callado, al lado de la máquina, pero su atención se centraba en nosotros dos, escondiendo una mirada de reprobación detrás de sus gafas. Rohner la captó.

—Gracias por la ayuda.

El tono serio y firme que había recuperado el doctor iba más allá del mero agradecimiento, era una despedida. El chico empalideció un tono más, se giró rápidamente para recoger el aparato y salió de la sala con paso rápido, dejando atrás el sonido de las pisadas de goma y un apenas audible «Adiós».

Enseguida terminé de vestirme, encantada de poder volver a mi chándal y deshacerme del disfraz de fantasma. No esperé a terminar de colocarme la chaqueta para acercarme al escritorio, no quería que después de la despedida del chico, Rohner se arrepintiera de su ofrecimiento.

Me coloqué silenciosamente detrás de su silla con la intención de no molestar, pero deseando apoderarme de cada dato que pululaba por aquel escritorio. Rohner se giró levemente para mirarme y me invitó a que me sentara en la silla que había a su izquierda, acercándola un poco más a él.

Me arrimé más, colocándome al ras de la mesa, pero declinando su invitación lo más amablemente posible.

—Estoy bien de pie. —Y añadí una sonrisa.

—Bien, empecemos por los resultados del analizador. —Giró una de las pantallas hacia mí—.

¿Ves estos datos que rondan el 0? Pues eso es muy positivo, es la probabilidad de que todo esto te haya afectado negativamente.

—Te refieres a tumores y malformaciones —le interrumpí con cautela, bajando la voz con la última palabra.

Rohner me miró, una vez más, con su cara poseída por la seriedad de un científico.

—Veo que has prestado atención a la clase magistral de antes. Sí, esos son los índices que mide, pero, como te decía, son todos tendientes a 0, no hay ningún peligro.

Cuando terminó la frase, volvió a mirar la pantalla, señalando con su dedo índice los valores a los que se refería.

—El segundo punto que hemos medido es el porcentaje de mutación que se ha producido desde que se inoculó la vacuna.

Comenzó a hacer *scroll* con el ratón, haciendo bailar datos arriba y abajo en la pantalla. Sus ojos bailaban con ellos, brillando con los cambios de luz que producían los saltos de página. A ese brillo fue a parar mi atención al no poder seguir ese baile, haciendo un esfuerzo por ver a través de sus ojos.

—¿Hace menos de una semana que te la pusiste? —Había comenzado a pasar sus dedos por su barbilla, deslizándose suaves, confirmando el excelente trabajo de su afeitado, probablemente esa misma mañana. El sonido sedoso relajándome con cada pasada.

—El martes.

El sonido otra vez. Ese sonido me hacía sentir en mis propios dedos la suavidad de su piel con cada pasada. Rohner giró su silla hacia mí y juntó sus manos.

—Hay principalmente dos niveles de mutación que separamos en función del porcentaje que nos devuelve el analizador: Menor del 50 % o mayor del 50 %.

»Es increíble la cantidad de individuos que se quedan por debajo del 50 %. En esos casos, la mutación es apenas perceptible y, por lo tanto, tampoco lo son las mejoras.

»Cuando los sujetos reciben un porcentaje superior al 50 %… —Abrió sus manos—. Entonces sí que lo consideramos un individuo mejorado. Normalmente estamos manejando unos porcentajes entre el 50 % y el 70 %, pero más cerca del 50 %.

Rohner hizo una pausa. Se había dado cuenta de que un pico de emoción le había invadido y necesitaba recuperar el control de sus facciones y su tono de nuevo. Aproveché ese silencio.

—¿Qué porcentaje marca el mío?

Volvió a mirar la pantalla, cotejando que no existiera ningún error perceptible.

—Todas tus mejoras están por encima del 70%, tu media es un 78 %. —Su voz sonaba ahora grave, no quedaba ningún rastro de la emoción anterior.

Ninguno de los dos dijo nada, digiriendo internamente cada pedazo de información. Rohner seguía sin levantar la vista de la pantalla y el silencio empezaba a incomodarme. Apoyé las dos manos sobre el escritorio y me incliné un poco hacia delante y la derecha en un intento de interponerme físicamente entre la pantalla y Rohner para captar mejor la información.

—Pero… ¿eso es bueno?

La atención del doctor volvió a mí.

—Sí, claro, es bueno. Normalmente no se experimenta un resultado completo hasta que ha pasado una semana desde la inoculación. Quiero decir —dudó momentáneamente antes de continuar— que todavía puede aumentar un poco.

Yo seguía inclinada en el escritorio, mirándole directamente a los ojos, pero sin disimular mi preocupación. Él se puso de pie y me observó de cerca. Cuando terminó de reconocerme

físicamente una vez más con la vista, dio unos pasos hasta el centro de la sala, se llevó las manos a la espalda y me sonrió.

—Mira, si aprendes a sacar lo mejor de ti y a utilizarlo para lo que es correcto, puedes llegar muy lejos. Tienes más potencial que la mayoría de todos los que han pasado por aquí antes que tú. Está en tu mano decidir cómo utilizarlo y no dejar que te corrompa.

El tono serio y paternal que había utilizado como canal para ese consejo se transformó ahora en uno más amigable y divertido.

—Pero después de conocerte, creo que tienes las cosas bastante claras, aunque a veces te llevan a la insolencia… —Comenzó a reírse buscando mi complicidad.

Yo rompí a reír también, dejando escapar cada gramo de tensión que había acumulado en esa sala. Por fin una sensación agradable.

17

Su semblante y el mío se endurecieron cuando escuchamos la puerta abrirse. Era Hormiga, quien entraba a la sala con la energía de alguien que posee el lugar. Como un acto reflejo, me separé del escritorio lleno de información sobre mí y retrocedí acercándome a la camilla.

—¿Ya está todo, doctor?

Hormiga parecía mucho más pequeño ahora enfrente de Rohner, mirando hacia arriba para conseguir el contacto visual con él.

—Faltan algunos resultados de las analíticas, pero lo demás está completo.

—¿Y bien? ¿Cuál es el resultado?

Hormiga había comenzado a impacientarse, balanceándose hacia delante y hacia atrás de puntillas con los dedos de sus pies. Su mirada, con los ojos abiertos de par en par, impactaba directamente en Rohner. Yo había vuelto a convertirme en el fantasma de la bata verde, ahora sin bata, al que nadie ponía atención.

Rohner entrecerró un poco sus ojos y frunció el ceño casi imperceptiblemente sin apartar la mirada de Hormiga. El ambiente se tensó a su alrededor, los segundos de silencio de Rohner devorando incluso el rugido de los ordenadores en funcionamiento. Aguantando mi respiración, incapaz de anticipar ningún desenlace, cambié mi mirada ahora hacia el hombre diminuto. Hormiga había parado de menearse y con su mano firme se colocaba otro de sus mechones de pelo hacia atrás.

—78—soltó al final Rohner con fuerza. Acto seguido, se giró para volver a su escritorio y sumergirse de nuevo en sus tareas con aire serio.

Cuando quise darme cuenta, Hormiga estaba también en el escritorio a la izquierda del doctor. Yo me mantuve observando la escena desde la distancia, de pie, intentando descifrar el rol de cada uno.

—Necesito verlo, si los resultados son correctos… —Hormiga hablaba ahora muy rápido, acelerado con cada palabra, mientras introducía su cabeza entre la de Rohner y una de las pantallas del escritorio.

Rohner, que incluso sentado en la silla era más alto que Hormiga de pie a su lado, le echó una mirada rápida y señaló algo en la pantalla con aire solemne.

Hormiga dio una palmada y se separó de la mesa para dirigirse por fin hacia mí. Su paso era tan directo y tan rápido, que hizo que me echara hacia atrás. Me miró fijamente un segundo, con una sonrisa en la cara.

—Ya nos podemos ir. —Y caminó en dirección a la puerta, esta vez con un ritmo más calmado.

Le seguí unos pasos por detrás, mientras observaba de reojo al doctor Rohner al pasar por su lado, que seguía sin despegarse de la pantalla. En la puerta ya no quedaba ningún vigilante y ahora Hormiga la sostenía dejándome pasar. Antes de atravesar el umbral, me detuve un segundo y me giré para despedirme de Rohner, pero Hormiga se me adelantó.

—Gracias por su trabajo, doctor —anunció Hormiga levantando la voz, pero con la mirada fija en la puerta, dándole la espalda a Rohner.

La despedida de Hormiga sí que hizo al científico salir de su concentración para girarse hacia nosotros levemente con ayuda de la silla. Echó una mirada fugaz a Hormiga y luego se detuvo en mis ojos.

—Adiós. —Se despidió con un tono suave sin separar su mirada, mientras arqueaba ligeramente las cejas.

—Adiós —le contesté con un tono ahogado sin separar mi mirada, mientras Hormiga utilizaba su mano para señalarme la salida.

Caminé con Hormiga por el pasillo a paso ligero, escuchando cómo el hombrecillo me explicaba lo que significaba el *78* de mis resultados, con un discurso parecido al de Rohner en contenido, pero no en forma. Hormiga utilizaba lenguaje mucho más complejo, menos detalles y un tono que aumentaba en emoción a medida que avanzábamos.

Como la teoría ya me la sabía, yo caminaba de manera automática a su lado, escuchando su voz como un eco, mientras me perdía en mis propias conclusiones: si Hormiga estaba ofreciéndome esa información, era porque esa tarea le correspondía a él, para poder controlar la cantidad de datos que me ofrecía y no a Rohner. Por lo tanto, entendí que los últimos minutos en aquella sala con él habían sido una extralimitación en su tarea y un pacto de complicidad.

Yo no quise romper con ese compromiso adquirido inconscientemente y no interrumpí a Hormiga en su explicación.

Otra sala más. Esta no se parecía en nada a las dos anteriores, se parecía más a un salón de un apartamento. De espaldas a la puerta había un pequeño sofá, de dos plazas, que miraba hacia una barra con encimera de mármol y una estantería detrás decorada con todo tipo de botellas de diferentes colores y tamaños.

Di un par de pasos dentro de la habitación y me fijé en un pequeño escritorio antiguo, con dos cajones diminutos, que ocupaban la pared de la derecha.

—Ponte cómoda.

Y Hormiga me adelantó por la izquierda hacia la barra de las botellas, tecleando algo en su teléfono móvil, mientras yo seguía observando la curiosa mesa.

Obedecí sin rechistar y me senté en una esquina del sofá biplaza, con los pies fijos en el suelo y sin apoyar mi espalda en los cojines. El cuero de sofá me recogió ruidosamente.

—He pedido que acerquen aquí tus cosas, ya no habrá más salas —me explicaba calmado, mientras rellenaba con una de las botellas de la estantería un vaso con hielo que había alcanzado de debajo de la barra.

Mi corazón dio un vuelco con la idea de que, lo que sea que fuera esto, se acabara ya.

—Bueno, ¿qué te ha parecido la experiencia? —Hormiga se apoyaba en la barra, agitando los hielos dentro del vaso.

No sabía qué contestar, el tono de comercial amigable me mantenía alerta. Me limité a mirarle en silencio fijamente a los ojos.

—¿No te gusta mi despacho? En la sala de material hablabas mucho más.

Su despacho. Cuando lo escuché, algo en mi cuerpo se estremeció, la poca comodidad que podía haber alcanzado se había desvanecido al conocer la escasa neutralidad de esa habitación. Mi respiración se aceleró y una sensación de urgencia recorrió mi cuerpo. Quería saber ya qué iba a pasar.

—¿Y ahora qué?

Solté la pregunta tan de golpe que pude observar cómo la cabeza de Hormiga se inclinaba ligeramente hacia atrás. Justo en ese momento llamaron a la puerta y un soldado armado entró

con mi mochila en las manos.

—Señor. ¿Dónde quiere que deje esto? —En sus manos zarandeó en el aire mi mochila.

—Déjaselo a la señorita —le respondió Hormiga sin retirar la mirada sobre mí.

Señorita. Esa palabra me revolvió el estómago.

El agente me entregó la mochila y abandonó la habitación haciendo un saludo marcial antes de cerrar la puerta.

Cogí la mochila y poniéndome en pie me la coloqué sobre un hombro.

—Ya me puedo ir, ¿no?

Miré fijamente al hombre que seguía apoyado en la barra sin moverse.

—Prometiste que después de todas las pruebas podía irme a casa.

—Eso es. Soy un hombre de palabra. —Hormiga hablaba muy despacio, calculando qué palabra colocar después de la anterior.

Me giré y emprendí el camino a la puerta lentamente, la incertidumbre envolviendo mis pasos.

—No te encontrarás ningún guardia en los pasillos, puedes irte tranquila. —Apostilló Hormiga todavía desde la barra—. Porque… eso es lo que quieres, ¿no?

La pregunta final me hizo detenerme y girarme hacia él. Su cara dibujaba una sonrisa de medio lado. Al ver que captaba mi atención, se separó de la encimera y se acercó a mí, hasta quedarse a una distancia en la que mi altura no le impidiese mirarme a los ojos sin levantar su cabeza.

—¿Y qué otra opción tengo? —La curiosidad hablaba por mí.

—¿Opción? Tienes delante la oportunidad más grande que vas a tener el resto de tu vida. Es una oportunidad de tal calibre que el 99 % de las personas no tendrán jamás.

No contesté. Esperé unos segundos mientras mis emociones terminaban de conquistar la razón en la lucha que se había instaurado en mi cabeza. Por fin, toda parte racional que apostaba por salir de allí quedó sometida a las emociones que hacían que mi corazón cabalgase con… ¿emoción? No, no podía ser emoción lo que me detenía allí.

Levanté la mirada hacia Hormiga y tiré la mochila en el suelo, señal de la decisión que había tomado. Una vez más, tomar una decisión me había envalentonado.

—¿Y cuál es esa increíble oportunidad?

Hormiga volvió a girarse hacia la barra, pero esta vez le seguí y me coloqué frente a él. Hinchó el pecho y abrió su diminuta boca para entablar otro de sus discursos, pero esta vez le interrumpí acelerada.

—No quiero palabras raras, no quiero líos enrevesados con conceptos científicos, no quiero que me vendas nada. —Descansé un segundo para reponer el aire y dar un paso hacia delante para acercarme más a él, incomodándole con mi envergadura—. Quiero saber *EXACTAMENTE* dónde me estoy metiendo.

Ese *exactamente* resonó en toda la sala.

¿A quién quería engañar? Yo no quería volver a mi casa, a mi vida cutre pero tranquila en la que lo único que pasaba era el tiempo. Sin ningún propósito. Sin ningún futuro. La sociedad estaba moralmente destruida y las oportunidades habían desaparecido después de la crisis. Si de verdad aquí tenía una, sería la única que iba a tener el resto de mi vida.

18

—Hoy mismo te trasladaremos al barracón de iniciación. Encontrarás mejorados de distintos niveles, pero con tu 78 no vas a tener problemas para ponerte al día.

Hormiga sonrió recordando mi puntuación. Un aire de ilusión comenzó a expandirse por su cara y yo retrocedí un paso para distanciarme de nuevo del hombre. Él respondió dando otro paso hacia delante, volviendo a acortar el espacio entre los dos.

—¿Iniciación? ¿En qué consiste eso? —Mis palabras salieron con un tono amenazante, intentando con ellas empujar al hombre que tenía enfrente hacia atrás, mientras me protegía cruzando mis brazos en el pecho.

—Entrenamiento.

Hormiga se calló unos segundos mirando hacia el vaso que sostenía en sus manos. Le dio un sorbo y se quedó jugueteando con los hielos. Mis dedos comenzaron a dar golpecitos en mi brazo contrario.

—¿Qué tipo de entrenamiento?

Odiaba esa sensación. Hormiga no entregaba toda la información para establecer algún juego macabro de poder. Le divertía verme queriendo saber más. Se lo notaba en sus ojos, brillando cada vez que levantaba la vista del vaso.

—Cualquiera que te permita desarrollar tus mejoras al máximo.

Mi cuerpo se desinfló y mis brazos volvieron a colgar de los hombros. La idea de tener que entrenarme no me apasionaba y, definitivamente, necesitaba más información de la que Hormiga me estaba dando para convencerme de la decisión de quedarme.

Hormiga, que ya era experto en leer mis intenciones, retomó la conversación.

—Dominar tus mejoras lleva tiempo, pero aquí te vamos a ayudar. Llevamos años sacando lo mejor de cada uno de los mejorados.

En la cara de Hormiga se dibujó una sonrisa bastante forzada. Con un movimiento rápido se bebió el último trago que quedaba en el vaso y lo dejó con fuerza en la encimera. Agarró mi mochila del suelo casi sin agacharse y la levantó con su brazo derecho, haciéndola columpiarse delante de mí.

—¡Vámonos! —Miró fugazmente su reloj—. Creo que podemos pillarles en el comedor.

Cogí mi mochila de nuevo y comencé a andar detrás de él. Seguimos recorriendo interminables pasillos hacia izquierda y derecha indistintamente. Después de varios virajes, dimos con un pasillo más oscuro que el resto, que terminaba en una escalera larga y empinada.

Arriba del todo, Hormiga volvió a teclear en la pantalla que había al lado de una puerta. Una ola de luz nos azotó la cara. Mis ojos comenzaron a llorar y tuve que mantenerlos cerrados unos segundos. Por fin pude abrirlos poco a poco. Estábamos en la calle. Hormiga me esperaba al otro lado de la puerta, sacando pecho para respirar hondo y mirando hacia el cielo, con las manos sobre sus caderas.

—Después de la tormenta siempre llega la calma. —Y respiró profundamente una vez más.

Me apresuré a salir hacia la luz, dándome cuenta de a qué se refería Hormiga al mirar hacia el cielo despejado, que nada tenía que ver con el del día anterior completo de nubes negras.

19

Comenzamos a caminar por una explanada enorme. A kilómetros se podían observar vallas metálicas y muros altísimos. Solo podía verlos en algunos puntos, pero estaba completamente segura de que nos rodeaban. Enseguida llegamos a un garaje, con una persiana metálica, que, una vez más, ascendió al colocar Hormiga un código en otra de las pantallas.

Era un habitáculo pequeñito. Más pequeño que el anterior, donde había conocido a Hormiga. Al fondo, pude ver un coche oscuro, sin nada de particular, tapado por tres carritos a motor, similares a los que podría encontrar en un campo de golf, si alguna vez en mi vida hubiese estado en un campo de golf. Aunque sí conocía uno en el Centro, dentro del club de élite del continente. Pero a pesar de los pocos escrúpulos de mi padre por irrumpir en cualquier lugar donde poder llevar a cabo sus *negocios*, el club era uno de los sitios que nunca se atrevió a conquistar. Y si mi padre, para el que las consecuencias nunca habían sido un problema, se mantenía lejos de aquel lugar, yo no iba a ser menos.

Hormiga se subió a uno de los carritos y agarró el volante. Yo subí al otro lado y arrancó. Comenzó entonces mi *tour* por el complejo.

Durante la primera parte del viaje tan solo veía una explanada arenosa, con zonas totalmente cubiertas de barro de la lluvia de los días anteriores. De vez en cuando, dejábamos a nuestro paso algún habitáculo completamente metálico, similar al garaje de donde habíamos sacado el carrito.

Cuando pasamos la zona de arena, el asfalto nos recibió, dejando a nuestra derecha una zona completa de esas naves metálicas, ordenadas en filas, hasta que el asfalto se volvió a transformar en arena y cogimos un camino que, aunque corto, estaba rodeado por cientos de árboles. Comencé a divisar al fondo una construcción parecida a los garajes que habíamos pasado, pero algo más grande. Y a lo lejos, lejos de los árboles, lejos de la estructura: muros y vallas.

Dejamos el carrito en la puerta de hierro de la construcción y caminé unos pasos hacia atrás para observar el conjunto al completo. La estructura tenía forma de bóveda en su parte superior y no llegué a ver ninguna ventana.

Rebusqué en mis bolsillos, pero Hormiga, sin mirarme, se me adelantó.

—Déjate de gilipolleces. Las mascarillas no te hacen falta en ninguna de las instalaciones de Jungle. ¿Dónde te crees que estás?

Parecía que el tema de las mascarillas era una ofensa personal para él. Le hice caso y saqué mi mano del bolsillo.

Al contrario que el resto de puertas que habíamos traspasado hasta ahora, esta no tenía ningún tipo de código, Hormiga tan solo agarró el manillar y tiró de la puerta hacia él.

—Bienvenida a *La Guarida*.

Una vez más, nos recibían unas escaleras por las que tuvimos que bajar un par de metros, pero estas eran más anchas y estaban mucho mejor iluminadas que las anteriores. El final de las escaleras desembocaba en un pequeño rellano que daba a un pasillo bastante largo. Justo en la esquina de la izquierda, una cristalera dejaba ver un acogedor comedor del que salían mezcladas todo tipo de voces. Seguimos la cristalera por el pasillo hasta el umbral de la puerta que nos permitió entrar en la sala.

Todas las voces que se escuchaban y que provenían del fondo de la estancia se silenciaron de golpe. Hormiga atravesó la pequeña sala de estar que precedía a la zona de comedor, caminando entre el sofá y los sillones que se apoyaban en la pared que daba al rellano y una gran televisión que les miraba desde la pared de enfrente.

Yo seguí sus pasos hacia donde unas ocho personas, de todas las edades, se aglutinaban alrededor de una mesa larga. Centré mi vista hacia el fondo de la habitación, para evitar todas las miradas que se clavaban en mí en ese instante. Al final del todo, había colocada una cocina completa por todo el largo de la pared. Desde un frigorífico gigante de dos puertas a la izquierda del todo, hasta una pila enorme colocada encima de un lavavajillas al final de la hilera de muebles.

—¿Qué tal va todo?

La voz de Hormiga me hizo salir del trance en el que había entrado al concentrarme en los cacharros de cocina. A juzgar por la cara de los que estaban allí sentados y el silencio que vino después, la simpatía de Hormiga no era bien recibida allí.

Al fin, una mujer de aspecto maduro contestó mirando a su plato y comenzando a comer de nuevo:

—Todo bien.

—Me alegro, me alegro.

Hormiga comenzó a hablar acelerado y, por un momento, se meció sobre sus pies. Le incomodaba aquel lugar. De repente abrió mucho los brazos y con algo de esfuerzo me empujó obligándome dar un paso hacia delante.

—Escuchadme todos. —Alzó la voz, comenzando otra vez con su papel de director de circo—. A partir de hoy tenéis una nueva compañera. Espero que la recibáis como es debido.

Todas las miradas se volvieron otra vez hacia mí y volví a concentrarme en la cocina. Una voz aguda y animada me devolvió la vista al grupo. Un niño pequeño, de unos cuatro años, con el pelo negro muy rizado y los ojos muy abiertos, estaba de rodillas sobre una de las sillas.

—¿Y cómo se llama? —Sus mejillas sonrosadas destacaban con el color oscuro de su piel.

—Mmm… —Hormiga comenzó a dudar y me miró unos instantes—. Gata —terminó bramando con poca convicción.

No dejó tiempo para que nadie dijera nada más, me agarró del antebrazo y se dio la vuelta para salir de allí. Le di un tirón rápido para liberarme, me coloqué bien la mochila y le seguí.

De nuevo caminamos por el largo pasillo, volviendo sobre nuestros pasos y pasando las escaleras. Al final de este, un muro nos impedía el paso, quedándonos rodeados por las largas paredes, una enfrente de la otra, con una puerta a un lado y escaleras en el otro.

Hormiga eligió la puerta, abriéndola de par en par y traspasando al otro lado. Era una habitación grande, sin ventanas, con gruesas paredes, pero muy bien iluminada. Tres camas individuales, pero de buen tamaño, se repartían por la habitación y al final de esta, una puerta abierta dejaba intuir lo que sería el baño.

El pequeño hombre se sentó al borde de una de las camas, de tal manera que sus pies pudieran mantenerse en el suelo e hizo un gesto para que me sentara a su lado. Le hice caso, pero mantuve toda la separación que podía. Hormiga sacó su móvil del bolsillo, lo manipuló unos segundos y extrajo un pequeño lapicero digital de uno de los costados de este. Se inclinó un poco hacia mí y me ofreció el teléfono y el lápiz. Al cogerlo, pude ver que en la pantalla aparecía un texto con mis datos personales.

—¿Esto qué es? —le interrogué nerviosa.

—Estar aquí es un privilegio y como todo privilegio, tiene un precio. —De nuevo la lentitud en el discurso de Hormiga.

—¿Cómo que precio? No habíamos hablado nada de ningún precio. Te dije que quería las cosas claras. —Yo ya me había levantado de la cama sin darme cuenta y había comenzado a levantar la voz con el móvil de Hormiga todavía en mis manos.

Hormiga me miraba fijamente sin pestañear, con la espalda recta, sentado en el borde de la cama. Sus diminutas manos apoyadas en sus muslos alisaron una arruga imaginaria. Esperó a que yo dejara de hablar y añadió con calma.

—Puedes leerlo tranquilamente y preguntarme cualquier duda.

Todavía de pie, comencé a repasar aquel texto. No era muy largo y principalmente hacía referencia a normas de confidencialidad, hasta que llegué a un punto que no entendía:

«El mejorado acepta renunciar a cualquier aspecto público o privado de su vida anterior hasta la fecha en la que se incorpora al proyecto, de manera irrecuperable. Esta cláusula es irrevocable incluso en caso de abandono del proyecto por parte del mejorado por cualquiera de los motivos citados anteriormente, voluntaria o involuntariamente».

—No entiendo qué quiere decir esto. —Y le pasé el teléfono a Hormiga con la pantalla centrada en ese párrafo.

—Quiere decir que dejarás de existir. —Hormiga hizo una pausa rotunda para estudiar mi expresión y continuó—. A todos los efectos, estarás fallecida.

—¿Y mi familia? —respondí por una especie de acto reflejo.

—¿Te refieres a tu madre frustrada contigo porque nunca vas a ser como a ella le gustaría, a tu padre que solo ha aparecido cuando ha necesitado dinero y cuyos problemas te han perseguido hasta día de hoy? ¿O a tu hermana, que se ha creado su propia vida lo más lejos posible de vosotros, haciéndote indirectamente responsable de ellos?

Me volví a sentar en la cama. La boca se me había secado y, a pesar de los esfuerzos de mi ira por irrumpir, fue una lágrima la que comenzó a resbalar por mi cara.

—Es lo mejor para ti —sentenció Hormiga en un tono comprensivo, ofreciéndome de nuevo el lápiz y el móvil.

Me froté los ojos con fuerza, amenazándolos para no dejar salir ninguna lágrima más y firmé rápidamente el documento digital. No quería darle más vueltas a ese asunto.

Hormiga se levantó de un salto de la cama y guardó el móvil de nuevo en su bolsillo.

—Bienvenida a Jungle.

Sonrió y me ofreció la mano para cerrar el acuerdo. Dudé unos segundos, pero le apreté su mano con confianza.

—Me requieren en otros lugares, tus compañeras de habitación te explicarán cómo funciona todo. Ah, y aquí no están permitidos los objetos personales.

De un tirón agarró mi mochila y se dirigió a la puerta, el extremo de la porra balanceándose en uno de los extremos sin cerrar. Mi porra. No, la porra de mi abuelo… Era lo único que me quedaba de mi anterior vida que acababa de enterrar para siempre con aquella firma. Que Hormiga la requisara me hizo sentir en mis propios huesos la dimensión de aquel trato.

Para cuando quise reaccionar, Hormiga ya estaba en el marco de la puerta, pero le detuve:

—¡Eeh! No me gusta *Gata*, quiero otro nombre.

Hormiga se detuvo en la puerta y me miró con cara de cansancio.

—¿Cuál?

Me quedé callada unos segundos pensando, no lo tenía nada claro. Pero Hormiga hizo halago

de su falta de paciencia y se giró para salir de nuevo de la habitación.

—¡Guindilla! —chillé de repente. Por un momento pasó por mi cabeza la sensación de quemazón del momento que me pusieron la vacuna y agarré fuertemente mi brazo.

—Debe de ser un nombre de anim… —Hormiga se detuvo antes de terminar la frase—. ¿Sabes qué? Ya hubo una Gata… y no le fue muy bien. —Esta parte la susurró, olvidando que podía escucharle igualmente gracias a mis mejoras.

Hormiga había salido ya al pasillo con la intención de irse, pero le seguí, chillándole desde el marco de la puerta:

—¿Entonces qué?

—Guindilla entonces —me respondió en voz alta, sin girarse—. ¿A quién le importa? —Volvió a susurrar.

20

Enseguida una voz cantarina y animada apareció por la puerta. Su propietaria era una chica muy alta y delgada, con la piel muy oscura y el pelo rizado. No sé si era su aspecto jovial, pero me daba la impresión de que contaba con un algún que otro año menos que yo, pero claramente compartíamos generación. En sus brazos traía varias prendas de ropa muy bien doblada.

—¡Hola! Te he traído algo de ropa. Aquí vestimos todos igual, pero al menos es ropa bastante cómoda. —La chica sonreía mientras dejaba el montoncito encima de mi cama.

—Gracias. —Y me dirigí a inspeccionar el montón.

Todo era de color gris y tenía bordada las dos palmeras del logo de Jungle en algún lugar. Encima del montón había un par de zapatillas blancas con cordones, lo suficientemente altas como para sujetar los tobillos. Comencé a separar las prendas: en total había un par de pantalones con goma en los tobillos, una sudadera de cuello redondo, otra con cremallera y capucha y un par de camisetas de manga corta blancas.

—En la lavandería siempre puedes encontrar más uniformes y tu ropa interior.

Volví a mirar a la chica que se mantenía de pie a un lado de mi cama.

—¿Gata? ¿No?

—Ahora Guindilla, supongo. —Dudé un poco de mi respuesta, pero ella sonrió divertida.

—Yo soy Jirafa, pero no dejo que nadie me llame así, prefiero *Yira*.

—Gracias por la ropa, Yira.

La chica sonrió y se sentó en la cama más cercana a mí. Sus brazos, apoyados en el colchón, eran bastante largos y delgados pero musculosos.

—¿Y cuál es tu mejora?

—No lo tengo muy claro… Puedo saltar grandes alturas y se me han agudizado el oído y la vista. —Me senté en mi cama frente a Yira—. Aunque ahora me molestan bastante las luces fuertes. ¿Tú también tienes mejoras?

Yira soltó una carcajada.

—Aquí todos las tenemos. A distintos niveles, pero todos somos mejorados. A lo de la vista te terminarás acostumbrando, yo también la tengo potenciada, y aunque todavía las luces extremadamente fuertes me molestan, lo controlo mucho mejor. Pero principalmente mejoré mis extremidades, son bastante largas y fuertes y alcanzo gran velocidad en carrera.

En ese momento, la puerta volvió a abrirse y entró otra chica a la habitación, que andaba lentamente. Era bastante corpulenta y más bajita que Yira y yo. En contraposición al moreno de Yira, esta chica tenía la piel pálida, pero con pómulos rosados y el cabello rubio dorado. Entró con la cabeza baja, sin mirarnos y comenzó a abrir los cajones del armario más cercano a su cama, que quedaba enfrente de las nuestras.

—¡Hey! No te he visto a la hora de la comida. Tenemos nueva compañera, ella es Guindilla.

Yira, con tono animado y conciliador, intentaba captar la atención de la chica que acababa de entrar. Al fin esta, con un libro en las manos, cerró el cajón y me echó una breve mirada. A continuación, me dedicó un saludo fugaz, con una voz profunda y se tumbó en la cama con el libro.

Un silencio incómodo se hizo en la habitación, que Yira rompió para ofrecerme dar una vuelta por el complejo. Me cambié de ropa para ponerme uno de los uniformes que había dejado encima de la cama y la acompañé.

La bóveda que vi en la superficie cuando llegué a aquel lugar con Hormiga no hacía sospechar lo enorme de las instalaciones que se expandían bajo tierra. En total había tres niveles.

Partimos desde el primer nivel, donde estaba mi nuevo cuarto y el del resto de compañeros. Yira me contó que, conmigo, éramos nueve los mejorados que vivíamos allí.

Por las escaleras que había enfrente de la puerta de nuestra habitación, bajamos otro piso más. Esta planta se dividía en tres superficies diferentes: un enorme gimnasio con todo tipo de utensilios e incluso un vestuario con duchas, una biblioteca bastante grande, aunque no tanto como el gimnasio y, por último, al final del largo pasillo, una pequeña sala de ocio con varios sillones y pufs, una pantalla con un proyector y una mesa multijuegos.

Volvimos por el pasillo dejando atrás las puertas de la sala de ocio y de la biblioteca. Cuando llegamos a la del gimnasio, me percaté de que a su lado había una puerta más. Esta era muy parecida a las que había visto en el centro de laboratorios con Hormiga. Yira pasó de largo para descender otro nivel más.

Nos dispusimos a bajar por las escaleras hasta el tercer nivel inferior. A diferencia de las anteriores, en estas reinaba la penumbra.

—De normal este nivel es muy oscuro, pero el pasillo sí debería estar iluminado. La humedad habrá vuelto a fundir algún cable.

Yira había parado su marcha en el primer escalón y estudiaba la situación. Sus ojos brillaban en la opacidad del túnel que formaban las escaleras, dejándome saber que su visión se había adaptado a la oscuridad.

Creo que por un momento se decantó por bajar allí, apoyándonos en las mejoras que potenciaban nuestro sentido de la vista para combatir la oscuridad. No controlaba mi expresión en ese momento, pero una sola mirada hacia mí le bastó para decidir que no bajaríamos.

—Aquí abajo, en la segunda puerta está la lavandería. No hay nada más interesante por ahí —me explicó con palabras suaves, con tan poco peso que las podría haber visto flotar.

Giré mi cabeza hacia el pasillo, visualizando la segunda puerta para hacerme una imagen mental que me ayudara a identificarla la próxima vez que estuviera allí abajo.

—Avisaré a Desi —se informó a sí misma.

Antes de continuar, se giró hacia mí, moviendo ligeramente su cabeza y levantando una ceja, invitándome a acompañarla de nuevo a los niveles superiores. Acepté la invitación y la seguí por los pasillos.

21

Yira se había tomado en serio su papel de anfitriona y lo hacía genial. No se separó de mí en toda la tarde y por la noche me guio al comedor. En el mismo sitio donde esa mañana Hormiga me había presentado (de aquellas maneras), ahora, una mujer con el pelo liso recogido en un moño se movía a lo largo de la encimera de la cocina.

—¡Hola, Desi! —Saludó alegremente Yira.

Yo la copié en un tono de voz más bajo. Cuando Desi se dio la vuelta, la reconocí como la mujer que había contestado a Hormiga antes. Su cara estaba marcada por las arrugas de sus ojos, de esas que más que arrugas son cicatrices consecuencia de miradas tristes. Pero sus ojos brillaban ferozmente, combinando con la energía fuerte pero confortable que emanaba de toda ella.

—¡Ah, hola! —contestó con un tono de sorpresa y se dirigió hacia mí—. Yo soy Desi.

—Yo… Guindilla. —Por un momento dudé sobre cómo debía presentarme.

—Pensaba que era *Gata*. Guindilla suena mejor. Para una cosa que tiene que hacer ese inútil de Hormiga y ni siquiera es capaz de pensar nombres decentes. En fin, ¿podéis ir colocando la mesa? La cena está casi lista.

Comenzamos a colocar platos y vasos alrededor de la mesa rectangular, diez puestos en total.

—Esto ya está, voy a avisar al resto. —Y Desi salió de la sala.

—Oye… ¿No éramos nueve mejorados aquí? Hemos puesto diez platos…

—¡Ah, sí! —Yira se sentó en una de las sillas y yo hice lo mismo a su lado—. Antes éramos más, pero fueron siendo elegidos para Las Fuerzas. Ahora somos nueve más uno. Desi no tiene ninguna mejora.

Yira hizo una pausa para estudiar mi cara, sopesando internamente si continuar o no con su explicación. Echó una mirada rápida a la puerta del otro lado de la sala y apoyó su cuerpo sobre la mesa, inclinándose hacia mí.

—Desi era auxiliar durante las pruebas de Jungle, al principio del todo, y su hijo uno de los primeros mejorados. Cuando los trasladaron a esta instalación, le permitieron venir con él y a día de hoy aquí sigue. Se encarga de que todo esté en orden, de la cocina, de los más pequeños… Nos cuida a todos.

—¿Y su hijo?

Un griterío comenzó a resonar cerca de la estancia cortando la explicación de Yira que colocó de nuevo su espalda en la silla. Ambas dirigimos la mirada hacia la puerta, por donde instantáneamente apareció corriendo una niña pequeña con el pelo dorado que le ondeaba por detrás a medida que corría hacia la cocina. Enseguida, detrás de ella, apareció el niño de pelos rizados que me había preguntado mi nombre esa mañana, pero él no corría. Se había colgado de la parte superior del marco de la puerta y con la misma inercia con la que se columpiaba, había saltado hacia uno de los sofás cercanos. Detrás de ellos, otro chico, algo más mayor y corpulento que estos, trotaba y resoplaba.

El más grande comenzó a empujarlos para llegar antes que ellos a la mesa, pero los pequeños se libraban fácilmente de sus embistes con algunos quiebros y saltos.

—Será mejor que estéis sentados cuando vuelva Desi si queréis probar el postre.

Las palabras de Yira hicieron que los chicos se colocaran alrededor de la mesa y tomaran asiento. El chico de los pelos rizados se sentó al lado de Yira y esta le dio un beso en la mejilla mientras revolvía sus rizos con la mano cariñosamente. Al otro lado, se sentó la niña y un asiento más allá, el más grande de los tres.

Yira se giró hacia mí.

—Este es mi hermano, él también es un mejorado, nos trajeron a los dos juntos. —Se giró ahora hacia el niño—. ¿Quieres presentarte a Guindilla?

—Creí que se llamaba Gata —replicó con un tono agudo mirándome con intriga.

—Guindilla suena mejor, ¿no te lo parece? —le contesté inclinando un poco mi cuerpo hacia él y guiñándole un ojo.

Él frunció el ceño y se quedó pensando profundamente durante unos segundos.

—Mmm. ¡Sí! —resolvió alegremente.

—Dile cómo te llamas tú, entonces. —Le volvió a redirigir Yira.

—Yo soy Mono. Me llamo así porque, porque, porque… —La emoción le podía y su cabeza iba más rápido que su lengua—. Porque salto mucho y me cuelgo de toooodos lados. Soy el mejor columpiándome y subiendo a los árboles del complejo.

Puse cara de sorpresa y el niño reforzó su orgullo. Enseguida me percaté de que la niña de su lado nos miraba fijamente con sus enormes ojos azules.

—Tú también puedes presentarte si quieres —le animó Yira al notar su atención.

—Yo soy Yegua, pero me gusta más Yeyé —explicó la niña con una voz dulce y cálida, mirando hacia el plato que tenía delante llevada por la vergüenza.

—¡Y es superrápida! A veces gana a mi hermana. —Apostilló con emoción Mono.

—Y también es muy buena observadora, no se le escapa nada, ¿verdad, Yeyé? —le preguntó Yira cariñosamente.

La niña sonrió a Yira, me echó una miradita rápida y volvió a concentrarse en su plato, todavía vacío.

El tercer niño se había levantado de la mesa para coger un trozo de pan de la cesta.

—Debes esperar a que estemos todos, Rin —le reprendió Mono.

—Yo tengo hambre ahora. —Y se sentó de nuevo en la mesa mientras masticaba.

Justo en ese momento apareció Desi por la puerta, charlando con otros tres chicos que se sentaron en la mesa. El más mayor de ellos, y a la vez el más corto en estatura, aparentaba una edad más cercana a la de Desi que a la mía, a consecuencia de la falta de pelo en la parte delantera de su cabeza. Sus rechonchas piernas parecían intercalar pasos con saltitos para mantener el ritmo de los otros dos.

El mejorado que iba más adelantado era un chico joven, como Yira y yo. El cabello rubio, la piel tersa, clara y suave de su cara, el semblante oscurecido y los músculos debajo de su chaqueta reflejaban una belleza de catálogo, natural, pero propia de alguien dispuesto a hacer cualquier esfuerzo por mantenerla.

El tercero caminaba hacia la mesa con una calma solemne y silenciosa, como si una envoltura de aire le cubriera por completo, ralentizando sus movimientos, pero proporcionándole protección. Superaba en altura al grupo. Su pelo corto y oscuro y la rudeza de su piel destacaban frente a la suavidad del otro compañero. La corta barba oscurecía los bordes de su cara, definiendo los poderosos huesos de su mandíbula.

El ambiente durante la cena era bastante extraño. Quizá fue por mi presencia después de la

introducción de Hormiga, pero notaba las miradas de los demás encima de mí continuamente.

Cuando terminamos de cenar, los adultos teníamos permiso para quedarnos en los sofás contiguos para ver una película. Yo decidí volver al cuarto, mis piernas me dolían del cansancio y la vista me molestaba más que antes.

Me despedí de Yira y volví a la habitación, a la que, no sé cómo, la otra compañera de cuarto había llegado mucho antes que yo, hasta que recordé que no la había visto en la cocina.

—Hola. —La saludé cuando entré al cuarto para romper el silencio. Observándola más de cerca, me di cuenta de que la chica era al menos cuatro o cinco años mayor que yo.

—¿No te quedas a hacer amigos? —noté el toque de sarcasmo en su voz.

—Demasiadas emociones por hoy.

La habitación se quedó en silencio. La chica se tumbó en su colchón y se giró dándome la espalda. Unos minutos después, yo caí rendida en mi cama.

22

«Todos los mejorados deben presentarse en el gimnasio en treinta minutos».

La escandalosa voz de la megafonía retumbó por toda la habitación. Me incorporé en la cama de un salto y miré a mi alrededor. Me costó unos segundos que mis ojos se acostumbraran a la iluminación de la habitación y otros cuantos segundos en recordar dónde estaba.

Todavía con la respiración agitada, observé a mi izquierda a Yira riéndose de pie al lado de su cama. Ya tenía el uniforme puesto y se peinaba su pelo en una trenza corta con increíble habilidad.

—Tienes que darte prisa si quieres que te dé tiempo a desayunar algo antes del entrenamiento —me informó mientras salía por la puerta—. Te espero en el comedor.

Me levanté como pude, todavía con las costillas doloridas por el encuentro con Caimán. Me preparé rápidamente y me dirigí hacia la puerta. Antes de salir, eché un vistazo rápido a las tres camas. Nuestra otra compañera todavía seguía debajo de las sábanas.

Di un paso hacia delante, con la intención de avisarla, pero me detuve. Algo en mi interior me indicó que no era buena idea y corrí hacia el comedor.

En comparación con la noche anterior, la cocina esa mañana era una autopista ruidosa de gente que revoloteaba alrededor de la mesa y más específicamente alrededor de Desi.

Desde la puerta localicé a Rin, de pie al lado de Desi, estirando su mano continuamente hacia la encimera de la cocina y agarrando todo aquello que encontraba.

La mesa parecía ahora más grande que la noche anterior. Aunque estaba repleta de fruta y tostadas, no había nadie sentado excepto Mono y Yeyé. Los dos niños estaban inmóviles, mirando fijamente un bol de cereales.

—¡Mono, Yeyé! ¿Qué pasa con esos cereales? ¡A ese ritmo no os va a dar tiempo a terminar de desayunar! —Desi se volvió a girar hacia la encimera a la vez que le daba un manotazo a Rin que había cogido un cruasán de los que estaba sirviendo Desi a los adultos.

Ante el grito de Desi, Mono y Yeyé se enderezaron en la silla y por fin movieron las cucharas hacia su boca.

Avisté a Yira en la esquina del frigorífico, apoyada en la encimera con un café en la mano y me acerqué a ella. Justo antes de llegar, me percaté de que uno de los chicos de anoche, el de cabellos claros, daba vueltas alrededor de la mesa, rodeándola lentamente, pero sin dudar. Recorría la parte frontal de derecha a izquierda, la rodeaba por ese flanco y pasaba por detrás de las sillas de Mono y Yeyé. Mientras lo hacía, revisaba desde arriba todo lo que había colocado en la mesa y en la encimera y de vez en cuando se llevaba algo a la boca.

—¡Has sido rápida! ¿Qué quieres desayunar? —Me recibió Yira con su natural sonrisa. Incluso recién levantada, en ese lugar, era capaz de irradiar alegría.

—Prueba los cruasanes, los acabo de sacar del horno. —Me invitó Desi, levantando la voz, para que pudiera escucharla por encima de todo el jaleo que había.

Me acerqué a por uno y me lo comí de pie, al lado de Yira. Por el comedor seguía entrando y saliendo gente. Cuando los pequeños ya habían terminado y Desi les dio permiso para levantarse

de la mesa, apareció en el comedor nuestra compañera de habitación. Cogió un par de cruasanes y volvió a irse.

Observé cómo Yira la seguía con la vista. Su cara era ligeramente distinta, con los ojos fijos en la chica, reflejando una mirada de la que no fui capaz de adivinar la emoción que escondía detrás.

—¿Cómo se llama? —pregunté a Yira sacándola de su estado de concentración.

Yira me miró un segundo de reojo y continuó el viaje de su mirada hasta que desapareció la chica por la puerta.

—Ella es Hip. Lleva aquí mucho tiempo ya.

—¿Y por qué no se junta con los demás? Actúa de una manera un poco extraña…

—¿Quién sabe? Hay varias historias girando sobre ella, pero no te creas ninguna. Ella prefiere tomar distancias… —Yira comenzó a bajar la voz—. Imagino que es normal cuando vives en algún sitio donde no quieres estar.

Giré mi cara con sorpresa hacia Yira. Hasta ahora no la había escuchado hablar con ese tono profundo, que hizo que algo en mi interior se removiera. Abrí la boca para dejar fluir el caudal de preguntas que se me habían amontonado después del comentario de Yira, pero antes de verbalizar ni siquiera la primera palabra, Yira soltó la taza en la encimera y comenzó a correr.

—¡Corre que no llegamos! ¡Adiós, Desi!

Me despedí de Desi también en carrera e intenté perseguir a Yira. Fue misión imposible. Pude mantener el camino gracias a la milésima de segundo que veía alguna parte del cuerpo de Yira mientras giraba la siguiente esquina o bajaba el último escalón hasta la segunda planta del subsuelo.

En la puerta del gimnasio, Yira me esperaba ansiosa sujetando la puerta.

—Vamos, vamos. —Me apremió.

Aceleré el paso y entré al gimnasio. Era una sala enorme, con luces tenues y con materiales y máquinas deportivas repartidas por toda la superficie.

El resto de compañeros estaban colocados en fila, unos a lado de otros, con los brazos pegados al cuerpo. Se me hizo raro ver que Mono y Yeyé no estaban colocados juntos. Yira se colocó entre Hip y el chico del pelo oscuro.

Yo avancé hasta el final de la fila, al lado otro de los chicos, junto al hombre de estatura más corta.

Un hombre mucho mayor que la mayoría de los que estábamos en el gimnasio, con un cuerpo enorme, se acercó a nosotros desde el fondo del gimnasio. Llevaba un uniforme distinto al nuestro: botas negras altas con las palmeras dibujadas y pantalones y camisa negros, también con el dibujo de las palmeras.

—¡Pasen lista! —gritó el hombre mientras se acercaba con grandes zancadas, pero a ritmo relajado. Estaba claro quién gobernaba aquel gimnasio.

—Tiburón, 73 —gritó el chico que había visto esa mañana rodear la mesa en la cocina. Los omóplatos se marcaban en su espalda por debajo de la camiseta debido a su posición recta y tensa. Miraba al frente con ojos pequeños, pero con una mirada dura, sus iris de color canela penetrantes.

—Hipopótamo, 72 —anunció seguidamente Hip.

—Jirafa, 70. —Yira había seguido el coro.

—Yegua, 70.

—Lobo, 68.

El hombre que había ordenado pasar lista daba vueltas despacio alrededor del gimnasio.

—Mono, 68.

—Rinoceronte, 63.

—Urraca, 51.

Ese último dato dio paso a un silencio sepulcral que comenzó a invadir el gimnasio, rebotando en la pared del fondo y volviendo a mi posición. Giré la cabeza hacia mi izquierda y observé al resto de compañeros mirándome de reojo, pero sin perder la postura inicial, con los brazos pegados todavía al cuerpo.

Pude notar que Yira me hacía una señal con la mirada, pero no acerté a adivinar qué me estaba indicando.

Cuando volví la vista al frente, me encontré de cara con el hombre del uniforme negro, mirándome en silencio. Su mirada me dejó sin respiración. El silencio seguía extendiéndose por el gimnasio.

Desvié mi mirada de nuevo hacia el resto del grupo, pero todos habían devuelto su mirada al frente. El hombre por fin se separó un poco de mi cara.

—¿Vamos a tener que esperarte todo el día? —atacó de repente.

—No sé qué… —No me dejó terminar.

—No queremos escucharte. —Cada vez alzaba más la voz—. Queremos tu registro.

—¿Mi registro? —Volví a mirar al grupo.

El hombre gruñó en alto, se dio la vuelta y comenzó a andar hacia el centro de la sala mientras seguía elevando la voz.

—¿De verdad hay que explicártelo todo? ¿Dónde te crees que estás?

Otra vez esa pregunta…

—¡Es un privilegio estar aquí! Pero tú eres de las que prefieren que te lo den todo hecho ¿no?

Bajó el tono de voz y añadió:

—Estoy harto de decirle a Hormiga que debemos mantener un estatus en la selección…

Se paró en seco y se volvió a girar hacia el grupo.

—¿Sería tan amable su majestad de cantar el animal de su Gen Jungle y el porcentaje de la mutación? —La ironía y el sarcasmo brotaban por todos los poros de su cuerpo.

Mi mente comenzó a trabajar a extrema velocidad, buscando un dato dentro de mi cabeza que sabía que tenía, que estaba ahí, pero que no encontraba. El dato que me había dado el doctor Rohner de mi porcentaje ahora era la contraseña para desbloquear esta situación con el hombre del uniforme.

Una sensación agradable recorrió mis pensamientos cuando llegué al recuerdo de ese momento en el laboratorio.

—Gata… 78 —Logré enunciar por fin.

La cara de aquel hombre cambió. Abrió un poco los ojos y se quedó en silencio unos segundos.

—Tiburón, te ha desbancado una chica —comentó entre risas.

Tiburón cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra, incómodo.

—Tu sitio entonces está al principio de la fila, no al lado de Urraca. Venga, rápido, ya nos has hecho perder bastante tiempo.

Escuché como el hombre menudo de mi lado, Urraca, rechinó los dientes por un momento. Obedecí y me coloqué al lado de Tiburón, que me clavó su mirada.

El hombre nos dividió en dos grupos:

Un primer grupo formado por Hip, Yira, Yeyé, Mono y Rin, al que entregó una plantilla con

ejercicios para que los realizaran fuera del complejo, en la superficie de arena rodeada por vallas que atravesé cuando llegué el día anterior.

A mí me incluyó en el segundo grupo, junto con Tiburón, Lobo y Urraca para dirigirnos hacia una puerta al final del gimnasio. Atravesamos el vestuario, con casilleros a la derecha y cuatro duchas individuales a la izquierda y volvimos a atravesar otra puerta, bloqueada por un código.

El hombre del uniforme, que encabezaba el desfile todo el tiempo, tecleó rápidamente en la pantalla y la puerta exhaló una especie de quejido. El hombre tiró fácilmente de la puerta, a pesar de aparentar un gran peso. Al otro lado, una oscuridad total se empotraba contra el umbral de la puerta.

Nos hizo un gesto con la mano para invitarnos a entrar y Tiburón fue el primero en saltar el pequeño escalón que separaba el vestuario de aquella sala. En cuanto se adentró un par de pasos, la oscuridad le invadió. Lobo le siguió inmediatamente, sin embargo, Urraca se limitó a observarme, con la cabeza ligeramente flexionada hacia mí, entornando sus pequeños ojos. Le eché una mirada rápida y salté el escalón concentrándome en la oscuridad de la sala, intentando que mis ojos se acostumbraran al cambio de luz lo más rápidamente posible.

23

El hombre del uniforme seguía fuera, sujetando la puerta con su mano izquierda.

—Hay cuatro gemas como esta repartidas por toda la arena de juego. —Y con su mano derecha nos presentó una pequeña roca verdosa, que reflejaba los rayos de luz del fluorescente del techo del vestuario—. El que consiga las cuatro gemas será el vencedor o, en su defecto, aquel que consiga el mayor número de ellas… por cualquier método. Ya sabéis que la única regla consiste en respetar la rendición del contrincante. No queremos ninguna baja de un mejorado.

Ese último comentario hizo sonreír a Tiburón, tensando el musculado cuello que se coronaba unos tremendos omóplatos. Eché una mirada fugaz al resto de compañeros que atendían concentrados, con las espaldas rectas y los brazos tensos.

Sin decir nada más, cerró la puerta y un fuerte chasquido confirmó que se había bloqueado correctamente. Con la vista ya más adaptada, me paré a observar el escenario: metros y metros de arena húmeda y oscura alfombraban aquella estancia. Todo alrededor estaba cubierto por árboles muy altos y ramificados, con densas copas en la parte de arriba. En el suelo, pocos eran los claros que se observaban, rodeados todos por arbustos de una altura similar a la mía. Una selva. La puerta de los vestuarios daba a una selva.

—Comienza el juego. —De nuevo la misma voz de megafonía que me había despertado esa mañana.

De repente, me di cuenta de que los mejorados ya no estaban donde habíamos comenzado y les pude ver cómo se perdían corriendo entre los árboles. En ese momento, me sorprendí de lo bien que se había adaptado mi vista a la oscuridad profunda.

Sin pensarlo, comencé a correr también hacia el follaje, apartando las ramas de los arbustos que aparecían continuamente en mi cara, hasta que mi aliento dejó de acompañar el ritmo de mi carrera.

Había conseguido adentrarme lo suficiente en la espesura, pero, al parecer, no a tiempo para seguir el camino de cualquiera de mis compañeros.

Vagabundeé un buen rato, masticando la sensación de desorientación que intentaba gobernarme, de no tener muy claro qué se suponía que tenía que hacer. «Encontrar tres gemas», me repetí en mi cabeza, intentando encontrar algo por donde empezar. Pero ¿eso era todo? ¿Un juego de búsqueda del tesoro, edición selvática?

Mis pensamientos se paralizaron cuando una sensación extraña me arañó la espalda, obligándome a detenerme en uno de los claros. Mis ojos comenzaron a moverse rápidamente, escrutando las profundidades de la oscuridad, mientras que mi mente había concentrado toda su potencia en diferenciar los sonidos de alrededor.

Enseguida comencé a escuchar con claridad pequeñas ramas que se movían, alguna pisada demasiado fuerte o incluso lo que me pareció agua salpicando. Intenté procesar este último sonido, pero el ruido de ramas quebrándose cerca de mí hizo girar todo mi cuerpo hacia la derecha. Definitivamente algo se acercaba por allí.

Levanté la mirada y analicé los árboles que me rodeaban. Encontré varios con las ramas suficientemente bajas y fuertes como para poder alcanzarlas fácilmente.

Elegí el que se encontraba inmediatamente detrás de mí. Di algunos pasos en dirección contraria, eché un último vistazo para asegurarme de que todavía no tenía a nadie cerca y corrí en dirección al árbol. Me impulsé de un salto hasta agarrarme con las dos manos a la rama, aprovechando la inercia para pegar mis pies al tronco y poder empujarme hacia arriba. Cuando cogí un poco más de altura, agarré con mi mano derecha la siguiente rama y me volví a impulsar para aferrarme con la izquierda también. Al fin pude apoyar los dos pies en la primera rama.

Un golpe se escuchó en la arena, a unos metros del árbol. Fijé la mirada hacia el sonido, todavía agarrada a la rama, pero no pude ver nada. Estudié de nuevo las ramificaciones de la copa y me las ingenié para subir unos metros más sin muchas complicaciones. La sensación de humedad reduciéndose con la altura.

Ahora, arropada por la frondosidad de las hojas del árbol y con un campo de visión mayor, me sentía más protegida. Me acomodé en una rama que se dividía en dos brazos fuertes y tupidos. Dejé mis piernas colgando, pero me agarré bien a otra rama cercana con mi brazo izquierdo, rodeándola por completo, pegando mi pecho al tronco.

En un primer vistazo, todo lo que veía eran arbustos en el suelo y árboles y más árboles en el horizonte. Comencé a realizar un escaneo más exhaustivo de la zona. Primero fijé mi vista al frente. Aunque sabía que debía de haber una pared en algún lado que acotara este campo, la superficie bosquífera no parecía tener fin. Pero esta vez sí me di cuenta de algo distinto: más adelante, aparecía un espacio vacío, en el que las ramas de varios árboles cercanos se unían vagamente, en forma circular, pero dejaban entrever la ausencia de troncos en aquella superficie. Desde esta altura era imposible averiguar qué había debajo, siempre y cuando mi análisis fuera cierto y allí desaparecieran los árboles.

De nuevo, el chasquido de ramitas cerca de mi posición me devolvió la vista al suelo. Seguía cubierto por arbustos, pero ahora, desde mi altura, podía observar cómo algunos de ellos se estremecían hacia los lados.

Todavía era un movimiento muy lejano como para distinguir nada, pero podía intuir claramente alguna figura atravesando por allí.

Agaché un poco mi cuerpo hacia la rama doble para ocultarme algo mejor, el sonido incrementándose a mis pies.

Unos segundos después, con la mirada fija en el movimiento, pude por fin averiguar de qué se trataba: era Urraca. Pero era imposible que yo pudiera distinguir a Urraca entre esos arbustos. La estatura de Urraca era menuda y esos arbustos prácticamente cubrían mi cuerpo entero. ¿Cómo no iban a cubrir el suyo?

Solté la rama que abrazaba para tumbarme boca abajo en el ramal doble. Necesitaba enfocar aquel escenario y cerciorarme de qué estaba pasando. Era la primera vez que me encontraba en un juego así, pero intuía que no era la primera de mis compañeros. No sabía hasta qué punto la advertencia del hombre al inicio era en serio. Pero tampoco quería averiguarlo.

Concentré otra vez mis sentidos de la vista y el oído hacia Urraca. Se acercó unos metros más, balanceándose ligeramente. Un cuerpo esbelto se dibujaba debajo de él, con grandes brazos apretados debajo de los bordes de las mangas cortas de la camiseta blanca, sujetando las pantorrillas de Urraca mientras le mantenía encima de sus hombros. Cuando los duros brazos apartaron con violencia unas ramas permitiendo pasar algo de luz hacia su cara, reconocí al portador: Lobo. No me había dado cuenta de que, aunque grandes, sus rasgos faciales revelaban una belleza singular: ojos redondos, ensombrecidos y de un gris brillantes cubrían la parte superior de su cara, compartida por unos semirrizos azabache, que habían sucumbido al peso de

la humedad y el sudor, resbalando por su frente, ocultando en parte sus orejas también. Su nariz, aunque corta, abría y cerraba grandes orificios nasales, jugando con los ciclos de aire a su alrededor.

Mientras los hombros y el torso fibrado se marcaban debajo de la camiseta de Lobo con cada paso, Urraca le daba instrucciones desde arriba a duras penas para continuar.

¿Se podían entablar alianzas? Era la primera vez que se me pasaba por la cabeza un pensamiento de colaboración desde que empezó el juego. Incluso desde que llegué al complejo. Intenté repasar rápidamente todo lo que sabía sobre mis compañeros, sobre el complejo, sobre las normas… De nuevo las palabras del hombre del gimnasio: «El que consiga el mayor número… Por cualquier método… Respetar la rendición del contrincante…».

No, sus palabras no parecían alentar ninguna alianza.

Lobo había descargado a Urraca justo debajo de mi árbol y descansaban los dos de pie delante de mi tronco. Se me hacía muy sencillo escuchar sus susurros.

—De verdad que había visto algo brillar por esta zona.

—Tú con tal de no rendirte cuando te atrapé eres capaz de decir cualquier cosa…

—Por experiencia ya sabes que te va mejor cuando hacemos equipo, Lobo, ¿para qué quieres que me rinda si no tengo ninguna gema que me puedas quitar?

Lobo dobló su cuerpo hacia delante, despacio, apoyando sus manos en el tronco del árbol, a ambos lados de la cara de Urraca y acercando su boca a ella hasta dejarla casi pegada, atrapándole con fuerza en un aura de poder. Urraca dio un saltito hacia atrás pegando su espalda al árbol.

—Porque si me deshago de ti —las palabras se escurrían con disfrute entre los labios de Lobo —, hay un competidor menos y más posibilidades de llevarme las gemas.

Urraca giró su corto cuello hacia la derecha, intentando evadir la mirada gris ensombrecida. Antes de terminar el movimiento, su cuello se extendió y levantó su cabeza, inmóvil, con la mirada fija en un punto indeterminado por unos segundos. Fue tiempo más que suficiente para que Lobo se percatara de lo que acababa de ocurrir.

—Urraca…

Urraca se escurrió por debajo de uno de los brazos, todavía sujetos al tronco, hacia la derecha mientras comenzaba un nuevo discurso.

—Está bien, disolvemos el grupo, ya me voy yo por mi cuenta…

Vi entonces cómo Lobo extendía rápidamente su brazo y agarraba a Urraca por la solapa de la chaqueta para después arrastrarlo hasta sus pies sin ningún esfuerzo. Todo en un mismo movimiento, rápido, potente…, preciso.

—Dime dónde acabas de ver la gema. Sé que la has visto brillar.

La voz de Lobo me sorprendió por su rudeza, mucho más profunda que sus palabras anteriores y apretó sus dedos contra Urraca. Sin embargo, como si un relámpago hubiese azotado en su cara, Urraca disparó una mirada fría y calculadora hacia Lobo.

—¿Te tengo que recordar con quién estás hablando? —El rostro de Lobo no mostró nada distinto a la determinación que había demostrado hasta ahora, aun así, fui consciente de que sus manos se relajaron encima de Urraca—. Aunque estemos en la arena, compitiendo, seguimos estando en Jungle, Lobo. Recuerda tu lugar.

Lobo apretó los labios, marcando el hueso de la mandíbula y abandonó el cuerpo de Urraca en un movimiento brusco y rápido.

Urraca se levantó como pudo, sacudiéndose las ramas y el barro que arrastraba por toda su

ropa. Se irguió por completo y miró a Lobo a los ojos, inclinándose un poco hacia la punta de sus pies para conseguir altura.

Ignoré el resto de la conversación y me coloqué de nuevo de pie sobre la rama, lo más sigilosamente posible, para poder localizar el brillo que había hecho reaccionar a Urraca.

La frondosidad de los árboles no me permitía identificar nada más que hojas, ramas y troncos. Volví a fijarme en mis dos compañeros, pero ya habían iniciado el camino hacia la gema. Decidí seguirles.

Por cada metro que ellos avanzaban en el suelo, uno encima del otro, apartando todo tipo de ramas, yo ya había logrado pasar de un árbol a otro. Era increíble cómo de entrelazadas estaban esas copas. Cada vez conseguía sentirme más segura a esa altura, lo que me vino muy bien para conseguir suavizar mis movimientos y amortiguar mi sonido.

Cuando había avanzado unos cuatro árboles, un resplandor me atacó directamente a los ojos. Estabilicé mi vista y entonces lo vi: un pequeño brillito asomaba desde dentro de una hendidura de un tronco más adelante.

Intercalé varias miradas entre mis compañeros y el hueco del tronco, intentando calcular el tiempo que me quedaba para poder alcanzar la gema antes que ellos.

Avanzaban despacio pero firme, lo que me obligaba a realizar movimientos rápidos si quería bajar a coger la gema y volver a las ramas antes de que me encontraran.

Me di toda la prisa que pude, pero a pesar de mis mejoras, no había trepado a un árbol desde que tenía siete u ocho años, y no pude bajar todo lo rápido que me hubiese gustado. Con movimientos seguros y estables alcancé al fin el suelo, hundiendo ligeramente mis zapatillas en el barro. Escuché de nuevo el ruido de ramas quebrándose, esta vez muy cerca. Levanté mis pies con esfuerzo para sacarlos del barro y di un par de pasos hacia el árbol.

El sonido se acercaba por mi espalda.

La gema brillaba con fuerza, pero el hueco en el tronco era diminuto y mi mano no cabía por aquel recoveco. Hice una pausa de un segundo para controlar mi respiración acelerada y probé a introducir el dedo índice y el anular, para capturarla en forma de pinza. Solo la llegué a tocar con mis yemas. El hueco era demasiado profundo.

Partí una rama del mismo árbol y comencé a moverla dentro del tronco para empujar poco a poco la gema hasta la apertura. Tenía poco margen de movimiento, pero centímetro a centímetro conseguía empujarla.

De repente algo me alarmó: el silencio.

Había dejado de escuchar las ramas que me indicaban la distancia a la que se encontraban Lobo y Urraca. Me giré por completo manteniendo todavía el palito en el hueco del árbol. No había nadie. Solo silencio. Un silencio tétrico y expectante. El silencio que amenaza un terrible desenlace.

Volví a concentrar toda mi capacidad auditiva, girando levemente la cabeza para captar sonidos de alrededor. Ni rastro de las pisadas.

No era una buena señal. Lo sabía.

Concentrada todavía en cualquier sonido de alrededor, volví a girarme hacia el hueco del árbol para terminar de empujar la gema hacia fuera. Para eso había llegado hasta ahí.

Mi corazón palpitaba agitado, empujando bolsas de sangre hacia mi cabeza, enjaulando los latidos en mis oídos.

Un par de empujoncitos más y la gema cayó en mi mano izquierda.

Justo en el momento en el que cerraba el puño para atesorarla, un leve crujido me hizo girar la

cabeza hacia la derecha antes de caer de costado al suelo.

En cuanto toqué la arena, mis costillas presionaron mis pulmones, dejándome sin respiración. Lobo se había lanzado desde los arbustos hacia mí, estrellándome de golpe contra el suelo.

Concentrada en hacer funcionar a mis pulmones de nuevo, luchando por abrirlos y recibir una brizna de oxígeno en ellos, noté una presión sobre mi mano izquierda.

Mi cuerpo respondió y conseguí dar una inspiración honda con la que volví a recobrar el aliento.

Lobo, todavía encima de mí, presionaba con sus zapatillas mi mano izquierda, que mantenía cerrada con la gema dentro, mientras me agarraba de los brazos fuertemente con sus grandes y duras manos. Sus mechones húmedos cayendo delante de mi rostro.

El dolor que sacudía todo mi ser se transformó en una ira eléctrica y oscura que impulsó cada músculo de mi cuerpo.

Aproveché que mis piernas estaban libres, las doblé pisando firmemente en el suelo, dándome el impulso suficiente para hundir mi cadera en el barro y levantar fuerte mi cabeza hacia la de Lobo.

El cabezazo me dejó luces destellantes en la vista, pero hizo caer a Lobo a mi izquierda, respirando con dificultad.

Rodé hacia el otro lado y me tumbé boca abajo, con mis manos empapándose en el barro para impulsarme y volver a ponerme de pie.

En ese momento, unas gotas de sangre resbalaron por mi cara. Me apresuré a guardar la gema en el bolsillo de mi pantalón, mientras corría el par de metros que me separaban del árbol más cercano y salté para agarrarme de sus ramas.

Un tirón fuerte de mi pie me devolvió al barro de espaldas.

Encontré a Urraca agarrado de mi pantalón. Con un tirón del brazo le pude soltar y él cayó con gran fuerza al suelo. Miré rápidamente al árbol por el que huir, incorporándome a la velocidad de la luz, pero en ese momento Urraca, desde el suelo, acertó con un montón de barro en mis ojos.

Di unos cuantos pasos hacia atrás y, envuelta en pánico, me froté la cara con las manos para eliminar parte del barro, pero me seguía bloqueando la vista.

Entonces mi oído comenzó a funcionar.

Escuché como Urraca se movía de nuevo hacia mí. Guiándome por el sonido, esgrimí una patada baja que acertó en el pecho de Urraca y le tumbó.

Me desabroché la cremallera de la chaqueta rápidamente, orquestando un estridente sonido metálico, para dejar al descubierto la camiseta que llevaba debajo, todavía intacta. Me llevé la parte inferior hacia mi cara para limpiarme el barro.

Un tirón de mi trenza casi me hace perder el equilibrio de nuevo, pero esta vez conseguí girarme a tiempo y mantenerme en pie. Lobo, con el ojo izquierdo medio cerrado por la hinchazón, atacaba de nuevo.

Le lancé un par de patadas que bloqueó sin problema con su antebrazo mientras la poca luz del recinto se acumulaba en su sonrisa perlada y me empujó contra el tronco del árbol.

Colocó su mano alrededor de mi cuello y comenzó a apretar con fuerza. Los músculos de su antebrazo sobresalían con fiereza, como si estuvieran forjados en hierro, mientras que sus bíceps eran estrangulados por la boca de la manga corta de su camiseta.

—¡Ríndete! —chilló con sus dientes amenazantes a unos centímetros de mi cara.

Pero no era miedo lo que invocó dentro de mí la amenaza de Lobo. Era ira, una ira navegada por la impotencia del momento, por no haber sido más rápida, más ágil, más sigilosa, más

fuerte…

Intenté apartar su mano de mi cuello, pero con su brazo libre luchaba contra mis brazos y mis piernas.

Me faltaba el aire. La escena comenzó a aparecer borrosa y poco a poco mis fuerzas desaparecían.

Noté que algo me agarraba la pierna y cerré los ojos.

Volvía a estar tirada en el barro, pero el oxígeno había vuelto a circular por mis pulmones. Me giré lentamente en el suelo para intentar ponerme de pie, pero me quedé tumbada.

Desde el suelo levanté un poco la cabeza para ver entre nieblas cómo Urraca se guardaba algo en su pantalón y los dos mejorados se perdían de nuevo por los arbustos. Dejé caer de nuevo la cabeza contra el suelo y me concentré en recuperar el ritmo de mi respiración.

24

Pasé un rato allí tirada, con la mirada fija en las copas de los árboles que reinaban sobre mi cabeza. Estaba enfadada, muy enfadada. Ya tenía la gema en mi mano, era mía. Y ahora ya no tenía nada.

Los pensamientos atronadores se agolpaban en mi cabeza: no era justo, ¿cuánto tiempo llevaban los otros mejorados en el complejo? Daba igual, todos llevaban más tiempo que yo. Era la primera vez que usaba mis mejoras conscientemente y tenía que ser para enfrentarme a otros mejorados, claramente más entrenados que yo. No era justo. «Que le jodan al proyecto Jungle, yo me quedo aquí tirada hasta que se acabe este maldito juego» fue el pensamiento que me gobernó.

Y eso hice. Al menos durante un cuarto de hora, hasta que un grito profundo me hizo levantarme de un salto del suelo. Al grito le siguió el silencio absoluto. Corrí entre los matorrales en dirección a aquel sonido durante unos metros, la humedad acogiéndome sofocante, hasta que comencé a escuchar el salpicar del agua.

Separé un par de matorrales más y descubrí un pequeño lago de agua turbia rodeado por árboles. En la otra orilla pude ver cómo Lobo daba vueltas, de un lado al otro a unos pasos del agua, estudiando la superficie.

Me tiré al suelo para taparme con los arbustos y partí un par de ramas para poder asomarme sigilosamente. No quería perder de vista a Lobo. No después del último encuentro.

En el lago, cerca de donde Lobo trotaba, el agua se movía nerviosa, rebotaba contra la orilla y algunas burbujas subían hasta la superficie.

Desde mi escondite escaneé la amplitud del lago y los árboles colindantes, poniendo toda la atención a cualquier sonido que me pudiera indicar dónde se encontraba Urraca.

Las burbujas desaparecieron del agua y Lobo se paró en seco, inclinado hacia delante para prestar atención a aquellos centímetros de agua, pero sin acercarse a la orilla del todo.

Una grieta se dibujó en el agua, escupiendo un cuerpo inmóvil con gran impulso, hasta aterrizar en la arena. En el mismo espacio del lago, asomaba ahora la cabeza de Tiburón, con una mano levantada. El reflejo en sus dedos revelaba indudablemente la presencia de una de las gemas.

Lobo seguía estático, con la mirada fija en Tiburón, su cuerpo tenso a unos centímetros del de Urraca, pero sin prestarle atención.

Tiburón se impulsó con un movimiento de piernas, sacando medio cuerpo fuera del agua para volver a entrar de cabeza y perderse en la profundidad del lago.

—Urraca fuera de la competición por abandono —anunció la megafonía.

Un foco de luz apareció desde algún lado de la sala y enfocó directamente a Urraca, que se incorporó como pudo y comenzó a seguir el resplandor entre los arbustos hasta que le perdí de vista.

Decidí subirme al árbol más cercano, para ver si era capaz desde las alturas, de encontrar el origen de la luz que guiaba a Urraca. De esa manera conocería los límites de la arena y podría tener una mayor idea del espacio que me rodeaba.

Para cuando llegué a una buena altura, la luz y Urraca ya habían desaparecido.

Ya más cómoda con mis habilidades para trepar, seguí subiendo hasta la parte más alta de la copa del árbol. Desde allí, rodeada por la densidad de las ramas y la oscuridad, tan solo podía intuir por dónde caminaba Lobo por el sonido de las ramas a su paso. Pero estaba bastante lejos, no tenía que preocuparme por él.

Me senté en la rama, con las piernas colgando y observé en silencio los árboles que me rodeaban, intentando digerir el espectáculo del que había sido testigo. Respiré profundo dejando entrar la humedad del ambiente en mí, regándome de calma.

Bajo la tranquilidad del momento y el enfriamiento de los músculos, los dolores de los golpes comenzaron a tronar mi cuerpo.

—Fin del juego. —De nuevo la megafonía.

La habitación se iluminó y un foco enorme señalaba la misma puerta por la habíamos entrado.

En el vestuario nos esperaba de nuevo el hombre uniformado, pero esta vez solo estábamos Lobo, Tiburón y yo. Eché un vistazo rápido a la cara de Lobo, comprobando cómo mi cabezazo le mantenía el ojo morado.

—Muy bien, todos habéis desplegado vuestras habilidades hoy, pero solo uno ha conseguido dominarlas correctamente para alcanzar el éxito. Enhorabuena, Tiburón.

Tiburón dibujó una breve sonrisa en su cara e irguió todo su cuerpo, extendiendo los hombros hacia atrás. Unas gotas de agua resbalaron de su cabello por los lados de su cara, deslizándose suaves por su piel aterciopelada.

—Tiburón ha conseguido dos gemas, una estaba en el fondo del lago y la otra en el hueco del árbol. La tercera que no habéis conseguido estaba enterrada en el área oeste.

Tiburón devolvió las dos gemas que todavía guardaba con orgullo.

—Habéis terminado por hoy. Lobo, Tiburón, a las duchas. Guindilla, acompáñame.

El odio que le envié con mi mirada no era premeditado. El hombre se paró en seco y colocó sus brazos en jarra, esperando mi reproche para contraatacar.

Pero no dije nada, no tenía sentido protestar. No me quedaban fuerzas para protestar. Bajé la cabeza y le seguí cuando retomó la marcha.

Caminamos unos cuantos pasos fuera del gimnasio, hasta el comienzo del pasillo, donde la única puerta con código de aquel nivel se erguía frente a las escaleras. La manga oscura de su uniforme se escurrió hacia atrás cuando golpeó con los nudillos en la puerta blanca metalizada, anunciando nuestra llegada.

—Doctor Rohner, le traigo a la mejorada 78-G.

El autoritarismo en la voz del hombre del uniforme se había perdido por completo en esta última frase. Pero fue el nombre del doctor lo que me confortó en ese instante: Rohner.

25

—Adelante, Gorila, podéis pasar. —Escuché su voz seria y profunda desde el otro lado de la puerta metálica.

Gorila abrió, pero se quedó en el marco de la puerta, haciéndome un gesto para que entrara. Oteé el espacio antes de avanzar el paso que me sumergió en el blanco radiante de aquella sala. De espaldas a mí encontré a Rohner, de pie a un lado de la camilla, auscultando y tomando el pulso a un paciente al que no alcanzaba a ver.

—Puede vestirse. Descanse, beba agua y en un rato se le pasará el mareo. Ha expulsado toda el agua que había tragado, no hay ningún peligro. —Y dicho esto, se giró hacia una mesa pequeñita, haciendo bailar las solapas de la bata que llevaba sin abrochar.

En ese momento, me di cuenta de quién era el hombre que se estaba bajando de la camilla.

—¿Puedo llevarme ya a Urraca, doctor? —Gorila seguía en la puerta con los dos pies fuera de la consulta.

—Sí, claro. Urraca, puede acompañar a Gorila de vuelta —respondió Rohner sin despegar la vista del ordenador en el que tecleaba.

Urraca me miró de reojo cuando pasó por mi lado y luego agachó la cabeza cuando cruzó por debajo de la mirada de Gorila, antes de que el sonido metálico confirmara el cierre de la puerta.

Yo me quedé quieta en la entrada, observando la sala. Esta era más pequeña que la anterior, donde me hicieron las primeras pruebas. Pero Rohner seguía las mismas costumbres: concentrado en la pantalla, con su espalda recta, pero arqueando los hombros hacia delante focalizándose en algo concreto, ignorando por momentos la existencia de cualquiera que se encontrara allí. Se me antojaba hipnótico volver a ver esos movimientos.

Por fin giró su silla hacia mí y mi cuerpo tornó en tensión.

—¿Qué tal tus primeros días? Siento decírtelo, pero no tienes muy buen aspecto. —Y fumigó una breve sonrisa mientras se levantaba de la silla hacia la camilla.

Su pelo pareció ondear acompañando el movimiento, pero todos y cada uno de sus mechones volvieron a su lugar exacto.

—¿No? Pues acabo de salir de un circuito de *spa* maravilloso —le contesté irónica mientras me acercaba a la camilla yo también.

Rohner sonrió y me hizo un gesto para que me tumbara en la camilla. Se giró hacia la izquierda y me señaló un aparato que reconocí enseguida. Clavó su mirada en mí esperando mi respuesta, divertido.

—¿Otra vez? —Dejé caer mi cabeza en la camilla.

—Esperaba más emoción al reencontrarte con el analizador. Va a ser rápido.

Fiel a sus palabras, terminó enseguida con el análisis y apartó el aparato. De nuevo esa mirada, estudiándome como le había visto hacer frente a las pantallas. Acercó su mano muy despacio hacia mi frente, cerca de mi ceja y sin desviar sus ojos de los míos, la acarició con su dedo índice. Di un saltito en la camilla en el momento exacto en el que su dedo alcanzó los alrededores de la herida que me había hecho al cabecear a Lobo.

—Voy a desinfectarte y pegarte un par de puntos en esa herida. Puedes sentarte si estás más cómoda.

A pesar de las palabras de invitación, su tono era impositor. Hice lo que me dijo y le observé colocarse unos guantes y guardar algunas cosas del armario del fondo de la habitación en el bolsillo de la bata.

Se acercó lentamente a la camilla y me miró con un semblante serio, el entrecejo fruncido y los labios apretados, marcando su mandíbula. Cuando su cuerpo alcanzó la plataforma, sus piernas rozaron levemente las mías, que se mantenían colgando por el borde. Acercó mucho su cara a la mía, dejando expuestas las gotas verdes que salpicaban los iris de sus ojos.

Con una gasa y un producto que hacía arder la carne sangrante de mi frente, comenzó a frotar la herida, muy atento a mi expresión.

Ni una sola palabra salió de mi boca, pero mi ceño fruncido y el leve presionar de mis labios con cada pase delataban mi esfuerzo por resistir al dolor.

Separó por fin su mano, mi cuerpo entero se relajó y una exhalación se escapó de mis labios, que se volvieron a apretar culpables. Rohner inspiró saliéndose de las rítmicas respiraciones que hasta ahora había ofrecido. Parecía recoger mi fugitivo suspiro.

Sentí los dedos de Rohner cerca de la herida otra vez, adhiriendo los puntos de una manera solemne e increíblemente poco dolorosa.

Cuando hubo terminado, me quedé mirándolo fijamente, como esperando a que me diera permiso para bajar de la camilla, pero me encontré rebotando en su mirada con parecida exigencia durante unos instantes.

—Te ausculto y luego ya podrás irte —anunció de repente, deshaciéndose de los guantes, como si hubiese seleccionado esa acción en concreto de entre otras tantas que habían recorrido su mente.

Asentí con la cabeza, me quité la chaqueta y me recoloqué en la camilla. Cuando el viaje del estetoscopio por debajo de mi camiseta se acercó a mis costillas, di un brinco imprevisto. El recuerdo del embiste de Lobo acudió a mi mente.

El rostro de Rohner se endureció y separó rápidamente el instrumento. Me arrojó una mirada inquisitiva, ladeando levemente la cabeza. Esa mirada penetró en mi cuerpo por completo, sin dejar ni un solo resquicio vacío de ella.

—¿Puedo? —Rohner agarraba por el borde inferior mi camiseta, inmóvil, con la mirada ahora suavizada.

Asentí en respuesta.

Se colocó entre mis piernas. Los dedos rectos del doctor enrollaban lentamente mi camiseta hacia arriba, calculando cada doblez, con extremada delicadeza. En el camino, algún dedo rozaba con mi piel, duplicando el valor de los segundos. Me demonizaba la lentitud del proceso.

Rohner se detuvo justo antes de llegar a mis pechos, dejando a la vista la gran mancha violácea del costado.

La luz del techo se reflejaba dura aclarando sus mechones, suavizando sus tonos castaños la parte superior de su peinado hasta convertir en un rubio translúcido a aquellos que amenazaban con sobresalir.

Un par de dedos se deslizaron con suavidad por mis costillas, recorriendo cada milímetro del moratón. Con el primer roce de Rohner, mi piel se había estremecido por completo, volviéndose de gallina. La suavidad de sus movimientos marinaba con la firmeza de sus manos.

Me hizo un gesto que indicaba relevo y ahora yo misma sujetaba las dobleces de la camiseta.

La concentración en la tarea me desvió del control de mi respiración, que amenazaba con embalarse.

Absorto en el proceso, sus ojos viajaban de mi costado hacia mi cara, acuciando un tono pesado, buscando mi mirada. Sin embargo, en ese momento, me encontraba perdida en el contraste de sus dedos cálidos con mi piel enfriada por la humedad de la arena.

—¿Te duele? —Presionó levemente sus dedos contra mi piel.

—Solo un poco. —Sorprendentemente era verdad.

—¿Y ahora? —Sus dedos se habían desplazado un par de centímetros desde mi costado.

—Igual.

Esos dos mismos dedos desplegaron su recorrido hacia abajo, de nuevo esa lentitud, llegando al borde del moratón. La atención de Rohner volvió a mi cara. Adiviné el tono de pregunta en su mirada y negué con la cabeza.

Una nueva expedición sin prisa comenzó, sin embargo, está vez sus dedos se detuvieron fuera de la mancha morada, cerca de mi ombligo. El calor de sus manos había ganado al frío de mi cuerpo y el contraste de temperaturas había desaparecido.

De nuevo la mirada. La sorpresa de su mano lejos de mi costado retrasó mi respuesta. De nuevo mi negación.

Dejó los dedos colocados en ese lugar, manteniendo la leve presión sobre mi bajo abdomen, escudriñando de nuevo entre la baraja de opciones de su cabeza. Su atención se mantenía fija en mí, haciendo cautiva mi mirada.

Noté la tensión en su cuello, observando cómo adquiría volumen el músculo de su hombro que asomaba por debajo de la bata, manteniendo interna una fuerza, que para nada estaba sometiendo sobre mi vientre, todavía más tenso aún.

Mi respiración se aceleraba, acompasándose a las profundas inspiraciones que volcaba Rohner a centímetros de mi cara, infieles a su compás original. No había movimiento, solo resuellos.

Mi atención se desvió ahora hacia sus labios redondeados que dejaban pasar por la pequeña abertura de su boca cada exhalación. Inconscientemente pellizqué mi labio inferior y levanté involuntariamente una ceja, exigiéndole algo más a Rohner. Lo que fuera. Todo menos perpetuar esos momentos de silencio inmóvil.

26

Rohner, pareciendo entender mi reclamo e invadido por una fuerza eléctrica, colocó su mano libre sobre mi pierna, con sus dedos posicionados con precisión hacia el interior, rodeando el contorno de mi muslo. Su agarre suave y firme ascendía peligrosamente. Peligro. Esto estaba mal… ¿Lo estaba?

La mano que había permanecido inmóvil en mi vientre había comenzado a dibujar despacio círculos en mi piel, primero pequeñitos, orientados peligrosamente hacia la parte baja. Después más grandes, hacia arriba, cada vez más cerca del único trozo de mi cuerpo cubierto por la camiseta.

Noté su milimétrica inclinación hacia mí y de nuevo su olor. Ese olor. El frescor de la menta. Mi cuerpo respondió con una imitación automática, pero delicada, acercándome a él lo suficiente para que el recorrido de sus manos no se detuviera. Notaba cada centímetro que avanzaba, suave, directo, sin detenerse, sin abarcar más piel de la necesaria. Mi cadera le acompañaba inclinándose inconscientemente.

La mano que había comenzado en mi costado, ahora paseaba libre por la zona sensible de mis pechos, colándose por debajo de mi camiseta.

Sus dedos clavados estratégicamente en mi cuerpo eran ahora tan suyos como míos y como tal se mantenían fundidos. Ya no sentía el frío ni el cansancio. Solo le sentía a él, su frescura tornando en mi humedad a medida que se acercaba a mi apertura. Nuestras bocas se encontraron tan cercanas, que su aliento saliendo de los labios en forma de expiraciones era recogido por los míos y lo acomodaban en el interior de mi pecho. Cerré suavemente mis ojos, su mano rozando los límites de mis muslos hacia el interior.

A Rohner se le escapó una exhalación tan profunda como breve, impulso que le sirvió para separarse de la camilla, de mis pechos y de mis piernas. Para separarse de mí.

La retirada tan abrupta me obligó a actuar de manera mecánica, respondiendo al unísono y rebotando sutilmente hacia atrás en la camilla. La mezcla de su frescura y el calor se habían transformado en frío, un frío crudo que se apoderó de golpe de las zonas antes ocupadas por su mano. Solté la camiseta arrugada para que tapara mi cuerpo todavía expuesto y la estiré con mis manos, intentando alisar el tejido arrugado. La cara me ardía.

Encontré a Rohner de vuelta en la mesa, tecleando rápido en el ordenador, dándome la espalda.

Forzándome a salir del estado en el que me había arrastrado ese momento, de feroz disputa entre mi sentido de alarma y el despertar de la sensación de vivacidad que hacía tanto tiempo que no sentía, me coloqué de nuevo la chaqueta.

—¿Ya hemos terminado? —La frase se entrecortó por culpa de la sequedad en mi boca.

Mi pregunta se podría entender en más de un sentido, sin embargo, su respuesta se ancló en lo profesional.

—Sí, no parece nada grave. Si el dolor aumenta o experimentas dificultad al respirar, avisa a un superior. —Rohner había vuelto a su costumbre de ignorar que yo estaba en esa sala con él y me dio las instrucciones sin apartar su atención de la pantalla.

Bajé de la camilla y me dirigí a la puerta, girando mi cabeza al pasar por detrás del doctor, fijándome en la distancia entre sus hombros.

Abrí la puerta y sin girarme, me despedí desde allí. Mi rabillo del ojo me confirmó que Rohner había abandonado su concentración en cualquiera que fuera su tarea para girarse hacia mí, repasando mi figura un par de segundos antes de decirme adiós.

Absorta todavía en mis pensamientos, repasando aquel episodio, encabecé el camino por los pasillos hacia el comedor. No sabía qué hora era, pero definitivamente debía ser alguna hora cercana al mediodía, porque, a pesar de los eventos sucedidos, mi hambre se había despertado.

Eché la mirada atrás, ya lejos de la consulta. Solo pude ver el trozo de escalera por el que acababa de subir. ¿Estaba Rohner siempre allí? La primera vez me atendió en otra sala distinta, más grande. ¿Se movería entre los dos edificios? A juzgar por el viaje con Hormiga desde aquel lugar lleno de laboratorios hasta La Guarida, había bastante distancia. ¿Podría ser que viviera aquí, como nosotros? No, Yira no me habló de él… Lo más probable es que solo estuviera aquí por petición, para atender a Urraca.

Alcancé el último escalón y giré hacia la derecha, pasando por el pasillo de mi habitación. Pensé en entrar para ducharme y cambiarme de ropa, pero un grito desde la puerta de una de las habitaciones me hizo cambiar de idea.

—Un minuto más y tu plato se lo pongo a Rin. —Desi me amenazaba desde el otro lado del pasillo, mientras arrastraba al mismísimo Rin por un brazo hacia su habitación.

—¡Sí! ¡Yo quiero repetir! —El niño ni siquiera intentó reprimir la alegría de la noticia.

—Tú, hasta que no te laves las manos, nada —le riñó Desi, dándole un pequeño empujón para hacerle entrar a la habitación.

La escena me pareció graciosa a la vez que emotiva. Yira tenía razón, era Desi la que se ocupaba de cuidar a la gente de aquí.

Dudé un momento frente a la puerta de mi habitación, calculando si me daría tiempo al menos a cambiarme de ropa. Pero me giré y me dirigí hacia el comedor en respuesta. En el mismo instante en el que pasaba por la puerta, Rin entró gritando y corriendo, empujándome hacia un lado para coger su sitio.

Varias miradas de desaprobación se lanzaron desde la mesa para cruzarse en mi camino, construyendo un muro invisible, pero difícil de franquear. Me detuve, pegando los pies al suelo, revisando la mesa a la distancia. Esas miradas no me dejaban ver a Yira.

Un leve empujón por mi espalda me arrojó al otro lado de la barrera. Desi me guio agarrándome por el hombro hasta una silla vacía.

Me concentré en la decoración del plato. Un blanco perlado lo cubría entero, mientras que delicados hilos dorados abrazaban unas pequeñas flores en los bordes.

Era curioso que en un sitio como este, enterrado bajo el suelo y en el que todos vestíamos uniformes casi militares, el mío todavía manchado de barro y sangre, encontrara una vajilla tan elegante.

Ese pensamiento me mantuvo absorta el tiempo suficiente para sacudirme las pesadas miradas de la mesa. Con la llegada de la comida, el peso desapareció por completo.

Resultó que el apetito que había encontrado subiendo las escaleras fue capaz de calmarse solo con el primer plato, por lo que me salté el segundo. La cabeza había comenzado a molestarme y tenía la sensación de que era cuestión de tiempo que el salón comenzará a darme vueltas.

Eché un último vistazo al salir de allí: Desi se había ido con la excusa de solucionar algo en otro lado, Hip, como de costumbre, no había aparecido y Yira… Volví a mirar como si en esa

habitación pudiera haber alguna esquina oculta a la luz donde Yira podía estar y yo no haberla visto.

No, Yira no estaba. No había venido a la hora de comer.

Atravesé todo el pasillo hasta la habitación intentando buscar alguna explicación, pero pronto me di cuenta de que no conocía a Yira lo suficiente como para intentar averiguar sus movimientos. Era muy presuntuoso por mi parte, pero ese tipo de mecanismos eran los que me habían permitido sobrevivir hasta entonces. Darme cuenta de eso me hizo que un escalofrío recorriera mi espalda como una cascada.

Entré en la habitación ocupada por Hip. Esa realidad sí había respondido a mis expectativas.

La saludé con un «Heey» abrupto pero simpático mientras pasaba por delante de su cama hacia la ducha. Después del *entrenamiento* de hoy, la manera en la que Hip demostraba alejarse, si no física, emocionalmente de todo lo que ocurriera aquí, me parecía más que lícita. Me parecía valerosa.

Me devolvió el saludo con un gesto de la mano, sin levantar la mirada del libro de su regazo.

Retiré toda la ropa sucia y mojada que llevaba encima. Al levantar la camiseta por encima de mis hombros, el recuerdo de la consulta de Rohner me embistió. Agité la cabeza fuerte para eliminarlo. La presión recorrió todo mi cráneo, haciendo rebotar mi cerebro de delante hacia atrás.

Me senté en el retrete para no caerme y cerré los ojos en un intento por eliminar los puntitos luminosos que aparecían delante de mí.

Solo me llevó unos segundos recuperarme y entrar por fin en la ducha.

La verdad era que no me podía quejar. La ducha era muy espaciosa y el agua salía extremadamente caliente. A ninguna de esas dos cosas estaba acostumbrada en mi casa y tampoco fue así la noche que pasé en el hostal.

De nuevo esa sensación. Los recuerdos se agolpaban en mi cabeza, empujados por la presión del agua sobre mi cabello.

Mi casa, mi familia, mi pasado… Nada de eso existía ya. Pero me encontré sorprendida al darme cuenta de la sensación de alivio que me envolvía. El alivio se transformó ferozmente en culpabilidad.

Cerré el grifo y salí rápido de la ducha, intentando dejar atrapadas detrás de la mampara acristalada todas esas sensaciones.

27

El calor que fue recuperando mi cuerpo con el agua caliente de la ducha y el cansancio brutal me envolvieron en el mismo instante en el que mis huesos doloridos tocaron la cama.

Piedras de colores transparentes se paseaban brillando por mis sueños, verdes claros y oscuros, rojos escarlatas, azul… Azul del mar… Un mar revuelto, en el que las olas embestían la arena con crueldad. Y me mojaban. Un objeto puntiagudo rompía las olas a gran velocidad en dirección a la orilla.

De repente la cara de Tiburón, mostrando dos filas de dientes serrados, ocupaba toda mi visión, directo hacia mí.

El brinco para separarme de él no ocurrió solo en el sueño, el latigazo de dolor de mis costillas me devolvió a la realidad. Me incorporé rápidamente, ignorando el rechinar de mis dientes por la fricción del costado, con los brazos extendidos, expectante.

Necesité unos segundos para que mi vista se adaptara a la penumbra y reconocer la habitación en la que me encontraba. Coloqué mi cuerpo apoyándolo en el cabecero de la cama y esperé a que las costillas se acomodaran hasta apagar los chasquidos de dolor, dejando solamente una sensación de incomodidad en el costado. Jadeando todavía, recorrí la habitación sin moverme del colchón, hasta detenerme en la figura de la cama de enfrente, que alzaba y descendía la manta que le cubría con cada respiración. Hip seguía completamente dormida. Busqué la cama que quedaba inmediatamente a mi derecha, pero las sábanas se mantenían estiradas, con los bordes perfectamente escondidos debajo del colchón y la manta doblada en el borde.

Coloqué mis pies en el suelo frunciendo el ceño hacia la imagen de la cama vacía y me dirigí al baño. No había dado ni dos pasos cuando un sonido claro y rítmico delataban a alguien bajando por las escaleras desde la superficie.

Abandoné mis planes de ir al baño para acercarme a la puerta, sin hacer absolutamente nada de ruido y pegar la oreja. Los pasos estaban ahora en el pasillo.

La brutalidad de la arena no me permitió conectar esos pasos con ninguna sensación de tranquilidad. No confiaba en que ninguno de mis compañeros no fuera a volver a por la revancha. Urraca podría echarle la culpa de su visita con Rohner a Tiburón, pero Lobo… Su ojo morado llevaba mi firma. Una sonrisa se me dibujó fugitiva en mi boca.

Los pasos volvieron. Alguien se acercaba por el pasillo. Mi cuerpo se tensó por completo, preparándose para atacar.

Con la convicción absoluta de encontrarme con Lobo al otro lado, abrí la puerta con un movimiento brusco y extenso, abalanzándome hacia el otro lado, dispuesta a defenderme.

Mis hombros se relajaron y mi pecho, que había aprisionado todo el aire, lo soltó de golpe cuando reconocí la cara de Yira a un par de metros por delante de mí en el pasillo. Había dado un brinco hacia atrás al ser testigo de la actuación exagerada de mi salida de la habitación.

Desde su posición me dedicó una mirada interrogante, ladeando totalmente su cabeza, sus ojos brillando en la oscuridad del pasillo. Al escuchar mi aliento de alivio, las facciones de su cara se tornaron divertidas.

—¿Qué haces?

Entre el susurro y las pequeñas carcajadas que se le escapaban al entonar la pregunta, apenas la entendí. Me encogí de hombros.

Se acercó a mí, tapándose la boca para amortiguar su risa.

—¿Qué haces aquí? —Volvió a intentar.

Dirigí mi mirada por encima de su hombro, cerciorándose de que no había nadie más allí.

—¿Yo? Menudo susto me has dado… —Bajé mi tono de voz.

Yira empezó a reírse sin control, cortando la risa entre sus manos y mis continuos soniditos pidiéndole silencio. Íbamos a despertar a todos los mejorados. Incluyendo a Hip. Recordé entonces que ella seguía en la habitación y me tiré hacia la puerta, cerrándola rápidamente, con una pausa justo antes de rozar el marco, para mitigar el sonido.

—¿Haciendo gala de tu gen de gata y merodeando por las noches? —Su tono sonaba divertido y relajado.

Me separé unos pasos, observando las escaleras que quedaban enfrente de la puerta cerrada de la habitación, que bajaban al segundo nivel. Estudié concienzudamente los movimientos necesarios y me senté en el primer escalón, ayudándome de mis manos contra la piedra para mitigar el relámpago en mis costillas. Me giré y relajé mi columna hacia atrás, hasta apoyarla en la pared y levanté mi cuello hacia Yira.

—Lo que yo no sabía era que las jirafas también merodeaban de noche.

La diversión de Yira no paraba y se acomodó ligera, con su espalda en la pared contraria, su cuerpo un escalón por debajo al mío, y sus piernas flexionadas con los pies contra la otra pared.

—Hay tanto que conocer de las jirafas…

La actitud dramática quedaba tan alejada de la esencia de Yira que ahora era yo la que forcejeaba las manos contra mi boca. Enseguida corrieron hacia mis costillas, que chirriaron de dolor con la carcajada.

Estudié su mirada durante unos segundos, en la penumbra, esperando algún dato que me hiciera saber dónde había estado. El brillo de sus ojos no solo se combustionaba para ayudarla a combatir la oscuridad. Descubrí dos tipos diferentes de brillo en su mirada: el resplandor animal intentando ocultar, fallidamente, el centelleo que permanecía siempre en el almendrado de sus ojos.

Comprendí que Yira se encontraba exactamente en el mismo proceso que yo, averiguando los motivos de mi salida nocturna del cuarto.

—Escuché tus pasos, pero no me imaginé que podrías ser tú.

—¿Quién creías que era?

Mis sospechas ahora me parecían ridículas. Me resistí a verbalizarlas. Abandoné sus facciones y me concentré en el cordón del pantalón de mi pijama, muy similar al del uniforme, pero algo más suave y blanco impoluto.

—¿Cómo ha ido el entrenamiento?

Lo que parecía un cambio de tema, en realidad era la revelación de que Yira había averiguado en parte el motivo de mi espectacular apertura de puerta.

Mi mirada se mantenía fija en el cordón, enrollándose y desarrollándose entre mis dedos mecánicamente. Yira entornó sus ojos hacia mí.

—Los chicos a veces pueden llegar a ser…

Jodida Yira, había averiguado el motivo de mi preocupación sin ningún esfuerzo. ¿Cómo lo hacía? ¿Las jirafas también pueden leer la mente?

—¿Chicos? ¡El Urraca ese es ya un señor!

La tensión por desviar la atención del tema me hizo levantar la voz un poco más de la cuenta, pero fue peor la carcajada a dúo que nos marcamos las dos después.

Continué mi análisis despectivo-descriptivo de los tres compañeros con los que había tenido el increíble honor de partirme la cara en la arena. Y como tal, se lo anuncié a Yira.

De nuevo las carcajadas.

—Y luego tenemos al perfecto Tiburón. —Los ojos de Yira se enfocaron en mí, expectantes—. Lo hace todo bien, no debe de necesitar ni limpiarse el culo cuando caga.

Yira se agarró la tripa y se columpió hacia atrás contra la pared en un esfuerzo por retener el sonido de las carcajadas en su interior.

—Y todavía no has visto nada…

—Bueno, y para rematar tenemos a Lobo.

El recuerdo de su mano en mi cuello me hizo desviar la mirada de nuevo al pantalón un instante.

—Que más que un lobo parece el perrito faldero de Urraca.

Una mueca se dibujó en la cara de Yira. Levanté mis cejas en respuesta, arrugando el papel adhesivo de mis puntos.

—¿No?

—No te fíes. —Sus palabras surgieron tranquilas, sin importancia, pero precisas, con punto y final.

—¿Por qué?

Yira apretó fuertemente los labios y dirigió su mirada hacia la pared detrás de mí, a ningún punto exacto. Las palabras se agolpaban en su boca, podía notarlo, pero no las dejaba salir.

Cambié de posición ligeramente mi cabeza, para interponer mi mirada entre la de Yira y la pared.

—Icebergs —respondió de repente, como si al interrumpir su ciclo de pensamiento, esa fuera la última palabra que tenía retenida.

Mi cara se debió de transformar en un híbrido entre incertidumbre y preocupación porque, después de una pausa, Yira volvió a arrancar con palabras pausadas.

—Solo ves la punta. Con los mejorados a veces es complicado leer las verdaderas intenciones. Nuestro gen animal también nos empuja a pensar como ellos. A sentir como ellos. Algunos lo hemos adiestrado, otros lo intentan y otros —de nuevo las palabras amontonadas en sus labios—, lo utilizan a su favor.

El dato de que hasta el año pasado Mono no había conseguido dominar su instinto de lanzar sus propias heces fue el recurso que utilizó Yira para efectuar un espectacular viraje hacia anécdotas con los pequeños que aniquiló por completo el tema del iceberg.

28

En un par de semanas ya me había acostumbrado a la rutina: por las mañanas la voz estridente de la megafonía nos ordenaba el lugar de entrenamiento. La mayoría de las veces nos dirigía a la planta inmediatamente inferior a la de los cuartos, al gimnasio. Una vez allí, en ocasiones, nos dividían en grupos y uno de ellos subía a entrenar a la superficie.

No había vuelto a pisar aquella arena en la que me introdujeron a buscar las gemas en contra de Tiburón, Lobo y Urraca. Y creo que no había sido abierta para nadie más desde entonces.

Pronto me di cuenta de que los entrenamientos grupales se limitaban solo a ejercicios generales, movimientos en las máquinas del gimnasio y en ocasiones combates cuerpo a cuerpo. Pero nada de potenciar nuestras mejoras. El resto de mejorados tampoco se molestaban demasiado en utilizarlas, escondían sus cartas. Creo que esa era la razón principal por la que no notaba ninguna relación entre los mejorados. Pasábamos todos muchas horas juntos: en los entrenamientos, las comidas, las cenas… Y a veces coincidíamos también en la sala de ocio o en los sofás del comedor. Con frecuencia veía a los tres chicos juntos, pero nunca en una postura relajada. Caminaban por los pasillos o invadían habitaciones en manada. Esa reflexión me llevó a destacar el detalle tan importante de Yira el día que llegué: me habló de sus mejoras. Y de las de Mono y Yeyé…

Ella y yo sí que pasábamos más tiempo del estrictamente necesario juntas. Normalmente con alguno de los pequeños revoloteando cerca. O incluso con los tres.

Eran el contrapunto a todo lo demás en La Guarida. Los pasillos fríos, los gritos de Gorila, el cansancio de los intensos entrenamientos, las miradas de recelo, las heridas y golpes… Y, sin embargo, cada uno a su manera, Mono, Yeyé y Rin siempre levantaban un alboroto alegre en el lugar en el que estuvieran. No sé cómo, a tan corta edad, habían aprendido a no quejarse, a no protestar. Solo se divertían.

Algunas noches, cuando Yira volvía de ayudar a Desi a terminar los deberes de los niños o a acostarlos, nos esperábamos escondidas en las escaleras que separaban el pasillo de las habitaciones del segundo nivel, de donde yo solía volver de la biblioteca. Aprovechaba ese momento para, en susurros, preguntarle por todas las cosas que me habían llamado la atención ese día, o el día anterior.

Muchas veces Yira hablaba sin hablar. Tenía esa increíble habilidad para hacerme saber cuándo había más información en su frase de la que ella podía verbalizar. Un par de conversaciones me bastaron para comprender que yo no era lo suficientemente persuasiva como para conseguir que Yira hablara más de la cuenta. No, la persuasión no era ninguna de mis mejoras.

Esos momentos no estaban mal, pero el gimnasio… Por supuesto, odiaba todos y cada uno de los ejercicios y los terminaba a duras penas. Llegó un momento en el que los gritos y golpes de saliva que escapaban de la boca de Gorila para obligarme a terminarlos ya no permeaban en mí.

Sin embargo, con los combates cuerpo a cuerpo era diferente. Antes de entrar en la plataforma de suelo acolchado granate, de algo más de tres metros de altura, sin ningún tipo de agarre a su alrededor, mis sentidos frenaban unos instantes, para volver a la vida todos al unísono, abrazando

a mi instinto en el proceso. Ahí arriba solo existía la escasa superficie escarlata que acariciaban mis pies descalzos. Y mi oponente. Nada más. Todo se reducía a eso. Se me hacía sencillo luchar.

En estos combates era el único espacio en el que podía observar algunos destellos de las mejoras de mis compañeros. Excepto de Hip, que en el mismo momento en el que sus pies, ordenados por Gorila, pisaban la superficie en altura, se daba la vuelta y volvía a descender los escalones, dando por perdida su pelea. Todo sin transformar su mirada de aburrimiento e indiferencia.

Cuando dos mejorados competían, el resto debíamos concentrarnos en terminar nuestros ejercicios. Pero yo tenía claro que emplearía mejor el tiempo si observaba a los mejorados. Y eso hacía. Mi cabeza grababa cada movimiento, cada golpe, cada caída. Me obligaba a repetirme esa información como si la escribiera con boli y papel en mi cabeza.

Hasta ahora había peleado un par de veces con Urraca. La primera había terminado con el hombre dando con su espalda en el suelo, fuera de la plataforma, después de golpearme en mi mandíbula con algo duro que escondía en su mano. Era un tramposo.

La segunda vez se rindió unos minutos después de empezar, cuando mi antebrazo presionaba alrededor de su cuello, mientras que mi otro brazo hacía fuerza contra mi muñeca para cerrar bien el agarre.

Gorila intentó que peleara una vez contra Hip, como si al tratarme yo de la novedad, ella accediera al fin a traicionar cualquier creencia que la llevaba a ignorar cada pelea, pero esta repitió su proceso y abandonó.

Ese día, Gorila llamó a la plataforma a Tiburón y Mono. Algo giró en mi estómago y me detuve en una de las estúpidas máquinas del gimnasio donde me había colocado Gorila, para buscar la mirada de Yira.

La encontré a tan solo unos metros del cuadrilátero, levantando algo de peso en la máquina más cercana. Me giré por completo: su expresión no indicaba nada. Absolutamente nada. Carecía de cualquier tipo de emoción, como no me hubiera imaginado nunca que un ser humano fuera capaz. Sus ojos, carentes de la luz que les caracterizaba, caían como piedras sobre el *ring*.

Mono subió contento las escaleras, dando saltitos, mientras Tiburón estiraba encima de la plataforma. Recordé una de las conversaciones que Yira y yo habíamos tenido en el pasillo frente a nuestra habitación, donde susurrábamos por las noches, escondidas en las escaleras nuestras impresiones del día. Mono no había subido a la plataforma hasta hoy.

Recuperé las notas mentales que me había creado sobre su contrincante:

Tiburón: Fuerza. Todo lo que tiene es fuerza. No es rápido. Al menos, no en la superficie. Fuerza en el cuello y en la mandíbula. Siempre ataca intentando clavar sus dientes. Coge impulso con las extremidades inferiores. No, con la izquierda. Se apoya e impulsa con su pierna izquierda.

—¡Atacad! —Era la señal de Gorila para que comenzara el combate. Podría jurar que su boca se encogió hacia su lado izquierdo, esgrimiendo una retorcida sonrisa hacia donde entrenaba Yira.

Mono daba saltitos por el acolchado carmesí, divertido, recorriéndolo de lado a lado, pero siempre cerca del borde, sus rizos acompañándolo ligeros. Tiburón aguardaba en el centro, con el cuerpo tenso, un tanto agachado, sin perder de vista a Mono. Dejó escapar una fugaz sonrisa para marcar la imponente dentadura.

Un salto de Mono más y la pierna izquierda de Tiburón lo lanzó hacia el niño, soltando una

dentellada que crepitó en el aire. Mono esgrimió un gritito cuando los afilados dientes aparecieron a unos centímetros de su cara.

¿La cara? Hasta ahora no había visto a Tiburón atacar hacia la cara de nadie. Se estaba divirtiendo.

Las dentelladas de Tiburón se repartieron por toda la plataforma, haciendo a Mono saltar y cambiar de ritmo cada pocos segundos. Estaba agotándole. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Tiburón no era todo fuerza. También usaba estrategia. Nota mental.

Volví a mirar a Yira, que no se molestaba en simular ningún ejercicio, solo ejercía de estatua. Con el torso firme y fijo. Sus pies se sostenían firmes en el suelo, enraizados. Juraría que haría falta una grúa para moverla de allí contra su voluntad. Y su mirada, esa mirada petrificante directa al movimiento en altura.

Una combinación rápida de dentelladas, cada una a un lado de la cara de Mono, le hicieron retroceder de golpe, asustado, agitando sus rizos con el movimiento. Los límites de la estructura que tan estudiados tenía el niño desaparecieron bajo su talón derecho al retroceder. Más de tres metros de caída le esperaban.

Los chirridos de las máquinas pararon. El gimnasio se sumió en el absoluto silencio.

Con ligereza, Mono se agarró del borde de la plataforma con ambas manos antes de caer, con un movimiento instintivo, para dejarse caer dócilmente a continuación.

Se apartó los rizos de la cara con graciosa tediosidad, como si mantener a raya su pelo hubiese sido lo más complicado del momento. Le dedicó una sonrisa interrogativa a Yira, que no había modificado absolutamente nada de su posición y corrió hacia ella.

Yira por fin parpadeó, dedicándole una última mirada a Tiburón, cerciorándose de que el combate había acabado y agachó la cabeza hacia Mono.

Con una mano, frotó su morena madeja de pelo y le dio un pequeño empujón hacia una de las máquinas. Cuando la busqué de nuevo desde la distancia, sus ojos habían vuelto a recuperar el brillo. Una bolsa de aire caliente cayó hasta mis pies haciendo desaparecer la tensión que se había acumulado en mis músculos.

29

Para la hora de la comida, la tensión había desaparecido de todos nosotros. El alboroto normal que rodeaba la mesa, generalmente provocado por los pequeños, hoy era reducido. Solo quedó espacio para una pequeña disputa de Yeyé con Rin cuando este le robó su pedazo de pan.

Quería pensar que los responsables de que nadie hablara fueron los deliciosos canelones a la boloñesa en los que había estado trabajando Desi esa mañana, porque el sonido de la masa crujiente había sustituido al bullicio normal de nuestras comidas.

Todavía quedaba bastante cantidad en la bandeja en la que Desi había repartido los canelones y le pedí permiso para repetir. La mujer abrió sus ojos completamente, contenta al fin de verme repetir de uno de sus platos. Hasta que no lo dijo, yo ni siquiera había caído en la cuenta. Pero era cierto, desde que llegué allí, solo había tomado una ración en las comidas. Era normal repetir en aquella mesa, aunque aburridos, los ejercicios físicos que Gorila nos despachaba eran bastante intensos y consumían gran parte de nuestra energía.

Creo que hasta que mi cuerpo no se habituó algo más a ese lugar, a la rutina, no comenzó a centrarse en mis necesidades básicas.

Me levanté hacia la encimera, donde llameaba todavía el humo de la fuente, manteniendo caliente las porciones restantes. Me coloqué con cuidado de no derramar los trocitos de carne por el granito y me giré de nuevo hacia mi sitio.

Al dirigirme hacia la mesa, me encontré con la mirada de Tiburón buscando a Yira, sin levantar mucho la cabeza, pero con las cejas algo arqueadas, frunciendo ligeramente el ceño. Yira debió notar la mirada porque se giró en esa dirección, respondiéndole con un fugaz encogimiento de su frente. Ambos retiraron las miradas y se concentraron en su plato.

Y yo me concentré en el mío.

Nada más comer, como de costumbre, yo me retiraba a la habitación, directa a la cama. Cuando llegaba, Hip ya estaba allí.

Las pesadillas de por la noche nunca me dejaban dormir más que un par de horas seguidas. Hormiga aparecía en muchas de ellas, acompañado por un caimán agarrado con una correa, normalmente. Por lo que sea, la cara de aquel hombre, de Caimán, se había borrado de mi mente y ahora ya solo quedaba el recuerdo de sus habilidades animales.

Otras noches soñaba con una casa. Era diferente a la mía, pero la sentía como si fuera la misma en la que viví todos estos años. Me encontraba apoyada en la puerta, haciendo fuerza para que no se abriera, mientras alguien…, algo golpeaba desde el otro lado. A veces mis esfuerzos no eran suficientes y la puerta comenzaba a abrirse antes de poder darle de nuevo un empujón con todas mis fuerzas. Otras, empujaba de frente contra la puerta, con mis dos brazos estirados, tan fuerte, que cuando me despertaba sobresaltada, mis manos me dolían.

Pero esos sueños ya estaban ahí antes de Jungle. Mucho antes. Desde que tenía seis o siete años y me despertaba gritando, llorando, mirando histéricamente hacia la puerta de mi casa esperando a que en cualquier momento se abriera dando un golpe contra la pared.

Ahora ya no lloraba ni chillaba, pero me seguía despertando ese sueño. Esa pesadilla.

No todas las tardes me quedaba dormida. En ocasiones simplemente cerraba los ojos, estirándome en la cama y dejando que mi mente abandonara mi cuerpo. Eso también lo hacía antes de Jungle.

Buscaba otros lugares, nuevos lugares en los que vivir no se limitara a respirar. Cualquier lugar lejos de mi casa, lejos de cualquier realidad. Mi lugar favorito era el Pueblo de la Noche. Tiene sentido que se llamara así porque era el sitio al que mi imaginación iba durante mi infancia por las noches, antes de dormir. La noche era a la vez mi cobijo y mi terror cuando era pequeña. El miedo a las pesadillas, a que me pasara algo mientras dormía… Pero, sin embargo, cuando me despertaba a media noche, llorando, siempre me giraba en la cama y me acurrucaba frente a la ventana del cabecero de mi cama, buscando la luz de la luna.

El Pueblo de la Noche era un pueblecito en el que siempre era de noche, pero la oscuridad se atenuaba con el brillo de las estrellas. Allí caminaba por la penumbra, con mi perra Star (que solo existía en el pueblo imaginario), que me ayudaba a rescatar a la gente del pueblo de los malvados. Con este escenario me imaginé durante mi infancia muchas aventuras. Según fui creciendo, el Pueblo de la Noche se iba adaptando a mis necesidades, a veces de aventura, pero a veces durante una temporada, algún personaje del pueblo se transformaba en un hombro en el que apoyarme o, en ocasiones, en demonios a los que poder atormentar con los míos propios. Allí podía ser lo que yo quisiera.

Ese lugar siempre estaba ahí y era fácil recurrir a él. Lo complicado era volver. Pero muchas tardes, cuando el sueño no me vencía o las pesadillas decidían atormentarme también durante la siesta, antes de acudir al Pueblo de la Noche, fantaseaba con Jungle. Recorría mentalmente los pasillos, repasando una por una cada sala, cada escalera. Repasaba los árboles que trepé en la arena y me inventaba versiones de aquella experiencia en las que yo salía con las tres gemas en la mano. En algunas aparecía Rohner también. Pero cuando eso ocurría, corría hacia el Pueblo de la Noche. La culpa y la vergüenza envolvían aquel recuerdo.

Pero estos momentos de dispersión eran breves. Un par de horas después de la comida, la megafonía como casi todas las tardes gritaba mi nombre, el de Yira, el de Tiburón y el de Lobo. Alguna vez había escuchado el de Urraca también, pero no solía ocurrir. Hip y los niños nunca eran mencionados.

Salí de la habitación sin haber digerido del todo todavía los dos platos de lasaña. Había intentado acelerar la digestión con el ratito de sueño en el que había caído, pero no había funcionado del todo. Me estiré mientras caminaba por el pasillo hacia las escaleras que llevaban a la superficie. De frente, de la habitación siguiente al comedor, me encontré saliendo por la puerta las caras de Lobo y Tiburón. A la distancia, el cuerpo de Lobo era todavía mucho más potente que el de Tiburón. Sus hombros abiertos en paralelo con sus caderas y piernas daban una sensación de fuerza que superaba a la que emanaba de los músculos superiores de Tiburón.

Mis oídos escucharon claramente el claqueteo de unas zapatillas subiendo por las escaleras del piso inferior hacia el pasillo de las habitaciones. Eran pasos rápidos y separados. Eran saltitos.

Yira se abalanzó sobre mi espalda, agarrando mis hombros mientras daba un grito grave, con sus labios formados en U.

—Qué susto. —Hice un movimiento con mi cuerpo, exagerando un temblor. Mi boca se torció en una sonrisa.

Yira dio otro salto y se colocó a mi lado mientras seguíamos caminando hacia las escaleras.

—Es difícil sorprenderte si lo escuchas todo… —La cara de Yira se disfrazó de una falsa decepción, fingiendo que no había calculado ese pequeño detalle.

Mi cara se tornó divertida en una mueca como respuesta. Mientras la sonrisa permanecía, mis ojos se entornaron al cruzarnos con Tiburón y Lobo. Tanto Yira como yo aceleramos un poco el paso para subir las escaleras antes que ellos. Sin mirarles, interpuse mi cuerpo entre su llegada y las escaleras, orillándome levemente para dejar pasar a Yira primero. Yo detrás, cubriendo su espalda.

Yira y yo ascendimos los últimos escalones con la cabeza gacha, preparándonos para acomodar nuestra vista antes de someternos a los rayos cegadores, pero esta vez no hizo falta. En cuanto Yira abrió la puerta, el choque agresivo de las gotas de lluvia contra el suelo rebotó en mis oídos. A juzgar por la cantidad y profundidad de los charcos en el suelo de arena, llevaba lloviendo todo el día.

Nos colocamos las capuchas y nos abalanzamos hacia uno de los carritos que había aparcado en el muro de enfrente. Era un cochecito muy parecido al que Hormiga había utilizado para mudarme desde la zona de laboratorios hasta La Guarida. Tenían asientos de cuero, pero, sin embargo, no contaba con puertas ni ventanas, solo un ligero techito. Ideal para la lluvia.

Por las tardes debíamos coger un par de carritos y conducir unos minutos hasta la parte este del complejo. No estaba muy lejos, pero era una zona bastante diferente. Varias naves se extendían por una superficie totalmente asfaltada. Era bastante similar a los puertos de carga de los barrios marítimos de Betalia, donde se apilan los contenedores. Aquí las estructuras no estaban apiladas, pero sí colindaban de cuatro en cuatro, hasta un total de tres filas.

Extensiones y extensiones de bosque salvaje se extendían detrás de estas naves, tan al este que no se podían apreciar las vallas, solo árboles tan densos que absorbían cualquier rayo de sol que cayera por allí.

Yira aparcó el cochecito en la esquina de la nave 1, seguida por el que conducía Lobo. Bajamos de los coches ya calados y corrimos cada uno a la nave que teníamos asignada: Yira y Tiburón al primer par, las naves 1 y 2. Mientras que Lobo y yo teníamos asignadas la 3 y la 4 respectivamente.

Una cámara en la puerta nos reconocía y emitía un chirrido metálico cuando corroboraba nuestra identidad, liberando el cierre de la puerta.

El primer día que me convocaron a las naves, Gorila me dejó clarísimo que estaba estrictamente prohibido entrar en cualquier otra sala que no fuera la mía, ni por causa mayor. «Da igual lo que oigas, da igual lo que te duela, da igual que se esté incendiando el puto bosque, entrarás única y exclusivamente en tu sala y no saldrás hasta que la megafonía lo indique». Intenté guardar bien sus palabras. No quería perder esa pequeña libertad, la sensación de amplitud al observar el bosque en lugar de muros. No quería perder aquello. Así que obedecía cada tarde.

Con las instrucciones de Gorila no podía saber qué ocurría en el resto de salas y tampoco me atreví a preguntarle a Yira sobre la suya. Podría ponerla en un aprieto.

Tampoco podría acertar a describir fielmente lo que ocurría en la mía, porque dependía de la creatividad del que organizara los ejercicios, que sospechaba que era Gorila, pero no en solitario. No le creía capaz de tanto.

Me coloqué debajo de la cámara que había sobre la puerta, me quité la capucha para dejar ver bien mi rostro, a pesar de los mechones mojados que se pegaban a mis mejillas y esperé el chirrido. La puerta estaba desbloqueada.

Abrí hacia la total oscuridad, para que, nada más escuchar el sonido que bloqueaba de nuevo la nave, un cañón de luz apuntara directo hacia mis córneas. Me giré de un salto, dándole la espalda

a las flechas de luz y cerrando los ojos.

Poco a poco los fui abriendo, con la mirada fija en el metal de la puerta hasta que conseguí que se acostumbraran lo suficiente a la luz como para darme la vuelta. La mayoría de las veces realizaba los ejercicios allí en total oscuridad, con lo que había conseguido mejorar mi habilidad de adaptación a las penumbras de una manera exagerada. Pero a los cambios bruscos de luz… no terminaba de acostumbrarme.

Los obstáculos de la sala eran variados, pero quien los eligiera y los colocara siempre tenía un propósito. En ocasiones las directrices de la megafonía me ordenaban ejercicios en los que agacharme y rodar entre distintos objetos de diversos tamaños colocados por la habitación. La tarea esos días era mejorar mi sigilo y camuflaje.

Hoy la nave estaba cubierta de estructuras y muros, separados más o menos entre sí y con distintas alturas. En cuanto me volteé hacia la luz del foco, la megafonía comenzó a darme instrucciones para saltar, trepar y abalanzarme de unas plataformas a otras.

Me había contado a mí misma que era la sensación de libertad y las vistas al bosque a lo que me aferraba aquellas tardes de entrenamiento. Pero tengo que reconocer que los ejercicios tampoco me desagradaban. Al contrario que en el gimnasio, en esta nave los ejercicios me salían solos, como si mi cuerpo ya los tuviera grabados. Solo tenía que aplicar un poco de esfuerzo y probar un par de veces antes de finalizar una ronda sin ningún fallo. Además, comenzaba a sentir que asumía mis mejoras, las hacía parte de mí. Eran raras las ocasiones en las que mis oídos no capturaran un determinado sonido y ninguna en la que mis ojos no se acostumbraran a la oscuridad total en el mismo momento en el que la pisaba. La concentración para hacer uso de cualquiera de ellas, para ser capaz de enfocarme en el sonido que necesitaba, de moverme ágil por las alturas, de ser capaz de ahogar mis pasos, ahora era mínima, todo venía con naturalidad.

Era consciente de que durante todo el tiempo que entrenaba allí era monitoreada por cámaras. Lo descubrí rápido, en mi primer minuto en la nave 4, cuando la megafonía me ordenó que trepara por una cuerda hasta un tablero delgado, de madera, que separaba dos muros de unos seis metros y que recogiera sin hacer ningún ruido una pequeña campana que había al otro lado y descendiera de nuevo al suelo. Yo no me moví. Fruncí el ceño con aire retador hacia el origen de la voz para, un minuto después, ver a Gorila aparecer por la puerta y amenazarme, verbal y físicamente, hasta que me tuvo trepando por la cuerda.

Un par de horas más tarde, con todos los ejercicios perfeccionados, la megafonía me informó de que había terminado. La puerta chirrió y volví a la lluvia.

Corrí hacia donde Yira había aparcado el cochecito, pero solo quedaba uno. Me metí dentro a esperarla. Aunque sin puertas ni ventanas no cubría mucho, el tejadillo ya era algo más de lo que iba a encontrar si me bajaba. Alguien se acercó por la parte trasera del coche, pero no le sentí hasta que no le tuve ya encima. El coche se bamboleó ligeramente cuando Lobo se sentó en el asiento del copiloto.

Sin mirarme, sacudió su cabeza al más puro estilo animal, expulsando el agua que había recogido su pelo en el camino de la nave 3 al cochecillo, sus mechones negros bailando mientras las gotas les hacían brillar.

A cambio, un insulto se lanzó de mi boca impactando directamente sobre él.

—¿Quién ha soltado tu correa? —Mi voz resonó por encima del crepitar de la lluvia.

Nos amenazamos en silencio, mirada contra mirada. Mi cara cubierta de las gotas de su pelo se tensaba esperando la respuesta a mi insulto. ¿Quizá me iba a embestir de nuevo? Endurecí mi abdomen.

Lobo, sin retirar la mirada, se pasó una mano por el pelo, colocándose algunos mechones cortos y ondulados que se habían perdido con la sacudida.

Había comenzado a anochecer y las nubes tapaban el poco sol que se escondía, pero la tiniebla no fue un problema para fijarme en las cicatrices que oscurecían la piel de su antebrazo desde su muñeca, hasta perderse por debajo de la manga de la chaqueta. No pude evitar que mi mirada siguiera su movimiento cuando guardó sus manos en los bolsillos.

—¿Nos vamos?

La pregunta me hizo desviar la atención de sus manos y devolverla a su cara, donde me encontré con su mirada estudiando mi gesto, abriendo y cerrando sus orificios nasales muy lentamente.

—Faltan Yira y Tiburón. —No añadí nada más, era una sentencia completa.

Lobo se recostó en el sillón.

—No están. —La calma y seguridad con que lo dijo, con sus manos en los bolsillos de la chaqueta y la cabeza apoyada en el reposacabezas no evitó mi arranque.

—Ya veo que no están. No soy gilipollas.

Me miró de reojo, girando levemente la cabeza todavía apoyada en el cuero. A pesar de su posición relajada, su cara permanecía seria y dura, con sus pupilas adaptándose a la poca luz, haciéndose carroñeros del gris oscuro de sus iris.

—¿Nos vamos? —repitió con tono demandante.

Dejé que mi cuerpo recostándose en el sillón, imitando su posición, sirviera de respuesta.

—Cuando vuelva Yira.

Seguí recostada, con el ceño fruncido, lanzándole miradas de desconfianza. No supusieron ninguna amenaza para él, que se acercó un poco más a mí, suavemente. Acechándome. Hice un esfuerzo por no separarme.

—Son otro tipo de entrenamientos. Ellos tienen el coche y llegarán a La Guarida.

Me recoloqué en el asiento, situando mi cara inevitablemente más cerca de la suya. A estas alturas, con el frescor de la lluvia, no dudaba que mi corta nariz y mis mejillas se hubiesen enrojecido sobre mi piel pálida. Sabía que esto no me hacía más amenazante, al revés, junto con las suaves pecas que todavía mantenía de mi infancia, solo suavizaban mi rostro, un detalle que a muchos les había llevado a subestimarme y costarles caro. Pero solo me sirvió para mantener mi apuesta, ensanchar mi nariz y sujetar su mirada con la mía.

Lobo, lejos de retirarse, hizo una pausa para estudiarme una vez más.

—Como si pudieran ir a ningún lado sin que Jungle lo supiera.

Esa observación me convenció lo suficiente como para poner una mano en el volante. Lobo se inclinó hacia mí, mostrando sus dientes en una sonrisa desafiante.

—Pero, si insistes en quedarte, puedo cazar mi propia cena.

El tono divertido con el que envió el último comentario no se reflejó en la mirada amenazadora que me disparó. Pero sus ojos se habían aclarado levemente recuperando un gris más clarito que el que le había conocido hasta ahora.

Pisé el pedal e hice girar el coche por el asfalto para dirigirlo de nuevo hacia el camino de grava de La Guarida.

30

Me paré al final de las escaleras de La Guarida para dejar pasar a Yeyé, que corría increíblemente rápido hacia el comedor, con Mono y Rin persiguiéndola. Les ofrecí una sonrisa cansada, mientras seguía bloqueando la estrecha apertura de las escaleras, dándole la espalda a Lobo. Aunque podría haberle esquivado, esperé hasta que Rin entró en el comedor para bajar el último escalón y desatascar el camino para Lobo.

Los pelos de mi nuca se levantaron mientras absorbía la profunda respiración del mejorado a mi espalda. Contra mi intuición, Lobo no dijo ni hizo nada. Se mantuvo inmóvil en los escalones hasta que retomé mi marcha.

No sé si para cambiar mi ropa empapada o para evitar pasar un segundo más cerca de aquella respiración, en lugar de seguir los pasos de los niños hacia la izquierda para entrar al comedor, me fui a mi cuarto.

Solté la ropa en el baño, dejándola escurrir antes de poder bajarla a la lavandería y me enfundé en unos pantalones grises, una camiseta blanca limpia y la sudadera sin capucha. No tardé más de un par de minutos en el cambio de ropa, los rugidos de mi tripa y el temor por la bronca de Desi me hicieron correr al comedor.

Las sillas de Yira y Tiburón permanecieron vacías durante toda la cena, pero nadie parecía notarlo. Incluso Mono jugueteaba divertido con Yeyé, ambos paseando sus guisantes del plato de uno al del otro.

Desi amenizaba la cena con una historia divertida, que de vez en cuando llamaba la atención de los más pequeños, que dejaban el tenedor y los guisantes quietos y enterraban a la mujer en preguntas. Desi les respondía a casi todas «¿Y tú qué crees?», y las respuestas de los niños mantenían viva la historia.

Sus voces entraban lejanas en mis oídos. La atención auditiva la había desarrollado tanto que era capaz de absorber varios sonidos y mantenerlos todos en mi cabeza en un segundo plano, para concentrarme solo en uno.

Eso era en lo que inconscientemente mi cuerpo estaba trabajando, trayendo a primer plano los susurros que Urraca implantaba cerca de la cara de Lobo. O al menos intentándolo. Me encontré enfocando mi vista sobre ellos, desesperada por absorber las palabras, hacerlas visibles en mi cabeza. Mis ojos se entornaron alrededor de Lobo y Urraca. Era consciente de que mi mirada clavada sobre ellos era visible para cualquiera en la habitación, pero no me molesté en disimular.

Urraca, frotándose continuamente una mano por su escaso pelo peinado hacia atrás, sin separar el codo de la mesa, mantenía su cabeza baja, escondiéndose en su plato. Pero su mirada y su boca, en murmullos, rodaban completamente hacia Lobo. Este escuchaba con los dos antebrazos extendidos a ambos lados de su plato y los puños cerrados encima de la mesa, sus ojos fijos hacia un punto indeterminado, con el gris de sus iris completamente oscurecido.

No asentía, no le miraba, no comía. Tan solo podía observar leves cambios en el músculo de su mandíbula cada vez que se tensaba.

La oscuridad de sus ojos se encontró con los míos. De nuevo tensó la mandíbula. Su mirada se me clavaba como aguijones por distintas partes de mi cuerpo, poniendo en alarma a todos mis

músculos, elevando mi temperatura y acelerando mi respiración, pero no me permití el abandono. Entorné aún más mis ojos, intentando lanzar mis propios aguijones. Su cara debía de ser de mármol, no solo por las facciones talladas, sino porque ni uno de mis dardos pareció impactar.

Fue Urraca el que cortó la conexión envenenada entre nosotros. Sus susurros habían sido lo suficientemente bajos como para no poder descifrarlos entre la historia de Desi. Pero por el pánico que sobrevoló su cara, desde la frente hasta la corta barbilla, pareció intuir lo contrario cuando me descubrió observándoles.

Una mano me estiró del brazo, separándolo de la mesa.

—¡Guindilla! Qué, ¿quién puede más? ¿Un oso Grizzly o un Oso negro?

En algún momento la historia de Desi había derivado a algo relacionado con osos, el tema favorito de Mono de esa semana, y yo no me había enterado.

Para cuando quise retomar mi atención en los otros dos mejorados, Lobo ya se había ido y Urraca remataba los últimos trozos de su cena.

Recorrí el pasillo con un trozo de tarta de queso que Desi me había colocado en un platito pequeño para que se lo dejara a Hip en el cuarto.

Solo me devolvió un simple gracias, pero enseguida se incorporó en su cama para dedicarse al postre. Al principio, cuando era rara la vez que veía a Hip en la cocina, me asusté. No creía que nadie pudiera mantener el ritmo de Jungle sin apenas comer. En una de las conversaciones en las escaleras con Yira le pregunté curiosa que cómo hacía Hip para sobrevivir allí. «Mientras Desi esté aquí, ninguno moriremos de inanición», me respondió con su divertimento de costumbre, «Desi siempre tiene la comida preparada un poco antes de que lleguemos al comedor. Ese es el turno de Hip».

Las funciones de Desi iban más allá de hacernos la vida más cómoda, era la estabilidad en aquel lugar. Infundía un respeto adquirido, ganado a base de mano firme y cariño. Estoy segura de que Lobo no ha cumplido con su amenaza del coche y ha saltado a *cazarme* en el comedor, después de desafiarlo con mi mirada esta noche, porque estaba Desi delante.

Pero esa cercanía con Urraca… me alarmaba por algún motivo. Cuando estaban los tres, aunque parecían un grupo equilibrado, comencé a notar indicios de que Tiburón era el que se unía a ellos. La presencia o no del chico rubio a ellos les importaba poco. Pero estos dos hombres juntos… Urraca era despreciable. Aunque intentaba esconderlo, ya había comprobado varias veces la carencia de valores que le identificaban. Pero estaba bien, lo sabía, lo había reconocido, no me engañaba. Pero Lobo… Descifrar a Lobo era otra cosa. La oscuridad que emanaba siempre desde su frente hacia su barbilla, hasta donde terminaba la línea difusa de su barba. Su pelo corto, azabache brillante y abundante que se arremolinaba en su cabeza y que coronaba el potente cuerpo de postura amenazante. En cualquiera de sus posiciones. Siempre tenía la sensación de que, a pesar de la rectitud de su espalda, él se erguía hacia delante, dispuesto a atacar. O quizá era mi imaginación, después del ataque en la arena.

Sin embargo, ahí le tenía, escuchando a Urraca, acompañándolo, ayudándolo… Pero no desde el poder que emanaba su cuerpo, no. Sino desde una sumisión que a todas luces debía de ser forzada. Se me hacía imposible descifrarle. Y eso me inquietaba.

La agitación se multiplicó cuando, absorta por estos pensamientos, pasó la media noche y Yira no había llegado. La culpabilidad corría dentro de mí, vertiginosa, conquistando y abandonando partes de mi cuerpo al azar. Había conducido el coche hasta La Guarida, con Lobo. Había vuelto

sin ella… Me había dejado influenciar por las palabras del chico que habría sido capaz de matarme en un ejercicio del Proyecto. La había abandonado. Era imposible coger el sueño así.

Inconscientemente, dejándome llevar por los movimientos de mi cuerpo, me encontré con mis rodillas apretadas contra mi pecho, buscando con la cabeza una ventana inexistente encima del cabecero por donde poder ver el brillo de la luna.

Un calor húmedo recorrió mi cuerpo empujando a su paso los látigos de culpabilidad cuando mi mirada se topó con el muro grisáceo de la habitación. Sentimientos de agobio y claustrofobia se apoderaron ahora de mí por igual, trabajando en equipo. Buscaba desesperadamente esa ventana. Una ventana que no existía. Que no volvería a ver.

Me llevé las manos a la cara para suprimir un quejido y me la froté agresivamente. No. Lo que yo buscaba no era la ventana. Era la luna. Y la luna siempre estaba. Incluso en la luna nueva podía intuir su brillo. Tenía que salir a buscarla.

Ignorando las estrictas prohibiciones para salir fuera de La Guarida sin consentimiento previo, me calcé las zapatillas y cubrí mi pijama con la sudadera.

El sonido de mis pasos en el pasillo era inexistente, tenía muy bien desarrollada esa habilidad. Recorrí rápido el patio, deseando que no hubiera cámaras ni ninguna especie de guardia vigilando la zona y rodeé la superficie externa de La Guarida hasta llegar a la parte trasera. Alguna de las veces que habíamos salido a entrenar por los terrenos, me había fijado en una pequeña escalerita de metal que subía hasta el techo abombado del edificio.

Coloqué mis manos sobre el escalón que quedaba a la altura de mi cabeza. El agua recogida en el metal empapó mis manos, recordándome las horas de lluvia que habían sucedido durante el día. No me importó, en unos segundos había logrado alcanzar la cima.

No era un lugar muy alto, pero me permitía observar gran parte del complejo: el campo de entrenamiento al aire libre, los cochecitos, el camino entre árboles que recorrí con Hormiga. A los lejos pude intuir varios edificios metálicos que debían de ser los que vi al salir de la zona de laboratorios, pero a esta distancia eran increíblemente pequeñitos como para identificarlos.

Acelerada coloqué mi cuerpo hacia el oeste, guiada por la extensión de árboles que formaban el bosque detrás de las naves de entrenamiento. Enfoqué mi vista en la primera de todas, buscando algún indicio del otro carrito. O de Yira. O incluso de Tiburón. Alguna rama traviesa era lo único que se movía por allí y el siseo de los grillos el único sonido que podía identificar.

Gracias a la pendiente que hacía la bóveda, el agua había escurrido bastante y encontré un huequecito algo menos húmedo que el resto del tejado para sentarme, las piernas flexionadas y las palmas de mis manos apoyadas en la superficie metálica.

La humedad comenzó a trepar por debajo, pero se paró antes de calar. Coloqué mis manos hacia atrás, estirando los brazos para obligar a mi cuello a inclinarse hasta que mi vista se topó con ellas. Las estrellas inundaban la oscuridad azulada. De todos los tamaños, el resplandor de cada brillo bailaba de unas a otras realizando patrones indescifrables. Respiré hondo, absorbiendo el olor de la humedad terrestre y moví despacio mi cabeza para encontrar la luna.

Allí estaba. No fallaba. No se dejaba ver entera. Su forma acunada me reveló que todavía faltaban unos días para poder encontrarla en su máximo esplendor, con todo su poder. Pero, aun así, allí estaba. Estuvo cada noche en la ventana de mi habitación y ahora estaba allí también. Ese pensamiento se convirtió en un abrazo cálido.

31

El ratito que pasé allí arriba, aunque corto, porque la sudadera no me cubría lo suficiente como para luchar con el frío de la humedad del ambiente, fue reponedor. Las siguientes horas de sueño fluyeron suaves, sin interrupciones. Hasta que un nuevo día amaneció con órdenes de bajar al gimnasio.

La primera imagen que recibí nada más abrir los ojos fue la de la cama de Yira, sin Yira. Ya había faltado algunas horas uno de mis primeros días, pero había vuelto por la noche. Una sensación pesada me apisonó de golpe, dejando mis hombros colgando, con mis brazos flácidos sobre mis piernas.

Hip y yo salimos a la vez de la habitación, las dos con paso lento y pesado, en dirección al comedor. Sin embargo, nada lento y pesado, a pesar de nosotras dos, recorría aquellos pasillos. Desi, ayudada por sus dos brazos estirados, empujaba suavemente a Yeyé fuera de la habitación. Por uno de los lados de Desi apareció de la nada Rin, que, al pasar junto a la niña, le propinó un puñetazo rápido pero certero en la parte superior del brazo. Fue suficiente distracción para que los cabellos rubios de la mejorada se ondularan hacia atrás mientras cogía velocidad por el pasillo para alcanzar a Rin y devolverle el golpe. Si mi vista no me fallaba, creo que Yeyé no paró en el primer puñetazo.

Desi se giró de nuevo a la habitación y cerró la puerta despacio justo cuando pasábamos por delante.

—Buenos días, chicas.

Hip saludó con un gesto de su cabeza.

—Hola, Desi.

Desi emprendió el camino al comedor con nosotras.

—Vaya mañanita…

—¿Y eso? Si acaba de empezar.

—Acaba de empezar para ti. Yo llevo levantada horas.

A pesar de su tono elevado y los gestos rápidos de sus manos, de los ojos de Desi no emanaban ninguna llama de enojo. Desi siempre tenía ese tono y las frases cortantes eran su seña de identidad.

—¿No tenemos un robot programado para hacernos los desayunos?

Le guiñé un ojo a Hip, intentando hacerla cómplice de mi diversión, que me devolvió una ceja levantada, expectante. Volví mi cara completamente hacia Desi, con una sonrisa pícara y los ojos entornados. Abierta completamente a cualquier tipo de réplica que me quisiera entregar.

—A ver si a partir de ahora tú sí que te vas a tener que buscar un robot si quieres desayunar…

Levanté mis brazos, con las palmas de las manos hacia fuera, en señal de rendición y giré mis ojos.

—No hay robot capaz de hacer unos cruasanes como los tuyos, Desi.

Use un tono tan exagerado que emanó ironía. No era mi intención. Desi me arreó un latigazo con una toalla mojada que llevaba en la mano y en la que no había reparado hasta ahora. Di un

saltito para evitar el impacto, pero fue demasiado tarde. Apenas noté el contacto, pero mi quejido dramático ante tan leve agresión arrancó una sonrisa de la mueca de Hip.

—Si llego a saber que ibas armada, me habría callado. —Volqué en conclusión mientras me frotaba exageradamente el lugar de mi costado donde la toalla había impactado. Una vez más era parte del espectáculo—. ¿Para qué es la toalla?

Habíamos llegado ya a la entrada del comedor. Con un vistazo rápido pude situar a Lobo apoyado en la encimera y a Urraca en su sitio de siempre, llevándose una uva a la boca. Ni rastro de Tiburón. Retiré rápido mi vista y me centré en Desi.

—Para bajarle la fiebre a Mono. Ha pasado mala noche, la fiebre le viene y va.

Me detuve en la zona de los sofás, antes de llegar a la mesa. Hip siguió su camino hacia la encimera, pero Desi se detuvo para colocar los cojines. Una clara excusa para darme tiempo a indagar sin que me oyeran el resto de mejorados.

—¿Qué le pasa? —La diversión de la que había disfrutado por el pasillo me había abandonado de golpe.

—Cualquier virus. O a saber. ¿Has visto por dónde pasan estos chicos las manos? Me mato cada día con ellos para que se las laven antes de comer al menos.

Me mantuve estática frente al sofá, mirando cómo Desi apelmazaba y sacudía los mismos cojines que acababa de colocar. Me dirigió una mirada fugaz y continuó.

—Ya he avisado y a lo largo de la mañana se pasará el doctor Rohner a verle. En cuanto le dé algo para bajarle la fiebre se recuperará enseguida.

Aunque Desi dio por finalizada su tarea de colocar cojines, yo no pude arrancar un paso hasta unos segundos después. Me quedé asumiendo esas palabras. Mono, la fiebre, Rohner… En esa ráfaga fugaz, también se cruzó la idea de las bacterias del aire infectando el cuerpo de Mono. Un escalofrío me sacó del estado de petrificación.

En el lado contrario al que se encontraba Lobo, apoyada en la encimera con una pierna cruzada encima de la otra a la altura de los tobillos, me serví un vaso de zumo, una tostada ya untada que había preparado Desi y algo de bollería.

Mi pie daba golpecitos continuamente en el suelo mientras desayunaba, recordándome hacerlo rápido y sin entretenerme. Quería ir a ver a Mono antes de bajar al gimnasio.

Con el último trozo de tostada aún en mi boca, emprendí el camino hacia la puerta, pero no había superado la distancia de la mesa cuando un agarrón en el brazo me detuvo. Me giré ágilmente, todavía masticando, para encontrarme con Desi apuntándome con un plátano a la cara.

Su mirada fue una frase completa. Agarré el plátano y le retiré la piel para desecharla en la cocina antes de volver al pasillo, dándole bocaditos a la fruta hasta terminarla.

Abrí despacito la puerta del dormitorio de los pequeños y la oscuridad absoluta me envolvió. Con los ojos adaptados, recorrí la habitación. La distribución era muy similar a la de nuestro cuarto: tres camas, dos en un lado de la habitación y una enfrente se interponían de camino al baño. Las dos camas que compartían pared, aunque contaban con sábanas y mantas separadas, se encontraban unidas. En una de ellas, el bulto encima del colchón me indicó la posición de Mono. Pero antes de llegar hasta él, concentré mi visión en el suelo, para salvar todos y cada uno de los obstáculos con los que contaba siempre aquella habitación: juguetes y piezas aparecían libres por el suelo, lápices y ceras de colores rodaban por el cuarto ante el mínimo roce, cuadernos y hojas sueltas se mezclaban con algún calcetín…

Como si de una de las pruebas de la nave se tratara, salvé todos y cada uno de los obstáculos,

desplegando al máximo mi concentración, y me senté despacio en el borde del colchón de Mono. El pequeño, con los ojos cerrados, emitió un gemido quejumbroso cuando acerqué mi mano a su cara.

Con la palma de mi mano recorrí sus mejillas, despacio, intentando averiguar la temperatura de su cuerpo. A continuación, retiré la toalla, similar a la que había utilizado Desi para sacudirme por mi comentario. Pasé mi mano ahora por su frente, pero la sequedad de la toalla ya me había indicado lo evidente. El niño tenía fiebre. Acaricié suavemente los rizos que le caían por la cara y me separé de él para empapar de nuevo la toalla en el baño y volvérsela a colocar. El gemido esta vez fue más elevado, enredándose en mi corazón bombeante, oprimiéndolo durante unos segundos. Pude saber el momento exacto en el que el niño se adaptó a la temperatura de la humedad cuando su cuerpo se destensó suavemente.

La luz del pasillo que se coló por la puerta me hizo ponerme en guardia.

—Ya están todos en el gimnasio.

Me volví de nuevo hacia Mono, ignorando las palabras de Desi, acariciándole otra vez sus facciones suaves y oscuras, como si mis movimientos fueran capaces de absorber la temperatura extra que le torturaba su pequeño cuerpo.

Desi se acercó a la cama. Que yo supiera, ella no podía ver en la oscuridad, pero ni uno solo de los objetos desperdigados por el suelo se movieron a su paso.

—Es una gripe normal, Guindilla.

Su mano se posó en mi hombro. Yo me tensé en respuesta, pero no perdí de vista los rizos de Mono.

—Yo me quedo con él. Vete al gimnasio antes de que empiecen. Gorila se toma muy en serio…

Mi tensión no se había difuminado, la impotencia de ver a Mono así, de no poder hacer nada, de que lo único que parecía importar era que Gorila no se enfadase… Me giré completamente hacia Desi. La pregunta que llevaba guerreando en mi garganta desde anoche se hizo hueco por mis labios.

—¿Y Yira?

Entre susurros, mi mirada penetró imperiosa en Desi, mi mano pegada al niño. No era una pregunta, era una demanda.

—Cada uno aquí tenemos responsabilidades diferentes. Las de Yira no están aquí ahora mismo. Y las tuyas están en el gimnasio.

La última frase abandonó su cuerpo con una ferocidad que no había conocido en Desi hasta ahora. Los dedos de mi mano libre se cerraron en mi puño tan fuertemente que pude notar las uñas penetrando en mi propia piel. Por un momento, la única respuesta que mi cuerpo y mente demandaban era el reto. Presionar a Desi, seguir preguntando. No podía simplemente deshacerse de mí y pensar que yo iba a obedecer. No era justo para Yira, donde fuera que estuviera, que no supiera qué le pasaba a su hermano. No darle la oportunidad de estar con él. Y eliminarme a mí también de la ecuación.

Mientras todo esto daba vueltas en mi cabeza y mis uñas se hundían en la palma de mi mano, observé la mirada de Desi. Y entonces me di cuenta. Sus ojos, suavemente entornados, dejaban intuir un mínimo de súplica detrás de la mirada de imposición.

Desi no quería que yo siguiera esa conversación, no quería que yo siguiera un minuto más en esa habitación. No, lo había dejado claro. Pero no era por ella ni por Mono. Lo hacía por mí. Y

por Yira. Que yo no bajara al gimnasio o que me inmiscuya en los asuntos de Yira solo hacía complicar las cosas. Para mí. Para Yira.

Me levanté dedicándole una última mirada a Mono. Desi enseguida ocupó mi lugar y le ajustó las sábanas con un gesto instintivamente maternal.

Antes de llegar a la puerta del cuarto me giré de nuevo hacia Desi, mi tono ahora totalmente suavizado.

—Desi… Si Mono se pusiera peor… Y Yira no está…

No era capaz de ordenar mis pensamientos para terminar la frase. La mujer se giró en la cama para encontrarse con mi mirada en la distancia.

—Llegas tarde al gimnasio, Guindilla.

Apreté fuerte los puños en mis manos y bajé a paso ligero, pero sin correr, por las escaleras hasta el gimnasio. Tarde. Había llegado tarde.

Todos los mejorados estaban ya ocupados con alguna tarea. Rin sujetaba unas manoplas de boxeo mientras Yeyé las golpeaba con un ritmo concreto: izquierda, derecha, derecha y se agachaba ante el barrido de Rin. Los guantes en sus manos quedaban ridículamente grandes en comparación con el resto de su infantil cuerpecito.

Hip movía unas cajas pesadas de un extremo al otro de la sala, Urraca saltaba una y otra vez sobre un pequeño *step*, perdiendo el equilibrio continuamente, sirviéndose de sus brazos para no caer al suelo, y al final de la sala, Lobo sacudía con ambos brazos un par de gigantes cadenas metálicas con un ritmo asombroso.

En uno de los entrenamientos días anteriores, Gorila había pretendido que yo hiciera bailar de la misma forma esas cadenas. Al final, solo logré mover lo suficiente una de ellas, sujetándola con ambos brazos, para conseguir hacer alguna que otra ola de movimiento.

Gorila tenía su mirada clavada en la puerta, como si hubiera estado contando los segundos para verme aparecer. Y aun así, me permitió unos segundos más para asumir las posiciones de mis compañeros, observarles. Pero ese tiempo extra solo sirvió para regodearse en el castigo que ya tenía preparado.

—Bueno, a su señoría ahora no le apetece aparecer a la hora establecida. A la que todos sus compañeros estaban debidamente preparados. No, la señora insiste en faltarnos al respeto continuamente.

Mi selección auditiva me confirmó que Urraca había dejado de saltar, los golpecitos rítmicos de Yeyé tampoco se escuchaban, pero los gritos de Gorila sí que resonaban por encima del chasquear continuo de las cadenas.

Rodé mis ojos hacia atrás. No me pillaba de sorpresa su discurso.

—Exactamente… —Se detuvo a observar con un gesto exagerado su reloj de pulsera—, 486 segundos tarde.

Yo no me movía, mantenía mi mirada sobre él, esperando a que terminara su función para poder pasar sobre esto cuanto antes.

—¡Al suelo! ¡Boca abajo!

No tensé más la situación y me dejé caer lentamente en la tarima.

—486 flexiones.

Protesté elevando mi vista hacia él, que se aproximaba lentamente hacia mí.

—Y 486 abdominales —contestó lentamente cuando por fin sus pies se colocaron paralelos a mis manos.

Desde el suelo, abrí mi boca para protestar de nuevo, gesto que Gorila respondió alzando una

ceja, retándome.

Volví a girar mis ojos con impertinencia y me coloqué en posición.

Gorila comenzó a contar una a una cada flexión, monitorizándolas minuciosamente. Haciéndome bajar bruscamente con el talón de su bota o repitiendo el número anterior cuando él consideraba que mi flexión no era completa.

Después de la paliza sin escrúpulos de Caimán antes de llegar a Jungle, del encuentro en la arena o incluso de algunos de los problemas en los que me había metido en mi barrio, el comportamiento de Gorila no me parecía nada exagerado. Sin embargo, preferiría encajar los golpes de Caimán. Odiaba con toda mi alma, o lo que quedara de ella, ese tipo de ejercicios físicos. Y con Gorila y su cabreo… eran una completa tortura para mí.

No sé cuántas horas tardé en completar las 486 flexiones y los 486 abdominales, porque para cuando los pies de Gorila se separaron de mí, el resto de mejorados estaban haciendo otros ejercicios.

Me tiré boca arriba en el mismo suelo en el que había terminado el último abdominal, con los brazos y las piernas completamente estirados. Mi abdomen gritaba encogido, sacudiendo ligeros espasmos. Y mis brazos… Los puntos de mis articulaciones conectaban las ráfagas de dolor por todos ellos.

Cerré los ojos, concentrándome en cada parte dolorida. Reconociendo el dolor e intentando calmarlo mentalmente, a través de impulsos desde mi cerebro de corrientes de calma que relajaran mis músculos. Tenía totalmente claro que antes del potenciamiento de mi gen animal, esta resistencia de mi cuerpo hubiese sido imposible.

Pero Gorila no estaba dispuesto a dejar de disfrutar con el delito tan grande cometido por mí.

—Guindilla, a la plataforma.

Mi resoplido resonó por todo el gimnasio. Al escuchar los pies de Gorila acercarse, me volteé boca abajo para ayudarme con las manos a levantarme. El abdomen tiró completamente de mí, haciéndome imposible que me irguiera. Coloqué un brazo sobre mi vientre, presionándolo, mientras estiraba mi espalda poco a poco. Con gran dificultad, me deshice de las mangas de la chaqueta, completamente sudada y la arrojé a una de las máquinas vacías de camino a la plataforma.

Di una respiración honda y subí las escaleras hacia la colchoneta roja para colocarme en uno de los bordes.

—Lobo. Arriba.

32

A pesar de no recibir ni un ápice de atención por su parte, yo no separé mi mirada del mejorado durante todo su recorrido hasta la plataforma. Sus piernas marcaban seguras los pasos uno a uno, de memoria. Tampoco le dedicó ninguna mirada a Gorila al pasar por su lado. Obedecía sin entretenerse la orden que le habían dado: subir a la plataforma. Ni siquiera miró a Urraca cuando escuché perfectamente su voz ordenando, que no animando, a Lobo a golpearme hasta enseñarme una lección. Cualquiera que fuera a la que se refería.

Endurecí el abdomen y elevé mi barbilla cuando tuve a Lobo enfrente, a tan solo unos centímetros. Incluso con mi estatura por encima de la media, su cabeza se elevaba por encima de la mía. Fue en ese momento cuando su atención se clavó en mí, transformando el tenebroso gris oscuro de sus ojos en un profundo gris clarito. El cambio de color había iluminado la parte de su cara que hasta ahora solo la conocía en penumbra, oculta por aquella sombra.

Su pecho se elevaba y descendía con cada inspiración y en mi cabeza no podía diferenciar otro sonido que no fuera el de su respiración, tan rítmica, tan controlada. Sin embargo, su mandíbula apretada y sus robustas manos semicerradas en torno a sus muslos me indicaban sin ninguna duda que estaba preparado para atacar. Siempre lo estaba. Nunca jamás le había visto en una posición completamente relajada.

Fue ese pensamiento el que me dirigió a otro más importante: solo había visto luchar a Lobo en el *ring* una vez, contra Tiburón. Una pelea durísima en la que los golpes de uno contra el otro retumbaban por todo el gimnasio, atrapados en un eco vibrante. Pero no conseguí recopilar ningún patrón en el movimiento de Lobo, siempre atacaba por algún lado que yo no esperaba. Ni tampoco Tiburón. Aunque no fue una pelea rápida, Lobo luchó tan sanguinariamente que Tiburón terminó siendo atendido en la consulta de Rohner.

Tampoco encontré en su ejercicio con Tiburón ninguna cadena de movimientos similar a aquel primer día de entrenamientos en el Proyecto, donde Lobo tuvo mi cuello entre sus manos el suficiente tiempo como para llevarme al borde del desvanecimiento. Donde me embistió machacando mis costillas contra el suelo. Solo una palabra acudió a mi mente para definir el estilo de Lobo: brutal.

Tanto Tiburón como yo superábamos a Lobo en mejoras y aun así… Yira tenía razón, Lobo era un iceberg. Uno frío e inquebrantable.

—¡Atacad!

La voz devolvió la oscuridad a la mirada de Lobo, que se encorvó imperceptiblemente hacia delante. Me aparté de su alcance. Comencé a moverme ágil por la plataforma, de lado a lado, dándole la espalda a los tres metros de caída. Yo nunca atacaba primero, siempre dejaba al contrario empezar, guiar el combate. Podía adaptarme perfectamente a sus movimientos en cuanto descubriera el patrón. Lobo debía de saberlo, porque se limitó a perseguir mis pasos. Pronto me di cuenta de que intentaba rodearme, atraerme hasta el centro de la plataforma.

Eso era lo que hacía Lobo. Planeaba y establecía estrategias a cada segundo. Yo ya me sabía incapaz de anticiparme a ellas. Al igual que los patrones me aparecían solos en mi cabeza, las

intenciones detrás de ellos pocas veces las averiguaba. No tenía ni idea de por qué quería mantenerme en el interior del ring, pero me daba igual. No iba a permitírselo.

La cadera de Lobo se movió rápido, rodeándome por mi flanco derecho hasta colocarse en mi espalda. Conseguí realizar un salto lo suficientemente rápido como para girar mi cuerpo, colocarme de nuevo frente a Lobo y guardar mi espalda.

—Guindilla, abajo.

La voz de Gorila me expulsó completamente del estado de concentración en el que me había sumido en el *ring*. Instintivamente, mi cuerpo se giró hacia la voz, pero en el último microsegundo, mi cabeza permaneció con la vista fija en Lobo, firme frente a mí. Darle la espalda me podría costar muy caro.

—Se acabó el combate. Guindilla, abajo.

Los gritos de Gorila despertaban un tono de urgencia y frustración que me pusieron en movimiento. Una ola imperceptible de alivio me cubrió entera. Todavía fija en Lobo, sin perderle de vista un momento y manteniendo mi rostro implacable, me encaminé de nuevo a las escaleras. Cuando por fin volteé mis ojos hacia el primer escalón, noté un agarrón en el brazo. Aunque potente y firme, no suponía ninguna presión, solo contención.

Al otro lado encontré a Lobo, sujetándome hacia él, con su cara muy cerca de la mía. Disparé una mirada de hielo hacia sus ojos de nuevo aclarados. Él buceó en mi amenaza y acercó ligeramente su boca a mi oído.

—Tu aroma de alivio es delicioso.

Retiró despacio su cabeza hacia atrás, para dejarme ver a mí, y solamente a mí, una sonrisa dibujada tan solo un segundo. Era imposible que desde ese ángulo nadie más en el gimnasio hubiera sido testigo de aquella. Enseguida retiró también su agarre y dejó caer su brazo, quedándose allí parado, de pie, observándome.

Los colores de mi cara debían de ser de un rojo llamativo, en parte por el esfuerzo físico, porque notaba cómo ardían mis mejillas. Bajé los escalones deprisa, alejándome de Lobo lo más rápido posible. Justo cuando visualicé el último escalón y levanté mi vista de nuevo hacia el gimnasio, me di cuenta. Había alguien más.

Rohner se apoyaba en un hombro, esta vez sin la bata, sobre el umbral de la puerta abierta, con Gorila a su lado. Noté la mirada de todos y cada uno de los mejorados al atravesar la distancia desde la plataforma hasta la puerta. Dediqué una mirada por encima del hombro para visualizar fugazmente a Lobo, todavía de pie en el *ring*. Noté su mirada clavada en el médico.

—¿Me acompañas? —Rohner sujetaba ahora la puerta con una mano y con la otra me ofrecía el paso.

Inconscientemente, dirigí mi mirada hacia Gorila, solicitando permiso con palabras mudas. Su cara reflejaba un color más chillón que la mía, pero ambas compartían los matices granates. Las fosas nasales completamente abiertas y el ceño fruncido invadían su rostro.

Mi mirada navegó entonces hacia Rohner. Sus ojos brillantes me recibieron cómplices, con la cara totalmente relajada y la comisura de sus labios ligeramente arqueadas. Una caída de párpados lenta hizo las funciones de asentimiento ante mi pregunta no formulada. Le adelanté y crucé la puerta, acompañada por su mano en la parte baja de mi espalda.

Su contacto se mantuvo ahí, suave, mientras recorríamos el pasillo del segundo nivel. Fue bastante útil para redirigirme hacia las escaleras cuando yo me paré frente a la puerta siguiente al gimnasio, donde me había curado después de la arena.

—Para lo que vamos a hacer hoy, necesitamos un lugar mejor preparado.

Alcé mi cabeza para estudiar su mirada, que no se apartó del arco de acción de la mía. No me hizo falta abrir la boca.

—Te lo cuento cuando lleguemos.

Giramos hacia la izquierda, tomando las escaleras para descender al tercer nivel, mucho más oscuro que los dos superiores. Rohner volvió a guiarme con la mano en mi espalda, empujándome suavemente mientras él se separaba hacia un lado para ofrecerme el primer lugar en las escaleras. Seguía mis pasos muy cerca, pegado a mi espalda.

Me encontré de frente con una puerta parecida a la anterior, donde me había detenido. Esta también tenía la pantalla con código, pero aparentaba ser más pesada que la del pasillo superior.

Me detuve delante de ella, en el tercer nivel, y envié una mirada curiosa hacia Rohner. El doctor bajó el último escalón y estiró el brazo hacia el cuadrado iluminado a un lado de la puerta. Sus dedos se deslizaron ágilmente sobre ella en una combinación de gestos acompañados de soniditos estridentes hasta que dejaron paso a un clic metálico. La puerta se había abierto.

De nuevo, esperó con la puerta mantenida con la presión de su brazo estirado para dejarme pasar.

La potente luz que rebotaba en la blancura fulgente de las paredes luchó durante unos segundos contra mis pupilas adaptadas a las tinieblas de las escaleras.

—Esta zona…

Comencé a elaborar la frase antes de haber asumido por completo lo que significaban esos pasillos. Rohner se detuvo a mi lado, observándome con aspecto divertido, dándome tiempo a formular mi hipótesis.

—Aquí es donde me trajo Hormiga, ¿no? Los laboratorios de Jungle, donde…

De nuevo necesité una pausa para ordenar mis pensamientos. Rohner seguía estático sobre sus pies, sin ningún indicio de premura.

—Aquí es donde analizaste mis mejoras la primera vez, con el analizador.

La última palabra le arrancó una sonrisa que acompañó poniéndose de nuevo en marcha.

—Eso es. Bueno, una parte. En realidad, hay varios niveles. Y muchos kilómetros de pasillos como estos.

El primer pasillo por el que pasamos era exactamente igual que los que atravesé aquel día, con puertas a ambos lados, pero sin ventanas de cristal que dejaran ver el interior. Después, giramos hacia la derecha a la vez que descendimos por una galería estrecha y con el techo cóncavo. No tenía escaleras, pero, aun así, pude notar la inclinación en el suelo que indicaba que nos adentrábamos a mayor profundidad bajo tierra. Nos desviamos en el primer hueco hacia la derecha que encontramos.

El siguiente pasillo era muy similar al anterior, con la única diferencia de que, dentro de cada sala, las luces estaban encendidas y dejaban ver a personas, ataviadas con batas, moviéndose de un lado para otro, observando pantallas, colocando instrumentos…

El final de este pasillo desembocaba en una pared gigante con una persiana metálica que cubría solo una parte. Todo el muro ocupaba el final del pasillo, la única salida era por el mismo sitio por el que habíamos entrado.

Rohner volvió a teclear en una pantallita y la persiana comenzó a elevarse. Una estancia alargada, pero algo estrecha, nos recibió decorada con un aparador colocado frente a la pared, con un par de libros encima y un estrecho cajón debajo. Una alfombra de colores granates y pardos se extendía por toda la superficie de aquel recibidor.

De frente, en la misma pared sobre la que se apoyaba el aparador, un umbral coronado con

ribetes de escayola abría el espacio hacia un ambiente brillante, serio y elegante.

Una conjunción de pantallas vestía la pared de la izquierda desde la altura de mis rodillas hasta los más de dos metros restantes hacia el techo. En este se escarbaban carriles que originaban formas geométricas, con pequeñas pero potentes luces escondidas en su interior que alumbraban la habitación.

En la pared de la derecha, una apertura dejaba paso a una cocina pequeña en comparación con aquel salón, pero totalmente equipada con electrodomésticos oscuros y una isla de mármol a juego con la encimera. La ausencia de tabique introducía la cocina dentro del salón, pero el espacio estaba tan bien distribuido que los dos sofás de cuero oscuro, colocados uno enfrente del otro y separados por una pequeña mesita de cristal, contaban con espacio más que de sobra entre ellos, la cocina y la pared de las televisiones. En un rincón, hacia la izquierda, una puerta daba paso a lo que Rohner me indicó como uno de los baños.

El resto de aquella estancia estaba decorada con un gusto que yo no hubiese sido capaz de adivinar. Mueblecitos modernos de colores claros contrarrestaban el cuero oscuro, pequeñas luces y lámparas colocadas en lugares estratégicos, revistas, algún bolígrafo y una *tablet*, todo ello dejando constancia de la vida de aquel lugar.

Inmersa en absorber los detalles de aquel cuarto, Rohner apuntó con un mando a distancia, que no me fijé de dónde apareció, hacia la pared de las pantallas, haciendo que entre todas reflejara la imagen de un ventanal gigante por el que se observaban las luces de algunos edificios, mientras que las gotas de lluvia rebotaban en el falso cristal. Ahora sí que no podía creer que estuviéramos bajo tierra.

Mi cara de sorpresa fue todo lo que necesitó Rohner para continuar con sus movimientos.

Se dirigió hacia la zona abierta de la cocina. Mis oídos me indicaron que unos vasos habían sido colocados sobre la isla de mármol, pero mi vista continuaba enfocada en la falsa ventana y las gotas de lluvia. Y en el repiqueteo que dejaban al caer.

Rohner apareció de nuevo a mi lado y extendió su brazo hacia mí, ofreciéndome una de las copas que había servido con vino. Agarré el recipiente con cuidado y le di un pequeño sorbo, frunciendo el ceño hacia Rohner. Rohner asumió mi mirada y esperó en silencio a que comprobara por mí misma el sabor del líquido. Cuando el movimiento de mi garganta le indicó que había terminado con mi cata, él hizo lo mismo.

Se dirigió con calma hacia el sofá que quedaba enfrente de las pantallas hasta detenerse de pie junto a él y yo le seguí. Su mano extendida me invitó a probar el cuero acolchado. La forma de los asientos y la manera en la que el respaldo era más prominente por la zona baja, justo la de las lumbares, me habían hecho desear sentarme allí desde el primer momento que pisé esa habitación, mis músculos todavía resentidos por el ejercicio, tirando de mí hacia abajo. El asiento mullido me recogió por completo, abrazándome hacia atrás y hacia abajo, adaptándose a cada hueco de mi cuerpo. Era una maravilla. Di otro trago de la copa.

—Estos los elegí yo mismo.

Rohner se había mantenido de pie, sin perderse ni un solo gesto de mi expresión en mi particular descubrimiento de aquel sofá. Nunca había probado uno igual. Tampoco había probado tantos… El sofá de mi casa, mi antigua casa, fue heredado de uno de mis vecinos cuando vendió la casa del pueblo para pagar los estudios de su hija mayor. Mucho antes de la crisis de las bacterias. Era muy antiguo y algún que otro muelle te atacaba si no te sentabas en el lugar adecuado, pero hacía su función.

—¿Vives aquí? —La relajación en los cojines mullidos me impidió detener esta pregunta.

—Más o menos. —La copa de Rohner bailaba en su mano haciendo bambolear el contenido.

Dirigí mi mirada hacia los televisores, absorbiendo durante unos segundos el sonido de la lluvia. No seguí profundizando, pero otra pregunta que me perseguía desde que pisamos el primer pasillo me sirvió para cambiar de tema.

—¿Por qué Hormiga no atravesó por estos túneles el primer día? Para llevarme a La Guarida me refiero. Si está todo conectado…

Estudié muy bien la expresión de Rohner, de pie junto al sofá. Por un momento, el miedo a haber cuestionado más de la cuenta me invadió. Me escondí dando otro trago a la copa. Rohner abandonó su posición y se sentó a mi lado.

Colocó una pierna por encima de la otra. Tobillo sobre rodilla. Sus ojos se posaron sobre los míos, suavemente. Dilató el silencio apurando un nuevo trago de vino en sus labios.

—Hormiga tiene una manera peculiar de hacer las cosas. Pero el conocimiento de estos túneles en concreto… no es para los mejorados. Y Hormiga es muy celoso de sus cosas. Él es el responsable de todos estos pasillos y de otros que no has visto. Esta es su jurisdicción. Y él disfruta decidiendo quién puede y quién no puede acceder a ellos.

—¿Sabe Hormiga que estoy aquí?

—Que Hormiga tenga jurisdicción sobre estos túneles no significa que tenga jurisdicción sobre mí.

Sus palabras desfilaron despacio por sus labios, una a una, arqueándolos hasta dibujar una sonrisa maliciosa. La seguridad que emanaba Rohner era absoluta y tranquila. Ladeé levemente la cabeza y volví a fruncir el ceño.

—¿No la tiene?

—No.

Un nuevo trago de vino acompañó a su cuerpo que se inclinó hacia atrás, perdiéndose también en el abrazo del sofá. Hice un esfuerzo para no derramar mi copa mientras separaba mi espalda de los cojines intentando girarme para encontrar su cara. Su mano se colocó indiferente encima de mi pierna. A pesar del par de segundos que se cortó mi respiración, ignoré el gesto.

—¿Y Gorila?

Su pecho se hinchó para soltar una carcajada. Sus pectorales asomaron tímidos por debajo del botón desabrochado de su camisa azul celeste.

—Gorila menos.

Ahora era él el que se incorporaba en el sofá, bajando su pierna elevada hacia el suelo para impulsarse suavemente más cerca de mí. Su mano abandonó mi pierna para colocarme un mechón de pelo que paseaba fugitivo por mi cara. No me había parado a pensar en el estado de mi trenza después de la paliza de ejercicios de Gorila.

El sonido de la lluvia artificial permanecía. Envolviéndonos.

Continuó el recorrido de sus dedos suaves por mi cara, con un movimiento delicado, muy delicado, hasta detenerse al final de mi ceja.

—No te ha quedado cicatriz.

Instintivamente llevé mis dedos hacia donde unas semanas atrás la piel de mi frente se había abierto al cabecear a Lobo en la arena. Mis dedos rozaron los suyos, buscando de memoria aquella herida.

—Mejoro rápido. —Me encogí de hombros mientras una mueca de semisorpresa se dibujaba en mi cara.

—En todos los sentidos.

Un trago de vino me dejó esperando la aclaración de sus palabras.

—He visto los informes y algunas de tus pruebas. Estás a un nivel increíble para una mejorada con tan poca antigüedad.

El calor que se apoderó de mis mejillas las volvió a colorear. Mi trago de vino fue algo más largo de lo normal. Su mano bajaba ahora muy lentamente por mi brazo, haciéndome reaccionar con la piel de gallina cuando sus dedos salvaron la tela de la camiseta de manga corta y se deslizaron por la piel desnuda de mi bíceps. Sus ojos supervisaban cuidadosamente el movimiento.

Mi piel reaccionando a su contacto le devolvió la mirada hacia mí. Su mano abandonó mi cuerpo y su mirada se enfrió. Una respiración honda le devolvió de nuevo al abrazo del sofá.

Le miré estupefacta, intentando analizar esa mirada. Intentando analizarlo a él. De repente estaba de nuevo en la plataforma. No. Con Rohner no. No podía convertir esto también en un combate como con todo en mi vida. Hasta ahora Rohner era lo más cercano al confort aquí en Jungle. Y si volvía atrás, a la vida que ya no existía, probablemente también. Los pocos hombres que pasaron por mi existencia se habían olvidado de sus ratos conmigo mucho antes de que Hormiga hubiera borrado las pocas trazas de mi vida anterior. Yo misma me había encargado de eso.

Pero aquí, Rohner me hacía sentir cómoda y viva. Era un reto constante, cada interacción con Rohner era una invitación, sin dudar. Directo en el momento en el que no encontraba una objeción por mi parte. Había sido así para pasar primero por las puertas, para las copas de vino, para sentarme en el sofá…

En la consulta. Él siempre me incitaba y cada vez yo anhelaba más sus invitaciones, expectante.

Su mirada se clavó en la copa de vino de su mano, descifrando el fondo del continente. Coloqué la mía sobre la mesita de cristal, alargando con dificultad el brazo. Hundí las manos libres en el sofá para reducir el pequeño espacio que Rohner había creado al volverse a enterrar en los cojines. Su mirada abandonó rauda la copa.

—¿Qué pasa?

Mis palabras se dirigieron directas a su mirada perdida en mí. A pesar de las invitaciones y los juegos de sus dedos en mi cuerpo, a pesar del encuentro en la consulta, de las miradas cómplices… Rohner no había parado mi entrenamiento con Gorila solo para invitarme a una copa de vino. Me sacó del gimnasio porque podía, por esos pequeños juegos de poder y jerarquía que no me incumbían. Pero tenía que haber algo más.

—Gorila no parecía contento dejándome venir contigo.

—Gorila no podía decidir si venías o no conmigo.

Su tono serio y firme me hizo entornar los ojos, demandando más información. Rohner hizo un esfuerzo para incorporarse y abandonar su copa también en la mesa de cristal, para después inclinarse levemente hacia mí.

—Gorila no tiene nada que ver, Guindilla. —Mi nuevo nombre sonó suave en sus labios—. Yo fui a buscarte y tú accediste a acompañarme. Son tus decisiones y las mías las que nos han traído hasta aquí.

De repente sus palabras dotaron al ambiente de un aire solemne, aumentando la trascendencia de aquella situación.

Me percaté de que Rohner elevaba una ceja, buscando mi confirmación.

—¿Y para qué me buscabas? —Su cuerpo tan cerca del mío ahogaba mis palabras.

Se inclinó aún más. Su mano volvió a su posición favorita, rodeando la cara interna de mi muslo, su boca rozó la mía y se separó ligeramente, dejándome un susurro en el hueco entre mis labios.

Mis pulmones cogieron aire para detenerse justo antes de expulsarlo, haciéndolo cautivo en el interior de mi pecho.

—Para varias cosas.

Su mano libre acarició mi cara, terminando de acelerar mi respiración. Mis labios se separaron más, dejando vía libre al siguiente movimiento de Rohner, que con una lentitud tortuosa los fundió con los suyos. Incliné mi cabeza ligeramente hacia atrás, invitándole a profundizar en aquel beso. Me di cuenta enseguida de que la invitación no había sido necesaria. Su lengua jugaba con la mía, con mi paladar, profunda. Mis manos acudieron a su nuca, subiendo por su pelo. El roce de mis dedos con la suavidad de sus mechones los hacía desordenarse, enviándome directamente esa frescura de la menta hacia mis sentidos.

Me recoloqué en el sofá, inclinándome hacia uno de los brazos para apoyar mi espalda en la mayor superficie posible y abandoné el pelo de Rohner para atraerlo suavemente hacia mí, agarrando las solapas de su camisa. Con un movimiento brusco y preciso, Rohner se hizo un hueco entre mis piernas, completamente separadas y se inclinó de nuevo hacia mí.

Mis manos surcaron su espalda, repasando todos sus músculos marcados, mientras las suyas se movieron rápidas por debajo de mi camiseta, por mis caderas, mi cintura, hasta llegar a mis pechos, donde dejó un pequeño apretón que sacudió electricidad por todo mi cuerpo, antes de volver la mirada hacia mí.

Le sonreí en respuesta, confirmándole vía libre para su siguiente movimiento. Agachó de nuevo su cara hacia la mía, buscándome con su lengua despacio, reduciendo el ritmo que habíamos alcanzado. Sin embargo, mi respiración seguía corriendo acelerada, haciéndose sonora cuando Rohner profundizaba en mi boca.

Muy lentamente Rohner se elevó, separándose de mis comisuras. Aproveché esa distancia para alargar mis manos hacia los botones de su camisa. Despacio. Aceptando el cambio de ritmo que él había marcado. Uno a uno los fui desabrochando, aguantándome las ganas de agarrar los bordes inferiores y sacar la camisa de un tirón por encima de su cabeza.

Rohner, de rodillas entre mis piernas y con su pecho erguido para darme acceso a él, contemplaba divertido y concentrado mis movimientos, acompañándolos de suaves círculos con sus dedos cerca de mi ombligo que él mismo había liberado arrugando la parte inferior de mi camiseta hacia arriba.

Cuando la camisa dejó de ser un estorbo, unos pectorales marcados y firmes florecieron en Rohner. Su cuerpo era tan preciso como sus movimientos. Su musculatura casaba perfectamente con su cuerpo, su esencia. Nada demasiado exagerado, pero lo suficiente como para hacerse notar, perfectamente equilibrados.

Alargué mis manos para rozar aquellos pectorales suavemente, intentando confirmar su veracidad, su existencia. Mi visión no era suficiente. Rohner se estremeció encima de mí al contacto. Fue todo lo que necesitó para retomar él de nuevo el control.

Elevó mi camiseta por encima de mis brazos, deshaciéndose de ella de un tirón, aprovechando la inercia para tirar de mis brazos elevados hacia él, obligándome a erguirme. Coloqué mis pies en el suelo, poniéndome de pie frente a él, dándole tiempo a colocarse en el sofá.

Sus manos me atraparon por la cadera y me empujaron hacia él, marcándome un beso suave y húmedo en la piel de mi tripa, por debajo del ombligo, hundiendo su nariz. Todo mi cuerpo se

estremeció en respuesta.

Siendo consciente del temblor en mis piernas, empujé a Rohner hacia atrás, abriéndome camino para colocarme sobre su regazo. Su dureza debajo del pantalón me recibió exigente y mis caderas respondieron a su acogida.

Con un movimiento rápido, Rohner se deshizo también del sujetador que mantenía mis pechos fuera de su alcance y se detuvo en ellos con ambas manos. Enseguida dejó que estas se ocuparan de asuntos más abajo y pequeños bocaditos comenzaron a torturar dulcemente la zona sensible de mis pechos. Mis manos subían y bajaban absorbiendo la dureza de los músculos de su espalda.

No pude concentrarme en los latigazos que provocaban sus dientes ni en cómo mi espalda se curvaba hacia atrás, en cómo esos movimientos le dejaban acceso total a Rohner sobre mí, cuando su mano se coló decidida dentro de mi pantalón. Muy dentro.

Abandonó mis pechos para inclinarse hacia atrás, buscando mi mirada. Una sonrisa iluminó su cara cuando notó mi humedad. Mi corazón galopaba enviando impulsos hacia abajo insistentemente, hacia donde Rohner exploraba con sus dedos. La sonrisa de su cara se transformó en una mueca pícara cuando mis caderas empujaron por encima de su pantalón. Su dedo se coló de golpe en mi interior, la mano libre y firme de Rohner anclándome a él, impidiendo flexionar mi cuerpo como el impulso eléctrico que había provocado me exigía.

Lo mantuvo ahí unos segundos, inmóvil, estudiando todos los aspectos de mi cuerpo. Moví de nuevo mis caderas implorándole continuar. Accedió a mis súplicas.

Enseguida un segundo dedo se unió al primero. Mis pantalones y la ropa interior apretaban la mano de Rohner contra mi punto sensible, haciendo que la fricción desembocara en latigazos de placer continuos.

Cuando la sensación era tan intensa que mis manos estrangulaban sus bíceps, el movimiento cesó y Rohner me colocó sobre el sofá. Se levantó, impulsándose con los pies en el suelo, deteniéndose unos segundos para observarme estirada sobre los cojines.

—Ahora vuelvo.

Su respiración agitada abandonó mi campo auditivo mientras desaparecía por una de las puertas del final del salón, dejando hueco para el sonido de la lluvia de nuevo.

Enseguida volvió a aparecer por la misma puerta, sujetando algo entre sus manos.

Con un movimiento ágil se deshizo de sus pantalones, dejando al descubierto toda su dureza. Repetí sus movimientos y, mientras él se ocupaba de cubrir su miembro con el paquetito que había ido a buscar, yo me liberé del resto de la ropa que me quedaba encima.

No hubo más juegos ni más cambios de ritmo. Colocado encima de mí, su embiste fue directo y profundo. Solo se detuvo unos segundos, escudriñando mi rostro, esperando a que me acomodara a él.

No esperó mucho más y un segundo empujón le colocó dentro, muy dentro de mí. El aire a presión que escapó de su boca retumbó en mi cuello. Mis manos pasaron de dominar su espalda a aprisionar de nuevo sus brazos, establecidos firmes y duros como columnas a ambos lados de mi cuerpo. Rohner aumentó el ritmo.

La intensidad de sus movimientos, los arcos que dibujaban mis caderas, los jadeos guturales de ambos, la presión de su cuerpo sobre el mío… La descarga eléctrica me empujó hasta el abismo final. La suya llegó poco después.

Cuando por fin solté sus brazos, Rohner se retiró de mi cuerpo y volvió a abandonar el sofá.

33

Se calzó los pantalones, abrochándolos justo por debajo de los surcos inclinados que separaban su abdomen de su parte inferior, la que acababa de estar dentro de mí. Apreté mis labios satisfecha. Rohner dio un paso hacia la mesita, donde se agachó para recuperar su camisa.

Observando sus movimientos, me incorporé en el sofá, sin decir nada y oteé hacia el suelo en busca de mi ropa. Cuando había localizado mis pantalones del uniforme cerca del brazo del sofá, me levanté para ir a recogerlos. El brazo estirado de Rohner se interpuso en mi camino para ofrecerme su camisa.

—Toma, puedes cubrirte con ella.

El azul celeste del lino de la camisa había aclarado sus tonos al contraluz de las pantallas, donde todavía llovía sobre una ciudad indeterminada.

—¿Qué tiene de malo mi uniforme?

—Tengo miedo de que, si te lo pones, decidas irte.

El ofrecimiento de Rohner mantenía su brazo extendido hacia mí, sujetando la camisa. Sin darme cuenta, dediqué una breve mirada al pantalón que se arremolinaba a los pies del sofá, pero me enfoqué en el rostro de Rohner, que imitaba algo parecido a una súplica. Acepté su ofrenda.

Contento con mi elección, recogió las dos copas de vino prácticamente vacías de la mesita y se dirigió a la cocina. Mientras me abotonaba la camisa, le observé caminar hacia la isla, examinando a la distancia cómo aquellos músculos sobresalían con el movimiento de sus brazos rellenando las copas, pero que unos momentos antes se contraían bajo mis dedos. El aroma de la menta encajaba gloriosamente con el frescor de la camisa en contraste sobre mi acalorado cuerpo.

Con golpecitos cortos, tiré repetidamente de la camisa hacia abajo. La diferencia de estatura entre Rohner y yo no era demasiada y la tela no alcanzaba a cubrir mis glúteos por completo. Recogí mi ropa interior para cubrir esa parte al menos y volví a sentarme en el sofá, sin apoyar la espalda, hipnotizada por las gotas de lluvia de las televisiones, dejando paso al cansancio que se apoderaba de mí poco a poco.

Rohner llegó con las copas de vino y me ofreció una, mientras él se colocaba en el sofá, completamente recostado sobre el respaldo. Su brazo libre se extendió por encima, sobrevolando mi cabeza. Dejé gobernar al cansancio un poquito más y me tumbé hacia atrás, colocando mi cara en el hombro desnudo de Rohner. Respiré profundo llenándome de su olor. Él recolocó su brazo estirado, descendiéndolo unos centímetros, rodeando mi cuello y dejando caer el peso de su mano hacia mi clavícula.

—Varias cosas. —Recité de pronto, en un tono por debajo del sonido de la lluvia.

Rohner giró su cara manteniendo su cuerpo pegado a mí y entornó sus ojos.

—Antes. Dijiste que me habías traído aquí para varias cosas.

La sonrisa que se le dibujó a Rohner no era la sonrisa a la que me tenía acostumbrada. Hinchó su pecho por debajo de mi cabeza, todavía apoyada sobre él y exhaló fuerte. Arrimó la copa a sus labios despacio, atesorando los segundos y le dio un trago a su vino.

—Eso es.

Fue todo lo que acertó a decir. Pero no me valía. Me incorporé obligándole a abandonar su brazo de nuevo en el respaldo del sofá y Rohner lo bajó para esconder su mano en el bolsillo del pantalón. Busqué su mirada perdida en la copa. No me la devolvía. Sus ojos no se separaban del líquido granate que bajaba y subía hasta el borde del cristal con el movimiento de la mano del doctor. Sus ojos estaban ahí, pero su mente…

—¿Qué son? Las otras cosas.

Mi cuerpo se inclinaba hacia él, inquieto, presionando a Rohner para que liberara las palabras. Aunque mantuvo su atención en el movimiento del vino, por fin arrancó una frase ahogada.

—Si alguien se entera de lo que ha pasado aquí… De nosotros…

—*NADIE* se va a enterar de esto.

Las palabras se dispararon automáticas, intentando cerrar este paréntesis y volver a mi pregunta anterior. Mi contundencia le arrancó de su obsesión por la copa y por fin me dedicó una mirada, profunda y lenta, intentando descifrar mi rostro, duro y rígido de impaciencia.

—Nadie.

Repetí, asegurando el terreno, eliminando la barrera que le impedía continuar explicándome para qué había ido a buscarme esa mañana.

El alcance absolutista de la promesa que acababa de firmar derivó mi mente hacia su significado real. *Nadie* significaba que tampoco Yira podía saberlo. Hasta ahora había muchas cosas que todavía nos guardábamos para nosotras, pero también eran muchas las que compartíamos en nuestro círculo cerrado y exclusivo.

Abandoné el sofá como si me repeliera, colocándome de pie frente a Rohner, recostado todavía en el respaldo. Dejé la copa intuitivamente en la mesa, sin mirar y crucé mis brazos sobre mi pecho, abrazándome, ignorando la cantidad de piel expuesta al elevarse la camisa. Desi me había dicho que Rohner se pasaría a comprobar el estado de Mono esa mañana.

—Mono. ¿Mono está bien?

La cara de Rohner se transformó en sorpresa sin poder evitarlo y se colocó en el asiento, la espalda firme y recta.

La preocupación por el estado del niño hacía arder mis ojos, mientras mi cabeza solo daba vueltas en escenarios nada deseables, recordando los estragos de gente que conocía, de mi vida anterior, sucumbiendo a las bacterias del aire. Rohner detectó la angustia de mi cara y se levantó, superando mi cuerpo con su brazo para dejar la copa en la mesa de cristal detrás de mí.

Con sus amplias manos capturó mis dedos, ejerciendo un mínimo de fuerza que me obligara a desenlazar mis brazos y acompañándolos suavemente hasta dejarlos caer a mis lados.

—Mono está bien.

Su voz susurrada y tranquila era propia de un domador de animales. Fruncí el ceño en respuesta, dudando de su afirmación.

—Tenía mucha fiebre… No se movía de la cama —insistí.

—Con la medicación que le he puesto, en cuanto descanse un poco estará de nuevo entrenando.

Mis ojos completamente abiertos comenzaban a relajarse, asimilando las palabras de Rohner. El hombre asintió con la cabeza, refrendando su diagnóstico. Esperó de pie frente a mí a que mi cuerpo se destensara y luego se apoyó con un gesto casual en el brazo del sofá.

—¿Me vas a decir ya qué es lo que pasa?

La agresividad que tiñó mis palabras le pareció divertida.

—Me intrigas y fascinas al mismo tiempo.

Ahora era él el que se cruzaba de brazos. Una ceja levantada en mi frente fue mi respuesta.

—Puede ser una excusa para pasar más tiempo contigo, pero eres la candidata idónea para avanzar un paso más en el Proyecto.

—¿Cómo?

Rohner se separó del sofá y rodeó mi cintura con su brazo para hacerme caminar a su lado hasta una de las dos puertas en la pared del fondo del salón.

Estas puertas no tenían código ni aspecto metálico. Eran caseras, de madera lacada. Rohner abrió una de ellas y me hizo pasar a un despacho casi del tamaño del salón.

Más ancha que larga, la habitación se organizaba sobriamente. Una pared con pantallas, similar a la del salón cubría el muro largo del fondo. Delante de ella, un escritorio de cristal oscuro, enorme, se acompañaba de tres sillones con ruedas, uno de espaldas a las pantallas, otros dos distribuidos al otro lado de la mesa.

Un pequeñito sofá se apoyaba en el único hueco que quedaba libre en la pared de la derecha, cubierta en su totalidad por libros y archivadores. Enfrente, un mueble largo, con múltiples cajones, cubría parte del espacio. Anclado en la pared, encima de la cajonera, una gran vidriera almacenaba instrumentos médicos.

Caminé por la habitación, directa hacia la librería. Sujeté mi mano en el aire para disuadirme en el último momento de acariciar los lomos de uno de los libros, que desprendían años de antigüedad. Me daba miedo que se descompusieran con mi tacto.

Rohner me esperaba cerca de la puerta, con las dos manos en los bolsillos, observándome. Un levantamiento de cejas coronaba una sonrisa pícara en su cabeza algo inclinada. Hacia mí.

Fue en ese momento en el que fui consciente de mi cuerpo, de puntillas e inclinado hacia delante para examinar los tomos más altos, con la traicionera camisa dejando expuesto todo mi cuerpo por debajo del ombligo.

Devolví el peso de mi cuerpo a mis talones con un movimiento brusco y me agarré la camisa, obligándola a mantenerse por debajo de mis caderas todo lo que era posible.

Rohner se rio, profundamente, despreocupado y se acercó a mí por la espalda. Con un movimiento lento me rodeó por la cintura y apoyó un beso en el hueco entre mi hombro y mi oreja.

—Ha sido un acierto elegir esa camisa.

Bramé simulando más indignación de la que realmente sentía y agarré sus brazos con mis manos.

—Puedes venir siempre que quieras y leer todo lo que te apetezca.

Solté sus brazos y él aflojó su agarre, permitiéndome girarme hacia él, pero sin perder la posición. Agarró mis dos manos, tirando de ellas suavemente hasta acercarme hacia él, sus caderas arqueadas hacia mí. Alcé la vista para dirigirme a sus ojos, ligeramente entornados.

—¿Esto forma parte del Proyecto?

Esperó unos segundos antes de contestar, buscando en mi rostro la intención de mi pregunta.

—¿Esto?

—Esto —contesté impecable, firme, mientras separaba sus manos de las mías.

Rohner acusó un pasito hacia atrás y volvió a estudiarme. Su mirada me recorrió de arriba abajo. Cuando terminó, se separó por completo de mí y cambió su posición hacia el sillón que daba la espalda a las pantallas. Esperándome.

Repetí sus pasos y me acerqué a la mesa, pero no tomé asiento. Me mantuve de pie, a su lado y me limité a apoyar mis manos en el cristal. Con un golpe de vista inspeccioné todo el contenido de la mesa. Encima de ella, un ordenador portátil y un par de pantallas compartían el enorme

espacio con documentos, carpetas y libros, todos repartidos de una manera que, a simple vista, podría ser desordenada, pero en realidad no lo era. Como el cabello de Rohner, como Rohner. Todo él era una imagen de ligero caos, apareciendo y desapareciendo cuando él lo dictaba, pero todo sucumbía a un estricto orden. El suyo.

Rohner giró ligeramente el sillón para colocarse mirando hacia mí. Abandoné mi atención de la mesa y le devolví la mirada.

—Creo que no eres consciente de tu importancia en este proyecto. Guindilla, tus mejoras están por encima del 75 %. Es la primera vez en la historia de Jungle que vemos esto.

No quedaba rastro del Rohner cómplice y divertido que me había acompañado esa mañana. Frente a mí tenía al doctor serio e intenso que analizaba resultados, el que conocí cuando informó a Hormiga de mi porcentaje en aquel laboratorio. El cambio me heló la sangre.

Quise profundizar, que continuara hablando. Pero no podía preguntar, el frío que desprendía su rostro me paralizó. Las yemas de mis dedos se blanqueaban mientras las presionaba fuerte contra el cristal y mis labios se cerraron apretados.

—Puede ser algo muy bueno.

Rohner inclinó levemente la cabeza, esperando a adivinar cómo esta última frase impactaba sobre mí.

Aflojé mi agarre de la mesa y estiré mi espalda, cruzando mis brazos, pero sin separarme de su lado.

—¿Cómo?

—Participando en mi estudio. Trabajando juntos.

Sus palabras se escapaban cautelosas, estudiando toda mi postura, mi rostro, con cuidado de no dar ningún paso en falso. Sopesé la propuesta, entornando mis ojos hacia él, intentando exprimir mi cerebro para que me ofreciera un esquema de las posibilidades, de los pros y los contras. Nada apareció.

Rohner paseó una mano por su pelo sin perder su concentración. La esencia de la menta me poseyó tan fuertemente que la respuesta apareció sola.

—¿Qué tengo que hacer?

La cara de Rohner reflejó un ligero destello y se levantó de la silla ágilmente. A pesar de su ímpetu, yo no me inmuté. Me rodeó lentamente y se dirigió hacia el otro lado de la mesa, recogiendo una de las sillas y colocándola al lado de la suya. Volvió de nuevo a su asiento y me miró fijamente, una mirada que interpreté como una invitación para unirme a él. El rostro serio y concentrado de Rohner, siguiendo mis pasos con su mirada, penetró por mi cuerpo hasta que alcancé la silla. Su aura de solemnidad se imponía sobre mí.

Me fijé en la pantalla que se había apoderado de la atención de Rohner una vez que yo había tomado asiento. Por ella pasaban filas y columnas de números. Algunas sombreadas de colores. Los datos corrían tan rápido bajo las órdenes de Rohner que apenas podía retenerlos en mi vista. Igualmente tampoco iba a entender qué significaban.

Me concentré en Rohner. Sus hombros arqueados y sus ojos color miel bailando al ritmo frenético de la pantalla. Los músculos de su pecho se mostraban completamente con cada respiración. Era hipnótico verle trabajar.

—Mira, estos son tus registros.

Rohner se había inclinado ligeramente hacia mí y señalaba con el dedo una fila en concreto de la pantalla. Deslicé mis ojos hacia donde él indicaba, abandonando mi concentración sobre él.

—Estos son los datos del día que llegaste, con los que calculo el porcentaje de mejora.

Asentí en silencio. Al final de la fila de datos, subrayado en verde oscurecido, identifiqué el *78 %* de mis mejoras.

—Y estos son los resultados después de tu ejercicio en la arena, al día siguiente de haber registrado los primeros.

Una nueva fila apareció debajo, con todos los números sombreados.

—Que sean más altos ¿es bueno o malo?

La sonrisa malévola y los ojos cómplices comenzaban a surgir de nuevo, de manera muy sutil.

—Para ti, bueno, para el que se enfrente a ti…

Mi sonrisa se equiparó a la suya. La complicidad había vuelto.

Rohner se giró en su silla hacia mí, colocando su mano en mi pierna sin cubrir. Esta vez era un tacto diferente, no me agarraba, era un gesto de contención ante algo más. Su mano se mantenía ahí ligera, para asegurarse de que seguiría allí cuando él terminara de contar todo lo que tenía que explicar.

—Normalmente, en la primera semana después de la activación del gen, se puede observar todavía algún índice que continúa elevándose.. Pero no todos. No lo suficiente como para cambiar el porcentaje.

Sin mover mi cuerpo de una manera que pudiera hacer a Rohner retirar su contacto con mi muslo, me giré ligeramente hacia la pantalla, comprobando la última casilla de la fila subrayada: *79 %*. Cuando volví a mi posición, a centrar mi atención sobre Rohner, este ya había adivinado mi pensamiento.

—Un 1 % de crecimiento en las mejoras puede no parecerte mucho, pero es la primera vez que lo veo. Y llevo muchos años investigando el gen.

—¿Cuántos?

Apoyé un codo sobre la mesa para sujetar mi cabeza con la mano, mientras le miraba ofreciéndole toda mi atención.

—Casi toda mi vida adulta.

Sus palabras aparecieron escoltadas con una sonrisa. Dicho esto, enseguida retomó la conversación que él tenía planeada.

—Tengo claro que si expones tus niveles al máximo, que si te esfuerzas, entrenas, explotas tus mejoras… Que si rozas tus límites, puedes ser la primera mejorada en hacer crecer tu porcentaje. En ampliar tus mejoras. Incluso puede que se desbloqueen algunas nuevas. Y eso es lo que quiero demostrar. Y que tú me ayudes a hacerlo.

A pesar de mantener su contacto, empujó con sus pies un poco la silla hacia atrás, dándome el espacio que necesitaba para asumir sus palabras.

Un único pensamiento gobernaba mi mente desde que Rohner había comenzado a hablar: «¿Qué pasaría si volviera a la arena? Con mi nivel ampliado, mis mejoras desarrolladas… No creo que el resultado fuera el mismo que la primera vez». Si lo que decía Rohner era verdad, y debía serlo, llevaba años trabajando en esto… Podría defenderme, más y mejor. Podría proteger a los demás, si algún día salía de aquí…

—Está bien.

Encogí mis hombros para restarle importancia a mi decisión, disimulando la ambición escondida en el deseo que me gobernaba.

Rohner volvió a acercar su cuerpo hacia el mío, deslizando su mano cuidadosamente hasta elevarla unos centímetros más por mi muslo. A pesar de mi respuesta, su rostro no mostraba la esperanza que yo esperaba. Me estrellé de frente con el Rohner frío y severo.

—Guindilla, voy a hacer todo lo posible por que no sea así y en el momento en el que tu vida corra peligro yo mismo pararé el estudio. Pero necesito que sepas que no va a ser fácil. Voy a ponerte al límite de tus capacidades, constantemente.

—Esa es la única manera de superar los límites, ¿no?

Acaricié su mano encima de mi pierna, confirmándole que creía en sus palabras. Que confiaba en él y solamente en él, para guiarme hasta el otro lado de los límites.

34

Recorrimos juntos de nuevo el pasillo constituido por laboratorios. El uniforme había vuelto a cubrir mi cuerpo, me negué a salir de su particular cueva vestida solo con aquella maldita camisa.

El ruido, las luces y los movimientos que habían acaparado esos pasillos horas antes ahora se habían mitigado, tan solo quedaban un par de salas ocupadas.

Entramos en el primer laboratorio de la pared de la izquierda y las luces se encendieron automáticamente. Un procedimiento similar al de las veces anteriores entretuvo a Rohner un buen rato: el analizador recorriendo mi cuerpo, botecitos llenándose con mi sangre, reconocimiento de mis reflejos y funciones vitales, etc.

Como novedad, me inyectó un suero de un azul profundo que, según sus explicaciones, eran unas hormonas sintéticas que provocarían a mi organismo para ampliarse, desarrollarse más rápidamente, y por lo tanto podría multiplicar el efecto de los entrenamientos en mis mejoras, tan solo con una inyección al día.

Rohner se movía con una concentración brutal, metódicamente, asegurando ejecutar cada paso a la perfección. Cuando terminó de realizar todos sus procedimientos, se dirigió al escritorio donde le esperaba el ordenador.

Esta vez, en lugar de esperarle en la camilla, caminé con él hasta el escritorio. No me supuso ningún problema que solo hubiera una silla, coloqué mi culo encima de la mesa. Observé de cerca los dedos de Rohner tecleando, su ceño fruncido mientras escrutaba números y órdenes en la pantalla, sus hombros ya cubiertos por una nueva camisa y, esta vez, la bata también. Apenas había tecleado durante un par de minutos, cuando se giró hacia mí. Se impulsó con los pies sobre la silla hasta colocarse enfrente, haciéndose hueco entre mis piernas.

Sus manos agarraron mis caderas y treparon por debajo de mi camiseta. La suavidad de sus dedos acariciaba mi piel en el ascenso, mis sentidos ampliándose con anticipación con cada centímetro conquistado hasta el límite con mis pechos, donde sus manos emprendieron el camino hacia abajo de nuevo para detenerse en mi vientre. Acaricié su pelo mientras su cabeza se elevaba para buscar mi mirada.

—Si quiero ponerte al límite, debes alimentarte bien.

No pude disimular mi cara de sorpresa cuando me di cuenta de la hora que era. Nos habíamos saltado la hora de la comida y si nos entreteníamos un poco más, tampoco llegaría a tiempo para probar la cena de Desi.

Rohner se despegó de mí y se separó de la mesa dejándome espacio para mi saltito hacia el suelo. Salimos del laboratorio y yo me dirigí directa hacia el otro lado del pasillo, dispuesta a encaminarme por el túnel de vuelta a los niveles superiores.

—¿Me vas a dejar cenando solo?

Me giré para encontrar a Rohner con las cejas arqueadas, parado en medio del pasillo.

—Desi me mata si tampoco aparezco a la hora de la cena.

Rohner se apoyó sobre la pared, con los brazos cruzados.

—Puedes echarme la culpa. A nuestra colaboración científica. Creo que a favor de la ciencia Desi perdonará tu ausencia.

Le disparé una mirada fulminante, pero comencé a moverme en dirección a la puerta metálica del apartamento de Rohner, simulando un gesto rendido y abnegado.

—Me va a salir caro colaborar contigo…

Rohner no dijo nada más y me adelantó para liberar el paso hasta su salón. Unas piezas de carne, acompañadas por una ensalada para Rohner y por unas patatas fritas para mí, empaparon las copas de vino.

Sentados en aquellos taburetes, uno al lado del otro, apoyados en la isla de mármol, no apareció ningún pensamiento recriminatorio por haber accedido a participar en el estudio ni por nada relacionado con Rohner. Al contrario, todo aquello se me presentaba divertido, ilusionante, como hacía mucho tiempo que no lo sentía, ni siquiera antes de Guindilla.

Hubiese dado lo que fuera por alargar ese momento, por que el resto de mi estancia en Jungle fuera así. Fuera allí.

Fue justo en ese momento cuando mi mente recordó a Yira. Y a Mono. A pesar de la información de Rohner, necesitaba comprobar por mí misma que Mono estaba bien. Y si Yira había vuelto. Si también estaba bien.

Aunque Rohner insistió varias veces, con tácticas bastante persuasivas, en que me quedara un rato más allí, mi empeño en comprobar el estado de Mono y Yira se sobrepuso.

—No creo que los ejercicios de Gorila consigan exponerte al límite.

Acabábamos de pasar el primer par de puertas de laboratorio y nos dirigíamos hacia el túnel que ascendía al siguiente nivel.

—Eso es porque no me has visto esta mañana sufriendo con su castigo de flexiones y abdominales.

—Hubiese pagado para verlo.

Me giré hacia él, encontrándome su sonrisa. Sobreponiéndose a mi cara de indignación me acercó hacia él con su brazo.

—Puedo incluirte en los entrenamientos con Las Fuerzas.

Su tono sonó despreocupado. Al ver que llegábamos al siguiente nivel, detuve mis pasos.

—Solo los entrenamientos, para complementar los ejercicios de las naves. No voy a dejar que vayas a combate.

Él se detuvo también, esperando mi respuesta, preparado para retirar su propuesta si yo no me mostraba conforme.

—Vale.

Me encogí de hombros, sin saber muy bien a qué estaba accediendo, totalmente despreocupada. Emprendimos de nuevo el camino hasta que llegamos a la puerta que colindaba con el tercer nivel de La Guarida. Rohner activó la pantallita y cruzó el umbral conmigo.

—Tengo que informar a Gorila y Hormiga de tu colaboración en el estudio.

Las piezas de información que iba soltando Rohner siempre me pillaban tan de sorpresa que no me daba tiempo a analizar la intensidad del contenido de sus palabras. Él debía de tener su cabeza girando todo el tiempo sobre ideas, conceptos, procesos… Siempre preparando el siguiente paso.

La Guindilla despreocupada había durado poco y la confusión se reflejó claramente en mi rostro, intentando averiguar qué implicaba que Gorila y Hormiga conocieran nuestro acuerdo. Bueno, solo una parte.

—Ellos no tienen ninguna jurisprudencia sobre ti.

Repetí sus mismas palabras de antes, en el sofá.

—No tiene que saberlo nadie más, si tú no quieres.

No. Yo no quería. Era más fácil que nadie supiera nada de lo que pasaba entre Rohner y yo. Si Lobo, o Urraca, o incluso Tiburón se enteraban de todo lo que implicaba el estudio, de mi progreso en las mejoras… Prefería mantenerlo para mí.

—Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

Rohner asintió ante mi tono frío y despegado. Me agarró suavemente por el brazo y me acercó hacia la pantallita de este lado del pasillo. El recuadro se iluminó con su tacto. Por fin me fijé en ella: una tabla de tres filas por cinco columnas de cuadraditos de todos los colores apareció.

—Azul, azul, amarillo…

Me recitaba mientras presionaba con su dedo, justo en los pequeños cuadraditos de ese color, uno en cada una de las filas. La pantalla perdió su brillo para recuperarlo un segundo después, haciendo emerger la misma cuadrícula, pero con los colores repartidos de diferente manera.

—Verde, rojo, rojo.

De nuevo el parpadeo en la pantalla.

—Y morado, gris, morado.

La puerta chirrió y en la pantalla apareció mi nombre.

—Ese es tu código. Para que puedas venir a verme siempre que lo necesites. O a mi librería.

Lo miré con sorpresa y preocupación. Adivinando de nuevo mis pensamientos, se separó de la pantalla para dejarme hueco a mí.

—Azul, azul, amarillo…

Me fue dictando el patrón de colores. La segunda vez que me obligó a probar, ya me lo había aprendido de memoria.

Esperé hasta que Rohner volvió a desaparecer por la puerta y subí corriendo las escaleras hasta el nivel de las habitaciones.

La primera puerta por la que pasé era la de nuestro cuarto. La abrí con cuidado y sin moverme del umbral enfoqué mi vista en la oscuridad, pero solo encontré a Hip, completamente dormida. Ni rastro de Yira.

Me dirigí con paso ligero hacia el cuarto de los pequeños. Antes de abrir la puerta respiré hondo para eliminar el temor de encontrarme a Desi dentro. Después de esta mañana, si me veía aparecer a estas horas allí, solo complicaría las cosas.

Agudicé mi oído por si escuchaba su voz, o algún indicio de movimiento dentro de la habitación. Solo pude captar varias respiraciones profundas. Me decidí entonces a abrir la puerta y entré al cuarto.

Una figura ensombrecida, sentada en la cama de Mono, paralizó mi movimiento. Me incliné ligeramente hacia atrás, invadida por el sentimiento de sorpresa, que se transformó en alivio cuando descubrí que no era Desi quien se sentaba a los pies de la cama del niño.

Yira me dedicó una sonrisa y abandonó su posición. Agachó su cuerpo hacia la cara de Mono, que dormía plácidamente y le marcó un beso suave.

Las dos salimos por la puerta juntas, pero esperé a que esta se cerrara del todo para preguntarle.

—¿Cómo está?

—Mucho mejor. Ya no tiene nada de fiebre. Incluso se ha unido a la cena.

Aunque Yira parecía concentrada en el camino, sentí como las últimas palabras, en parte, iban dedicadas a mí, a mi ausencia.

Pasamos de largo la habitación para hacernos hueco en nuestro lugar nocturno, colocándonos en los escalones con movimientos automáticos.

—¿Te avisó Desi?

—No… He llegado al mediodía.

Hice un enorme esfuerzo por suprimir mis deseos de preguntarle, de averiguar qué había estado haciendo, dónde, con quién… Pero me concentré en lo que de verdad me preocupaba de todo eso.

—Pero ¿estás bien?

Yira se relajó, expulsando una exhalación de alivio y diversión. Me encontré con su mirada, esa mirada que me ponía cuando quería decirme algo que su cautela no le permitía.

Apretó fuerte los labios y sacudió la cabeza.

—A veces… Entreno con Las Fuerzas.

Agachó su cara fijando su vista en el escalón inferior. Era justo lo que me había propuesto Rohner hacía unos minutos. Que Yira también lo hiciera me llenó de consuelo. Rohner… En mis planes no estaba contarle nada sobre Rohner a Yira, pero su mirada escondida, cabizbaja… No pude detener mis palabras.

—Parece que yo también voy a empezar a entrenar con ellos.

Su cara se iluminó, elevándola directa hacia mí. Sin decir nada, la inclinación de su cabeza me reclamó más información. Solamente dibujé una mueca en mi cara y me encogí de hombros. No le conté nada más. No sabía qué contarla.

—¿Cómo son? Las Fuerzas.

—Bueno… Son entrenamientos más duros. Te asignan a un mejorado de Las Fuerzas y te instruye. Básicamente obedeces órdenes todo el rato y dependiendo de quién te las dé…

Yo misma noté cómo mi rostro se ensombrecía. Y ella también lo tuvo que notar, porque cambió el tono de sus palabras.

—Pero no estás encerrada. Allí tienes más libertad. Nunca me habían solicitado durante más de un día, pero pasar la noche fuera de aquí no está nada mal.

Una sonrisa soñadora se dibujó en su rostro indicándome que se había perdido en algún recuerdo de estos días. Enseguida se desvaneció y volvió su atención hacia mí.

—¿Y tú estás bien?

Repasé rápidamente los últimos eventos del día, balanceando entre todos los hechos para calcular mi estado. Bien. Estaba muy bien.

—Sí.

Asentí con la cabeza para darle mayor ímpetu, para confirmar mi respuesta. Me moví en mi asiento, pensando que Yira, queriendo cobrarse la sinceridad que había depositado en mí contándome sus entrenamientos en Las Fuerzas, me preguntaría por mi ausencia durante el día.

—Desi me ha dicho que cuidaste de Mono. Y Yeyé… me ha contado lo que ha pasado en el gimnasio. Los castigos de Gorila.

Mis ojos perdieron el brillo del que era consciente que había emanado al darme cuenta de lo bien que me encontraba. Había olvidado la mañana en el gimnasio. El enfrentamiento con Lobo. Sus palabras al oído.

—*Intenté* cuidar de Mono —corregí sus palabras forzando una sonrisa, exagerando un gesto con el dedo en señal de atención—, pero Desi casi me saca de la habitación a patadas para que bajara al gimnasio. No me quedó más remedio que bajar.

En mis palabras no se mostraba rencor ni enfado, intenté que envolviera un toque de humor.

Pero a Yira no le llegó. Desde que habíamos vuelto a vernos, su cabeza estaba alejada, en otra parte.

—Llegaste tarde al gimnasio porque querías quedarte con Mono.

No era una pregunta. Sus palabras salían despacio, sopesándolas una a una, con un aire solemne que me heló la sangre. ¿Le había molestado? Quizá había excedido su confianza.

—Desi me ha dicho que casi te enfrentas con ella, por cuidar de él, porque yo no estaba allí.

—No quería enfrentarme a ella… No, es Desi. —Sacudí la cabeza—. Sé de sobra que Mono estaba en buenas manos. Es solo que… —Agaché la mirada hacia mis manos, buscando las palabras.

—No te perdonarías que le pasara algo a Mono y tú no estuvieras allí para impedirlo.

Levanté mi cabeza rápido, con los ojos totalmente abiertos, anonadada de la facilidad con la que Yira había leído unos pensamientos que todavía ni siquiera había logrado ordenar en mi cabeza.

—Guindilla, si algo le pasara a Mono… —Sus palabras se cortaban—. Y yo no estoy…

Su mirada se clavó en mí, con los ojos entornados. Terminé la frase por ella.

—No dejaré que le pase nada. Te lo juro.

Pero su rostro no se relajaba y sus manos se apretaban la una contra la otra. Mi cabeza le daba vueltas al juramento que acababa de hacer, dispuesta a cumplirlo pasara lo que pasara. Entonces otro nombre acudió a mi cabeza.

—Este sitio puede llegar a ser un infierno. Pero te juro que, si cualquier cosa os pasa a Mono, a ti… o a Yeyé, lo solucionaré. Como sea.

Escucharme nombrar a la niña hizo separarse a las manos de Yira.

—Cuando llegué aquí ella ya estaba. Era un bebé, igual que Mono. No tenía a nadie. Mono y ella son como hermanos.

Su voz cada vez se escondía más y sus ojos se cerraron unos segundos.

—Si yo no estoy…

—Pues estaré yo. —Salté animada, intentando aligerar el peso del ambiente—. Tampoco es que Gorila me vaya a dejar ir de vacaciones, ¿no? Con el gusto que ha pillado a verme sufrir…

Yira soltó una tremenda carcajada, más para empujar hacia fuera el nudo que le había estado molestando en la garganta que por mi humor, y se frotó los ojos con los dedos.

—¿Y a dónde te irías de vacaciones?

Medité unos segundos mi respuesta, hasta que di con el lugar más recóndito y abandonado del continente que recordaba.

—A las Aldeas de Hielo del norte de Betalia.

—¡Pero si duermes con dos mantas encima del edredón!

—Pero seguro que allí Gorila no me encontraba. ¿Tú has visto algún gorila en las Aldeas de Hielo?

—Tampoco he visto ninguna gata…

Estuvimos un rato más compartiendo comentarios absurdos que nos llenaban de risa, ahogando las carcajadas y mandándonos callar la una a la otra para no despertar al resto de mejorados.

35

A pesar del cansancio que lastraba mi cuerpo, mi mente no sucumbía al sueño. Dar vueltas y vueltas en la cama era todo lo que podía hacer. De repente, toda la información que había ido asimilando durante el día empujaba en mi memoria, intentando cuadrar de algún modo. Que algo hiciera clic. Conocer cómo funcionaba aquel lugar. Cuando creía que ya me había adaptado, que dominaba la rutina, nuevas informaciones aparecían. Y cada una conllevaba un peso en sí misma. Llegar tarde al gimnasio, Las Fuerzas, las jerarquías, el estudio de Rohner… No haberle contado nada a Yira sobre aquello…

Todos esos pesos juntos presionaban justo por la zona de mi pecho, hundiéndome en el colchón. No lo aguanté más y repetí el camino de la noche anterior.

El patio se me presentó más calmado, sin rastro de la humedad de la lluvia. Trepé, sin distraerme, las escaleras hasta la bóveda del tejado, buscando la luna antes de salvar el último escalón. Allí estaba, un pasito más evolucionada que la noche anterior, de camino a florecer por completo.

Recorrí el tejado hasta encontrar un hueco menos inclinado, cercano al que había elegido ayer, pero un paquete me llamó la atención. Justo en la parte derecha de la bóveda se encontraba una pequeña columna, por donde huía el aire de las tuberías de ventilación hacia arriba. No recordaba haber visto aquel bulto ayer.

Concentré al máximo mi sentido auditivo, girando mi cabeza hacia todos lados, intentando captar el sonido de alguien cercano. Del dueño del paquete. Nada me indicaba que hubiera alguien allí. Entonces me acerqué despacio, con cautela, con mis oídos todavía desplegados a merced de cualquier sonido que se produjera y desenvolví el envoltorio del paquete.

Una manta marrón, similar a las que cubrían nuestras camas, apareció perfectamente doblada. Y encima de ella, una nota escrita a mano. Volví mi cabeza una vez más, confirmando que en ese tejado me encontraba sola. Sin perder la postura en cuclillas al lado de la columna de ventilación recogí el papel:

> «Aunque la oscuridad de la noche nos abrigue, una sudadera encima del pijama no es suficiente para las noches en vela, Guindilla».

Me erguí enseguida, apretando el papel cuadriculado entre mis manos, arrugándolo por ambos lados. Desesperadamente busqué a cualquiera que pudiera andar cerca. Lo busqué desde distintos ángulos del tejado, con mi vista nocturna, con mis oídos mejorados. Nadie.

Volví hacia la columna y, sin soltar la nota, agarré la manta, examinándola detenidamente. Era una simple manta. Pero con las dos palmeras bordadas en blanco.

No del todo convencida de su inofensividad, la coloqué por encima de mis hombros. Su peso me envolvió con tal confort que dejé caer mi espalda sobre la salida de humos, arrastrándome hacia abajo hasta que toqué el suelo, doblando mis rodillas hacia el pecho. Estiré de las puntas del cobertor para colocarlo cubriéndome por encima de las rodillas también, dejando solo un espacio abierto entre mis manos, manteniendo la nota arrugada. Repasé la tinta negra con la que estaba escrita una vez más. Y otra. Y otra.

Alguien sabía que había estado allí. Todos los nombres pasaron por mi cabeza, pero ninguno me convenció lo suficiente de haber sido el autor de ese gesto. No aquí.

La luz de la luna me recordó para qué había subido allí y absorbió todos los pensamientos, vaciando mi mente. Me acurruqué un poco más en la columna, debajo de la manta, dejando que el calor me envolviera poco a poco. Unos minutos después, me encontré respirando profundamente, con mis pulmones recogiendo y expulsando aire sin dificultad, bombeando calma por el resto del cuerpo.

A pesar de que volví a doblar y meter en aquel envoltorio la manta, guardé la nota conmigo. El ciclo de pensamientos acerca de ella se había convertido en una obsesión y en lugar de pararme en el primer pasillo cuando volví a entrar a La Guarida, bajé hasta el segundo nivel, buscando la biblioteca.

Todavía ataviada con la mezcla de pijama y sudadera, crucé la estancia repleta de estanterías y libros hasta la zona de trabajo. Cuatro espaciosas mesas separadas entre sí formaban un círculo completado por una mesa en el centro. Cada una de ellas rodeada por cuatro sillas, dos en cada lado.

Me acerqué a la primera que se interponía en mi camino y, sin sentarme, arranqué la hoja de uno de los cuadernos que descansaban en varias de las mesas. Tuve que acercarme al escritorio de al lado para conseguir un bolígrafo que pintara.

Coloqué la nota arrugada hasta el extremo encima de la mesa y el papel recién arrancado a su lado. Ambos tenían el mismo estilo: un color blanco brillante servía de fondo para unos pequeños cuadraditos azules claritos. Eran las guías que permitían que los deberes de Mono, Yeyé y Rin se construyeran con renglones firmes.

Releí la nota un par de veces más. Me había dirigido directa a la biblioteca pensando que por el camino se me ocurriría una respuesta. Pero nada. Las ideas se volvían a agolpar en mi mente. Escribí y taché varias veces hasta que poco a poco, inclinada sobre aquella mesa, conseguí formular algo que me convenció. Al menos en parte.

> «Yo no contaré que has sustraído material de Jungle, si tú olvidas que he estado aquí arriba».

Era un intento patético por salvaguardar mi secreto. Porque no tomaran el único desahogo que me permitía respirar allí. Pero sin saber quién la había escrito…

Estaba a punto de amanecer, y si quería dejar de nuevo la nota, tenía que darme prisa. Escribí la frase una vez más para limpiarla de tachones, pero esta vez sobre el papel original, el arrugado. Sin pensarlo mucho más, corrí por los pasillos hasta el patio de nuevo, devolviendo la nota a su lugar sobre la manta.

Cuando volví a la habitación, Yira ya salía del baño con sus rizos acaracolados recogidos de la cara con una diadema elástica.

—¿Dónde estabas?

—No podía dormir.

Comencé a hacer mi cama, dando la espalda a la puerta del baño para que Yira no siguiera con su interrogatorio.

Mono había vuelto a encontrarse bien y para cuando llegamos al comedor, ya estaba saltando encima de su silla chillándole algo a Yeyé y Rin. Yira le regañó con suavidad, agarrándole por la cintura y devolviéndole al suelo con un solo brazo. Enseguida apareció Desi y yo recogí un par

de bollos que encontré y salí de allí. No quería afrontar cualquier consecuencia de nuestro encuentro de ayer.

Con la vista en el suelo y masticando los dulces, me fui hacia el gimnasio. Antes de embocar las escaleras me encontré con Hip y reduje el ritmo, adaptándome al suyo.

—¿Para qué te buscaba Rohner?

A Hip siempre la acompañaba el silencio. Yo disfrutaba de su presencia. Era increíble cómo sin decir nada, siempre ofrecía compañía. Por eso, cuando su pregunta se formuló tan directa, tan inmediata, mi cuerpo se detuvo. Me quedé mirándole perpleja.

—Rohner no se inmiscuye si no quiere algo.

Sin embargo, su tono era el mismo de siempre, desganado y con un toque de enfado. Se giró sin parar de caminar para retratar mi cara. Yo la miraba boquiabierta y con las cejas arqueadas.

—Hip…

—Yo solo te digo que te mantengas alerta.

Me dejó allí, en mitad de las escaleras, mientras ella desaparecía hacia la izquierda, marchándose hacia el gimnasio.

No había acabado de masticar las últimas palabras de Hip, cuando el trote de Yira me avisó de su llegada.

—Nos vamos.

La alegría dibujaba su cara y con una hiperactividad mayor a la normal en ella, me agarró del brazo y tiró de mí de nuevo hacia arriba por las escaleras.

—Nos requieren en Las Fuerzas. A las dos.

Y mis pies corrieron para alcanzar el trote al que Yira me obligaba, mientras me jalaba del brazo.

36

Cuando salimos al patio, el sol comenzaba a apretar, anunciando la consolidación de la primavera, a pesar de las todavía noches gélidas.

Yira condujo uno de los carritos por el complejo hasta las naves. Unos minutos después, mientras esperábamos aún dentro del vehículo, con los ojos cerrados absorbiendo los rayos solares que entraban por la luna delantera, otro carrito apareció por el camino asfaltado.

El cabello rubio de Tiburón brillaba detrás del cristal, capturando cada reflejo del sol. Con un gesto solemne se apeó del coche y se dirigió hacia el nuestro, apoyándose en el lateral de Yira. Su sonrisa intensa colisionó con una mirada petrificante de la mejorada. Tiburón tensó su cuello, todo músculo, irradiando la tensión hacia sus voluminosos brazos, presionados por las mangas cortas de su camiseta. Pero no se rindió.

—Buenos días. Cada vez somos más.

Volvió a tensar sus músculos. Me di cuenta entonces de que era un absurdo intento por impresionarnos con su cuerpo. Una mueca se dibujó en mi cara. Yira seguía sin parpadear, con una mirada implacable.

Sin decir nada, le empujó hacia un lado y abandonó el carrito. Yo seguí sus pasos. Y Tiburón los míos.

No se callaba.

—No te asustes, pero Las Fuerzas están pensadas para unos pocos…

Se detuvo para esforzarse en elegir la siguiente palabra. Al parecer le costaba pensar y andar al mismo tiempo.

—Elegidos —bramó por fin.

Yira sopló por sus labios, haciéndolos moverse hasta formar un sonido parecido a una pedorreta. Pero Tiburón no pareció escucharla.

—Es muy duro, no todos lo aguantan.

Yira se paró delante de uno de los primeros árboles que se abrían hacia el bosque y se sentó en la hierba, con la espalda apoyada sobre su tronco. Sus brazos oscuros brillaban mientras absorbían la cálida radiación del cielo. Caminé por el terreno mullido por las briznas de hierba que se arremolinaban a mis pies con cada paso. Las lluvias de estos meses las habían hecho crecer salvajemente y ahora despuntaban luchando por absorber los rayos del sol.

Al llegar al mismo árbol en el que se había colocado mi amiga, flexioné mis piernas hasta ejecutar un salto hacia el tronco. Con mis pies contra la corteza, impulsé mi cuerpo en un movimiento rápido y alcancé una de las ramas. En cuestión de segundos y manteniendo los brazos del árbol con el mínimo movimiento posible, mi cuerpo se había acomodado en una rama justo encima de Yira. No era muy alta, pero visualizaba los cochecitos, a Yira y a Tiburón, que se detuvo enfrente, con los brazos cruzados en el pecho, forzando los músculos de sus bíceps y entornando los ojos color canela para protegerse del sol que le atacaba al elevar su vista para captar mis ágiles movimientos. Cuando me había relajado en el árbol, Tiburón volvió a respirar y por consiguiente a hablar.

—Yo llevo ya más de un año entrenando con ellos, pero, claro, con mi porcentaje…

Arqueó las cejas hacia Yira. Su patetismo empezaba a revolverme el estómago.

—Yo tengo más porcentaje que tú, imbécil —le corté secamente.

Fue suficiente para que su atención se desviara de Yira, que había abandonado su rostro hierático para dibujar una sonrisa ante la perplejidad de Tiburón.

—Y, aun así, con todos estos meses en Las Fuerzas, podría patearte el culo sin esfuerzo.

Empujé mi cabeza hacia atrás, dejándola caer relajadamente contra el tronco del árbol que sujetaba mi espalda.

—¿Patearme el culo? ¿Qué tienes, cinco años?

La carcajada de Yira le ofendió mucho más que mi comentario. Sus brazos se desenlazaron para quedarse colgando a ambos lados de su cuerpo, sus manos cerradas en puños.

—¿Quieres que te lo demuestre?

Elevé mis cejas en respuesta, haciéndole ver lo ridículo de su comentario, pero a la vez mentalizándome para no entrar en su absurda competición. Fue suficiente para que volviera a por Yira, acercándose un paso más hacia donde ella extendía sus piernas en la hierba.

—También puedo demostrar otras cosas. Pero solo a ti.

El guiño de ojo al final de la frase que remató el tono soez hizo que Yira se elevara como una flecha frente al árbol, con sus ojos fijos en Tiburón, que mantenía la sonrisa de idiota.

Antes de emitir mi siguiente bombeo de sangre en mi cuerpo, yo ya había descendido de un salto de la rama en la que estaba, con la hierba amortiguando el sonido de mis pies golpeando el suelo, pegada a la espalda de Yira. Coloqué mi mano sobre su hombro, haciéndola consciente de mi presencia.

Tiburón osó reducir su distancia con Yira un paso más.

—Déjalo ya.

Las palabras de Yira no eran ningún farol, lanzadas frías y duras como rocas. Desde atrás, observé cómo todo su cuerpo se tensaba.

Antes de que Tiburón marcara su siguiente paso, yo ya había avanzado hasta la posición de Yira, colocándome a su lado.

—Se ha puesto celosa.

Su sonrisa la enviaba ahora hacia mí. Mi cuerpo se tensó al completo y mis manos se cerraron. Tiburón se encogió de hombros y viró hacia Yira, con una voz suave.

—Sigo manteniendo mi oferta.

—Cállate la boca.

Mi grito fue más bien un gruñido. Sin darme cuenta había adelantado a Yira, cubriéndola parcialmente con mi cuerpo. Tiburón se dirigió a mí, lentamente.

—Y tu oferta también.

Adelanté un paso y me acerqué a Tiburón. Noté la mirada reprendedora de Yira en mi nuca.

—Cuando quieras.

Sonriendo maléficamente, acerqué mi cara a la suya y estiré mi espalda, dejando sobresalir mi pecho. Liberé una espiración profunda, un aliento ardiente hacia la cara del mejorado. El cuello de Tiburón se estiró y sonrió también en respuesta, mostrándome sus dientes afilados. Era como en mi sueño.

No dejé que ese pensamiento se quedara y tensé todo mi cuerpo, llevando mi atención a los movimientos de Tiburón. Repasé mentalmente la ficha que me había hecho de él durante las peleas en la plataforma. Rápidamente dirigí una mirada fugaz hacia su pierna izquierda.

El claxon de un coche hizo que nos separáramos.

—Lo tenía controlado —me susurró Yira mientras me llevaba del brazo hacia la zona donde un coche más grande que los nuestros, descapotado y tintado de color verde oscuro, nos esperaba.

—Lo sé. Pero yo no.

No me hizo falta mirarla para intuir cómo rodaba sus ojos hacia atrás ante mi respuesta.

Al volante del vehículo nos esperaba una chica morena, con el pelo corto a la altura del cuello, oscuro y muy liso, decorado con una gorra de color militar, a juego con su uniforme, ambos con el dibujo de las palmeras. Las gafas de sol le cubrían los ojos, pero una sonrisa por debajo de ellas, potenciada por el bermellón brillante de su pintalabios, nos iluminó cuando nos acercamos a saludar.

A su lado, en el asiento del copiloto, un hombre de unos cuarenta años, también ataviado con ropajes militares y gafas de sol, movía una mano hacia Tiburón, ordenándole subir a la parte de atrás. Nosotras le seguimos.

Cuando habíamos atravesado el asfalto, el coche viró hacia un túnel muy similar al primero que vi cuando llegué. Cuando aquel coche oscuro me transportó hasta Hormiga. Probablemente fuera el mismo túnel, pero con tantos giros, la baja iluminación y la similitud de cada metro que recorríamos, tenía tan claro que era el mismo túnel como que no.

Después de un rato de recorrido de paredes cavernosas, el sol volvió a cegarnos, indicándonos que habíamos llegado a la superficie.

Un par de filas de tiendas de campañas enormes salpicaban el tremendo terreno inerte. El barro reinaba por todas partes y la humedad hacía descender la temperatura del ambiente.

El coche se detuvo y nos dividimos en dos grupos. Yira y yo fuimos con la chica, que al bajarse del coche pude comprobar que, aunque su estatura se encontraba por debajo de la nuestra, su cuerpo estaba increíblemente musculado. No supe en qué lo noté exactamente, pero tenía varios años más que nosotras. Alguna decena más. El otro hombre se perdió por el barro en silencio, con Tiburón detrás.

—Tú eres Guindilla, ¿no?

El sonido del chicle que mascaba se colaba ahora entre mis sonidos en primer plano.

—Yo soy Águila.

Recibí la mano que me tendía para saludarme y asentí en respuesta a su primera pregunta. Yira nos observaba desde un lado, sus ojos completamente iluminados. Por alguna razón, para ella, Las Fuerzas eran algo especial.

Después de las presentaciones, nos condujo lejos de las tiendas de campaña, trepando una pequeña colina. Debajo, entre el barro, quince muñecos enormes, formados con sacos rellenos de algo pesado que a la distancia no pude averiguar y clavados al suelo con vigas de madera, se repartían por la enorme superficie. Era como visualizar una plantación de guerreros espantapájaros.

Bajamos la colina y Águila nos explicó el ejercicio. La verdad es que no entendí nada de lo que decía. Todo eran palabras que yo solo era capaz de reconocer si las había escuchado en alguna película. En alguna de guerra.

Menos mal que Yira comenzó primero. Con un chaleco en su pecho, empezó a correr por el campo hacia el primer muñeco. Jamás la había visto esprintar así. Ni siquiera cuando entrenábamos al aire libre. Todo su cuerpo se bamboleaba hacia delante y hacia atrás, jugando con la dirección del aire, impulsándose con sus brazos y sus piernas. En cuestión de un minuto, había llegado al primer muñeco, que azotó con sus manos justo en el costado, donde una marca roja formaba una cruz. La fuerza con la que soltó el impacto fue tal que el muñeco se bamboleó.

Fue repitiendo los mismos movimientos por el resto de figuras, sin perder un mínimo de velocidad entre los metros que separaban cada una de la siguiente. Cuando Yira volvió a nuestra posición con la cara sonrojada por el esfuerzo, Águila, con un cronómetro en la mano, la felicitó por su ejercicio. Las mejillas de Yira se colorearon aún más.

Durante mi turno, el ejercicio no fue tan fluido. El chaleco que me colocó Águila pesaba al menos unos cuatro kilos. Era muy complicado mantener mi cuerpo en movimiento con él encima. Uno a uno fui golpeando los maniquís, a un ritmo mucho menos veloz que el de Yira.

—No está mal para ser la primera vez. —Me dedicó Águila mirando el cronómetro.

Mentía. Era un tiempo de mierda. Tiré el chaleco en el suelo y me tumbé a su lado, intentando retomar la respiración. Todo mi cuerpo ya se había cubierto de barro antes de terminar el ejercicio.

Un sonido metálico llamó mi atención y giré mi cuerpo en el suelo, para observar en la dirección en la que Águila y Yira se habían agachado. Me arrastré hasta ellas para fijarme más detenidamente.

De una bolsa parecida a las de deporte, pero en tonos pardos y con las palmeras de Jungle bordadas en blanco, Águila comenzó a sacar armas. Ninguna de fuego. Me hubiera sorprendido después del *Decreto Secesionario* que le otorgó la libertad de Gobierno a las aldeas a cambio de la destrucción total de cualquier arma de fuego. Yo no había nacido todavía cuando tuvo lugar la rebelión, pero parece ser que el 95 % de las armas de fuego, de todos los calibres, se concentraban en las aldeas. El Gobierno central se garantizó eliminar absolutamente todas las armas de fuego, dentro y fuera de las aldeas. No confiaban en que los líderes de las aldeas se volvieran a armar, así que el comercio, legal e ilegal de estas, fue también aniquilado. Pero ¿otros tipos de armas? Esas no eran complicadas de encontrar y Águila, por el tamaño de su mochila, tenía un arsenal.

Águila se apartó y echó una miradita pícara a Yira, que se agachó directa a por algo parecido a una espada, pero más corta y ligera. El hierro bailó en su mano mientras se acomodaba a su peso.

—Ahora tú, Guindilla. Puedes coger lo que quieras para el próximo ejercicio.

Me asomé a la bolsa. Quedaban unas cadenas, dos pequeños cuchillos tremendamente afilados, otro más grande, pero con dientes de sierra, un par de hachas, una más grande que la otra y unos óvalos de metal que encajaban en los puños. Estos últimos los reconocí, eran del estilo de metal que Urraca escondía y con el que me asió un puñetazo en uno de los combates de la plataforma.

Pero mis ojos volvieron a los cuchillos. Esos dos cuchillos de hoja afilada que danzaron con los rayos del sol cuando los saqué de la mochila. Apenas pesaban, pero su empuñadura era lo suficientemente gruesa como para adaptarse a mi mano cerrada. Sendas palmeras de Jungle grabadas en la empuñadura oculta bajo mis dedos.

Repetiríamos el ejercicio, pero esta vez comenzaba yo. Invadida por el equilibrio de los cuchillos en ambas manos y acostumbrada algo más que la primera vez al peso del chaleco, mis movimientos esta vez fueron mucho más rápidos. Las zonas marcadas en rojo de los muñecos ahora eran insertadas por los cuchillos. Me agachaba para clavarlos de abajo hacia arriba en los puntos más bajos, rectos si se dirigían al costado, o de arriba abajo si tenía que impactar en una zona que, durante la anterior ronda, había encontrado más dura.

Las caras de aprobación de Yira y Águila me esperaban al terminar el ejercicio, ambas asintiendo en silencio. Para cuando Yira comenzó a volar su sable por entre los muñecos, yo ya estaba de nuevo tirada en el suelo, exhausta.

Repetí el ejercicio una vez más. Esta vez lanzaba los cuchillos antes de llegar físicamente al

objetivo, en carrera, con ambas manos, para luego recogerlos de donde se habían clavado y con la misma inercia hacerlos impactar en el siguiente muñeco. O mientras recogía un cuchillo con una mano, lanzaba el otro desde mi mano contraria, habiendo establecido la puntería un momento antes. La adrenalina corría libre por mis venas.

Después de la segunda ronda de Yira, ya no quedaron muñecos que atacar y Águila nos invitó a su tienda, obligándonos primero a sacudir el barro que cubría todo nuestro cuerpo.

El tamaño que aparentaba desde fuera no engañaba. En el centro de la tienda una especie de estufa, con troncos en su interior, calentaba el espacio. Justo enfrente de la tela que se abría para dejarnos paso, una estructura con cuatro patas sujetaba un colchón, no muy abultado, pero firme. Por el resto de la estancia se repartían unos asientos en forma de puf, blandos y recubiertos de pelo aterciopelado. Yira se dejó caer en uno de ellos, que casi se la traga por completo. Su mano acariciaba los pelos suaves del forro que la envolvían.

A pesar de ser un lugar oscuro, algunas bombillitas, cojines claritos y un par de plantitas pequeñas que colgaban de las varillas metálicas que mantenían firme la tienda, hacían el espacio bastante acogedor.

Águila se dirigió hacia el escritorio del otro lado de la tienda, repleto de papeles que removió, hasta que encontró lo que quería y apuntó algo con la mano ligera.

Al verme inspeccionar la tienda con tanta atención, Águila se acercó a mí.

—Me ha llevado algo de tiempo, pero he intentado darle un toque… hogareño. —Sus ojos avellanados, ahora ya sin las gafas de sol, buscaron los de Yira sin dificultad. La mirada de mi amiga hacía rato que no se había separado de los movimientos de la mujer.

Águila me dejó continuar observando, que mis oídos analizaran todos los sonidos de dentro y fuera de la tienda: el repiqueteo de los troncos en la estufa, el ruido del calor que emanaba hacia arriba, los pasos en el barro en el terreno de fuera… No escuché ningún animal. Ni siquiera algún grillo o pájaro de lejos. Un sonido rugoso me devolvió a la tienda.

Águila me ofrecía un recipiente de plástico cuadrado, con una lámina transparente por encima. Dentro, un trozo de pan, algo de arroz con verduras y un tenedor se colocaban cada uno en un hueco a su medida. Agradecí el gesto mientras ella le entregaba otro envase idéntico a mi amiga y sujetaba un tercero a la vez que se hacía hueco en otro puf, pegado al de Yira.

El dolor que recorría todo mi cuerpo, acusando los músculos de mis brazos y mis piernas, con el peso fantasma del chaleco todavía en mis hombros, me obligó a tirarme en otro de los pufs, algo más separado. Un sonido en mi estómago me hizo darme cuenta de que hacía ya mucho que había pasado la hora de la comida y me dediqué al plato.

Águila justificaba el poco sabor de la comida, explicándonos que en las tiendas no reinaba el lujo, pero prefería mantenerse fuera del barracón comedor. Recordó con cariño los platos de Desi y le pidió a Yira que le mandara recuerdos. Todos los mejorados de Las Fuerzas habían pasado por La Guarida. O al menos todos los que estaban en este campamento. Cuatro de ellos, Águila incluida, todavía debían obedecer las órdenes de Gorila en ocasiones, no habían promocionado lo suficiente como para dedicarse al 100 % a Las Fuerzas. Andaban a caballo entre Gorila y Oso, me explicó, que era el general de Las Fuerzas, quien solo respondía ante Hormiga.

—¿Cuántos sois entonces en Las Fuerzas, en total?

—Depende de las bajas…, pero unos mil mejorados.

Capturé la mirada fugitiva de Águila hacia Yira, que le devolvió una sonrisa relajada que la animó a seguir hablando.

—Normalmente vamos a misiones *no oficiales*. —Sus dedos se arquearon para simular las

comillas—. Donde no seamos vistos o detectados. Algunos son incluso propuestos para alguna misión privada, subastados al mejor postor. Hormiga es un hombre de negocios. Pero en realidad lo que hacemos son funciones de soporte. Completamos misiones que se quedan a medias porque ha habido muchas bajas, o luchamos en bandos con desventaja, como factor sorpresa. Y si el sistema público nos requiere…, Hormiga no tiene más remedio que facilitar nuestra posición. Pero ya se encarga de mandar a los menos desarrollados.

—A los que tienen menos porcentaje —aclaró Yira.

—Hormiga no va a apostar a sus mejores caballos en beneficios tan bajos.

Me coloqué entre los rellenos del puf para levantar la parte superior de mi cuerpo y poder mirarlas directamente.

—¿Somos los juguetes de Hormiga entonces?

—Somos piezas de ajedrez.

El comentario de Yira apareció automático, sin importancia, no era la primera vez que lo decía.

—Para Hormiga somos extremadamente valiosos, cada mejorado significa mucho dinero para él.

—Además de aumentar su tremendo ego cada vez que hace los tratos con los generales de los otros ejércitos. Ese poder para decidir si despliega o no Las Fuerzas le pone cachondo.

Yira echó una mirada fulminante a Águila, mientras sus mejillas se inundaban en un color rosáceo en segundos. Águila colocó su mano rodeando el brazo de Yira y le dio un pequeño apretón a la vez que le sacaba la lengua. Un sentimiento cálido me invadió ante aquel gesto, devolviendo de nuevo mi espalda al sillón. Hice un esfuerzo por recordar las explicaciones de Hormiga el día que le conocí.

—¿Entonces Hormiga descubrió el Gen Jungle?

Las dos se rieron ante mi pregunta, Águila mucho más alto que Yira.

—¡Qué va! El Gen Jungle lo descubrió una mujer, Julia Carmona, mucho antes de que Hormiga montara su ejército. Hace veinte años.

—Pero Hormiga me dijo que había sido a raíz de las bacterias del aire, que con las vacunas…

Arrugué mi frente fuertemente, intentando hacer presión sobre mi cerebro para exprimirlo y recordar las palabras del hombrecillo en aquel cuarto con trastos.

—Te mintió. Menuda novedad.

Yira le dedicó un rostro represivo y cariñoso a Águila y continuó ella con la explicación.

—Con las vacunas del BAC_01, lo que consiguió Hormiga fue darle un empujón al descubrimiento de los mejorados. Así fue como llegaron Rin y Tiburón, un par de años antes que tú.

¿Cómo no me había dado cuenta? Yira me había contado que Mono era un bebé cuando llegaron y Yeyé también. Eso tenía que haber sido antes de la pandemia. No mucho antes, pero definitivamente no cuadraba con la historia de Hormiga.

—¿Y los demás?

—Cuando yo llegué —continuó Yira— Hip ya estaba en La Guarida y se comportaba exactamente igual que hoy en día. Y Lobo y Urraca estaban incluso mucho más unidos que ahora.

—¿Unidos? Yo diría, más bien, que Lobo es el guardaespaldas de Urraca.

Mi última frase salió con tanta fuerza, empujada por una ira que no me había dado cuenta de que se estaba cociendo en mi interior.

—Bueno, todo el mundo tiene una historia. Y La Guarida, también —intervino Águila.

Era Yira ahora la que levantaba su cuerpo para mirar inquisitiva al rostro de Águila. Yira era la persona más alegre y con la mirada más limpia que había conocido en la vida, pero cuando esa mirada desaparecía, podía congelar los mismísimos infiernos.

A pesar de la presión de Yira, Águila no desveló ningún detalle más que explicara su última intervención.

Aguardamos unos minutos en silencio, apurando los granos de arroz que quedaban en el plástico, cuando una megafonía, similar a la del complejo, ordenó a todo el personal de las tropas marchar en otro lado del terreno.

Águila se puso en pie inmediatamente, y una cabeza se asomó por la tela que ejercía de puerta. El mismo hombre que había acompañado a Águila en el coche, se ofrecía a llevarnos de vuelta.

Abandoné la tienda de campaña, arrastrando los pies por el barro, el peso de mis muslos presionando hacia abajo. Mi satisfacción aumentó un poco cuando coincidimos con Tiburón en el coche, con los cabellos rubios empapados de sudor y barro y su cuerpo vencido por sus músculos. No le quedaban fuerzas para balbucear ninguna de sus chorradas.

Llegamos a tiempo para la hora de la cena. Dejé que mi cuerpo destartalado después del entrenamiento volcara directamente en la silla de la cocina, mientras los tres pequeños nos rodeaban a Yira y a mí para contarnos todo lo que había sucedido ese día. Poco después, entraron el resto de mejorados. Y Desi. Elevé la mirada trémula, intentando averiguar su estado de humor, pero, por suerte, Desi conversó con cada uno de nosotros durante la cena como cualquier otra noche. Un peso abandonó mi cuerpo.

Antes de terminar de cenar, Hip nos sorprendió apareciendo por la puerta, sirviéndose una porción del pescado de la bandeja y volviendo a su habitación. No había venido a por el pescado. El bufido que desprendió cuando pasó por detrás de mi silla, me indicó lo divertido que le parecía verme allí tirada, con mi cuerpo arrastrado en la silla y la cabeza casi apoyada en el borde del respaldo.

Era como si supiese que hoy había sido mi primer día en Las Fuerzas y hubiese predicho mi estado al retornar. Hip sabía muchas cosas, se enteraba de muchas cosas. Pero no las compartía.

Giré mi cabeza como pude hacia la encimera y esperé a que terminara de servirse y se diera la vuelta. Levanté mis cejas hacia ella, sin poder evitar esconder una tremenda sonrisa. Yo también me hubiera reído si hubiese visto mi imagen así, en aquel momento.

En su camino de vuelta, Hip palmeó mi hombro, negando con la cabeza y apretando los labios para disimular su esfuerzo por mantenerse seria ante los demás. En el fondo, las dos nos aguantamos una carcajada.

Cuando terminamos de cenar, concentré todo mi esfuerzo en meterme en la ducha. Después de un buen rato dejando caer el agua caliente por mi cuerpo, mis músculos reaccionaban algo mejor. Tampoco mucho. Debajo del grifo, repasando los momentos de aquel día, mis ojos chasquearon cuando un nombre pasó por mi cabeza.

Águila había dicho que el Gen Jungle lo había descubierto una mujer. En aquel momento en la tienda me obligué a grabarme su nombre, Julia Carmona, por alguna razón. Creo que pensando en buscar más información acerca de ella en la biblioteca.

Pero yo ya había visto ese nombre. Y lo había oído.

Me vestí con el pijama que ya había preparado encima de mi cama y salí corriendo hacia las escaleras del pasillo para esperar a Yira. Los tirones de mis músculos me obligaron a ralentizar el ritmo.

No sé si Yira tardó mucho en aparecer desde el cuarto de los niños, pero a mí ese rato se me

hizo eterno, repasando cada momento del día que dejé atrás mi anterior vida.

Yira saltó asustada cuando susurré su nombre desde el muro de las escaleras. Con una mano en el corazón, se sentó en su escalón, colocándome un manotazo en mi muslo cuando pasó por mi lado, como castigo por el susto.

—Julia Carmona.

Yira me miró sin entender nada.

—Yo he oído ese nombre antes. El día que me atraparon. Bueno cuando lo intentaron. Estaba en el médico. Un señor mayor comenzó a hablarme de algo que no me interesaba y desconecté. Pero luego me habló de ella. Tenía que ver algo con el ejército, pero no logro acordarme.

—Sí, Julia sirvió en el ejército. Águila coincidió con ella, antes de entrar a Jungle.

Por su tono, Yira ya había asumido esa información hacía mucho tiempo.

—¿Entonces Julia pertenece a Jungle?

—No creo… Por lo que me ha contado Águila, Julia no casaría con los tejemanejes de Hormiga.

Eso me llevó al segundo descubrimiento que mi memoria había realizado en la ducha.

—Pero en el cuarto donde me metió Hormiga cuando llegué al complejo, en los túneles, había papeles colgando por las paredes, periódicos, dentro de cajas… Y yo vi su nombre. El de Julia. Está en los registros de Jungle. ¿Tú no lo viste?

Yira frunció el ceño y bajó la voz.

—Yo no estuve en esa sala.

De repente me di cuenta de que todo este tiempo había supuesto que todos habíamos llegado allí de la misma manera. Incluso con la conversación anterior en la tienda, conociendo que cada uno había llegado con años de diferencia… No me había parado a pensar en la historia de Yira. O de Mono.

—¿Cómo llegasteis?

La mirada de Yira se apagó por completo y yo comencé a repasar un sinfín de temas que sacar para cambiar la conversación. Pero ninguno se esforzaba en desfilar por mi boca.

—En las aldeas todo funcionaba de otra forma.

—No hace falta, Yira, no se me había ocurrido pensar que…

Yira me cortó para seguir con su historia, pero su mirada permaneció atenta a las rocas de las paredes.

—Mono acababa de nacer, tenía un par de días cuando mi padre se cansó de nosotros. A mí me quedaba un año para cumplir la mayoría de edad, por lo que el jefe de las aldeas no le iba a permitir echarme de su hogar. Y él lo sabía. Las normas son diferentes allí, pero no cumplirlas conlleva severos castigos. Así que mi padre utilizó esas leyes a su favor y me vendió a un hombre de otra de las aldeas del mismo jefe.

Mi boca se abrió de par en par, sin emitir ningún sonido y mis cejas se juntaron en mi frente arrugada.

—Como mujer menor de edad, era su propiedad. Podía hacerlo. Y como yo era la única mujer de la casa, el bebé era mi responsabilidad. Lo metió en el *pack*.

Su tono completamente resignado se clavaba en mis entrañas.

—El hombre nos compró como mano de obra para su hacienda. Afortunadamente.

No quería saber qué otras opciones había. El pensamiento golpeaba en mi mente, pero no lo dejé pasar.

—Antes de cerrar el trato, nos obligó a pasar un control médico. Lo único que supe después, es

que Mono y yo éramos mejorados y que nos iban a trasladar a un lugar con techo, comida y educación. Donde no tendríamos que trabajar. Ni tampoco separarnos. Que Hormiga me asegurara que no volveríamos a ver a mi padre fue el empujón que necesité para aceptar la oferta.

Yira había vuelto a su mirada normal, aunque algo menos brillante de lo que me tenía acostumbrada. Sus manos se habían relajado en sus muslos.

—Cómo convencieron al hombre de la hacienda… ya no lo sé. Pero llevamos aquí más de cuatro años.

No sabía qué decir. Su historia… Me puse nerviosa pensando que Yira buscaría una reacción por mi parte.

—Joder.

Cerré mis labios fuerte después de la palabrota. Mis nervios no se calmaron, *joder* no me parecía suficiente. Pero tampoco podía soportar esa mirada de Yira, sin toda la luz, sin toda su esencia. Ligeramente perdida en aquel recuerdo. Me sentía incómoda ante todo ese sufrimiento. Sin poder hacer nada.

—Yo salté a un garaje.

Mi respuesta pilló tan desprevenida a Yira que su gesto cambió por completo.

—Para escaparme —expliqué—. Cuando Jungle vino a por mí. Pensé que tenía manía persecutoria, pero no. Era Jungle.

El humor resbalaba por cada una de las palabras, haciendo a Yira fruncir el ceño extrañada, pero devolviendo la luz a sus ojos poco a poco, según iba contándole mi historia.

—Menos mal que cuando llegué a casa les descubrí por la ventana, porque, si llegan a entrar, me pillan en la ducha.

Yira se tapó la boca para callar su carcajada.

—¡Imagínate! De esa imagen no se recuperan…

Yira me soltó un manotazo para reprenderme, pero la risa le había aflojado los músculos y solo pudo rozarme con sus dedos.

37

A pesar de que Yira me aseguraba que había sido una jornada suave, por ser mi primer día, la paliza en el campamento militar había conseguido que durmiera toda la noche del tirón. O al menos las pocas horas que nos quedaron cuando volvimos a la habitación.

Pero un tema pendiente, que había dejado rodando por mi cabeza en un segundo plano, me despertó un rato antes del amanecer. Esta vez me uniformé antes de subir al tejado de La Guarida.

Me di tanta prisa en subir, que hasta que no vislumbré el paquete desde las escaleras, no me di cuenta de que no había revisado los alrededores, de comprobar que nadie me veía. Tuve suerte.

Me abalancé hacia el bulto y revolví con mis dedos despacio, intentando buscar la nota, evitando sacar la manta. No me hizo falta esforzarme mucho. En el primer pliegue de la manta, perfectamente doblado y protegido del viento, encontré el papelito. Al tirar de él, un bolígrafo salió disparado en el aire. Mi mano derecha lo agarró al vuelo.

No sé por qué, pero los latidos de mi corazón subieron a mis oídos a medida que abría la nota, más larga que la que yo había dejado.

> «Imposible olvidarme de la chica que es tan estúpida como para subir a un tejado, en plena noche, después de una tormenta, solo con una sudadera.
>
> O lo suficientemente estúpida como para aceptar la invitación de cualquier extraño que aparece en el gimnasio».

Un chorreo de emociones se apoderó de mi cuerpo. La ira corría por mis venas ante el ataque de aquellas palabras, pero un sentimiento de diversión las envolvía. Al mismo tiempo, la sorpresa y la incertidumbre empujaban a mi mente a luchar por recordar todas las personas que estuvieron el día anterior en el gimnasio, buscando una pista que me resolviera el misterio de las notas.

Para darle tiempo a todas esas emociones a asentarse, releí de nuevo la nota, comenzando por el mensaje original, con exactamente el mismo estilo de letra que el último. No tardé en responder a la nota con el boli que todavía sujetaba en mis manos. Sin tachones esta vez:

> «¿O tan estúpida como para responder a un cobarde que se oculta detrás de notas de papel?».

Satisfecha con el resultado, volví al interior. El entrenamiento de por la mañana nos convocó a todos en el patio, con los brazos del sol flameando nuestras nucas, mientras formábamos la fila en orden. Antes de que llegara mi turno, un chico joven, con bata, apareció por la puerta y se dirigió hacia nosotros.

Dudó unos instantes antes de dirigirse a Gorila, llevando sus manos hacia los bolsillos de la bata y escondiéndolas ahí unos segundos. Me pregunté si la mirada petrificante que le había lanzado Gorila, en efecto, le había robado el movimiento. Quizá esa era su mejora.

Pero finalmente el chico consiguió verbalizar el mensaje para el que había sido enviado:

—Rohner solicita a la mejorada G-78. —Tragó saliva y apretó fuerte los labios—. Por favor —añadió al percatarse de la transformación del rostro de Gorila.

Si el otro día en el gimnasio, delante de Rohner, la cara de Gorila se enrojeció y dilató de ira, hoy había traspasado esos límites hasta el punto de darles la vuelta, contraponiéndose a él mismo. Su cara se había arrugado, dejando en primer plano su nariz abultada, ciertamente muy parecida a la de los gorilas. El color rojizo del otro día ahora se había transformado en algo más violáceo. Su labio superior se elevaba mostrando sus dientes y su mirada… Su mirada no era humana.

—¿Quién se cree que es? ¿No puede venir él a decírmelo? ¡Me tiene que mandar a un simple ayudante!

Los gritos de Gorila retumbaron por todo el complejo. En la fila nadie se dignaba a menear ni un músculo. Ninguno de los animales cercanos debía de moverse tampoco, mis oídos solo captaban la respiración encogida de todos los que estábamos allí. El chico de la bata comenzó a retrasar sus pasos.

Gorila caminó muy despacio hacia el muchacho, avanzando con cada paso con el que el ayudante de Rohner retrocedía, pero continuando con el discurso.

—Dile a tu jefe…

Un nuevo paso hacia atrás del chico, un nuevo paso hacia delante de Gorila.

—Que la próxima vez que ese desgraciado quiera intervenir en mis funciones…

Con cada paso sus palabras se volvían más roncas y apretadas.

—Venga él mismo en persona.

La espalda del chico topó con uno de los carritos mal aparcados por el patio. Gorila observó por encima de su cabeza. Cambió sus gritos por un leve susurro entre dientes que probablemente solo hubiésemos escuchado el ayudante y mis oídos mejorados.

—Si se atreve.

El chico colocó sus manos sobre la cabeza y se agachó automáticamente. Un movimiento rápido, de arriba abajo, y un segundo después el coche estaba volando por los aires y Gorila volviendo hacia nosotros. Con el temple serio de costumbre, pero sin rastro de su rostro animal.

—¿A qué esperas? —escupió clavando su mirada sobre mí.

No perdí un segundo y corrí hacia la puerta con el ayudante.

Durante el camino por los pasillos, pude observar varias veces el rostro mudo del chico, todavía cubierto de terror. Paramos delante de uno de los laboratorios, en el mismo nivel que el apartamento de Rohner. Acarició una pantallita al lado de la puerta con su tarjeta y me dejó paso para entrar. Rohner esperaba dentro.

Su cuerpo se giró para encontrarse conmigo y me sonrió con los ojos. Yo no pude mantener mis labios rectos, sonriendo con mi boca también.

Giré la cabeza sobre mi hombro, descubriendo que el chico aterrorizado me había seguido dentro de la sala, aunque esperaba de pie, con la espalda prácticamente pegada a la puerta.

—Vete preparando todo, por favor, Mejía.

No pude evitar recordar al chico barbilampiño que acompañó a Rohner durante mi primera prueba con el analizador. Estaban cortados por el mismo patrón, quizá este algo más corpulento que el primero y los cabellos algo más claros. Pero podrían haber sido hermanos.

En cuanto el ayudante me sobrepasó y llegó al armario del otro lado de la sala, Rohner se pegó a mí, tapando con su espalda los movimientos del chico y me agarró suavemente del brazo.

—No he logrado deshacerme de él.

Sus labios tan cerca de mi oído provocaron que su aliento fresco cosquilleara mi oreja. Mi piel se erizó. Pero eso fue todo.

Después de eso, siguieron horas en aquel laboratorio, repitiendo los mismos procesos y pruebas. Rohner, mostrándome los resultados desde su ordenador, ante la atenta mirada de Mejía, me explicaba cómo mis índices continuaban elevándose muy lentamente.

—Es un avance. Es la primera vez que conseguimos incrementar los números.

Entendí que era una buena noticia, pero su tono aséptico me hacía dudar.

—Hay una manera de elevar el ritmo de mejora.

—¿Más entrenamiento?

No escondí mi queja. Dejé que mi cuerpo se desinflara en la silla junto a la suya, separando mis piernas y dejando mis brazos colgando. Rohner se apartó de la pantalla y me clavó su mirada, primero sobre mis muslos, luego a mis ojos. Un parpadeo intenso entre medias.

—O más hormonas.

Rohner ya debía de conocer mi rostro intentando tomar una decisión y se me adelantó.

—Si aumentamos la dosis de hormonas potenciadoras, pero las repartimos en el tiempo, puede funcionar muy bien.

—¿No hay ningún efecto secundario? ¿Mi cuerpo no lo va a rechazar?

Esa era una de las posibilidades que me había explicado Rohner el primer día. Y era una de las cosas que me preocupaban sobre participar en el estudio. Que después de todo el esfuerzo, de Rohner, y el mío… Que no sirviera para nada. Fracasar en el Proyecto. Decepcionar a Rohner.

—He estado revisando mis estudios sobre el comportamiento de la hormona. Puedo inoculártela en dosis un tercio más bajas que las que estás recibiendo ahora. A cambio, podría inyectarte tres veces en un día, con espacio de una hora entre cada inyección.

Observé como el ayudante tomaba notas en una libretita pequeña que en algún momento había sacado de su bolsillo. Yo hacía lo mismo mentalmente.

—Significaría duplicar la dosis actual. Incluso algo más, pero con los descansos de una hora entre inyección y dejando reaccionar al cuerpo durante las siguientes veinticuatro horas, no debería haber problema.

Me di cuenta de que su última frase iba referida al ayudante, sin preocuparse de dirigir su mirada hacia mí. El chico asintió con la libreta en la mano y ambos esperaron en silencio.

—Si crees que puede funcionar… —Me encogí de hombros—. Adelante.

Una hora después, llegó el turno del segundo pinchazo. El líquido denso y jabonoso cedía a la presión del émbolo de la jeringuilla, empujando el contenido azul acristalado por debajo de la lámina superficial de mi piel. Yo observaba entretenida cómo esa misma presión se trasladaba dentro de mi vena, vislumbrando el cobalto de la hormona en ella, mezclándose con mi propia sangre, para después desaparecer por completo.

Cuando la segunda jeringuilla se había vaciado, Rohner ordenó al chico que fuera a buscar unos bocadillos para poder seguir con el estudio. Con el tono y las palabras que empleó el doctor, no le quedó más remedio que obedecer.

—Hormiga intenta controlarlo todo.

Caminó los tres pasos que le separaban de la camilla en la que yo acababa de recibir la dosis de la hormona.

—Y sí él no puede, manda a sus pajaritos.

Me levanté de la camilla, colocándome la manga de la chaqueta sobre el brazo en el que había recibido la inyección. Rohner arqueó las cejas y me dedicó una sonrisa malvada, a la vez que alzaba su brazo atrapando la mano con la que yo terminaba de colocarme la chaqueta. No opuse

resistencia mientras sus dedos sobre los míos deshacían mis movimientos, volviendo a desnudar mi brazo. Despacio, muy despacio.

Su atención no se detuvo en mis ojos cuando su otra mano se lanzó directa a por la pechera contraria de mi chaqueta, sus dedos despertando los centímetros de piel de mi brazo que rozaba mientras deslizaba la manga.

Mi respiración se agitó en anticipación, estática en el sitio bajo los movimientos prometedores de Rohner, hasta que mi chaqueta no fue más que un bulto arrugado en el suelo del laboratorio.

Entonces, eliminé el último paso que quedaba entre nosotros y agarré sus manos. Sus dedos se entrelazaron con los míos, firmes, retenedores. Un beso lento, profundo y suave fundió nuestros labios.

Enseguida, el ritmo de nuestras respiraciones se descabalgó y con ellas la intensidad. Rohner aprovechó la ventaja de su agarre y me empujó bruscamente contra la pared. La exhalación que emanó de mis labios por el impacto fue de corto recorrido, la lengua de Rohner había vuelto a ocupar su lugar junto a la mía.

El frío de los azulejos empujaba contra mi espalda, combatiendo contra la combustión que comenzaba a trepar por mi cuerpo.

Rohner siguió haciendo gala de su poder sobre mis brazos, obligándome en un único movimiento a juntar las manos por encima de mi cabeza, bien pegadas a la pared. Con mis muñecas pegadas la una a la otra y completamente presas en uno de los laterales de aquel laboratorio, Rohner me dominaba con una sola mano, mientras que la otra comenzaba a buscar su lugar por debajo de mi camiseta.

Giré mi cabeza para dejar paso a los besos húmedos de Rohner debajo de mi lóbulo, deslizando su lengua nada más alcanzar la piel de mi cuello. El aliento húmedo de sus jadeos rozaba cada centímetro de mi piel suavemente irritada por sus dientes. Las consecuencias las sentí mucho más abajo y mi garganta no pudo detener mi gemido de necesidad. La sacudida inesperada de placer empujó a mis manos a reaccionar involuntariamente, pero ahí estaba Rohner apretándolas firme de nuevo contra la pared.

Su mano libre había continuado su exploración, por mi cintura, por mis caderas, descendiendo por la parte baja de mi espalda hasta mis muslos, pero, cuando se encontró obstaculizado por la tela gruesa de algodón del pantalón del uniforme, se hizo hueco agresivamente entre las gomas de las cinturas e introdujo su mano. Toda ella cubrió mi glúteo, con un apretón mullido que encendió mis brasas hasta notar cómo ardía mi cara por completo.

Separé los labios, en parte para facilitar la respiración acelerada, en parte para buscar de nuevo la boca de Rohner. Él ya me estaba esperando. Mientras mi lengua se hundía en su profundidad, sus caderas me empujaron aún más contra la pared. El sonido de su cuerpo contra el mío no camufló los gruñidos de su respiración cuando la distancia entre nosotros se hizo inexistente. A pesar de la ropa, la amplitud de su diversión no podía ocultarse.

Mis manos luchaban por no sucumbir a mis impulsos de rodear el cuello de Rohner, por no desordenar su pelo, por mantenerse firmes ante su agarre. Un fugaz apretón en las muñecas me hizo recordar ese empeño. Ocupado todavía con mi boca, su otra mano se retorció debajo de mi ropa interior, tomando la posición delantera, conquistando el punto nervioso que me hizo flexionar las rodillas ante la descarga.

Rohner abandonó mis labios, separando su cara para observar la mía, del color de la lumbre a juzgar por el fuego que corría por mis mejillas. Los mechones de su cabello comenzaban a revelarse muy cerca de su frente. La miel de sus ojos era prácticamente imperceptible, las

salpicaduras verdosas habían conquistado sus iris cuando los entornó directos hacia mí, sombreando una sonrisa ladina. Sabía perfectamente qué significaba esa pausa, esa expresión. Era la antesala de la mano que forcejeaba por debajo de mi ropa interior, esperando en mi abertura. Cerré los ojos para esperar el asalto de sus dedos.

Los abrí de inmediato, de par en par. Mi respiración agitada e irregular dejó de ser respiración en absoluto. Un tirón fuerte de mis brazos me liberó del agarre de Rohner, que me devolvió una mirada acusadora, en *shock*.

—Ya viene.

Mi descoordinación para hacer funcionar a mis pulmones fue la culpable de que esas palabras no fueran más que un murmullo, pero fue suficiente.

No pasaron más de cinco segundos entre que los pasos de Mejía se colaron en mis oídos hasta que apareció su cuerpo por la puerta, pero, para entonces, Rohner ya estaba a varios centímetros de mí y su pelo había vuelto a su estado original.

Aunque yo me había separado de la pared, no me había recuperado tan fácilmente. Había podido estirar y recolocar mi uniforme sobre mi cuerpo, pero me costaba disimular el temblor de mis brazos, sin mencionar el moño completamente deshecho de mi cabeza y la humedad sobre mi ropa interior.

El resto del rato que pasé allí, tuve que soportar la mirada constante de Mejía sobre mí, con la sensación de encontrarme delante de una máquina de rayos x, que pudiera descubrir mi interior. Como si concentrando su mirada en mí, lograría averiguar qué había pasado cuando él no estaba.

Después de un tiempo de previsión desde que me pusieron la última dosis, Rohner me mandó de nuevo a La Guarida.

El entrenamiento de por la tarde en la nave se me pasó más rápido aún. La energía corría desbocada por mis venas. Creo que la tensión no resuelta con Rohner en el laboratorio tenía mucho que ver. Pero realizaba cada ejercicio sin complejidad al primer intento.

El hambre era rampante cuando me senté a la mesa esperando a que Desi comenzara a servir los platos de sopa que antecedían al pollo al horno que olfateé desde que bajé por los escalones de la entrada. Mi concentración en la comida era tan brutal que no me esforcé en evitar las miradas de desconfianza del grupo de Urraca. Ni siquiera los ojos penetradores de Lobo me quitaron el hambre.

—¿Estás bien?

Yira susurró a mi lado después de verme llenarme la boca con el tercer muslo de pollo de esa noche, directo desde mis manos. Igual que yo había pasado el último rato obsesionada con el olor de la comida, la obsesión de Yira había sido que Mono terminara al menos la sopa. Mi corazón seguía galopando rápido y mi respiración encontraba dificultades entre las exigencias de mis pulmones y la obstrucción de mi boca por la comida.

Respondí a su pregunta asintiendo con la cabeza e intentando vocalizar una afirmación que se transformó en un «Mmm» sin haber tragado el pollo todavía.

La mirada incrédula de Yira antes de volver a la sopa de Mono me obligó a tragarme lo que quedaba de comida para poder contestar.

—Esta noche te cuento.

Yira asintió en silencio y volvió a su tarea.

No sabía muy bien qué era lo que le iba a contar. No era fácil. No con Yira. A estas alturas, con Rohner haciendo gala de su estridente manera de retar a Gorila durante los entrenamientos, delante del resto de mejorados, el grupo de Urraca ya tendría sus propias hipótesis. A pesar de lo

que pensaba en un principio, las consecuencias de eso no me importaron. Creo que podría gestionar bastante bien sus ataques. No sé lo que sabía Hip, pero después de su advertencia el otro día… Sin embargo, todavía no me había atrevido a contarle nada a Yira. No me sentía a gusto contándole solo una parte, la que Rohner no se había preocupado en ocultar. Sin embargo, el otro terreno, el roce entre Rohner y yo, la incapacidad de que no me temblaran las piernas cuando estábamos a solas, la aceleración de mi corazón tan solo con tenerle en frente, la adrenalina con cada roce de sus dedos sobre mi piel. Eran tantas sensaciones… Y tan intensas. Mi cerebro se nublaba ante ellas, con Rohner delante, o con su simple recuerdo.

No. Eso no se lo podía contar. Se lo había prometido a Rohner. Además, ni siquiera sabría cómo contárselo. Comunicar cómo me sentía no era una de mis mejoras.

Pero haber accedido al estudio… No sabía cómo Yira se lo podía tomar. Un sudor frío acudió a mi frente ante ese pensamiento, sentada en el escalón, mientras esperaba a que sus trotes ligeros acudieran. Que Yira descubriera que yo no era la persona que ella pensaba, a la que acogió desde el primer día sin conocerme, con la que compartía sus intimidades sin pedir nada a cambio, de la que se preocupaba, en la que confiaba tanto que pidió que cuidara de su hermano y Yeyé si ella faltaba. Yira era familia. Familia en un sentido en el que no había conocido hasta ahora. Por primera vez desde que llegué a Jungle tuve miedo, terror a que todo eso que Yira había construido, algún día yo lo destrozara.

Un rato después, Yira se asomó al pasillo para decirme que se quedaría a dormir con Mono. Parecía que la fiebre le atacaba otra vez.



La aceleración galopando por mi interior, dibujando círculos que se concentraban en mi estómago y mi pecho, irradiando hacia las extremidades, continuaba cuando me fui a la cama. No me preocupó mucho, porque cuando me coloqué debajo de las sábanas, dormir no estaba entre mis planes. Con Yira en la habitación de los niños, mi pantomima duraría hasta que Hip se durmiera. Hasta que la noche hubiese entrado un poco más en el complejo y no fuera demasiado arriesgado salir al patio.

Con la cabeza en otros sitios durante el día, el último mensaje del tejado no había parado de pivotar por mis pensamientos, conquistando en muchos momentos la primera fila, aunque no permanecía por mucho tiempo. O al menos no el suficiente como para lograr formar en mi cabeza una idea realista de quién podría ser su autor. Quién de todos los que estuvieron en el gimnasio ese día.

Cuando uno de los suspiros de Hip me confirmó que ya soñaba, volé hacia el patio. Mi corazón se encogía y dilataba con esfuerzo después de la carrera hasta el último escalón del tejado. Incluso di un pequeño brinco cuando comprobé que la cadena de mensajes anónimos continuaba en el papel, de nuevo cubierto entre la manta al lado de la salida de humos.

«Es de otros cobardes de los que deberías preocuparte».

El frío de la noche se apoderó de mi cuerpo. No había humor. Después de ese mensaje, lo que más me afectó es que no quedaba un resquicio de humor en las palabras. No me hizo falta repasar los dos mensajes anteriores para recordar la ironía divertida de aquellas frases.

No tardé en contestar, solo había una respuesta válida:

«¿Quién eres?».

38

Liberé pronto el tejado, el frío que gobernaba las noches todavía era más propio del invierno que de la primavera, pero descansar no fue una opción. Cada vez que cogía el sueño era para desvelarme poco rato después.

«Todos los mejorados deben presentarse en el patio en treinta minutos».

La sensación de aceleración presionando mi pecho y extremidades no había desaparecido cuando escuché la amenaza de la megafonía del comienzo de un nuevo entrenamiento. Para entonces, yo ya me había levantado, uniformado y peinado mi melena en una trenza larga. Me asomé por el comedor, pero, a pesar del olor dulce de lo que fuera que se cocinaba en el horno, Desi no estaba todavía por allí y volví al cuarto. Yira seguía en la habitación con Mono e Hip no se separaba de las sábanas todavía, así que salí del dormitorio con la madeja de ropa que había estado amontonando debajo de mi cama durante unos cuantos días, lista para dejarla en la lavandería.

Descendí hasta el último nivel, este mucho más oscuro que los anteriores. Me serví de mis manos contra la fría piedra que revestía las escaleras para no perder el equilibrio en la oscuridad. Me llevó un par de segundos darme cuenta de que esta carencia de luz no suponía un problema para mi vista. Es verdad. Mis mejoras.

A pesar de no captar conscientemente ningún sonido extraño, los pelos de mi nuca se levantaron firmes, haciendo que me girara ciento ochenta grados hacia las escaleras superiores. Allí no había nada.

Sacudí mi cabeza, intentando eliminar la sensación de alarma que se había propagado por mi cuerpo y me concentré en encontrar la lavandería.

A pesar de saber con certeza que no iba a encontrar ningún reloj cerca, todavía me superaba el impulso de buscar alguno para ser consciente del tiempo. Aun así, el trabajo que hacían con nuestros entrenamientos, siempre a las mismas horas y manteniendo una rutina férrea, comenzaba a calar en mi sentido del tiempo, haciéndome consciente de la hora de la comida o del amanecer sin necesidad de ningún reloj. Confié en este instinto que se construía en mi interior para reconocer que habían pasado al menos quince minutos desde que la megafonía advirtió el próximo entrenamiento. Tenía que darme prisa en llegar a la lavandería.

Giré mi cabeza hacia el comienzo de las escaleras, comprobando que no venía nadie detrás. Confirmado, estaba sola. Pero mi sentido de supervivencia exacerbado, tan entrenado estos años y tan expuesto desde que entré en el complejo, hizo que pegara mi espalda a la roca. Bajé despacio los escalones, consiguiendo ahogar por completo mis pisadas, sorprendiéndome de la calidad de mi silencio.

Cuando el tacto de la fría roca se transformó en gélido metal, había llegado al tercer nivel. La luz seguía siendo inferior que en los otros pasillos, pero estaba más alumbrado que las escaleras.

Me encontré de frente con la puerta que conducía a los túneles donde se alojaba Rohner, ahogando el saltito de emoción que brotó en mi estómago. Me detuve un segundo esperando algo y nada a la vez, pero retomé la marcha.

Recordando la cuenta atrás de la megafonía, pasé de largo y abrí la siguiente puerta, liberando el estruendo mecánico que anunciaba el funcionamiento de esa sala.

Misión cumplida: había llegado a la lavandería. Coloqué la bolsa de ropa sucia en una bandeja con una etiqueta que marcaba «Guindilla».

Eché un último vistazo a la habitación, memorizando algunos detalles rápidos y posiblemente inútiles. Pero me ayudaban. Me ayudaban a sentir algo más de control sobre la situación, sobre este lugar. Sin moverme, fijé mi vista en las dos grandes bocas redondas; la lavadora y la secadora, una de ellas ensordeciendo la habitación mientras funcionaba; levanté la mirada para revisar los raíles que atravesaban la pared y las cestas con distintos nombres colocadas sobre estos, giré la cabeza hacia un centro de planchado de tamaño considerable, para terminar el recorrido en un pequeño armario sin puertas con distintos productos para el planchado y las manchas.

No había nada más que fuera necesario grabar en mi mente y me encaminé hacia la puerta que había mantenido abierta.

Una sacudida de fuego me embistió desde la parte baja de mi columna, trepando por mi espina dorsal hacia arriba y por los huesos de mi cadera hacia abajo al mismo tiempo, para, en segundos, ramificarse por mis brazos y mis piernas. Eran látigos de electricidad que se multiplicaban con cada centímetro de mi cuerpo que recorrían, hasta tumbarme en el suelo.

La carga eléctrica que había invadido absolutamente todo mi sistema nervioso hacía ahora que convulsionara sin control. Los temblores solo pararon cuando una masa pesada me cayó encima. Los impulsos eléctricos tiraban del interior de mis ojos, impidiéndome levantar los párpados. Pero no me hizo falta.

—¿A los gatos no les gusta la electricidad?

No necesité la risa de satisfacción al terminar la frase para reconocer esa voz.

La abrasión fue diseminándose de mis músculos como una niebla, dejando al descubierto unas punzadas de dolor en mi espalda por la caída. Noté el trabajo titánico de mis brazos y mis piernas que intentaban liberar a los músculos de la latigante contracción que habían sufrido, pero concentré todo mi esfuerzo en abrir los ojos.

Frente a mí encontré los dientes amarillentos en la sonrisa de Urraca. Bajé mi vista en una ráfaga, en parte para eliminar esa visión, en parte para analizar el resto de la situación: Urraca había tomado mi cuerpo, a horcajadas sobre mi pecho, presionando mis costillas. Se erguía frente a mí, castigando a mi esternón con todo su peso. Su mano izquierda rodeó mi garganta con la presión exacta para dejar pasar el aire por mi tráquea, pero inmovilizar mi cabeza. Con la derecha, levantaba un puñal.

La ira que me invadía no dejaba hueco para el pánico.

Centré mi vista en el cuchillo. La hoja estaba algo desgastada y ni siquiera brillaba a pesar del foco de luz que proyectaba el fluorescente del pasillo, justo encima de nosotros. La empuñadura era de un material duro, parecido al plástico, de color negro, en el que se intuía un grabado que el agarre de Urraca apenas me dejaba ver. Pero yo había visto ese grabado antes: las palmeras de Jungle.

Ordené a mis brazos levantarse, agarrar con toda la fuerza que me quedara la muñeca que blandía el puñal; pero ellos seguían atareados en su trabajo de recomposición y no se movieron.

Lancé a Urraca una mirada desafiante.

—¿Asustada? —De nuevo esa risa histérica.

Levanté mis cejas, sin mirar al cuchillo todavía en el aire y le dediqué una mueca de repulsión.

Hace tiempo que dejé de hacerme esa pregunta. ¿De qué servía? Había aprendido desde pequeña que eso solo era útil para los demás. Para los que intentan asustarte. Y no les iba a permitir esa ventaja.

Urraca estudió mi cara, buscando algún indicio de terror y agachó la mano con el cuchillo. Siguiendo el movimiento de su brazo, me di cuenta de que, a su lado, en el suelo, se encontraba un aparato pequeño, con pestañas metálicas. Debía de haberlo utilizado para enviar esa descarga eléctrica por mi cuerpo.

—He venido a proponerte una alianza.

—Menuda manera de buscar aliados. —No pude controlar el tono de burla de mis palabras.

Urraca apretó un poco más su mano en mi cuello.

—¿Sabes de lo que seríamos capaz juntos?

Mi cerebro era el primero en despertarse de la invasión eléctrica y había comenzado a procesar con increíble rapidez toda la información que recuperaba de Urraca en mi memoria.

Abrí la boca para contestar, pero a la velocidad que procesaba datos en mi cabeza, decidí esperar a encontrar algo útil y le dejé seguir hablando.

—No todo el mundo sobrevive a Jungle. Hay que estar hecho de otra pasta… —Urraca saboreaba las palabras, preparando lo que diría a continuación—. Ser un mejorado significa mucho más que contar con ventajas físicas.

Se movió encima de mi pecho desprendiendo una ráfaga de dolor que impactó en mi costado haciendo romper mi silencio:

—Lo dices porque tu nivel de mejora es una mierda. —La respuesta salió de un solo golpe, sin respirar entre las palabras, su peso sobre mi pecho y la mano en la garganta no me lo permitían.

Urraca se revolvió encima de mí, alzó de nuevo el puñal y cerró la mano alrededor de mi cuello.

—¡Con mejoras o sin ellas puedo matarte ahora mismo! —Unas cuantas gotas de saliva salpicaron mi cara, que ardía de rabia.

Urraca respiró hondo, bajó el cuchillo de nuevo y aflojó su mano izquierda.

—¿Y a qué esperas? —Mi voz sonaba ronca después del apretón en el cuello, pero mis ojos amenazaron a los de Urraca.

Estaba dispuesta a eliminar cualquier rastro de terror que pudiera satisfacerle. Hice un primer amago para quitármelo de encima, aprovechando su ímpetu, pero todavía su presión era superior a la fuerza de mis músculos.

Los ojos de Urraca centellearon para, en un parpadeo, volver a colocar en ellos la determinación como pantalla. Se había reseteado. Había retomado el control. Mierda.

Entrecerró un poco los diminutos ojos y ladeó la cabeza. Me di cuenta de que ya había observado ese gesto suyo más veces. Era un patrón.

—Los mejorados somos más que nuestras mejoras —retomó su discurso—, los mejorados somos… Somos algo más. Somos una nueva especie evolutiva.

Un escalofrío recorrió la parte de mi cuerpo que no estaba dormida.

—El mundo está invadido por la miseria. Mires donde mires. La pandemia solo ha servido para hacer brotar esa miseria de donde estaba oculta.

Mi estómago dio un salto al recordar los últimos años, en los que, aunque nunca me faltó algo que llevarme a la boca, no siempre lo había conseguido con el dinero de la panadería. A veces recurría a otros métodos menos dignos, pero efectivos. La panadería… El barrio… Recordé las

calles que rodeaban mi antiguo edificio. Cómo se fueron vaciando y los pocos que quedábamos perdíamos volumen y color.

—Nuestros genes deben prevalecer e imponerse sobre los de la generación de la miseria. Sin embargo, cuanto más primitivos son, más se reproducen. Ni siquiera una pandemia les ha mermado lo suficiente. Debemos hacerlo nosotros, la élite.

Un montón de ideas asaltaron mi mente, pero no quise preguntar por el significado de esa declaración.

—Sigo sin entender la parte de la alianza. —Según expulsaba mis palabras, fijaba la vista en su cuchillo, pendiente de cualquier movimiento.

—Protección —escupió—. Tú me proteges a mí…

—¿Y mi beneficio?

—Confort.

Fruncí mi ceño en respuesta.

—Tu vida aquí puede ser maravillosa. Hay ciertos privilegios que yo te puedo proveer y que tú no podrías ni siquiera rozar.

—Estoy acostumbrada a vivir sin privilegios. Gracias. —Y ese gracias se disparó directo, irónico. Era el punto y final a esta conversación.

No, ni por un momento pensaba en aceptar un trato con nadie aquí. No puedo negar que se me pasó por la cabeza durante la competición en aquella arena… No. No iba a ponerme precio. Y menos para ser el perro guardián de Urraca. Ya había firmado mi desaparición del mundo con Hormiga y vivía bajo tierra. No iba también a encadenarme a Urraca.

Me dedicó una sonrisa torcida y apretó más sus rodillas en mi costado.

—No te precipites.

Moví mis dedos comprobando el estado de mis músculos.

—No te conviene no tener alianzas aquí. No lo soportarás. —La risa estridente que reverberó en su pecho hizo que la sangre se acumulara en mi cara, hirviéndome las mejillas.

Un escupitajo impactó en los ojos de Urraca.

Descontrol. Los vasos sanguíneos de su cara comenzaron a hincharse oscureciendo todo su semblante. Con el puño de la manga se limpió rápidamente, frotándose con el brazo que sujetaba el cuchillo. Su mano izquierda apretaba descontrolada mi garganta.

El aire dejó de pasar por mi tráquea y mi visión se nubló. Moví a ciegas mis manos hacia su cara, pero solo se revolvían en el suelo. Hice un esfuerzo por mantener los ojos abiertos, disparados hacia su mirada.

El cuchillo se deslizó justo por debajo de mi ojo izquierdo, cerca del borde. Cerré mis ojos.

La presión del cuello paró y el aire comenzó a pasar de nuevo.

Noté cómo la sangre brotaba por encima de mi mejilla, a la misma vez que en el interior de mi cara, la sangre volvía a circular.

Inmediatamente después, en completo silencio, la presión en mi pecho desapareció. Un aire frío circulaba por dentro y por fuera de él. Urraca se había ido.

Coloqué mis manos a los lados de mi cuerpo, haciendo fuerza con los brazos para incorporarme en el suelo.

Apoyé mis pies en las baldosas, con las rodillas dobladas y esperé unos segundos, dándole tiempo a mis músculos a adaptarse. Comprobé el estado de mis brazos, ordenándolos frotar mi mejilla, justo debajo de mi ojo, de donde brotaba la sangre del corte empapando la manga de mi chaqueta.

Agarrándome a la pared, por fin me puse en pie. Ahora, con mi cuerpo erguido, una ola de calor ardiente recorría todo mi cuerpo, desde los pies a la cabeza, apagándose al llegar a mi cerebro, de manera tan brusca, que el humo invadió todo mi interior. No me permitía ver nada, solamente el recuerdo del encuentro anterior con Lobo y con Urraca en la arena, desde fuera, como una mera espectadora. La niebla oscura volvió a taponar mi vista, no del todo. Seguí siendo espectadora, pero ahora del ataque de Urraca hacía unos segundos. Mi sangre comenzó a borbotear de nuevo, haciendo arder mis mejillas, mis dedos, mis manos, mis piernas…

Ese humo, denso, esa oscuridad, se había instaurado en mí, encajando perfectamente en cada recoveco de mi interior, hasta ahora completamente vacío. Había tanto espacio… Y todo había sido ocupado. Y ardía. Me quité la chaqueta y me encaminé con pasos pesados hacia las escaleras. Rápidos y firmes a por Urraca.

39

Abrí la puerta que daba al exterior, al patio de arena rodeado de muros por los que paseaba cada noche en busca de la luna.

El sol se reveló feroz contra mis ojos, quemando mis iris. Agaché la cabeza, ensuciando mis zapatillas con las manchas pegajosas de la sangre que todavía brotaba por encima de mi mejilla y los cerré bruscamente, para ir abriéndolos poco a poco mientras avanzaba con un trote rápido hacia la hilera de personas que formaban delante de uno de los muros.

El poco tiempo que mis ojos tardaron en acostumbrarse a la luz, mis oídos multiplicaron su trabajo, salvando la baja temporal de mi vista. Me concentré, sin detener mis pasos, en todos los sonidos que recogía: algún pájaro lejano, el motor de algún vehículo más lejano aún, el crujido de mis pisadas en la arena, los latidos de mi corazón… Fui desmarañándolos como si fueran una madeja de retales, pero con mucho más esfuerzo de lo normal. Hasta que, escondida por el sonido de la sangre presionando mis arterias, escuché la voz de Urraca.

—Urraca, 51.

Mis ojos se abrieron completamente, pero mi foco de visión era estrecho. Un círculo en mi mente iluminaba la cara redonda y pachona de Urraca, dejando entre nieblas oscuras todo lo demás.

Mi corazón galopaba y noté cómo mi mandíbula se tensaba, haciéndome chocar los dientes y abrir mis orificios nasales. Di un paso largo más, pasando por delante de quien intuí que era Gorila tras aquella niebla y mis dedos se cerraron en mi mano.

Adelanté mi pie derecho e incliné todo mi cuerpo hacia delante, gobernado por mi puño que impactó de lleno en la cara de Urraca. Un crujido me alertó del daño que podían haber sufrido mis nudillos. O quizá su pómulo. Me dio igual.

La niebla ahora bailaba también por encima de Urraca, a quien el puñetazo le había hecho perder el equilibrio y aterrizar en el suelo. La oscuridad que había atracado dentro de mí, se expandía por fuera de mi cuerpo también, dificultándome la visión. Un sonido metálico repicó tras su caída y reconocí el puñal escapando de su bolsillo.

Me tiré a por Urraca, con mis oídos completamente sordos por la sangre de mis venas haciendo tapón por toda mi cabeza. De nuevo mi puño impactó en su cara, esta vez en la barbilla. Su cabeza rebotó contra la arena.

Deseaba chillar con todas mis fuerzas, hacerle desaparecer bajo el suelo. Mi pecho se oprimía haciendo prisionera mi voz, mis gritos, torturándome con pinchazos de dolor, los intentos de toda aquella furia intentando salir.

No podía, la ira corría ligera por mis músculos, por mis brazos. Apreté mi mano izquierda contra el espacio entre su hombro y el cuello, haciéndole chocar su cabeza de nuevo contra la tierra. Mi brazo derecho había emprendido el recorrido de nuevo hacia su cara.

Un impacto en mi costado me hizo rodar en el suelo, quemándome los brazos desnudos por la manga corta de mi camiseta con la grava. Antes de terminar de rodar, conseguí estabilizar mis rodillas en el suelo para poder erguirme, pero no tuve opción.

Un par de brazos agarraron salvajemente los míos, arrastrándome hacia el muro. Mis piernas solo pudieron patalear por los montones de arena que se creaban en mis pies.

La presión sobre mis brazos se deshizo, para pasar a mi cuello inmediatamente, levantando mi culo del suelo y obligando a mis rodillas a enderezarse. La misma potencia con la que ese brazo me levantó del suelo sirvió para empujarme duramente contra el muro, haciéndome chocar contra el hormigón. Cada centímetro de carne y hueso que sufrió el impacto se contrajo por el dolor.

Sin darme tiempo a responder, esos brazos me aprisionaron contra la pared, anclados a ambos lados de mi cuerpo, agarrándome de la parte superior de mis brazos. Aproveché el escaso recorrido que tenía libre para, con mi antebrazo, desechar parte de la sangre y arena de mi cara.

Frente a mí, los resoplidos de la respiración acelerada de Lobo no hacían honor a su cara. Su pecho ascendía y descendía para ayudarle a retomar el ritmo de sus pulmones, mientras que su mirada… Sus ojos grises oscuros, rodeados de los bordes negros de sus párpados, me miraban fijamente, pero no era desafío lo que leía en su mirada. Me estaba advirtiendo.

Las advertencias no era algo que me tomara muy enserio y el sonido de arena revolviéndose me indicaba que Urraca intentaba incorporarse un poco más adelante.

Me revolví rápido, liberándome de uno de sus brazos y abalanzándome en la dirección en la que Urraca se levantaba. Pero Lobo estaba esperando ese movimiento y, mientras mantenía su agarre firme, el brazo de Lobo del que me había liberado se cerró en un puño y lo impactó directo contra mi estómago, justo debajo de mis costillas.

Me incliné hacia delante, dejando escapar un grito ahogado y perdiendo toda la inercia de mi movimiento anterior. Lobo soltó su agarre y dejó que cayera sobre mis manos, a cuatro patas, sobre la arena. El contenido de mi estómago acudió raudo a mi garganta, pero centré todo mi esfuerzo en reprimirlo. Y en respirar.

A pesar de los intentos de Lobo, mi fijación no se había desvanecido. Enfoqué mi vista sobre Urraca, que se levantó devolviéndome la mirada y escupiendo sangre en el suelo. Después, una sonrisa.

El humo de oscuridad había vuelto a pasear afanoso dentro de mí, presionando hacia arriba, arriba, arriba, dictatorial. Me incorporé con la mirada fija en Urraca, el ceño fruncido y el cuerpo todavía encorvado. Y fui a por él.

Esta vez fue la espalda de Urraca la que impactó en el muro. Mi mano derecha rodeando su cuello, recordando la sensación contraria de hacía un momento en el pasillo de la lavandería. El humo empujaba con urgencia. *Vamos, vamos, vamos*.

Le miré a los ojos, de la misma manera que él había deseado los míos hacía un momento: con odio. Reconoció la mirada y bajó sus párpados.

Mi mano libre dirigió los dedos en forma de garra hacia el párpado de Urraca, arañando y desgarrando la piel. Mis dedos presionaban y escarbaban, intentando llegar al hueco. Intentando vaciar su cuenca. Los gritos de Urraca chirriaban en la entrada de mi oreja, pero no les dejé introducirse en mi oído, solo rebotaban. Movía sus brazos y piernas, en espasmos, pero cada movimiento suyo era interceptado por mis extremidades sin complejidad. La niebla alojada en mis músculos se encargaba de eso. Mi concentración estaba totalmente volcada en su ojo.

El tacto del metal frío se deslizó por mi cuello, mientras que un tirón de pelo me obligó a reclinar la cabeza hacia atrás. Perdí la concentración en Urraca, mis dedos dejaron de escarbar, pero permanecieron en el lugar.

La niebla abandonó mi cabeza, pero no el resto de mi cuerpo, esperando justo a la altura del

cuello, donde Lobo había blandido el puñal de Urraca.

—Sepárate.

Apenas fue un susurro de los labios de Lobo contra mi oreja. Las había sellado contra los gritos de Urraca, pero contra ese siseo… Penetró por completo. Surcó mis nervios hasta mi cerebro para irradiarse por todo mi cuerpo, una oleada de arriba abajo, para, como un extintor, arrastrar toda la niebla que ardía en mi interior, suave pero implacablemente.

Levanté mis brazos despacio, en señal de rendición, mis manos temblorosas por el esfuerzo de mis músculos. Finalmente, di un pequeño paso hacia atrás, entorpecida por el cuerpo de Lobo que presionaba fuertemente mi espalda.

40

El cuchillo se separó de mi cuello muy lentamente. Con cada centímetro de hoja abandonando la piel ahora irritada de mi cuello, mi respiración comenzaba a alcanzar un ritmo normal, más suave.

Tardó todavía un poco más en liberar el agarre de mi pelo, mi trenza cayendo con fuerza de sus dedos. En el preciso momento en el que noté que la presión de sus dedos se desvanecía, di un paso hacia delante, hacia el hueco que había dejado libre Urraca al huir en cuanto Lobo me agarró.

Lobo no me dejó avanzar más y me atrapó por el antebrazo, haciendo escocer las quemaduras de la arena, volteándome hacia él. Sus ojos buscaron los míos. Su mirada tan profunda, que noté cómo horadaba dentro de mi mente. Su imponente figura y sus orificios nasales expandidos. Para un segundo después, simplemente soltarme del brazo y separarse de mí.

Me apoyé en el muro, pasando bruscamente mi brazo por la mejilla para retirarme la sangre que se amontonaba pegajosa en mi cara. Al contacto de mis manos con el hormigón, el frío recorrió mi cuerpo, haciendo mella en todas aquellas partes doloridas.

Seguí el recorrido de Lobo con la mirada. Su espalda recta se inclinó para lanzar el cuchillo con un gesto trivial al pasar por donde Urraca gemía en el suelo. Su mano rechoncha se alargó desde su escondite en la posición fetal y asió el cuchillo arrastrándolo para ocultarlo con su cuerpo.

Lobo siguió caminando hasta retomar su lugar en la fila, donde el resto de mejorados permanecían rectos e impasibles, donde nadie se atrevía a interponerse en su camino. Una fugaz sonrisa de Lobo cargada de sorna contestó a los ceños fruncidos de desaprobación de Yira y Yeyé cuando se colocó al lado de esta última.

Yeyé agachó la cabeza, pero Yira la mantuvo para ver cómo Lobo centraba su atención en Gorila.

Gorila tampoco había perturbado su posición ni un momento, pero observaba deleitado todo el espectáculo. Ni siquiera quitó su vista del lugar donde yo me doblaba en el muro y Urraca gritaba y se retorcía en el suelo un metro más adelante, cuando Lobo pasó por ahí para volver a su lugar.

Esperé, encorvada en el muro, el momento de encararme con el instructor. Contaba cada segundo que pasaba pensando en los gritos que le iban a acompañar en su camino hacia mí. O peor, la tortura que estuviera maquinando en su cabeza. Acabé de acompañar a Lobo con mi vista para centrarme en Gorila. Los gritos de Urraca me confirmaban que seguía en la misma posición. De todas maneras, no esperaba ninguna represalia de él. No ahora.

Gorila no decía nada. Absolutamente nada. El silencio reinaba en el patio. Hasta el ruido de los pájaros había desaparecido. La falta de sonido se clavaba en mí, torturándome, escondiendo qué vendría después.

—¡Necesito un médico! ¡Ahora! —Urraca había cambiado sus gritos de dolor por demandas.

De alguna manera, esa frase impactó en el semblante de Gorila, haciéndole sacudir la cabeza.

—Las órdenes aquí las doy yo. —Lapidó con la frase al mejorado del suelo, que se encorvó aún más.

Las manos que colgaban a ambos lados de Gorila apretaron inconscientemente su cuerpo por un momento, haciéndole recordar algo.

—Ya sabes dónde está Rohner, vete con él. Aquí no eres imprescindible.

Urraca apretó los dientes antes de colocar sus manos en el suelo para levantarse patéticamente. El último comentario le había impactado más que mi primer puñetazo en su cara.

Sin mirar a nadie, con la mano cubriendo su ojo izquierdo, agarró la puerta y se perdió en la oscuridad de las escaleras interiores.

Volví a retirar una capa de sangre que seguía fluyendo por mi cara con el puño mientras seguía agarrada al muro.

—¿Has terminado ya tu circo? ¿Puedes respetarme a mí y al resto de tus compañeros que están formando adecuadamente por una vez y mover el culo hasta tu sitio?

Sus gritos cayeron sobre mí a distancia como una ola de alivio, irónicamente. Solo tenía que colocarme en la fila para acabar con esto por ahora. Seguir con el ejercicio. Nada más.

Me empujé con mis manos contra el muro para darme impulso y caminar hacia la fila, al lado de Tiburón. En cuanto adquirí mi posición, Gorila viró su vista brutalmente hacia Rin, que comenzó a cantar:

—Rinoceronte, 63.

Así siguieron el resto de mejorados hasta llegar a mí. Gracias a la repetición de los datos durante todas estas semanas, la información acudió automática a mis labios. Escupí mi porcentaje original, 78, no tenía claro si podía desvelar que en este tiempo se había elevado a 79. En realidad, no quería desvelarlo.

Detrás de la bóveda exterior que formaba el edificio subterráneo, el terreno contaba con todo un campo de entrenamiento.

Después de todas estas semanas estudiando cada plataforma que lo formaba, sí que podría decir que, en cierta manera, respondían a las necesidades de nuestras mejoras.

Una estructura larga, de varios metros de altura, colgaba varias cuerdas gruesas separadas abismalmente entre ellas. Pasar de una a otra era el ejercicio favorito de Mono.

Había varias paredes de distintas alturas para trepar, algunas con cuerdas, otras con listones de madera. En uno de los costados del recinto, dos paredes de piedra se alzaban una paralela a la otra, cuya única manera de treparla era apoyando la espalda y brazos en una de ellas y los pies con las rodillas flexionadas en la otra.

Una pista de atletismo rodeaba todas estas plataformas. A lo largo de toda la pista, encontrábamos diferentes obstáculos que iban rotando. Algunas veces se limitaban a pequeñas vallas que saltar. Pero otras eran muros formados por materiales de construcción, algo parecido al pladur, que había que derribar con el peso de tu cuerpo.

Y al fondo, una piscina. Una enorme y profunda piscina de agua salada que bailaba en forma de olas movidas por algún motor interno.

En sí, cada plataforma no era algo extremadamente duro que mi cuerpo no pudiera soportar, pero la combinación de ellas y el ritmo que ordenaba Gorila… Eso era otra cosa.

Mientras el uniforme negro de Gorila se arrugaba con cada movimiento brusco que realizaba dando las instrucciones necesarias para los ejercicios de ese día, mi cuerpo solo recibía la sensación de las diminutas piedras de grava introduciéndose en la herida abierta de mi cara. Mi piel se estiraba y encogía con cada movimiento que los músculos de mis ojos hacían y la herida

escocía y sangraba. Por tercera vez, me llevé la mano a la parte inferior de mi ojo intentando retirar la arenilla de la abertura de mi piel, pero solo encontraba el escozor de la fricción.

Confiada por la falta de represalias y siendo consciente de que a Urraca se le había permitido acudir a Rohner, esperé a que Gorila terminara su discurso y los mejorados se colocaran en las plataformas.

—¿Puedo ir al baño a lavarme la herida, señor?

Mi voz, en tono bajo, acompañó a mi cabeza, que miraba a mis pies mientras me exponía delante de Gorila. Toda yo era tranquilidad y sumisión.

—A las barras.

Fue todo lo que ordenó Gorila. Yo había ofrecido mi sumisión una vez, pero no iba a transformarla en súplica. Levanté la cabeza y le miré fijamente, la sangre goteando con el movimiento, y simplemente, obedecí.

Mi primer turno era en la plataforma anexa a las cuerdas favoritas de Mono. Era una estructura simple: cuatro postes mantenían firmes un carril de barras de madera, separadas entre sí. Era el mismo juego con el que me pasaba horas en el parque cuando era pequeña. Bailando mis manos de barra en barra, de un lado al otro, acompañadas del balanceo de mi cuerpo. Pero estas barras contaban con algunos centímetros más de separación, desniveles entre ellas y, sobre todo, mucha más altura que aquellas del parque. Para llegar hasta el primer madero en el que tenía que agarrarme, debía primero trepar por una pared de madera, con listones estratégicamente colocados como para que la subida no se me hiciera muy complicada.

A pesar de la relativa sencillez de la subida, conseguir pasar mis manos de una barra a otra, columpiándome con el esfuerzo, requería de absolutamente toda la concentración de mi cuerpo. Concentración para calcular bien las distancias desiguales entre barras, para inspirar cuando mi cuerpo se columpiaba hacia atrás y expirar cuando avanzaba hacia el siguiente madero.

Pero lo conseguí. En unos minutos había atravesado toda la plataforma colgándome de barra en barra. Gracias a mi concentración. Gracias a que mi cabeza decidió no dejar pasar nada en esos momentos que no tuviera que ver con el ejercicio. Gracias a que mi cuerpo no revivió nada de mis peleas con Urraca.

Las peleas. La lavandería. Los puñetazos. Su ojo. Todos los momentos acudieron de golpe en cuanto mis pies tocaron suelo firme. Desanclando algún recuerdo antiguo más con ellos. El salto final me había devuelto a la tierra, física y emocionalmente.

Me sujeté contra el poste que anclaba la plataforma a la arena. Me había pasado. Los puñetazos y la ira ya habían estado ahí antes. Muchas veces. Habían sido necesarios. Pero ese descontrol, esa niebla oscura que había nublado mi vista… Eso era algo más. No sabía el qué. Pero era otra cosa. Ella daba órdenes a mis músculos y ellos obedecían. Obedecían porque no era la primera vez. Ya la conocían. Mi cuerpo se tensó abruptamente, elevando mi cabeza.

El resto de mejorados giraban borrosos alrededor de las plataformas. Yira y Yeyé galopaban alrededor de la pista de atletismo. Una vuelta. Otra. Su inercia hacía girar en mi cabeza también la pista. Y con ella, el patio. Y los muros.

Toqué con las rodillas en el suelo, sujetándome a él con las palmas de mis manos completamente abiertas, para dejar salir de mi cuerpo lo que quedaba de la cena de la noche anterior, que llevaba dando golpes contra la parte superior de mi estómago mucho rato.

Respiré hondo y me levanté del suelo, únicamente para separarme de la mancha y sentarme en la arena con las piernas estiradas, una encima de la otra, apoyada en el siguiente poste de la plataforma. Dejé caer mi cabeza hacia atrás chocando levemente contra la madera.

Parpadeé pesadamente, dejando a mis párpados acomodarse unos segundos antes de elevarlos. Cuando abrí los ojos, en la otra parte del patio dos figuras habían aparecido junto a Gorila.

Entrecerré mis ojos para intentar paralizar el movimiento en círculos del recinto que todavía circulaba en mi cabeza y enfocar hacia aquellas figuras. No tenía claro si formaba parte del mareo, pero observé cómo dos hombres uniformados caminaban con paso firme hacia la pista de plataformas. Con cada metro que recorrían, sus figuras se formaban algo más definidas delante de mí, hasta que identifiqué las palmeras de Jungle en su uniforme, muy parecido al de Águila en Las Fuerzas, pero completamente negro. La imagen de los militares que aparecían por la escalera del ambulatorio justo cuando salté hacia el garaje el día que Hormiga me encontró se disparó en mi memoria. Era el mismo uniforme.

Mientras mis recuerdos se removían en mi cabeza, el estómago comenzó a hacer lo mismo más abajo. Bajé mi mirada para evitar el movimiento del entorno, pero me encontré con mi uniforme y manos salpicados con sangre. Mía o de Urraca. O de los dos. Me daba igual. Devolví la mirada al horizonte. Tenía a los dos hombres encima.

Asida por debajo de los brazos, con cada militar a un lado, fui levantada del suelo. Pataleé en el aire y doblé mi codo hacia la cara de uno de ellos. Conseguí liberar ese brazo para golpear al de mi derecha inmediatamente. Pero este encajó el golpe sin soltar su agarre. No me dio tiempo a nada más. Lo último que escuché fue un chasquido eléctrico antes de que cada músculo de mi cuerpo se volviera a tensar por completo, vibrando en espasmos, hasta que las pestañas metálicas que impulsaban los voltios por mi cuerpo se separaron de mi columna vertebral. Esta vez no solo se apagaron mis músculos, también mi cerebro.

41

Flases de luz se prendían en mis ojos, dejándome algunas imágenes intermitentes en mi cerebro: pasillos oscuros de piedra, botas militares a mis lados, alguna bata cruzándose por el pasillo, túneles, piedras, arena, barro, oscuridad. Mi cerebro se conectaba y desconectaba, incapaz de mantener ni un mínimo de lucidez.

Un golpe sordo azotó todo mi cuerpo al colisionar contra una pared de roca húmeda. Las irregulares de la piedra se marcaron en mis carnes. El impacto puso a trabajar duro a mi instinto, buscando activar mis mejoras. No había respuesta. Lo único que conseguí fue por fin abrir los ojos completamente, absorber esa información.

La oscuridad me envolvía por completo, solo unas luces tenues recortaban las figuras de los dos militares que me habían arrastrado hasta allí. Intenté recolocar los mechones de pelo que se habían revelado por mi cara, forzando a mis músculos en busca de algún movimiento, pero ni siquiera los sentía, no eran más que un cosquilleo intenso en mis brazos y mis piernas. La parálisis eléctrica continuaba y una sensación de vacío me impactó cuando eché en falta mis mejoras.

Sin nada que hacer, sin poder defenderme, solo podía gritar un conjunto de insultos, maldiciones y amenazas que hicieron dudar a mis captores un par de veces mientras anclaban mis manos con unas pesadas cadenas. La impotencia me consumía ardiente, abrasando mi garganta con cada chillido, más de bestia que de humana, que escupía hacia ellos. Cuando elevaron mis brazos para unir las cadenas a un garfio largo y puntiagudo que colgaba del techo cavernoso, mis dedos comenzaban a despertar.

Uno de los hombres observó el movimiento horrorizado, marcando un paso hacia atrás. Aun con mis sentidos abatidos y mis mejoras desactivadas, pude sentir su pánico, húmedo y humeante flotando hacia mí. Mis amenazas pararon, apreté mis labios fuertemente y entorné los ojos, hacia él. Moví mi boca lentamente, una vez más, marcando una sonrisa, dejando que mis labios se separaran poco a poco mostrándole mis dientes. Noté cómo la sangre coagulada se agrietaba pegajosa con el movimiento de mis mejillas. Fue su compañero el que, con un golpe seco en su hombro, le sacó de su estado petrificado, señalando hacia mí con un puñal. Como el de Urraca. Como el de Las Fuerzas.

Respiré hondo y cerré los ojos, concentrando toda la energía que la ira me había elevado para mover mis extremidades, para levantar mis piernas hacia la mano que blandía el cuchillo. Para defenderme. Un espasmo recorrió mi cuerpo. Se estaba despertando.

Un tirón desde abajo me obligó a separar los pies que, aunque se apoyaban sobre el suelo, todavía no aguantaban el peso de mi cuerpo, mantenido por las cadenas que sujetaban mis muñecas al techo, obligando a mi columna a inclinarse hacia delante.

Con unos tres palmos de separación entre mis pies, unas nuevas cadenas los estrangularon, impidiendo moverme, incluso si mis músculos pudieran.

Abrí los ojos de nuevo y sacudí mi cuerpo con la fuerza suficiente como para hacer tintinear las cadenas.

El soldado con el cuchillo había vuelto a adelantar el paso que nos separaba, con el rostro recompuesto y la mirada decidida. Paseó el puñal por mi espalda, rasgando mi camiseta desde dentro, sin preocuparse de no arañar mi piel en el proceso.

El otro soldado repetía la tarea desde el suelo, rasgando mis pantalones, con movimientos más bruscos y agresivos incluso que el primero.

Después de unos cortes certeros por la parte delantera también, mi camiseta había quedado en unos harapos que arrancaron y lanzaron al suelo. Lo mismo con mi pantalón y zapatillas.

Los soldados se fueron, dejándome allí colgada, manos y pies encadenados, cubierta únicamente con mi ropa interior. Y chillando. Chillando con todo el aire de mis pulmones.

Delante de mí, una cancela formada por barrotes delgados y férreos se cerró cuando los soldados terminaron su trabajo. Al que había conseguido atemorizar unos minutos antes, fue el encargado de colocar el candado que la aseguraba. El metal de los barrotes crecía hasta incrustarse en la piedra del techo.

Una celda. Estaba presa en una angustiosa celda con un espacio tan reducido que comenzaba a preguntarme cómo los dos soldados fueron capaces de entrar a la vez. El pensamiento provocó que la sensación de agobio aumentara de peso. Los tonos marrones de las paredes embarradas a ambos lados se me presentaban cada vez más cercanos. Me faltaba el oxígeno.

Tenía que retomar el control. Lo sabía. Necesitaba reconocer el terreno, recordar cada centímetro del lugar. Como había hecho con el resto del complejo.

Delante de las rejas que me mantenían cercada, un pasillo de paredes de piedra se extendía horizontalmente, dejándome saber que, a ambos lados de mi celda, aunque no lo podía ver, todavía había más espacio. Otras celdas, presumiblemente. Mis pulmones comenzaron a suavizar el ritmo.

Dividiendo esas paredes, desembocaba el túnel por el que los dos soldados habían desaparecido. Las llamas que alumbraban la zona más cercana a mi celda se apoyaban en ambos lados de la pared, pero no dejaban ver lo que la hambrienta oscuridad se tragaba cuatro pasos más allá del túnel.

Envié una nueva orden a mi cuerpo para que se moviera, con resultados más positivos esta vez. Sin notar la actividad al completo, comenzaba a despertarme.

Inicié el nuevo ciclo de insultos y juramentos retadores quemando mi voz. No pasaron más de un par de minutos cuando, de nuevo, dos figuras se iluminaron bajo la luz del túnel.

El juego de luces y sombras que recortaba el fuego sobre la cara de Hormiga le daba un aspecto mucho más tenebroso que el que había conocido hasta ahora. A su lado, Caimán sonreía expectante.

—Bueno, bueno. ¿Qué tenemos aquí?

Hormiga ralentizó sus últimos pasos hacia los barrotes, Caimán esperaba por detrás.

—Parece que las descargas no han dormido tus cuerdas vocales.

Esa sonrisa, esa lentitud al hablar, sus manos recogidas detrás de la espalda… La sangre comenzó a arder por mis venas.

—Suéltame.

Un movimiento brusco de todo mi cuerpo me confirmó que mis articulaciones comenzaban a tomar forma. Caimán borró su sonrisa ante el sonido metálico de las cadenas.

—No con esa actitud.

Un nuevo movimiento de mi cuerpo. Disparé una mirada envenenada a Hormiga. Envenenada con mi ira.

—Caimán, la puerta.

Caimán dirigió una mirada dudosa a Hormiga, sin moverse de su sitio.

—¿A qué esperas?

Caimán se apresuró a ocuparse del candado, pero solo fue Hormiga el que entró en la cavidad rocosa, colocándose a un pie de distancia de mi cuerpo, por suerte para él, sujeto por las cadenas.

Elevó su brazo hacia mi cara para acariciar suavemente un mechón destrenzado de mi pelo. Una brutal sacudida de mi cabeza le obligó a mantener su gesto en el aire.

—Ni se te ocurra tocarme.

No fui capaz de separar los dientes mientras dejaba salir las palabras. Sin darme cuenta, la niebla oscura había hecho su aparición, manteniéndolos pegados.

—Tranquila, eso se lo dejo a Caimán.

En cuanto Hormiga me dio la espalda, comencé a revolverme por completo, gritando cuando las cadenas quemaban la piel de mis muñecas, de mis tobillos desnudos. Pero no paré, no paré de agitarme y gritar, como si toda esa energía pudiera explotar para derribar a los dos hombres que tenía delante. Hormiga no volvió a girarse hacia mí mientras salía de la celda, dejando la puerta abierta. Tan solo pude escuchar cómo advertía a Caimán:

—Mucho cuidado, la recuperación ha sido rápida.

Hormiga, antes de perderse en la oscuridad del túnel, se volvió hacia mí:

—Bienvenida a Las Catatumbas.

Caimán desapareció por la pared de la izquierda. No por mucho tiempo. Toda su espalda cubrió la poca luz que entraba hacia las rocas que me rodeaban cuando se detuvo entre las rejas de la puerta. No decía nada, solo sonreía. Sonreía como un niño en un parque de atracciones, fijando su mirada en mi cuerpo, en mis cadenas, en las paredes. Realizando un inventario mental de cómo iba a divertirse y en qué orden.

—Corre, que tu amo se va sin ti. Pobre cocodrilo abandonado…

La carcajada psicopática que siguió a mis palabras me sorprendió incluso a mí. No sabía de dónde había salido, pero no podía dejar de hablar. De atosigar a Caimán con mis gritos.

—¿Sabes volver solito? ¿O necesitas ayuda con la neurona deficiente que te queda? No pongas esa cara, hombre, ¿es la primera vez que ves una mujer desnuda?

Noté la imperceptible contracción de los músculos de su cara. Lo había conseguido, había encontrado su punto de arranque. Todo el mundo tenía uno. Yo tenía varios, demasiados. Algunos que ni siquiera conocía todavía, por eso siempre que en mis peripecias por el barrio me sentía amenazada, explotaba el resorte del que tenía enfrente. Tenía estudiado el proceso, podían pasar dos cosas: o reculaban para esconder la vulnerabilidad de ese punto, o se lanzaban hacia mí, descontrolados, lo que me daba ventaja.

—¿Y qué te parece? Tus compañeros no han sido muy agradables destrozando mi uniforme. Seguro que te hubiese encantado verlo.

Una sonrisa maliciosa acompañó al movimiento de mis cejas elevándose. Me fijé en las manos de Caimán, una de ellas apretando sus dedos tan fuerte que les había robado el color. Sin embargo, en la otra, la boca metálica de una manguera se mantenía apuntando hacia mí. La visión me trastocó, haciéndome perder la concentración unos momentos en mi tarea de presionar a Caimán.

—¿Hacemos un trato? Dejas de mirarme como un pervertido, me sueltas de estas ridículas cadenas y yo no te reviento la cabeza contra la verja al salir de aquí, ¿hecho?

—Ese trato es ridículo.

La risa de Caimán era aún más estúpida que su voz. Yo ya sabía que era ridículo, solo trataba de ganar tiempo, mientras mis manos se agitaban en diferentes ángulos intentando descolgar las cadenas del garfio del techo. Intentando que el canturreo metálico no fuera todo lo que Caimán escuchase. Que su cerebro idiota y reptil no registrara lo que intentaba hacer.

—¿Qué me propones entonces?

Caimán abrió la boca, pero no le dejé continuar.

—No se lo diré a tu amo.

Le guiñé un ojo, pícara.

Había elegido mal mis palabras. Fatal.

Un chorro helado se disparó hacia mi cuerpo directamente desde la manguera que sostenía Caimán. A tan corta distancia, totalmente desprotegida, la fuerza del impacto rebotó directamente sobre mi abdomen, haciendo volcar mi estómago en mi interior. La corriente de agua se elevó hacia mi cara, cortando mi piel con su potencia. No podía moverme. No podía defenderme. La presión del agua sobre mi cuerpo asfixiaba mis pulmones, agrietaba mis huesos, rasgaba mi piel. Ni siquiera podía mantenerme recta, obligada a sostenerme en ese punto exacto de la celda donde mis pies y manos habían sido anclados, mientras mi columna se doblaba para recibir los embistes del agua.

A pesar de que el líquido se colaba por mi nariz y mi boca, no paré de chillar, de escupir gritos guturales que arrancaban de lo más profundo de mis entrañas, justo donde la humedad y el frío del agua comenzaban a calar. Noté que mis mejoras volvían, cuando pude separar el sonido sordo de la presión de la manguera, de mis gritos, del aire entrando por mi nariz en compañía del agua y de Caimán. De la risa de Caimán.

Moví las manos, moví los pies. Intenté arrancar las cadenas con toda la fuerza bruta que yo sabía que había adquirido en los entrenamientos, con la hormona. Los anclajes no cedieron lo suficiente antes de que la niebla oscura se dispersase y los diferentes sonidos retornaran en uno solo: el agua. Mis mejoras, apenas recuperadas, se estaban apagando. Mi cuerpo se apagaba con cada grado de temperatura que el agua arrastraba a su paso. Hasta que el movimiento cesó. Mis manos colgaron flojas de los amarres del techo, sosteniendo mi cuerpo movido sin resistencia por la fuerza de la manguera.

El sonido paró y elevé la vista sin poder erguir la cabeza que me colgaba por delante de los hombros. El pelo ocultaba mi cara, dejando caer fastuosas una gota tras otra en el suelo empapado de la cueva.

—Vuelvo en un rato.

Solo el sonido del candado me confirmó que la reja se había cerrado, no me digné a abrir los ojos. Pero solo escuché ese sonido, ni los pasos de Caimán al irse, ni las gotas escurriéndose por mi cuerpo, ni siquiera mi propia respiración se colaba por mis oídos.

No luché más. Dejé que mi cuerpo colgara pesado de las muñecas y comencé a temblar de frío.

Había pasado un rato, un buen rato. Me fue imposible saber cuánto, pero la sangre había dejado de circular por mis muñecas, siendo consciente únicamente de un ligero cosquilleo en el lugar donde antes sentía mis dedos. La sangre que me faltaba allí, se acumulaba sobre mi frente, caída, generando un peso excesivo sobre mis párpados como para poder levantarlos.

No le vi llegar, no escuché sus pasos por el túnel, pero, aun así, sentí su presencia. Caimán había vuelto. Esta vez, con un nuevo juguete.

Sin mucha celebración, colocó, dentro de la celda, un enorme foco apuntando hacia mí. Tuvo que girarlo para que cupiera por la puerta. Ataviado con unas gafas tintadas, se colocó detrás de

mi espalda, enrollando en varios movimientos mi pelo, todavía empapado, en su mano. Solo pude menear ligeramente mi cuerpo antes de que un tirón hacia atrás levantara mi cabeza salvajemente, haciendo crujir los tendones de mi cuello con el movimiento. En ese momento, el enorme foco me abrasó con su potencia.

No podía mantener la vista. Incluso con los ojos cerrados, la luz se clavaba dentro de mi retina, abrasándola, reuniendo en la cavidad todas las lágrimas que corrieron por mis mejillas en compañía del agua que había acumulado allí mi cabello.

Volví a mis gritos, sacudiendo la cabeza, maldiciendo a Caimán para que me soltara. Su agarre no tembló.

La potencia del resplandor comenzó a arraigar sobre mi piel, liberando a mis poros de la humedad que habían absorbido, arrancando el frío acomodado en mis huesos, dejando hueco a la niebla para ascender.

Mi cuerpo comenzó a luchar de nuevo, ferozmente, por deshacerse del agarre de Caimán. Me habría arrancado el cuero cabelludo si eso hubiese supuesto que ningún dedo de ese bruto siguiera encima de mí. Pero no podía.

Sin embargo, sí que podía gritar y apretar los dientes y retorcerme con cada centímetro que la niebla se espesaba dentro de mí. Me colgué más fuerte de las cadenas de mis muñecas, retorciéndose de dolor con cada tirón. Pero seguí tirando, una y otra y otra vez. Caimán, inmerso en su trabajo, intentaba controlarme, agarrando fuerte mi cabeza, obligándome a mantenerla firme delante del foco que me abrasaba. Cuando su mano libre se apretó por debajo de mi barbilla para sostenerme, la niebla explotó dentro de mí.

Vacié mis pulmones hasta comprimirlos completamente con el sonido que arranqué de mi interior, cuando un último tirón liberó el garfio que se anclaba en el techo. El sonido metálico al caer fue amortiguado casi en su totalidad por el barro de la celda. Mis muñecas, todavía sujetas la una a la otra, se movieron rápidas, haciendo bailar en el aire la cadena que las había mantenido en el garfio, para impactar contra el lateral de la cara de Caimán. Las gafas salieron despedidas por los aires, no dejándole otro remedio que tirarse al suelo para protegerse de la luz cegadora que todavía nos fundía desde el foco.

Probé a tirar de mis pies, intentando liberarme también por ahí. No era posible, no ahora. Entonces, me concentré en noquear a Caimán, que había quedado tirado a mi lado. En esa posición, con mis dos pies anclados, no podía hacer mucho por defenderme, pero giré mi cintura todo lo que pude y arremetí contra el hombre antes de que se levantara del suelo.

Las cadenas impactaron una y otra vez sobre su cara, contra sus manos cuando la protegían, sus costillas. Pero no con la fuerza que deseaba, con la que me exigía la niebla furiosa de mi interior. No desde esa posición. Aun así, los golpes no pararon, uno detrás de otro, sin visualizar el impacto, solo sintiendo el metal contra la carne. Hasta que, de nuevo, esa electrizante sensación ya conocida paralizó mis movimientos. Al no poder colocar mis pies cautivos, caí de golpe sobre mis rodillas. Pero esta vez mi cerebro no se desconectó. No mientras observaba cómo Caimán se levantaba despacio, limpiándose un par de gotas de sangre que despuntaron sobre la superficie morada e inflamada de uno de los lados de su cara, levantando en una de sus manos el mismo aparato que había poseído esa mañana Urraca y que habían utilizado los soldados hacía unas horas.

La luz del foco desapareció y para mi sorpresa, Caimán comenzó a trabajar sobre las cadenas de mis tobillos, muy lentamente. Con más esfuerzo del que les costó a los soldados atarme, Caimán me liberó.

Apreté una vez más mis dientes, rebuscando en mi interior cualquier fuerza viva que me permitiera moverme, que mis músculos lucharan contra la incapacitación de los impulsos eléctricos, aunque fuera para arrastrarme hasta la puerta que seguía abierta.

Mi cuerpo voló en dirección contraria.

Reboté con una fuerza bestial contra la pared, aterrizando en el suelo. Mi cara se llenó de barro. Los dedos callosos de Caimán me agarraron por los hombros, elevándome como el envoltorio de un caramelo en una ráfaga de aire, para, con todas sus fuerzas, incrustarme contra el suelo rígido y húmedo de nuevo. Todo el impacto fue directo hacia mi hombro, que tembló ardiendo de dolor. Mi grito se clavó en cada recoveco de la gruta.

No me hicieron falta mis mejoras para reconocer el sonido de mis huesos crepitando ante el tsunami de patadas que me arrastraron hasta la pared, sin escapatoria. Mi piel desnuda se desgarraba contra la roca escarbada con cada empellón que el pie de Caimán empotraba sobre mí. Dos sobre mi estómago, otro contra mi cara… Dejé de contar. Nada pude hacer para cubrirme de las coces y patadas que Caimán me lanzó.

El sonido de mi cabeza contra la roca, los saltos de mi estómago con cada golpe, el crepitar de mis músculos y huesos, el intenso dolor en el hombro que cargaba eléctricamente hacia mi nuca, la desesperación por esconderme, proteger mis órganos, mi cara, todas ellas gritaban conmigo. Gritaron hasta que mi cerebro no pudo más, hasta que sostener todo ese sufrimiento dejó de ser una posibilidad, hasta que asumí que aquello no iba a parar.

42

Cuando desperté, las cadenas habían desaparecido y mi cuerpo yacía en una de las esquinas de la celda, exactamente la misma en la que Caimán me había acorralado antes de perder el conocimiento. El dolor infernal marcaba cada centímetro de mi cuerpo, mis músculos agarrotados e inflamados.

—¡Estás convirtiendo tu maldito juguete en un demonio!

Los gritos de Caimán retumbaron desde fuera de mi celda, directos hacia el túnel. Mis tímpanos captaron a lo lejos los pasos de otros dos hombres. Volvía a recuperar las mejoras.

—Relájate. No pasa nada por que te haya noqueado una chica.

El tono malicioso en esa voz no me dejó duda de que era Rohner el que bajaba por el pasillo. Ante la familiaridad de su voz, abrí los ojos a la misma vez que intenté levantarme. Una losa invisible me devolvió al suelo antes de siquiera haberme separado.

—¡No me ha noqueado!

Caimán se había separado del muro en el que estaba apoyado, frente a la reja de mi celda y se giró bruscamente para enfrentarse a la mirada de Rohner, que no se inmutó. Una mano suavemente elevada de Hormiga devolvió al lacayo al muro.

—Rohner, en los cientos de páginas que he revisado sobre tu trabajo con la hormona, en ningún lado hablabas de este tipo de efectos secundarios.

Era Hormiga el que se enfrentaba ahora a Rohner, los dos finalizando sus últimos pasos hasta el pasillo de la celda. Su tono cantarín y calmado no ocultaba la amenaza que hervía detrás.

—Esto no son efectos secundarios.

Rohner guardó sus manos en los bolsillos de la bata después de sus palabras, inclinándose hacia dentro de la celda para observar mi cuerpo. Como si hubiese pagado una entrada en cualquier triste zoo para ver al animal dentro de esa jaula. Cerré los ojos antes de que se pudiera dar cuenta, dejándoles intimidad para que siguieran hablando.

—¿Cuántas descargas lleva?

—Además de lo que ha pasado en el patio, esta bestia ha arrancado las cadenas directamente de la roca y se ha abalanzado sobre Caimán hasta noquearle.

Un ronquido airado se escuchó en el muro, pero Hormiga prosiguió.

—Se resiste a las descargas, ha sido la paliza de Caimán lo que la ha puesto a dormir.

—Ya sabes que las descargas solamente anulan temporalmente las mejoras. El instinto animal permanece.

La explicación de Rohner hacia Hormiga era más bien un recordatorio hacia él mismo.

—Ya sabes que una única descarga mantiene a un mejorado regular incapacitado durante horas.

Las palabras de Hormiga se mofaban de las de Rohner, retándole. Pero por su voz… el médico parecía haberse perdido en otra conversación.

—Es el agua el que…

—Déjate de lecciones, Rohner.

Las palabras de Hormiga se dispararon tan afiladas que tuve que contener la respiración desde el otro lado de la celda.

—Tu maldita hormona la está haciendo invulnerable.

—Eso es imposible.

—¿Cómo me explicas…

Era ahora Rohner el que detuvo el discurso de Hormiga, respirando hondo, proyectando una calma serena, propia de alguien que sabe algo que los demás no. De alguien que tiene la razón.

—Lleva más de cuarenta y ocho horas sin ninguna dosis de la hormona. Al ritmo al que su organismo la procesa, ahora mismo no debe de quedar ni un mínimo resquicio de ella en su cuerpo.

Hice cuentas mentalmente. Si eso era verdad, era mi segundo día en la celda. Rohner cogió aire y comenzó un nuevo dardo asegurando su discurso.

—Como explico en mis doscientas cuarenta y tres páginas del estudio sobre la hormona, esta solo potencia lo que ya tenía. La parte animal. Inyectarle la hormona inmediatamente después de una descarga o de una batida de agua podría provocar el resurgimiento de las mejoras si no al 100 %, casi. Pero no habiendo recibido ninguna dosis desde antes de ayer… Todo lo que ha mostrado aquí abajo es puro instinto. Ya lo traía antes de llegar a Jungle.

Los pensamientos de Rohner fluían uno detrás de otro. Podía escuchar cómo sus manos se movían en sus bolsillos cada vez que una idea casaba con la anterior.

—Al activar el gen con la vacuna, se habrá potenciado eso también. El instinto. Pero tú y yo sabemos de lo que esta chica era capaz antes de ser mejorada.

Me esforcé por guardar todas y cada una de las palabras que los dos hombres estaban compartiendo. Por no olvidar su orden, su tono, su posible significado… Por guardarlo todo hasta que mi cerebro volviera a ser todo lo lúcido que había sido hasta ahora para poder descifrarlas.

—¿Y el suero?

—El sujeto no está reaccionando bien.

—Arréglalo.

Y dicho eso, los pasitos cortos y rápidos de Hormiga se volvieron a escuchar por el túnel, alejándose. El sonido del candado rozando el metal de los barrotes me obligó a abrir los ojos. Rohner seguía allí de pie, frente a la reja, observándome. No había escuchado ningún movimiento que indicase que se hubiese movido de esa posición durante toda la conversación. Sus ojos entornados brillaban abarrotados. Pero no de nada que yo pudiera identificar como preocupación o empatía. No. Era esa misma mirada que le hacía perderse en los números que rodaban por la pantalla de su ordenador. Esa misma mirada con la que me realizaba las pruebas para el estudio. Donde solo existía el objeto de su interés y el resto del mundo desaparecía.

Mis manos se apoyaron raudas en el suelo cuando observé a Caimán blandir de nuevo la pistola eléctrica mientras abría la puerta. El hombro crujió sacudiéndome de nuevo hacia abajo.

—Con ella, mejor el agua.

La voz de Rohner sonó seca y firme, pero Caimán tardó unos segundos en asumir esas palabras y ordenarlas en su cabeza para poder ejecutar la orden de Rohner.

De nuevo, un manguerazo de agua fría navegó por todo mi cuerpo un buen rato. Al menos, esta vez conseguí esconder mi abdomen entre mi cabeza y mis piernas encorvadas, que se llevaron todo el impacto.

Cuando Caimán se detuvo, solo podía escuchar el castañear de mis dientes, convencida de que

los dos hombres desde la puerta los escuchaban también.

En el suelo, en la posición fetal en la que me había acurrucado aún más para luchar contra la humedad y el frío, pude seguir los movimientos lentos de los zapatos de Rohner hacia mi posición. El tramo final de los cordones de los oxford marrones brillantes rebotaba sutilmente contra los lazos simétricos del calzado.

Por fin pude ver su cara, a un palmo de la mía, cuando se agachó, molestándose en recoger los extremos inferiores de la bata para que no rozaran el charco del suelo a mi alrededor.

—¿Nuevo *spa*?

Intenté contestar, formular alguna de las respuestas ingeniosas que se cruzaron instantáneamente en mi cabeza, intentar agarrarme ferozmente a la mano invisible que me tendía con esas palabras. Pero el frío en mis pulmones, mis dientes inquietos y la garganta totalmente abrasada por mis gritos y los voltios no me lo permitieron.

—Te han quitado las cadenas para que no las puedas usar como arma. Otra vez. Pero no hagas nada estúpido.

Asentí con la cabeza, absorbiendo sus palabras como una amenaza más que un consejo.

Como si fuera un mago con una chistera y un conejo, Rohner hizo aparecer de los bolsillos de su bata uno cuantos botecitos y una aguja envuelta en un envoltorio de papel sellado, que desveló una goma delgada cuando Rohner lo rasgó. Conocía aquellos instrumentos de memoria.

Cuando hubo terminado de sacarme sangre, ordenó a Caimán que le acercara algo. Protestando, el brutal lacayo de Hormiga se colocó detrás de Rohner con un pequeño maletín plateado. Un humo gélido se escapó cuando el doctor lo abrió.

Guardó dentro con cuidado todos los botecitos con mi muestra y mantuvo sus manos dentro de él para extraer algo más. El azul chillón capturó mi mirada por completo, antes de que una nueva dosis de la hormona invadiera mi torrente sanguíneo.

—Será mejor que bajes algo de comer antes de que le haga efecto. Le he tenido que poner una dosis doble para compensar.

Rohner cerraba de nuevo el maletín y no se molestó en mirar a Caimán ante aquella recomendación. Tampoco a mí.

—Deberías hacer tus experimentos con otro. Vas a conseguir que nos mate a todos —le atacó Caimán.

Sonreí con todo el dolor de mis músculos faciales ante aquella revelación de que mi ataque anterior, aunque no del todo físicamente (solo un moratón y una herida en uno de los lados de su cara daban constancia de mis golpes), sí que le había impactado mentalmente. Ya era la segunda vez que me enfrentaba a él.

En efecto, Caimán estaba ya en la puerta antes de terminar la frase, en cuanto fue consciente de lo que Rohner me había inyectado.

—Ningún otro, mejorado o no, sería capaz de sobrevivir a la hormona, Caimán.

La tranquilidad de las palabras de Rohner envolvían a su vez un tono del mismo orgullo que sentiría un pirata que, después de varios mapas y numerosas expediciones, encontraba por fin un tesoro.

Antes de marcharse, Rohner volvió a agacharse a mi lado, separando mis cabellos chorreantes de mi cara, colocándolos detrás de mi oreja, la trenza deshecha por encima de mi hombro desnudo. Sus ojos se clavaron punzantes en los míos.

—Pórtate bien.

Su sonrisa suave al final no consiguió frenar del todo la tirantez de mi sistema nervioso ante

esa visita suya, ante su amenazante presencia allí abajo, colaborando con Caimán y Hormiga.

La oscuridad total se cernió en Las Catatumbas. Todos los hombres habían abandonado el lugar, ni una de las llamas que alumbraban las paredes rocosas quedaba encendida.

En mi cuerpo tan solo podía sentir el frío y el dolor. Ni sonidos cercanos ni fuerza… Ni siquiera era capaz de acomodar mis ojos a la oscuridad como ya había hecho tantísimas veces y sin dificultad en las últimas semanas. Los cortes de las rocas contra mi piel seguían sangrando lentamente, resistiéndose a cerrarse. No eran muy profundos, pero contando con la rapidez con la que heridas peores se me habían curado por sí solas en Jungle… contaba con que estas se hubieran cerrado ya. Estaba equivocada.

A pesar de la gelidez en la que mis órganos estaban sumidos, no podía hacer nada más que balancearme en posición fetal, priorizando la lucha contra el frío y la humedad, frente al dolor de mis huesos. Sin embargo, mi cabeza comenzaba a funcionar algo mejor que las horas anteriores. El cosquilleo eléctrico ya no era un obstáculo.

Dos días. Llevaba allí abajo desde ayer. ¿Cuánto tiempo más pensaban tenerme allí? ¿Me dejarían allí indefinidamente?

No, Rohner no lo permitiría. ¿No? Eliminé ese cauce de pensamiento para centrarme en lo importante. «La hormona la está volviendo invulnerable», había dicho Hormiga. Pero Rohner lo había negado. Había dicho que era… Que era instinto. Potenciado después de la vacuna. Pero que era mío. ¿Entonces la hormona solo aplicaba a mi Gen Jungle? ¿A mis mejoras?

«Las descargas anulan temporalmente las mejoras». Por eso Urraca me había atacado con una de esas pistolas. Porque sabía que no podría defenderme.

Pero Rohner había ordenado a Caimán que me atacara con el agua. Otra vez. Justo cuando mis mejoras volvían… Y ahora habían desaparecido de nuevo. No era capaz de asumir qué papel tenía el agua en esto. Pero la podía sentir todavía inundando mi cuerpo, arrastrando mi aliento con ella. Desgastando todas las fuerzas que me quedaban. Apagando algo en mi interior. Cerré los ojos y volví a perderme.



Bum-bum. *Bum-bum*. *Bum-bum*. Los latidos de mi corazón en la cabeza me despertaron. La intensidad con la que bombeaba sangre mi cuerpo, distribuyendo la hormona, había evaporado toda la humedad que habían recogido mis músculos, mis huesos, mis órganos. Reconocí los remolinos de la niebla oscura revoloteando suave por mi pecho, ocupando el poco espacio que mis pulmones, ensanchándose a plena capacidad, dejaban.

Escuchaba cómo el agua que había llegado a las paredes erosionaba muy lentamente la roca de mi alrededor, cómo chirriaba el metal ante la brisa que corría por el pasillo frente a la celda.

Enfocándome en el dolor inmenso de mi hombro, apoyé mi cuerpo sobre mi brazo bueno y me levanté. Concentrada en los sonidos de mis huesos y articulaciones ante el movimiento, ninguno sonaba tan desagradable como el punto de unión del hombro con el pecho.

Inspeccioné mi cuerpo tan solo cubierto por un sujetador tan empapado, que transparentaba la piel y formas que cubría y por las bragas neutras de la lavandería de Jungle que habían corrido la misma suerte. Recorrí la parte accesible de mi espalda con mi dedo índice. Las heridas ya se habían transformado en cicatrices.

En el otro lado de la celda, pegado a la puerta, encontré un sándwich cortado por la mitad, envuelto en un plástico y una botella de agua. Me abalancé sobre ellos. No me había dado cuenta del hueco de mi estómago hasta que saboreé el tomate que sobresalía por el lado de la corteza del

pan. Apenas mastiqué los bocados que devoré. Aunque no fueron suficientes para acallar el rugido que se había despertado en mi estómago, sí que lo fue para no sentir cómo se encogía hacia dentro, dándome la sensación de fagocitarse a sí mismo.

Las antorchas del túnel se encendieron y unas botas pesadas anunciaron su llegada. Esperé pegada contra los barrotes de la puerta. Mi brazo derecho colgando hacia afuera, con gesto despreocupado. El resto de mi cuerpo presionaba mi otro brazo contra los barrotes, manteniéndolo sujeto en una posición de *L*. Respiré hondo hasta que conseguí elevar a un segundo plano los relámpagos de dolor.

—Aléjate de ahí. —La voz de Caimán retumbó por el pasillo hasta mi celda.

—¿Qué día es? —Mi brazo seguía acariciando el aire fuera de la mazmorra.

El pasillo frente a mi celda era tan estrecho que Caimán tendría que pasar por delante de mi brazo extendido si quería alcanzar el otro lado del pasillo, el lado por el que desaparecía siempre, antes de volver con sus juguetes de tortura.

—¡Muévete!

Caimán había tenido que detener sus pasos en la entrada del pasillo. Su grueso cuello se había extendido y sus brazos se habían tensado hasta tirar de sus dedos como títeres de hilo, obligándoles a cerrarse en los puños.

—¿Cuántas horas han pasado ya? ¿Cuarenta y ocho? ¿Sesenta y dos?

El sonido de la fricción de las mangas de su traje contra las solapas me confirmó que mi tono distraído, despreocupado y mi mirada fija en las rocas, lejos de él, habían conseguido relajar su postura.

—Cincuenta y cuatro horas.

—Mmm. Mi tercer día ya aquí entonces.

A pesar de mis palabras despreocupadas, haber estado inconsciente tanto tiempo, desde la visita de Rohner… Me preocupaba estar agotándome. No haber sentido la aceleración de la hormona antes. Que hubiese dejado de hacer el mismo efecto. Que mis mejoras se evaporaran…

—Échate hacia atrás.

—¿Hay algún récord que pueda romper? ¿Cuánto tiempo ha aguantado la gente aquí abajo? Seguro que Lobo ha estado aquí alguna vez… ¿No? ¿Con quién te lo estás pasando mejor?

No sé por qué el nombre de Lobo fue el primero que me vino a la cabeza. En realidad, su brutalidad no era muy diferente a la que yo había volcado en Urraca… Y en Caimán. Sin embargo, mientras que la mía era caótica, descontrolada, expansiva…, la suya era calmada y precisa, concentrada y contenida. Pero igualmente poderosas.

Apagué el escalofrío que amenazaba con estremecerme. Dejé que mi sonrisa retadora siguiera apuntando a Caimán, eliminando cualquier rastro del dolor que irradiaba mi brazo.

—Patearte hasta la inconsciencia ha sido mi parte favorita.

—Cuando quieras repetimos —le lancé una mirada seductora y le llamé con un movimiento de mis dedos.

Caimán volvió a tensarse, sus labios apretados.

—Separa tu maldito cuerpo de la puerta de una jodida vez. Nadie quiere ver ese cuerpo tuyo asqueroso, sucio y lleno de moratones tan cerca. Das pena. Vete a esconderte al otro lado.

La niebla de mi pecho, que había estado bailando sumisa con la aceleración de mis nervios, de repente se volvió densa, pesada. Mis dedos se aferraron al metal del barrote, intensamente. Hubiese jurado que el hierro cedió mínimamente bajo ellos.

Pero no mi cara. Cada movimiento de mis músculos faciales suponía una chispa de dolor, pero

esta vez no había sentido nada, no se habían movido. Ni uno de mis músculos había dejado ver a Caimán el impacto de sus palabras.

Sin soltar el barrote, lo único que me permitía sujetar la ira unos segundos más, le dediqué una sonrisa desagradable a Caimán y me retiré hacia el otro lado de la celda, que, por su tamaño, quedaba a tan solo unos pasos de la puerta.

A pesar de que el ángulo no me permitía ver ahora a Caimán, sí que pude escucharle cómo se arremangó ligeramente las mangas de la chaqueta del traje y las de la camisa debajo de esta. Cómo se frotó el pelo por la zona de su nuca, bruscamente. Y cómo arrastró sus pies hacia el pasillo de mi celda. Una bota, otra. El barro del suelo chirriaba bajo ellas. Podía calcular el momento exacto en el que pasaría delante de mi celda. En el que sería visible desde mi posición. Y eso hice.

Mi cuerpo crepitó de dolor cuando mis pies se separaron del suelo para no volver a tocarlo hasta que llegaron a la reja. Con mis mejoras recuperadas y ampliadas con la hormona, el salto de un lado al otro de la celda había supuesto un esfuerzo mínimo.

Como si mi brazo tuviera su propia memoria, superó la separación entre barrotes de nuevo y la aprovechó para agarrar por el cuello de la camisa a Caimán en su camino hacia el otro lado del pasillo.

Un tirón certero y brutal consiguió que su enorme cabeza impactara contra los barrotes de la puerta. El golpe fue tan duro que mi propio cuerpo, con mi brazo herido pegado a él, absorbió la vibración de los barrotes. El sonido metálico reverberó por toda la cueva durante segundos.

Solté inmediatamente el agarre de Caimán y aguanté de pie en los barrotes el tiempo suficiente para verle caer al suelo.

—No quisiste aceptar mi trato… —La ironía caló en mis palabras.

Unas palmadas arrancaron un aplauso lento en el túnel. Me asomé pegando mi cabeza a los barrotes.

—Si tanto te diviertes, creo que es mejor aplazar tu salida de aquí. Para que sigas disfrutando.

Al oír esa voz, Caimán se levantó como un resorte, apretando fuertemente su mano dura y rugosa contra su frente. Un hilito de sangre comenzaba a escurrirse por sus dedos.

—Ni una más, Caimán.

La voz de Hormiga se abrazó al eco del túnel, más sepulcral que nunca.

—Prepáramela.

Sus últimas palabras iluminaron a Caimán, que asintió rápidamente con la cabeza. Yo reculé de nuevo hacia la pared de la celda y Hormiga hizo lo mismo por el túnel, hasta que dejé de escuchar sus pasos.

El agua me impactó desde el otro lado de las rejas. Fría, dura, insistente. Entre las ráfagas que asfixiaban mi cara, pude intuir como Caimán atravesaba la puerta, sin perder su objetivo y caminaba hacia mí, empujándome con la presión de la manguera. A medida que su vasto cuerpo se acercaba hacia el mío, la fuerza del agua me apresaba aún más contra la pared. Me tiré al suelo, de espaldas a él, para intentar protegerme en cuanto advertí la sensación de evaporación: de los sonidos, de mi vista, de mi fuerza…, de mi niebla.

No tardé mucho en perder esa posición y rodar de espaldas por el barro. Caimán había descargado un nuevo impacto eléctrico sobre mi columna.

Las cadenas volvieron a estrangular mis muñecas y mis tobillos, esta vez anclados a los barrotes de la puerta, con los brazos y las piernas en cruz. Los gritos de dolor cuando Caimán elevó mi brazo izquierdo, muerto por el calambre, retumbaron aún más que el sonido anterior de

su cabeza contra la reja. Que mis músculos no reaccionaran no impedía a mi cuerpo sentir toda la potencia del dolor.

El frío de los barrotes apuñalaba mi espalda, imantándose con la gelidez que había vuelto a conquistar hasta mis vísceras. Probablemente pasé horas allí encadenada, sin oír, ni ver nada en la oscuridad que envolvió Las Catacumbas cuando Caimán me abandonó.

No sentí la presencia de Hormiga hasta que no abrió la puerta y se hizo hueco dentro de mi celda. Frente a mí, me estudiaba en silencio, con una sonrisa escondida, pero con ojos lustrosos. Como el que estudia una escultura de mármol antigua y consagrada, de culturas ya extinguidas; sus facciones, sus sombras, sus pliegues, para luego poder replicarlo en un boceto. Los ojos de Hormiga angulaban por las diferentes partes de mi cuerpo, deteniéndose en ocasiones cuando encontraba un punto de su disfrute, presumiblemente donde mi piel se abría o alguna mancha amoratada asomaba. Por fin, acudió a mi mirada. Era tan pequeño a mi lado, pero tan peligroso.

—Caimán.

No dijo nada más, no retiró su vista de donde yo le aguantaba con ojos firmes, haciendo notoria mi respiración, haciéndole saber que lo que ocupaba mi cuerpo encadenado era ira, rencor, odio, desafío. Pero no miedo.

Muy lentamente, sin perder de vista su objetivo, desabotonó los puños de su camisa, huérfana de chaqueta en ese momento y dobló concienzudamente las solapas de las mangas hasta que se sujetaron firmes por encima de su antebrazo.

A pesar de que el hormigueo del calambre ya había desaparecido, esta vez ni siquiera me moví. La humedad helada seguía aprisionando mis articulaciones y el hombro… Si movía cualquier músculo, el hombro me castigaría más severamente que Las Catacumbas.

Caimán, desde la puerta, acercó una vara de madera extremadamente delgada hacia Hormiga. La longitud de esta superaba el cuerpo del hombre frente a mí. Sus manos la acariciaron suavemente, de arriba abajo, con cariño. Hubiese jurado que entre Hormiga y aquella delgadita vara había un extraño vínculo. A continuación, con grandes movimientos de espectáculo, Hormiga levantó el instrumento y azotó al aire agresivamente. La vara se doblaba durante el recorrido para aparecer totalmente recta al final del fugaz viaje. El silbido que dejaba detrás de sí confirmaba su habilidad para cortar el aire.

Hormiga se giró hacia mí de nuevo, ahora sí, con una sonrisa cubriendo su cara. Levantó las cejas, con la vara elevada, mostrándomela, presentándomela. Resoplé por mi nariz intensamente, ladeando mi labio superior burlón, en respuesta.

El silbido no fue suficiente advertencia antes de sentir la madera curvarse en mi vientre. El grito salvaje que registró la celda divirtió a los dos hombres por igual. Una línea granate se había tatuado en la piel sin color de mi abdomen, cruzándolo de forma diagonal. Y ardía. Ardía hacia fuera, malgastando la poca temperatura que mi cuerpo era capaz de generar.

A ese latigazo siguieron muchos más. Muchísimos. Ágiles, ligeros, hacia mis costados, mis brazos, mis muslos… Sin nada de ropa que se interpusiera, los golpes cortaban y quemaban mi piel, pero no era dolor lo que me hacía llenar aquel agujero con mis rugidos.

Los momentos de silencio antes del siguiente silbido eran la peor tortura. Hormiga no paraba, se movía vivaz de un lado al otro, la vara ondulándose con sus movimientos, compenetrados. Mis brazos se retorcieron cuando pude prever uno de los azotes directos hacia mi cara. Las cadenas no dejaron que me protegiera. Mi ojo derecho se llevó el peor resultado, que se cerró por completo después del golpe. Comencé a notar cómo la piel ya comenzaba a abrirse por alguno de los sitios en los que se repetían los golpes. El dolor era tan intenso y se expandía por tantos

lugares de mi cuerpo, que mis piernas fallaron y quedé colgada de los brazos, pero no era lo suficientemente brutal como para que mi cerebro se desconectara, que dejara a Hormiga terminar su diversión sin yo ser consciente, como hizo con la paliza de Caimán.

Los silbidos cesaron y mis cadenas se aflojaron. Caimán, con el ceño fruncido y los dedos tensos, me empujó de frente hacia los barrotes, mientras Hormiga paseaba suavemente la punta de su arma por mi piel, haciéndome consciente de mi castigo si me atrevía a revelarme contra Caimán de nuevo. Esta vez, asumí la derrota. Mi energía se había consumido en mi intento por combatir el descenso de temperatura de mi sangre, mantener el poco aliento que quedaba en algún lugar muy profundo de mi interior.

Una vez de cara a los barrotes, el castigo de Hormiga prosiguió, ahora en mi espalda, la parte de atrás de mis muslos, los gemelos… Pero el dolor más brutal lo encontré cuando acertó justo en mis tobillos. El dolor después del golpe tan certero vibró un buen rato antes de camuflarse con el resto de relámpagos de las siguientes sacudidas.

Dejé de gritar, evité mover ningún músculo. Concentré toda mi atención en no mostrar más dolor, más sufrimiento. Nada que les diera un segundo más de placer. Hasta que el silbido se silenció y los golpes cesaron.

Con mi cuerpo pegado a los barrotes, pude ver a Hormiga fuera de la celda colocarse de nuevo la chaqueta y después arreglarse los mechones de su pelo completamente deshecho por la frente, húmeda del esfuerzo.

Caimán apareció desde el pasillo, de nuevo con la maldita manguera, empapando los barrotes mientras apuntaba a mi cara. Con la estrechez del pasillo frente a la celda, la distancia a la que se encontraba la boca de donde corría furiosa el agua era tan escasa, que me embriagó con tanta fuerza que mis pulmones dejaron de funcionar. Dejaron de funcionar bastante tiempo. El suficiente como para que mi cuerpo golpeara los barrotes con rápidas sacudidas y mi cerebro se volviera pesado. Muy pesado. Justo cuando la angustia había dejado de luchar contra mis pulmones, de obligarles a funcionar, el chorro de agua bajó apuñalándome en el estómago. Una exhalación seca obligó a mi garganta a expulsar una bocanada de agua hacia el suelo del pasillo.

Durante el largo y angustioso rato que duró esta sesión, pude notar en todo momento la mirada de Hormiga sobre mí, vigilante, posesiva.

El ruido del agua cesó y las cadenas desaparecieron, dejándome tirada en el suelo, contra la reja, jadeando. Envuelta únicamente por la humedad gélida y cavernosa del lugar.

—¿Quieres salir de aquí?

Hormiga había entrado de nuevo a la jaula, a pesar de que yo ya no estaba encadenada. Él tampoco tenía miedo. Elevó su voz y la acompañó de una patada en mi vientre. Un quejido grave se me escapó.

—Te he hecho una pregunta.

Moví la cabeza afirmativamente sin mirarle.

—¿No te han enseñado educación?

No era educación lo que Hormiga buscaba. Y yo lo sabía. Quería verme suplicar. Quería que le pidiera por favor que me sacara de allí. Busqué en mi interior algún resquicio de niebla que me dejara oponerme, resistirme, no darle esa satisfacción. Pero no apareció. Solo el frío me reclamaba hasta límites oscuros, debilitando cada vez más cada centímetro por dentro y fuera del cuerpo que invadía.

—Sí. Por favor.

—Espero que ese instinto que ha forzado mi presencia aquí abajo te ayude a encontrar el

camino a La Guarida.

Y un momento después, Caimán me arrastraba por el suelo lodazado de los túneles, hasta abandonarme en una salida hacia el exterior, envuelta por la oscuridad de la noche. Sabía que no podía quedarme allí. Sabía que nadie vendría. Y que al frío le quedaba poco tiempo para destrozarme completamente. Después de varios intentos, mis pies se sostuvieron en el suelo, permitiéndome divisar a lo lejos unas estructuras conocidas. Las naves de entrenamiento.

43

No tengo ni idea de cuánto tiempo tardé en arrastrar mis pies por el complejo desde las naves. Mi pelo chorreaba por mis hombros y mi cara, mientras que mis brazos rodeaban mi cuerpo, incapaz de erguirse por completo, destrozado por el dolor y por el frío. Esa postura me permitía también amortiguar la radiación ardiente que sentía en el hombro.

Ni siquiera sabía si me dirigía en la dirección correcta. El silencio gobernaba, incapaz de diferenciar ningún sonido y mi vista borrosa no era para nada fiable. Menos aún con uno de mis ojos tan inflamado por el castigo de Hormiga, que los párpados se mantenían pegados. Sin ser capaz de usar mis mejoras para adaptarme a ella, la oscuridad de la noche esta vez no era una aliada. O eso pensaba.

Torcí una curva por la que intuí que detrás debería encontrarse La Guarida. Menos mal que mi intuición se mantenía. La bóveda redondeada apareció entre la oscuridad, una corona de estrellas sobre ella.

Toda mi cara se retorció de dolor ante la sonrisa que se me escapó al verlas brillar. Sin embargo, no me dio tiempo a buscar la luna, una figura oscura y borrosa me impidió el paso inmediatamente.

En cuanto descubrí el aura poderosa de Lobo frente a mí, envolviéndome sin tocarme, mi cuerpo no pudo mantenerse más.

Mis piernas se rindieron y dejaron de sujetar mi estructura, precipitándome de rodillas contra el suelo, con la lucidez justa para apoyar las manos evitando volcar hacia delante, pero haciéndome encoger mis entrañas del latigazo de dolor que azotó mi cuerpo desde el hombro. La sacudida me obligó a retirar eléctricamente el apoyo de mi brazo, volcando todo el peso en mis rodillas.

Hice un esfuerzo por abrir los ojos, por intentar enfocarme en él. Me encontré con una sombra gris en su mirada, más oscura y profunda de lo que le había visto jamás. Ni siquiera durante sus varios ataques hacia mí. No podía. No podía soportar otro embiste de Lobo ahora. Cada hueso de mi cuerpo gritaba ante su presencia. De rodillas en el suelo, apreté mis ojos fuerte e intenté proteger mi cabeza entre las piernas.

Lobo se lanzó de rodillas a mi lado.

—¿Qué te han hecho?

Su voz salió de lo más profundo de su cavidad, haciéndome abrir completamente mi ojo izquierdo, a medias el derecho. No sé si por mis reflejos cercenados después de tres días o porque hasta ahora Lobo había sido más rápido que yo, cuando me quise dar cuenta, la camiseta de manga corta de Lobo se deslizaba suave pero rápidamente por encima de mi cabeza, ocupándose de colocar mis brazos en su interior. A pesar del dolor infernal del hombro, sus movimientos eran tan acertados que no pude resistirme.

Un escalofrío hizo rechinar todos mis huesos al contacto de la camiseta templando mi piel empapada. Volví a abrazarme, con mis brazos por encima de la tela, mis dientes castañeando sin control.

—Joder.

Su gruñido feral siguió a sus brazos, que se deslizaron firmes por debajo de mi cuerpo, hasta mantenerme sujeta contra su pecho y elevarme con él. No había manera de hacerle a mi cuerpo responder a las órdenes de mi cabeza para liberarse.

En sus brazos me cargó hasta las escaleras de la parte trasera de la fachada de La Guarida.

—Puedo sola.

Había puesto todo mi esfuerzo en elaborar esa frase, en lanzarla como un aviso hacia él. Mostrar mi fuerza. Protegerme. Pero el movimiento de mi mandíbula reaccionando al frío en mis huesos no me permitió ejecutar las palabras sin interrupciones. Aun así, fue suficiente para Lobo.

Muy delicadamente me colocó en el suelo, liberando primero mis piernas y sin soltar mi cintura hasta que no se cercioró de mi estabilidad, con sus dedos firmes en mi piel. Cuando estuvo conforme, se apartó de la escalera, dejándome paso para que me enfrentara a los escalones. Él me escoltó por detrás.

El esfuerzo de subir cada escalón, con la ayuda de uno solo de mis brazos, y los impulsos de dolor durante el ascenso, devolvieron el mareo a mi cuerpo.

Aunque logré llegar al tejado, el malestar, el dolor, el frío, el mareo… eran demasiado. Demasiado para siquiera conseguir mantenerme en pie después del último escalón.

Trastabillé en el tejado, preparándome para una nueva sacudida de dolor al topar con el suelo. Tardé unos segundos en darme cuenta de que Lobo se había adelantado a mi caída y me rodeaba firme con sus brazos, mi espalda contra su pecho. Inmediatamente, una cobertura templada me envolvió.

De nuevo, mi cuerpo se elevó en sus brazos, cargándome los pocos pasos que nos separaban hacia la salida de ventilación de La Guarida.

Se agachó muy despacio, colocando delicadamente mi espalda contra la pared antes de dejar que tocara el suelo del todo. Liberé un gemido como respuesta a la nueva postura. No me dio tiempo a acomodar mis músculos destrozados, cuando las enormes manos de Lobo se posaron suavemente sobre mis hombros, obligándome a arquearlos hacia delante, a separarlos de la pared. La manta marrón con las dos palmeras blancas de Jungle los cubrió un momento después, con los dedos de Lobo trabajando rápidos para envolverme por completo en ella.

Pestañeé un par de veces, recuperando poco a poco la vista, algo más cómoda en la oscuridad. Conduje a mis ojos hacia un punto lejano para mejorar mi capacidad de enfoque, esforzándome por abrir un poco más el ojo afectado. Entonces, descubrí algo en el suelo, lejos de donde nos encontrábamos. La nota y el bolígrafo que escondí la última vez en el pliegue de la manta, estaban esparcidos en el centro del tejado. Pero no de cualquier manera, sino de la manera en la que alguien que estaba escribiendo dejaría a medias ese trabajo para hacer algo más urgente.

Hice un esfuerzo por enfocar mi vista hacia él, de cuclillas frente a mí. La sombra en su semblante no desaparecía. Su torso desnudo a falta de la camiseta que ahora me cubría a mí dejaba ver toda su potencia muscular, la amplitud de su pecho y la distancia entre sus hombros redondeados. Sus antebrazos, protegidos por una capa de pelo suave, destacaban por su anchura.

A pesar de la oscuridad de la noche y su piel tostada por el sol, podía discernir las marcas que recorrían todo su brazo izquierdo, subiendo por el interior y perdiéndose por la zona de sus costillas. Cicatrices.

Y en su pecho, entre esos pectorales sobresalientes, salpicados por algunos bellos arremolinados pero escasos, una cadena plateada golpeaba al ritmo de sus movimientos. Y colgando de ella, una chapa rectangular a la que le faltaba un trozo en su parte inferior.

Rodé mis ojos de nuevo hacia la nota.

—¿Qué…? ¿Has sido…?

Mi boca se abría y cerraba balbuceando palabras que no conseguía enlazar, darles sentido. El terror había conquistado el escaso hueco que había logrado de lucidez en mi cerebro machacado por los voltios.

Lobo registró mi mirada y se colocó de pie, pero sin perder su posición. Era enorme.

Cerré fuerte los ojos, ignorando el movimiento de Lobo, intentando dominar las ideas y colocarlas en mi interior. Por fin pude resumirlas todas, pero sin tener claro del todo a qué me refería exactamente.

—¿Por qué?

Todavía con los ojos cerrados, evitando la visión de Lobo, mi voz sonó suave, rendida. Una sensación de sueño pesado comenzaba a caer sobre ellos.

¿Por qué escribirme esas notas? ¿Por qué darme consejos? ¿Por qué me dejó una manta? ¿Por qué no había acabado conmigo ya?

La respuesta de Lobo fue un silencio tan profundo, que me obligó a abrir los dos ojos. Su mirada fija en la distancia, concentrado en todo y nada a la vez.

Apoyando el brazo estable, logré ponerme de pie con gran dificultad. Si Lobo era el que había escrito esas notas, si todo este tiempo había sabido que yo subía allí… Era cuestión de tiempo que informara a Urraca. Si no lo había hecho ya. A lo mejor Lobo me había descubierto bajo las órdenes de Urraca de vigilarme. Me puse de pie, tenía que salir de allí.

Los daños en mi cuerpo no eran lo que me impidieron moverme. La temperatura gélida había calado hasta lo más profundo de mi ser, hasta que mi cuerpo era incapaz de sostenerla. Emanaba frío por cada uno de mis poros, frío que ganaba en la batalla contra la manta, rebotando, rechazando cualquier mínimo de calor que esta me podía aportar. Al contrario, apoderándose también de ella, enfriando cada hebra del tejido cobertor.

Horrorizada por la sensación, por la incapacidad de mi cuerpo de templarse, de sobreponerse a la temperatura, de sentir cómo mi aliento se volvía cada vez más gélido y escaso, cómo se desvanecía… Un gemido desconsolado acompañó a la inevitable sacudida de mis músculos al primer paso.

Mi batalla contra el frío pareció sacar a Lobo del estado de distancia mental en el que se había sumido después de mi pregunta, todavía sin respuesta. Calculando con precisión sus movimientos, su cuerpo me rodeó por completo, atrayéndome hacia él delicadamente. Su pecho contra mi pecho, sus brazos envolviéndome por encima de la manta, con un agarre firme, estable, pero calmado, sin dañar mi hombro. Su brazo subió por mi espalda para acariciar dulcemente mi cabeza y colocarla con la palma de la mano sobre su hombro. No opuse resistencia cuando su cuello se ahuecó para acogerme, apoyando su barbilla por encima de mi cabello, su aliento cálido bañando mi pelo empapado. No podía oponerme, no cuando una estela de calidez caía sobre nosotros como una capa, de la misma manera que el manto de la noche nos bañaba. Poco a poco, la temperatura de mi cuerpo comenzó a superar grados y la gelidez terrible que me cubría se evaporaba lentamente debajo del velo que nos envolvía.

—Y tan estúpida como para meterte con Urraca.

Su cabeza se había inclinado hacia mi oreja. Sus palabras emergieron tan suaves que fueron devoradas por la oscuridad de la noche. No había enfado ni reproche en él, ni siquiera un tono insultante. Era la misma resignación en clave de humor de los mensajes en el papel.

No me atreví a retirar mi cara de su cuerpo, aterrorizada por romper ese velo ardiente que me mantenía fuera de una muerte glacial.

—¿Por qué?

Fue él el que sujetó mi barbilla para separar mi cara, en una posición en la que sus ojos, con la sombra ahora difuminada, pudieran estudiar mi rostro, pero sin despegar su cuerpo del mío.

—¿Estos tres días no te sirven como respuesta?

De verdad debía de ser estúpida porque no, no me servían. No me hizo falta responder.

—Es el hijo de Hormiga.

Ahora sí que me separé por completo de él, esforzándome por rechazar el frío que intentaba ocupar los lugares de mi piel que habían estado protegidos por el contacto con Lobo. Pero si Urraca era el hijo de Hormiga… Lobo era su guardaespaldas, su guardián. Probablemente también trabajara para Hormiga, el Hormiga que me había torturado estos tres días y había disfrutado con ello. Un leve zumbido, similar a una voz, se coló fugitivo entre los escasos sonidos que mis oídos podían capturar en ese momento. Pero igual que vino, desapareció.

—Intenté advertirte…

Los orificios nasales de Lobo se abrían y cerraban en mi dirección, pero no hizo ningún movimiento para retornar a la posición anterior, para acercarse a mí.

—¿Cómo? ¿Escribiendo una nota?

Recordé el último mensaje que había escrito: «Es de otros cobardes de los que deberías preocuparte». Lobo sacudió su cabeza.

—No. Las notas… no tienen nada que ver con Urraca.

La firmeza con la que había comenzado su discurso, intentando justificarse por algo, se perdió después de esas palabras. Obligándose a callar el final de esa frase, se separó aún más de mi lado, hasta sentarse con gesto casual, pegando la espalda contra la pared de la chimenea, una pierna flexionada y la otra estirada.

Con mi cuerpo por fin templado y fuera del alcance de Lobo, tenía vía libre para irme. Para forzar una vez más mis músculos y bajar hasta mi cuarto. Pero un gesto familiar en Lobo me llamó la atención. Pude leer algo parecido a desconsuelo en su rostro mientras exploraba la oscuridad con su mirada. Lobo buscaba la luna.

—Urraca me atacó en el pasillo de la lavandería.

Envuelta como un capullo de mariposa, di unos pasitos cortos hasta donde se sentaba Lobo. Finalizó su exploración en la oscuridad.

—Ya lo sé.

Sus ojos sin expresión se posaron pesados en los míos. Fruncí el ceño. La ira comenzaba a formarse como combustible para seguir elevando mi temperatura.

—Y tú le defendiste como un salvaje.

Disparé mis palabras directa, acusadora. Todo mi cuerpo se tensaba ahora, procurando sostenerme ante el recuerdo de aquel día. Lobo permanecía inmutable, como si hiciera tiempo ya que había asumido esas consecuencias.

—Me placaste contra el suelo, me golpeaste en el estómago…

La contención había abandonado mi cuerpo, la ira era todo lo que me atravesaba.

—¿Cuántos puñetazos más de los tuyos crees que habría aguantado el débil de Urraca si yo no hubiese intervenido?

La calma en las palabras y el cuerpo de Lobo era más brutal que sus ataques físicos.

—¡Me amenazaste con un cuchillo en el cuello!

—Intentabas sacarle un ojo. Con tus propias manos.

La inclinación de su cabeza hacia un lado al final de la frase hizo que mis labios se torcieran en

una semisonrisa, conteniendo la diversión en un suspiro que lancé directamente a las cejas elevadas de Lobo. Era verdad, había intentado sacarle un ojo. Eso no lo podía negar.

—No debías haberte metido.

Mi cabeza comenzaba a controlar de nuevo las palabras que salían de mi boca, pudiendo suavizar el tono con esas últimas, reconociendo su argumento, pero sin dar la conversación por terminada.

—Si no me llego a meter, a evitar que hirieras de verdad a Urraca, habrías pasado más de tres días en Las Catacumbas.

Lobo cruzó sus brazos por debajo de sus pectorales desnudos, apretando los numerosos músculos que dibujaban su torso y flexionó una pierna sobre la otra, la seguridad dominando sus movimientos.

Mencionar Las Catatumbas me presionó el pecho y busqué inconscientemente estabilidad en el suelo, a lado de Lobo, sin tener claro del todo si era para poder apoyar la espalda en el único huequito que quedaba libre en la estrecha pared de la salida de humos o si mi cuerpo siguió a ciegas el calor que Lobo emanaba, reconociendo esa fuente como la responsable de mantenerme con vida.

Me coloqué muy despacio, dejando que la manta amortiguara mi piel frente al suelo, haciéndome consciente de los puntos de mi cuerpo donde el dolor era más intenso. La mirada concentrada de Lobo seguía cada uno de mis movimientos, como si fuera capaz de registrar también el sufrimiento de mis huesos y músculos. Cuando lo conseguí, me coloqué bien la manta, tapando cada orificio sin cubrir. El frío se coló traicionero por uno de los huecos de los que no había sido consciente, arrancándome un breve escalofrío. Inmediatamente, el brazo de Lobo me envolvió por encima de los hombros, presionando sus costillas ligeramente hacia las mías. Brinqué casi imperceptiblemente al contacto, antes de sentir, de nuevo, ese velo termal.

Con el calor bañando mi cuerpo, la calma y la tranquilidad invadían mis emociones. Después de sus últimas palabras, el ambiente se había relajado tanto que me sorprendí a mí misma retomando otra de las conversaciones.

—Entonces, ¿las notas?

Lobo había devuelto su atención a la noche estrellada.

—¿Qué pasa con ellas?

Pasaban cosas. Muchas cosas. Pero comencé por el principio.

—¿Cómo descubriste que subía aquí? ¿Además de perro guardián, eres perro rastreador?

Lobo chasqueó su lengua ocultando una risita.

—Este solía ser mi lugar favorito antes de que tú lo ocuparas.

No me tomé muy en serio su respuesta.

—Pero…

De nuevo mis palabras habían arrancado antes de conseguir ordenarlas en mi cabeza primero. Tampoco hizo falta.

—Esperaba a que te fueras para subir yo. Total, tampoco es que aguantaras mucho rato.

Giré mi mirada hacia él, dándome cuenta de lo cerca que se encontraba de mí. Lobo se encogió de hombros.

¿Por qué no subió el primer día que me vio? Podía haberme echado de allí. Por la fuerza, seguro… Pero no lo hizo.

—Creo que deberías meterte en la cama.

Antes de terminar la frase, ya estaba de nuevo en sus brazos, con mis pies en el aire. El calor de

su cuerpo me envolvía tan cómodamente que tuve que sobreponerme contra mis instintos para que mi boca soltara las palabras.

—Puedo caminar.

Lobo levantó una ceja. Estaba convencida de que su esfuerzo por mantener la boca cerrada para no echarme en cara mi tropiezo después de haber pedido que me soltara anteriormente fue más grande que el mío. Pero me soltó.

Cuando bajamos las escaleras y me agarró por la cintura, encorvando su inmensa espalda para dejarme rodearla con mi brazo y apoyarme en él para caminar hasta la puerta de La Guarida, no me resistí.

Con mis mejoras todavía no recuperadas del todo, no conseguí ser todo lo sigilosa que necesitaba cuando Lobo me dirigió hacia la puerta de mi cuarto. Yira saltó del colchón antes de que yo pudiera poner un pie dentro de la habitación, e Hip… Hip nos miraba sentada en su cama, con los ojos abiertos, sombreados por unas ojeras que no estaban ahí antes de mi encierro en Las Catacumbas, pero sin moverse.

Yira corrió hacia mi lado, agarrándome tan fuerte que no pude evitar gritar al contacto con mi hombro herido. Aflojó ligeramente su agarre para recolocar su brazo sobre mi espalda y dirigirle una mirada afilada a Lobo. Lobo le sonrió felinamente en respuesta y, sin soltarme de su abrazo, me clavó su mirada plateada.

—Puedes quedarte con la camiseta.

Coronó el susurro con un pequeño achuchón de sus dedos sobre mi cintura, antes de retirar sus manos completamente sobre mí y perderse por el pasillo. No me hizo falta el velo de calidez para que mis mejillas ardieran.

44

Mis quejidos no paraban cuando Yira me dejó en mi cama. Cada parte de mi cuerpo que se hundía en el colchón despertaba una descarga de dolor, hasta que finalmente, todos mis músculos se estabilizaron en su lugar y decidí no volver a moverme.

—¿Ha sido Lobo?

Yira se negaba a separarse del borde de mi cama. El dolor me agitó de nuevo cuando no pude evitar un escalofrío de mi cuerpo reaccionando a la temperatura debajo de las dos mantas de la cama.

—No, no. Lobo… —Silencié las palabras que ya se preparaban en mi boca. De repente esa conversación me pareció demasiado tediosa, mi poca energía no podía sostenerla—. Hormiga y Caimán. En Las Catacumbas.

Con la maleabilidad del colchón envolviéndome, era incapaz de elaborar frases más largas.

—Buscaré a Desi, tiene que verte un médico.

Un médico no, Rohner. En cuanto supiera que me habían soltado, vendría. La visión de él en la mazmorra acudió a mi mente. Agarré firme el brazo de Yira que había emprendido el primer paso hacia la puerta.

—Mañana, Yira.

Yira aceptó mi súplica y detuvo su movimiento, girándose de nuevo hacia mí y revisándome con ojos veloces de arriba abajo, analizando mi estado. Estaba convencida de que cada pasada con su vista, le recordaba mi actuación en el patio: mi ira desbocada, mis golpes repentinos hacia Urraca, mi descontrol…

—Urraca me atacó en la lavandería con una pistola eléctrica. En el patio solo…

Mi boca se cerró para callar las palabras que seguían: «Intentaba defenderme». Eran mentira, no intenté defenderme. Intenté vengarme. Ojo por ojo. Me negué a mostrarle esa parte oscura a Yira.

—No podía dejarle que se saliera con la suya. —Esas palabras eran algo más ciertas que las primeras que intentaron salir.

—Urraca es un miserable. ¿Por qué no me avisaste cuando pasó?

¿Y poner a Yira en el objetivo de Urraca también? No, yo sola podía con él. Y yo sola tenía que enfrentar las consecuencias.

—Es verdad, podríamos haber hecho fiesta del pijama en Las Catatumbas juntas.

Yira chasqueó la lengua y negó con la cabeza, ocultando la sonrisa que le había arrancado con mi último comentario sarcástico.

La habitación se sumió en silencio y un cosquilleo ligero navegó por mi interior, sumiéndome en un sueño profundo.

El aroma de cruasanes calientes ondeó festivo delante de mi nariz, abriéndose camino por mis fosas nasales, hasta deslizarse en mi cerebro. La conexión con mi estómago vacío fue tan automática que mis ojos se abrieron de par en par. El peso del ojo que había recibido el varazo de

Hormiga había amainado, y aunque su dolor y la sangre acumulada en el párpado todavía pesaban, ahora tenía visión por él también.

Hip caminaba hacia mí con un plato relleno de comida: los cruasanes que me habían despertado, un par de trozos de pan tostado con aceite y tomate y algo de fruta. En su camino, hacía equilibrios para que nada se moviera de su lugar, mientras que, con su otra mano, mantenía un vaso enorme de zumo de naranja.

Me acomodé con la espalda en la pared, apretando los dientes por el esfuerzo de mover mis músculos, sin utilizar mi brazo izquierdo. Hip colocó el plato en el otro lado de mi colchón y arremetió con el vaso de zumo hacia mí, esperando exigente con su brazo extendido.

—No creo que hayas tomado mucho zumo allí abajo.

Su cara imperturbable miraba fijamente el vaso, como si su sola presencia le molestase. Lo agarré con cuidado.

—Gracias, Hip.

Pero Hip ya me había dado la espalda y salió de la habitación. Una visita rápida de Yira siguió a la entrega del desayuno.

—Hoy no tienes que ir a entrenar. Desi ya ha avisado para que te atiendan.

Ningún alivio apareció en mi rostro. No tenía pensado bajar al gimnasio hoy. Era humanamente imposible para mí hacer funcionar mi cuerpo lo suficiente incluso para bajarme de la cama.

—¿Necesitas algo?

—No, parece ser que he pedido servicio a domicilio —apunté con el vaso que sostenía todavía en la mano hacia el plato repleto que había dejado Hip.

—Te hace falta.

La sonrisa de Yira no pudo camuflar la preocupación de su mirada. Pero yo estaba bien. Estaba de nuevo en La Guarida. Había descansado. Aquí controlaba los espacios y las rutinas… Ahora mismo era suficiente. ¿O no?

—Mono, ¿qué tal?

En mi inventario mental sobre las cosas que me hacían falta, recordé que Mono había vuelto a caer enfermo antes de mi castigo. Pillé a Yira a punto de abandonar la habitación.

—Bien, ya se ha vuelto a recuperar.

Después de apurar hasta las migas de todo lo que Hip había acumulado en ese plato, un sueño profundo me envolvió de nuevo. Yo lo acogí de buen gusto.

La luz que entró del pasillo al abrirse la puerta fue suficiente para despertarme, esta vez alerta, girando mi cuerpo hacia ella, eliminando las mantas encima de mí para no encontrar impedimentos en caso de tener que actuar rápidamente. Mi cabeza rebotó en la almohada con alivio cuando distinguí a Rohner, asegurándose de cerrar la puerta detrás de él.

—Al final te han soltado.

—¿Cómo sabes que no me he escapado?

—Por tus pintas no lo descartaría…

Su mirada me recorrió de arriba abajo, deteniéndose en mis piernas, desnudas desde la mitad de mis muslos.

—¿De quién es esa camiseta?

Me incorporé por completo en la cama, dirigiendo mi mirada hacia abajo. No recordaba que todavía llevaba puesta la camiseta de Lobo. Miré a Rohner, para darle una breve explicación de cómo llegué a La Guarida, pero la mueca en su cara hizo que me tragara las palabras, muy

profundamente, ocultarlas de cualquier luz. Torpemente alcancé una de las mantas y volví a colocármela por encima.

—Tus amigos me dejaron sin ropa.

—No son mis amigos. Y esa no es tu ropa.

Claro que no lo era. Posiblemente era el doble de grande que mis camisetas del uniforme, el cuello de la camiseta colgaba hacia uno de mis hombros, cubriéndolo a medias. Sin querer, volví a revisar la prenda, asegurándome de que no era mía, recordando la falta que me hacía cuando Lobo me encontró, cómo el frío había impactado en mí tan profundamente, la sensación del agua…

—Casi muero de hipotermia con vuestra maldita filia por el agua.

—No seas exagerada… —Por la mueca de su cara desfiló afilada una sonrisa.

—Le dijiste a Caimán que usara la manguera conmigo. ¿Por qué?

—¿Acaso preferías la pistola de voltios? —Se cruzó de brazos antes de terminar la pregunta.

—Los calambres anulan mis mejoras. —Recité de memoria—. ¿Qué pasa con el agua?

Rohner retrasó su posición sutilmente, empujado por la sorpresa de descubrir hasta dónde sabía yo. No creo que le costara mucho adivinar que escuché su conversación con Hormiga en Las Catatumbas.

—El agua duerme el instinto.

—Pero después de los manguerazos tampoco tenía mis mejoras. Y el frío no me dejaba…

El resoplido de Rohner mientras se sentaba en el borde de mi cama me confirmó que él ya había asumido que yo llevaba mareando estos pensamientos en mi cabeza desde antes de abandonar Las Catatumbas. Y que, si quería hacer lo que había venido a hacer a mi cuarto, primero tenía que zanjar este tema.

—Las mejoras y el instinto van de la mano, pero trabajan por separado. Mientras que las mejoras son tus herramientas, el instinto es tu combustible. Es distinto para cada uno, en función del animal, supongo. En tu caso tu instinto es la lucha.

Me apoyé sobre mi brazo bueno para ladearme ligeramente y poder observar los rasgos de Rohner. Los dedos de sus manos se entrelazaban unos con otros encima de sus muslos, sus hombros se inclinaban hacia delante, su mirada supervisando esos movimientos.

—Tengo que reconocer que al principio pensé que era instinto de supervivencia. Pero me equivocaba.

—En Las Catatumbas solo intentaba defenderme. —No oculté la furia en mi voz.

—No digo que no tengas instinto de supervivencia. —Rohner exhaló ruidosamente, recargando su dosis de paciencia—. Me refiero a que, dentro de ti, predomina el instinto de combate. No luchabas por sobrevivir. Ni por salir de allí. Ni siquiera eso, sabías perfectamente que, si escapabas de allí, volverías antes de terminar el túnel. Luchabas solo porque podías. Retar y enfrentarte a Caimán, varias veces, no es obra de un instinto de supervivencia. Revelarte, desafiar y provocar como has hecho allí abajo, en esa situación, tampoco es instinto de supervivencia. Al revés, no hacías nada más que excavar más profundo en el peligro. Sobrevivir te importa poco.

Solo cuando Rohner marcó esa última frase, me di cuenta de que mis brazos se habían abrazado a mi torso y agarraban fuertemente la tela de la camiseta. La camiseta de Lobo. Desenredé inmediatamente mis dedos cuando fui consciente.

—Entonces el agua mata mi instinto.

—Y sin instinto no hay mejoras —sentenció Rohner volviendo a ponerse de pie, dando por

finalizada la conversación.

—Pero el frío… —No podía quitarme esa sensación de encima, ese peso dentro de mi cuerpo del que no podía liberarme. Del agua fantasmal moviéndose por dentro de mis músculos, mis huesos, mis órganos…

—Mi teoría es, aunque todavía no lo he podido demostrar, que los elementos contrarios, en tu caso el agua, no *eliminan* el instinto, lo sustituyen. Se apoderan de todo lo que este ocupa en tu metabolismo, te invade, como un parásito, debilitándote con cada milímetro de energía que gana él. En tu caso, tu instinto es tan fuerte, es tan extenso el porcentaje de tu cuerpo que tiene dominado, que cuando es derrotado por el agua, poco puedes hacer para sostenerte. No con el instinto fuera de juego.

La piel de gallina se había hecho presente en mis brazos, por mi espalda, a la vez que mi respiración había aumentado de ritmo escandalosamente ante esta revelación.

—Quítate esa camiseta y vamos a ver cómo de duras son las consecuencias de tus días en Las Catatumbas.

Obedecí a Rohner y me deshice de la tela blanca que me había cubierto toda la noche, haciendo una bola con ella para esconderla debajo de la cama.

Pasó un buen rato limpiando y curando cortes en mi piel, estudiando algunos de ellos que ya habían cicatrizado, repasando las manchas violáceas de mis piernas, de mi torso… Y cuando hubo terminado con todo ello, el brillo azul de la hormona volvió a aparecer en sus manos.

No pude evitar retorcer mi cara en una mueca. Quería descansar, relajarme, intentar silenciar todos los pensamientos e imágenes de Las Catatumbas y de Rohner. No quería que mi cuerpo despertara. No como lo hacía con la hormona.

—Te va a ayudar a mejorar. Parece ser que la recuperación se ha colado ligeramente entre tus mejoras. Si la podemos potenciar con la hormona, ¿para qué retrasarlo?

Abandoné mi gesto para sopesar esta nueva idea.

—Te va a venir bien cuando te coloque ese hombro.

Rohner presionó con un dedo justo donde mi hombro colgaba por mi clavícula. Conseguí ahogar el grito que acudió a mi garganta, pero no el salto que me separó de aquella fuente de dolor.

Rohner sonrió triunfante. Me incorporé en la cama y, con un gesto de mi mano, le animé a que inyectara el fluido azul directo a mi torrente sanguíneo. La hormona se reencontró con mi organismo una vez más y la jeringuilla se vació.

Se sentó de nuevo en el colchón, con las piernas fijas en el suelo, pero su tronco girado hacia mí. Con total concentración, perseguí el viaje de sus manos hacia mí, con mi piel vibrando antes incluso de recibir su roce, de notar su tacto. Pero sus dedos se enredaron en las mantas que mantenían mi temperatura, todavía no recuperada del todo y se deshizo de ellas. Se tomó su tiempo en grabar en su mirada la imagen de mis piernas, mis muslos tensos por el frío, el espacio entre ellos todavía cubierto por la misma ropa interior que en Las Catatumbas.

Un dedo, un solo dedo, paseó perezoso por el hueco entre mis pechos, deslizándose muy suavemente en línea recta hasta mi ombligo, rodeándolo para continuar su descenso hasta el límite que trazaba mi ropa interior e impedía su acceso directo a mí. Su dedo no se molestó en profundizar, salvó la frontera por el exterior, continuando su camino por encima de la tela de mis bragas. No era mi mirada la única que vigilaba el viaje, él supervisaba cada uno de sus propios movimientos.

Cuando su dedo siguió descendiendo, su mano se cerró en mi muslo, profundizando con la

yema de sus dedos en mi piel y un jadeo sostenido se escapó de sus labios. Un segundo después, en un movimiento rápido y automático, la fuerza de sus manos me rodeaba por la cintura, atrayéndome hacia el lado del colchón donde él seguía sentado. Con sus brazos rodeándome fuertemente y su cuerpo inclinado sobre el mío, mis músculos se contrajeron, pero su respiración seguida de una sacudida de sus dientes debajo de mi lóbulo me distrajo del dolor.

—Tenemos una hora hasta la próxima inyección.

Sus palabras chocaron contra la piel erizada de mi cuello. A pesar de que el resto de mi cuerpo ya había comenzado a reaccionar a su roce, a su humedad en mi piel, a su presión contra mis carnes, mi cabeza viajaba lejos de allí.

Coloqué suave mi mano en su pecho, ejerciendo algo de presión para separarle de donde se había atrincherado en mi cuello. No quise leer su rostro cuando sus ojos me capturaron.

Intenté verbalizar que ahora no, que no podía, que mi desconexión mental era más dolorosa que los moratones o el hombro. Pero fui incapaz. Su rostro confundido y frustrado me atacaba hasta dejarme sin respiración. Fue peor cuando me soltó completamente y se colocó de pie, creando una distancia abismal entre nosotros.

—Volveré en una hora. Después te colocaré el hombro.

Ni una vez más nuestras miradas se cruzaron antes de que Rohner desapareciera por el pasillo.

45

Cuando Rohner volvió puntual para mi segunda dosis de la hormona, la primera ya me había hecho el suficiente efecto como para poder separarme de la cama y darme una ducha que eliminara todos los rastros de barro y suciedad que llevaban pegados a mi cuerpo durante todos estos días.

Su trato aséptico y frío continuó cuando apareció, otra vez más, para inyectarme la tercera y última dosis del día. No se transformó ni siquiera cuando mi cuerpo se hundió en la cama, roto por el chillido que arranqué cuando, un movimiento certero y brusco, colocó mi hombro en su lugar original.

El dolor me había dejado jadeando y ciega, con mis párpados completamente cerrados, presionando fuerte hacia mis cuencas. Cuando me recuperé un par de minutos después, Rohner ya no estaba.

Me acerqué a la cocina mucho antes de la hora de la comida y ataqué el refrigerador sin supervisar. El hambre se había despertado con el resto de mis mejoras y no pude encontrar a Desi para pedirle permiso. Con el estómago lleno, volví a atrincherarme en el cuarto.

Varias veces me conquistó el cansancio en la cama, pero, a diferencia de esa noche, ahora mis sueños eran cortos y feroces: volvía a la playa, donde las olas me golpeaban cada vez más fuerte, cada vez más alto, hasta que la espuma peinaba mi cabello pegado a los lados de mi cara. Pero ahí no paraba. Podía oler la brisa del mar, su frescor, sentirla en mi cara con cada empellón de las olas. Hasta que su altura me envolvía. Subían por encima de mi cabeza y rompían encima de mi cuerpo, cubriéndome con el agua, presionándome con su fuerza. La ola se retiraba hacia atrás, pero volvía más fuerte, con un rugido ensordecedor. Y yo no me movía. El agua me golpeaba y ahogaba. Se colaba dentro de mí, mi piel la absorbía como una esponja. Y yo no hacía nada.

De ese sueño me desperté boqueando, mis pulmones desesperados por retomar el aire que habían perdido durante mi rato en el mundo onírico. La sangre bombeaba en mi cabeza agresivamente.

En otros de los sueños, simplemente revivía una y otra vez las experiencias de Las Catatumbas. En algunas, Hormiga no era Hormiga. Era la cara de Hormiga, la sensación de amenaza que producía, pero su cuerpo era gigante. Y su cabeza aún más. Mucho más que el resto de su cuerpo.

Y luego estaba Lobo. Lobo aparecía en mi celda, maniatado, de rodillas frente a mí. Urraca le zarandeaba y gritaba, pero él no se movía. Yo miraba desesperada hacia la puerta. Ni rastro de Caimán ni Hormiga. A diferencia de mi estancia real en Las Catatumbas, en ese sueño no había agua. Las paredes y el suelo completamente drenados. El calor de la celda se hacía visible, ondeando frente a mí. Y solo frente a mí. Yo era la fuente de ese calor. Me quemaba por dentro, obligándome a moverme. A moverme hacia Urraca, para separarle de Lobo. Para salvar a Lobo. Pero justo en ese momento descubría las pesadas cadenas de mis manos. Y de mis pies. Tiraba fuerte de ellas, gritaba, amenazaba a Urraca para que se separara de Lobo. Pero él solo se reía. Y Lobo solo miraba. De la misma manera que sus ojos me arroparon en el tejado, de la misma manera que me avisaron en el patio.

Ese fue el sueño que más me perturbó de todos. Sudando, retiré todas las mantas de la cama, me deslicé sobre el uniforme y salí por el pasillo sin ninguna dirección.

Cuando llegué al segundo nivel, me sentí tentada a entrar en el gimnasio y rebajar toda la energía que la hormona todavía empujaba hacia mis mejoras. Si en un día normal de entrenamientos por la mañana y por la tarde la hormona ya me aceleraba, hoy que llevaba todo el día en la cama… Era bastante insoportable. Sabiendo que ya había pasado hacía rato la hora de la comida, que Yira, Tiburón y Lobo estarían probablemente en las naves y que el gimnasio no era un sitio donde encontraría a Urraca, alcancé el manillar de la puerta. Aunque ya colocado, el dolor remanente de mi hombro izquierdo ante el gesto de mi muñeca contra el manillar me confirmó que entrenar ahora no era buena idea. Avancé algunos pasos más hasta donde encontré un lugar que sí atendía a mis necesidades. La biblioteca.

Antes de llegar a la puerta, recordé a Julia Carmona, lo que Yira y Águila me habían contado, y la idea de refugiarme en la biblioteca me pareció genial. Podría intentar encontrar algo relacionado con ella en la sección del primer pasillo sobre historia militar, tácticas de guerra y estrategias de defensa. O podía buscar en el cuarto pasillo del grupo de estanterías de la derecha, donde sabía que había infinidad de libros relacionados con ciencia, pero que solo había ojeado de paso.

Sin embargo, aplacé mis planes cuando, en el centro de la sala, en una de las cinco mesas que dividían los dos espacios de estanterías, pasillos y libros, encontré a los tres niños con papeles, estuches, lápices y rotuladores rodando por el escritorio. En la mesa más lejana a ellos, Hip capturaba la luz de una de las lamparitas hacia las letras de su libro.

—Mira lo que he dibujado, Guindilla.

Mono se había girado en su silla, que quedaba de espaldas a la puerta, para llamarme a voces cuando escuchó el sonido de las bisagras. Hip le mandó callar con un fuerte siseo de sus labios. Me acerqué a su mesa para no tener que elevar la voz y volver a molestar a Hip.

—Qué colores tan chulos. —Era lo único que se me ocurrió decirle porque no entendía su dibujo.

—Esa eres tú, luchando contra un dinosaurio gigante que va a aplastar La Guarida, pero aquí… —El niño señaló una mancha morada que unía otra naranja con una verde—. Aquí le estás pegando un puñetazo al dinosaurio para que se vaya.

Creo que mi exhibición en el patio con Urraca y Lobo no había pasado desapercibida para los niños. El sentimiento de culpa me invadió, pero el zarandeo de mi brazo por Rin me devolvió al jaleo de la mesa. Hip volvió a mandarnos callar.

—Mira, este es Gorila levantando el coche en el patio. Como el otro día.

La diversión en la cara de Rin era máxima. Me di cuenta de que esa sensación de fascinación solía permanecer en su cara, aunque normalmente por cosas brutas y absurdas. Pero era un chico muy apasionado. Y su dibujo era muy bueno para su edad.

—¿Y tú, Yeyé? ¿Qué has dibujado?

Yeyé no levantó la vista de su dibujo cuando colocó una mano encima de él, tapándolo, pero arrastrándolo por la mesa hasta mí. Era un dibujo sencillo, con pocos colores, en el que pude identificar tres camas colocadas exactamente como las de su habitación.

—¿Sois vosotros?

—Sí. —Su hilito de voz apareció trémulo, pero sus ojos esta vez sí que me buscaron.

—Este es Rin, ¿no?

Señalé al niño dibujado en la única cama de una de las paredes. Yeyé se asomó hacia su dibujo

y asintió.

—¿Y esta eres tú?

Se había pintado su cabello de color amarillo, apretando fuerte el lápiz. Junto a ella, en una misma cama, pero más grande que la que había dibujado para Rin, se esbozaba otro cuerpo, que era claramente Mono. Se había molestado en colorear la piel de su amigo de un color más oscuro que la de ella y había remarcado fuerte los rizos de su cabello. Unos garabatos azules, esta vez de rotulador, se arremolinaban por encima del Mono del dibujo.

—Y este es Mono, ¿a que sí?

La mirada de la niña se iluminó de emoción al comprobar que reconocía su arte.

—¿Me los puedo guardar? De recuerdo. Son muy bonitos.

De verdad quería guardarlos. Cada uno de los dibujos tenía algo de ellos, su esencia. Y era tan poquito lo que teníamos aquí abajo para fabricar recuerdos… Para dejar constancia de nuestra existencia aquí.

Mono saltó de la silla ondeando su folio en el aire. La mirada de hielo de Hip nos traspasó, pero no le dimos importancia. Los tres niños me entregaron sonriendo sus dibujos, que me coloqué cuidadosamente debajo de mi camiseta, sujetos por la goma del pantalón del uniforme. Les obligué a que continuaran con los deberes, amenazándoles ligeramente con avisar a Desi si no se ponían con ellos. Hizo efecto.

Sin embargo, mi búsqueda por absolutamente todos los pasillos de la biblioteca no tuvo resultados. Después de la zona militar y de ciencias, paseé por la de biografías, por la pila de periódicos de fechas importantes que cogían polvo en una de las estanterías que hacían esquina, pegada a la pared. No encontré nada que me diera una pista sobre Julia Carmona.

Para cuando terminé mi búsqueda, los niños ya se habían ido, aunque Hip seguía en el mismo lugar, con la espalda recta, perdida en su lectura. Me despedí de ella a la distancia y solo respondió con un gesto de su brazo.

La hormona apenas presionaba en mi interior, pero su evaporación había dejado paso al dolor punzante de varias zonas de mi cuerpo y a un cansancio brutal. Cenar no era lo suficientemente llamativo como para mantener mi cuerpo de pie ni un segundo más y me recluí de nuevo en mi cama durante algunas horas.

46

No me paré a pensar en las palabras de Lobo hasta que no alcancé el primer escalón de la bóveda: «Este solía ser mi lugar favorito antes… de que tú lo ocuparas».

No creía del todo que sus palabras fueran verdad, que él ya frecuentaba ese lugar antes, que no hubiera descubierto que yo subía allí simplemente como una labor de espionaje para Urraca. Pero había pasado horas en mi cama sin poder cerrar los ojos. Sin poder callar todo lo que daba vueltas en mi cabeza. Sin poder ahogar la sensación de derrota.

Durante los segundos que esperé en aquel escalón, antes de impulsar mi cuerpo con un solo brazo hacia el siguiente, no escuché ningún sonido que me confirmara que Lobo andaba cerca. Pero tampoco le había escuchado las otras veces que se había acercado a mí. Aun así, decidí tomar precauciones y mis movimientos no fueron más que el espíritu de un susurro. Ningún sonido podría alertar a Lobo de mi presencia. O eso creía.

—Si estás subiendo por las escaleras, intuyo que has recuperado tu brazo.

La voz profunda en medio de la noche me envolvió. Elevé mi cabeza en mitad de la escalera, dirigiendo mi vista hacia la fuente de la voz. Lobo estaba en el tejado. Pero todavía no le veía.

—¿O no has podido hacer nada para salvarlo? Me encantaría ver cómo intentas asesinar a Urraca con un solo brazo.

¿Me habría visto llegar hasta las escaleras? Como todas las noches, había intentado camuflar mi silueta por las sombras. Pero quizá esta noche, con mis articulaciones todavía resentidas… Dudé si bajar de las escaleras. Volver al cuarto. Pero no le daría esa satisfacción.

—Me seguiría sobrando un brazo.

Esperé a estar de pie, en el tejado, antes de continuar.

—Y si lo que quieres es una excusa para atacarme otra vez… No te hace falta, ahora no nos ve nadie.

La espalda de Lobo se extendía en el suelo de la bóveda, con sus piernas flexionadas. Sus pectorales sobresalían de la imagen de sus brazos que se doblaban debajo de su cabeza, amortiguándola, su mirada clavada en el cielo estrellado. Su pecho descendía y ascendía al compás de su respiración, lentamente.

—¿Qué me estás proponiendo, Demonio de Las Catatumbas?

La parte de sus bíceps que dejaba ver la manga de su camiseta se ensanchó ante el esfuerzo de levantar su cabeza, pero su mirada se dirigió hacia mí, elevando sus cejas demandantes, lascivas. Mi mirada se disparó agresiva hacia él, que volvió a distraerse con el espectáculo nocturno.

Me mantuve de pie en el borde de la escalera, manteniendo la distancia que me separaba de Lobo, pero a la vez preparada para encontrar una salida.

Los músculos relajados de Lobo, tendido en el suelo, concentrado en el brillo de la oscuridad, me recordaron mi propósito. Sin perder mi posición, entoné mi cabeza hacia la inmensa oscuridad, buscando la luna. La encontré completamente llena, brillando con tanta fuerza que ninguna de las estrellas que pintaban el cielo esa noche quería bailar cerca de ella. Mi respiración se calmó y mi cabeza se vació.

—Esa no es la mejor manera de observarlas.

Le contemplé con curiosidad, pero no dije nada.

—Este es el mejor sitio —matizó.

—Me voy ya. Te dejo que disfrutes de tu lugar feliz.

No sé de dónde vino esa idea, pero de repente me quería ir de allí. La necesidad de estar alerta cada segundo que pasaba con Lobo presente hacía que quisiera correr de vuelta hacia mi dormitorio.

—Mi lugar *favorito* —me corrigió—. Yo no te dije que fuera feliz aquí arriba.

Su voz sonó seca. Sus brazos se destensaron y unos movimientos de su cabeza la acomodaron aún más entre ellos, dirección a las estrellas. En realidad, hasta ahora yo no me había planteado eso mismo. ¿Era feliz cuando estaba allí arriba? Ni siquiera sabía contestar a esa pregunta. Pero Lobo no lo era.

—¿Por qué es entonces tu lugar favorito?

Lobo se encorvó, colocando sus manos en el suelo, arrugando su camiseta entre los músculos de sus abdominales, hasta quedarse sentado, dejando caer su fuerza hacia atrás en sus brazos. Esta vez fue él el que no dijo nada, pero juraría que pude escuchar su voz en mi cabeza, solo su voz, sin palabras, cuando el gris de su mirada penetró en la mía, llamándome.

Esa mirada era tan clara, tan limpia, tan diferente de la que me había acostumbrado a ver en él cuando nos cruzábamos por los pasillos, cuando le veía luchar en el *ring*, cuando escoltaba a Urraca… Pero la misma que la de mi sueño. Quizá esa relación fue la que me hizo bajar la guardia y acercarme hasta donde Lobo se sentaba.

Me senté a su lado, con la mirada directa hacia la luna, mis oídos alerta para intuir cualquier movimiento de Lobo. Una rama lejana chascó seguida del aleteo de un pájaro esquivo.

Antes de terminar de colocarme en el suelo, proceso que llevó su tiempo gracias a los castigos de Las Catacumbas, Lobo ya se había puesto de pie.

—Te dejo que disfrutes de mi sitio *favorito*. —La última palabra la reprodujo cantarina.

Sin poder ni siquiera retener el pensamiento en mi cabeza, mi mano se había lanzado hacia él, en un intento por rodear su antebrazo. Los pelos suaves que le cubrían ligeramente la parte superior del brazo cosquillearon la palma de mi mano, mientras que mis yemas… Mis yemas acariciaban piel rugosa, pero sedosa, trazos discontinuos de piel más rígida que otros. Lobo se paralizó.

Solté su mirada para estudiar su antebrazo. Las bandas de cicatrices trepaban como enredaderas por la parte interna de su brazo, juntándose y separándose en varios puntos, montándose unas sobre otras o desapareciendo un trecho para luego volver a aparecer. El rastro se perdía por debajo de la manga corta de su camiseta.

Observé mi propia mano, todavía acorralando sus músculos, donde las cicatrices circulares del mordisco de la gata que originó mi nueva vida todavía permanecían. Quizá fue el recuerdo de aquel día el que me hizo retirar la mano, el que impidió que salieran las palabras que habían acudido sin permiso a mi garganta: «No te vayas».

Cuando volví a fijarme en Lobo, había recogido sus brazos sobre su pecho y la sombra de su mirada había retornado, mirando hacia mí, pero sin verme.

Cuando se colgó por las escaleras y solo su cabeza era visible desde mi posición, mis cuerdas vocales comenzaron a trabajar de nuevo.

—Antes… —El comienzo de mi frase fue suficiente para detener su camino un momento—. ¿Cómo sabías que estaba subiendo las escaleras?

La pregunta le obligó a cerrar los ojos y sonreír.

—Tu aroma. Puedo olerlo a metros de distancia.

Su respuesta me dejó tan impactada que no noté cuándo su cabeza desapareció del borde del tejado. Guardé ese dato en mis notas mentales, junto con el resto de advertencias sobre Lobo, y me tiré a ver las estrellas.

Lobo tenía razón, ese era el mejor punto para contemplarlas.

47

No pude librarme del entrenamiento en el patio al día siguiente. El hombro seguía limitando mis movimientos, relampagueando de vez en cuando de dolor, alertándome para no forzarlo demasiado. Pero la mayoría de las heridas habían desaparecido. Mi ojo, aunque algo verdoso alrededor, ya funcionaba completamente y mi temperatura se había vuelto a regular. Quizá Rohner tenía razón. Quizá la hormona me beneficiaba, me daba ventaja. Solo quería ayudarme.

Recordé los últimos momentos en mi habitación, su rostro frustrado y decepcionado. Había bajado a Las Catatumbas, había acudido hasta mi habitación en cuanto le avisaron, me había curado, me había colocado el hombro, se había tomado el tiempo para explicarme cómo funcionaba el agua contra mí, me había inyectado la hormona gracias a la que las consecuencias físicas de Las Catatumbas apenas existían un par de días después. Y yo le había rechazado.

Rodé por el suelo cuando mis pies, mal guiados por mi mente ocupada, no se recogieron lo suficiente como para evadir en el salto el obstáculo que se interpuso en mi carrera por la pista circular. Era una altura ridícula para lo que estaba acostumbrada a saltar, pero cuando me quise dar cuenta del obstáculo, cuando mi cabeza quiso despejar los pensamientos fagocitantes de mi mente para concentrarse en el ejercicio, la valla estaba ya a mis pies.

Ignoré los gritos de Gorila y me puse inmediatamente en pie, mis mejillas ardiendo, evitando encontrarme con la mirada de cualquier otro mejorado.

Pero Yira también estaba en esa pista y, aunque mis esfuerzos por no cruzar mi mirada con ella después de la caída fueron exitosos, supe que se había dado cuenta igualmente de que mi cabeza andaba en otro lado cuando, justo antes de llegar a la puerta de las escaleras hacia La Guarida, me interceptó con un codazo suave en mis costillas.

—¿Un ajedrez esta noche?

Yira adoraba el ajedrez. Era uno de los pocos juegos que teníamos en la sala de ocio. Yo le tenía una manía tremenda, esos juegos no eran para mí. Yo comenzaba comiéndome varias piezas suyas, normalmente peones, algún alfil si tenía suerte. Pero nunca sabía en qué momento, una bandada de piezas blancas rodeaba mi rey y yo perdía la partida. Pero vaciaba mi mente. Me ayudaba a concentrarme solo en los cuadrados blancos y negros.

—¡Hecho!

A pesar del reconocimiento de mi futura derrota, me moría de ganas por pasar un rato con Yira. Con el ataque de Urraca y los días en Las Catatumbas, hacía mucho tiempo que no habíamos pasado más de cinco minutos juntas, a solas, disfrutando de nuestra compañía.

Pero antes de mi desastre con las piezas de ajedrez de esa noche, tenía algo que arreglar.

Abandoné el comedor antes del segundo plato, excusándome ante Desi con la justificación de que una siesta me recompondría más que la lubina que esperaba en el horno. Sé de sobra que Desi no se lo creyó del todo, aún más siendo consciente de que mi gen de gata no había activado mi gusto por el pescado, irónicamente, pero estaba dispuesta a darme una tregua después de mi estancia en Las Catatumbas. Eso me daba la credibilidad suficiente como para ocultar mi viaje hacia el tercer nivel.

Coloqué mi mano en la pantallita de la primera puerta y comencé a apretar colores: azul, azul, amarillo…

Unos cuantos minutos de atravesar puertas de laboratorios, pasillos blanquecinos, el túnel descendente, alguna mirada curiosa desde los ventanales de las salas… y me encontré en la puerta de Rohner. Era la primera vez que llegaba allí sola. Es verdad que me había dado un código para entrar a los túneles, pero ahora que había llegado a la puerta de su estancia, no sabía cómo acceder. O al menos hacerle saber que estaba allí.

Golpeé suavemente mis nudillos contra el metal.

—Rohner.

Ante mi voz, un sonido rechinó encima de la puerta, pero no era el ruido que yo esperaba, el que me indicaba que la puerta se abría. Una cámara se inclinó mecánicamente, enfocándome. Miré a la máquina, más cerca, facilitando que me reconociera, pero nada cambió. Volví a llamar.

—Rohner, abre.

Miré hacia la cámara ahora inerte.

—Por favor…

El sonido que había esperado desde hacía unos minutos, por fin apareció y la abertura me dejó paso.

Encontré a Rohner en el salón, desinflado en el sofá, sus brazos completamente abiertos a los lados, por encima del respaldo. Noté la habitación sensiblemente más oscura que la vez anterior. Me detuve bajo el arco de la puerta, esperando a que me recibiera, pero su cabeza no se movió de donde tenía la vista cautiva. En la pantalla gigante formada por la unión de otras pantallas más pequeñas, cubriendo toda la pared, pude encontrar la imagen del pasillo que yo acababa de abandonar, rodeado de las puertas de los laboratorios, sin rastro de vida desde que yo había traspasado el portón. Algún sonido de puertas o pasos lejanos que emitían las pantallas me indicaron que era la imagen en directo desde la cámara que había controlado mi llegada. Rohner no se separaba de esa visión.

Fue en ese momento, con la distancia entre nosotros, cuando me di cuenta de que no sabía para qué había bajado. Qué quería decirle. Solo quería eliminar el sentimiento de culpabilidad y desagradecimiento que me presionaba desde esa mañana. Y era un gran mérito que, de toda la gran cola de pensamientos demandantes y asfixiantes en mi cabeza, este hubiera tomado la posición principal.

—Tenías razón, con la hormona me estoy recuperando muy rápido. Ya casi no me quedan secuelas. —*Físicas* quise añadir, pero me lo ahorré en el último momento.

—Me alegro. —Su voz drenada de energía apareció desde el sofá.

La culpa y el remordimiento tomaron un nuevo nivel de fuerza sobre mi cuerpo y comencé a andar hacia él para intentar que no me asfixiaran.

Me apoyé ligeramente sobre la mesa de cristal, interponiéndome entre Rohner y las pantallas, obligándole a centrar su vista sobre mí. Cosa que, por su gesto, no disfrutó. Me crucé de brazos para protegerme de aquella mirada.

Su pelo había abandonado su posición *descolocadamente peinada* para colocarse caóticamente por donde la naturaleza le permitía. El botón superior abierto de su camisa me dejaba visualizar el movimiento de sus pectorales, totalmente tensados. Sus manos se habían cerrado sobre el cuero del respaldo del sofá, estrangulando las arrugas de la tela bajo sus dedos.

—¿Qué pasa?

Una risa irónica hizo que su comprimido pecho expulsara todo el aire que había contenido,

impulsándole como un tornado hasta colocarse de pie. Sus manos chocaron contra sus muslos ruidosamente.

—Que ¿qué pasa?

Su potencia al levantarse del sofá, sus hombros arqueados hacia mí, su voz elevada… Toda su energía me impulsó a moverme, a levantarme de la mesa y prepararme para luchar. Pero conseguí sobreponerme, obligándome a mantenerme sentada, aunque mis dedos se clavaron en los bordes de la mesa, a cada lado de mis piernas. Sin embargo, mantuve mi mirada hacia él, haciéndole ver que yo no era ninguna amenaza.

—No te enteras de nada, ¿verdad?

Sus músculos se rindieron y me abandonó allí, para dirigirse a la cocina. Esta vez sí que me moví, siguiendo sus pasos.

—El otro día… —Comencé a elaborar una explicación, o quizá una excusa que me liberara de la culpa por haberle rechazado el día anterior.

—Te han echado de Las Fuerzas, Guindilla. —Las palabras me bombardearon con brutalidad.

Su cuerpo se había girado agresivamente hacia mí, deteniéndose justo delante de la encimera de mármol de la isla de la cocina. El remate del silencio absoluto posterior a su anuncio me estremeció. Busqué los bolsillos de mi pantalón con mis manos.

—No lo sabía. —La sumisión se clavó en mis palabras más de lo que me hubiera gustado.

—¿No? ¿No te lo podías haber imaginado después de la que liaste en Las Catatumbas?

No. Ni siquiera lo había pensado. Los tres días que pasé allí me parecían más que suficiente castigo. Pero no defendí mi posición. Agaché la mirada, invitando a Rohner a expulsar todo el veneno contenido hacia mí. Que acabara lo antes posible. Su voz se siguió elevando.

—¿No podías haberte callado? ¿Haber entendido que te habías comportado como una maldita salvaje contra Urraca y asumir las consecuencias?

Su cuerpo se inclinó hacia mí, con sus gritos impactando directamente hacia mi pecho.

—No… Tú tenías que complicarlo todo. Siempre intentando ganar una partida que ni siquiera es la tuya. Buscando a quién retar, contra quién competir. Sin importarte una mierda todo lo demás. Sin preocuparte lo más mínimo por mí, por la situación en la que me ponías, por el estudio.

Sus palabras se clavaron tan profundas, que me vi obligada a levantar mis párpados para recoger su mirada. Sus ojos encendidos con una rabia que no le había visto hasta ahora, ni siquiera en Las Catatumbas. Su frente completamente arrugada por el esfuerzo de escupir todas esas palabras sobre mí. Sus dedos volvían a estar recogidos en sus puños, manteniendo la presión de sus brazos tan tensos que ponían al límite la elasticidad de la tela de su camisa.

—¡Te he dado todo! Ninguno de los otros mejorados ha tenido los privilegios que tienes tú conmigo. Ni siquiera Urraca. Me he desvivido por ampliar tus mejoras, hacerte más fuerte… Y tú ¿cómo me lo pagas?

Mis labios se apretaron fuerte el uno contra el otro, obligando a mis dientes a encontrarse, a radiar la presión por mi mandíbula, a mover mi garganta para tragar todas esas palabras antes de lo que esperaba que fuera el remate final. El control que había reinado en Rohner desde que le conocí, el que ni siquiera perdía del todo durante nuestros encuentros, había desaparecido por completo. Había soltado la correa que le estrangulaba.

—Comportándote como una cría egoísta.

La respuesta a su propia pregunta se arremolinó por todo mi ser, estrechándose como una enredadera con espinas sobre mí, sobre lo que podría ser mi alma. Mi mente viajó hacia otro

salón. Al que compartí con mis padres. En el que tantas veces había escuchado ese mensaje con esas mismas palabras. Y con otras parecidas. Cada vez que me negaba a participar en los negocios sucios de mi padre, o cada vez que rogaba a mi madre que nos fuéramos de allí, o cada vez que me enfrentaba a algún ataque de alguno de ellos y mi hermana me recordaba que yo solo empeoraba las cosas. *Cría. Niñata. Egoísta. Egocéntrica*. Hasta que esas palabras fueron una daga que se clavaba profundo y me obligaban a arreglar los asuntos de mi padre, a mantener a mi madre lejos cuando las cosas se ponían feas y a ocultarle a mi hermana pequeña cualquier información que la pudiera herir, o de la que me pudiera culpar. Pero incluso en mis esfuerzos por mantenernos, por que ninguno se rompiera, por encontrar la normalidad dentro del caos estructurado de aquella casa, incluso ahí, mis impulsos eran egoístas. Lo hacía para evitar enfrentarme a esas palabras, a ese odio que sentían hacia mí, al miedo a que me apartaran.

—Eso es lo que eres. Solo piensas en ti. En nadie más. No me extraña que ni siquiera hayas podido mantener a tu familia contigo.

Rohner lo sabía. Sabía por dónde atacar. Sabía qué palabras me tumbarían al suelo sin posibilidad de levantarme. Probablemente Hormiga y él tendrían cientos de páginas de informes sobre mí. «Tú y yo sabemos de lo que esta chica era capaz antes de ser mejorada». Sus palabras en la mazmorra lo habían dejado claro. A estas alturas me conocerían mejor que yo misma. O quizá simplemente era verdad. Yo era una cría egoísta y desagradecida. Ninguna de mis acciones hasta ahora habían demostrado lo contrario.

Sin embargo, la herida que había estado abierta tantos años en mi antigua casa supuró con una fuerza brutal ante las palabras de Rohner. Lejos de destrozarme, de estrellarme contra el suelo, de no poder volver a levantarme, como había temido, la herida reclamó urgente a la niebla, a la ira, al instinto que tantas veces había acudido en mi defensa cuando ese pensamiento me atacaba. Noté mis orificios nasales dilatarse, mi cara arder y todo mi cuerpo tensarse demandante. No había vuelta atrás.

Elevé mi barbilla recta hacia Rohner, estirando mi espalda y cuadrando mis hombros. Mis ojos entornados avisaban de la malicia con la que dispararía mis siguientes palabras. Yo también sabía dónde impactar.

—No era tan cría, ni tan egoísta, cuando te colabas entre mis piernas.

El ardor de su mano contra mi cara eliminó el rastro de la sonrisa malvada que había decorado mi frase letal. La fuerza con la que me abofeteó provocó que mi cabeza se girara para acoger el golpe, siguiendo la dirección del impacto. Cuando retiró su mano, me mantuve estática unos segundos, con el cuello volteado, mi mirada fija en el suelo, recomponiéndome y haciéndome consciente de lo sucedido. Manteniendo el pulso de la niebla que empujaba exigente, con el ritmo de los latidos de mi corazón. Muy lentamente, sin saber qué me iba a encontrar, devolví la cabeza a su posición inicial, apuñalando a Rohner con el fuego en mi mirada. Mantuve quietos mis dedos encorvados, aguantando el impulso de acudir a mi mejilla, de comprobar que el golpe había sido real. Pero lo era. El sabor ferroso que acudió a mi lengua cuando la paseé por mi labio delante de los ojos encogidos de Rohner me confirmó que había sido real. Ahora sí que permití a mis dedos recibir el golpe, frotar mi labio inferior para retirar el hilito de sangre que había aparecido al separarse la piel carnosa.

—Lo siento.

La mano contraria con la que había ejercido su fuerza, viajó despacio hacia mi mejilla, pero mi reacción fue más rápida y aparté la cara de su alcance.

—No vuelvas a ponerme una mano encima.

Mis dientes y la niebla estrangularon cada una de las palabras que formulé. Durante un par de minutos, los dos nos mantuvimos paralizados, uno enfrente del otro, respirando el aire que nos separaba, estudiando cada una de las partículas para adivinar qué había pasado. Cómo habíamos llegado hasta ahí.

Su mirada arrepentida se desvió hacia el suelo, incapaz de aguantar mi rostro fulminante, de hierro. Nuestras respiraciones profundas, como si se recuperaran de un combate a muerte, llenaban la sala.

No me había esperado su ataque, pero sabía con certeza que yo había elegido concienzudamente qué tecla apretar. Había leído perfectamente su falta de control, su desubicación mientras me acusaba y, una vez más, en lugar de asumirlo y reconocer mis errores, había decidido tensar la cuerda, dejarle correr hasta el precipicio para empujarle, dispararle con las palabras exactas que sabía que iban a terminar de romperle.

Una cría egoísta. Y diabólica. Esa parte la añadía yo.

—Estábamos tan cerca.

El susurro de Rohner rebotó directamente contra el suelo, de donde su mirada no se había separado. Caminé los pasos que nos separaban y me apoyé sobre la encimera, al lado de donde reposaba el peso de su cuerpo.

Me dedicó una mirada fugaz, pero no pudo sostenerla.

—Cuando bajé a Las Catatumbas, tus muestras de sangre… Los resultados fueron maravillosos.

—Enséñamelos.

Dejé que mi voz saliera fuerte y decidida. Era una invitación para volver a la normalidad, a nuestra rutina de datos y pruebas, pero, a la vez, era un recordatorio de que su descontrol no me había asustado. Para él. Y para mí.

El ambiente se destensó cuando me senté en el sillón junto al de Rohner que había movido a su lado de la mesa de su despacho y los datos comenzaron a aparecer por la pantalla.

—Creo que tus mejoras han experimentado una especie de efecto rebote.

Mi rostro cansado fue suficiente para que Rohner continuara con su explicación.

—¿Recuerdas lo que te expliqué sobre tu instinto y las mejoras?

—El instinto es su carburante.

Recité la respuesta como la alumna adelantada de la clase. Rohner asintió con orgullo.

—Según este índice, creo que es muy posible que las descargas, aunque anulasen tus mejoras, encendieran tu instinto. Si volvemos a que el instinto es el carburante, las descargas fueron la chispa que lo hicieron arder.

—¿Por eso intenté asesinar a Urraca?

—En parte… Pero lo importante aquí es que, con tu nivel de mejoras, su recuperación no solo es más rápida después del calambre, sino que, con tu instinto por encima de su capacidad, ardiendo, cuando tus mejoras vuelven, alcanzan picos que no habían logrado hasta ahora.

—¿Quieres decir que, cuantos más calambres, más aumentan mis mejoras?

—Y tu instinto. Pero solo durante unos instantes. El esfuerzo que haces después, peleando con Urraca, o poniendo tu cuerpo al límite con los castigos de Las Catatumbas, es lo que las mantiene en el tiempo. En cuanto esa actividad para, las mejoras vuelven a su estado normal. Mira.

Me señaló una gráfica en la pantalla que parecía recoger el viaje de mis mejoras. Una línea azul, comenzaba invisible en el borde inferior de la gráfica y se elevaba hasta formar una colina a

mitad de camino. Después caía hasta detenerse algo por encima de la mitad del eje vertical.

Registré el dibujo en mi mente y paseé mis ojos por el resto de números, buscando la cifra que debía aparecer sombreada en verde oscuro.

—¿Ha subido a un 81 %?

Donde la última vez que Rohner me enseñó los resultados mi nivel de mejoras era un 79 %, ahora había aumentado otro dos por ciento.Rohner sonrió orgulloso.

—Gracias a la hormona. Mis hipótesis eran ciertas. Exponiendo tu cuerpo a grandes esfuerzos, la hormona no solo permite sostener esos impulsos, o amplificar las mejoras, sino que las dota de memoria. Es imposible mantenerlas a los niveles que llegaron durante tu pico en Las Catatumbas, pero la inyección de la hormona, justo cuando bajé allí, fue esencial para que un pequeño remanente de ese aumento se sumara a lo que ya tenías. Ahí tienes tu 2 %.

Dejé que mi peso cayera en el respaldo del sillón, respirando profundamente. Seguía mejorando. Pero no había sido gracias a mi esfuerzo, sino gracias al castigo. Y al ataque de Urraca. Mi mente trabajaba para quitarme el mérito de aquello. Rohner también.

—Pero ahora, sin Las Fuerzas… Todo esto no tiene sentido. Gorila nunca va a esforzarse lo suficiente en tus entrenamientos para mantenerte al límite. Ni siquiera en las naves.

Rohner imitó mi movimiento y se dejó caer también en el sillón, con sus manos cruzadas detrás de su cabeza, rendido. Me miró con sorpresa cuando me incorporé en mi sitio, haciendo crujir el esqueleto de la silla de escritorio.

—Entrenaré más.

Toda mi convicción atravesó esas palabras. Me había comprometido con él, a participar en el estudio, a ayudarle a sacarlo adelante. Y la había cagado completamente, había eliminado la principal posibilidad de avanzar: mi entrenamiento en Las Fuerzas. Tenía que arreglarlo.

Rohner no dijo nada durante unos instantes mientras mantenía su posición fija, con su espalda estirada sobre el sillón, mirándome. Sopesando mi oferta.

—No sería suficiente. El gimnasio o las plataformas de fuera no tienen el nivel de exigencia adecuado para tus mejoras. Y menos para ampliarlas.

Ampliarlas. El verbo encajó en mi hilo de pensamiento como una pieza de un puzle.

—¿Y si aumentas la dosis?

Rohner clavó sus pies en el suelo para caminar pensativo hacia las pantallas de su espalda, ahora apagadas, mirando a través de ellas como si de verdad se tratara de una ventana y fuera capaz de ver el mundo al otro lado.

—Si añadimos un entrenamiento de fuerza antes de las naves y aumento mínimamente cada una de las dosis…

Observé cómo acariciaba su cabello, devolviendo los mechones cariñosamente al lugar que les pertenecían, recuperando su compostura y control que le caracterizaba.

—Podemos probar.

Sus palabras traspasaron como una brisa hacia mí, aligerando mi peso. Mi pecho se relajó con el movimiento de mis hombros y devolví mi atención al ordenador: 81 %. Una lamparita de emoción respingó muy dentro de mí.

—Lo siento.

La voz de Rohner viajó desde donde seguía inmerso en las pantallas hasta presionar mis pulmones bajo mi esternón.

Otra vez. Había eliminado de mi cabeza lo que había pasado entre nosotros apenas hacía una media hora. Pero volvía otra vez. El descontrol, la impotencia, la ira… Y la culpa, la maldad, el

arrepentimiento por haberle empujado a perder el control.

Me acerqué despacio hacia él, sin ser consciente de cuál podía ser su posible reacción. Esta vez sí me reconoció, me miró con sus ojos expectantes, desviando su mirada del suelo. Le recibí con ojos comprensivos y suaves.

Su mano ascendió despacio, a la altura de mi boca, pero esta vez no me aparté. Dejé que fuera consciente de lo que había pasado, de lo que yo había provocado en él. Su dedo acarició suave mi labio.

—Lo siento. —Volvió a repetir. Su voz un susurro ahogado.

Coloqué mi mano lentamente encima de la suya, sintiendo las cosquillas de su piel suave en mis yemas. Le dediqué una sonrisa de medio lado, con mis ojos entornados, que él interceptó deslizando sus dedos por mi mejilla, acariciándola, dejándome notar toda la delicadeza de la que era capaz, totalmente contraria al veneno de su tacto anterior en la cocina. Mi mano siguió sus movimientos por encima de la suya.

Su otra mano acudió también a mi cara, sujetándome con sus palmas, elevando mi mirada hacia él. Un beso dulce y cariñoso arrulló mis labios. Cerré los ojos, inspirando por la nariz para impregnarme de su frescor de menta. Abrí los ojos y me encontré con Rohner. Con el Rohner cómplice y acogedor que había conocido en aquel apartamento, pero con una sombra de duda bordeando sus ojos.

Separé mi mano de la suya y dejé que se perdiera por la sedosidad de su pelo, deslizando mis dedos por los mechones, comprobando que se mantenían en el sitio que debían. Rohner no separaba su agarre de mi cara, su vista de mis ojos. Bajé mis párpados una vez más, esta vez su frescor llegó solo, como si hubiese seguido el camino de mi anterior inspiración. El segundo suspiro me permitió expulsar el rastro de todo lo anterior, de las emociones y sentimientos que nos habían llevado hasta allí, me permitió vaciarme para llenarme solamente de él. Fui yo la que conquistó sus labios esta vez, con algo más de intensidad que el beso anterior.

Las manos de Rohner se movieron rápidas, un brazo rodeando mi cintura, atrayéndome hacia él magnéticamente y la otra en mi pelo, haciéndose hueco por mis mechones, hasta abarcar con toda su mano la parte trasera de mi cabeza y arrastrarla suavemente hacia atrás. Entonces, la humedad de su boca y la mía se fundieron, con nuestras lenguas cruzando de un lado al otro. Un nuevo movimiento de sus dedos en mi cuero cabelludo y su beso se deslizó más profundo en mí, empujado con su lengua. Mi gemido se unió a ella, arrancándole una sonrisa encima de mis labios.

Mi sangre había comenzado a ebullir, la notaba ardiente en mis mejillas, en mi frente, pero la sentía punzante y dolorosa entre mis piernas, en mis pechos. Los labios de Rohner se separaron de los míos y se unieron por debajo de mi mandíbula, rozando con su lengua suave y tortuosamente despacio el espacio entre mi barbilla y el punto debajo de mi lóbulo. Mi cabeza se reclinó sola hacia atrás, sin necesidad de los movimientos de Rohner sobre mi cabello, sin poder evitar cerrar los ojos ante el despertar de todas las partes sensibles de mi cuerpo.

Su brazo me aferraba fuerte contra él, negando cualquier movimiento de mi cuerpo, pero aumentando la presión contra mis piernas cuando noté su sangre acumulándose entre las suyas. Rohner había vuelto a mi boca, dura y profundamente. Mis manos se apretaban en su cuello, pero no era suficiente. No mientras el resto de mi cuerpo le llamaba insistentemente, mis caderas luchando contra las suyas.

La suavidad y la ternura con la que habíamos comenzado se había transformado en un combate entre nuestras respiraciones, entre nuestros cuerpos sucumbiendo a un ritmo insuficiente,

intentando ambos eliminar cualquier rastro del veneno emponzoñado que nos había dominado.

Abandoné el cuello de Rohner, todavía ocupado en mi boca y deslicé mis dedos por encima de la parte inferior de su camisa, por encima de su pantalón. Su agarre se aflojó ligeramente de mi cintura, lo justo para que mi mano desfilara por encima de su dureza, que reaccionó al tacto. Rohner me disparó una expresión voraz, antes de volver a acomodarse en mis labios. Apreté la palma de mi mano contra el pantalón y comencé un movimiento descendente, suave pero firme, que finalizó para volver a subir, aumentando la intensidad.

Su gruñido retumbó en mi garganta y me separé para contemplarle, su cara pegada a la mía, sus labios despegados y sus párpados pesados. Empujó mi cabeza hacia él y buscó el aire que le faltaba dentro de mí, exigente. Moví otra vez mi mano, arriba y abajo. Sus dientes atraparon mi labio inferior. Esta vez el gemido se me escapó a mí. Pero el tacto de Rohner en mi mano, la dureza, la lascivia de su mirada llamaban a lo más salvaje de mí con cada viaje de mi palma sobre su pantalón.

Sus manos rodearon mis glúteos y me elevó en el aire, obligándome a recoger las piernas alrededor de su cintura y a devolver mis dos manos a su cuello. No por mucho tiempo.

En sus brazos recorrimos la distancia entre las pantallas y el escritorio, donde abandonó mi cuerpo bruscamente, pero con cuidado de no aplastar nada de lo que había en la mesa bajo mi espalda.

El contraste del frío cristal del escritorio recorrió mi columna ardiente, ramificándose hasta presionar mis pulmones, cesando mi respiración un instante.

Rohner se inclinó hacia mi cuerpo y arrugó mi camiseta hacia arriba, entreteniéndose con mi vientre. Besaba, lamía y mordía cada centímetro que rodeaba mi ombligo, mi cintura, mi bajo abdomen… Con cada pasada, mi centro presionaba más y más, palpitante y dolorido. No podía nada más que arquear mi columna en la mesa, pero no todo lo que mi cuerpo exigía, porque la mano firme de Rohner apretaba mi torso contra ella. Busqué a ciegas con mis dedos los bordes de su camisa, exigiendo su retirada. En un momento, nuestros torsos se desnudaron y la mano de Rohner volvió a aprisionarme, esta vez sujetándome por las caderas. Aproveché el cambio de presión para separar mi espalda de la mesa, lanzándome hacia su pecho, hacia sus labios. El cambio de posición, apretando mis glúteos contra el escritorio, me hizo consciente de la humedad que había aparecido en esa zona de mi cuerpo.

Rohner no se entretuvo más en las profundidades de mi garganta, enseguida sus dientes se arrastraban por debajo de mi mandíbula, por mi cuello, por mis clavículas… Mi piel se encogía con cada pellizco y se dilataba cuando su lengua pasaba borrando las marcas. Mi respiración desaparecía con lo primero y aparecía desbocada con lo segundo, acompasándose a sus movimientos. La presión de mis pezones era insoportable cuando la boca de Rohner llegó a ellos.

Intenté dejarme caer sobre el cristal de la mesa de nuevo, cuando la masa blanda de uno de mis pechos se perdió dentro de la boca de Rohner, la punta siendo arañada con su lengua. Pero su brazo se aferró fuerte contra mí, pegándome más a él, profundizando su área de acción. Mi gruñido y el suyo se envolvieron.

No podía más. Con su boca trabajando sobre la parte sensible de mis pechos, hinchados e irritados, mi mano volvió a buscarle. Me deshice del botón de su pantalón, pero cuando llegué a la cremallera, Rohner me liberó. Liberó sus brazos y sus dientes y retiró mi mano. Me desinflé sobre la mesa, el frío del cristal que antes me había azotado, ahora era incapaz de penetrar la envoltura ardiente de cualquier parte de mi cuerpo.

Rohner arrastró lo que quedaba de mi ropa, lanzándola al suelo sin cuidado y liberando la

necesidad que apretaba bajo sus pantalones, pero sin deshacerse de ellos.

Se colocó entre mis piernas, presionando justo donde la humedad había despuntado y acarició la zona suavemente con uno de sus dedos, impregnándolo, húmedo y viscoso.

Negó con la cabeza, mientras una sonrisa le atravesaba la cara de lado a lado, chocando su lengua contra sus dientes. Me pellizqué el labio inferior mientras observaba su gesto. Mientras le esperaba. Intentando contener la explosión ante aquella vista.

Agarró firmemente la carne que se erguía exigente entre sus piernas y la colocó en el borde de mi apertura, los dedos de su otra mano apretados con fuerza en la piel de la parte interior de mi muslo, presionando para separarlo. Con el tacto de su dureza contra mí, la presión de esa zona aumentó, escalando un hormigueo hasta mi cabeza. Salí de la sensación de catarsis por un segundo.

—Rohner… —Mi voz preocupada apenas aparecía entre mi respiración sofocada.

Rohner seguía sostenido en la entrada entre mis piernas.

—La hormona de las mejoras tiene efectos anticonceptivos.

No era aquello lo único que me preocupaba, pero la urgencia del momento, la necesidad de sentirle dentro, por completo, la sensación fría que amenazó a mis muslos cuando Rohner comenzó a retirarse… Agarré sus glúteos con mis manos, con mis uñas, la esencia animal dentro de mí rogándole que volviera a reducir los milímetros que había retrocedido.

Mis caderas le abrazaron, bailando al ritmo de las suyas. Durante los primeros impulsos, Rohner se mantuvo recto, con sus manos contra mis muslos, manteniéndoles bien alejados entre sí. Unos minutos después, el peso de Rohner me envolvía, presionando mis pechos, jadeando y gruñendo en mi oído, humedeciéndolo con su aliento. Y yo arañaba. Arañaba su espalda, apretaba mis dedos contra los músculos de sus brazos, pegándole a mí, negándome a soltarle mientras ganaba profundidad saliendo y entrando de mi humedad. Los golpes se volvieron más rápidos, más fuertes, más profundos, hasta que tocaron ese punto, el punto profundo que desató el alivio por todo mi cuerpo, acompañado del gemido que provocó que Rohner también se descargara, dentro de mí.

48

Salí corriendo, literalmente, del apartamento de Rohner. Iba a llegar tarde a las naves y no quería volver a cagarla. No después de ver cómo afectaba al Proyecto, al estudio, a Rohner. Por suerte, Yira me esperaba ya en uno de los coches.

—¿Dónde estabas?

El carrito rugió y Yira giró el volante para dirigirnos de camino hacia las naves. Eché una mirada rápida a mi alrededor, pero intuí que Lobo y Tiburón habían salido ya en otro de los carritos.

—Con Rohner.

Giré mi cabeza hacia la ventanilla, oteando el horizonte, escondiendo mi cara de la mirada de Yira, repasando con mi lengua el corte en el labio. Sus ojos volvieron al camino.

—¿Todavía no te has recuperado del todo?

—No, estoy mucho mejor. Le estoy ayudando…

Corté mis palabras en cuanto escuché el sonido del otro coche cerca. Todavía no lo veíamos, pero estaba segura de que en cuanto torciéramos hacia el camino del bosque, alcanzaríamos a Tiburón y Lobo.

—Esta noche mejor.

Preferí posponer mi explicación. No estaba cómoda contándoselo a Yira, sin conocer cómo reaccionaría. Pero mucho menos si andaban cerca los otros mejorados.

En la nave número 4 me esforcé al máximo, dejando quemar la dosis de la hormona que Rohner me había inyectado después de nuestro encuentro. Solo había sido una dosis en lugar de las tres que me correspondían, pero ya era más de lo que Rohner había planeado para mí ese día, después de mi salida forzada de Las Fuerzas.

Me duché y ataqué la cena con ganas. Después de haber abandonado el segundo plato esta mañana, la dosis de la hormona y el ejercicio hacían rugir mis entrañas.

Recuperada y con el estómago lleno, afronté la partida de ajedrez con Yira mucho más contenta. La primera ronda nos llevó más de una hora. Creo que el remanente de la hormona en mi sistema también ayudaba a que mi cerebro procesara más cantidad de información rápidamente. A pesar de los movimientos de los tres pequeños que nos rodeaban y animaban a la una y a la otra indistintamente, conseguí enfocar mi cabeza en el juego. Aun así, la torre de Yira por un lado y uno de sus alfiles por el otro arrinconaron a mi rey.

—¡Jaque mate! —Cantó Mono a la vez que daba un saltito.

Antes de que comenzáramos la segunda partida, Desi apareció para llevárselos a todos a la cama. La sala de ocio se quedó entera para nosotras, sumida en un profundo silencio.

—¿Con qué estás ayudando a Rohner?

Yira ni siquiera esperó a tener colocadas sus figuras de nuevo antes de retomar la conversación que había quedado a medias en el coche. Yira no era una persona curiosa. Dejaba que las cosas pasaran y fluyeran a su alrededor, no se entrometía. Tampoco juzgaba. Solo dejaba que pasaran. Pero cuando algo le rondaba la cabeza, cuando algo no le parecía del todo claro, no lo dejaba pasar.

—Estudia mis mejoras.

Un peón blanco se adelantó en el tablero. Moví sin mucha contemplación uno de los míos hasta enfrentarlos. Yira esperó antes de su siguiente movimiento.

—Está intentando potenciarlas. Conseguir que mi porcentaje aumente.

Un alfil blanco se adelantaba en diagonal una fila, cubriendo el hueco que había dejado el peón anterior.

—¿Cómo?

Ninguna de las dos levantaba la vista del campo de batalla de las piezas blancas y negras, pero la pregunta de Yira rebotó directa hacia mí, sin duda, ni curiosidad. Demandante.

—Hay una hormona…

Moví el peón que se encontraba en la línea diagonal del alfil. Justo en ese momento me di cuenta de que había dejado desprotegida mi torre. Pero Yira no atacó. Como si mi torre dependiera de las siguientes palabras que añadiera a mi explicación.

—Acelera mi metabolismo, cuando me inyecta las dosis, mi cuerpo va más rápido. Me ayuda a entrenar más fuerte. Pero también a que mis mejoras se intensifiquen un poco más.

Mi torre abandonó el tablero. Aun así, no me atreví a levantar la mirada hacia Yira.

—¿Y funciona?

Quité de en medio el peón que quedaba ahora expuesto. Pero hasta que Yira no retiró su alfil, no me di cuenta de que, si hubiese ido a por mi peón, mi caballo habría eliminado su figura, no habría hecho falta mover esa pieza. Estaba totalmente desconcentrada.

—Bueno… Ahora tengo un porcentaje de un 81 %.

Fuera cual fuera el siguiente movimiento de Yira, se detuvo para buscar mi mirada. Su ceño fruncido me obligó a seguir hablando, totalmente desconectada ya de la partida, pero eligiendo cuidadosamente las palabras. No quería ocultarle nada a Yira, ese era un peso que me presionaba cada vez que la veía, pero pesaba mucho más el miedo a que Yira se asustara de mí, de lo que yo era capaz.

—En realidad, después de la arena, en ese primer día, mis mejoras ya habían aumentado un 1 %. Dice Rohner que puede ser normal, que tardan en estabilizarse. Pero todas estas semanas con la hormona —devolví la mirada al tablero, sopesando si añadir la información que faltaba— y con el esfuerzo físico en Las Catatumbas, hemos conseguido que aumente otra vez.

Como me esperaba y había intentado evitar, Yira se encogió cuando me escuchó nombrar Las Catatumbas. No sabía nada de lo que me había pasado allí abajo, pero su cara cuando me vio llegar con Lobo, sus cejas arrugadas y sus ojos encorvados, con el color atezado brillante de su cara transformado en una simple sombra empalidecida…, me di cuenta enseguida del sufrimiento que mi imagen destartalada después de tres días le provocó. Pero no me dijo nada.

—¿Rohner estaba en Las Catatumbas?

No sé cómo, pero encontré un hueco para eliminar a uno de los peones de Yira.

—No todo el rato. Bajó a verme una vez.

«Y a sacarme sangre e inyectarme la hormona». Pero eso no se lo dije.

—¿Te… castigó él?

—No —recordé el corte del labio. Y la bofetada—. No, casi todo fue Caimán.

No quería entrar en detalles, no quería que Yira se imaginara absolutamente nada de lo que pasó allí abajo. Y menos sabiendo cómo la podía afectar. Cómo iba a sufrir. Por mí. Cuando yo había sido en parte culpable de aquellos castigos, por no controlarme.

No, Yira no debía sentirse mal por mí.

Un sudor frío recorrió todo mi cuerpo ante la posibilidad de que Yira se enterara de cómo actué allí abajo, de mi salvajismo, de lo que era capaz… Continué moviendo piezas por el tablero.

—Pero ¿de dónde ha salido ese caballo?

Su caballo había eliminado a mi reina, que tan valientemente había colocado yo en su mitad del tablero. Pero Yira no había terminado sus movimientos. En el terreno de juego tampoco. Mi último peón cayó.

—¿Por qué te trajo Lobo?

Su pregunta se retorció en mi estómago. El resto de la conversación ya la había ensayado, pensado durante días qué le iba a contar. Intentando adelantarme a sus posibles reacciones. Pero mi encuentro con Lobo… Ni siquiera yo sabía en qué parte de mi cabeza colocarlo.

El sonido de una presencia en el pasillo paralizó mi mano, que cambiaba de posición un caballo sin estrategia ninguna.

—Viene alguien.

Enseguida, los cabellos rubios de Tiburón, peinados hacia atrás, todavía húmedos de una posible ducha, asomaron por la puerta.

—¿Noche de chicas?

Su sonrisa impactó directamente hacia el asiento de Yira, su rostro imperturbable mientras lanzaba su torre hacia mi mitad del tablero.

Un gruñido se me escapó, no sé si por el esfuerzo de adivinar el siguiente movimiento de esa torre o por la voz chulesca de Tiburón. Bueno, sí lo sé.

No habló, no escuché sus pasos, pero sabía que estaba allí. Me giré hacia la puerta para comprobarlo. Lobo caminaba con las manos en los bolsillos hacia nuestra mesa, donde Tiburón ya se había asomado por encima del tablero, muy cerca de Yira. Ni rastro de Urraca.

—Menuda paliza de las blancas, eh. —Tiburón guiñó un ojo a Yira.

Giré rápido mi cabeza cuando los ojos de Lobo me capturaron observando su entrada, para concentrarme en los movimientos de Tiburón, dispuesta a clavarle uno de los alfiles en la mano que había extendido en la mesa si se sobrepasaba en sus comentarios hacia Yira lo más mínimo.

Lobo alcanzó la mesa y se rio por la nariz cuando descubrió el resultado. Le envié una mueca, enseñando mis dientes y frunciendo el ceño, pero ni siquiera se giró hacia mí, siguió hasta el sofá, justo detrás de donde se mantenía de pie Tiburón.

Inclinando su peso hacia las manos apoyadas sobre la mesa, a Tiburón le parecía muy entretenido comentar cada movimiento de las figuras. Mi paciencia tenía un límite y no era muy extenso.

—¿No te vas a callar?

—¿Te pongo nerviosa?

Su voz sensual y musical me daba ganas de vomitar.

—No te gustaría verme nerviosa.

Una carcajada disimulada se escuchó desde el sofá. Apreté mis dedos contra la mesa. Tiburón capturó mis movimientos y se acercó un poco más a Yira, que expulsó del tablero a mi último alfil con gran estruendo contra la mesa.

—Increíble ese movimiento, Yira. Hay un cerebro superdotado debajo de esa cara preciosa.

Ni un tono de ironía en sus palabras. ¿De verdad creía que estaba alabando a mi amiga? ¿Así? Este tío era imbécil.

Sin despegar las manos de la mesa, me levanté automáticamente, arrastrando la silla hacia atrás con mi impulso, las patas crujieron mientras arañaban el suelo. Abrí mi boca, pero la volví a

cerrar cuando escuché la voz de Yira.

—Guin…

Su tono dulce y suave me obligó a mirarla.

—Déjale, no está acostumbrado. Cualquier cerebro con más de dos neuronas le parece superdotado.

La carcajada acudió sin ser llamada a mi garganta. Pero no me senté, esperando la réplica de Tiburón. Miró fugazmente por encima del hombro, hacia el sofá desde donde Lobo visualizaba la escena. Los músculos de la cara marfilada de Tiburón contraídos por el enfado y el estupor de la frase. Creo que, si no me hubiese reído, no se habría dado cuenta del significado. Sus ojos amenazaron a Yira.

—Te gano a este juego cuando quieras.

Busqué inmediatamente la mirada de mi amiga, esperando cualquier señal que me animara a lanzarme a por él, a obligarle a que se callara de una vez. Pero Yira rodó sus ojos hacia atrás, en señal de cansancio. Hizo un último movimiento con su caballo.

—Jaque mate.

Giré mi cuello rápido hacia donde las casillas en L separaban a su caballo de mi rey, una torre le amenazaba de abajo a arriba y su reina por el otro lado. Volví a sentarme de golpe, estudiando la jugada.

—¿Ahora? —Yira lanzó su pregunta, retadora.

Era la primera mirada que Yira le dedicaba a Tiburón desde que había aparecido por la puerta y Tiburón titubeó, pero agarró el respaldo de la silla en la que todavía yo estaba sentada.

—Aparta.

Me volví a levantar, esta vez más despacio y dejé mis ojos arder cuando se posaron en Tiburón. Su agarre en la silla se apretó. Nuestras miradas chocaron. Mi mandíbula se tensó, abriendo mis orificios nasales. Tiburón no me quitó la mirada, pero soltó la silla y mi mano ocupó el lugar que él había liberado. No me di cuenta de que Yira también se había levantado en su sitio, consciente de la tensión del momento.

—Va a ser rápido.

Con solo cuatro palabras, Yira restó importancia a todo el asunto. Las lanzó con la cadencia y la velocidad acertadas como para que fueran un aviso de calma hacia mí y a la vez dejarle claro a Tiburón que su partida iba a ser un mero trámite.

No convencida del todo, cambié posiciones con Tiburón, inclinándome hacia la mesa para controlar cada movimiento. De la partida y del mejorado. A Tiburón solo le costó tres turnos comenzar a eliminar las figuras blancas de Yira, jactándose de cada una que iba liquidando. Sin embargo, Yira continuaba moviendo las figuras por el tablero, casi sin pensar. Un par de movimientos después, me di cuenta de qué estaba haciendo mi amiga. Ya la había visto hacer eso antes, cuando Mono suplicaba una última partida antes de irse a dormir o hacer los deberes. Yira colocaba las piezas por el tablero como si fuera un mapa de guerra y dejaba al contrario avanzar hasta donde ella quería, hasta donde ella necesitaba. Sabía que, en unos minutos, el rey de Tiburón estaría acorralado y sin salida.

La sonrisa de mi cara se borró cuando noté una mirada en mi nuca. Lobo era tan silencioso que había olvidado que estaba detrás de mí, relajado en el sofá, con un tobillo apoyado sobre su rodilla contraria, sus brazos extendidos en el respaldo, espectador de la partida en silencio. Y de mí. Un escalofrío subió hasta el punto justo de mi cuello donde noté su mirada. No pude evitarlo

y me giré agresivamente hacia el sofá, sin soltar las manos de la mesa. Los labios de Lobo se curvaron.

—¡Estás moviendo las piezas!

Gruñí al comentario de Tiburón, pero un par de figuras se habían volcado en el tablero. Un movimiento de cabeza de Yira, con sus ojos fijos en las blancas y las negras, me ordenó en silencio que me separara de la mesa. No se me ocurrió nada mejor que sentarme también en el sofá.

Tomé la precaución de elegir el lugar más alejado de Lobo, aunque desde ahí perdía visión sobre la partida.

Lobo no pasó desapercibido mi esfuerzo por establecer la distancia entre nosotros y le pareció divertido acortarla, para después flexionar una rodilla hasta colocar su pie encima del sofá y abrazarse a ella, apretando su muslo forjado contra el pecho.

—Recuérdame que nunca apueste a tu favor al ajedrez.

—¿Te ha dado permiso tu dueño para hablar? Por cierto, ¿dónde le habéis dejado? ¿Se ha perdido de camino a atacar a alguien más?

Nuestras palabras se cruzaron en susurros, intentando no alterar el orden de la partida que se dilataba por el tiempo que dedicaba Tiburón a preparar su siguiente movimiento. Todavía no se había enterado de que daba igual lo que hiciera, estaba a la merced de Yira.

—No lo sé. ¿No te lo has encontrado de camino…

Su mirada desatendió el juego para focalizarse solamente en mí. Sus ojos entornados ligeramente relampaguearon atravesados por una sonrisa aguda.

—… cuando has ido a ver a Rohner?

Noté cómo absolutamente todos los músculos de mi cara se tensaban. Y los de mi cuerpo. Desde mi cuello hasta los dedos de los pies. Me concentré primero en devolver el ritmo normal a mi respiración, que se había escondido, asustada. ¿Cómo sabía Lobo que yo había ido a buscar a Rohner? Mi sangre se congeló ante la idea de que Lobo conociera cualquiera de los dos motivos por los que me veía con Rohner. Inconscientemente pellizqué mi labio, justo donde la herida se resistía a cerrarse.

Lobo expulsó el aire por su nariz, marcando aún más su risa y su cabeza navegó vagamente por el aire que me rodeaba, sus fosas nasales abriéndose y cerrándose desde mi torso hasta mi frente. Mis brazos acudieron para cruzarse delante de mi pecho. Volvió a girarse hacia la mesa.

—Apestas a Rohner.

—Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—Olerme.

—Tendría que dejar de respirar.

—Genial. Dos pájaros de un tiro.

Una sonrisa de medio lado iluminó su rostro, victorioso con mi indignación y mi incomodidad.

No quise dejarle pensar que había ganado, que supiera lo profundo que había calado su comentario sobre Rohner, dejarle saber más de lo que él ya había intuido.

—Tampoco creo que se te ocurra apostar por tu amigo, ¿no?

En ese momento Tiburón se retiraba el sudor imaginario de su frente, incapaz de contemplar su próximo movimiento sin que cayera ninguna figura negra en el siguiente turno.

—¿Apostar por Tiburón? ¿Al ajedrez contra Yira o en la pelea por la silla contigo?

Su atención volvió a desvanecerse del juego y me esperaba con sus ojos encendidos.

—¿Tan estúpido como para apostar a favor de Tiburón en cualquiera de las dos?

Una carcajada muda abandonó su garganta. Su cabeza se lanzó despreocupada hacia atrás, apoyándose en el respaldo antes de terminar mi frase. Sabía que las palabras del principio eran suficiente para recordarle los mensajes del tejado.

—¿Qué puedo perder con una mala apuesta? ¿Una camiseta, por ejemplo?

Mi columna se estiró de repente. Lobo había recogido mis palabras envenenadas con el recuerdo del tejado solo para convertirlas en un dardo directo hacia mí.

—¡No hay manera de concentrarse con estos dos cuchicheando! —Tiburón había perdido los nervios, solo le quedaban cuatro figuras y todas en peligro. Su pelo hacía rato que había dejado de sostenerse hacia atrás.

Lobo se puso de pie de un salto y por un momento pensé que se lanzaría sobre Tiburón. O sobre mí. Sin embargo, agarró mi mano y tiró de mi brazo, obligándome a levantarme con él.

—Vamos.

Con un tirón fuerte me deshice de su agarre y me fijé en Yira. Me miró de medio lado, procurando no perder el registro de sus movimientos en la mesa. Al contemplar la concentración en la que Yira se había sumido para humillar a Tiburón tanto con esta partida, como para que no volviese a querer jugar con ella nunca más, me sorprendí a mí misma siguiendo los pasos de Lobo hacia la puerta.

Las enormes espaldas del mejorado se apoyaron sobre el muro del pasillo, frente a la puerta, siguiéndome con la mirada mientras salía y la cerraba. Copié sus movimientos en la pared de enfrente, a un lado de la puerta, atenta a cualquier sonido que me indicara que Tiburón había perdido del todo los nervios y tuviera que entrar a remediarlo. Aunque sabía que Yira era capaz de gestionarlo, de pararle los pies y de mantener la calma, no me gustaba la idea de dejarla sola con él.

—¿Doble o nada?

Ahora eran los brazos de Lobo los que se cruzaban en su pecho. Yo elevé una pierna hacia atrás hasta que mi pie se posó en la pared.

—Perfecto. A favor de Yira.

—La partida está ya ganada. A algo más interesante.

—Ni siquiera sé qué nos estamos apostando.

—Camisetas.

—No quiero una camiseta tuya.

—Porque ya la tienes. —Su diversión atravesó sus palabras.

Mi cabeza se quedó atrapada en su frase. Era verdad que todavía tenía su camiseta. Arrugada debajo de la cama, pero la seguía teniendo. En ese lapso de segundos, Lobo se había separado de la pared y había recortado los tres pasos que nos separaban.

—Apuesto a que…

Su cuerpo se inclinó hacia el mío. Sus manos en los bolsillos, pero su boca tan cerca de mí, que pude notar físicamente sus palabras acariciar mi cara. Su dedo me sorprendió posándose suave en mi labio.

—Has vuelto a cabrear a alguien.

Ningún músculo de mi cuerpo se movió. Incluso mi aliento se retuvo en mis pulmones. Su mirada depredadora, directa a mis ojos, me había anclado al muro sin tocarme. Pegué las palmas de mis manos a la fría pared para sostenerme, buscando algo que me mantuviera en tierra. Tardé varios segundos en reaccionar y apartar agresivamente su caricia del corte de mi labio.

Lobo volvió a erguirse, estirando su espalda y guardando de nuevo su mano en el bolsillo para dar un paso hacia atrás, una sonrisa salvaje bañaba sus labios y sus ojos. La distancia volvió a insuflar aire a mis pulmones, haciéndome ver el reto que Lobo proclamaba y que no estaba dispuesta a perder.

Copié sus movimientos uno a uno. Con un empujón del pie que mantenía pegado a la pared, me separé de ella, guardé mis manos conscientemente en los bolsillos de mi pantalón y di un paso lento hacia él. Elevé mi barbilla para dirigir mi mirada directamente hacia su rostro encantado y disparé mis cejas. Nada en su cuerpo se alteró.

Saqué mi mano de mi bolsillo y la coloqué suave pero firme sobre su pecho, movida de arriba abajo con su respiración. No tardé en sentir el bombeo de su corazón, fuerte, veloz, pero con ritmo. Sus latidos se replicaron en mi cabeza, ocupando el primer lugar de entre el resto de sonidos, acompañado del eco fantasma de su voz, a pesar de sus labios cerrados. No sé qué sensación era, pero me invadió por completo, junto con una suave brisa templada. En ese momento, pude distinguir un leve aumento de la velocidad a la que mi mano se movía en su pecho, al ritmo de su respiración y cómo sus fosas nasales se extendieron. Decidí expulsar mis palabras suaves, pausándome con cada inspiración de Lobo, cantándolas al ritmo de los latidos de su corazón.

—*Apuesto* a que todas las noches, subes al tejado a esperar que alguna chica en ropa interior aparezca.

Por un momento noté su mirada ensombrecerse y la diversión evadirse de su rostro. Pero fue solo un instante. Su boca se abrió en una sonrisa salvaje, brillando con sus dientes y sus ojos se tornaron lujuriosos, probablemente atrayendo a su mente el recuerdo de mi cuerpo semidesnudo en el tejado. Mis reflejos me obligaron a retirar mi mano.

—Pierdes. —La sonrisa no se había desvanecido.

Sus dedos agarraron los bordes inferiores de mi camiseta a cada uno de los lados de mi cintura, reclamándola, pero sin separarla de mi cuerpo. Un movimiento rápido de Lobo me devolvió a la pared, sus dedos apretados en la tela, sujetándose a sí mismo.

—Todas las noches…

Su cuerpo se dobló de nuevo hacia mí, esta vez hacia mi cuello, mi yugular. Pero no fue miedo lo que me invadió en ese momento. No apareció ningún rastro de temor cuando Lobo reclamó mi oreja con sus labios, agachándose muy lentamente hacia mi oído. Su nariz acariciándome. Su aliento impactando sedoso contra mi piel.

—Espero a que aparezcas tú.

Su voz intensa y abismal penetró por absolutamente todas las partes de mi cuerpo, inundándome con la vibración de su pecho. Mis rodillas se aligeraron, pero pude contenerlas justo a tiempo. La adrenalina del momento, de mi cuello expuesto ante el mejorado más letal de La Guarida, la intensidad de su presencia, el poder que emanaba todo él, sobre el resto, sobre mí…

Un sudor frío recorrió todo mi cuerpo cuando la puerta chirrió a mi lado, dejando a Tiburón y Yira contemplar el final de la escena.

Lobo no se había dignado a separarse de mí, mantenía sus manos agarradas a mi camiseta y, aunque su boca ya no rozaba mi cuello, su mirada buscaba exigente respuesta en la mía. Consciente del público, mis músculos por fin reaccionaron y le apartaron con un golpe en el pecho. Lobo lo interceptó y se retiró por el pasillo sin volverse a mirarme. Tiburón siguió sus pasos sin decir nada.

Volví a la sala con Yira, para terminar de recoger el juego que, obviamente, Tiburón había perdido. Como muestra de su indignación, había decidido que no recogería las piezas, que era un estúpido juego y que iba a aprovechar su tiempo libre en otro lado. No pude parar de reírme mientras Yira me describía el arrebato de Tiburón después de perder su rey.

—¿Qué ha pasado con Lobo?

Habíamos llegado ya casi a la puerta de nuestra habitación cuando Yira soltó la pregunta que llevaba atormentándola un buen rato. Posiblemente no le habían parecido suficientes mis explicaciones de antes. Normal.

—Nada, está todo bien.

La mirada incrédula de Yira fue fusiladora.

—Urraca fue demasiado fácil, estoy buscando un contrincante a mi nivel.

Le guiñé un ojo para dotar de humor mis palabras, pero Yira estaba demasiado intensa esa noche. Me senté en las escaleras, adivinando que ella tenía algo que decir y que solo acababa de empezar. Yira me siguió, pero no se sentó, se cruzó de brazos un escalón por debajo del mío. *Egoísta. Salvaje. Cría.* Reviví el enfado de Rohner de esa tarde.

—Guindilla, no sé si me preocupa más tu alianza con Rohner o tus encuentros con Lobo.

—No tengo encuentros con Lobo.

No, con Lobo no, precisamente.

—No te fíes de tus mejoras, Guindilla. Lobo es el más poderoso de todos nosotros aquí. No le hace falta que sus mejoras estén a un nivel más alto que el tuyo para superarte. Tiene un cerebro increíble, funciona de otra manera. Y, aun así, su instinto es tan brutal, tan salvaje, que podría destrozarte cuerpo a cuerpo y no se lo pensará dos veces antes de hacerlo.

La voz de Yira, su mirada preocupada, la intensidad de sus palabras, el miedo… Podía ver todas esas emociones drenando el brillo hermoso de su cara.

—Si es por instinto… El mío no se queda corto. Ya lo he escuchado dos veces esta semana.

—Guindilla, ten cuidado.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque estoy preocupada. —Su tono de voz se elevó tanto que le sorprendió a ella misma.

—Yira, estoy bien. No voy a dejar que Lobo me haga daño. Créeme, ha podido hacerlo y no lo ha hecho.

Ahora era yo la que me sorprendía a mí misma con mis palabras, recordando la noche que volví de Las Catatumbas, cómo de vulnerable era, cómo me rendí y me tiré al suelo cuando me encontró. Cómo deseé que acabara con aquello rápido, que acabara conmigo de una vez. Pero no lo hizo. No hizo nada de eso.

Agité la cabeza para borrar ese pensamiento.

—¿Ni cuando defendió a Urraca?

Los músculos de mi cara se contrajeron.

—Guindilla, ¿no te das cuenta de que estás en el ojo de todo el mundo? Rohner no te hace ningún favor reclamándote en mitad de un entrenamiento de Gorila y has pasado tres días en Las Catatumbas. ¡Tres días! Hacía años que no bajaban a nadie allí. De hecho, pensaba que eran una leyenda, para mantenernos controlados. ¿Y tú te ofreces a Rohner para que experimente contigo, mientras tanteas a Lobo a ver si os volvéis a enfrentar una tercera vez?

Abrí la boca para refutar algo de lo que Yira había soltado, pero fui incapaz.

—Estás nadando en aguas muy peligrosas, Guin… —Su tono se suavizó—. Y cuando descubran que tus mejoras son capaces de ampliarse… ¿Cuánto tiempo crees que les va a llevar a

Tiburón, Lobo y Urraca deshacerse de ti? Te estás convirtiendo en una amenaza para ellos, para su supremacía en La Guarida.

Sabía que Yira no andaba desencaminada. Pero si alguien me consideraba una amenaza de verdad, después de mis tres días en Las Catatumbas, sabía que era Hormiga. O al menos Caimán. Eso no mejoraba las cosas.

—Me han echado de Las Fuerzas. —La vergüenza no me permitió aguantar la mirada de Yira.

Esperé su reprimenda, que me confirmara que me lo tenía merecido. Pero no dijo nada. Solo me miró. Me miró como alguien que se encuentra un pájaro incapaz de volar.

—No es justo… —Es todo lo que logré añadir, justificándome de manera penosa.

—Ninguno estamos aquí abajo por justicia, Guin. Tu solo ten cuidado, ¿vale?

Era la primera vez en mi vida que escuchaba esas palabras, y de repente, se volcaron hacia mí con una ola de incomodidad. La pobre Yira se preocupaba por mí y ni siquiera sabía los detalles de todo lo que pasó con Urraca, del castigo en Las Catatumbas, de mis visitas a Rohner… Tenía que frenar un poco, centrarme en mis entrenamientos, en el estudio, en mis mejoras. Redimirme antes de que Yira descubriera de mí lo que Rohner ya había confirmado. Antes de que me dejaran por imposible, de que se cansaran y se fueran.

49

Y eso hice. Durante las siguientes dos semanas, añadí un par de horas más de entrenamiento entre el turno de la comida y el aviso a las naves. Acudía a ver a Rohner diariamente, y él me analizaba y suministraba la hormona. Me estaba esforzando, de verdad, como no lo había hecho hasta ahora.

Mi cuerpo había comenzado a cambiar. Mis piernas se habían endurecido y flexibilizado, mis brazos levantaban enormes cantidades de peso y los músculos de mis bíceps ya se dejaban ver.

Tanto entrenamiento y, sobre todo, la aceleración de mi metabolismo con las dosis elevadas de hormona conseguían que acabara el día por los pelos. En cuanto mi cuerpo reconocía la cama, mi cabeza se desconectaba. Incluso los sueños habían desaparecido casi por completo. O al menos no los recordaba. No con la claridad con la que solía vivir mis pesadillas anteriormente. Al igual, desaparecieron las noches en el tejado. El cansancio solo tenía parte de la culpa en esto.

No vi a Urraca hasta tres días después de mi vuelta a La Guarida. Solo una pequeña cicatriz le decoraba su ojo que, para mi sorpresa, seguía colocado en el mismo lugar de siempre. Pero no fue hasta unas semanas después que me sorprendí yo misma pensando en ese ojo.

—¿Sabes si a Urraca le han quedado secuelas después de mi ataque?

Rohner se giró confuso en su asiento del laboratorio más cercano a su apartamento. Acababa de terminar de repasar toda la rutina de movimientos de cada día y la primera dosis de la hormona ya corría por mis venas.

Rohner y yo no habíamos vuelto a hablar de lo sucedido después de que me echaran de Las Fuerzas y, contentos con los resultados que el entrenamiento y la hormona estaban dando, mis visitas a su estancia eran bastante agradables.

—¿Por qué preguntas eso ahora?

—No lo sé…

Rohner volvió a su tarea en el ordenador. Salté de la camilla y me acerqué a su mesa.

—¿Le atendiste tú?

Se separó ligeramente y empujó su silla para acercarse un poco más a mí.

—Cuando llegué yo, ya le habían hecho las primeras curas.

—¿Aquí abajo?

No sé por qué llegué hasta esa pregunta, pero algo me retorció por dentro durante un segundo al pensar en Urraca caminando por estos pasillos.

—No, donde se atiende a los mejorados. En la sala del segundo nivel, al lado del gimnasio. —Rohner ladeó ligeramente su cabeza, intentando adivinar mi emoción—. Urraca no baja a esta planta.

Algo de alivio se liberó por mis poros, pero no era suficiente. Me senté en el regazo de Rohner, rodeando su cuello con mi brazo. Él imitó mis movimientos con el suyo por mi cintura.

—¿Y en los días que no estuvo en La Guarida?

—Le pusieron una habitación en la primera planta de los túneles de los laboratorios. Insistía en que tenía una conmoción y que era un riesgo volver.

Una risa breve me envolvió. Los dedos de Rohner comenzaban a jugar cariñosos por debajo de mi camiseta.

—¿Y tenía una conmoción?

—¡Qué va!

Las carcajadas que se me escaparon después de la respuesta de Rohner casi me impiden escuchar a tiempo los pasos de uno de los pajaritos de Hormiga antes de que entrara por la puerta. Ya me había acostumbrado a que rondaran los laboratorios durante mis reconocimientos. Mejía era el que solía acompañarnos, pero, en general, había una rotación de varios de ellos, con rasgos tan similares que ni siquiera me molesté en diferenciarles.

Rohner intentaba que no coincidiéramos los tres durante mucho tiempo allí. Normalmente mantenía a los pajaritos ocupados con recados, o cambiaba las horas del reconocimiento con poca antelación para que no apareciera ninguno. En ocasiones le funcionaba. Pero cuando sí aparecían, o no conseguía librarse de ellos, entonces se libraba de mí, devolviéndome a La Guarida más rápido de lo normal.

Este era uno de esos días. En cuanto el pajarito, que no era Mejía, apareció por la puerta, Rohner, que se había separado de mí justo a tiempo, me mandó de vuelta a los niveles superiores.

Para no perderme ningún entrenamiento, Rohner hacía coincidir los reconocimientos con las horas del desayuno, normalmente. Pero, si no era posible, entonces la comida o la cena eran las sacrificadas. No me importaba tampoco, especialmente con las cenas. Cuando durante el día otros asuntos no habían permitido a Rohner avanzar con el estudio y conmigo, entonces no me reclamaba hasta la hora de la cena, en su apartamento y, normalmente, sin salida hasta la mañana siguiente. Esa era la única desviación de mi plan de comportamiento ejemplar que me permitía.

Cuando subí a La Guarida, todavía escuché algo de revuelo en la cocina, llegaba a tiempo para engullir algo rápido del desayuno de Desi antes del entrenamiento con Gorila.

Torcí hacia la derecha en el último tramo de escaleras, el que llevaba hasta el pasillo de las habitaciones y el del comedor. Lobo se acercaba para tomar esos mismos escalones en dirección al gimnasio, aunque en solitario y no con Urraca como estaba acostumbrada a verle cada mañana. Más aún después de mi ataque.

Su ritmo era calmado y lento, pero cada paso firme desprendía la potencia de su cuerpo, de sus músculos, amenazando con su mirada gris y depredadora que vestía en cada momento. Tuve que sujetar todos los músculos de mi cuerpo para no dispararle una mirada desafiante al cruzarme con él, para no levantar mi barbilla y erguir mi pecho, demostrar que esos ojos cazadores no me amedrentaban. Pero recordé la preocupación de Yira y el discurso sobre mis actos egoístas de Rohner. *Compórtate, compórtate, compórtate…* Mantuve mi mirada al frente y me concentré en marcar adecuadamente mis pasos.

Lobo, si no había hecho una promesa parecida, había perdido todo su interés en desmontarme, porque juraría que tampoco me miró.

Era la primera vez que me lo encontraba a solas después de la partida de ajedrez. Me había dado cuenta de su poder hacia mí. Sabía qué hacer y qué decir para tirar de la cuerda que me hacía saltar sobre él, la que me mantenía alerta y a la vez gobernaba mis palabras ácidas. Yira tenía razón, y mantener el control con Lobo delante, para mí era cada vez más complicado, y como mantener el control era una de las cosas que me había prometido a mí misma, como actividad de mi plan de comportamiento ejemplar, las noches en el tejado eran historia. Sobre todo, después de que sus palabras maliciosas me dejaran temblando con su conocimiento sobre

mis visitas a Rohner, con sus muestras de poder físico sobre mí sin ni siquiera tocarme, con sus estúpidas apuestas… La camiseta.

Tenía todavía su camiseta en mi cuarto. En algún momento la doblé y la guardé debajo de mi almohada, junto con los dibujos de los niños. Pero cruzarme con Lobo, darme cuenta de todo eso, de su poder… Corrí hacia mi habitación.

Aparté los dibujos despacio, tomándome un par de segundos rápidos para contemplarlos una vez más. La cantidad de colores del dibujo de Mono, la fidelidad de los trazos del de Rin… Pero, sin duda, las líneas azules sobre el dibujo de Mono que plasmó Yeyé eran las que más me llamaban la atención.

Los coloqué de nuevo en su sitio y tiré de la camiseta.

Las arrugas en la tela se iban haciendo más profundas entre mis dedos a medida que yo cogía velocidad hacia abajo por las escaleras. Encontré a Lobo frente a la puerta del gimnasio, concentrado en empujarla para abrirla del todo. Supe perfectamente qué me había delatado cuando, antes de haberme aventurado dos pasos en el pasillo, con mis movimientos ahogados, la mirada de Lobo ya me había capturado.

Frené mi ritmo, pero no me detuve hasta que no llegué a donde la puerta del gimnasio había vuelto a cerrarse, dejando a Lobo libre en el pasillo.

Mi brazo se extendió hacia él, con la camiseta ahora totalmente arrugada en mi mano, salvando la distancia que conscientemente había asegurado entre nosotros dos.

—Apuesta saldada.

Lobo miró la camiseta y luego me miró a mí, sin recogerla. Sus ojos se estrecharon curiosos.

—¿La que perdiste tú o la que gané yo?

Joder. Lo había vuelto a hacer. Todo mi cuerpo ardía por dentro ante su estrategia. ¿Cómo podía Lobo, con una simple pregunta, ser capaz de afirmar que yo había perdido dos veces? Apreté mi puño, escondiendo mi mano ligeramente para no alertar a Lobo. La tensión me ayudó a recordarme mi obligación de calma, de no soltar la cuerda.

—Qué más da.

Mis palabras salieron todo lo impasible que yo pretendía. *Bien*.

Realicé un movimiento con mi brazo, elevándolo, incitándole a que cogiera la camiseta. Los gestos de Lobo seguían imperturbables, pero su cara apareció iluminada cuando se giró completamente hacia mí, acortando la distancia. De nuevo acudí a las uñas que se clavaban en la palma de mi mano, guardadas en puño, para recordarme mantener la calma.

—¿A quién cabreaste?

Lo sabía. Sabía quién me había hecho la marca en el labio aquel día. Sabía que había estado con Rohner. Y aunque ya habían pasado semanas, él sabía cómo me afectaba. Aferré las últimas gotas de autocontrol que me quedaban, aunque el rostro ardiente y afilado que le devolví no pude camuflarlo.

—Toma tu camiseta.

—Dije que te la podías quedar.

Con más fuerza de la que había considerado, golpeé la mano que guardaba la camiseta, estampándola contra su pecho y me di la vuelta rápida, andando deprisa de nuevo hacia las escaleras. Mis brazos me dolían manteniendo la tensión y las manos me ardían mientras las cerraba estrangulando mis dedos. El sonido que escuché a mi espalda fue tan exagerado que no me habrían hecho falta las mejoras en mis oídos para reconocerlo.

—Tu olor sobre el mío… hacen una mezcla estupenda.

Me detuve un momento para mirar por encima de mi hombro. Lobo se apoyaba de costado sobre la pared, dejando caer el peso de su cuerpo sobre un brazo. Con el otro, agarraba la camiseta que le acababa de entregar, muy cerca de su cara.

La cuerda se soltó y la acidez subió por mis pulmones, atravesó el esternón y apareció por mi garganta.

—Pues ya tienes entretenimiento para esta noche, bajo las sábanas.

—Me alegra saber que mi camiseta te ha dado buen servicio… bajo las sábanas.

El gesto lascivo que me dedicó, elevando las cejas y curvando sus labios de medio lado, me obligó a estrangular una sonrisa que, traicioneramente, se quería apoderar de mi cara. A pesar de mi empeño, no creo que Lobo pasara por alto mis labios contraídos por el esfuerzo.

Solo era una pequeña manchita en mi comportamiento ejemplar, pero en cuanto alcancé el primer escalón, salí corriendo de allí y no paré hasta que llegué al comedor.

50

Acabábamos de volver de las naves cuando reclamaron a Yira en Las Fuerzas. Ni siquiera le dio tiempo a cenar, pero no parecía importarle. Así que, inmediatamente después de terminar el último trozo del bizcocho increíble que había cocinado Desi para el postre, me fui directa a la cama. Pero lo que todos estos días había sido un acto mecánico: meterme bajo las mantas y quedarme dormida, esa noche se estaba rebelando.

Comencé entonces mi paseo fantástico por el Pueblo de la Noche. La luna brillaba allí como en ningún otro sitio, redonda y rocosa, capaz de iluminar todo el pueblo con su brillo. El riachuelo bailaba ondulándose ante cada reflejo, nutriéndose de la luna. Los destellos subían hasta el puente de piedra y lo decoraban intermitentemente de un extremo al otro. Hasta que al final de este, justo en la callecita de adoquines donde desembocaba, por donde yo caminaba, la luna se perdía. Me sumí en la penumbra. Al contrario que en la mayoría de mis viajes por allí, las casas dobles que se erguían a ambos lados del estrecho callejón permanecían completamente cerradas. Ventanas y puertas bloqueadas, el paseo mudo.

No me atreví a mirar hacia atrás mientras seguía avanzando en mi camino, revisando una a una cada puerta, todas selladas. La calle se sumergió en una oscuridad mayor y me encontré incapaz de encontrar la luna que me guiaba en la noche. La temperatura bajó un par de grados, haciendo agitar mi cuerpo en un escalofrío.

Tres sombras aparecieron sobre el empedrado para cortarme el paso. Una de ellas destacaba por su altura frente a las otras dos, pero la del medio, la más diminuta de todas, era la sombra cuya oscuridad brillaba más, tragándose toda la luz de la luna. No la dejaba brillar.

Me giré deprisa sobre mis pies, dispuesta a avanzar en dirección contraria, pero allí tampoco había salida. Rohner avanzaba muy lentamente hacia mí por ese lado.

—¡Compórtate! —me ordenó.

Me volví para vigilar las otras tres sombras que me acechaban. Me giré de nuevo para suplicar a Rohner.

—¡Lo estoy intentando! De verdad.

Las sombras se acercaban cada vez más. Podía sentir la humedad y el frío que emanaban envolviendo mi espalda. Rohner dejó caer una sonrisa cruel, mirándome desde arriba. No me había dado cuenta, pero me había dejado caer de rodillas en el suelo, clavándome las piedras de la calzada. Muy lentamente, me dio la espalda y comenzó a alejarse. La presión de las sombras taponaba mis oídos, estaban muy cerca. Mis sentidos se evadían. No podía levantarme. No podía correr. Solo podía estirar una mano inalcanzable hacia Rohner.

—No es suficiente.

Sus palabras me tiraron al suelo justo cuando las sombras me alcanzaron. Los rostros de Caimán, Hormiga y Urraca encima de mí. Me desperté jadeando en la cama.

Lo que había empezado controlado por mi imaginación, se había desbocado, enviándome una ráfaga de sudor que empapaba mi espalda y mi frente. Acomodé mis ojos a la ausencia de luz de la habitación sin Yira, solo con Hip durmiendo al otro lado.

No podía soportar esa oscuridad, con la humedad de mi sudor empapándome de la misma manera que las sombras del sueño. Mi sangre golpeaba más fuerte en mi cabeza que por el resto de mi cuerpo, de donde parecía haberse desvanecido. Solo el golpeteo de mi cerebro expandiéndose y encogiéndose dentro de mi cráneo para dejar pasar toda la sangre que se me acumulaba ahí arriba, era lo que mis oídos captaban.

Tenía que encontrar la luna que las sombras habían capturado en el Pueblo de la Noche. Desesperadamente. Mañana retomaría mi comportamiento ejemplar.

Me detuve en la puerta de La Guarida, pegada a la pared, observando hacia el tejado. Desde allí era imposible que yo pudiera detectar a Lobo con mi vista, ni él a mí. Confié la tarea a mis oídos mejorados, pero, aunque no detectaron ningún sonido alarmante, yo seguía sin moverme de allí.

Una suave brisa se levantó, haciendo mover las ramas de los árboles lejanos, cubiertos de hojas verdes brillantes por el ritmo de la primavera. Supe lo que tenía que hacer.

Calculé la dirección hacia donde se movía el viento y deduje que, si rodeaba La Guarida por el lado más lejano a las escaleras, sería muy posible que el aire no delatase mi olor a las malditas mejoradas fosas nasales de Lobo.

Conseguí llegar al último escalón antes de que Lobo me descubriera. O yo lo descubriera a él.

—¿Has vuelto a tu antigua afición de escribir notas?

Justo antes de asomar la cabeza por el tejado, desde las escaleras, mis oídos pudieron captar perfectamente el sonido del bolígrafo deslizándose sobre un papel apoyado en algo duro. Apostaría que sobre el suelo del tejado.

Sin embargo, yo le encontré ya de pie, con las manos en los bolsillos y la mirada en la escalera. No contestó.

—¿Alguna nueva pista que deba adivinar?

Busqué en la distancia el papel que me confirmara mis sospechas, pero no lo encontré. Me crucé de brazos en el borde del tejado. Lobo imitó mi posición.

—Todavía no has adivinado la última.

«Es de otros cobardes de los que deberías preocuparte». Si no se refería a Urraca… No, no lo había adivinado. Mi cara se contrajo.

—Tampoco respondiste a mi pregunta esta mañana y ahora tú me estás haciendo dos. No sé… —Entornó sus ojos con sus brazos todavía cruzados en el pecho, sus dedos tamborileando en su bíceps—. No me parece muy justo.

Mi cara de sorpresa debió de ser bastante explícita, porque Lobo repitió aquella maldita pregunta:

—¿Quién te hizo la herida en el labio?

Ya no estaba jugando. No. Su voz grave había descendido unos cuantos tonos y sus ojos se oscurecieron tanto, que me obligó a apartar la mirada hacia mis manos, que se habían recogido aún más en mis brazos, apretándolos, empalideciendo las cicatrices de la mordedura.

—Ya lo sabes. ¿Por qué insistes? —lancé mis palabras firmes, seguras.

—Para acabar con él yo mismo.

Una carcajada irónica trepó por mi garganta.

Uno de los extremos de los labios de Lobo se elevó, sin dejarme saber el significado real de su reacción. Liberó sus brazos y se acercó hacia mi posición, donde mi espalda y cabeza se mantenían rectas, hieráticas. Pero Lobo me dedicó una mirada de medio lado y me pasó, directo hacia la salida. Por un momento dudé que fuera a cumplir su amenaza, que fuera a por Rohner.

—Si lo quisiera muerto, ya lo estaría —le advertí.

Lobo se detuvo, agitando su cabeza suavemente para eliminar cualquier pensamiento que le dominaba en ese momento y se volvió hacia mí, hasta acercarse a mi altura. Volví a reclamarle:

—Es gracioso que me preguntes esto cuando tú me has hecho heridas peores.

A diferencia de nuestros encuentros anteriores, esta vez no me amenazó con su posición ni su presencia. Se mantuvo a una distancia prudencial de mí.

—En la arena estábamos compitiendo, podías defenderte perfectamente. Y creo recordar que lo hiciste. —Su dedo recorrió su ceja y el exterior de su ojo.

—No me refiero a la arena.

—Ya te lo dije, si no me hubiese metido cuando atacaste a Urraca…

No le dejé terminar. ¿Atacarle? Fue Urraca el que vino a por mí sin ningún motivo. Bueno, sí, «que me uniera a él».

—¡Déjate de historias! —Mi voz comenzó a elevarse con mi enfado—. Si de verdad solo hubieses querido pararme, habrías hecho cualquier otra cosa.

—¡Claro, porque estabas totalmente dispuesta a dejarlo todo y mantener una conversación sobre por qué no matar a Urraca!

Lobo me mantuvo la mirada con sus ojos envueltos en penumbra.

—Podías haberme matado —sentencié.

Juraría que su cuerpo se tensó de golpe. Los segundos de silencio que siguieron se me hicieron eternos.

—Tú no te viste… —Las palabras de Lobo aparecían muy despacio—. Ese día… Estabas pálida, tu cuerpo completamente rígido mientras ibas a por Urraca, mecánica. Estabas sangrando…

A medida que iba hablando, sus ojos iban registrando pesados cada parte de mi cuerpo, como si pudiera revivir ese momento.

—Y tu mirada… estaba completamente vacía y ardiendo. No te encontré en ella. Solo vi oscuridad, la podía sentir y podía sentir el dolor. —Lobo agachó su cabeza y se frotó violentamente el denso cabello con sus manos.

Mi garganta intentó tragar con dificultad, mi boca se había drenado con aquellas palabras. Aquella imagen de mí… El demonio que llevaba dentro saliendo hacia afuera, el que me descontrolaba, el que reclamaba la niebla oscura… Aun así, Urraca no se merecía que nadie le separara de ese demonio.

—No entiendo cómo puedes preocuparte tanto por el desgraciado de Urraca.

—¡Por Urraca no! ¡Por ti!

Un golpe invisible impactó directamente en mi pecho, pesado y doloroso, desde dentro. Abrí la boca, pero la cerré cuando me di cuenta de que las palabras me habían abandonado. Mis manos ahora colgaban de mis brazos, inservibles. Solo podía abrazar los ojos plateados de Lobo, perdida completamente en la desolación que les envolvía. Los míos comenzaron a escocer cuando Lobo siguió hablando, escupiendo palabra tras palabra hasta vaciarse.

—No sabía cómo pararte. Créeme que, en esos segundos, cuando te vi atravesar la puerta, pero no era tu olor de siempre el que te seguía…

El aire que expulsó fuertemente por su nariz aniquiló las palabras que terminaban esa frase y comenzó otra nueva.

—Pensé que, si lo hacía así, que, si todos lo veían, no solo te detendría, sino que les quitaría las ganas de castigarte. Que podría evitarlo. Aunque me odiaras por ello. Aunque me odiara yo mismo. Cuando te vi allí doblada…

Lobo apretó los labios fuertemente y tragó saliva.

—Creí que lo había conseguido. Pero no. Tú tenías que volver a terminar lo que empezaste. No tenías fin. Y cuando te llevaron a Las Catatumbas…

Ahora fui yo la que no dejé que acabara esa frase. No quería escuchar más. La presión en mi pecho amenazaba con partirme en dos si seguía luchando contra ella. Agarré despacio sus manos, dándole una tarea a las mías, que habían comenzado a temblar. La desolación de Lobo se posó sobre ellas y se evaporó.

—¿Por qué? —pregunté suave.

Sus ojos se lanzaron fulgurantes a los míos, pero no contestó. Una aurora cálida envolvió nuestros dedos entrelazados. Eliminé el espacio que nos separaba, mi pecho rozando el suyo y elevé mi cara hacia él.

—¿Por qué, Lobo? —Volví a repetir.

Una pequeña inspiración me notificó que estaba captando mi aroma y cerró los ojos algo más que un simple pestañeo. Me fijé en su boca, redonda, con sus labios gruesos y brillantes marcando la brusquedad de sus facciones. Cuando volví a sus ojos, los encontré sobre la mía.

—¿Al menos se lo hiciste pagar? —Su mirada fija en mis labios me indicó a qué se refería.

Sostuve su mirada unos segundos, contemplando qué decir, cómo contestar. Pero me separé de él, solté mis manos dejando que se acostumbraran al frío que las envolvía sin su protección y me tumbé en el centro del tejado, boca arriba, de cara a la luna.

El frescor del suelo en mi espalda corrió ligero por mis músculos, por mis huesos, reduciendo el sofoco que había llegado hasta mis mejillas, aliviando la presión en el pecho. Fue a mi corazón al que más tiempo le costó volver a la normalidad, negándose a retirar sus pulsaciones de mis oídos durante un buen rato.

Un nuevo brinco me hizo aumentar el ritmo de los latidos cuando Lobo se tumbó a mi lado, en silencio. Mi cerebro retomó el control, ordenando a absolutamente todo mi cuerpo que dejara de reaccionar y hasta el corazón obedeció esta vez.

Las palabras de Lobo, que habían impactado directas en mi piel, pasando a mis entrañas sin el filtro del cerebro, ahora eran estudiadas y removidas ahí arriba, restándole veracidad con cada pasada.

Lobo seguía sin decir nada y yo no podía apartar los ojos de la semiluna, mientras mi cabeza trabajaba cuestionando cada trocito de información. Pero la sangre hirviendo cuando noté la cabeza de Lobo girarse hacia mí se negó a seguir regando mi cerebro, impidiéndole trabajar.

Mantuve mi cabeza fija en el manto estrellado, pero el silencio me incomodaba.

—¿Es el calor una de tus mejoras?

—Puedo reflectar el calor de mi cuerpo, sí.

Así había conseguido que yo no muriera de frío la noche que salí de Las Catatumbas. Cada roce de su piel fue un anhelo de vida para mí.

—El mejorado más temido de La Guarida puede oler y calentar cosas.

—Creo que ese título ya no me pertenece, Demonio de Las Catatumbas.

Al escuchar de nuevo ese nombre, renuncié a la vista nocturna y giré mi cara hacia Lobo.

—Tú eres el único que me llama así.

—Eso es porque solo te juntas con Yira y Rohner.

Giré todo mi cuerpo hacia él, colocando mi brazo flexionado, con el codo apoyado en el suelo, elevando mi cabeza.

—¿Quién más me llama así?

Lobo levantó su espalda del suelo y se apoyó sobre sus manos.

—Estás creando una nueva leyenda en La Guarida. ¿No estás orgullosa?

—¿Debería estarlo?

Levanté una ceja incrédula. Las pupilas de Lobo se dilataron y sus mejillas se hincharon marcando una sonrisa, su pecho elevado. Juraría que de verdad era orgullo lo que empujó sus siguientes palabras.

—Si lo que tengo entendido que pasó en Las Catatumbas es cierto, eres más que merecedora de la leyenda. Y del nombre. Nadie había puesto tan nervioso a Hormiga nunca como para mancharse él mismo las manos.

Devolví mi cuerpo a su postura anterior, rodando mi espalda hasta tumbarme boca arriba de nuevo en el suelo, flexioné las rodillas y me reencontré con la luna para intentar olvidar el recuerdo que se había desbloqueado. Un escalofrío que nada tenía que ver con la brisa que se había levantado me sacudió visiblemente.

Inmediatamente, Lobo retiró sus brazos y se tumbó sobre su costado, pegado a mis costillas, hasta que su cabeza encajó perfecta en el hueco de mi cuello, conquistando la zona, pero sin invadirla, sin tocarme. Todo su brazo rodó despacio por encima de mi abdomen, radiándolo de un calor suave.

Después del primer intento de mi cuerpo de tensarse, de negar aquel tacto cariñoso, de evitar la calidez de Lobo envolverme, enseguida se relajó. El peso de mi cabeza apoyada sobre mis brazos creció cuando mi cuello se destensó. Y con él, mis hombros. Mis piernas rompieron la flexión de las rodillas y se estiraron en el suelo del tejado. Todo el calor de Lobo había caído sobre mí como una nube.

Suspiré intensamente antes de confirmar mis sospechas en voz alta.

—Soy un demonio. —Fui consciente del cansancio y resignación de mi voz.

—En el infierno todos lo somos, Guindilla.

La voz profunda de Lobo cosquilleó en mi cuello. Giré mi cuerpo hasta colocarme yo también sobre mi costado, dándole la espalda a Lobo, pero sin zafarme de la fuente de calor que era su brazo.

—Pero tú puedes llegar a ser la Reina del Infierno si quieres.

Sus palabras chocaron contra mi cabello y el abrazo de Lobo se estrechó, atrayéndome hacia su pecho, pegándolo contra mi espalda. Pude sentir cómo mi respiración se acompasaba al movimiento relajado de su esternón a medida que mi temperatura se elevaba confortablemente.

A lo lejos, el sonido de las hojas silbó sedosamente en mi oído al sacudirse con la misma brisa que me acarició con un dulce olor cítrico.

Con el cuerpo de Lobo protegiéndome por detrás y su brazo rodeando mi cintura, dejando su mano abierta abarcar todo mi vientre, me sentí totalmente cubierta, más cubierta que bajo cualquier techo con paredes. Y sus últimas palabras, su confianza en mí, me arrullaron hasta que el sueño me venció en sus brazos.

51

Un sonido de goma sobre grava a lo lejos me despertó, pero ahogué mis movimientos cuando me di cuenta de dónde estaba. Observé adormilada el brazo desnudo de bíceps para abajo de Lobo, que me había estado envolviendo toda la noche. Su piel más oscura contrastaba con la palidez de mi mano, que dormía sobre la suya. La retiré deprisa.

Lobo debía de estar despierto, porque le noté moverse en mi espalda y retirar el brazo.

—Viene un coche —le informé, aprovechando el espacio que me había dejado para estirarme y ponerme en pie.

—Espera a que pase, y bajamos después.

La luz del día había comenzado a rechazar muy sutilmente a la noche que nos había refugiado y había elegido el gris de los ojos de Lobo para guarecerse. No pude soportar una mirada como esa, tan sincera, tan tranquila, tan segura. Su rostro relajado me observaba desde el suelo, atento a cada uno de mis movimientos, devorándolos y degustándolos, feliz de poder ser testigo de aquello.

Me acerqué a uno de los bordes del tejado y me estiré en el suelo, cubriéndome a la vista de quien pudiera acompañar al sonido de aquel coche, pero en una posición certera para ser capaz de averiguar su identidad desde las alturas.

Enseguida, uno de los cochecitos que nos desplazaban a los mejorados por el complejo hizo su aparición y la alegría invadió mi cuerpo cuando los tirabuzones oscuros y la piel atezada brillante delataron a Yira acercarse hasta el patio frente a la puerta de La Guarida.

—Es Yira. —Me giré ilusionada hacia Lobo.

Lobo sonrió genuinamente y me señaló en dirección a las escaleras con un gesto de su cabeza, adelantándose a mi deseo de correr hacia La Guarida.

Cuando coloqué mis pies en el segundo escalón, estiré mi cabeza para estudiarle una vez más, tumbado en el suelo, con sus brazos empujando su cabeza para no perder detalle de mi despedida.

—Gracias…

¿Por qué? Por tantas cosas… Por haberme arrancado el frío que dominaba mi cuerpo hasta la muerte después de Las Catatumbas, por haber intentado evitar mi castigo, por preocuparse (aunque excesivamente) por el golpe de Rohner, por la manta que dejó hace meses en el tejado para mí, por esta noche… Por creer en mí.

—Por tu sinceridad. —Eso fue todo lo que pude expresar, aun así, con palabras trémulas.

Lobo levantó su tronco hasta sentarse en el suelo, para colocar sus dedos en horizontal sobre su frente, dedicándome un ridículo saludo militar.

Una carcajada me ahogó y seguí bajando las escaleras.

Alcancé a Yira justo antes de entrar en la habitación, saltando por detrás de ella sin que me escuchara. Cuando había envuelto mis brazos alrededor de los suyos para detenerla, como parte de mi actuación en el susto que pretendía darle, Yira liberó uno de sus brazos y me dio un codazo en la costilla que empujó un grito ronco a mi garganta. Enseguida la liberé y me separé, llevándome mis manos al costado, doblando mi cuerpo hacia la pared.

—Perdona, Guin. —Yira se llevó una mano a la boca, antes de acercarse a mí y acariciarme el hombro—. No sabía que eras tú.

Me reí incontrolablemente.

—Quería asustarte y lo he conseguido. —Le guiñé un ojo y estiré mi columna poco a poco. El dolor estaba desapareciendo.

—¿Qué haces despierta?

—Vengo del tejado.

Una sensación de alegría y de seguridad me envolvía. De plenitud. Las horas que había pasado durmiendo en el tejado me habían permitido descansar de verdad. Me encontraba muy bien. Y quería que Yira lo supiera.

—¿Has pasado la noche allí?

—Sí, con Lobo.

No pensaba ocultarle nada más. Si Lobo había visto a través de mí, sabía lo que yo había hecho con Urraca, en Las Catatumbas, con Rohner… y, aun así, no me odiaba, yo debía darle esa oportunidad a Yira.

—¿Con Lobo? —Yira me inspeccionó de arriba abajo—. No estás herida.

Me senté en el escalón de siempre, indicándole a Yira mi disponibilidad para contarle todo. Yira sonrió y se sentó a mi lado. No en el escalón de debajo, frente a mí, como otras veces. No, a mi lado.

—Creo que ahora me cae bien.

Yira no pudo evitar soltar una carcajada que no tenía fin. Se agarraba la tripa y taponaba su boca con la mano.

—Te lo digo en serio, Yira. —Que yo me estuviera riendo mientras respondía no me daba ninguna credibilidad.

—¿Después de tiraros al cuello el uno al otro con cada oportunidad? ¿Y esta novedad a qué se debe? —Sus cejas se elevaron.

—Lobo me encontró cuando volví de Las Catatumbas. Me cubrió con una manta y usó su calor para que me recuperara. Me regaron tantas veces allí abajo, que cuando conseguí llegar hasta el patio, mi cuerpo apenas respondía.

La luz de los ojos de Yira, que se había intensificado con su risa, ahora parpadeaba intermitente. Seguí con mi idea de contarle todo, pero pasando rápido por el capítulo de Las Catatumbas.

—En Las Catacumbas primero me encadenaron, pero me tuvieron que quitar las cadenas cuando conseguí arrancarlas del techo y liarme a golpes con ellas contra Caimán.

Agaché la mirada. A pesar de mi energía para sincerarme, todavía no podía evitar estremecerme ante el posible rechazo de Yira. Ella no dijo nada y yo continué sin descanso.

—Total, que durante los días que pasé allí, me comporté como una salvaje, entonces tuvieron que pararme varias veces con pistolas de voltios y con agua, que parece ser que anula mi instinto, por lo tanto, mis mejoras también, y encima, aseguraría que casi me mata de una hipotermia. —Pasé rápido y sin emoción por esas palabras, quitándole importancia—. Pero cuando mi instinto volvía… Bueno, digamos que Caimán no disfrutó del todo allí abajo. Al final fue Hormiga el que…

—Ya lo sé.

Los pómulos ligeramente sonrojados de Yira destacaron en su rostro al apretar sus labios.

—¿Lo sabes?

—Sé todo lo que pasó allí abajo.

—¿Quién te lo ha contado?

—Eso da igual, pero ahora te conocen hasta en Las Fuerzas.

Águila, había sido Águila.

—Lobo dice que me llaman el Demonio de Las Catatumbas.

—Sí… —Yira agachó su mirada, como si hubiese escuchado ese nombre varias veces y a pesar de ello no se hubiese acostumbrado a él.

—No pienso volver a ellas.

Sabía que era lo único que haría a Yira volver a respirar, confirmarle mi compromiso de mejora. Yira me dedicó una sonrisa de esperanza.

—Lobo sabe que bajo a ver a Rohner.

Yira se tensó en su escalón para volver a relajarse.

—Bueno, creo que a estas alturas toda La Guarida lo sabe. Pero ¿se ha enterado de lo del estudio?

—No lo sé… Pero estoy convencida de que ha descubierto otra parte.

—¿Qué parte?

Tragué saliva para ganar tiempo mientras elegía cuidadosamente las palabras con las que exponerme ante Yira.

—Rohner y yo… No siempre bajo solamente a los laboratorios… A veces nos reunimos en su apartamento.

—¿Rohner tiene un apartamento aquí?

Por alguna razón eso fue lo que más sorprendió a Yira de mi confesión.

—Al final de uno de los pasillos de los túneles de los laboratorios.

—Ya decía yo que algunas visitas eran demasiado largas para cualquier *estudio.*

Los dedos de Yira simulando las comillas cuando pronunció la última palabra me arrancaron una risa estridente. Ella comenzó a reírse también. El sonido de sus carcajadas, tan libres, tan sinceras, atravesaban mi piel hasta reverberar en mi interior, construyendo un hilo invisible, pero robusto, que me ataba a ella, que me aliviaba y multiplicaba mi alegría con la suya.

52

Cuando llegué al gimnasio esa mañana, el resto de mejorados ya estaban repartidos por las diferentes partes de la sala. Había vuelto directa de los laboratorios. Por culpa de uno de los pajaritos de Hormiga que no paraba de preguntar y pedir que Rohner le mostrara diferentes procesos y datos, la sesión se había alargado. Además de llegar tarde al entrenamiento, en una hora tendría que volver para la última dosis de la hormona.

No me ahorré el gruñido de Gorila cuando llegué, pero siendo consciente de mi tarea con Rohner, no fue más allá. De alguna manera, sí que Rohner tenía suficiente potestad sobre Gorila.

Pero Gorila tenía potestad sobre mí y no iba a dudar en aprovecharla subiéndome al *ring*. No me importó, con dos dosis de la hormona ya corriendo por mi organismo, liberar toda esa energía me vendría muy bien. Hasta que escuché el nombre de mi adversario.

—Lobo, arriba.

Su rostro, como yo lo recordaba anoche, había desaparecido. La frialdad y la indiferencia vestían ahora su mirada. Ese era el Lobo al que el resto del complejo temía.

Yo llegué primero a lo alto de la plataforma. Caminé hasta el centro del cuadrilátero, asegurando bien la postura de mis pies en el suelo, la cadera ligeramente rotada y mi mirada al frente. En los entrenamientos en La Guarida, las lecciones sobre las posiciones, los golpes, las defensas o respiraciones durante un combate brillaban por su ausencia. Gorila no se molestaba en enseñarnos nada acerca de eso. Prefería que nuestro instinto peleara por nosotros. Sin embargo, en Las Fuerzas era distinto. Yira me explicaba y enseñaba movimientos que había aprendido con Águila algunas noches. Otros ya los había asumido mi cuerpo mucho tiempo antes, mediante ejercicios de ensayo y error en mi antiguo barrio.

Dejé que mis brazos colgaran al ritmo del movimiento con el que agité el resto de mi cuerpo, destensando los músculos. El cuello fue la última parte que estiré.

La sonrisa fugaz de Lobo enfrente de mí no consiguió desviar la concentración de mi respiración.

Comenzamos a girar en la plataforma, acechándonos el uno al otro, buscando los puntos de fricción de cada uno. Pero Lobo me tenía muy estudiada, sabía que mi punto débil no lo iba a encontrar en ninguno de sus golpes.

—Tienes buena cara, parece que has pasado buena noche, ¿no?

A esa distancia del suelo, sus palabras eran únicamente para mí. El eco del resto de movimientos del gimnasio también las ocultaba de los oídos de los demás.

—Gracias por el cumplido. —Le guiñé un ojo maliciosamente.

Lobo ejecutó dos pasos rápidos hacia mí que me hicieron retroceder hasta el borde del *ring*, con los tres metros de caída detrás. Me agarré a su camiseta un instante para mantener el equilibrio. Retiré mi mano enseguida, pero Lobo mantuvo su mirada en el punto donde mis dedos habían arrugado la tela blanca y luego rodó sus ojos hacia mí, estrujando sus labios.

—¿Te has propuesto impregnar con tu olor todas mis camisetas? Tu aroma sobre la de anoche me ha costado más que una ducha fría.

Me incliné rápidamente hacia el costado para conseguir el ángulo que me permitió golpear sus costillas. Lobo se escoró hacia el lado contrario cuando recibió el golpe y pude moverme lejos del borde.

—¿Por eso no te quedan fuerzas para luchar? No me lo pongas fácil.

Moví mis pies hacia la derecha para simular un ataque por allí, pero vencí mi cuerpo al lado contrario. Impactar sobre su cara implicaría una posición con menos equilibrio, el siguiente golpe de Lobo me tumbaría si hacía eso. Aposté de nuevo por el costado. Lobo lo adivinó y detuvo mi puño en su mano, ejerciendo suficiente fuerza para contrarrestar la mía, pero sin empujarlo en dirección contraria. Los músculos de mi brazo temblaron por el esfuerzo de liberarse. Lobo apretó mi puño en su mano, elevando su mirada hacia mí, retadora. Acepté el reto.

—Vamos, no te cortes. Aumenta el nivel. —Entorné mis ojos y ladeé mi cabeza, perversa—. Puedo acabar contigo igualmente.

Lobo aprovechó el agarre de mi brazo para darme la vuelta como un relámpago, el gimnasio girando a mi alrededor indefinible, y apresarme, mi espalda contra su pecho. Su mano apareció desde atrás, apretando mi garganta, obligándome a levantar la cabeza hasta la altura de su barbilla. Su otro brazo me estrangulaba por encima de la cintura, con mis muñecas presas en su enorme mano, contra mi tripa. La celeridad del movimiento me pilló tan de sorpresa, que tardé unos segundos en reaccionar, en que mi respiración apareciera. La voz de Lobo aprovechó ese lapso de tiempo para acariciar mis oídos, mi cuello, mi garganta.

—Hace tiempo que tengo claro tu poder sobre mí…

Mis ojos se cerraron ante su susurro serio y duro.

—Si alguien puede acabar conmigo, hundirme en el suelo y hacerme rogar, esa eres tú.

Apretó un poco más mi garganta y sus dientes rozaron mi cuello con lo que intuí que era una sonrisa.

—Y me encanta.

La piel se me reveló ante sus palabras, poniéndose de gallina, pero fue el reflejo que necesitaba para salir del estado de conmoción en el que me había sumergido. Empujé con mis caderas sobre las suyas, tan fuerte que le obligué a retrasar su pierna derecha, dejándome hueco suficiente para separar mis manos que se aplastaban contra mi abdomen. Seguidamente, con un tirón certero me liberé de su agarre inferior. Una vez que mis manos quedaron libres, mi codo impactó directamente en el estómago de Lobo. El mejorado soltó mi garganta con un gruñido y se dobló ligeramente.

—Esa te la debía. —Levanté mis cejas hacia él.

Lobo se recompuso al instante y se lanzó hacia mí. Un puñetazo alcanzó mi pómulo, seguido de una patada en el lado de mi muslo. Me retiré para esquivar su siguiente puñetazo, apuntado hacia la parte baja de mi estómago y retomé mi posición inicial, con los pies bien colocados en el suelo del *ring*, flotando en pequeños saltitos y mis manos elevadas a la altura de mi cara, protegiéndola. La charla de Lobo había hecho que me olvidara de mantener mis defensas.

Lobo se giró otra vez hacia mí, pero esta vez ya le estaba esperando. Lobo no usaba patrones, al menos no alguno que yo hubiera podido identificar. Pero al igual que recordé mis defensas, recordé mis mejoras.

Un salto desde el suelo, sin necesidad de carrerilla, me elevó hasta la altura de Lobo, aterrizando sobre sus hombros, su cara entre mis piernas. Viré enseguida deslizándome hacia

atrás, hacia su nuca, estrangulando mis dedos en su pelo, obligándole a estirar el cuello, donde mis piernas se entrelazaron para apretar su garganta.

Lobo abrió la boca, un amago para hablar. Apuesto que para decir algo de su cara entre mis piernas un segundo antes, pero apreté más mis rodillas sobre su garganta.

Sus manos se apretaron alrededor de mis muslos, clavando sus dedos. Un instante después, estábamos rodando los dos por la plataforma, su agarre fijo en mis piernas. En cuanto mi espalda tocó el suelo, todo el peso del cuerpo de Lobo encima del mío me impidió moverme. Mis manos quedaron atrapadas entre nuestros pechos y Lobo se colocó de rodillas entre mis piernas. Pasó un brazo por debajo de mi cuello, apretando su agarre contra mí, elevando mi cabeza hacia la suya. Enorme. El cuerpo de Lobo encima de mí era tan enorme que me cubría por completo.

Nuestras respiraciones se encontraron, los dos jadeando por el esfuerzo. Me revolví debajo de Lobo, pero apretó aún más su agarre, obligándome a concentrarme en economizar el aire que pasaba por mis pulmones oprimidos. Aun así, había algo confortable en su peso sobre mi cuerpo.

Los ojos de Lobo se arquearon encima de mí y humedeció su labio con la lengua. La ola de calor me atizó de golpe. El aliento de Lobo me inundaba, se mezclaba con el mío y volvía a mí. Cada respiración suya hundía su pecho sobre el mío. En ese ínfimo espacio que nos separaba, mi cabeza era incapaz de pensar cómo salir de ahí, ni siquiera era capaz de saber si de verdad quería salir de ahí. Con esa premisa, mi instinto no tenía nada que hacer.

Su frente perlada de sudor me indicaba el esfuerzo que había supuesto para él llevarme hasta esa situación, no estaba siendo una pelea fácil para él tampoco, pero ahí estaba yo, perdiéndola. Después de tanto retarnos, de mi afán por no dejarle ni un ápice de ventaja, por contestar a cada una de sus provocaciones, mi cuerpo me traicionaba para no moverse, para quedarme ahí abajo todo el tiempo posible.

Una voz me sacó de mi pensamiento. Juré que había escuchado la voz de Lobo ordenando que me levantara, pero su boca no se había movido, mis ojos habían estado controlándola todo este tiempo. Noté cómo los músculos de Lobo se tensaban a mi alrededor, pero no se separó. Una voz diferente, a lo lejos, se coló en mis oídos:

«Me recuerda a mi ataque en la lavandería. Yo también la tiré al suelo…».

Incluso desde mi posición, pude descubrir que pertenecía a Urraca y la risa de después… Sin ninguna duda era la carcajada boba de Tiburón.

El peso del cuerpo de Lobo sobre mí de repente se convirtió en un reflejo claro de lo vivido aquel día con Urraca. Noté como la niebla arrancaba dentro de mí. Lobo también lo notó. Las chispas que centelleaban en sus ojos se apagaron de golpe y aflojó su agarre. Sus cejas se arquearon hacia mí, no sé si en señal de preocupación o inquisitivas.

Rodeé mis piernas alrededor de su cintura y con toda la fuerza que la niebla exigía a mis brazos y a mi torso, hice palanca debajo de Lobo hasta empujarle a un lado. Cuando me levanté del suelo, Lobo ya estaba en pie, pero no lo suficientemente rápido como para levantar sus brazos en guardia. Aproveché cada punto susceptible de dolor de su cuerpo, driblando ágil por la plataforma, sin dejarle levantar las guardias, un golpe tras otro. La niebla guiaba cada movimiento, ni siquiera tenía que pensarlos.

Al menos ocho golpes después, impacté mi puño contra su cara. Cuando abrió la boca para coger aire, pude ver su cavidad pintada de un rojo tostado que avanzó hasta manchar los bordes de sus dientes, hasta resbalar tímido por su comisura. Lobo se retiró la sangre de su labio y volvió a colocarse en guardia, esperando el siguiente puñetazo. Pero no hubo más.

El pánico acudió tan rápido a mi estado, que la niebla huyó despavorida. Solo estábamos un

terror atroz y yo.

Abandoné la plataforma y el gimnasio, dejando a Gorila gritar lo que fuera que tenía que decir y bajé a los siguientes niveles, moviéndome automáticamente. Allí por lo menos sería útil, además, me quedaba una dosis más de la hormona por inyectarme.

53

Ante mi descontrol de nuevo en la plataforma, durante los siguientes días retomé mi plan de comportamiento ejemplar. Esta vez parecía que las cosas se ponían algo más sencillas para lograrlo.

Con la cantidad de pajaritos de Hormiga sobrevolando cerca de Rohner, nuestros encuentros se habían reducido a los reconocimientos médicos en el laboratorio, siempre con algún pajarito observando, o a veces incluso dos. Me imaginé que Urraca habría ido corriendo a contarle a su padre cómo me había revelado en el *ring* contra su querido perro guardián y la amenaza que yo suponía.

Igualmente, el humor de Rohner estos días tampoco era muy agradable. Seguía estando a gusto con él, y siempre había alguna broma privada que los pajaritos se perdían. Pero al igual que mis índices se elevaban independientemente, de repente alguno se reducía. Y cuando conseguíamos que ese aumentara, era otro el que se descompensaba. Rohner no conseguía estabilizarlos. Sin embargo, mi porcentaje sí que se mantenía en el 81 % que alcancé después de Las Catatumbas. No haber conseguido ningún éxito así en estas últimas semanas consumía a Rohner. Y a mí me frustraba y desmoralizaba.

Pero, aun así, yo acudía todas las mañanas, antes del desayuno, a hacerme las pruebas e inyectarme las hormonas. Uno de los días, Rohner propuso a media voz volver a elevar la dosis, pero Mejía, que acompañaba a otro de los pajaritos en el laboratorio ese día, recordó a Rohner que Hormiga le había limitado los usos de la hormona. Me sorprendí el doble cuando Rohner no protestó.

Mi cuerpo seguía formando músculo y mis mejoras se activaban al instante. Pero mi victoria más celebrada era el movimiento de cuello de Urraca, tenso y rápido, cada vez que yo mantenía mi mirada fija hacia él. Creo que le afectó fuerte la leyenda del Demonio de Las Catatumbas.

A pesar de la tranquilidad de esas semanas, el sueño no me vencía por las noches. Comencé a bajar al gimnasio hasta que el agotamiento se transformaba en dolor y volvía a la cama.

Esa noche, no había amanecido todavía cuando me encontré a Yira en la puerta, saliendo de la habitación, justo cuando yo volvía.

—¿A dónde vas?

—A Las Fuerzas.

—¿Ahora?

Yira se movió rápido para cerrar la puerta detrás de ella, evitando despertar a Hip.

—Sí, he empezado a ir a algunas misiones menores con Águila.

Chispas de ilusión aparecieron en sus ojos y luego se disiparon. No me dio tiempo a comentar su progreso en Las Fuerzas.

—¿Y tú de dónde vienes? ¿Del tejado o de la zona de laboratorios?

—Ninguno. Ahora me he reformado. Estoy comprometida con un comportamiento ejemplar.

Yira chirrió con una carcajada.

—Pero ¿qué dices?

—Que sí. Tenías razón. Con toda La Guarida, y ahora también Las Fuerzas, mirándome de cerca, tengo que comportarme.

—Guin… —Yira se puso seria—. «Tienes que comportarte» es lo que le digo a Mono cuando se porta, literalmente, como un animal. Yo lo que intenté decirte es que tuvieras cuidado. Y que pidieras ayuda. ¡Pero no que dejaras de ser Guindilla!

Sus palabras me dejaron en completo *shock*, pero me animaron a seguir hablando.

—El otro día no pude terminar el combate de Lobo porque… —Me detuve a buscar las palabras correctas, no quería mencionar al demonio—. Escuché a Urraca y me descontrolé.

—Ya lo sé, vi tu mirada desde abajo cuando comenzaste con los golpes. La misma que en el patio.

Era lo mismo que me había dicho Lobo. Me entretuve en forzar mi tráquea para tragar saliva. Yira se daba cuenta de muchas cosas, se enteraba de muchas otras, pero ninguna las usaba contra mí, para atacarme.

—Guindilla, hay una cosa que deberías de haber entendido ya: tenemos genes animales. Eso no significa solamente que algunas partes de nuestro cuerpo o algunos sentidos estén mejorados con respecto al resto de los humanos. Esa es la parte que explota Jungle, la que le da dinero y poder a Hormiga.

Yira se giró sobre su espalda, comprobando que nadie se acercaba por el pasillo. Yo miré también, a pesar de que no había escuchado nada.

—Nuestros instintos animales juegan con nosotros, a favor o en contra, depende. Para nosotros es mucho más complicado controlar el enfado, la ira, la protección, la violencia, el miedo o incluso el sexo. Pedirte que vayas en contra de tu instinto de atacar ante una amenaza es imposible. Incluso si la amenaza no es contra ti. Y más cuando tienes un porcentaje tan alto y encima alterado por lo que sea que te esté inyectando Rohner.

—No quiero descontrolarme contigo o con los niños…

«Ni con Lobo».

—¿Cómo puedes pensar eso, si te enfrentaste a Desi por cuidar de Mono y estás dispuesta a morder a Tiburón cada vez que me dedica una mirada sucia? Yo no tengo ningún miedo, Guin. —Su mano agarró la mía.

Yira me dedicó un gesto suave de su rostro antes de girarse hacia el pasillo y darme la espalda para dirigirse a las escaleras de salida. Abrí la puerta de la habitación, pero Yira se detuvo, girando su cabeza hacia mí, reduciendo su paso.

—De todas formas, no pienses que podrías conmigo. Que no me guste la violencia no significa que no vaya a defenderme.

Yira me guiñó un ojo misteriosa y se perdió por el pasillo.

54

Pasé de largo la puerta del gimnasio. Antes de forzar mis músculos, decidí ir a comprobar que los niños estaban bien, que cumplían con sus tareas en la biblioteca. Yira no había vuelto de Las Fuerzas desde la última vez que hablamos, hacía ya cuatro días, y aunque Desi cuidaba perfectamente de ellos, yo tenía muy presente la promesa entre nosotras.

Cuando encontré las sillas vacías, pero las mesas ocupadas con sus cuadernos y libros, comencé a buscar entre las librerías. Un ruidito ahogado de Yeyé se hizo hueco en mi campo auditivo. Pero no provenía de esa sala. Ese sonido estaba lejos, en otro nivel.

Corrí hacia el pasillo hasta torcer por las escaleras superiores, planeando escrutar el patio, donde esperaba que se hubieran entretenido. Donde esperaba que ese sonido fuera el indicio de alguno de sus juegos.

En mitad de las escaleras, un nuevo eco resonó en mis oídos, esta vez fue un gruñido. Era Rin. Mi cabeza se giró para otear por encima de mis hombros. Estática, con un pie en cada escalón, concentré toda mi mejora auditiva hacia el pasillo inferior. Los sonidos comenzaron a proliferar.

Eran susurros, el roce de algún uniforme contra la pared, algunos pasitos nerviosos, otros que no pertenecían a ningún niño… El vello de mi nuca se enderezó, soltando una descarga en forma de escalofrío por todo mi cuerpo. No esperé a que hablaran, a ser capaz de distinguir ninguna palabra o las voces. En cuestión de segundos había llegado al tercer nivel, donde la penumbra no me impidió identificar a todos los que estaban allí reunidos.

Las voces ahora sí llegaban a mi cabeza, pero era incapaz de distinguirlas, de deshilarlas del resto de ruidos, mientras la niebla oscura comenzaba a ascender por mi interior.

Al fondo del pasillo, Tiburón sujetaba a Yeyé contra la pared, colocándola en posición erguida, con las piernas ligeramente abiertas, agarrando su barbilla para mantener su cabeza recta, completamente pegada al muro. El pánico en la cara de la niña había borrado toda la claridad del azul del mar que hasta ahora nunca había visto desaparecer de sus ojos. Ni siquiera durante los entrenamientos, ni siquiera cuando discutía con Mono y Rin. Ellos también estaban anclados a la pared, exactamente en la misma posición en la que Tiburón trataba de colocar a la pequeña. Encima de cada una de sus cabezas, al ras de sus cabellos, colgaban del muro tres cutres folios con una diana cada uno, de circunferencia trémula, cutremente dibujadas.

La niebla no había terminado de reclamar cada poro de mi interior, cuando Tiburón se apartó de Yeyé y caminó un par de metros sonriente hasta donde Urraca sujetaba el maldito cuchillo con su mano levantada.

Tampoco terminó Tiburón de acortar la distancia entre las dianas humanas y el lanzador, cuando se percató de mi presencia. Demasiado tarde.

De un salto, había salvado los metros que me separaban de Urraca, casi la mitad del pasillo, y me había abalanzado sobre su espalda, haciéndole estrellarse contra el suelo. Mi equilibrio mejorado me mantuvo de pie junto a él. El sonido seco de su cara y rodillas contra los azulejos retumbó en mi cabeza, animándome a seguir.

Controlé con la mirada el paradero del cuchillo arrastrado por el suelo y coloqué un pie sobre el brazo de Urraca, impidiéndole, si acaso se le ocurría, volver a apoderarse de él. Desvié mi

mirada hacia los niños. El pánico había excavado profundamente en sus rostros.

—¡A vuestro cuarto!

Ninguno de los niños se atrevió a mover ni un solo músculo. Urraca fue el único que parecía lo suficientemente descerebrado para intentar agarrar mi pierna con su mano libre y tirar de ella. Sin liberar su brazo, aproveché mi pie desocupado para responderle con una patada en la cara.

—¡Vamos!

Yeyé soltó un gritito y fue la primera en salir corriendo. Su gesto fue el detonador que necesitaron los otros dos para seguirla instantáneamente. Tiburón, al que había estado controlando con el rabillo de mi ojo, hasta ahora solo se había limitado a desprender miradas vacías hacia mí, como si no hubiera nadie detrás de sus ojos, como si se hubiese colocado en un estado de *ahorro de energía*. Sin embargo, el movimiento agitado de los niños hacia él le habían despertado sus instintos depredadores. Les cortó el paso.

Quizá por velocidad y agilidad, Mono y Yeyé salvaron su agarre o quizá porque en las centésimas de segundo que Tiburón había necesitado para lanzar su ataque, él ya había decidido cuál de los tres era el objetivo más sencillo.

Rin perdió el equilibrio cuando Tiburón le alcanzó con un rasguido firme de su brazo. Con la misma inercia levantó al niño del suelo y lo agarró delante de él, no sé si utilizándolo de escudo o para mostrármelo a mí. Era su presa.

El silencio rodeó el lugar y el ambiente se espesó, paralizando el tiempo. La niebla había dominado mis músculos, pero todavía no mi cabeza, aguardaba firme en el pecho, presionándolo tan fuerte que el esfuerzo de mi corazón para bombear toda la sangre que la niebla exigía en mis músculos era todo el sonido que entraba en mi cerebro.

Mi respiración se aceleró tanto que mis jadeos se hicieron sonoros. Apretando el pie que cernía sobre Urraca, volteé mi cabeza hacia el principio del pasillo, donde cerca de las escaleras esperaban los otros dos niños, uno agarrando la mano del otro. No querían irse sin su amigo.

Abrí la boca para enviar un grito con la orden de que se fueran. No podían seguir allí. El aire no pudo pasar por mis labios, aún separados, cuando vi aparecer a Lobo por las escaleras. Con paso calmado y las manos en los bolsillos, dirigió una mirada de fuego a los dos niños, que le devolvieron con todo el color de sus mejillas drenado por completo. Solo un gesto de su cabeza, señalando a la parte superior de las escaleras, y Mono y Yeyé subieron corriendo los escalones.

Una exhalación profunda se me escapó cuando los vi libres.

—El niño o yo.

Urraca había girado su cara, dirigiendo su nariz ensangrentada hacia Tiburón, que interpretó las palabras de Urraca y cerró su enorme boca alrededor del brazo del niño aprisionado.

El grito de dolor que disparó Rin desde lo más profundo de sus pulmones me hizo saltar como un resorte, la niebla conquistando la parte libre que me quedaba. En un abrir y cerrar de ojos, la cabeza de Tiburón había rebotado contra la pared y Rin lloraba en el suelo, agarrándose el brazo.

Un látigo de quemazón recorrió mi pantorrilla haciéndome empujar a Tiburón hacia la siguiente pared para deshacerme de él antes de supervisar mi pierna. Urraca, todavía arrastrándose por el suelo, elevaba su rostro manchado, la sangre de su nariz repartiéndose por encima de sus labios sonrientes mientras deslizaba el cuchillo de arriba abajo por la parte trasera de mi pierna.

Me agaché para apretar su cuello con ambas manos y levantarle con toda mi fuerza y la de la niebla que gobernaba mis músculos.

Me percaté de que Tiburón se levantaba al otro lado y le lancé una mirada amenazante, directa

a sus huesos que le hizo abortar su misión.

—Déjalo ya.

La voz profunda de Lobo se acercaba hacia mí desde las escaleras. Ni siquiera le dediqué una mirada, mi concentración se mantenía fija en los ojos de Urraca que chirriaban abriéndose y cerrándose a la vez que daba bocanadas de aire, mis dedos apretando su garganta. Por algún motivo, su voz había disipado parte de la niebla de mi cabeza, pero eso solo había conseguido que mi consciencia en los sonidos volviera, permitiéndome controlar la distancia de Lobo por sus pasos y su voz.

Urraca empuñó el cuchillo contra mi brazo, rasgando parte de la chaqueta y de mi piel. Mis fosas nasales se extendieron completamente para hinchar mi pecho de aire que salió por mi boca abierta, mostrando al completo mis dientes, en forma de gruñido animal. Solté una de las manos de su cuello y, de un manotazo certero, hice volar el puñal.

—Guindilla.

Mi nombre en la voz imponente y mandatoria de Lobo impactó en mis entrañas. Estaba cerca. Muy cerca. Tensé aún más mis brazos contra Urraca.

—Ya sabes las consecuencias.

Me estaba avisando. Recordándome cómo acabó mi anterior encuentro con Urraca. Lo sabía. Conocía de sobra el castigo que recibí durante los tres días en Las Catacumbas. Y ahora sabía también cómo Lobo intentó evitarlo ya una vez. Y cómo afectó a Yira. Y a Rohner.

Solté de nuevo un gruñido, pero esta vez sí que me giré a contemplar a Lobo, a dos pasos de mí. Su aspecto calmado era el mismo de siempre, pero su rostro no. Su rostro era más parecido al de aquel día en el tejado, con las pupilas dilatadas y el gris de sus ojos brillando límpido. Mi respiración desapareció por unos momentos.

Despacio, muy despacio, recorrió los dos pasos que nos separaban y arrancó a Urraca de mis manos, con más fuerza contra él que contra mí, haciéndole aterrizar de nuevo en el suelo, cerca de donde Tiburón no se había atrevido a menearse.

Urraca se levantó rápidamente, arremetiendo contra mí, pero para entonces, Lobo me había cercado contra la pared, sujetando mi mano derecha que había arrancado en movimiento al ver aproximarse a Urraca contra mí. Su brazo libre apoyado en el muro, pegado a mi cara, me retenía con el mínimo roce necesario.

Con el cuerpo de Lobo de pantalla, inclinado hacia mí y cubriéndome la visión por completo de Urraca, agudicé el oído para controlar por dónde me atacaría, pero el movimiento de Lobo sobre mí parecía que había sido suficiente. Urraca se había detenido.

—Todo tiene un precio.

Sus palabras se escapaban entre sus dientes, sin mover los labios, solo para él y para mí. Sabía a qué precio se refería. Hormiga volvería a por mí, por haber maltratado a su hijo. Y yo volvería a la profundidad de la tierra debajo del complejo. A la fría y húmeda cámara. Él me había visto salir de allí y en qué condiciones.

Una ola de calor templado me envolvió al completo. Para cuando me quise dar cuenta de que esa calidez había penetrado, la niebla ya no estaba. Pero su efecto permanecía. Mis músculos tensos se contrajeron haciendo chirriar mis dientes.

Lobo respiró profundamente, elevando su pecho casi a la altura de mi cara. Mis ojos dispararon a los suyos, lanzando alguna especie de reto, dejándole claro que no había parado por él. Que no tenía ese poder sobre mí. Sus ojos simplemente recogieron el dardo y lo envolvieron para devolverme un gris todavía más claro.

Desvié mi mirada hacia la escalera, comprobando que Rin ya no estaba. Conforme con eso, le pegué un simple empujón a Lobo, para deshacerme de él. Estoy segura de que pudo haberlo bloqueado, que la poca fuerza que empleé no le habría movido de ahí si él no hubiese querido. Pero sí que quiso.

Me acerqué pisando firme hacia Urraca, que volvía a tener el cuchillo en sus manos. Me esperó sin moverse, sonriendo, pero con la mirada fija en Lobo, confiado de que su guardaespaldas particular estaba ahí para protegerlo.

Cumpliendo sus funciones, Lobo me monitoreó muy de cerca, su cuerpo pegado al mío mientras avanzaba hacia el hombrecillo del cuchillo. Llegó antes que yo y se colocó detrás de él. Su cuerpo dos veces más corpulento que el de Urraca.

—La última vez que te acercas a ellos.

Mi voz abarcaba todo el poco oxígeno que mis pulmones absorbían. La niebla se había apoderado de nuevo de mi pecho. Todos mis esfuerzos se concentraban en no mover mis brazos hacia él. Otra vez.

—Te juro —mi mirada amenazó a Urraca más que mi tono de voz, haciéndole tensar todo su cuerpo— que, si te veo cerca de ellos, a ti, o alguno de tus perros —mi mirada derivó ahora en Lobo y luego en Tiburón—, o tengo una ligera sospecha de que algo que les pase lleva tu nombre…

Disfruté del sonido de la garganta de Urraca intentando tragar. Agarré con un movimiento rápido el cuchillo y lo arranqué de sus manos. El gesto le obligó a dar un pasito hacia atrás. Lobo se tensó y se acercó imperceptiblemente hacia mí. Señalé a Urraca con el cuchillo.

—Te juro que te mato.

Mantuve mi mirada en él unos segundos, dejándole tiempo para reaccionar mientras me tenía en frente. Pero no lo hizo. Lobo tampoco, solo me devolvió una mirada dura, con la mandíbula tensa.

Sin devolver el puñal, les di la espalda para dirigirme hacia las escaleras, cojeando por los tirones de mi piel en la herida abierta de mi pierna. Mis oídos agudizados para captar cualquier movimiento de amenaza en mi espalda.

Ya había llegado al primer escalón, cuando el sonido de fricción de una mano sobre la ropa, seguido de un sonido estático, me hizo darme la vuelta.

Urraca, girado hacia mi dirección, se colocaba un diminuto *walkie-talkie* cerca de su boca, apretando el botón lateral con su agarre. Lobo se había adelantado un paso hacia mí. Todavía ambos al otro lado del pasillo.

—Jirafa me acaba de atacar. Repito, Jirafa me acaba de atacar.

Una sonrisa brillaba por toda la cara de Urraca, con sus ojos fijos en mí. Otro paso de Lobo.

—¿Estás herido? —Una voz metálica contestaba al otro lado del aparato.

—Sí, nariz fracturada y varios traumatismos. Creo que esta vez es grave. Necesito un médico.

El tono melodramático de la voz de Urraca provocó que mi estómago girase tan rápido, que una arcada ardió en mi garganta. Tragué fuertemente para devolver el contenido hacia abajo. Mis puños se cerraron a presión, pero ningún músculo de mi cuerpo se movió. Por fin, di un paso hacia delante. Parpadeé y Lobo ya estaba a mi lado, supervisando mis movimientos.

—Yira no está aquí. —Es todo lo que acerté a decir.

—¿Y eso qué importa?

Mis puños se apretaron aún más ante la burla de Urraca y mi respiración volvió a transformarse en jadeos. Sujetando todos los músculos de mi cuerpo, hice chirriar mis dientes de nuevo. Mis

manos temblaban y la presión de mis brazos había provocado que la sangre del corte en el antebrazo que me había hecho Urraca, comenzara a aparecer abundantemente, dejando caer gotas pegajosas al suelo. Mis rodillas se flexionaron preparándose para el salto, pero Lobo fue más rápido.

Me agarró firme pero sin brusquedad por los hombros hacia abajo, de frente, asiéndome fuerte contra el suelo, para que no me moviera. Ante su tacto cálido, mis músculos se relajaron un segundo para volverse a tensar de nuevo. Mi mirada por encima del hombro de Lobo seguía clavada en la sonrisa de payaso de Urraca, deseando arrancársela lentamente, poco a poco.

Lobo me zarandeó ligeramente sin soltar su agarre, obligándome a mirarle a su frente arrugada y sus ojos acuciantes.

—Cambia la cara.

Fruncí el ceño hacia él, pero al concentrarme en su mirada, la mejora de mis oídos comenzó a retransmitirme unas palabras que ninguno de los dos estaba vocalizando. Era un susurro lejano, pero con la misma profundidad que el tono de voz de Lobo.

«Que no note que te importa».

Unos pasos cortitos me señalaron que Urraca se acercaba. Lobo apretó su agarre.

—Cambia la cara. —Volvió a repetirme.

Fue en ese momento cuando fui consciente de mis orificios nasales abiertos, mis ojos quemando de ira y mis labios cerrados, presionando el uno contra el otro.

«Si se da cuenta de que te importa, estás perdido». De nuevo la voz fantasmal.

¿Perdido? No tenía ni idea de a quién se refería.

Respiré hondo y relajé mi rostro, forzándome a separar mis labios. Arqueé mis cejas hacia Lobo, inquisitiva, marcando un «¿Ya estás contento?» en mi cara.

Debió entender el mensaje porque se separó de mí instantáneamente. Con sus cejas me marcó el camino hacia las escaleras y antes de que Urraca se hubiera acercado del todo, me fui. Era la única manera de evitar cumplir mi amenaza anterior.

55

Corrí por todas las escaleras, con el corazón a punto de salírseme del pecho, directa a la habitación de los niños. Cuando llegué, Desi ya estaba con ellos y envolvía en vendas el brazo de Rin.

Una mirada enfurecida me recibió en el rostro de Desi, que me hizo frenar en la puerta. La mujer me dio la espalda y siguió curando al niño sentada en su cama, mientras Mono y Yeyé me miraban con los ojos llorosos.

—¿Estáis todos bien?

Me agarré al quicio de la puerta para intentar domar mi voz temblorosa. Los dos pequeños sentados al lado de su amigo herido asintieron con la cabeza.

Di un paso más dentro de la habitación.

—Rin, ¿qué tal tu brazo?

Y Rin rompió en un llanto infantil y desconsolado, más de miedo que de dolor. Los otros dos niños se estremecieron ante el berrido y se acercaron más a él. En ese momento, Desi cortó y pegó el último trozo de vendaje y se dirigió rápido hacia mí, buscando mi cara. Yo agaché mi mirada.

—¿Su brazo? ¡Son niños! ¿Te das cuenta de lo que les has hecho?

—¡Han sido Urraca y Tiburón! —grité en un intento infantil por defenderme.

—Has sido tú y tus aires de defensora con superpoderes. Has tenido que llegar tú para protegernos a todos, ¿no? Tomándote la justicia por tu mano y triplicando la violencia.

Los gritos de Desi no eran tan desgarradores como la ironía y el dolor de sus palabras. Su voz seguía fluyendo sin descanso.

—Pues que sepas, que antes de que tú llegaras, existía una cosa que se llamaba equilibrio. Había paz. Todos sabemos cómo es Urraca y de dónde saca su poder. Pero no ha sido hasta que te lo has tomado como un objetivo personal, hasta que no te has empeñado en perseguirle y retarle, cuando ha comenzado a traspasar los límites. Tú le has dado vía libre para hacerlo. ¡Se lo has justificado!

—Mi único objetivo ha sido protegerme. Y a ellos.

Mis palabras salieron fuertes, con la escasa fuerza que me quedaba después de construir el muro que impidiera romperme ante las palabras de Desi. Levanté la mirada para observar a los tres niños que sollozaban en la cama.

—Tú no estás aquí para proteger a nadie. Atacar a Urraca saltando sobre él como una salvaje, patearle la cara, aplastarle el brazo, gritar a los niños, desahogarte después con Tiburón, hacer que atacaran a Rin… No veo cómo eso es proteger a nadie.

El muro era incapaz de sostener esas acusaciones. Ese razonamiento. Sus palabras envenenaron todo mi sistema, haciéndome estremecer. El temblor se agudizó al hacerme consciente de que las consecuencias de todo eso, no solo iban a recaer en forma de terror sobre los niños. Esta vez, también sobre Yira.

No pude articular ninguna palabra, no pude mirar a los niños. Ni a Desi. Hui. Salí corriendo de la habitación.

No quería ir a mi cuarto. No para ver la cama vacía de Yira, todavía en Las Fuerzas. Me sentía atrapada, intentando escapar de todo lo que Desi pensaba. Intentando huir de aquella sensación. Me encaminé hacia la puerta exterior, pero a plena luz del día, no podía arriesgarme a subir al tejado. Me volví a dar la vuelta, tan rápido, que un ligero mareo me envolvió. Las luces del pasillo me comenzaron a molestar y las lágrimas brotaron por mi cara.

Me las arrebaté fuertemente, restregando mis puños sobre mis ojos, obligándome a recomponerme. Me apoyé en las escaleras frente a mi habitación, con las manos sobre la pared, agachando mi cuerpo, dejándole ceder el peso sobre las palmas de mis manos. Y entonces respiré. Respiré hondo. Una y otra vez. Hasta que la sangre comenzó a circular de nuevo fluidamente por mi cerebro.

«Yira estaba en Las Fuerzas». El pensamiento apareció clarividente por mi cabeza. Yira estaba en Las Fuerzas. Eso la dejaba con una gran coartada. Urraca no podía acusarla, no. Porque ella ni siquiera estaba en La Guarida cuando fue atacado.

El desahogo me envolvió como una ola, haciendo tambalear mi cuerpo y obligándome a sentarme en los escalones. Yira estaba bien. Nadie podría acusarla.

La carne de mi pierna ardió al estirar mi gemelo mientras me sentaba, recordándome la agresión de Urraca. Tenía que ver a Rohner.

Encabecé las escaleras con cuidado, pendiente de cualquier sonido que pudiera indicar que los tres hombres seguían allí. Nada. Mi vista cuando llegué al último escalón lo corroboró.

Antes de acercarme a menos de un par de pasos de la persiana metálica de Rohner, un sonidito con tres notas agudas precedió al movimiento de las puertas. Elevé mi cabeza para descubrir la cámara en la esquina superior que había captado mi llegada.

Atravesé la alfombra del recibidor, dejando cerrarse las puertas detrás de mí. Rohner apareció desde la puerta de su despacho, desnudo de cintura para arriba. Su sonrisa confiada se desvaneció cuando se encontró conmigo en la zona de los sofás.

—¿Qué coño te ha pasado?

Su mirada sobre mi cuerpo de arriba abajo me recordó la imagen que proyectaba: Ojos llorosos y enrojecidos, igual de rosáceos que mis mejillas por el frote de los puños de las mangas para eliminar las lágrimas, la chaqueta rota por el mismo sitio por donde mi brazo sangraba, al igual que mi pantalón por la zona de la pantorrilla. Sin hablar de mis manos temblorosas y mis labios curvados. No, no tenía buena pinta.

No respondí, solo me dejé caer sobre el sofá, emitiendo un ligero gemido al sentirme abrazada por el cuero. Rohner se movió rápido, sentándose sin colocar todo su peso, sobre el borde de la mesa de cristal, inclinado hacia mí.

Elevé mi mirada hacia él, pero sin mover mi cabeza, su peso suponía demasiado esfuerzo. Me devolvió una ceja arqueada.

—Ya lo sé. Ahora no, por favor.

Ahora no podía soportar una bronca como la del otro día. Lo último que podría aguantar ahora era al Rohner enfadado, terriblemente decepcionado y agresivo al que me enfrenté cuando me echaron de Las Fuerzas. No sé ni siquiera si podría soportar eso otra vez en cualquier otro momento. Últimamente no quedaban piedras en el muro que me protegía emocionalmente de estas cosas.

Mis palabras habían entonado tal tono de súplica, que Rohner se apiadó de mí y destensó su gesto.

Me llevé la mano al bolsillo, donde recordé que todavía albergaba el puñal de Urraca y lo tiré hacia la mesa. El sonido de la hoja en el cristal retumbó. Rohner lo observó sin emoción.

—¿Por eso he tenido que mandar un médico a por Urraca?

Escuchar esas palabras me hicieron darme cuenta de que era real. Que la conversación por el *walkie-talkie* era real. Que de verdad había acusado a Yira. Hice todo lo posible por reprimir un sollozo.

Asentí con la cabeza y Rohner se levantó de la mesa para tenderme una mano y moverme del sofá. Me dirigió hasta uno de los taburetes de la isla de la cocina y me colocó un vaso de agua enfrente. El contenido se agitaba por culpa de mis manos cuando intenté acercarlo a los labios.

Desapareció un momento para volver con instrumental quirúrgico y vendas, colocando una pequeña bandejita de metal en el mármol con los instrumentos.

Muy despacio, me desabrochó la chaqueta, sacando primero mi brazo sano de su manga y después el otro, con mucho cuidado. Cuando la tela rozó por encima de la herida de la parte interior de mi antebrazo, salté en el taburete.

—Lo siento —murmuró Rohner.

Le hice un gesto con la mano, para que prosiguiera y terminó de quitarme la chaqueta. La sangre que había desaparecido absorbida por el algodón de la prenda, volvía a aparecer rauda, cubriendo el resto del brazo, goteando pegajosa a pesar de que Rohner lo sostenía en alto.

Sin quitar por completo el agarre sobre mí, se colocó los guantes de látex, primero el derecho y después el izquierdo. Con unas cuantas gasas y un líquido que quemaba a su paso por la herida, cortó la pequeña hemorragia. Cuando intentó abandonarme de nuevo para ir a recoger la anestesia para suturarme, le agarré fuerte su mano y le supliqué que se quedase. Los pinchazos de la aguja eran preferibles al dolor errante y fantasmal de las palabras de Desi.

Rohner terminó de colocar una venda que cubriera los puntos del brazo y se agachó para examinar la herida de mi pierna, que ya no sangraba.

—Ha debido de pillar un mal ángulo, porque apenas ha profundizado.

—Es un inútil —gruñí.

Se irguió de nuevo a mi lado y sacudió su cabeza en negación hacia mí, divertido. Agarró unas cuantas cosas de la mesa y se separó unos pasos.

—Soy un excelente médico, pero en un taburete no puedo curar adecuadamente esa herida.

Roté mis ojos hacia atrás, pero me levanté y le acompañé al salón.

Nos dirigimos hacia la pared de las dos puertas, pero no fuimos a su despacho.

Detrás de la segunda puerta nos esperaba una habitación del tamaño del salón y la cocina juntos. De frente, de nuevo las pantallas formaban una ventana a un mundo artificial, esta vez hacia un bosque nevado que iluminaba con una luz blanquecina todo el cuarto. Otra de las veces que había visitado esa habitación, el conjunto de pantallas reflejaba un balcón sobre un inmenso mar y una vez anterior, recuerdo observar embelesada hasta quedarme dormida otro tipo de bosque, con las hojas completamente anaranjadas, cayendo lentamente y decorando aquel muro.

Frente a las pantallas, en la pared que daba al salón, una enorme cama con sábanas plateadas y negras ocupaba dos metros de toda la enorme pared. Dos mesitas ancladas a ese mismo muro se suspendían a ambos lados del colchón, mientras que dos aberturas hacia el interior del muro, una encima de cada mesilla, recogían unas bombillas que proporcionaban una luz tenue alrededor del lecho. Al final de esa misma pared, una puerta cerrada dejaba paso al cuarto de baño.

Una butaca y una mesita coquetamente colocadas en la esquina del cuarto, al final de las pantallas, decoraban la zona donde unas enormes puertas escondían un armario que recorría la pared izquierda de la habitación de lado a lado. El espacio entre cada mueble de aquel cuarto era increíble. Nada tenía que ver con el eslalon que hacíamos en nuestro dormitorio para salvar la posición de las camas de camino al baño.

Rohner se sentó en el borde del colchón, colocando los utensilios recogidos encima de una de las mesillas flotantes. Golpeó varias veces a su lado para que tomara posición junto a él.

—Túmbate boca abajo.

Obedecí al instante, dejando que la espuma del colchón se acomodara bajo mis músculos. Las sábanas absorbieron el sonido de mi exhalación. Crucé mis brazos por debajo de la barbilla, con cuidado de no dañar la zona de mi antebrazo herida y giré la cabeza hacia Rohner.

Mi cuerpo se movió con el colchón cuando se levantó, para pegar sus piernas al borde de la cama. Sus manos acudieron a mi cintura, introduciendo sus dedos por debajo de la goma de mi pantalón. Ejerció presión hacia abajo, para arrastrarlo por mis piernas, mientras yo elevaba mis caderas para facilitarle el trabajo. Enseguida me quedé en ropa interior.

Giré mi cabeza para observar todo lo posible a Rohner en acción. Me hipnotizaba verle trabajar. Su mirada profunda, concentrada, calculando cada paso. Me fascinaba.

Con cuidado limpió la herida, esta vez con menos dolor que la del brazo y la tapó con un apósito adhesivo.

Una palmadita en el culo me hizo brincar en la cama.

—¡Listo!

Retiró sus guantes y los llevó junto con el resto de utensilios al baño. Cambié mi cabeza de posición para verle también desaparecer y aparecer de la habitación, los músculos de su espalda bailando con cada paso, la cintura de sus vaqueros arqueada por el tramo final de su espalda.

Cuando volvió de la estancia contigua, saltó sobre la cama, tumbándose a mi lado de costado. El codo apoyado en la almohada sujetaba su cabeza hacia mí. Con su mano libre comenzó a acariciar mi muslo desnudo. Suave, muy suave.

—Imagino que Urraca ha quedado peor.

Su mano subía y bajaba despacio, abarcando cada vez más centímetros de piel.

—Sigue vivo.

Mi cara se dibujó con frustración. Rohner se colocó de rodillas y se inclinó sobre mi espalda, retirando mi melena hacia un lado y acercando su cara a mi oído.

—Y tú también.

El roce de sus labios y el bocadito a mi lóbulo al final hicieron que me estremeciera. Noté su sonrisa en mi cuello.

Se hizo un hueco encima de mis piernas, con sus rodillas a los lados, inclinándose hacia mi espalda, donde sus manos arrugaron mi camiseta hasta mis brazos y mi cuello. Me arqueé para ayudarle a quitármela. De un suspiro se deshizo del sujetador también.

Sus dedos acariciaban ahora suaves mi espalda, bajando hasta el borde de mi ropa interior y subiendo de nuevo por los costados hasta bordear mis pechos. Enseguida noté su dureza empujando contra su pantalón, contra mí.

Sumida en el trance de sus movimientos rítmicos, no me di cuenta de cuándo se había liberado de su pantalón, hasta que no me agarró por las caderas, obligándome a elevarlas hacia él en un movimiento único y firme. No se molestó en deshacerse también de mi ropa interior, la apartó a un lado y sin darme tiempo a asumir el impacto, se introdujo dentro de mí. Directo y rápido. Sus

jugueteos por mi piel y el recuerdo de las veces anteriores me habían hecho humedecerme lo suficiente como para no sufrir con su embiste.

Sus dedos se cerraron en mis caderas, estrangulando mi piel, pudiendo sentirle en mis huesos, a la vez que emitía un gruñido gutural que me hizo agarrar la almohada que encontré por encima de mí.

Esperó unos segundos, buscando mi reacción, una cadena de besos húmedos recorriendo mi cuello. Elevé mis caderas un poco más, hacia él, buscando el ángulo adecuado. Fue la señal que necesitaba. Una mano pasó de mi cadera a mis pechos, volcándose un poco más sobre mí. Con el ritmo acelerando, mis piernas se deslizaban arriba y abajo por la suavidad de las sábanas, mi respiración acelerándose y cortándose con cada embiste.

Su respiración rugía en mi cuello y el eco de los golpeteos llenaba la habitación.

Frenó un momento el ritmo, sin salir de mí y volvió a mis caderas, obligándome esta vez a clavar más fuerte las rodillas. Su mano rodó suave sobre mi espalda, levantándome la piel de gallina hasta llegar a mi cuello, sujetándolo contra la almohada. Era su señal para que mantuviera mi cabeza abajo, que no apoyara mis manos también. Yo obedecí, abrazándome a la almohada.

Sus sacudidas siguieron, fuertes y profundas, manteniéndome próxima al límite. Sus brazos me sujetaron firmes, con la cadera levantada, sin dejarme escapar.

No supe adivinar el origen del frescor de la menta contra mí, vaticinar si provenía de la suave seda que acariciaba mi cara o de la presencia de Rohner sobre mí, pero se coló fugitiva en mi sistema.

Sus manos volvieron a actuar, ejecutando la siguiente posición. Enrolló mi pelo en su mano, jalando de él, obligándome a estirar mi columna, para luego arquearla hacia su pecho. Su piel suave rozando mi espalda. Con su mano libre me rodeó por el abdomen. Sin moverse, tiró un poco más de mi pelo buscando mi cara. Mis mejillas ardiendo y mis labios abiertos para facilitar la respiración se encontraron con su mirada encendida. Un beso húmedo y profundo dejó paso a un recorrido lento de su lengua por mi cuello. Antes de terminar en mi hombro, me lanzó un bocadito que despertó de nuevo sus embistes.

Con su mano agarrándome firmemente por el pelo y su brazo alrededor de mi cuerpo, me encontraba a su total merced. Y él lo sabía. Y lo disfrutaba. Sus respiraciones ásperas en mi oído me lo confirmaban.

Cuando el agarre se volvió más duro y tenso, el brazo que me rodeaba me soltó y su otra mano obligó a mi cabeza a erguirse un poco más. Mis manos agarraron su antebrazo. Los dedos que le habían quedado libres buceaban ahora por debajo de mi ropa interior, hasta que encontraron el punto. Ese punto. Sus dedos se movieron con el resto de su cuerpo.

La sacudida esta vez fue tan brutal que hasta los músculos de mis párpados se tensaron, obligándome a cerrar los ojos, dejándome a oscuras con el último y más profundo gemido de Rohner.

56

Cuando desperté, la cama seguía vacía.

En cuanto hubo terminado, Rohner se había separado del colchón para calzarse de nuevo los pantalones y correr a su despacho. «Descansa un rato» es todo lo que me dijo antes de desaparecer por la puerta. Y yo obedecí.

Pero ahora, unas voces al otro lado de la pared invadían muy finamente mis oídos. No creo que hubiese dormido más de media hora, pero estaba lo suficientemente despejada como para intuir las palabras al otro lado. Rohner hablaba por un *walkie-talkie*.

—¿La tenéis en Las Catatumbas?

Ese nombre me revolvió el estómago, el guiso que había preparado al medio día Desi, me ardía en la garganta. Me levanté de un salto, aún desnuda y me acerqué a la pared.

—La acabamos de recoger del campamento. —Un hombre hablaba al otro lado del sonido metálico del aparato.

—Muy bien, en cuanto me ocupe de unos asuntos, bajo. —La voz fría de Rohner me estremeció.

—Hormiga quiere nuevos avances sobre el suero.

—Dile a Hormiga que le informaré cuando los consiga. —Las palabras de Rohner cortaban como el cristal.

—¿Te la hemos quitado de encima durante cuatro días y todavía no has conseguido nada con el niño?

—El niño repele el suero y su cuerpo aumenta la fiebre cada vez. Es un proceso lento.

—Más vale que consigas resultados esta vez.

—Caimán, estos temas los trato directamente con Hormiga, no creo que tengas habilidades suficientes como para comprender la complejidad del asunto. —Rohner sonaba seco y agresivo, pero sin levantar el tono—. Y la próxima vez será mejor que te ahorres el esfuerzo patético por amenazarme.

Inmediatamente después de estas últimas palabras, un estruendo me indicó que Rohner había lanzado el *walkie-talkie* contra la mesa. Salí corriendo hacia su despacho, olvidando mi falta de ropa. Solo mi melena me cubría el torso a medias por encima de mis hombros.

Crucé el umbral de la puerta como una exhalación.

—¿Quién está en Las Catatumbas?

Lo sabía. Sabía a quién se referían. Pero me negaba a verbalizarlo, a hacerlo real. Rohner me devolvió una mirada perplejo, no sé si más sorprendido por mi alteración, mi desnudez o por darse cuenta de que había escuchado la conversación.

—Tranquila, está todo controlado.

Rohner se levantó de su asiento despacio.

—¿Quién está en Las Catatumbas? —Mi pregunta ahora era una amenaza, la niebla comenzaba a erizarse en mis pies.

—Guindilla…

Rohner se acercó un paso hacia mí. Levanté mí brazo hacia él, para que no se acercara más.

—¿Quién? —chillé.

—Jirafa.

Salí corriendo hacia la habitación, escaneando el suelo para encontrar mi uniforme, manchado y rasgado. Me estaba colocando la chaqueta cuando Rohner apareció en el arco de la puerta, con sus manos apoyadas a cada lado del marco y sus piernas cruzadas una sobre la otra. Una postura casual, pero que me impedía salir de allí.

—Jirafa va a estar bien.

—Nadie está bien allí abajo, Rohner. —Me senté en la cama para calzarme las zapatillas.

—Yo me encargaré de que no le pase nada.

Rohner había cruzado la puerta y se había acercado hacia la cama. Salté del colchón cuando él se sentó a mi lado.

—¿Como hiciste conmigo?

Me giré para estocarle con mi mirada. La niebla ya trepaba hacia arriba y mi rostro se había contraído por completo. El volumen de mi voz incontrolable. Rohner se levantó furioso del colchón.

—Jirafa no es tan imbécil como tú, no va a enfrentarse a nadie allí abajo.

Le maldije con una sonrisa felina y me giré hacia la puerta del cuarto, absorbiendo su ataque con todo el orgullo que pude reunir. Pero antes de llegar, con todas las palabras centrifugando en mi cabeza, algo me descolocó. Me giré hacia el rostro descontento de Rohner.

—¿Qué pasa con el suero?

—Eso no te incumbe.

En Las Catatumbas Hormiga también le había mencionado algo sobre un suero a Rohner. Pero ahora… habían hablado de un niño… Y la fiebre… No podía ser. Mis manos comenzaron a temblar incontrolablemente y la cara me ardía. La niebla ni siquiera había llegado todavía al pecho, pero un dolor punzante se había adelantado.

—¿Estás usando a Mono?

Rohner se apresuró a recortar nuestra distancia y agarrarme suavemente las manos, con ojos tiernos. Pero no consiguió el efecto que él deseaba. Mi cabeza no paraba: el dibujo de Yeyé. Las rayas azules encima de Mono. La niña lo había visto. Joder, ¿cómo no me había dado cuenta? Retiré mis manos. La impotencia atraía algunas lágrimas a mis ojos.

—¿Qué coño le has hecho a Mono?

Rohner cruzó sus brazos en el pecho.

—Tú lo has hecho posible.

—¡Yo no he hecho nada! —La desesperación se clavó en mis palabras.

—Gracias a tu sangre adulterada por la hormona, he podido desatascar la segunda fase de nuestro estudio.

Negué con la cabeza, pero Rohner prosiguió, disfrutando de su propia voz.

—Si sintetizo tu ADN ya entrenado con la hormona para aumentar mejoras, puedo crear un suero que amplíe también las mejoras de los otros. Aunque por un breve periodo de tiempo, sin alterar su porcentaje.

Di un paso hacia atrás y Rohner lo recortó.

—¡Solo es un niño!

—Es el único aquí y en Las Fuerzas cuya madre también es mejorada. Si alguien puede reaccionar bien al suero es él.

Agité mi cabeza intentando absorber ese dato.

—¿La madre de Yira era una mejorada?

—¿No te lo ha contado tu amiga?

Yira no me había hablado de su madre. Solo de su padre, y no era el padre del año… Sin embargo, todos mis sentidos de alerta se despertaron cuando Rohner afiló una sonrisa victoriosa.

—Jirafa es la madre de Mono.

Volví a retroceder por el impacto de la noticia.

—Yira es su hermana —le corregí.

La sonrisa de Rohner había crecido hasta iluminar sus ojos.

—No lo es. Cuando su madre murió, su padre… Digamos que Jirafa tuvo que suplir la ausencia de su madre en muchos sentidos. Y cuando el resultado de aquello salió a la luz con el nacimiento de Mono, su padre les vendió a los dos.

Me agarré al marco de la puerta para evitar el desequilibrio de mis piernas flácidas. No podía ser. El sufrimiento de Yira… Todo lo que había pasado… Y ahora estaba en Las Catatumbas por mi culpa. Un par de lágrimas escaparon sin que nada se opusiera a ellas.

Rohner se acercó y las despejó suave, con sus manos.

—Guindilla, formas parte de algo increíble. Con tu genética y mis investigaciones, podremos crear el ejército de mejorados más potente de la historia. Incluso podríamos dotar a humanos normales y corrientes de mejoras animales. ¿Sabes qué implicaría todo eso?

Sus dedos atraparon otra lágrima que arrancaba.

—Tú y yo juntos.

—¡No!

Aparté mi cara de su alcance, irritada conmigo misma por no ser capaz de mantener las lágrimas a raya.

—No, yo no voy a participar en nada de eso. A la mierda las mejoras y a la mierda tus putas investigaciones. No voy a volver a participar en esto, Rohner. Nunca más. Y no quiero que te vuelvas a acercar a Mono. Ni a ninguno de los niños. Y mucho menos a Yira.

Rohner se burló de mis palabras expulsando el aire por su nariz en una carcajada.

—Pero qué cría eres. ¿Acaso crees que tienes opinión en todo esto? El estudio va a seguir quieras tú o no, de eso se encargará Hormiga. Pero te conviene infinitamente más jugar bajo mis condiciones que bajo las de él.

—¿Eso hemos estado haciendo todo el rato? ¿Jugar bajo tus condiciones?

Rohner se pasó una mano por el pelo y se acercó a mí, con los hombros tensos y rectos, los brazos completamente rígidos. Colocó su boca muy cerca de mi cara, en un intento de intimidación, pero no moví un músculo, mi mirada impenetrable clavada en él. Devolviéndole la amenaza.

—¿Hubieses preferido que te hubiera dejado a merced de los brutos de Hormiga y Caimán? Que se hubiesen aprovechado de ti sin importarles absolutamente nada. ¡Yo he sido el único que se ha preocupado por ti!

Sus palabras resonaban en mi cabeza y en mi pecho, ambos luchando entre sí, mareándome con un sentimiento de confusión terrible. Mi cuerpo quería gritar y salir corriendo de ahí, pero mis emociones me anclaban allí, al sentimiento de culpa y egoísmo que me paralizaban.

—¿No te das cuenta de que todo esto lo he hecho por ti? Porque te quiero.

Te quiero. Sus palabras rondaban mi cabeza, con el resto, pero no significaban nada. Mi mente luchaba fuerte por acogerlas, por hacerme parar y aceptar aquello que Rohner me ofrecía. Pero fue el dibujo de Yeyé el que se abrió camino entre el torbellino de emociones y pensamientos.

—¿Qué les dijiste?

—¿Qué? —La sorpresa de Rohner no ocultó su enfado.

—¿Qué les dijiste a los niños para que no contaran nada sobre el suero?

—Vale ya, Guindilla…

—¡Rohner! ¿Qué les dijiste?

Necesitaba saberlo. Sabía mejor que nadie que las palabras podían doler más que cualquier golpe. Y más a esa edad. Si les había amenazado…

—Los otros niños no lo saben. Y para Mono era un juego. Solo tenía que permanecer en silencio para no despertar al resto de niños en la habitación cuando yo le inyectaba y si no decía nada a nadie, pronto tendría superpoderes.

Mierda. Pobre Mono… Pero Rohner se equivocaba. Yeyé sí que lo sabía. Por aquellos ojos azul cian, además de la luz que reflectaban, traspasaba más información de la que nadie sospechaba. A Yeyé no se le escapaba nada y había sido testigo de cómo Rohner entraba a su habitación por las noches para inyectar el suero a Mono. El terror que me invadió con ese descubrimiento no podría ni empezar a equipararse al que debía de sentir la niña cuando veía a Rohner clavarle la aguja a su amigo. A su hermano. La niebla ascendió hasta el pecho. No dije nada más y salí de la habitación, directa al salón.

Algo centelleó encima de la mesa de cristal cuando mi cuerpo pasó por delante de una de las luces tenues de la sala, taponándola y volviéndola a liberar después. El puñal de Urraca seguía encima de la mesa de cristal. Lo alcancé en movimiento sin detener mi camino hacia la puerta.

Rohner me siguió y me agarró del brazo bruscamente, girándome hacia él. Su mano, consciente o inconscientemente, había encontrado su agarre justo encima de la herida de mi antebrazo. La presión se distorsionó en dolor tortuoso.

—¿Dónde vas?

—Soy el Demonio de Las Catatumbas. —Hinché mi pecho y ladeé mi cabeza con una sonrisa maléfica—. ¿A dónde crees que voy?

Sacudí mi brazo para soltarme, durante un instante, pero Rohner me volvió a alcanzar y aumentó su fuerza. La venda bajo la manga de la chaqueta empezaba a humedecerse. Me pegó más hacia él, haciéndome consciente de sus ojos ensangrentados e hinchados. Apretó sus dientes frente a mi cara.

—Se acabó la tontería.

Pude intuir cómo su brazo libre se movía para agarrarme de mi pelo, pero fue demasiado lento. Cambié el cuchillo hacia la mano que yo también tenía libre y la elevé haciéndome hueco entre nosotros, hasta alcanzar su cuello. La hoja presionaba por debajo de su mandíbula, empalideciendo la piel bajo el cuchillo, pero haciendo enrojecer la de alrededor.

Rohner se quedó estático, inerte, con la barbilla levantada intentando aliviar la presión del filo del cuchillo.

—Te dije que no me volvieras a poner una mano encima.

La niebla presionaba fuerte contra mi mano y la sangre se había acumulado en mis oídos, taponándolos. Pero mi mente se había convertido en una fortaleza de hierro, pesada, atrapando cualquier pensamiento, cualquier idea a ejecutar.

Y de un tirón fuerte, retrocedí mi brazo, las gotas de sangre de mi herida abierta resbalando sobre él. Cuando Rohner notó su garganta ilesa, sus manos cayeron inertes a sus lados y guardé la hoja a medio afilar. Le apuñalé con mi mirada mientras sus dedos acariciaban la zona de su

cuello donde había estado el cuchillo. Antes de irme, le di un último empujón y abandoné el salón con paso firme. Y el recibidor.

En cuanto las luces del pasillo me bañaron, comencé a correr.

57

No me molesté en silenciar mis pasos, ni en ocultarme, ni en evitar llamar la atención entre las interminables filas de puertas que aparecían a ambos lados del pasillo. La niebla seguía presionando muy fuerte en mi pecho, pero no había trepado más. Gracias a eso, a que no había conquistado mi cabeza unos minutos antes, Rohner seguía vivo.

Cuando había logrado recorrer ya todos los túneles y solo el último pasillo me separaba de la puerta hacia el tercer nivel de La Guarida, escuché las voces de Rohner. Mi corazón galopando en mis oídos no me había dejado registrarlas, o quizá directamente mi cabeza le había bloqueado. Corría detrás de mí, pero no me importó.

Sus gritos comenzaban a calar en mis oídos, sin embargo, no dejé que fueran más allá. Tampoco sus pasos, cada vez más cerca de los míos, me inquietaban.

Yo solo tenía una idea en la cabeza: sacar a Yira de Las Catatumbas, recoger a los niños y marcharnos bien lejos de allí.

Le había hecho una promesa a Yira, le había asegurado que no dejaría que nada le pasara a Mono. Ni a Yeyé. Y no solo no la había cumplido, sino que yo era culpable de su sufrimiento. Solo podía correr.

Y corrí. Seguí corriendo los metros que me separaban de la puerta, hasta que la crucé. Y Rohner conmigo. La puerta crujió al cerrarse.

En carrera, como por instinto, me giré sobre mis talones, enfrentándome a Rohner justo cuando la distancia física entre nosotros había dejado de existir. Rohner se detuvo pegado a la puerta, paralizado. Inmediatamente, la niebla le dio la orden a mi brazo: levantar el cuchillo y empuñarlo hacia el costado de Rohner, apuntando al espacio entre su última y penúltima costilla.

En ese instante, una ráfaga de aire caliente arrasó por el pasillo, haciendo bailar mi pelo con su pasada, hasta detenerse a mi lado. Una mano ardiente envolvió delicadamente mis dedos cerrados en la empuñadura.

Lobo estaba a mi lado, agarrando mi mano, todo él envuelto en un poder animal. Busqué su mirada, pero Lobo solo parecía registrar la existencia de Rohner allí. Su frente arrugada sombreaba su rostro con una dureza feroz. Los hombros de Lobo subían y bajaban con su respiración acelerada, encuadrados con su torso firme y duro anclado a sus caderas, inclinado hacia Rohner. Y Rohner solo miraba, pegando su espalda sobre la puerta cerrada.

La tensión del pasillo era tan cortante, el silencio tan exterminador, que, sin ser consciente, me descubrí bajando la mano con la que blandía el cuchillo, relajada, con los dedos de Lobo acompañando mi movimiento.

Lobo no dijo absolutamente nada. Su silencio era más asfixiante que cualquiera de sus palabras. De hecho, hubiera jurado que Rohner había dejado de respirar. Lobo adelantó una pierna hacia el doctor, que se estiró contra la puerta, intentando ganar algunos centímetros o quizá intentando desvanecerse a través de ella. La mano de Lobo liberó mi brazo y se posó en mi espalda. Su calidez se hizo palpable a través de aquel gesto, templando la zona baja de mi columna, radiante.

—¿Estás bien? —Sus ojos se movieron de arriba abajo sobre mi figura.

Asentí con la cabeza frunciendo el ceño. Rohner se movió en la pared y los dos le disparamos con la mirada.

—Creía que tu lugar estaba en los laboratorios, Rohner.

El tacto de Lobo seguía cálido en mi cuerpo, pero su voz era heladora.

—¿Desde cuándo te interesan mis asuntos?

La mirada de Lobo se escapó hacia mí, fugazmente, para después pestañear, intentando borrar aquel instante traicionero y devolverle una sonrisa irónica a Rohner. Pero Rohner lo había capturado. Sus labios mínimamente curvados, el mismo reflejo que le había visto hacer alguna vez en los laboratorios, cuando descubría algún dato que había estado pasando por alto, me confirmaron que había registrado ese momento de Lobo. Aun así, no fue suficiente para separarle de la pared ni para que dijera ni una palabra más.

Estorbándome todavía en mis manos, decidí esconder el puñal debajo de mi uniforme, sujetándolo con la goma de mis calcetines y la del borde inferior de la pernera del pantalón. En mi interior, la niebla había vuelto a disolverse, pero yo tenía un plan en mi cabeza. Me giré rápidamente y me encabecé hacia las escaleras, dejando a Rohner a la merced de Lobo. Por el sonido de la puerta, supe que Lobo se había olvidado de Rohner, que este había vuelto a los túneles y, por lo tanto, aunque no le escuchara, Lobo venía detrás.

Aceleré el paso en las escaleras, luego comencé a subirlas de dos en dos y para cuando llegué al segundo nivel de La Guarida, aunque mi corazón trabajaba con bastante esfuerzo, mis piernas ya corrían por el siguiente tramo de escalones.

No fue hasta que llegamos al patio que Lobo no decidió hacerse notar.

—Guindilla —me llamó suave desde la puerta.

Pero yo tenía una misión. Yo tenía que sacar a Yira de allí. Cada minuto que me retrasaba, una tortura nueva le esperaba. Dejé atrás La Guarida, marchando al máximo ritmo que me permitían mis piernas por el camino de tierra, hasta aterrizar en el asfalto de las naves. No tenía ni idea de cómo llegar a Las Catatumbas. Estaba prácticamente inconsciente cuando me llevaron. Pero sí que sabía por dónde había salido, dónde me abandonó Caimán aquella noche. Así que planeaba entrar por allí. Cuando alcancé la primera nave, Lobo ya estaba encima de mí, agarrando mi mano.

—Yira está en Las Catatumbas.

Cuando me giré hacia él pretendía gritarle y echarle de allí, pero al ver su rostro… Eso fue todo lo que me salió.

—Ya lo sé. —Su mano se entrelazó con la mía—. Te estaba buscando.

—Voy a sacarla de allí. —Respiré hondo—. Voy a sacarles de Jungle.

La imagen de Yira ahí abajo, atrapada por las cadenas, con Caimán… No pude ahogar el sollozo que llevaba anudado en mi pecho un buen rato y me giré para ocultarme de Lobo y seguir mi camino.

—Guindilla, no puedes bajar allí y simplemente salir con Yira por la puerta como si nada.

No contesté, seguí caminando entre las naves.

—Guindilla, escúchame. —Lobo había trotado hasta mí y volvía a sujetarme la mano.

Arranqué de nuevo el ritmo y comencé a correr. Las lágrimas taponándome el camino. Solo recorrí un par de metros antes de que Lobo me adelantara, agarrándome con sus manos firmes a ambos lados de mis brazos, apretándolos contra mis costados. Obligándome a detenerme. Me zarandeé hasta soltarme y le golpeé en el pecho, un golpe seco, suficiente para haber hecho

apartarse a cualquier otro, con rabia, incapaz de abrir los ojos, convencida de que, si lo hacía, las lágrimas no pararían jamás.

Pero Lobo no se separó, volvió a agarrarme por los hombros y me clavó al suelo, para que no volviera a huir. Volví a rebelarme, tenía que irme. Yira me necesitaba. Ya vería cómo salíamos de allí. Pero yo tenía que bajar a Las Catatumbas. Al menos tenía que estar allí. Con ella.

Seguí agitando mi cuerpo, con fuerza, pero esta vez no era capaz de deshacerme del agarre de Lobo y, entonces, abrí los ojos. Y *vi* a Lobo. La calidez de sus ojos me abrigó por completo. No había furia en ellos, ni enfado, ni juicio. Solo súplica. Igual que había suplicado el día que intentó frenar mi ataque a Urraca. El pecho se me encogió y, como sospechaba, las lágrimas desfilaron incansables.

—Están experimentando con Mono también, Lobo.

Esas palabras me destrozaron en su camino de salida. Todo lo que aquello significaba… Al escucharlas salir de mi boca, me desmoroné. Las lágrimas ahora eran un torrente que arrastraba sollozos y gemidos.

Lobo alcanzó mi cabeza y mi cintura inmediatamente y me empujó suavemente hacia él. Hacia su cuerpo cálido y tranquilo. Y suspiró sobre mi cabello. Mi desesperación envolvió fuerte mis brazos alrededor de su espalda, las yemas de mis dedos perdiendo su color al estrujar su camiseta. Sus dedos acariciaron los mechones que habían acudido a mi frente apoyada sobre sus pectorales, dulcemente. Lobo no dijo nada. Solo me envolvió y me acarició hasta que mis gemidos se fueron apagando poco a poco. Hasta que toda la rabia y la tristeza que me habían consumido se fue vaciando.

Entonces, separé mi cabeza de él y me limpié las lágrimas que habían empapado mi cara. Lobo me sonrió tiernamente y deshizo su abrazo para darme la mano.

—Vamos a dar una vuelta.

58

Agarré fuerte su mano, aferrándome a sus dedos, siendo consciente de que probablemente eran lo único que me mantenía estable, con la sensación real de que, si los soltaba, si desenroscaba las yemas de mis dedos de la palma de Lobo, dejaría de poder contener el hervidero de emociones que no pararían hasta tumbarme.

Pero de su mano, con la seguridad perenne de Lobo trabajando por los dos, sentía que podía soportarlo. Al menos un rato más.

Una trampilla oxidada al ras del suelo, justo por detrás de la última nave, fue nuestro destino. Un candado atado a una cadena de metal unía los dos extremos de la cubierta de la trampilla. Reconocí esa localización al momento, por allí me sacó Caimán el tercer día de mi castigo en Las Catatumbas.

—Hay que aprovechar los pocos puntos sin control de accesos.

Lobo me guiñó un ojo y se agachó para alcanzar el candado, pero no dejé ni siquiera que lo estudiara. Invadida por la emoción del momento, por estar un paso más cerca de Yira, me tiré de rodillas al suelo.

—Déjame a mí.

Desenvainé el cuchillo de dentro del calcetín. No me di cuenta de la ilusión que le había puesto a esas palabras hasta que no la vi reflejada en Lobo, mirándome con total emoción. Hizo un gesto con su mano aceptando de buen gusto mi proactividad.

No era la primera cerradura que forzaba. Aprender a abrir candados y cierres fue una de las primeras actividades padre e hija que recuerdo con el mío, a los seis años. Enseguida me volví muy hábil y él me encontraba de bastante utilidad en sus *trabajos*. Más adelante, cuando él desapareció, no dejé que mis habilidades se oxidaran y alguna que otra vez las tuve que poner a prueba.

Coloqué la punta del cuchillo en el lateral del candado por donde el arco se cerraba. La hoja era demasiado ancha como para poder forzarlo por la ranura de la llave, pero había visto varias cerraduras de ese tipo, maltratadas por el tiempo y las inclemencias meteorológicas, tenía claro cómo proceder. En cuanto el extremo había permeado mínimamente, unos cuantos movimientos deslizando la hoja de arriba abajo colaron el filo entre las dos mitades, justo debajo del arco. Lobo, pegado a mi lado, me barría con la mirada, registrando todos mis movimientos, curioso. Un golpe seco en el mango del cuchillo y el candado cacareó desbloqueándose.

Cuando me giré hacia Lobo con un gesto de satisfacción, su rostro, fijo en mí, era todo diversión y orgullo.

—Tú espérame aquí. Yo entraré a por Yira.

Me puse de pie para bajar por la trampilla por la que Lobo tiraba de las puertas para abrirlas.

—No vamos a por Yira, Guindilla. —Lobo tiró fuerte para obligar a las bisagras oxidadas a abrir las puertas.

Pasé por su lado, donde estaba agachado, cuando el gemido de las bisagras dejó las puertas por fin abiertas para colarme hacia el túnel, decidida. No iba a volver a dar explicaciones. Solo iba a sacar a mi amiga de allí.

—Guindilla.

Me detuve en las puertas, esperando de nuevo que me agarrara del brazo, que me sujetara de alguna manera, que me impidiera avanzar. Pero Lobo permaneció agachado, un paso por detrás de mí. El único paso que yo había ganado al cruzar las puertas.

—Confía en mí.

¿Debía hacerlo? ¿Debía confiar en Lobo?

Rohner había dicho que me quería y, aun así, no podía evitar sentirme traicionada y humillada. Rohner, en el que yo confiaba y que decía que se preocupaba por mí, que quería lo mejor para mí, me había engañado. No. Yo me había dejado engañar. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Seguí parada en la entrada, con la cabeza fija en el suelo, intentando escrutar todas mis opciones. En contra de las órdenes de mi cerebro hacia mis músculos, un impulso en el pecho me obligó a girarme hacia Lobo, a estudiar su oferta.

Mi aliento se congeló cuando me encontré con sus cejas alzadas, emitiendo su petición de nuevo, en silencio.

No le dije nada, no porque no quisiera, sino porque mis palabras no encontraron el camino de salida, negándose a participar en contra de lo que mi cerebro ordenaba. Tan solo me aparté y le dediqué un ademán con mi mano, instándole a que pasara por delante de mí.

Las paredes y el suelo de rocas que formaban el primer tramo de túneles se encontraban más iluminados por la anaranjada luz de los últimos rayos del sol que se colaban por la trampilla abierta. Hasta que Lobo la cerró. Pero la luz azafranada se mantenía según avanzábamos. A diferencia de Las Catatumbas, que solo se iluminaban por unas pequeñas llamas de fuego soportadas por utensilios de metal colgados de las paredes, en estos pasillos, pequeñas lámparas redondas aparecían incrustadas en la parte baja de los muros. A cada lado, separadas por unos tres o cuatro metros de distancia uno del siguiente, los redondeles fluorescentes alumbraban cada tramo que caminábamos, uno al lado del otro, en completo silencio.

Habríamos recorrido unos quinientos metros de paredes a ambos lados, cuando la distancia entre estas comenzó a ampliarse hasta dar con un tramo de bifurcación. No existía ningún cambio apreciable en la textura de las paredes y el barro seguía cubriendo el suelo por el que pasábamos, sin embargo, tres arcos oscuros se abrieron a nuestro paso. Tres túneles diferentes. Tres posibles caminos. Pero yo me quedé estática contemplando la boca oscura de la izquierda del todo. Lobo interrumpió mi concentración.

—Por ahí se va a Las Catatumbas.

Ya lo sabía. Mi cuerpo recordaba haber estado allí.

Lobo se había detenido también, pero más cerca del túnel que se abría hacia la derecha. Seguí estudiando el camino de la izquierda, intentando escuchar cualquier sonido que me indicara qué estaba pasando allí, con Yira.

—Te estarán esperando.

Ante la falta de sonidos provenientes de aquella bifurcación, me giré hacia Lobo, que se mantenía escorado hacia el otro túnel. Fruncí el ceño sin entender a qué se refería.

—Urraca ha usado a Yira como cebo. Si bajas allí, me apuesto lo que quieras a que tendrás a medio ejército de Hormiga encima de ti, antes siquiera de que puedas ver a Yira.

Me giré para contemplar la entrada una vez más y después reboté de nuevo en la imagen de Lobo.

—Tengo que intentarlo.

Lo había decidido, pero esperé antes de darme la vuelta. Podía escuchar la voz de Lobo en mi cabeza, otra vez. Arremolinada y confusa. Frenética. Pero no podía evitar concentrarme en sus labios completamente apretados.

—Si conseguimos sacar a Yira de Las Catatumbas…

¿*Conseguimos*? Lobo no había estado en mis planes de rescate hasta ahora.

—Perdemos la oportunidad de sacaros del complejo.

Me crucé de brazos.

—¿Qué propones, entonces?

—Tengo algo parecido a un plan.

El tono cantarín de su respuesta lo acompañó mientras se sumergía en la tenue oscuridad del túnel de la derecha. Mis pasos caminaron detrás.

Con la cantidad de agua y barro rodeando toda la galería, silenciar nuestros pasos se había convertido en una tarea muy tediosa, pero necesaria. Si alguien nos veía allí, no teníamos escapatoria, no había donde esconderse. El espacio entre las paredes era lo suficientemente ancho como para que caminara una tercera persona con nosotros, pero no lo suficiente como para poder huir si alguien nos cortaba el paso.

El pensamiento comenzó a pesarme, haciéndome sentir las rocas del techo demasiado cerca de mi cabeza. Noté el aire más denso y la humedad más depredadora. Mi cuerpo comenzó a reaccionar a sensaciones evocadas de mis días en Las Catatumbas. Dirigí mi atención a la respiración, intentando concentrarme en contar las veces que inhalaba y exhalaba, haciéndome consciente de que el oxígeno pasaba por mi tráquea y llegaba a mis pulmones, de que era capaz de mantenerlos funcionando.

Fruncí el ceño a la miradita furtiva que descubrí de Lobo. Sus labios se curvaron de medio lado, mirada al frente.

—¿Miedo a los sitios cerrados? —Un aire de superioridad rozó su pregunta.

—Yo no tengo miedo. —Salté como un resorte.

—¿Nunca?

—Nunca. —Era una media verdad, más para mí que para él.

Lobo dejó caer sus hombros, sin perder su paso, dejando morir la conversación. Pero la sensación de agobio allí abajo, el silencio, mi esfuerzo por mantener a raya al resto de mis emociones que empujaban… me obligaron a seguir hablando.

—¿Cuál es tu leyenda?

Lobo me lanzó una mirada incrédula, sin detenerse.

—Dijiste que yo te había quitado el puesto después de Las Catatumbas —insistí—. ¿Por qué se supone que te tienen miedo?

—La chica que más veces me ha acusado de intentar matarla, de ser un bestia y un… ¿Qué me llamaste? —Hizo un espectáculo de agarrarse la barbilla, simulando meditar sus siguientes palabras—. ¡Ah, sí! Salvaje. Ahora me pregunta por qué doy miedo.

Su carcajada rebotó en el fondo indefinido del túnel, haciendo ridículos nuestros esfuerzos por mantener nuestras pisadas ahogadas en el barro.

—A mí no me das miedo. —Fue más una confesión que una provocación.

—Ya lo sé. —Vomitó las palabras sin ninguna emoción. Al menos que yo pudiera adivinar.

—Pero a Rohner sí.

Seguíamos caminando, pero la imagen de Rohner, pegado a la puerta, completamente alerta ante cualquier movimiento de Lobo, se había reestructurado en mi cabeza.

—Rohner es un cobarde —juraría que era asco lo que impulsó sus palabras esta vez.

Y como si fueran la estela de la imagen anterior, la voz de Lobo había anclado otro recuerdo al de Rohner.

—¡En la nota! —Me detuve para poder encajar del todo mis pensamientos antes de continuar —. ¡Te referías a Rohner!

Lobo se detuvo de golpe, con la mirada fija en el barro que nos cubría los pies. Como si el agotamiento le impidiera mantener esa conversación. Como si el tiempo para ello ya hubiera pasado. Pero al final levantó su barbilla y se giró completamente hacia mí. Le miré expectante, ansiosa por que me confirmara mis sospechas. Por al fin haber descubierto a quién se refería en aquella nota.

—Un poco tarde, ¿no?

Lobo arrancó de nuevo. Tuve que esprintar unos pasos para poder recortar la distancia que había puesto entre nosotros en el par de segundos que yo había tardado en reaccionar. En adivinar que la decepción en sus palabras no iba en mi dirección. No profundicé más, simplemente seguí caminando a su lado.

59

Ahora sí, el silencio nos gobernaba. Habíamos vuelto a callar el chasquido del barro bajo nuestros pies, a pesar de que ambos pares de zapatillas habían absorbido gran parte de la humedad del lodo. El sonido del agua permeando por algunos canales rocosos se hacía más sonoro en algunos tramos. Pero, aparte de eso, solo mi respiración y la de Lobo nos acompañaba.

Metros y metros de muros de piedras nos dirigían el camino, con alguna bifurcación estrecha apareciendo. A veces Lobo nos dirigía por alguna de ellas, algunas otras las dejábamos pasar. Estaba convencida de que no era la primera vez de Lobo en aquellos túneles y esa convicción era la única que me evadía de exigirle explicaciones, de preguntar a dónde íbamos. Era lo que me permitía confiar en él, como me había pedido.

La oscuridad se hizo más profunda cuando llegamos al comienzo de una curva ciega. No podía intuir nada más que el muro curvándose con cada paso que dábamos, bloqueando el siguiente tramo de luz. Durante un instante me fijé en Lobo, que avanzaba perfectamente entre aquellas paredes. No tenía muy claro si él también podía ver en la oscuridad, pero nada me hacía sospechar lo contrario.

El silencio perpetrado entre nosotros dos durante el último tramo se vio interrumpido por el sonido del barro salpicando y el rugido de un motor que irrumpieron ondeando entre las paredes.

Me detuve alerta, con mis ojos mejorados hacia la oscuridad, la fuente del sonido. Pero, aun así, con las rocas generando ángulos muertos continuos, me fue imposible identificarlo correctamente. Sin embargo, por su intensidad, pude averiguar enseguida que venían en dirección contraria hacia nosotros, y no muy lejos.

Hice el amago de darle la voz de alarma a Lobo, pero Lobo ya se había detenido también.

—Dame el cuchillo. —La mirada de Lobo se clavaba en la penumbra.

Ignoré su susurro, preferí revisar las paredes a nuestro alrededor, la concavidad del túnel, girando hacia la izquierda. Arañaba con mi vista cada tramo de roca en la pared buscando alguna bifurcación donde guarecernos. Hacía mucho rato que habíamos pasado la última.

—El cuchillo.

Lobo insistió con un susurro elevado, impaciente, ofreciendo su brazo hacia atrás, hacia mí, esperando el arma. No reaccioné.

El suelo comenzó a vibrar bajo nosotros, por la curva. Un indicio de desesperación cruzó el rostro de Lobo cuando se giró hacia mí.

—¡Guindilla!

Sin apartar mis ojos sobre él, me agaché para desenvainar el puñal entre mi pantalón y el calcetín y se lo ofrecí dudosa. Lobo lo arrancó de mis manos para, con la misma fuerza, tirar de mi brazo hasta colocarme de espaldas a él, su pecho interceptando el impacto. El aroma a cítrico girando conmigo. Mis pies se desequilibraron en el bamboleo, pero su agarre era tan fuerte que fue imposible tropezar y una rara sensación de confort me invadió. Su antebrazo presionó mi cuello contra él, la callosidad de sus cicatrices rozando mi piel por debajo de mi barbilla. A pesar de su agilidad de movimientos, me sacudí en su agarre, intentando zafarme, pero la punta del

cuchillo que yo misma le acababa de entregar me punzó en la parte más elevada de mi costado, al comienzo de mis costillas. Fue todo lo que necesité para detenerme.

El aliento de Lobo, completamente rítmico, rozaba mi oreja con cada respiración, las mismas inspiraciones que hacían vibrar primero mi espalda, y luego mi pecho, con ellas. A pesar de la calma que el ritmo de su respiración volcaba en mi cuerpo, mi espalda presionada contra su pecho me daba acceso total a los latidos de su corazón, ferozmente desbocados.

Había comenzado a elaborar una frase envenenada con la que atacarle, cuando un automóvil apareció desde la oscuridad de la curva.

Era un carrito similar a los del patio de La Guarida, pero con una carrocería mucho más robusta. Al igual que los otros, no tenía ventanillas, sin embargo, este era descapotado, y sus ruedas, mucho más anchas, junto con el ruido del motor, anunciaban una potencia y velocidad mucho mayor que los primeros.

El coche, dividido en dos plazas delanteras y dos traseras, pero que solo ocupaba la mitad de su capacidad, se detuvo justo delante de nosotros. Las paredes del túnel se cerraban a su lado, dejando un espacio más que reducido entre el coche y ellas. Como había prevenido anteriormente, no había escapatoria factible.

Aun así, para escapar, primero tendría que liberarme de Lobo y el cuchillo en mi costado. Por un momento, la idea de arriesgarme a su puñalada me pasó por la cabeza chispeante. Con el cuchillo apuntándome a esa altura, el daño no sería muy profundo. Pero con el coche delante… Mis opciones se reducían a correr de nuevo hacia atrás toda la distancia ya recorrida por aquellos túneles. Eso, si era capaz de recordar el camino de vuelta. Lo único que pude hacer fue señalar agresiva a los dos hombres del coche con mi mirada y mis labios arqueados en una mueca de desagrado.

Los uniformes totalmente negros de aquellos dos tipos se camuflaban con la oscuridad del túnel cuando uno de ellos, el conductor, apoyó su codo sobre el borde superior de la puerta del automóvil y asomó su cabeza por fuera, en un intento de visualizarnos sin el filtro de la luna delantera. Como si necesitara confirmación visual de lo que se cernía frente a ellos.

Lobo apretó un poco más el cuchillo, elevando su ángulo y me arrastró completamente pegada a él hacia el lado del conductor.

—¿De vuelta por los túneles, Lobo?

A esa distancia no tuve ningún problema para identificar las dos palmeras blancas en el uniforme. Pero su rostro era la imagen de la diversión, de la despreocupación, cuando se dirigió a Lobo.

—Un encargo de Urraca.

La voz de Lobo, tan dura, rebotó en mi oreja, provocándome hasta límites insospechados unas ganas tremendas de girarme, de conocer la cara que acompañaba a esa voz. No era el tono que había empleado con Rohner ni el que empleaba conmigo… Era otra cosa.

El conductor se asomó aún más, apoyando su peso en el brazo sobre la puerta hasta que sus ojos pequeños y castaños cayeron directos hacia el cuchillo. Una sonrisa de reconocimiento estiró sus pómulos pálidos y caídos.

—Esta no aprende.

Una carcajada y un codazo hacia su compañero en el otro asiento del coche coronaron su frase. Antes de que mis músculos recibieran la orden de tirarse hacia él, Lobo me había apretado aún más contra su pecho.

—¡Diviértete!

Le guiñó un ojo a Lobo y el sonido de la carrocería vibrando nos obligó a pegarnos a la humedad de la pared hasta que el coche desapareció.

Hasta que el sonido no se había hecho imperceptible incluso para mí, no noté el agarre de Lobo aflojarse, primero de mi costado, después su brazo abandonando mi cuello. Sin dejarle tiempo para reaccionar, mis músculos se tensaron y me enfrenté a él, cara a cara. Pero Lobo siempre era más rápido y el cuchillo seguía en su posesión, apuntado a la altura de mi estómago cuando coloqué mi cuerpo frente al suyo, mi mirada disparando hacia su rostro.

Sabía dónde estaba el cuchillo y sabía dónde podía impactar. Y, sobre todo, sabía que esta vez el golpe sí podía ser crítico, pero me obligué a no dedicarle ni un segundo de atención al arma. Solo a Lobo. Esperando a registrar cualquiera que fuera su siguiente movimiento. Tenía que agarrar su brazo. Había comprobado la fuerza que Lobo tenía, era muy poco probable que simplemente pudiera detener su empuñadura, pero sí que podía sostenerla, evitar que profundizara. Estudié atentamente su rostro, aguardando los instantes hasta su ataque. Pero los músculos de su cara se destensaron y el gris plateado brillante volvió a sus iris.

No pude evitar apartar mi mirada hacia sus manos cuando, con un suave movimiento, Lobo hizo girar el puñal en el aire, volviéndolo a atrapar ágilmente, con sus dedos índice y pulgar pellizcando la hoja, ofreciéndome a mí el extremo de la empuñadura.

Le dediqué una mirada aburrida y me volví a guardar el cuchillo.

Ni una palabra se cruzó entre nosotros por el camino hasta que los muros de piedra se fueron ensanchando y desaparecieron cuesta arriba, por completo. Por desgracia, el barro a nuestros pies siguió siendo una constante. No sé cuánto tiempo habíamos tardado en recorrer aquellos túneles, pero cuando el aire fresco suplantó a la humedad agobiante de las cuevas, la noche había entrado completamente.

Lobo no parecía haber notado ningún cambio de ambiente, porque su postura y la velocidad de sus pasos continuó siendo la misma mientras marchábamos por una explanada desierta, donde las marcas de neumáticos en distintas direcciones decoraban el terreno embarrado. La brisa libre sin nada que la interrumpiera en su camino separó algunos mechones que habían permanecido pegados en mi frente con la humedad durante el paseo por los túneles.

Mis piernas comenzaron a protestar cuando la explanada dejó paso a la ladera de una colina, por la que Lobo comenzó a trepar. Para cuando llegamos a la cima, mi cabeza había convencido a mi cuerpo entero de la estupidez que era todo aquello, hasta que no tuve otra opción que dejarme caer en la hierba humedecida. El ruido de las briznas sacudiéndose bajo mi peso y mi gemido ahogado obligaron a Lobo a detenerse. Su atención se centró en mí, pero ni una palabra rompió el sello de sus labios.

—Agradecería que cumplieras con el recado de Urraca aquí y ahora. Todo este paseo ya ha sido suficiente tortura. —No hice ningún esfuerzo por evitar que la irritación permeara mis palabras.

Lobo se cruzó de brazos frente a mí.

—Todavía no me has preguntado a dónde vamos.

—Dijiste que confiara en ti. Eso hago. —Mis cejas se elevaron burlonas.

—Mira, esa apuesta la hubiese perdido.

Su mandíbula se apretó, juraría que estrangulando una sonrisa que luchaba por salir. Pero su esfuerzo fue exitoso. Aun así, se dio media vuelta, haciéndome testigo únicamente de su espalda mientras soltaba sus brazos, dejándolos caer bruscamente. Sus omóplatos se apretaban fuerte

debajo de su camiseta blanca, pegada a ellos por la humedad. Le observé caminar despacio unos pasos hasta detenerse en el borde de la colina, la noche recortando su esbelta figura.

El tiempo que pasó allí, en aquella posición, fue el suficiente como para que me sintiera necesariamente intrigada hacia aquello que captaba toda su atención. Hacia aquello que le obsesionaba tanto como para no obligarme a seguir moviéndome.

Cuando me coloqué a su lado, sus brazos volvieron a cruzarse en su pecho. La colina resultó ser una de las más elevadas de todas las que rodeaban aquella zona. Desde esa altura, podía hacerme una imagen completa del terreno a nuestro alrededor. Pero no una imagen cualquiera, sino un cuadro al óleo de un paisaje salpicado de colinas y valles, de distintos tamaños, emparejándose unos con otros, hasta formar una especie de óvalo. En el centro, separado por la colina en la que estábamos y su gemela, justo enfrente y más alta de todas, unas figuras salpicaban el valle. Tiendas de campaña.

—¿Vamos a Las Fuerzas?

Mi pregunta arrancó sola, en cuanto reconocí aquel trozo de tierra como el lugar donde había conocido a Águila.

—No. —Lobo descruzó sus brazos y señaló en diagonal, justo al otro lado de la ladera de nuestra colina, donde otro valle, algo más pequeño, dejaba ver lo que intuí que era una pequeña aldea—. Vamos allí.

Dicho eso, Lobo me esquivó y comenzó el camino de descenso. Pero yo me mantuve en mi posición, esta vez con la vista fija en el cielo. Las nubes se camuflaban en la noche, pero eran lo suficientemente gruesas como para opacar la luz de la luna. Tan solo alguna estrella presuntuosa se atrevía a brillar en los huecos entre una nube y otra.

Me rendí rápido y comencé a descender yo también. Estaba convencida de que Lobo había bajado el ritmo, porque no me costó nada alcanzarle. Pero nuestra dinámica de silencio continuó entre nosotros.

La frustración comenzó a envolverme con cada paso que me alejaba de la cima de la colina. No sabía exactamente por qué ni con qué. Era un cúmulo de cosas, era el cansancio, era Yira en Las Catatumbas, los niños, Rohner… En Rohner prefería ni siquiera pensar; era mi estómago recordándome que había pasado la hora de la cena, era la humedad pegajosa, era la luna no queriendo aparecer justo esta noche y era el maldito Lobo, con su silencio clavado en mi espina dorsal. ¿Por qué no hablaba?

Me descubrí a mí misma con el rostro completamente arrugado, las fosas de mi nariz extendidas y mis puños cerrados, apisonando la hierba bajo mis pies con cada paso, cuando Lobo giró su cabeza hacia mí, entornando sus ojos.

Relajé mi cara inmediatamente, convirtiéndola en un espejo de pasividad, a la vez que me esforzaba por detener aquellos pensamientos en mi cabeza. Habíamos llegado a la aldea.

60

Una calle principal separaba casitas bajas a ambos lados, cada una de un tamaño y una forma diferente. Daba la sensación de que cada una hubiese sido puesta ahí por una persona distinta y en tiempos diferentes, pero, aun así, formaban parte inequívoca del mismo conjunto.

Las puertas y ventanas, cada una colocadas de una manera y alturas diferentes, coincidían la mayoría en el material original, la madera. Madera robusta y oscura, prácticamente sin tratar.

Debía de ser una hora bastante entrada la noche, porque todas ellas se encontraban cerradas a cal y canto y tan solo un sonido brumoso se intuía a lo lejos. Entre algunas de las casas, se abrían estrechos callejones, que según pasábamos, podía averiguar si contaban o no con salida hacia otras callecitas con alguna casa más. Intenté mantener todos aquellos detalles en mi cabeza, anotando mentalmente aquellas fachadas que, además de ventanas, contaban con rejas de metal o algún balcón asomando a la calle. Podrían ser una buena escalera en caso de tener que huir de allí.

Caminamos por la calzada, evitando las aceras, que apenas hubiesen abarcado a uno de nosotros dos. A medida que recorríamos la calle, el sonido proliferaba, venía a reclamarnos y luego desaparecía durante unos instantes, para volver a aparecer después.

La intensidad fue completa cuando Lobo empujó una puerta doble de una de las residencias más anchas que las dos que la rodeaban por los flancos, dejando escapar la luz y el sonido que envolvieron la calle.

Una música que no me recordaba en nada a las últimas canciones que sonaban en mi vida antes de llegar a La Guarida, se mezclaba horriblemente con las risas, gritos y quejas de todos los allí presentes. Sin embargo, la mezcla de olores que producían una capa densa en el ambiente era más fuerte que el terrorismo auditivo del jaleo que atacaba a mis oídos.

Notando mi gesto de incertidumbre, Lobo rodeó mi cintura y avanzó pegado a mí por el local.

A ambos lados, mesas y sillas de roble oscuro se encontraban ocupadas por al menos una veintena de personas, mientras que varias decenas de ellas se movían alrededor, algunos apoyados en las paredes, más oscuras todavía que el mobiliario, emanado décadas de vida, otros inclinados en alguna de las sillas ocupadas.

Sin soltarme, Lobo caminó conmigo hasta la barra del fondo del lugar, con la espalda firme y la mirada al frente. Absolutamente todos los presentes en aquella taberna abarrotada nos siguieron con la mirada y el ruido menguó.

Cuando llegamos a la barra, Lobo apoyó sus dos codos sobre ella y se inclinó hacia mí, lo suficientemente cerca como para luchar contra el griterío del lugar, que había vuelto a elevarse. Pero el camarero se adelantó.

—¿Qué van a tomar?

Lobo me miró, elevando ligero la cabeza y las cejas, invitándome a pedir primero.

—Una cerveza, por favor.

—Dos —gritó Lobo inmediatamente después, reforzando su petición elevando dos dedos de su mano.

El bigote canoso del camarero se movió nervioso debajo de su nariz antes de desplazarse hacia el grifo de cerveza. Un momento después, dos jarras heladas chorreaban frente a nosotros.

Lobo agarró la suya y se colocó de espaldas a la barra, apoyando su brazo hacia atrás y dejando caer su peso sobre ella. Le imité, esperando encontrar aquello que ahora Lobo buscaba en el infinito. Al girarme, tuve que pegarme algo más a él, rozándole con mi hombro, para evitar el brazo del sexagenario que acababa de aparecer en ese lado de la barra.

Sumergiendo mis labios en la espuma de la cerveza, rastreé el espacio, pero no me costó averiguar hacia dónde se había hundido la vista de Lobo. En una de las esquinas, un grupo de tres hombres y una mujer intercambiaban palabras, los unos con los otros, ligeramente inclinados formando un semicírculo, pero todos ellos con sus ojos girados hacia mí. Y hacia Lobo.

Por el rabillo del ojo, pude observar cómo Lobo levantaba su jarra en dirección a ellos. Su sonrisa de oreja a oreja me inquietó.

El sabor agrio de la cerveza pasó refrescándome la garganta, eliminando algo del calor sofocante de aquel lugar sin ventanas. Utilicé mi mano libre para bajar la cremallera de mi chaqueta, intentando buscar alguna vía más de refrigerarme. Fue entonces cuando recordé mi situación: mi uniforme estaba rasgado por varias zonas, la manga de la chaqueta pegajosa de la sangre ya coagulada de mi brazo y la camiseta de debajo pegada a mi cuerpo por culpa de la humedad de los túneles. No quise ni plantearme el estado de mi melena, totalmente suelta.

En ese momento, observé cómo dos de los hombres que formaban aquel grupito lo abandonaban, uno en dirección a la puerta; el otro, hacia nosotros.

Lobo se mantuvo relajado, de espaldas a la barra, sin embargo, yo no pude luchar contra mi instinto, posando la cerveza y estirando mi columna. Un hombre algo mayor que yo, posiblemente de la edad de Lobo, se detuvo a un par de pasos de distancia. Allí plantado, delante de nosotros, tuvo que elevar la cabeza para dirigirse a Lobo, pero también para poder mirarme a mí. Miré a mi alrededor. Sin duda, Lobo era de los más altos del local, pero también de los más fuertes, incluso de los más jóvenes. La mayoría contaban con algunas decenas de años más que Lobo o que yo.

—¿Qué te trae por aquí, Lobo?

A pesar de sus mejillas rechonchas y rosadas, el resto del cuerpo de aquel hombre dejaba intuir bastante musculatura. En cuanto pronunció esas palabras, me di cuenta de que eran sus enormes dientes los que propiciaban esa estructura redonda en su cara.

—Mario siempre tiene la mejor cerveza. —Lobo levantó su jarra, mostrándosela, y le dio un trago.

El hombre me regaló una mirada de medio lado y volvió a centrarse en Lobo.

—No es buena idea que aparezcas por aquí.

No era una amenaza, era un consejo. Sus manos se entrelazaban y soltaban delante de su cuerpo hiperactivamente. Lobo le devolvió una sonrisa inocente.

—No sé por qué lo dices, Castor.

Castor chascó la lengua, como señal de que se agotaba su paciencia, pero podría haber jurado que algo de preocupación resonó con ella.

—Él no va a tardar en venir, y si te ve aquí…

—¿Acaso es su bar? —Lobo dio otro trago de cerveza, despreocupado.

—Bueno… Eh… —Castor comenzó a balbucear y sus manos se movieron más rápidas. Dirigió una mirada nerviosa por encima de su hombro hacia el grupo donde ahora solo quedaban una chica y un chico—. Me alegro de haberte visto.

Castor se dio la media vuelta y volvió hacia el grupo, pero por el resoplido ahogado de Lobo, supe que sus últimas palabras habían sido sinceras.

Lobo se mantenía impertérrito en la misma posición, ahora con su mirada fija en la puerta. Me giré para acosarle con mi mirada, a pesar de su esfuerzo por ignorarme.

—¿Qué?

—¿Quién era ese?

Lobo dio un trago largo a su jarra.

—Castor.

—Eso ya lo sé. Te he escuchado. —Me impacienté—. ¿De qué lo conoces?

—Era de mi pelotón en Las Fuerzas.

Lobo seguía sin mirarme, pero me escoré un poco más hacia él.

—¿Estuviste en un pelotón de Las Fuerzas?

Sus ojos rodaron hacia mí, sus labios con ellos.

—Yo *capitaneaba* un pelotón en Las Fuerzas.

Mis cejas se escaparon, elevándose, incapaz de esconder mi sorpresa. Con la ilusión de una niña, de repente me atacó una irresistible necesidad de conocer cómo Lobo había llegado a capitanear un pelotón, pero, sobre todo, de saber qué había pasado después.

Mi siguiente pregunta se arremolinaba en mis labios, cuando la puerta de madera rebotó contra la pared con un estruendo sordo, enmudeciendo todo el local. Esta vez, Lobo sí que se movió, pero sin que nadie a más de un palmo de nosotros pudiera notarlo. Dejó caer su brazo para colocar su mano sobre mi rodilla, agarrándola tranquilamente. Con su mirada fija en las dos figuras que aparecían por la puerta, me susurró:

—No te separes.

Y sus dedos apretaron mi pierna para después soltarla, un pequeño gesto que parecía indicar que pasara lo que pasara allí, él estaba conmigo.

A pesar de sus esfuerzos, no pude evitar tensar todo mi cuerpo a medida que un hombre con una potencia similar a la que exhibía Lobo por los pasillos de La Guarida hacía retumbar las tablas del suelo a su paso hacia nosotros. Cuando tan solo tres pasos nos separaban, la mirada fulminante del hombre se clavó en mí y noté cómo Lobo se tensaba.

Los ojos avellanados de aquel hombre combinaban a la perfección con su cabello castaño claro, cayendo sedoso y ondulado hasta sus hombros. Reflejos rubios oscuros bañaban tanto sus mechones ondulados como su barba poblada. Debajo de su camisa verde oliva, su torso joven y firme, hinchado con el ritmo acelerado de su respiración, antecedía a sus pasos. Sus mejillas de color claro no suavizaban la agresividad con la que brillaban sus ojos. Todo su conjunto de facciones era más propio de alguna divinidad de cólera fácil. Al igual que la belleza de Tiburón me parecía juvenil y delicada, este hombre derrochaba un atractivo adulto y luminoso.

—¿Una cerveza, León? —Lobo apuntaba con su jarra directo hacia el hombre, que tardó unos segundos en apartar su mirada de mí.

—¿Qué haces aquí?

Las palabras rebotaron agresivas por toda la taberna, aprovechándose del eco provocado por las miradas mudas de todos los presentes.

—Beber. —Y Lobo sorbió otro trago de cerveza.

—¿Y tú? —León se dirigió a mí.

Antes de que la mirada parda de León se me clavara, Lobo ya se había enderezado en su sitio y se había arrastrado un paso hacia mí, colocándose ligeramente por delante y abandonando la jarra

encima de la barra.

—Lo mismo. —Agarré mi jarra y bajé el líquido un buen tramo, elevando mis cejas hacia él, retadora.

Identifiqué al otro hombre que había aparecido con él. Era el mismo del grupito anterior, al que vi salir. Se mantenía tenso, por detrás, su mirada viraba de su amigo hacia mí, rápidamente, intentando intuir cualquier posible movimiento. Al igual que lo intentaba yo.

—¿Y venís al bar donde nos reunimos los mejorados de Las Fuerzas? Pensaba que tus ideas de mierda habían pasado a la historia, Lobo.

A pesar de apelar directamente hacia él, León no quitaba su mirada de encima de mí. Ni yo de él. Su compañero dio un paso hacia mí, hasta colocarse a mi lado. Pude notar la mirada de Lobo clavarse en él por un instante.

—Ya ves, sigo igual. ¿Y tú? ¿Sigues igual?

La entonación acusativa de la última pregunta fue suficiente para hacer a León estirar por completo su cuerpo y supervisar ahora a Lobo. Le observó de arriba abajo, terminando su ejercicio expulsando fuerte el aire por su nariz. León entornó sus ojos, con sus fosas nasales tan extendidas que sus orejas se movieron ligeramente, pero no contestó. Lobo se enderezó aún más.

El sonido de algún vaso rebotando en una mesa arrancó la tos de alguien al otro lado. Abandoné mi jarra con la de Lobo y en ese momento, me di cuenta de que incluso se había parado la música.

—Están enviando a los mejorados otra vez a Las Catatumbas.

Lobo había recuperado su jarra y daba un gran sorbo de cerveza.

—Ya lo sé. Las noticias vuelan también en Las Fuerzas. —León escogió concienzudamente sus siguientes palabras, demostrando el control que poseía. Su mirada se clavó súbita en mí—. Y la he olido en cuanto he entrado. No te creas que no sé quién es…

Interrumpió su frase para seguir con una mirada teñida de malicia y superioridad, disparada directamente hacia Lobo. Lobo inclinó su cabeza, en señal de advertencia, y León volvió a mí.

—Demonio de las Catatumbas.

Se me escapó una carcajada y noté los hombros de Lobo destensarse, pero sin perder su posición, ligeramente interpuesto entre León y yo. León volvió a estudiar cada parte de mi cuerpo, en silencio.

—Por tu pinta… —León arrugó su labio superior—. Parece que acabaras de salir de ellas. ¿Han quitado las duchas en La Guarida?

León apuntó con una mueca hacia las partes sucias y rotas de mi uniforme, pero fue el otro hombre, el que se había colocado a mi lado, el que empezó a reírse frenéticamente. Sus agudos se clavaron en mi oído, chirriando, impidiéndome detener la niebla que la mordacidad del comentario de León había despertado.

Bajé mis párpados un segundo y abrí mi nariz, dejando penetrar aquella risa sarnosa. Noté la presencia de Lobo algo más separada de mí, dejándome espacio. Cuando los volví a abrir, la última nota de la diversión de aquel hombre retumbó y mi brazo se extendió imparable hacia la pechera de su camisa. Sin moverme de mi posición y con una sola mano, arrastré su cuerpo hacia mí, separándome en el último momento para hacer rebotar su barbilla contra la barra donde se apoyaban las jarras de cerveza. Antes de que las vibraciones del metal se detuvieran, le empujé contra el suelo, deshaciéndome de él.

Un murmullo se apoderó de toda la sala.

Coloqué rápido mis pies, y elevé mis manos por encima de mi cintura, de donde la niebla no

había pasado todavía, esperando la respuesta de cualquiera de allí a mi ataque. Devolví mi mirada a León, tan solo sus cejas arqueadas habían mutado de su expresión dura y autoritaria. Él se volvió hacia Lobo.

—Los dos sois exiliados de Las Fuerzas. ¿Qué coño habéis venido a hacer aquí, Lobo?

Si hasta ahora había podido desgranar algún tono de juego y tanteo entre Lobo y León, con estas palabras había desaparecido por completo.

—Aquí no.

Lobo señaló hacia la puerta con la cabeza y León fue el primero en seguir las indicaciones. Castor y los otros dos que quedaban del grupito arrancaron su paso hacia León, animados a acompañarle hacia fuera, pero León les disuadió con un gesto vago de su mano.

Lobo me ofreció su brazo, colocándolo en posición para que mi mano lo enhebrara desde atrás y guiñó un ojo cálido. Hice lo que él esperaba y cruzamos juntos de nuevo toda la sala, envueltos por las miradas y comentarios del resto.

En la acera de enfrente nos esperaba León, con los brazos cruzados sobre su camisa. No esperó a que nos acercáramos del todo.

—¿Por qué me debe importar a mí lo que pase en La Guarida?

—Estamos preparando una huida.

—Estás de coña, ¿no, Lobo?

Lobo me miró muy serio, pero no entendí qué quería que hiciera. Pensé que lo mejor sería no decir nada. No tenía ni idea de a dónde quería llegar con esto. Ni para qué le contaba el plan a León. Ni siquiera sabía quién era León. No entendía nada de lo que estaba pasando.

—Si alguien puede salir de allí es Guindilla.

León comenzó a caminar deprisa de un lado al otro de la calle.

—¿Después de todo, Lobo?

—Necesito que les dejéis salir por el campamento.

—No. —León se detuvo y volvió a cruzarse de brazos.

—Solo tienes que dejar un coche en las naves y no intervenir para nada más. —Los puños de Lobo se cerraron a ambos lados de su cuerpo.

El semblante de León se oscureció.

—Da gracias de que no voy a reportarlo ahora mismo.

Lobo se adelantó un paso hacia él y León separó sus hombros, estirando la espalda. Me coloqué delante de Lobo, instintivamente.

—Pienso salir de aquí. Y pienso sacar a mi amiga y a los niños. Y si para ello tengo que pasar por encima de Caimán o de Hormiga, pasaré. ¿Crees que tendré algún problema con pasar por encima de ti también?

Mi labio se curvó amenazante, pero no era en mí donde León había puesto su atención.

—¿Y tú te vas con ellos? ¿O les vas a vender en el último momento, Lobo?

Me giré completamente, analizando los gestos de Lobo. El color había desaparecido de su cara y podía escuchar sus dientes rechinar. León aprovechó su silencio para continuar.

—¿No lo sabe?

Lobo cogió aire fuertemente, pero sus ojos se clavaban en León, ignorando mi presencia a unos centímetros de él. Elevé mi vista por encima de su hombro, para examinar a los cuatro hombres que acababan de abandonar la taberna y se habían detenido en aquella acera, a espaldas de Lobo.

Cuando volví mi atención a él, pude notar auténtico dolor punzando sus ojos. No pude aguantar mi mirada y volví a girarme hacia León, lo que él entendió como una invitación a seguir tirando

de la cuerda.

—No es la primera vez que la cabecita de Lobo planea una huida del complejo. ¿Verdad?

Su sonrisa disparó directamente hacia Lobo, haciéndole romper el silencio que le mantenía estático.

—¡Basta ya, León!

Lobo se adelantó un paso, desplazándome cuidadosamente con el brazo hacia un lado, limpiando su camino hacia León.

—¡No basta! Alguien tiene que avisarla, advertirla de que lo más seguro es que termine muerta, como Conejo, y de que…

El gruñido de Lobo retumbó en toda la calle, haciendo vibrar los vidrios de las ventanas de ambos lados. Los cuatro hombres habían reducido su distancia hacia nosotros. Me lancé delante de aquel gruñido.

Mis manos agarraron fuerte la cara de Lobo, los pelos cortos de su barba raspando mis dedos. La intensidad de su respiración barría los mechones de pelo de mi cara pegada a la suya. El gruñido había terminado de rebotar y la única farola de toda la calle parecía proyectarse solamente en los ojos encendidos de Lobo. Y salvajes. Impacté mi mirada tan duramente sobre ellos, que tenía la certeza de que un manotazo dirigido por la furia de aquellos ojos sería suficiente para apartarme de su camino hacia León.

Se escabulló de mi mirada. Sus ojos buscaron rápidos a León por encima de mis hombros. Insistí en mi tarea de dirigir su cara hacia mí de nuevo, apretando más fuerte mis dedos sobre su barba. Por fin conseguí que me encontrara. Suficiente.

—Deberías saber qué pasó la última vez, lo mismo te pensabas un poco tu plan de huida.

A pesar de que la voz de León sonó amable y sincera, no pude evitar la ira arder en mi interior. Abandoné la cara de Lobo y me dirigí a León.

—Ya está bien. Si no quieres ayudar, perfecto. Pero no vuelvas a decirme qué o cuándo tengo que saber algo.

El calor del fuego encontró mi mano cuando, inmediatamente después de mis palabras, Lobo la agarró y la envolvió con la suya.

—Vámonos —susurró a mi lado.

Y nuestras cabezas no descendieron mientras avanzábamos, dándoles las espaldas a León y los mejorados de la taberna.

61

En cuanto la calle principal de la aldea dejó paso al camino hacia la colina, Lobo soltó mi mano y ascendimos uno detrás del otro hasta la cima. En otra situación, con Yira a salvo y sin León cerca, no me hubiese importado que Lobo me hubiese llevado de la mano por el resto de la aldea, paseando por sus calles escondidas, disfrutando de la noche templada.

Sin embargo, aproveché el camino hacia la cima para planear de verdad mi huida. Lobo había venido hasta aquí para garantizarnos la salida por el campamento de Las Fuerzas. Podíamos llegar hasta allí por los túneles, pero con los niños… Tendríamos que hacerlo por fuera, arriesgarnos a que nos vieran. Confiaba en que Yira se supiera el camino y una vez que llegáramos al campamento, yo me encargaría de neutralizar a León si nos lo encontrábamos. Aun así…, necesitábamos un coche como los de Las Fuerzas, uno de nuestros carritos no llegaría hasta tan lejos. Cuando alcanzamos la parte alta de la colina, la cabeza me martilleaba horriblemente.

Mi cerebro intentando pobremente generar planes, el cansancio y la cerveza habían ralentizado mis pasos y Lobo debería de tener sus propios motivos para acelerar los suyos, porque un par de metros nos separaba ya en nuestro camino. Por alguna razón, esta observación me perturbó.

—¿Qué pasa?

Lobo se detuvo en seco, pero no se giró. Tampoco contestó.

—Lobo —lo llamé, sabía que me había escuchado.

Nada. Su cuerpo era de piedra y sus pies no respondían a mi voz. Aproveché su estatismo para acercarme a él. Su cabeza rodó hacia mí.

—¿Por qué no has dejado que León te contara lo que pasó? —La desolación en sus palabras era más dolorosa que la de su rostro.

—Porque tú no querías —le respondí firme y convencida, pero me encogí de hombros, restando importancia a mis palabras—. Me pediste que confiara en ti.

Lobo apartó su mirada y la devolvió al frente. Le coloqué una mano suave en el hombro.

—León tiene razón. Si supieras lo que pasó…

—Lobo —le corté autoritaria—. Me importa una mierda lo que León tenga que decir.

Sus ojos se deslizaron sobre mí un instante para luego volver al punto infinito de su atención. No quise presionarle más y me asomé al borde de la colina, llenándome del paisaje nocturno, con pequeñas luces repartidas entre algunas de las tiendas del campamento al frente, con destellos aún más tenues hacia la izquierda, justo en la aldea que acabábamos de abandonar.

—Tenía quince años cuando llegué a La Guarida.

Lobo se había colocado a mi lado y por su inspiración, intuí que él también quería absorber aquel paisaje hasta interiorizarlo por completo. Concentré mi atención en él, deseando que no se arrepintiera de continuar lo que acababa de empezar.

—Era un lugar bastante distinto a como es ahora, estaba más abarrotado y el resto de mejorados era bastante más mayor que yo. Pero tuve la enorme suerte de conocer a otro chico de mi misma edad, dos meses menor que yo. Conejo.

Por un momento dudé del origen del brillo de sus ojos, pensando que era obra de los candiles de los valles a nuestros pies.

—A las semanas nos habíamos hecho mejores amigos y su madre me crio y educó como si fuera yo también su hijo.

—¿Su madre?

—Desi. Conejo era muy pequeño cuando entró en Las Fuerzas y Desi había armado tal revuelo cuando intentaron separarle de ella, que la única manera que tuvo Hormiga de traer a Conejo fue dejando que Desi se quedara. Por aquel entonces, el Proyecto estaba empezando y no había muchos posibles mejorados identificados en el continente.

Asentí con mi cabeza para animarle a seguir.

—Los dos juntos recorrimos cada rincón del complejo. Conejo era todo un explorador, siempre encontraba rutas alternativas, se movía rápido por cualquier terreno, disfrutaba mucho con nuestras excursiones. Y yo siempre encontraba cómo hacerlas más divertidas. Cuando descubrimos que uno de los túneles nos llevaba hasta la sala de descanso de los centinelas, nos colamos una noche, taponamos todas las salidas de las duchas que tenían, abrimos los grifos y rociamos absolutamente toda la sala con el jabón de fregar los platos. Para cuando llegó el siguiente turno, la espuma les llegaba por la cintura.

La sonrisa infantil que iluminó su rostro ablandó cada músculo de mi cuerpo. Aun así, no pude pasar por alto algo que había dicho.

—¿Centinelas?

—Están por fuera del recinto. Por dentro podemos movernos casi sin que se den cuenta, pero las entradas y salidas están completamente vigiladas.

Otro obstáculo más para mi plan de huida a medio montar.

—¿Os pillaron?

—Claro que nos pillaron. —Lobo no hizo ningún esfuerzo por evitar su risa—. Conejo y yo pasamos muchas veces por Las Catatumbas.

Mi respiración se cortó imaginándome al Lobo de quince años atado allí abajo. Lobo me miró con ojos suaves.

—Solo nos retenían allí un par de horas. No nos castigaban físicamente. Lo que de verdad me aterrorizaba era la bronca de Desi después.

»El año que cumplimos dieciocho, Hip llegó a La Guarida y Conejo no fue capaz de separarse de ella desde entonces. Ese mismo año, comencé a acudir a Las Fuerzas, pero cada vez que volvía a La Guarida, Conejo había descubierto algún rincón nuevo al que darle uso y las ideas de Hip eran incluso mejores que las mías. En los siguientes años, pasamos mucho tiempo los tres juntos.

—¿Hip y Conejo no fueron a Las Fuerzas?

—Hip comenzaba a entrenar y Gorila no la veía preparada. Y Conejo… Tenía un defecto en el corazón. No era nada grave y hacía su vida completamente normal, pero Desi lo repitió una y otra vez hasta que Hormiga decidió que no fuera a Las Fuerzas. Pero a él no le importó. Estaba más que contento de poder pasar todo el tiempo con Hip. Tenías que haberles visto…

Lobo se giró hacia mí, estudiando mi reacción, apretando su mandíbula como si deseara retirar esas últimas palabras. Pero no pude evitar la sonrisa soñadora que se dibujó en mi cara.

—Me hubiese gustado ver a Hip… feliz.

—Era muy feliz. —Lobo matizó deprisa—. Los dos eran muy felices. Había algo especial en verles así. Cuando los dos estaban juntos, su olor…

Incliné mi cabeza instándole a profundizar sobre aquello que intentaba contarme.

—Dicen que cuando un mejorado encuentra su compañero de vida, la persona que te complementa, que está destinada a pasar la vida contigo, ambos aromas forman uno nuevo, especial, único.

—¿A qué olían ellos?

Lobo sonrió satisfecho de comprobar que había comprendido su interpretación.

—A canela dulce.

Me tapé la boca para callar la risa. Lobo me acompañó en mi carcajada negando con la cabeza.

—A los veinte años me destinaron permanentemente a Las Fuerzas. Y a León también. Hacía solo un año que había llegado a La Guarida, pero León se había juntado siempre con los mejorados más adultos, no habíamos tenido mucho roce. Pero cuando llegamos definitivamente a Las Fuerzas, formamos un gran tándem. Por separado superábamos a muchos de los mejorados que llevaban años allí, pero juntos… No nos paraba nadie. Pero fueron mis habilidades las que encantaron a Oso. Enseguida me acogió como su soldado favorito y me destinaba a misiones en solitario.

Una corriente de aire suave se levantó en las alturas de la colina, arrastrando con ella el brillo que la voz de Lobo comenzaba a perder en los recuerdos.

—Por aquel entonces era bastante inconsciente, hacía todo lo que me pedía Oso sin preguntar, y si la cosa se complicaba…

Sabía lo que continuaba detrás de aquella palabra. No necesitaba que me lo contara, sabía por su voz, por sus manos apretadas, por su fama en La Guarida… de lo que Lobo era capaz.

—Me hacía cargo.

Masajeé su hombro, en señal de comprensión. Yo era la persona menos indicada para juzgarle.

En el horizonte algunas luces habían desaparecido, pero las tiendas de campaña seguían recordándonos la altura a la que estábamos. Nos recordaban que estábamos solos, pero estábamos en la cumbre. Nos recordaban el camino hasta allí, la oscuridad que nos envolvía, la aldea dejándonos a un lado. Pero, a pesar de todo aquello, allí estábamos. Allí nos habíamos encontrado y allí brillábamos con la escasa claridad que nos dejaban.

Acudí al cielo, sorprendida al encontrarme de cara con una luna a medias, que luchaba por hacerse hueco entre las nubes, como la más atrevida de las estrellas.

—¿Y tu pelotón?

—Cuando hice más de cien misiones para Oso, decidió que estaba preparado para capitanear un grupo pequeño. León y Castor estaban en él. En total éramos diez y pronto nos convertimos en el pelotón más codiciado. No quiero ni pensar en la cantidad de dinero que Hormiga ganaba con nuestros servicios.

Me adelanté un paso para mirarle directamente, sin disimular mi mueca de desagrado al escuchar mencionar a Hormiga. Sus dedos restregaron su cuello, pellizcando la cadena escondida bajo su camiseta.

—Pero, aunque no podía volver a La Guarida, muchas noches León y yo nos colábamos por los túneles para ir a buscar a Hip y a Conejo y nos pasábamos las horas en la taberna de Mario.

Me había llevado a la misma taberna donde Lobo había pasado horas y horas con la gente que más le importaba allí. Donde bebía y reía con ellos. La presión petardeó en mi pecho.

—Era toda la libertad que teníamos como mejorados. Si alguno ponía sus pies fuera del campamento y no era para ir a la aldea, era detenido. Pero por aquella taberna pasaba gente de

todas partes y, por supuesto, León y yo nos apañábamos para atraer a todas las chicas que pasaban por allí.

Lobo levantó las cejas hacia mí y me golpeó suave con su codo en mi costado. Rodé mis ojos hacia atrás en respuesta.

—Por aquel entonces, Urraca ya se había establecido en La Guarida y los castigos allí se habían vuelto más serios. Hip y Conejo ya habían pasado tres veces por Las Catatumbas con algo más que simplemente estar encerrados. Cuando Conejo me lo contó una noche, en la taberna, obligado por la cerveza… León, Castor y otras tres personas más que estaban allí tuvieron que tumbarme en el suelo para impedirme ir a buscar a Caimán.

Aunque me destrozaba pensar en el sufrimiento de Lobo, sus ganas de asesinar a Caimán me reconfortaban.

—Conejo me convenció de que lo mejor era escaparnos todos de allí. Tenía el sueño de vivir con Hip en una aldea amurallada en la ladera de la montaña que él decía que existía más allá de las colinas. No pude negarle ese sueño. A la noche siguiente lo teníamos todo preparado y quedamos en la parte exterior de los túneles, en la explanada de barro antes de la colina. Pero Conejo e Hip nunca llegaron.

Lobo se cruzó de brazos, apretándolos fuerte contra sus pectorales.

—¿Dónde estaban? —Me dio tanto miedo hacer esa pregunta, que las palabras cayeron hacia el valle, casi mudas.

—En Las Catatumbas.

A pesar de la fragilidad de su voz, Lobo olvidó el horizonte para concentrarse en mí, en mi reacción. Relajé los músculos de mi cara, consciente del efecto que toda la historia de Lobo tenía sobre mí, disimulando todo lo que podía.

—Les busqué por los túneles, pero tenía claro dónde les habían llevado. Así que no me lo pensé dos veces y bajé a Las Catatumbas.

—¿Y León?

—León no estaba muy convencido desde el principio de nuestro plan. Y Oso le había prometido también un pelotón bajo sus órdenes. Tenía mucho que perder… No puedo culparle.

—¿No bajó contigo? —La indignación cruzó fuerte por mi penoso intento de disimular mis emociones.

—Guindilla, bajar a Las Catatumbas era un suicidio. Aunque León hubiese querido acompañarme, no le hubiese dejado.

El esfuerzo por tragar saliva me recordó la sequedad que se había apoderado de mi boca. Lobo separó sus brazos y los dejó colgando, sin esforzarse por elevar sus hombros.

—Fueron los gritos de Hip lo primero que escuché, antes siquiera de llegar a las celdas. Llamaba a Conejo, desgarrada. Supe que algo iba mal cuando Conejo no contestaba.

Me coloqué enfrente de él, intentando interponerme entre él y ese recuerdo invisible. Mi mano derecha rozó la suya y un dedo cálido acarició mi palma.

—Encontré a Hip en la celda más cercana al final del túnel, zarandeando los barrotes de las puertas. No había rastro de Caimán. Sabía lo que iba a encontrarme si seguía avanzando por aquel pasillo, pero no pude detenerme. Pasé por delante de Hip, que se congeló en cuanto me vio. Su mirada… Cuando llegué a la siguiente celda, Conejo estaba tirado en una de las esquinas, cubierto de golpes y moratones. Olí la sangre de debajo de su cabeza antes incluso de poder verla. Lo llamé, le grité, golpeé la cerradura hasta que estalló y me tiré a su lado.

Lobo se detuvo para retomar el ritmo de su respiración. Cómo limpió el camino hasta Las

Catatumbas, se lo guardó para él. Precisamente por eso, por un momento, me sentí obligada a pedirle que no continuara, que no era necesario que siguiera recordando aquello que tanto le estaba destrozando. Pero Lobo continuó.

—Corrí por todos los pasillos de La Guarida, hasta que encontré a Rohner en la consulta de al lado del gimnasio. Le supliqué que bajara a por Conejo. «Yo no sigo órdenes de un mejorado de tu rango» fue todo lo que me contestó. Fue Urraca el que me detuvo cuando intenté arrastrar a Rohner hasta Las Catatumbas.

—¿Urraca?

—Urraca tenía con qué negociar. Me aseguró que una llamada suya sacaría a Hip y Conejo de allí inmediatamente, pero que tenía un precio.

Me crucé de brazos al escuchar el ventajismo de Urraca. Al darme cuenta de cómo se aprovechó del momento vulnerable de Lobo. Tenía que haber acabado con él cuando tuve la ocasión.

—Urraca cumplió con su parte. En media hora, los dos estaban fuera de Las Catatumbas. Pero era demasiado tarde. Un paro cardíaco dijeron que fue el culpable.

Mi estómago se encogió.

—¿Cuál era el precio de Urraca?

—Antes de irme a Las Fuerzas, Urraca ya movía trapos sucios por toda La Guarida y se había ganado bastantes enemigos. Odiaba verle pavonearse por los pasillos, ajeno a cualquier consecuencia, así que no dudaba en destrozar sus planes cada vez que podía. Y cuando me mudé a Las Fuerzas, Conejo e Hip tomaron mi relevo. Así que Urraca vio la oportunidad perfecta para convertirme en su guardaespaldas. Lo llamó «justicia irónica».

—¿Y por qué sigues con el acuerdo después de tanto tiempo?

—Cuando descubrí que Conejo había fallecido, elevé los términos de nuestro pacto. —La voz de Lobo se había enfriado.

—Protegiste a Hip.

—Entre otras cosas.

No quise profundizar en aquello, no quería presionarle. Desvié la conversación cuando un recuerdo cercano me asaltó.

—¿Por qué León dijo que nos ibas a vender en el último momento?

—Urraca tampoco iba a desperdiciar su oportunidad de aplastarme y sabía cómo hacerlo. A cambio, hizo correr la historia de que él me encontró en los túneles y cuando me atrapó, traicioné a mis dos amigos a cambio de su perdón. Que fui yo quien le entregó la información de que Conejo e Hip iban a huir y por dónde.

Lobo se rascó disimuladamente su antebrazo, pero no pude evitar que me llamara la atención.

—Urraca te castigó. Después de todo, ¿no? Las cicatrices…

Lobo hizo un amago de esconder el brazo, pero al final lo mantuvo en su sitio.

—Mi intento de escapar no podía quedar impune. —Se encogió de hombros, recitando de memoria aquellas palabras.

Ahora sí que quería asesinar a Urraca. La niebla comenzaba a correr fuerte por mi cuerpo, subía y bajaba nerviosa, pero no moví ningún músculo.

—Después de eso, me convertí en el traidor oficial de Las Fuerzas, me echaron del cuerpo y mi pelotón pasó a León. De esto hace más de cinco años. Ahora comanda a un ejército de más de treinta mejorados. Es el tercero de Oso.

Ni una pizca de resentimiento ni de envidia gobernaba sus palabras. ¿Cómo podía estar tan

tranquilo después de que le arrebataran absolutamente todo lo que le importaba? Yo me habría vuelto loca.

—Pero esta vez saldrá bien. —Sus palabras aparecieron tan suaves que me sacaron de mi pensamiento y me condujeron hacia otro.

—Ahora entiendo que me intentaras avisar sobre Rohner.

—¿Qué? —Yo también le había sacado de sus pensamientos.

—Las notas. Después de que Rohner no ayudara a Conejo… Entiendo que no le soportes.

Lobo retrocedió un par de pasos, pero su mirada seguía fija en mí, incrédula. Su tono se elevó y se llenó de indignación.

—Hace tiempo que me di cuenta de que, si Rohner hubiese bajado cuando le busqué, no habría cambiado nada.

Entrecerré mis ojos con confusión y Lobo se frotó la cara agresivamente antes de suspirar profundamente.

—Odio a Rohner, porque cada segundo que pasas con él, no lo pasas conmigo. Odio a Rohner, porque cada vez que te acercas a mí, que pasamos más de cinco minutos juntos, tu siguiente movimiento es correr hacia él. Odio a Rohner, porque era el único que podría haberte sacado de Las Catatumbas y no lo hizo. Odio a Rohner, porque te trata como un experimento científico delante de los demás. Odio a Rohner, porque te puso un dedo encima. Odio a Rohner, porque no quisiste que interviniera contra él.

Hizo una pausa en un intento pobre por retomar el aliento.

—¡Le odio porque le quieres!

Sus últimas palabras sonaron roncas, rebotando por todo el espacio que rodeaba las colinas. Algún pájaro adormilado se revolvió en una rama lejana. Pero yo no podía apartarme de aquella visión. De Lobo desgarrado con sus propias palabras, incapaz de pararlas. Mi pecho zumbaba, cada vez más deprisa, mis mejillas ardían y el muro de protección luchaba fuerte, intentando montar ladrillo tras ladrillo lo más rápido posible, bloqueando aquellas palabras. Pero la amenaza no estaba fuera. Estaba dentro de mi pecho, encima de mi estómago, derribando los ladrillos con cada latido que mi corazón peleaba por emitir.

—Lobo…

—Tenemos que irnos.

El segundo que me dejó ver su rostro antes de comenzar a andar de nuevo fue suficiente para encontrarme con su dureza. Las piernas me temblaron al verle caminar, pero hice todo lo que pude por empujar abajo, muy abajo, cualquier indicio de respuesta que mi cuerpo intentaba revelar. En su lugar, con cada paso, comencé de nuevo a planear mi huida.

—Lobo, espera.

Lobo ignoró mi petición y aceleró su paso. Troté hasta su lado y lo agarré del brazo. Me miró completamente serio, sus ojos el reflejo del más oscuro vacío.

—Si no estamos en La Guarida cuando amanezca, las cosas se van a complicar.

—Tengo un plan. Uno bueno. Creo que puede funcionar.

Lobo inclinó su cabeza y frunció el ceño, con desconfianza.

—Tenemos que hacer una visita al campamento.

62

Muy pocas luces quedaban ya encendidas alrededor de las tiendas y tan solo el crujido de un par de hogueras nos acompañaba.

Nos deslizamos por el barro en silencio, cambiando nuestro camino dos veces cuando algunos de los mejorados de la taberna hacían sonora su llegada a las tiendas. Un rato después, nos detuvimos delante de una de ellas.

—Águila —susurré desde la entrada de la tienda.

Lo último que quería era entrar y asustarla. Eso no acabaría bien.

—Águila —repetí, mientras Lobo vigilaba tenso, girando su cabeza a ambos lados.

Con una camiseta lo suficientemente larga como para cubrirla hasta los muslos, Águila retiró bruscamente la tela de la entrada de la tienda, espada en mano.

Brinqué un paso hacia atrás, chocando con Lobo, notando su agarre para colocarme a un lado, fuera del alcance de Águila. Levanté las dos manos en señal de rendición. La oscuridad de sus ojos me asustó más que la hoja afilada que envainaba.

Águila observó con preocupación alrededor, pero redirigió el filo de su espada para seguir apuntándome.

—¿Qué haces aquí, con este?

La punta de su espada cambió hacia Lobo. Lobo ni se inmutó.

—Yira está en Las Catatumbas.

La espada volvió a virar, esta vez colocada peligrosamente en mi dirección.

—¿Y quién te crees que estaba con ella cuando la electrocutaron y se la llevaron arrastrando?

Pude ver cómo la furia de Águila se encendía en sus ojos y corría hasta su brazo, apretando fuerte la empuñadura de su arma. Me estremecí ante la imagen que se formó en mi cabeza.

—Quiero sacarla de aquí. Y a los niños. Pero necesito tu ayuda.

Bajé mis brazos a pesar de que seguía amenazada por la punta de metal. Águila sopló por su nariz y miró de reojo a la montaña de piedra impenetrable en la que se había convertido Lobo a mi lado.

—Yira está allí abajo por tu culpa.

El miedo que se había apoderado de Águila esa tarde ahora corría por sus palabras en forma de agresividad, de enfado. Conocía esa sensación. Pero no podía evitar sentirme atacada.

—Podemos estar toda la noche discutiendo sobre si yo tengo la culpa, si la tiene Urraca o este maldito sistema de mejorados de mierda que nos tiene retenidos aquí. Como tú quieras. Pero, mientras tanto, Yira está en Las Catatumbas.

Águila no iba a ser fácil de enfrentar.

—¡Y mientras Yira está en Las Catatumbas tú te paseas por ahí con el traidor de Las Fuerzas!

La espada se movía agresiva en su mano, bailando sin objetivo con la furia que Águila arremetía contra nosotros. Un hombre con escaso pelo y ojos perdidos se detuvo a unos metros de nosotros, entornando los ojos.

Las palabras desaparecieron y los tres le capturamos con la mirada, deteniendo nuestra respiración, esperando su reacción. Enseguida comenzó a bambolearse, intentando arrancar su

paso, hasta que le vimos desaparecer haciendo zigzag. Una corriente de aire levantó la humedad del suelo.

Águila entró en la tienda y yo la seguí. Me detuve un segundo en la puerta, girándome para buscar a Lobo, que me asintió con la cabeza. Fue su señal para indicarme que él vigilaría desde fuera. Creo que él también tenía la sensación de que Águila estaría más cómoda sin él dentro de la tienda.

—Águila, siento mucho que Yira esté pagando por lo que yo le he hecho a Urraca.

Águila se cruzó de brazos. La espada descansaba ahora apoyada en el pilar que sujetaba la tienda por el centro, frente a mí, mucho más larga y pesada que el ligero sable que utilizó Yira durante aquel entrenamiento conmigo en Las Fuerzas. Las luces colgantes del techo de la tienda recortaban su recta y oscura melena desde atrás. Me fijé entonces en su pequeña pero fuerte figura, cómo infundía seguridad y autoridad. Y cómo de indigna me sentía yo allí, frente a ella, pidiéndole aquel favor.

—Pero tenemos que salir de aquí. Es peligroso que sigamos en La Guarida, y más para los niños.

Noté cómo Águila rompía su duro rostro para inclinar su cabeza ligeramente. Aproveché ese ligero gesto para contarle los planes de Rohner.

Aunque después de mi relato su energía no se aflojó, parecía que al menos me había otorgado credibilidad.

—¿Y cómo piensas sacar a Yira y a los niños del complejo?

—Saldremos por aquí, por el campamento. Pero necesito que nos recojas con un coche en La Guarida.

—¿Y qué piensas hacer después? ¿A dónde vais a ir?

Mierda, en esa parte del plan no había pensado…

—Una vez pasada la aldea de la taberna, pararemos en la siguiente. Encontraré un sitio para descansar.

—Vaya mierda de plan. —La mirada de Águila, aunque dura, comenzaba a emanar algo de luz más allá del vacío de oscuridad inicial.

—¿Tienes alguno mejor? —Me crucé de brazos.

Águila se acercó al escritorio y rebuscó algo en los cajones. Cuando lo encontró, se acercó hacia mí y me agarró de la muñeca, girando mi mano hasta ponerla boca arriba y extender en la palma un pequeño pinganillo.

—Está conectado a mi radio. Espera a que saquen a Yira de Las Catatumbas y, entonces, avísame por aquí.

Cerré mi puño y tiré de mi brazo para deshacerme de su agarre y guardar el utensilio en mi bolsillo. Pero los dedos de Águila se apretaron en mi muñeca. La piel debajo de ellos se empalideció.

—Iré a buscaros con un coche y saldremos por el campamento. Pero —su cara se acercó duramente contra la mía. Sus dedos apretaron de nuevo— las órdenes las doy yo. La que decide qué hacer en función de cómo sucedan las cosas soy yo. Y no quiero ni una sola oposición.

Le devolví la mirada firme, segura y asentí en silencio. Si esas eran las condiciones para salir de allí, así sería.

Águila me soltó y me giré hacia la puerta. La sombra de la figura de Lobo se dibujaba al otro lado de la tela.

—Una última cosa. —Me giré y Águila volvía a tener la espada en sus manos—. Si le pasa

algo a Yira, por tu culpa o la del traidor, habrá consecuencias. —Y su dedo acarició la hoja de metal.

Volví a asentir, esta vez con más convencimiento.

Una vez fuera, sonreí al dejarme llevar por la tranquilidad que me daba saber que Yira tuviera a Águila en su vida, alguien capaz de protegerla de aquella manera. Y sonreí cuando me encontré con Lobo, contenta de saber que estaba más cerca de huir de allí.

63

Atravesamos juntos los túneles de vuelta. La alegría me había invadido después de mi visita a Águila y creo que, de alguna manera, Lobo se había contagiado con ella también. Durante el camino, me compartió alguna anécdota más de sus escapadas con Conejo, con Hip e incluso con León. Era delicioso verle sonreír de aquella manera.

La sensación de asfixia que me había apretado desde que me desperté en el apartamento de Rohner, se había relajado. Tenía un plan. Y en mi plan podía contar con Águila, que, aunque me había ganado su desprecio, tenía la total convicción de que haría cualquier cosa por proteger a Yira. Y eso implicaba sacarla de allí.

De cierta manera, también podía contar con Lobo, ahora lo tenía claro. Me sorprendí a mí misma observándole con satisfacción. Repasando los músculos duros de su cara, iluminados con su mirada afilada, pero brillante. Era como ver el reflejo de la luna cortando la superficie opaca de un profundo lago en medio de la noche. Era a la vez bello y peligroso. Una presión cálida subió a mis mejillas.

Sacudí mi cabeza para concentrarme en el camino, habíamos llegado a la salida. Lobo pasó primero, dejando escapar un gruñido al empujar hacia afuera las puertas de la trampilla. Me hizo un gesto con la mano para que esperase detrás de él y asomó la cabeza unos segundos. Imaginé que su nariz no capturó ningún olor cuando gesticuló en el aire, ofreciéndome salir.

El sol había comenzado a despertar, aclarando el azul índigo del cielo que habíamos dejado atrás, en las colinas. Llegábamos a tiempo para aparecer por el comedor a la hora del desayuno, sin embargo, a estas horas, durante las semanas anteriores yo estaba en los laboratorios. Con Rohner. Me detuve en seco frente a las naves.

—Yo no quiero a Rohner.

Las palabras liberaron mi cuerpo, aligerándolo. No sabía por qué, pero necesitaba decirlo, escucharlo en voz alta. Lo necesitaba mucho antes del discurso de Lobo en la colina. Mucho antes incluso que esa tarde, cuando Rohner me dijo que me quería en un patético intento por desmontarme.

Fijé mi vista en los pies de Lobo, apuntando hacia mí. Su dedo levantó mi barbilla, despacio, como si mis palabras no hubiesen sido suficiente. Como si necesitara profundizar en mi rostro. Obedecí a su necesidad implícita y lo miré directa a los ojos.

—Tampoco te odio.

Esa realidad también era una que había estado preparada en mis labios, en el tejado, hacía mucho tiempo. No le odiaba. Después de este tiempo estaba convencida. Porque el odio era un sentimiento que yo reconocía. Que yo había sentido y sentía con mucha potencia. No, no era odio lo que sentía por Lobo.

Lobo soltó mi barbilla y dejó caer su brazo, rendido. Sin embargo, sus ojos parpadearon y un brillo extraño apareció en ellos.

—Menos mal que te vas del complejo. No me gustaría que el resto de mejorados se enteraran de que no me odias. Destrozaría mi reputación. —Me dedicó una sonrisa de medio lado que no llegó a sus ojos y retomó la marcha.

Pero esas palabras, la sonrisa, la mirada… Cayeron encima de mí como una tormenta eléctrica, agitando todo mi cuerpo. ¿Cómo no me había dado cuenta? Lobo había puesto todo de su parte por ayudarme a salir de allí, a escapar. Sin embargo, le enfermaba la idea de que me fuera. Había estado ahí toda la noche, su voz afilada, sus ojos cansados, el zumbido de su voz en mis oídos que no cesaba… Lobo no quería que me fuera.

No.

Lobo no quería dejarme.

Con mi corazón galopando a mil por hora, haciendo un esfuerzo por no racionalizar todo aquello, por no buscarle el sentido que no tenía, por dejarme solamente llevar por mi sangre cabalgante, agarré a Lobo, mi respiración ahogada.

Lobo se giró sorprendido, su nariz extendida mientras me observó de un *flashazo* de arriba abajo.

—No me voy a ir sin ti, Lobo.

Su mano agarró mis dedos que le sujetaban.

—Guindilla, lo que dije antes…

Coloqué mi mano libre en su pecho, cortando sus palabras. No quería que dijera nada más. No quería tener que pensar en nada más. Mis ojos se desviaron incontrolables hacia sus labios.

Lobo se tensó por completo y apretó mi mano. Nuestras miradas se encontraron, con los ojos completamente abiertos, en alerta. Algo no iba bien. La voz de Lobo se adelantó al aporreo de decenas de botas saliendo de las naves.

—Corre.

Lobo me soltó y me empujó hacia un lado, sus brazos extendidos hacia las naves. Volteó su cabeza sobre su hombro para volver a ordenarme:

—¡Corre!

Pero no le obedecí. Me coloqué a su lado, negando con la cabeza. Varios grupos de soldados habían aparecido por las puertas de cada una de las naves. Todos con sus trajes negros y botas altas, con las palmeras blancas identificándoles. No eran de Las Fuerzas, eran los hombres de Hormiga.

Lobo me cuestionó con la mirada y le sonreí maléfica en respuesta. No pensaba ponerles las cosas fáciles. Los ojos de Lobo se clavaron en mí, divertidos.

—Reina del Infierno… —Devolvió su mirada a la horda de guardias que aparecía—. Hagamos que ardan en él.

Lobo respiró fuerte por la nariz antes de que el primer grupo de hombres se adelantara.

Pude disfrutar de cómo Lobo hacía volar por los aires a uno de ellos, antes de tener que ocuparme del primer guardia que se me acercó. Se detuvo a un paso de mí para, con un gesto seco de su brazo, estirar una porra metálica, en advertencia de lo que venía después. Doblé mis rodillas hasta que mi mano tocó mi tobillo, la mirada fija en el uniforme negro. Con el mismo gesto seco, desenvainé el cuchillo. Una mueca retadora se dibujó en mi cara.

Dos guardias le flanquearon y los tres se me echaron encima. Mi cuchillo voló por el brazo de uno de ellos, tan solo rasgándole el uniforme. Con esa hoja a medio afilar y sin capacidad de maniobrar libremente, era todo lo que podía hacer. Pero la sorpresa le hizo retirar su agarre sobre mí.

Mi siguiente golpe fue a parar a la nariz del que me había agarrado de frente, para, con la misma fuerza, cabecear hacia atrás, también en la nariz del que había aparecido para agarrarme por la espalda.

Sin darme un respiro, otros dos soldados habían extendido sus porras. El chasquido del metal extendiéndose retumbó en mi tímpano. Uno de ellos acertó en mi costado, doblándome en el suelo. Un sonido familiar me cortó la respiración, incapaz de volver cuando, de rodillas en el suelo, fui testigo de cómo Lobo caía a plomo, su cuerpo convulsionando con los voltios.

La niebla me cegó completamente, de pies a cabeza, dándome una única orden, concisa y exigente: *salta*.

No sé con qué fuerza me elevé del suelo, pero fue suficiente para hacer volar al guardia que se me había echado encima aprovechando el golpe. Antes de poder escuchar el asfalto arder debajo del cuerpo de este, rodando por el suelo, yo ya había aterrizado encima del guardia que arrastraba a Lobo. Su espalda crujió en el pavimento.

Un puñetazo impactó en su cara, haciéndole cerrar los ojos. Y después otro y otro… La sangre se había pegado a mis nudillos. Noté un golpe en la espalda, de nuevo el sonido eléctrico y mi cuerpo rodó por el asfalto, cayendo al lado de Lobo, quien ahora era arrastrado por otro guardia. Con algo de dificultad, me coloqué a cuatro patas, ayudándome con mis manos a levantarme del todo. La niebla me obligó a coger carrerilla. Otro hombre al suelo.

Perdí la cuenta del número de pistolas que me inyectaron voltios en mi cuerpo hasta que mi mente se rindió. Hasta que incluso la niebla se detuvo y el asfalto quemó mi mejilla.

64

Humedad. La humedad empapaba mi espalda, mientras mi cabeza se hundía en una superficie blanda y mojada.

—¡Despierta!

Noté mis huesos revolverse debajo de mis músculos. Ráfagas de dolor punzante recorrían mi columna.

—¡Vamos!

Hice un esfuerzo por levantar mis párpados, pero fue en vano.

—Guindilla, ¡venga!

Esa voz… Volví a forzar mis párpados, sorprendida con la imagen borrosa que me ofrecieron.

—Yira. —Mi voz sonó seca y rasposa.

Yira se agachaba a mi lado, vestida con un uniforme completamente sucio, varios cortes en la cara y un moratón en su pómulo.

Coloqué mis manos en el suelo esponjoso y mojado para levantarme, pero solo pude estirar parcialmente mi espalda. ¿Cuántas descargas me habían sacudido? ¿Cuánto tiempo había pasado inconsciente? Reflejos del momento antes de desmayarme acudieron a mi mente, pero tan rápido como vinieron, los hice desaparecer.

Yira colocó su hombro por debajo del mío para ayudarme a levantarme. Hasta que no estuve de pie, no me fijé en los árboles y arbustos que nos rodeaban por todos lados. Conocía ese lugar.

—Yira, ¿te han soltado? ¿Estás bien?

Mis ojos repasaron agitados todo su cuerpo, intentando hacer un inventario de cómo la habían maltratado. De cómo iba a devolver esos golpes. Pero Yira me sujetó por los hombros.

—Estoy bien. Según Caimán yo no soy tan entretenida como tú. —Su voz sonó calmada y dulce. Era increíble sabiendo de dónde acababa de salir.

Yira estaba bien. Estaba delante de mí y no me había retirado la palabra después de haber sido encerrada en mi lugar. Obligué a la culpa a esconderse fuera de la parte iluminada de mi cerebro. Ya la dejaría salir en otro momento. Di un par de pasos para comprobar que mis piernas por fin se sostenían.

—Es la misma arena donde estuve el primer día. —Mi susurro fue más para mí que para Yira.

—Me han traído directa desde Las Catatumbas. Si también han traído a los niños…

Los niños… Mono… Mi cabeza comenzó a machacarme con cada bombeo de sangre que llegaba. Pues claro que habían traído a los niños. Después de mi pelea con Rohner, sabían perfectamente que los niños eran un cebo infalible. De nuevo tuve que concentrarme para mantener a la culpa a raya. Ahora no ayudaba.

—Yira, nos vamos de aquí.

Yira entornó sus ojos, analizando el estado de mi cordura. Me agité, cambiando mi peso de un pie al otro.

—Yira, nos vamos del complejo, del proyecto. Se acabó.

—¿Qué dices, Guindilla?

—Yira, las cosas se han complicado. Mono no está a salvo aquí. —Giré mi cabeza intentando captar el sonido de alguien cercano, comprobando que estábamos solas en ese claro—. Vamos a buscarles y nos vamos.

Comencé a caminar, sin saber hacia dónde. Había prometido que cuidaría de los niños. Había prometido sacarles de aquí. Tenía un plan. Por primera vez en mi vida, tenía un plan. Y algo más que un plan. Ese segundo pensamiento hizo levantar mi sistema de alarma. Pero continué caminando.

Yira me agarró del brazo.

—Guindilla, para. ¿Te has vuelto loca? —La dulzura en su tono había desaparecido.

—Yira, todo lo que he estado haciendo con Rohner… —Me agarré las manos—. Rohner ha estado intentando que funcionara en Mono también. Te juro que no lo sabía. Si lo hubiese sabido antes… Lo siento. —Agaché la mirada para evitar encontrarme con la decepción en la suya. La culpa se había desbocado dentro de mí. No la había guardado lo suficientemente bien.

Yira siguió estudiándome en silencio. Su mirada se clavaba en mí, podía sentirla quemando sobre mi rostro. Escondí mis manos en los bolsillos, obligándome a concentrarme en mi plan.

—Toma. —Extendí mi brazo hacia Yira.

No logré averiguar la emoción en su cara, abarrotada por la mezcla de sentimientos que la asaltaban en ese momento. Yira miró con desconfianza al pinganillo que había colocado en su mano.

—Al otro lado está Águila. Habla con ella.

Yira se llevó el pinganillo a su oreja despacio, sin retirarme la mirada, con más que sospechas de mi supuesta locura repentina. Susurró el nombre de la mejorada, dudosa. Sus ojos se humedecieron cuando mi oído, todavía no recuperado del todo después de los calambres, intuyó la voz al otro lado del pinganillo. Decidí retirarme, mis mejoras no eran excusa para captar aquella conversación.

Aproveché el tronco más cercano para comenzar a trepar. Desde arriba supervisaría el resto del recinto, como hice la última vez y podría conocer nuestra ubicación con algo más de precisión.

El claro de árboles que señalaban lo que la última vez descubrí como un lago, esta vez quedaba a mi izquierda. Si Tiburón había entrado en esa arena, estaría allí. ¿Y los demás? Era imposible ver a los niños desde esa altura, con la maleza frondosa creciendo más alta que ellos. ¿Y Lobo? Estrangulé fuerte la rama que crecía por encima de mi cabeza y que me ayudaba a mantener el equilibrio. En el mejor de los casos, Urraca le habría encontrado y ya estarían formando alianza, como la última vez. Aunque una sensación de fuego ardiente me quemó por dentro solo de pensarlo, me tranquilicé haciéndome a la idea de que de esa manera, Lobo estaría a salvo. A salvo de Urraca y a salvo de Hormiga. Después de que nos emboscaran sus soldados, no tenía ninguna duda de que nuestra aparición en la arena era idea suya. ¿Habrían metido también a Hip? La megafonía resonó por encima de mis pensamientos:

«Algunos ya sabéis cómo va este juego…».

La voz no era la de siempre. Era una voz masculina, ceremoniosa… Tragué fuerte para evitar la arcada que había empujado mi esófago hacia mi campanilla.

«… Debéis encontrar las tres gemas. Tenéis una hora».

Solté la rama para descender hasta la siguiente. Pero los altavoces volvieron a repicar:

«Y este mensaje va directamente para ti, Demonio de Las Catatumbas…».

La sangre se me heló al escuchar la voz de Hormiga llamándome así. Me apreté fuerte contra el tronco, como si me pudiera proteger de la bala que estaba a punto de impactarme.

«Si no consigues salir por la puerta con las tres gemas a tiempo, cada una de ellas dormirá el resto de sus días en tu lugar favorito: Las Catatumbas».

Descendí el tronco a tal velocidad, que ni siquiera era consciente de las ramas que tenía que apresar para no caerme. Yira ya estaba al pie del árbol, esperándome.

—Las tres gemas… —Sus ojos como platos, enrojecidos e hinchados de su conversación con Águila me instigaron.

—Tiene a los niños.

Hormiga no iba a dejarme salir de allí con ellos. Solo estaba jugando, divirtiéndose. Estaba restregándome que sabía todo lo que pasaba y que él era el que tenía el control. No le habría costado mucho averiguar mis verdaderas intenciones si ya tenía a sus hombres esperando a la salida de los túneles. Y, aun así, pensaba divertirse a nuestra costa. Era su manera, no solo de impedirme abandonar el complejo, sino de acabar con mis ganas de hacerlo de una vez por todas. Apreté mis puños hasta que mis uñas se clavaron en mi piel y la sangre dejó de bombear por mis dedos.

Yira comenzó a apartar maleza hacia ninguna dirección en específico.

—¿Has visto algo desde ahí arriba?

Perseguí a Yira, que seguía quebrando ramas.

—No, solo el lago a nuestra izquierda. Nada que me indique dónde pueden estar.

Sabía que Hormiga no iba a dejar que los encontráramos. Cualquier esfuerzo era inútil, pero no era mi intención que Yira lo supiera.

—¿Tampoco los oyes?

Agité mi cabeza en negación. Yira suspiró frustrada.

Estuvimos un buen rato pisando ramas y barro, intentando mantenernos en una dirección fija dentro de lo que los árboles nos permitían. Aun así, me costaba seguirle el ritmo a Yira. Con cada paso, tenía la sensación de que su esqueleto iba a salir de su cuerpo, avanzando más rápido incluso de lo que sus músculos la permitían.

No pude negarme a su desesperación ninguna de las cinco veces que me pidió que subiera a un árbol, a intentar encontrar alguna pista. Pero su frustración solo aumentaba cuando veía mi cara de decepción al bajar.

Yira separó sus labios, seguramente para animarme a moverme más rápido, pero me lancé deprisa hacia ella, mi mano taponando su boca. Sin soltarla, rodé mis ojos por encima de su hombro cuando algo se movió por detrás.

Afilé mi sentido hacia esa zona y el sonido del agua rozando la arena apareció, pero desde otro ángulo. Estábamos cerca del lago, pero no era eso lo que provocaba el sonido detrás de Yira. Solté su cara, consciente de que había comprendido mi actuación y arrastré a Yira detrás de mí. Los arbustos se sacudieron a unos metros.

De repente, eché de menos tener a Lobo a mi lado. No dejé que ese pensamiento profundizara mientras me concentraba en aquel sonido. Hice un gesto a Yira para que se agachara.

Un destello rubio apareció entre algunas de las ramas para luego volverse a ocultar. Pensé inmediatamente en Tiburón. Pero no era posible que, con la ventaja de la que él era consciente que tenía en el agua, estuviera a esta distancia del lago.

Eché mano a mi calcetín buscando el cuchillo, pero lo encontré vacío. Lo había perdido en algún momento de mi pelea con los guardias. Moví mi cuello levemente, pretendiendo captar cualquier otro sonido más allá del que tenía enfrente, más allá de mi corazón bombeando. Ni una

gota de aire se movía a nuestro alrededor. Solo las ramas y quien avanzara detrás de ellas eran los culpables de todo el sonido de aquella zona.

Por fin la melena rubia se hizo más cercana, y asomé mi cuerpo por fuera del arbusto.

—¡Hip! —grité aliviada.

Y no sé si por el consuelo de que no fuese Tiburón, del recuerdo de sus aventuras con Lobo o simplemente por el hecho de volver a verla, corrí a darle un abrazo. Los brazos de Hip se quedaron colgando a los lados. Noté la mirada de Yira sorprendida por detrás y me separé enseguida.

—Vaya mierda de juego y vaya mierda de sitio.

La risa de Yira expulsó algo más que el aire que había retenido en sus pulmones. Pero la tensión volvió enseguida a ella.

—Tenemos que encontrar a los niños. —Las intenciones de Yira iban más allá de informar a Hip.

Comencé a caminar de nuevo, arrastrando mi brazo por la cara para eliminar el sudor mezclado con la humedad en mi frente y deshaciéndome de la chaqueta para anudarla en mis caderas. Al no escuchar pasos a mi espalda, me di la vuelta. Hip seguía anclada en el mismo lugar donde la habíamos encontrado.

—Los tiene Hormiga. —Hip no estaba preguntando.

—Tienen que estar en algún lado de esta arena. —Le dediqué una mirada a Yira, que estudiaba el horizonte plagado de arbustos.

Fue suficiente para que Hip arrancara detrás de Yira y comenzamos de nuevo, ahora entre las tres, nuestro camino, dispuestas a recorrer cada centímetro de aquella jungla artificial.

Un rato después, volví a subirme a uno de los troncos, con las ramas bastante accesibles. No tuve que ascender demasiado para encontrar un defecto en la uniformidad de los arbustos que alfombraban la superficie. Mi corazón dio un saltito y bajé corriendo. No me detuve a explicarles nada a Yira ni a Hip. Tampoco me lo pidieron, solo me siguieron. La nueva dirección nos alejaba del escaso sonido del lago.

Cuando llegué al lugar que me había llamado la atención desde el árbol, los arbustos se abrían hacia un claro en el centro. Algo pesado debía de estar encima. Pero Yira lo vio antes que yo y se lanzó hacia el hueco.

—¡Está aquí!

Me lancé detrás de ella, las ramas arañando mi cara. Yeyé dormía con una postura extraña sobre las ramas de la maleza. A pesar de los esfuerzos de Yira, meneándola y llamándola, Yeyé no abrió los ojos. Sin embargo, su pecho suavemente ascendiendo y descendiendo nos devolvió la respiración a ambas. Yira la recogió intentando ocultar rápidamente la mueca de dolor cuando levantó el peso de la Yeyé inconsciente sobre su costado. Me giré, ofreciendo mi espalda, para que me dejara cargar a Yeyé en ella.

Yira levantó el cuerpo de nuevo, colocándose el peso muerto sobre ella, en un intento por demostrarme que estaba bien, que ella podía. Pero, a pesar de lo que me había dicho cuando nos encontramos, Caimán había hecho bien su trabajo.

—Me ha parecido ver algo. —Hip vigilaba unos metros más adelante.

Me giré rápido y le hice un gesto agresivo a Yira para que colocara a la niña sobre mi espalda. Teníamos que salir de allí. Yira finalmente accedió y desabrochó las mangas de mi chaqueta que se anudaban en mi cintura para estirarla encima de la niña, a modo de capa y volver a atar las mangas a mi pecho. Con esa fijación era mucho más sencillo cargar a la niña.

Solo habíamos avanzado un par de metros, cuando un zumbido vino a mis oídos. A pesar de la sintonía molesta y atormentada que dejaba en mi canal auditivo, era el sonido más dulce que podía sentir en ese momento. Me detuve con el cuello extendido, intentando localizar cualquier movimiento en la maleza.

—¡Vamos!

Yira tiró de mí, pero no me moví. Entonces comenzó ella también a otear el horizonte, nada sospechaba la llegada de nadie más. El zumbido se aceleró en mi cabeza y encontré la dirección de su origen.

Su cabello oscuro fue lo primero que vi billar detrás de un tronco, a tan solo unos metros de nosotras. Sus dientes iluminaron su cara un momento cuando sobrepasó el árbol y se detuvo, sus ojos clavados en mí, como si fuera un espejismo. La visión de Lobo, de pie, sano y salvo, delante de mí, me había absorbido tanto que no me había dado cuenta de lo que cargaba en sus brazos hasta que Yira levantó la voz.

—¡Rin!

El niño yacía inconsciente en los brazos de Lobo. Observé cómo Yira simulaba un primer paso, estudiando la lealtad de Lobo, averiguando si cargaba con Rin como ayuda o como amenaza. Lobo acortó otro paso hacia nosotras, despacio, como si tratara de solicitar su entrada en nuestro círculo. La distancia se rompió cuando Yira al fin corrió hacia Rin. Lobo lo mantuvo estable en sus brazos, mientras Yira le acariciaba la cara y colocaba su mano en el pecho, confirmando que respiraba.

Pero Lobo no prestó atención a nada de eso. Lobo solo me miraba a mí y a mi ridícula sonrisa sobre él, que, aunque consciente, no era capaz de ocultar. Reprimí mis ganas de correr hacia él. Antes, en las naves… Detuve mi carrete de pensamientos cuando noté la mirada de Hip clavándose a unos centímetros de mi nuca.

—¿Qué pasa? —La sonrisa seguía en mi cara, a pesar de que mi pregunta iba dirigida a Hip.

Me obligué a romper el contacto visual con Lobo para tratar de recuperar la normalidad, recordarme dónde estaba. Pero Hip no contestó, solo me devolvió un ceño fruncido y unos ojos entornados, la viva imagen de la sospecha.

Ya quedaba menos. Nos íbamos de allí. Yira estaba a salvo. Lobo estaba a salvo. Solo teníamos que recoger a Mono. Me recordé muy seriamente que tenía un plan.

—Tenemos que encontrar a Mono. —Yira se acercó a mi espalda, para comprobar de nuevo el estado de Yeyé.

«Últimos quince minutos».

Esta vez sí que era la voz femenina de siempre por la megafonía. Pero quien había decidido no darnos ni una pista del tiempo que llevábamos consumido hasta ahora, estoy segura de que había sido Hormiga.

65

—Nos queda mucha superficie por registrar…

No era mi intención minar los ánimos del resto, pero yo era la que había subido a los árboles y tenía una idea más clara de la extensión del terreno. Con toda la maleza entre medias, y cargando a los dos niños, recorrer el resto de terreno para encontrar a Mono nos iba a llevar mucho más de quince minutos.

Yira movió rápido sus ojos sobre el terreno.

—Tenemos que separarnos.

—No. —Mi negación salió más desesperada de lo que había intencionado.

—¡No hay otra manera! ¡Y aun así es probable que no le encontremos!

Me asusté al ver que Yira, a la que no había visto perder el control ni una sola vez, la que siempre sabía qué hacer y cómo hacerlo, la Yira que observaba para intervenir en el momento adecuado, me enfrentaba con la mirada completamente perdida.

—No nos vamos a separar. Otra vez no. —No dejé lugar a nada que no fuera autoritarismo en mi frase. La rabia y la impotencia hicieron despertar a la niebla.

La irritación retorció su rostro, pero su atención sobre mí se disipó en un instante, elevando su mano hacia su oreja y apretándola contra su cabeza. Lo que fuera que Águila le estuviera diciendo al otro lado del pinganillo hizo a Yira suspirar. Dejé caer mi mano floja sobre su hombro, captando de nuevo su atención. Pero no dije nada, dejé que fueran las palabras de Águila la que le envolvieran.

—¿Habéis pasado por el lago?

Las tres nos giramos hacia Lobo, su atención fija en un punto indefinido del paisaje. Su pregunta se resolvió clarividente en mi cabeza.

—Yira, ¡Mono está en el lago! —Apreté mi mano encima de su hombro, dejándome llevar por la emoción.

Me giré hacia Lobo, Hip a su lado con una mueca de incomprensión.

—La otra vez, la tercera gema estaba en el agua —le expliqué a Hip.

—Hormiga sabe que Tiburón no va a ponerle las cosas fáciles a nadie que intente robarle *su* gema. —Lobo dictó con voz grave, haciéndome vibrar con cada palabra.

El recuerdo de Urraca siendo escupido del agua por Tiburón aquella primera vez me heló la sangre. Si fue capaz de enfrentarse así al hijo de Hormiga por una gema…

Debió de ser un argumento suficientemente convincente, porque Yira comenzó a quebrar ramas a su paso sin titubear, dibujando su camino hacia la izquierda.

Tras unos minutos de traqueteo de ramas, gemidos ahogados y algún quejido ronco, pude escuchar el rubor del agua acariciar mi oído. Estoy segura de que todos notamos la humedad elevarse en nuestros cuerpos, porque nuestro paso se ralentizó. Golpeé con mis dedos en la espalda de Yira, deteniéndome por completo y obligando a Hip y Lobo a detenerse también, detrás de mí, en el rastro de ramas quebradas que iba despejando Yira entre la maleza.

Les señalé un árbol cercano y todos entendieron mi propósito. Yira se apresuró a desatar el nudo de mi chaqueta, aflojando el peso de Yeyé en mi espalda. Fue Hip la que se ofreció a cargar

con la niña, mientras yo escalaba por el árbol. En esta zona, los troncos de los árboles se curvaban en dirección al lago, como si intentaran juntar sus copas con los de la orilla contraria. Escalar se convertía en una tarea más complicada. Sus ramas también seguían ese camino, creciendo a un par de metros por encima de la maleza, escapando de ella. Mis esfuerzos por alcanzarlas hacían a mi brazo arder por la zona de la herida.

Me costó algunos minutos más de lo que pensaba, pero al menos conseguí llegar a unas ramas que me cubrían y mantenían a una distancia adecuada.

El agua se movía suavemente cerca de la orilla. Las ondas rebotaban en la arena y volvían corriendo al interior, refugiándose. Sin embargo, en el centro de la masa de agua, la calma absoluta reinaba. Fue en ese momento en el que me di cuenta de que, al ser una jungla artificial, por algún lado estaba delimitada por paredes y encima de mí había un techo, no existía la corriente natural. Nada que alterara el movimiento del agua desde fuera.

Me colgué un poco más de la rama, haciéndome hueco entre el follaje para contar con una imagen completa del lago. Y ahí en la orilla, lo vi. A esa distancia no podía diferenciar su rostro, pero no me hacía falta para saber que era el de Mono el cuerpo que reposaba en la arena de la orilla, la mitad inferior de su cuerpo sumergida en el borde del lago. El niño no se movía, solo sus rizos azabaches se bamboleaban bajo alguna onda de agua que penetraba algo más en la arena, llameando alrededor del cuerpo de Mono.

Observé unos segundos más, buscando a Tiburón, pero sabía de sobra dónde le iba a encontrar. No perdí más tiempo y bajé del árbol.

—Mono está en la orilla oeste.

Yira comenzó a tronar ramas otra vez.

—En cuanto nos acerquemos, Tiburón lo sumergirá.

Yira paró en seco. Me tomé un minuto para contarles lo que había visto, la posición de Mono, las ondas en el agua… Fue justo el minuto que necesitaba, para que las palabras en voz alta revelaran el siguiente paso. Pero fue el movimiento en los brazos de Lobo lo que nos robó la atención en ese momento. La velocidad de Lobo fue crucial para taparle la boca a Rin, que acababa de despertar y arrancaba un grito de terror al encontrarse en los brazos de Lobo.

Cuando el niño enmudeció, los brazos de Lobo resbalaron suavemente hacia abajo, dejando al niño de pie en el suelo, ante la atenta mirada de Yira a mi lado. Rin se quedó paralizado, atrapado en los ojos sombreados de Lobo, el miedo inmovilizando cada músculo de su cuerpo. Yira se colocó a su lado y le alborotó su cabello humedecido. Rin se pegó a sus piernas y nos ojeó a todos, sin entender nada. No era el momento de dar explicaciones.

Retomé el camino hacia el lago, no podíamos perder ni un segundo, les explicaría mi idea por el camino, pero los dedos de Lobo envolvieron mi cintura. Comprobé la posición de Hip y Yira que nos seguían por detrás, con Rin aferrado a sus piernas todavía. Lobo agachó su mirada hacia mí, suave.

—Si sigues recto por la orilla oeste, una vez hayas pasado el lago, verás que el barro empieza a desaparecer y la arena a aclararse. Si sigues ese camino, llegas a una puerta que da directamente a los laboratorios.

—¿Por la que salió Urraca la otra vez? —Entorné mis ojos con cautela. Lobo asintió.

—En el primer nivel de los laboratorios, al fondo del pasillo, el conducto de ventilación asciende hasta el patio.

—Estamos a punto de rescatar a Mono, salir no va a ser un problema, Lobo.

Lobo ladeó su cabeza, dejándome entender la situación por mí misma.

—No nos van a dejar salir de aquí con ellos —concluí.

—La puerta del gimnasio estará abarrotada de los hombres de Hormiga. Y apostaría que incluso él mismo te estará esperando.

Agaché la cabeza, contemplando las opciones. Miré hacia donde, detrás de la maleza, se encontraba el lago, de tal manera que podía visualizarlo en mi cabeza. Me di cuenta de que estaba frunciendo el ceño y apretando los labios cuando los dedos de Lobo se clavaron en mi brazo.

—No vas a ir a por Tiburón. —A pesar de sus palabras, su voz me arrulló.

—Cuando veas ondas en el centro, recoge a Mono y llévate al resto a los laboratorios. —Mi mirada seguía concentrada en la imagen del lago en mi cabeza.

Lobo me hizo rodar hasta colocarme enfrente de él, el agua se bamboleó hasta que desapareció de mi mente. Durante unos segundos, tan solo intercambiamos unas respiraciones ahogadas a unos centímetros el uno del otro.

—Yo voy a por Tiburón. —No me estaba retando.

Lobo, a pesar de que tenía menos porcentaje que Tiburón, era implacable en suelo firme. No tenía ninguna duda de su poder sobre Tiburón, lo había confirmado en el *ring*. Sin embargo, en el agua, el porcentaje superior de mejoras de Tiburón sería brutal sobre cualquiera. Yo era la única que superaba a Tiburón en mejoras. Yo tenía que enfrentarme a él. Me solté de su agarre para iniciar mi plan antes de que Lobo pudiera decir nada más, pero una mano firme me detuvo. Los dedos delgados y fríos de Yira se clavaron en mi hombro para detenerme. Había escuchado nuestra conversación.

—Guindilla. —La suavidad había vuelto a la voz de Yira—. No puedes meterte en el agua con Tiburón.

Recriminé con la mirada a Yira, que vigilaba con cautela a Lobo. Aun así, sabía a lo que se refería. Por mucho que me fastidiase, mi paso por Las Catatumbas había demostrado que el agua fría mataba mi instinto y mis mejoras. Que podía llegar incluso a acabar conmigo. Me giré hacia Lobo y nuestros cuerpos se encontraron, su respiración enroscándose por encima de mi cabeza. La humedad bailó con ella delante de mí cuando Lobo agachó su barbilla, templando el reducido espacio entre ambos. Sus ojos empequeñecidos y sus labios curvados fueron suficientes para hacerme entender que él también lo sabía. No sé cómo. Pero lo sabía.

—Sigue el camino de tierra. —Sus palabras acariciaron mi cuello.

Lobo me sonrió fugazmente antes de que su ausencia dejara un hueco helado delante de mí, a mi alrededor, congelándome de pies a cabeza. Un segundo después, Lobo había desaparecido por la maleza.

Corrí detrás de él, hasta que el chasquido del agua rompió cualquier ilusión por detenerle.

«Tres minutos».

Yira me adelantó y enseguida nos encontramos todos en la arena de la orilla. A tan solo unos cinco metros, el cuerpo de Mono se mantenía en la misma posición en la que le había encontrado durante mi reconocimiento por las ramas.

Alargué mi brazo firme, agarrando la parte de atrás de la chaqueta de Yira cuando pasó a mi lado a toda velocidad.

—Tenemos que esperar —le susurré.

Teníamos que esperar a que Lobo encontrara a Tiburón. A que le alejara de la orilla. A que Tiburón…

Un gemido a nuestra espalda nos indicó que Yeyé comenzaba a despertarse y corrí a bajarla de

la espalda de Hip, mientras no perdía mi atención en Yira, concentrada en el movimiento del agua. «Por favor, que no corra hacia la orilla» era todo lo que mi mente repetía.

Me forcé a esgrimir una sonrisa suave a la niña, a intentar que mantuviera la calma, a borrar cualquier otra emoción de mi cara como había visto a Yira hacer tantas veces con ellos. Era complicadísimo. Fue la compañía de Rin la que consiguió que la niña se relajara, permitiéndome volver al lado de Yira.

Las ondas acudían a la arena, abrazaban a Mono y volvían hacia la densidad del lago. Ningún sonido aparte de ese ligero movimiento acudía a mis oídos. El silencio era sepulcral. Juraría que incluso Yira, a mi lado, había dejado de respirar, de bombear sangre por sus venas.

Retorné mi mirada hacia atrás un leve segundo para comprobar el estado de Yeyé. Había agarrado la mano de Rin y los dos se escondían detrás de Hip, sus rostros virando entre el miedo y la sorpresa.

Cuando volví a fijarme en las ondas del agua, apenas llegaban ahora a los hombros del niño, se recogían rápidas. Sin embargo, no se detenían en la orilla, viajaban algo más adentro, hasta que, poco a poco, fueron ganando metros hacia el interior del lago.

No pude evitar petrificar mi vista allí, como si fuera posible identificar a Lobo debajo de la oscuridad de aquella agua. Debajo de la corriente. La saliva se me acumulaba en mi boca, incapaz de tragar. Tiré de mi camiseta unas cuantas veces, ahuecándola, intentando deshacerme de la sensación pegajosa de la humedad sobre mí.

—¡Ahora! —Yira arrancó sin mirar hacia atrás.

Corrí con ella hacia la orilla, sin antes olvidarme de dedicar un gesto con mi mano hacia atrás, hacia Hip, obligándola a esperarnos allí con los otros dos niños.

La arena se colaba por mis zapatillas con cada paso en carrera que recorría detrás de Yira y la humedad se había convertido en una pantalla que nos atacaba con cada centímetro que avanzábamos hacia el lago. Aun así, la velocidad de Yira era inalcanzable para mí. Zancada a zancada recortamos los metros hasta la orilla en apenas unos segundos.

Yira se tiró al suelo, sus pantalones sumergidos en los primeros centímetros de agua de la orilla. Sus manos se agitaban rápidas encima de Mono, buscando cualquier herida, cualquier síntoma preocupante.

Agarré de los brazos al niño, dejando un rastro en la arena hasta sacar sus piernas del agua, mi sentido mejorado del oído ya recuperado trabajaba para captar cualquier síntoma de su respiración. No me detuve hasta separarle lo suficiente de la orilla como para evitar a Tiburón. Para mi sorpresa, Yira seguía allí, en el agua, de rodillas.

Observé por encima de ella, hacia el lago. Ni rastro de Tiburón. Ni de Lobo. Gesticulé rápido hacia Hip, llamándola para que se uniera a nosotras ahora que el niño estaba a salvo y corrí hacia Yira todavía en la orilla. Me tiré a su lado, el agua congelando mis rodillas. Coloqué mis dos manos a ambos lados de su rostro, más pálidas que de costumbre en contraste con la oscura piel de Yira. Su tacto suave me sorprendió. Su mirada se encontraba más allá de mí, clavada en la arena, donde Mono era levantado en brazos por Hip.

—Yira.

Aunque intenté calmar mi tono, algo de angustia vistió mis palabras. Carraspeé para intentar eliminarlo y volví a llamarla.

—Yira, Mono está bien. Pero tenemos que irnos.

Yira me dedicó unos ojos entristecidos.

—Yira, se ha acabado. Mono está bien. Los niños están bien. Nos vamos de aquí.

Sus pupilas dilatadas dejaron ver mi propio reflejo en sus ojos avellana. Pero ella no me veía a mí.

«He llegado».

Era esperanza y victoria lo que escuché saliendo a través del pinganillo en la oreja de Yira.

«Ya estoy aquí».

Los ojos de Yira se relajaron y por fin centró su atención en mí. Me levanté del suelo, los granitos de arena cayendo desde mis rodillas. Le tendí la mano a Yira, que me agarró con fuerza hasta ponerse de pie ella también.

—Saldremos por el patio de La Guarida.

Y Yira repitió mis palabras, concretando con Águila el lugar de recogida.

Una sirena retumbó por la megafonía. Mi cabeza se elevó, buscando los altavoces, como si fuera a ser capaz de encontrarme con la persona que había detrás.

«Oh, qué pena. El juego ha llegado a su final y las gemas no han salido por la puerta».

Una carcajada dejó paso a un tono más gélido aún.

«Ya sabéis lo que eso significa».

Varios focos se iluminaron con un ruido sordo por varios lugares de la jungla. Rodé sobre mí misma para identificarlos todos. El agua salpicó en la orilla, llamándome, y me giré bruscamente hacia el lago. Solté sonoramente el aire cuando vi emerger el cuerpo de Lobo, rompiendo la uniformidad de la superficie con una fuerza animal, el agua resbalando por su torso, sus brazos, sus piernas, hasta que dejó de empujar la masa del lago con sus espinillas y posó sus pies en la arena. No había perdido ni un segundo, ni siquiera en deshacerse de la camiseta antes de entrar al agua. Sus mechones ondulados caían por la frente. Detrás de él, el cuerpo consciente, pero inmóvil, de Tiburón era arrastrado, primero por el agua, después por la arena. Lobo le sujetaba por uno de sus brazos.

Lobo me encontró en la arena y me levantó las cejas, preocupado. Asentí en confirmación. Teníamos a Mono.

La arena repicó bajo los pies de Lobo cuando se giró hacia Tiburón, amenazándole con un único dedo para que no se moviera de donde le había colocado. Tiburón obedeció.

—¿Y ahora qué? —Hip había caminado hasta mí, las manos colocadas sobre sus caderas.

—Ahora nos vamos de aquí, Hip. Nos vamos del complejo. Nos vamos de Jungle. Nos están esperando fuera.

Mi ilusión no fue correspondida.

—No.

—Hip, por favor. Tenemos que irnos ya. Es la única oportunidad…

—¡No! Solo vas a conseguir que nos maten a todos. O peor, que nos maten solo a alguno de nosotros y que los demás miremos.

La respiración se me cortó. Hip me dio la espalda y se dirigió en dirección contraria, pero Lobo la detuvo colocando su mano sobre su hombro caído, consiguiendo que se girase.

—Le prometí a Conejo que os sacaría de aquí. —Los ojos de Hip brillaron acuosos con las palabras de Lobo, con el nombre que Lobo se había atrevido a pronunciar delante de ella—. Ya no puedo cumplir mi promesa con él. Pero no me hagas romper la pequeña parte que ahora sí puedo cumplir, Hip.

Observé a Lobo curiosa, sorprendida del peso que todo este tiempo había acarreado a sus espaldas, consciente de la responsabilidad que había tomado Lobo sobre el incidente, sobre la muerte de su amigo y la desolación interminable de Hip.

Hip volvió a girarse, dándonos la espalda. Mi esperanza se esfumó por un instante, pero su rostro volvió a nosotros, sus ojos rojos por el frote de sus manos y, en silencio, con la espalda recta, caminó hacia donde Yira nos esperaba.

Sonidos de botas, ramas y hojas rozándose entre sí comenzaron a rodearnos. No tardarían en llegar al lago. Dirigí mi mirada hacia donde Tiburón nos observaba a Lobo y a mí desde el suelo. Su respiración acelerada y sus cabellos desechos.

—Por el camino de arena —le indiqué a Yira, que había conseguido despertar a Mono, y se levantó para seguir mis órdenes.

Volví hacia donde Tiburón seguía tumbado, Lobo muy cerca de mí, siguiendo atentamente mis movimientos.

—Solo te lo diré una vez.

Tiburón colocó sus manos para ayudarse a levantar su espalda del suelo, pero Lobo gruñó detrás de mí y desistió de su intento.

—Puedes venir con nosotros. —Sus ojos se dilataron de par en par—. Pero al mínimo comentario fuera de lugar, al mínimo intento de jugar en contra de cualquiera de nosotros —me agaché acariciando suavemente el contorno de su ojo derecho con mi uña— tu precioso ojo no será más que una cuenca vacía que dejaré que se infecte hasta que la piel de alrededor se te pudra.

Tiburón apretó sus labios y retiró su cabeza hacia atrás. Erguí mis músculos de nuevo, sin apartar mi mirada viciosa sobre él.

—O puedes quedarte aquí. Por lo que a mí respecta, me da igual.

—Me voy, me voy. —Su voz salió acelerada y temblorosa, pero, aun así, esperó hasta que yo me separara y Lobo asintiera, antes de levantarse.

No me digné a mirar hacia atrás para comprobar que Tiburón nos seguía por el camino de tierra, pero sus pasos marcados por el agua eran inevitables para mis oídos.

—No sabía que el Demonio de Las Catatumbas ahora también hacía obras de caridad. —Lobo no disimuló la acidez de sus palabras mientras trotaba a mi lado.

—Cuantos menos mejorados tenga Hormiga, mejor para nosotros.

66

La puerta oculta en el muro que simulaba más extensión de jungla se abrió sin ningún tipo de problema. Y como había vaticinado Lobo, el primer pasillo de los laboratorios, por donde había caminado tantas veces antes de descender hasta el nivel de Rohner, se abría a nuestro paso.

El blanco de las paredes, suelo y techo reflejaban el metal de la luz de los fluorescentes. Decenas de puertas se acomodaban a ambos lados de los pasillos, pero los ventanales que dejaban ver su interior, a diferencia del segundo nivel, aquí no existían.

Siguiendo las instrucciones de Lobo, recorrimos el pasillo a paso ligero, pero sin correr. Con un poco de suerte, los guardias de Hormiga todavía estarían buscándonos por la jungla, era mejor que no llamáramos mucho la atención.

Caminamos en fila, Yira liderando la expedición. Detrás de ella, Mono y Yeyé aligeraban su paso para no separarse de sus piernas, mientras que Hip caminaba tras ellos, con Rin a un lado.

Esa era mi visión desde atrás, escoltando a los cinco, siendo consciente de que a mi espalda me seguía Tiburón. No perdía constancia de cada uno de sus gestos, acusando mi sentido mejorado del oído en sus movimientos. Al final del todo, guardando el grupo, caminaba Lobo, la última línea en caso de que los guardias aparecieran por nuestra espalda, desde la misma puerta por la que habíamos escapado.

Antes de llegar al otro lado del pasillo, dejamos pasar la bifurcación que unía este nivel con los túneles que llegaban hasta el apartamento de Rohner. Ni siquiera quise dedicarle una mirada de reojo.

Yira maldijo un par de veces cuando se detuvo ante la reja al final del pasillo, por donde debíamos salir, pero que no se movió ante sus intentos. Estudié la reja: se elevaba a unos treinta centímetros del suelo, pero su tamaño era suficiente como para que un adulto, de estatura media, cupiera por ella sin tener que agacharse.

Dirigí mi mirada por encima del hombro, saltándome a Tiburón y centrándome en Lobo, esperando alguna solución. Sus ojos rodaron hacia la rejilla, una sonrisa de satisfacción en su cara fue suficiente para que me girara de nuevo.

Hip había adelantado a los niños y se había colocado al lado de Yira. Arrugó las mangas de su chaqueta hasta los codos y curvó sus dedos. Con la parte inferior de su mano, golpeó dos veces en un punto preciso de la esquina de la rejilla, sujetándola antes de que cayera al suelo, evitando ensordecernos con su estallido o alertar a cualquiera que pudiera haber por allí, a pesar de lo sorprendentemente vacío que se encontraba el pasillo.

Hip nos supervisó a todos con una mirada aburrida, pero sus ojos encendidos.

Noté los labios de Lobo cosquillear en mi oreja.

—No ha perdido práctica.

Le miré solamente para descubrir su rostro iluminado por una ilusión nostálgica.

No esperó ninguna respuesta por mi parte y adelantó al resto de la fila, introduciéndose él en primer lugar por el hueco de la rejilla. Empujé a Tiburón hacia delante, que tropezó distraído a saber con qué, para tomar yo el relevo de Lobo y guardar la parte trasera del grupo.

Desde mi posición, mantuve mis ojos en Yira, que se agachaba para abrochar su chaqueta sobre el cuerpo empapado de Mono. Sus ojos me encontraron livianos, la calma había vuelto a ella y con esa mirada, me la devolvió a mí también. Yira estaba allí. No estaba en Las Catatumbas, no estaba huyendo de mí, después de todo. Yira estaba allí, e íbamos a salir juntas.

El eco de sonidos metálicos resbaló por la oquedad y Lobo volvió a aparecer, saltando el escalón para entrar de nuevo al pasillo.

—Vía libre. Águila está arriba. —Sus palabras se colaron entre su respiración acelerada mientras se apartaba para dejar paso por la salida.

Yira se negó a subir hasta que todos los niños estuvieran fuera, así que fue Hip la primera en ascender por el conducto y ayudarles desde arriba. Mono, Yeyé y Rin la siguieron, mientras Yira les daba ánimos desde abajo, todos los ánimos que podía darles entre susurros.

Después, Yira subió el escalón y se giró hacia mí.

—No sabes lo que me alegra vivir todo esto contigo, Guindilla. No puedo estar más contenta de habernos encontrado.

Y unas lágrimas que no sabía de dónde salieron se deslizaron sin permiso por mis mejillas cuando Yira se lanzó a mis brazos, sus ojos enrojecidos. No hizo falta ninguna palabra más entre nosotras.

Cuando nos separamos, me limpié lo más dignamente que pude los ojos, sabiendo que detrás de mí me encontraría a Tiburón deseando comentar la jugada. Sin embargo, cuando Yira desapareció por el hueco, Tiburón no emitió absolutamente ningún sonido por sus labios. No pude evitar notar la distancia que Lobo había acortado hacia él. Aun así, no quise seguir notando su presencia cerca de mí en ese momento y le mandé ascender por el hueco.

Ya solo quedábamos Lobo y yo en el desamparado pasillo. Metros y metros se erguían a nuestra espalda, pero nadie se movía por allí. El sonido de la ropa húmeda de Lobo al acercarse a la abertura me devolvió al lugar, su camiseta pegada a su cuerpo como una segunda piel, transparente y goteando.

Lobo me esperaba apoyado en la pared, con su brazo por encima de la cabeza, justo en el borde de la salida, mientras que, con su otra mano, abierta y firme, me señalaba hacia el hueco.

—Su turno, *my lady*. —Una ridícula reverencia decoró su invitación.

Apreté los labios en una media sonrisa y avancé aceptando el papel, posando mi mano delicadamente sobre la suya, como habría hecho una señorita noble de los cuentos de princesas, agarrando la tela de mi pantalón mojado y mugriento, simulando las faldas de un vestido. Mis mejillas ardieron con vergüenza.

Cuando subí a la apertura, decidí terminar mi imitación dedicándole a Lobo una genuflexión burlona. Sin perder su posición, apoyado en el borde de la salida, Lobo inclinó su cabeza hacia atrás impulsado por una carcajada y volvió a recuperarse. Sus mechones mojados desprendieron una brisa húmeda a su alrededor con el movimiento, un aroma cítrico empujando con ella.

Allí subida, su cuerpo inclinado hacia la entrada, con su peso apoyado en el brazo sobre la pared, quedaba a un par de centímetros por debajo de mí. Sus ojos brillaban hacia mí, su rostro sereno. El Lobo relajado que concentraba toda su atención sobre mí, como si el resto del mundo a nuestro alrededor no esperara a destrozarnos, era increíblemente cautivador. Lobo era un jodido iceberg y, a estas alturas, estaba dispuesta a sumergirme para disfrutar de su profundidad.

Mis dedos viajaron solos para encontrar aquellos mechones desperdigados por su frente y los acaricié hasta colocarlos con el resto, dejando disfrutar a mis dedos con su sedosidad.

Lobo había abandonado la sonrisa por un rostro concentrado y contemplativo, sus ojos

elevados hacia mí. No hacia el movimiento de mis manos, sino hacia mi cara. Hacia mis ojos. Hacia lo más profundo de mi interior, llenándolo con algo desconocido, pero cálido y pesado.

Dejé que mis dedos rodaran por el borde de su cara, por la línea de su barba, el hueso de su mandíbula. Pero fueron mis labios los que acariciaron su boca, tierna y suave. Expectante.

Me separé despacio, muy despacio. Dejando tiempo para que mis sentidos volvieran a equilibrarse, para que mi razón volviera a tomar el control. Como si fuera posible.

En un instante, los fuertes músculos de Lobo me abrazaron por la cintura, arrastrándome hacia él desde el escalón, elevándome en el aire el tiempo suficiente para reaccionar envolviendo mis piernas sobre sus caderas. Respirar en ese instante no era una necesidad vital.

La potencia del arrastre de Lobo me pegó contra su pecho, su camiseta completamente empapada traspasando la humedad hacia la mía. Pero para nada eso evitó que separara mis labios del beso feroz de Lobo.

Sus caderas apretaron contra las mías, la increíble fricción evadiéndome por completo del ligero impacto de mi espalda contra la pared. Apreté más fuerte mis piernas contra su cintura y las manos de Lobo resbalaron por detrás de mis muslos, mis glúteos, sus dedos hundiéndose en mi piel mientras me sujetaba más fuerte contra él, colocándome en el ángulo justo en el que nuestros cuerpos encajaban perfectamente.

Mis manos llegaron ansiosas a su cuello, mis dedos deslizándose por su pelo. No me había dado cuenta hasta ese momento de las veces que había pensado en acariciar esa densidad azabache. En perder mis dedos en ella mientras Lobo se perdía en mí. No me había dado cuenta de las veces que mi cuerpo había esperado ese momento de baile entre nuestros labios y lenguas. Ese momento en el que la fuerza salvaje con la que nos agarrábamos el uno al otro era menos dolorosa que la ausencia del otro.

Sin aligerar la presión de su cuerpo contra el mío, los labios de Lobo se movieron por mi comisura, mi barbilla, mi mandíbula, debajo de mi oreja.

—Tu sabor es exactamente como me había imaginado aquella noche en el tejado.

Su aliento sobre mi piel empujó un gemido de mi boca.

—¿Cuál de todas las noches? —Mis palabras fueron expulsadas con el escaso oxígeno que mi cuerpo se permitía generar, ocupado en mandar electricidad a cada una de las zonas que rozaba Lobo.

—Todas. —Lobo marcó su respuesta con un beso en el cuello que me hizo abandonar mi cabeza contra la pared, mi cuello en total disposición para él—. Absolutamente todas.

Y su boca volvió a reclamar la mía. Su lengua se hizo con la conquista de mi oquedad, toda la fuerza y poder que Lobo emanaba en La Guarida, fundidos contra mis labios después de que su mano driblara hacia mi pelo, inclinando mi cabeza para exponerme completamente a él.

Podía notar su sangre correr por sus brazos mientras me sujetaba, podía sentir galopar la respiración por su pecho, podía escuchar sus pequeños gemidos en mi boca y su dulce soniquete zumbar en mi oído, podía olerle… Y toda esa mezcla de sentidos me hacían imposible separarme de él.

67

Mis dedos rodearon los de Lobo mientras recortaba la distancia del par de pasos que nos separaban de la salida. Nuestras manos todavía unidas cuando subí el escalón hacia el conducto. Nuestras manos todavía unidas cuando la sangre se heló en mi cuerpo. Cuando ni siquiera mi contacto con Lobo pudo prevenir el frío gélido que me embistió.

—La Bella y la Bestia. Qué original.

El sarcasmo y la maldad habían traspasado la sonrisa torcida de Rohner, impactando de lleno sobre mí. Enseguida, supe que Rohner había elegido esas palabras con tantísimo cuidado para que impactaran fuerte sobre Lobo también.

Mi mano quedó vacía y todo lo que pude sentir fue su gruñido ronco antes de que Lobo se colocara delante de mí, con su espalda obligándome a mantenerme dentro de la oscuridad del hueco de salida.

Frente a nosotros, Rohner avanzaba por el pasillo desde el acceso del segundo nivel de los túneles, cinco militares con el uniforme negro y las palmeras blancas le escoltaban. Estaban cerca, pero no lo suficiente como para no subir a tiempo por el conducto. Si conseguíamos colocar de nuevo la rejilla, incluso podríamos retenerles algo más, ganar algo de tiempo.

Agarré a Lobo del brazo y tiré de él.

—Vamos —susurré en su oído.

Pero los ojos de Lobo no se movieron de su objetivo.

—Sube —me ordenó en un tono militar.

Volví a tirar de él más fuerte esta vez. Ya estaban muy cerca. Estábamos perdiendo un tiempo valioso.

—Ninguno de los dos va a salir de aquí. —Rohner ladeó su cuello, volcando las palabras hacia mí. Acortó otro paso.

—¿Tan seguro estás, Rohner? —La voz de Lobo sonó oscura y directa.

—¿Por qué? ¿Vas a suplicarme por su vida, como hiciste con tu amigo? ¿O no te merece la pena?

Lobo adelantó un paso hacia el médico, pero el sonido de botas y uniformes detrás de Rohner me puso en alerta, alargando mi mano sobre su hombro, obligando a Lobo a detenerse.

—Suplicaría por su vida si tuviera que hacerlo. —La voz dura y cavernosa de Lobo retumbó por su pecho, hasta sus hombros, debajo de mis dedos, la fuerza de sus palabras emanando de una raíz tan profunda en su interior que podría haber sido su misma alma.

—Pero ¿sabes por qué no tengo que suplicarte por *SU* vida? —Lobo hizo una pausa, deteniéndose para recogerme con sus ojos solo un instante antes de volver a concentrarse en Rohner—. Porque su vida no te pertenece. Ni a ti. Ni a Hormiga. Ni a Jungle.

De repente, una mueca animal mostró todos los dientes Lobo y su voz se convirtió en depredadora.

—¿Y tú? ¿Vas a suplicarme por tu vida, Rohner?

Sus manos se cerraron a cada lado, su respiración aumentando cada segundo. Todo el cuerpo de Rohner se había tensado, intentando cubrirse del ataque inminente de Lobo. Y Rohner hizo lo

único que podía hacer para protegerse de la amenaza brutal que se cernía frente a él en carne y hueso: su mano viajó hacia los hombres uniformados primero y hacia Lobo después.

Con las palabras de Lobo todavía colgando alrededor de mí, adelanté otro paso, acercándome a Rohner, provocando una nueva amenaza sobre el doctor que hizo dudar a los guardias en su avance.

—Venga, Rohner, ya has perdido. Todos están fuera. Mono está fuera. Tu investigación ya ha terminado. No hay nada más que puedas hacer.

Intenté sonar todo lo comprensiva e inafectada que el zumbido de Lobo en mis oídos me permitía.

—Pero tú sigues aquí. —Rohner lanzó directo—. Podías haberte ido cuando la bestia te lo ha ordenado. Y sigues aquí. ¿Por qué?

Lobo gruñó detrás de mí, su voz ronca oscureciendo el espacio.

—Esto es entre tú y yo, Rohner, siempre lo ha sido.

Suavicé mi tono y avancé otro paso, los ojos de Rohner se entornaron frente a mí.

—No necesitas a Lobo para nada.

Lobo se movió a mi lado, consciente de la ruta de mis palabras, de mi próximo movimiento.

—Queda mucho por hacer todavía, Guindilla. Sigues sin comprender tu papel en el Proyecto. Sigues sin darte cuenta de que tu sitio está aquí, en Jungle. Juntos.

Me estremecí ante su última palabra.

—¿Quieres seguir jugando a las cobayas humanas? —Mi tono había perdido la calma que había intentado mantener—. Está bien. Me da igual, Rohner. Me da igual Jungle, me da igual el Proyecto y me das igual tú.

Mis manos se movieron agresivas frente a él, los militares detrás colocándose en posición. El calor de Lobo me envolvió en un suspiro y sus dedos encontraron los míos.

—Juguemos a las cobayas entonces. Pero tú y yo. Nadie más. Ningún mejorado más. Mono está fuera y Lobo se va. —Mis ojos ardieron hacia Rohner, mostrándole que aceptaba su chantaje sin ningún miedo, es más, ponía mis propias condiciones.

Rohner me sonrió descaradamente y se giró hacia los guardias para después fijarse en Lobo, completamente concentrado en el médico, dispuesto a saltar a su cuello en cualquier momento. No tenía ninguna duda. Su agarre me apretaba fuerte en mi mano y el calor de su cuerpo nos envolvía a los dos incontrolable.

—Muy bien. —Rohner dibujó un gesto en el aire sin apartar la vista y los cinco soldados se movilizaron detrás de él.

El talón de Lobo golpeó en el suelo haciendo retumbar el eco junto con un gruñido por todo el pasillo. Su mirada depredadora sobre los guardias les aturdió hasta la inacción. Cuando rotó su atención hacia mí, pude notar el miedo brillar en sus ojos y rugir en mis oídos.

—No. —Su voz más animal que humana.

Los guardias comenzaron a acercarse de nuevo y Lobo les miró solamente un segundo, suficiente para que ralentizaran su paso y volvió a mi rostro, sus dedos hundiéndose en mi piel.

—De ninguna manera. No puedes quedarte aquí. —Lobo acarició mi mejilla y redujo el tono de su voz—. Guindilla, no.

—Si me voy con vosotros, nunca van a dejar de buscarnos. Nunca estaréis a salvo. —Incliné mi cabeza hacia su tacto—. Asegúrate de que todos salís de aquí. Tú también. Haz lo que haga falta, Lobo.

La mano que acariciaba mi mejilla desapareció en cuanto mis últimas palabras rozaron el aire,

para encontrar su lugar en mi cintura, sumando a nuestras manos entrelazadas un nuevo punto de contacto entre nosotros, arañando unos segundos más a la incipiente separación que ninguno de nosotros asumía plenamente.

—No. Encontraremos otra manera…

—¿Sabes que oigo tu voz en mi cabeza? —le susurré, sonriéndole suave—. Solo a veces. Normalmente es solo tu voz, sin sentido. Aunque alguna vez te he escuchado pensar, con palabras.

Fui consciente de cómo se dilataban sus pupilas, su mano suavizándose encima de mí. Sin apartarme de él, levanté una mano contundente hacia los guardias, ordenándoles que se detuvieran. Tan solo unos segundos más. Necesitaba unos segundos más con él.

Sus cejas seguían elevadas cuando acerqué mi boca a su oído, deslizando en él las palabras que le había escuchado pensar en este tiempo. Las frases que, por alguna razón, y creo saber cuál, no había podido olvidar. Aquellas primeras palabras que escuché en su cabeza, en el pasillo de la lavandería.

Lobo, con el silencio preso entre sus labios apretados, me apretó contra él, dejándome sentir el vacío que nos depararía a ambos una vez que me soltara.

—Guindilla, no. —Su cabeza se movía de derecha a izquierda—. Guindilla, por favor. No. —Volvió a repetir con la misma sombra en sus palabras que en sus ojos.

Pero era su voz en mi cabeza la que acaparaba mi atención. La que se deformaba descontrolada en terribles ondas que hacían temblar todo mi ser, a pesar de no formar nada inteligible. Era el sonido del puro terror y, por alguna razón, supe identificarlo. Pero algo en ese sonido, algo en la voz de Lobo, me obligó a fruncir el ceño hacia su bolsillo.

Deslicé mis dedos en él, ante un Lobo petrificado, obcecado en no perder la fuerza de su mirada sobre mí, como si yo fuera a esfumarme en el mismo momento en el que sus ojos me perdieran por un segundo.

Una hoja de papel, mal doblada varias veces, apareció en mi mano cuando la saqué de su bolsillo.

Lobo separó sus labios, pero no dijo nada. Creo que fue un acto obligado por su cuerpo para volver a recuperar su respiración, que se había detenido cuando vio el papel.

Sin embargo, su mano ardiente envolvió la mía, haciéndome apretar el papel en mi puño, atesorarlo. Me concentré en él con una mirada curiosa, pero su rostro había reducido la emoción.

—Confío en ti, Lobo.

Simplemente, traspasé el papel hacia el interior de mi bolsillo y me separé lentamente de él, muy lentamente, dejando que el gélido aire del pasillo se introdujera entre nuestros cuerpos. Que empujara de alguna manera para separarnos. El sonido de las botas militares nos rodeó.

Caminé hacia ellos, siendo consciente del peso de Lobo detrás de mí hasta que su último dedo se deslizó agotado por mi mano. Dejé que uno de los guardias me agarrara del brazo sin ninguna resistencia. Lo había conseguido. Yira y los niños saldrían de allí. Hip saldría de allí. Lobo saldría de allí. Y yo saldría de allí en algún otro momento, más adelante, en cuanto encontrara una oportunidad. Le dediqué una mirada victoriosa a Rohner cuando el soldado me arrastró delante de él. El doctor me devolvió una mueca.

—Ponla a dormir.

Y acto seguido, una sensación desgraciadamente tan conocida invadió todo mi sistema nervioso en cuanto las pestañas eléctricas rozaron mi piel, cerca de mi cuello. Sin embargo, esta vez no me resistí. Prefería acoger la descarga, dejar a mi cuerpo rendirse a ella, dándole una

oportunidad a mi cerebro de mantenerse conectado. Si me alcanzaba una segunda descarga, no me podría mantener consciente mucho tiempo.

Mi cuerpo se zarandeó hasta caer boca arriba a los pies de Rohner, haciéndole disfrutar con el espectáculo, con tenerme a su disposición, a sus pies, literalmente. Quizá hubiese sido una buena idea una segunda descarga que me hiciera perder el conocimiento también.

Pero no, mi mente seguía todo lo lúcida posible como para ser testigo de cómo Lobo golpeaba la cabeza del guardia a mi lado contra la pared.

—¡Guindilla! —El grito fue más aterrador que su ataque.

Justo en ese momento, el sonido de pasos fuertes y el frote de la tela dura de uniformes invadió el pasillo. No podía girar mi cabeza hacia la fuente del sonido, pero no me hizo falta para saber que detrás de mí marchaban decenas de los hombres de Hormiga.

Pero para entonces, el suelo vibró tormentosamente a mi lado, necesitando mi mirada periférica para comprobar que el que había caído al suelo esta vez, era Rohner. Lobo se lanzó como un depredador encima de él, eliminando cualquier opción del doctor de levantarse. Con una mano aseguraba su presa, estrangulando las solapas de la bata de Rohner. Escuché tres golpes sordos, huesos crujiendo al ritmo de ellos, antes de que cuatro cuerpos separaran a Lobo de mi vista, sus puños ensangrentados.

Fue un tremendo esfuerzo conseguir que mis párpados obedecieran, ser capaz de parpadear, cuando Lobo, con sus dos enormes manos que momentos antes habían acariciado cálidamente mis caderas antes de separarnos, apretaban la cabeza de uno de los guardias que había intentado detener su ataque hacia Rohner, obligándole a girar su cuello en un ángulo imposible. El chasquido de las vértebras antecedió al estampido del cuerpo del hombre contra el suelo.

Los otros tres guardias apresaron a Lobo contra la pared mientras sus gritos arañaban su garganta y mi pecho a la vez.

—¡Sepárate de ella! —Un golpe seco—. ¡Ni se te ocurra tocarla! —Sus palabras comenzaban a salir roncas, ascendiendo desde una cavidad muy muy profunda, guiadas por la desesperación.

Con la misma fuerza con la que amenazó a Rohner, tumbó a los tres guardias, liberándose de nuevo.

Mis músculos se arrebataron nerviosos, empujando hacia mi pecho, hacia mi garganta, formando el grito que jamás saldría de ahí, que la parálisis taponaría horriblemente: «Lobo, ¡vete!».

Envié fuertes impulsos a mi cabeza, constantemente, ardiendo por dentro mientras consumía cualquier ápice de energía para poder chillar, para poder moverme. La impotencia me acuchillaba desde dentro, cortando y escociendo con cada músculo que intentaba mover y se negaba. Tan solo mis ojos, condenados a vislumbrar esa horrible escena, era todo lo que podía dominar.

Nuevos soldados se abalanzaron sobre Lobo antes de que alcanzara a Rohner de nuevo. Golpes, gritos, zumbidos y gruñidos abarrotaban mis oídos, incapaz de separarlos, mientras era testigo de gotas de sangre volando hacia mí, cayendo sobre mi piel, pero sin ser capaz de sentir su pegajosa calidez sobre ella.

El rostro de Lobo aparecía y desaparecía entre el tumulto, su cabello viajando descontrolado con cada golpe que recibía y entregaba, su nariz y labios de color escarlata. Hasta que su rostro no apareció más.

El silencio se hizo sonoro a mi alrededor, aplastándome con su fuerza. El tumulto de guardias se deshizo, para dejar paso a los dos hombres que cargaban con el cuerpo inmóvil de Lobo, su

cabeza completamente caída hacia el suelo, mientras sus brazos colgaban de las espaldas de cada uno de los guardias. Arrastraron a Lobo delante de mí, un reguero de cuerpos en el suelo detrás de ellos.

Mi corazón dejó de latir. La sangre dejó de regarme. Unas garras afiladas arañaban el interior de mi pecho, infligían un dolor tan intenso que ni siquiera podía sentirlo. Solo sufrirlo.

Rohner se agachó a mi lado, su boca rebosante de su propia sangre, dejando que clavara mis ojos sobre él, dejando que le amenazara con palabras que no podía pronunciar, pero que él podía leer en la oscuridad vacía de mis ojos.

—Tú también tenías un trato conmigo que no has cumplido. —Su cara ensangrentada rozaba la mía mientras que sus manos sujetaban los bordes inferiores de su bata, evitando que tocara el suelo.

Noté la voz volviendo a mi garganta, sin embargo, me sentí completamente agradecida cuando una segunda descarga me apagó por completo.

68

La luz del fluorescente impactó directamente en mis córneas cuando abrí los ojos. Tardé unos segundos en darme cuenta de que mi espalda, completamente chorreando, se pegaba al suelo. Me costó todavía otro par de minutos convencer a mis músculos para girarme y acercar las rodillas a mi pecho, abrazarlas buscando mantener una barrera contra el frío que se clavaba en mis huesos. Mi ropa chorreó en el suelo con el movimiento.

Desde esa posición, solo podía identificar un cubo a mi lado y, pegado a la pared, un tanque de agua de unos dos metros de largo. Un escalofrío me fustigó.

¿Dónde estaba? Mi cabeza me castigaba con punzadas de dolor, mientras que mis oídos eran incapaces de captar ningún sonido más allá de mis suspiros agitados y frígidos.

Una puerta se abrió a mis pies, pero fui incapaz de incorporarme para vigilar quién entraba. Los mocasines marrones brillantes de Rohner se interpusieron en mi visión del tanque, mientras podía sentir la presencia de alguien más a mi espalda, justo antes de recibir una nueva descarga.

El frío y la humedad del agua se encontraron con los impulsos eléctricos, haciendo retorcer mi cuerpo sin control sobre las baldosas blancas.

—No nos obligues a aumentar el voltaje.

Desde mi posición, la parte superior de la cara de Rohner se sombreaba con la luz que le recortaba desde arriba, aun así, podía observar perfectamente dónde había impactado el puño de Lobo.

Me sorprendí cuando mi garganta pudo moverse para tragar saliva. Probé inmediatamente con mis dedos, que me devolvieron un disimulado temblor en respuesta. Pero nada más. Eso era todo lo que mi cuerpo podía aportar.

No lo noté, pero por el rabillo del ojo detecté cómo dos sombras se movían hacia mi cuerpo, hasta que aparecieron más claramente, encima de mi brazo y de mis piernas.

Pero fue el mismo Rohner el que agarró mi otro brazo, sus rodillas flexionadas casi a la altura del suelo y comenzó a trabajar. Esa mirada que tantas veces le había visto, de fascinación e interés cuando compartíamos horas en los laboratorios, quedaba en el recuerdo. En lugar de eso, me agarraba el brazo enfurecido, sus ojos centelleando. Pero si algo me indicaba la frustración de Rohner, era su respiración agitada y descontrolada. De la misma manera que aquel día en su cocina… Y de esa misma manera todo su esfuerzo se concentraba en mantener su atención alejada de mi mirada. Ignorar mi existencia más allá del trozo de carne que él necesitaba en ese momento.

—Podías invitarme a un par de copas de vino al menos. Como en los buenos tiempos. —Si mis músculos faciales hubiesen obedecido, habría decorado mis palabras con un guiño.

Rohner agachó algo más la cabeza. Ignorando mis palabras, pero no dudé que también intentaba evitar las miradas de los dos hombres que me agarraban. Esgrimió un tirón corto, pero fuerte, sobre mi brazo para clavar la aguja sin ninguna celebración.

—Si lo que querías era pasar otro rato conmigo, no tenías que haber montado todo este espectáculo, Rohner. —Su nombre salió de mis labios dulce y venenoso—. Además, pensaba

que preferías cuando estábamos tú y yo solos en una sala para tus… experimentos. —Fracasé al intentar generar una sonrisa de medio lado.

Rohner retiró el primer tubo de sangre y ancló el segundo al final de la goma transparente.

—Si quieres salir algún día de este cuarto hacia algún lugar más cómodo, más vale que cierres la boca. Si es que sabes hacerlo.

Las palabras de Rohner desfilaron por encima de mí tan insensibles como el tacto de las manos que me agarraban. Pero estaba completamente cansada, debía de hacer más de un día desde la última vez que había comido y el frío… El frío seguía conquistándome.

Cerré los ojos antes de que Rohner desenroscara el segundo tubo de sangre. No quería ver nada más. Y a quien quería ver no estaba allí.

Lobo. ¿Estaría cerca? No sabía si seguía vivo. Joder, ni siquiera sabía si estaba vivo cuando lo arrastraron delante de mí. Tenía que estarlo…

La garra se hundió en mi pecho, profunda, muy profunda. Era un dolor tan insoportable que hasta mis músculos dormidos se quejaron en pequeños espasmos. Espasmos que alertaron a los tres hombres que había allí, lo suficiente para que Rohner cumpliera su promesa de elevar la tensión del siguiente calambre que inhabilitó mi cuerpo.

Desde la oscuridad de mi mente, fui consciente de los siguientes movimientos en aquella habitación. De mi cuerpo inmóvil siendo elevado del suelo. De mi cuerpo retorciéndose debajo del agua helada. De mis pulmones peleando con las burbujas líquidas que atrapaba mi nariz. De mis costillas rebotando contra la gelidez de las baldosas en el suelo. De la puerta cerrándose detrás de los tres hombres.

69

Un chico muy delgado, con los hombros tan caídos que la bata le resbalaba, se pegaba a la pared con los brazos en alto cuando volví a despertarme. La resaca de la descarga me impidió enfocar del todo sus rasgos faciales, pero no tuve problema en identificarle como uno de los pajaritos de Hormiga.

¿Pero qué hacía en la pared, en esa posición?

—No te muevas de ahí.

La voz más suave que había escuchado nunca se envolvía en una amenaza al otro lado de la habitación. No podía verla, pero sabía que estaba allí. En su lugar, sí que pude ver al pajarito asentir frenéticamente con la cabeza.

—Yira…

Noté un cuerpo correr hacia mí y tirarse en el suelo a mi espalda. El esfuerzo al que me sometí fue suficiente para hacer rodar mi cuerpo en el suelo hasta enfrentarla.

Su piel oscura brillaba con sudor, sus cortos tirabuzones se alborotaban por encima de ella, pero sus ojos resplandecían hasta reflejarse en la delgada hoja de la espada que todavía apuntaba hacia el otro lado de la pared. Era una mezcla perfecta entre belleza aturdidora y letal.

No sé cuánto rato había pasado desde que Rohner abandonó aquella sala, pero cuando Yira tiró de mi brazo, mi cuerpo todavía era incapaz de responder.

—Guindilla, tenemos que irnos. Rohner ya debe de saber que estoy aquí.

Agité mi cuerpo con fuerza, pero era imposible levantarme. Yira soltó una de sus manos de la empuñadura de la espada para pasar su hombro por debajo de mí, pero mi peso muerto era demasiado para ella sola. Y más con su otra mano ocupada en amenazar al pajarito. Carraspeé para comprobar el estado de mis cuerdas vocales.

—¿Qué haces aquí, Yira? ¡Deberías estar fuera!

No. Yira no podía estar aquí. El único consuelo de todo esto, de volver a estar cerca de Rohner, de empezar a asumir mi papel como mascota de laboratorio, de haber abandonado a Lobo…, era que Yira y el resto habían conseguido salir. Si Yira estaba aquí… ¡Lo había perdido todo! Un fuerte dolor golpeó mi cabeza.

Yira hizo un nuevo intento de tirar de mí, pero fue en vano. Mis músculos no respondían y mis mejoras tampoco. Sé que Yira escuchó algo en el pasillo, porque su cara se tornó con terror hacia la puerta. Liberé un par de palabrotas.

Con mis oídos mejorados podría haber adivinado incluso quién venía o cuándo iba a aparecer. Pero con este mareo, la humedad rebosando por mis órganos y el frío presionando mi cerebro, ni siquiera era capaz de mantenerme atenta a los sonidos normales.

—Águila los ha sacado a todos. Están llegando a un lugar seguro. —Los labios gruesos y cortos de Yira se apretaban uno contra otro—. Esperamos unos minutos a que subierais, pero cuando no aparecisteis… Creí que Lobo te había atrapado de alguna manera.

A pesar de mis pensamientos todavía nublados, el momento de mi beso con Lobo me sacudió, llenando mis pulmones hasta que la siguiente exhalación se atascó en mi tráquea.

Un reflejo de luz sobre la espada de Yira hizo que mis córneas quemasen con algo al otro lado de mi cuerpo. Rodé mis ojos hasta que se encontraron con el metal reflectante del maletín de Rohner. No podía olvidar ese material. Era el mismo maletín que le acompañó en su visita a Las Catatumbas.

—Yira —llamé su atención para que abandonara su mirada de la puerta—. Yira, necesito el maletín.

Las cejas de Yira se tensaron sobre mí, pero enseguida rastreó la habitación hasta que sus manos se apoderaron de él. Noté cómo separó sus dedos en una primera impresión, el humo frígido que emanaba el continente la sorprendió.

—¿Este? —Yira lo levantó en el aire.

—Sí, Yira, ábrelo.

Yo sabía perfectamente lo que había dentro. Sabía perfectamente qué era lo que necesitaba en ese momento, y estaba allí. La niebla blanca y helada se arremolinó alrededor de las manos de Yira cuando los cierres chasquearon.

—¿Qué es esto? —Los ojos de Yira se llenaron. Ella ya sabía la respuesta.

—Yira, date prisa, tienes que inyectármelo.

Yira desvió su mirada hacia el contenido vítreo azul del maletín y después de nuevo hacia mí.

—¿Esto es…?

—La hormona. Sí. —No podíamos perder más tiempo. Si Rohner llegaba y yo no podía moverme—. Yira, ¡por favor!

Pero Yira se movió afanosa con el maletín hasta donde mi cuerpo seguía helado en el suelo. Dejó caer la espada y sacó la primera de las tres jeringuillas. Después de dedicarle una breve mirada al chico que seguía paralizado contra la pared, levantó el contenido en el aire para estudiarlo a contraluz, con sus cejas arqueadas.

—¿Estás segura, Guindilla? —Antes de terminar la frase, algo se movió de nuevo por el pasillo, lo suficientemente cerca como para que nos paralizara a las dos. Cuando el sonido se deshizo, la contesté con un tono más elevado de lo que pretendía.

—Yira, ¡vamos!

Yira no dudó ni un segundo más antes de dispensar el contenido azul por la vena de mi brazo inmóvil. Enseguida, una brisa interna barrió parte del frío que me atacaba y noté cómo se movía por mis brazos, la parte central de mi torso, mis piernas. Pero ni siquiera llegaba a mis dedos o a las zonas más profundas. No era suficiente.

—Yira, las otras dos.

—N-No es procedente inocular semejante cantidad de la hormona sin la distancia temporal adecuada entre…

El gruñido que formulé desde mi garganta ardiendo detuvo el discurso tartamudo del pajarito de Hormiga. Miré a Yira a los ojos. Ella me negó con la cabeza.

—Yira, es la única manera. Por favor.

Los dedos de Yira temblaron mientras empujaba el émbolo hacia mi brazo. Cerré los ojos cuando esta vez la hormona sí que recorrió mi cuerpo como el líquido jabonoso que era, presionando en su camino, haciéndose hueco por mi sistema nervioso cercenado. Mi pecho se hinchó con una tremenda bocanada de aire, de la misma manera que un recién nacido emana su primer aliento a la vida.

Mis sentidos se activaron, aunque no con toda la potencia a la que estaba acostumbrada con la hormona, pero suficiente como para levantarme. No solo para levantarme, sino para encajar

absolutamente todas las piezas de lo que venía después, para que, en cuestión de segundos, se me presentaran delante todos y cada uno de los pasos que iba a tomar para salir de allí. Con Yira. Y con Lobo.

Yira se levantó del suelo a la vez que yo, completamente pendiente de mis gestos y mis movimientos, dispuesta a agarrarme si alguno de ellos fallaba. Pero puse la consciencia necesaria en mis rodillas como para que se mantuvieran firmes.

—Toma.

Yira me envolvió con ojos iluminados para ofrecerme dos delicados cuchillos, de empuñadura oscura y filo tan afilado que el borde exterior se difuminaba con el entorno. Hasta yo noté como mis ojos se deformaban en dos grandes circunferencias relampagueantes de emoción. Yira sonrió satisfecha.

—Águila no me dejó volver a por ti sin ir armada.

Recogí los cuchillos de su mano, equilibrando su peso dentro de mi puño, elevando uno de ellos hacia la luz, disfrutando del centelleo animado que me devolvió su hoja.

—Supongo que la próxima vez que vea a Águila, intentará matarme, ¿no?

Yira apretó de nuevo sus labios y sus ojos se arrugaron resignados.

—No le ha hecho gracia la idea de volver a por ti.

Sonreí al imaginarme a Águila intentando detener a Yira.

—Venga, vámonos. —Yira me agarró del brazo y se encaminó hacia la puerta.

Pero yo no me moví, mis ojos firmes sobre el cuerpo del ayudante fundido en las baldosas, mirándome completamente horrorizado, hasta que el terror le obligó a cerrar los ojos. A ocultarse de mí. Con ambos cuchillos en una mano, solté el brazo que me unía a Yira y me agaché al lado del maletín, sin perder de vista al pajarito. Cerré mis dedos alrededor de la última dosis, que se hundía en la espuma formada a su alrededor, dejando a la vista el hueco exacto donde la jeringuilla había permanecido.

La emanación gélida hacía que la jeringuilla se pegara a la piel de mis dedos mientras caminaba hacia la figura con la bata blanca. Las pisadas de Yira se unieron detrás de mí.

Pegué mi cuerpo a él, hasta que el espacio entre nosotros fue tan diminuto que el chico no tenía dónde esconder su mirada.

—¡Abre los ojos! —Feral. Mi voz era totalmente feral sin proponérmelo.

Los labios le temblaron, pero obedeció mi orden. Escuché a Yira cambiar la espada de mano detrás de mí. Extendí mi brazo delante de la cara del pajarito, un pequeño puntito rosáceo se marcaba por encima de una de mis venas inflamadas. Fue ese mismo punto exacto el que elegí para inyectar la tercera dosis de la hormona en mi cuerpo en menos de cinco minutos.

Mi brazo tembló cuando el líquido penetró arrasándome por dentro. Cerré mis puños en un intento por mantener mi cuerpo estable, prohibiéndome temblar con la sensación. Los globos de los ojos del pajarito sobresalían de las cuencas, terror y sorpresa en una mezcla peligrosa y desconcertante. Cuando el maremoto en mis entrañas pasó, sonreí macabramente al ayudante.

—Busca a Rohner. Cuéntale lo que has visto aquí.

El pajarito apretó los dedos en el borde de su bata, sin separarse de la fortaleza de baldosas que había creado a su espalda.

—¡Vamos!

Mi grito mostró lo suficiente mis dientes amenazantes como para hacerle salir corriendo hacia la salida.

Cuando la puerta volvió a cerrarse a nuestra espalda, Yira tiró otra vez de mi brazo, girándome

hacia ella.

—Guindilla, ¿qué haces? —Sus ojos me inspeccionaron buscando algo.

—Necesito tu ayuda para una última cosa, Yira.

Yira apretó los labios y abandonó la sala en cuanto terminé de darle las instrucciones.

Todavía en aquella habitación, estudié una vez más cada centímetro de los dos cuchillos, pasando mi dedo índice por sus grabados de palmeras blancos antes de guardarlos a cada lado de mis bolsillos. Algo rugoso se revolvió en uno de ellos.

70

Desenvolví lentamente, como si fuera lo más peligroso que guardaba en mis pantalones, el papel que había sacado del bolsillo de Lobo antes de que me detuvieran. Antes de que se lo llevaran. Inconsciente. O al menos eso era lo que me obligaba a pensar para no ceder a la oscuridad del todo. A pesar de no haber evitado el agua, los bolsillos habían protegido lo suficiente la nota como para mantener la tinta intacta.

Enseguida noté que el papel estaba escrito por ambas caras:

« Aunque la oscuridad de la noche nos abrigue, una sudadera encima del pijama no es suficiente para las noches en vela, Guindilla.

Yo no contaré que has sustraído material de Jungle, si tú olvidas que he estado aquí arriba.

Imposible olvidarme de la chica que es tan estúpida como para subir a un tejado, en plena noche, después de una tormenta, solo con una sudadera.

¿O tan estúpida como para responder a un cobarde que se oculta detrás de notas de papel?.

Es de otros cobardes de los que deberías preocuparte.

¿Quién eres? »

Respiré fuertemente inundándome con los recuerdos de cada una de las noches con Lobo en el tejado. Maldiciéndome por haber sido una idiota y no haber apreciado cada uno de esos minutos con él. Por haberme obligado a establecer una separación rocosa entre ambos. Por asfixiar cada muestra de emoción que mi cuerpo me enviaba cuando estaba cerca de él. Sin embargo, ahora, cada una de esas emociones que no dejé salir entonces, me presionaban y estrangulaban en la garganta reviviendo aquel intercambio de mensajes. Ojalá estuviera aquí.

Tragué saliva y volteé la hoja para descubrir una cara de aquel folio que no había visto hasta ahora.

« Ya sabes quién soy. Y ahora ¿qué? ¿Tengo que seguir maldiciendo cada minuto que pasas conmigo, cada minuto que tu aroma me envuelve y me pesa, cada minuto que lo único que me impide tocarte es saber que no eres mía?

Preferiría mil veces maldecir cada segundo que estás ausente, pero con la certeza absoluta de que volverás.

El tejado… era mi lugar favorito hasta que lo ocupaste tú. Guindilla, TÚ eres mi lugar favorito. Sin embargo, me veo condenado a seguir subiendo cada noche, con la misma necesidad de que aparezcas, como de no volver a verte. Porque soy incapaz de mantenerme fiel a mí mismo, de no traicionarme y olvidar cualquier rastro humano que me quede y dejar libre al animal que no permitiría que nada ni nadie le detuviera en su camino hacia ti. Al animal que cerraría sus zarpas sobre ti y nunca más te dejaría marchar mientras ronronea en tu regazo.

Pero no eres mía. No puedo tocarte. No puedo caminar a tu lado. No puedo besarte, despacio y suave primero. Fuerte y profundo después. No puedo sentirte perder el control encima de mí. O debajo. No puedo acabar con cualquiera que siquiera piense en hacerte daño.

No puedo verte despertar por la mañana.

Porque no eres mía.

Y, sin embargo, te siento más presente en mí de lo que nunca ha estado nadie en mi vida. »

Mis dedos temblaban sujetando la nota. Enseguida se sumaron mis tobillos, mis muslos, mis rodillas. Sentarme en el suelo fue mi única opción. ¿Por qué Lobo habría escrito todo eso? ¿Desde cuándo se sentía así? Muchas otras preguntas se agarraron en mi estómago, haciendo girar la sala. Sin darme cuenta, me encontré leyendo de nuevo la nota. Y luego otra vez. Y otra vez. Hasta que cada palabra se guardó en los lugares más profundos de mi mente. Hasta que la realidad cayó sobre mí en toneladas.

Yira y los niños eran familia. La familia que me acepta, me quiere y me cuida. La familia a la que proteger y conservar por encima de todo. Pero Lobo… Lobo era hogar. Sus brazos habían sido mi refugio en La Guarida mucho antes de que ni siquiera lo supiera. Mucho antes de darme cuenta de que, hasta entonces, nunca había tenido refugio.

Me levanté del suelo y apreté el papel en mi mano unos segundos antes de guardarlo de nuevo en el bolsillo.

Jungle había dañado a MI Familia. Jungle había atacado a MI Hogar.

Le habían dado al Demonio más que motivos para destruirles.

71

Los bombeos de mi corazón golpeaban en mis oídos, furiosos. Las garras negras que estrangulaban el interior de mi pecho le obligaban a bombear deprisa, jadeante. En consecuencia, podía notar la sangre hormiguear por mis brazos y mis piernas, obligándome a cerrar mis puños.

Sin embargo, un extraño estado de calma envolvía mi cuerpo de pie, firme frente a la puerta, mis piernas separadas y mis manos en los bolsillos, cada uno de ellos guardando uno de los cuchillos, además del pedacito del corazón de Lobo.

Cerré los ojos y respiré profundo, el sonido del motor de algún electrodoméstico cercano, la corriente traspasando el cable del fluorescente del techo hacia la bombilla, algunas gotas remolonas golpeando rítmicamente el suelo desde mi pelo empapado… y pasos. Eran los mismos pasos que tantas veces había escuchado allí abajo, en esos pasillos, en su apartamento… Rohner venía.

Volví a cerrar los ojos. Otros tres pares de botas detrás de él. Qué poca fe tenía en mí si pensaba que eso sería suficiente.

Apreté fuerte los puñales en mi bolsillo y abrasé la puerta con mi mirada hasta que se abrió. Los tres militares entraron primero, colocándose en fila horizontal frente a mí, formando un ridículo muro entre Rohner y mi rostro fusilador. Lobo tenía razón, Rohner era un auténtico cobarde.

—¡Al suelo, de rodillas! ¡Las manos sobre la cabeza!

Sonreí de lado al guardia más alto de los tres, el que había dado la orden. Una densa barba negra cubría su cara, combinando con sus cejas oscuras y pobladas, que se arquearon al encontrarse con mi gesto macabro.

Fue toda la atención que le presté antes de girarme hacia un Rohner, nervioso y pálido bajo el umbral de la puerta.

—¿Has encontrado ya otra que te caliente la cama, Rohner? Lamento decirte que lo nuestro no puede continuar. —La tranquilidad de mis palabras amenazaba más que mi mirada perversa clavada en él—. No es por ti, es por mí. —Y me reí histriónicamente, mofándome del significado estereotipado de mis palabras—. Bueno, ¿a quién quiero engañar? Un poco por ti también.

Noté a Rohner cerrar fuertemente una mano sobre la otra delante de él. Las volvió a separar para señalar al soldado que se le había quedado mirando después de mi intervención.

—¿A qué esperáis?

El silencio gobernó la sala mientras el soldado se giraba hacia mí. Los otros dos atentos a su próxima orden. Clavé mis ojos hirviendo sobre él.

—Ya sabéis cómo va a acabar esto. Os lo podéis ahorrar.

El hombre dudó otro par de segundos. Me daba igual su respuesta. Yo tenía un objetivo, que se interpusieran solo retrasaba mi meta. Y me cabreaba aún más.

—¿Acaso tengo que recordaros las órdenes de Hormiga? —Rohner paseó la mano por su pelo.

Los tres hombres comenzaron a acercarse hacia mí, muy despacio. Las rodillas encorvadas y los hombros rectos y tensos. Rohner se cruzó de hombros en la puerta, satisfecho.

Mientras los militares se acercaban, la niebla ya se había solidificado en un ser completamente oscuro y sólido dentro de mí. Las garras en el pecho escarbaban ahora hacia afuera, desesperadas por salir.

Sonreí fuerte por la nariz, mientras mi cabeza se movía hacia los lados, haciéndoles consciente de la fatal decisión que acababan de tomar.

Con mis pies anclados en el suelo, mi cintura se inclinó varios grados para esquivar el intento del soldado más joven de los tres, de presionar su pistola eléctrica sobre mi columna.

Con agilidad felina, terminé de esgrimir el movimiento con mi cintura volviendo de nuevo hacia el soldado, con su brazo todavía dirigiéndose hacia donde mi tronco había estado una milésima de segundo antes. Mi pelo se pegó en mi cara con el movimiento, cuando agarré el brazo estirado del soldado con mis dos manos para hacerlo crujir de un golpe seco contra mi muslo. El sonido de la pistola eléctrica repiqueteó tres veces en el suelo antes de detenerse por completo, pero no me impidió empaparme con el aullido del hombre antes de tirarse al suelo.

Me giré ciento ochenta grados en una exhalación, expulsando el aire de mis pulmones, justo a tiempo para detener el brazo de otro de los soldados hacia mí. Con mi mano izquierda apreté fuerte su muñeca. Una fuerza sobrehumana impedía que su brazo se acercara más. Podía haber bajado su brazo por completo hasta separarlo del todo de mi cuerpo, hasta que no fuera una amenaza. Sin embargo, la oscuridad se escurrió por mis labios cuando le sonreí con mis dientes, mi mano estrangulando su muñeca. Agarrar al guardia por la nuca y hacerle impactar contra mi rodilla fue mi siguiente movimiento.

No había conseguido deshacerme del todo todavía del segundo hombre, cuando me revolví furiosa hacia la fuente de ardor que había penetrado por mi espalda. El guardia de la barba oscura había acertado con su pistola eléctrica. Intenté agarrarle, pero mis movimientos con sus compañeros le habían mantenido en guardia.

Se detuvo frente a mí, sus cejas sombreando una mirada de decisión y esfuerzo. Los gemidos del guardia con el brazo roto no paraban de rebotar por la habitación. Pero centré mi atención en la puerta.

Rohner seguía allí pegado, con los brazos ahora colgando a ambos lados de su cuerpo. Vigilé de reojo al guardia que tenía delante de mí, su respiración acelerada, intentando recuperar el aliento.

Sumergí mis manos en los bolsillos, con mis ojos clavados en Rohner, deseando ver la reacción de su cara cuando empuñé los dos cuchillos. Su rostro descompuesto y drenado de color, todavía con las marcas de los golpes de Lobo, no me defraudó.

Escuché perfectamente la exhalación que se escapó de los pulmones del guardia justo antes de embestirme. Pero la oscuridad me gobernaba con excelente mecánica, permitiéndome columpiarme delante de su ataque y reponiendo mis reflejos para devolverle al suelo de un solo golpe.

El militar volvió a cargar de nuevo. Esta vez dejé que se tirara encima de mí para apartarme en el último momento hacia el suelo con impulso, deslizándome de rodillas sobre las brillantes baldosas todavía con los remanentes de agua de mis castigos.

Me escurrí la distancia suficiente como para situarme detrás del militar, cuchillos en mano, traspasando la piel de las botas y cercenando sus tendones de Aquiles. Los dos. La masa uniformada cayó de bruces contra el suelo berreando de dolor.

Pero otro fue el sonido que chascó en mi cabeza en ese momento. La puerta se había cerrado. Rohner no estaba.

El segundo soldado que me había atacado volvió a probar suerte, corriendo hacia mi espalda. Aunque seguía concentrada en la puerta, registrando en mi mente los pasos de Rohner en el pasillo, escuché sus temblorosos esfuerzos antes incluso de que estuviese completamente de pie. Hasta el último momento. En el instante que noté su presencia lo suficientemente cerca, hice mi movimiento: me enfrenté al soldado, cara a cara, la sangre roja y viscosa resbalando por su nariz y boca, sin un claro origen.

Se detuvo justo cuando la punta de mi cuchillo le marcó cerca de su nuez. Sus ojos me acusaron completamente abiertos. El pánico y la furia se habían mezclado en sus pupilas, haciendo poco por demostrar alguna cordura.

Un espasmo escapó por su brazo, acercando el arma eléctrica hacia mí. Apreté el cuchillo en su garganta, más allá de la punta, dejando la hoja arañar la piel de su cuello.

—¿Estás seguro de lo que quieres hacer? —Levanté mis cejas desafiante.

El hombre expulsó fuerte el aire por su nariz, estrujando el arma en la misma posición. No tenía tiempo para esto. Si Rohner conseguía llegar a su apartamento, sería inalcanzable. Apreté aún más el cuchillo, su piel comenzó a rasgarse y la sangre de su cara comenzó a mezclarse con el hilito de su cuello. Por fin el soldado retrocedió.

Señalé agresivamente la pistola eléctrica con mis cejas y la dejó caer al suelo. Las garras golpearon fuerte dentro de mí y el empujón con el que finalicé nuestro encuentro le tuvo deslizándose por las baldosas mojadas hasta el siguiente muro. Antes de que lo alcanzara, yo ya había abandonado esa sala.

Corrí tan rápido que era incapaz de controlar mis zancadas, tenía la sensación de que, si me hacía consciente del movimiento de mis piernas, no sería capaz de mantenerlas en carrera, como si no me pertenecieran.

En cuanto torcí el primer pasillo, dejándome llevar por el rastro de las pisadas de Rohner, visualicé los cuadros granates y negros de su camisa deformándose encima de sus omóplatos con su movimiento. Caminaba a paso rápido, pero sin correr. Estaba claro que no me había escuchado aparecer desde la esquina. Estaba claro que no me creía capaz de salir de aquella sala tan rápido.

Las garras retrocedieron un milímetro en mi pecho para dejar hueco a la satisfacción momentánea que me produjo esa información.

Apenas unos diez pasos le separaban de la cortina metálica cerrada de su apartamento, sus zapatos rechinando en las baldosas. Y apenas unos cuatro pasos me separaban de él, pero estaba tan fascinada descubriendo que Rohner era incapaz de sentirme tan cerca, de darse cuenta de la amenaza que le cernía en ese mismo pasillo, que me mantuve detrás de él, sibilina, clavando en mi mente cada espacio de su espalda, la parte trasera de sus manos que se agitaban hacia delante y hacia atrás colgando, su cuello… Me sorprendí a mí misma con la realidad de que, todas esas partes que habían despertado tanto deseo físico desde que le conocí, ahora se instauraban en mi cabeza únicamente como dianas donde hundir mis puñales.

Pero no pensaba hacerlo por la espalda. No. Además, todavía tenía algunas cosas que aclarar con él.

Conté los pasos hasta la puerta: siete, ocho, nueve… Su mano se extendió hacia la pantalla en la entrada, pero sus dedos nunca la rozaron.

Envolví mi mano sobre la parte trasera de su cuello, obligándole a chocar su frente contra el hierro de la persiana. La vibración del metal ondeando viajó durante unos momentos por el pasillo.

Rohner, aturdido, movió un codo hacia atrás, en un intento ridículo por golpearme en alguna parte baja, pero yo ya trabajaba en mi siguiente paso. Los cuadros de la camisa se arrugaron debajo de mis dedos cuando tiré de ella hasta girarle hacia mí. Su espalda contra la puerta de su apartamento volvió a arrancar el eco metálico.

Bajo la luz del pasillo, dos bolsas amoratadas se inflamaban debajo de sus ojos, destacando el ángulo extraño que había tomado su nariz. Una cicatriz le marcaba el labio inferior. Un par de golpes más de Lobo y no creo que la recuperación hubiese sido posible para Rohner.

Rohner empujó fuerte contra mi cuerpo, separando su espalda de donde le había colocado, pero mi mano sobre su garganta le volvió a pegar a la superficie. Sus manos se movieron hacia mí, elevándose por encima de mi brazo, intentando imitar mi movimiento. Por el vicio en sus ojos, apostaría lo que fuera a que no era la primera vez que había pensado en cerrarlos contra mi cuello. Y no íntimamente.

Sin soltarle, empuñé uno de los cuchillos con mi mano libre. La empuñadura impactó en el lateral de su frente lo suficientemente fuerte como para que derramara unas gotitas de sangre. Lo suficientemente fuerte como para hacerle girar su cabeza. Lo suficientemente fuerte como para que abortara su intento de alcanzar mi garganta.

Y en ese momento, cuando sus ojos me encontraron con una carga de confusión y repulsión, mis dedos se cerraron en su cuello. Su nuez esforzándose por huir debajo de la palma de mi mano. Sus latidos empujaban fuerte debajo de su mandíbula. Los podía sentir en mi mano, en mis oídos. La niebla solidificaba mis dedos alrededor de Rohner y oscurecía su rostro, iluminando exclusivamente aquellos ojos que se hinchaban por momentos y se inyectaban de la sangre que se acumulaba en su cabeza. Más, la niebla me pedía más.

Me separé como una exhalación de Rohner, asqueada de cada centímetro de mi piel que había estado en contacto con la suya. Le escuché tomar una inspiración exagerada. Acto seguido, mi cuerpo se inclinó hacia atrás, impulsándome con todas mis fuerzas hasta que mi puño hizo crujir su boca. El golpe le mandó directo al suelo.

Le observé arrastrar sus manos, empujando su cuerpo para colocar su espalda contra el muro al lado de la puerta, pero le obligué a quedarse en esa posición, sentado debajo de mí, mi cuchillo vigilando cada uno de sus movimientos.

—¿Dónde está Lobo?

Eso era lo primero que necesitaba saber.

—No lo sé.

Sus ojos habían vuelto a su tamaño normal, pero las venas palpitantes que los cruzaban brillaron con su respuesta. Y una mierda que no lo sabía.

No pude evitar dudar por un momento si sería capaz de encontrar a Lobo. O si cuando lo encontrara sería demasiado tarde. Pensé en Conejo… Creí que mi pecho se abría en canal cuando las garras volvieron a hacer su aparición justo a tiempo para devolverme a la tierra. Para recordarme que tenía una tarea y que iba a sacar el mayor partido de ella.

Esa misma fuerza de las garras en el pecho fue la que viajó hasta la cara de Rohner con mi pie. La tremenda patada, justo en su mandíbula, le hizo golpearse contra la pared y volcar hacia un lado. No sabría decir si la sangre que resbalaba por su labio era producto de la patada o del primer puñetazo. O de los dos.

Se mantuvo en esa posición durante unos segundos. Le concedí el tiempo, permitiéndole incorporarse lentamente de nuevo hasta sentarse, calculando los siguientes golpes hasta que consiguiera saber qué había sido de Lobo. Me extrañé al no sentir el placer que esperaba al verle

ahí tirado, su pelo completamente alborotado, su camisa arrugada y desigual, su cara desencajada… y ni una pizca de control. Fue una sensación más parecida a la vergüenza ajena. Y propia.

No dejé que mis pensamientos se asentaran. Rohner se estaba colocando de nuevo en el suelo, sujetándose la mandíbula, cuando me disparó una mirada exasperada.

—¡Estás loca!

Me agaché hasta que mi cara se pegó a la suya. Hasta que el aroma a menta estuvo a punto de arrancarme una arcada cuando se coló por mi nariz. Mis palabras salieron despacio y emponzoñadas, como quien destapa una verdad que siempre ha estado ahí.

—Sí, todas las mujeres lo estamos en algún punto de la vida de un hombre que no consigue lo que quiere de ellas.

Rohner se encogió en su sitio y desvió su mirada. No… Cada minuto que pasara con él en este pasillo le obligaría a mirarme a la cara, a descubrir que no tenía ninguna escapatoria más allá de mí, que no podía evitarme ni controlarme. Esta vez no.

Agarré su pelo con mi mano libre y le obligué a prestarme su completa atención con un tirón violento, mis dedos clavados en su cabellera.

—¿Sabes cuál es tu problema, Rohner? —Ladeé mi cabeza y esbocé una sonrisa, mis palabras disfrazas de consejo—. Que, desde el principio, asumiste que yo era la princesa. La princesa castigada, herida y necesitada a la que manipular con migajas de cariño. Las migajas justas que te hacían autoconvencerte de que no eras un monstruo en absoluto.

Rohner intentó desviar su mirada cuando me reí en voz alta, pero mi mano seguía agarrándole ferozmente y me encantó poder estrujar su pelo de nuevo y tirar de él.

—Pero Rohner… —Paseé mi cuchillo por el lateral de su cuello.

»A estas alturas … —El puñal acarició su hombro. Resbaló por su brazo.

»Deberías saber… —La hoja dibujó una línea descendente suave por su pecho.

»Que en este cuento… —Elevé el puñal, aligerando mi agarre del cabello de Rohner lo suficiente como para permitirle que grabara la imagen del resplandor del cuchillo en el aire.

»Yo. Soy. La Bestia.

Mis dedos comprimieron la empuñadura hasta que la hoja del cuchillo desapareció en el interior del muslo de Rohner. La sangre se extendió por ambos lados de la pierna estirada en el suelo, desembocando en las baldosas. La viva imagen del blanco virginal siendo mancillado por el óxido sangriento antes de que Rohner pudiera siquiera gritar.

Sus manos se inundaron con su propio fluido cuando intentó taponar la herida alrededor del cuchillo.

—¿Dónde está Lobo?

Rohner me ignoró inintencionalmente, su foco completo estaba en su muslo. Pero yo ya había perdido mucho tiempo. Y a este ritmo no tardaría en desangrarse o, por su aspecto, al menos desmayarse. Necesitaba una respuesta.

—¡Rohner! —Agarré el cuchillo y lo moví ligeramente dentro de él, cambiando el ángulo.

Sus manos se apretaron mucho más y sus dientes se apisonaron hasta que el crujido fue más que evidente para cualquier oído. Pero del mismo modo que la herida borboteaba la sangre de Rohner por el pasillo, sus labios comenzaron a escupir la información.

—Joder, ¡que no lo sé! Lobo es de Hormiga. Él es el que lo quería. Capturar a Lobo también fue la única condición que me puso para entregarme a sus hombres y poder atraparte a ti.

Fruncí el ceño hacia Rohner, dudando de la realidad de sus palabras, pero no creo que fuera

capaz de elaborar una mentira en ese estado. El sudor comenzaba a perlarle la frente y sus manos ya no se diferenciaban del resto de la herida, una capa de sangre cubriéndolas por completo.

—¿Y por qué coño iba a querer Hormiga a Lobo?

Que Hormiga tenía un *interés personal* hacia mí era más que evidente y merecido por mi parte. Pero ¿con Lobo? Me agaché de nuevo hacia el cuchillo cuando el silencio de Rohner se alargó demasiado.

—¡Urraca! —Rohner chilló en cuanto entendió mis intenciones—. Es Urraca el que ha pedido a Hormiga que castigue a Lobo. Dice que ha perdido su fidelidad hacia él, por una gua…

Rohner apretó los labios fuerte y le disparé una mirada advirtiéndole. Dejó de mirarme para concentrarse de nuevo en la herida, pero manteniendo su colaboración.

—No sé qué mierdas hay entre ese salvaje y tú, pero Urraca lo sabe. Sabe que estuvisteis en los túneles. Juntos. —Apretó sus dientes de nuevo.

No podía ser. Urraca no podía saberlo, no nos podía haber visto en los túneles.

—Urraca está en la primera planta, hospitalizado. —No era una pregunta. Si después de herirle la primera vez se recluyó allí, esta vez tenía la completa convicción de que no era distinto.

—¡Joder! ¡Me voy a desangrar!

Deslicé una mirada aburrida sobre él, succionando cualquier rastro de emoción de mi rostro.

—Hormiga tiene a Lobo. No sé dónde ni qué ha hecho con él. Y sí. Urraca fue hospitalizado después de que le atacaras. ¡No sé nada más! ¡Déjame ya!

La confesión de Rohner desfiló entre gritos, disfrazando el dolor agonizante que debía de sentir en la pierna, pero mucho menos desquiciante que el conocimiento de lo que indicaba la rapidez con la que ebullía toda aquella sangre.

—Los modales, Rohner… —Sonreí de medio lado y me crucé de brazos, esperando. No me sobraba el tiempo, pero merecía la pena.

—Por favor —susurró entre dientes.

Fue suficiente.

Arranqué el cuchillo de su pierna y me volví hacia el pasillo, dejando penetrar el grito de dolor de Rohner.

—¡No se te ocurra dejarme aquí! Si me desangro…

Moví una mano ligera en el aire, cortando el tono de superioridad que había vuelto a Rohner, sin detener mi camino, sin perder ni un segundo siquiera en girar mi cuello hacia él.

—Eres médico. Sabrás qué hacer.

Dejé que unos pasos tranquilos, mi espalda recta y mi cabeza elevada fueran lo último que viera Rohner de mí antes de alcanzar la esquina del pasillo. En cuanto estuve fuera de su alcance, comencé a correr de nuevo.

Si todo lo que había dicho Rohner era verdad, sabía dónde encontrar a Lobo.

72

Una puerta, otra puerta, otra puerta. Doblé la esquina hacia el túnel de piedra hasta el primer nivel de laboratorios.

Otra puerta. Y otra. Y otra. La rejilla tirada en el suelo. Testimonios pegajosos en las baldosas de los esfuerzos de Lobo contra los guardias. No me detuve. Puertas y más puertas, hasta que alcancé la que conectaba con el tercer nivel de La Guarida.

El oxígeno llegaba a duras penas a mis pulmones, mi sangre hacía lo que podía por regar mis piernas expuestas a su resistencia. Mis gemelos protestaban con cada estirada y mis muslos presionaban doloridos cada vez que volvía a forzarlos para impulsar de nuevo mis piernas. Pero era la primera vez que me alegraba de que mi cuerpo necesitara tantos recursos para mantenerme en carrera. Gracias a eso, mi cabeza recibía el flujo justo de oxígeno y sangre para mantenerme en pie, pero no para ser capaz de recuperar y analizar la información de Rohner. Ya lo haría después. El dato que necesitaba lo tenía. Y lo tenía con una certeza absoluta: Lobo estaba en Las Catatumbas. La parte en la que Hormiga estaría esperando verme aparecer por allí tarde o temprano se me ocurrió algo después. Pero la mandé con el resto de información para otro momento. Los problemas y las alarmas siempre para posponer.

Había alcanzado las escaleras de la salida de La Guarida, cuando mis piernas se frenaron al escuchar a alguien susurrar mi nombre. Me apoyé sobre mi pierna flexionada en el primer escalón unos segundos, recuperando el aliento, autoconvenciéndome de que el esfuerzo, el hambre y el cansancio me hacían delirar.

«Guindilla».

Detenida, la voz ahora parecía venir del comedor e incluso la encontré familiar. Muy despacio, deshice el primer escalón y me asomé por el pasillo.

«Chs, chs».

Desi asomaba su cabeza por el marco de la puerta. La miré fijamente hasta que asomó también su mano, llamándome con ella. Mi cuerpo se debatió durante una milésima de segundo, tirando hacia las escaleras y hacia el comedor con fuerzas exactas que me mantuvieron inmóvil, pero finalmente corrí hacia ella.

Cuando llegué, Desi se había movido hasta la cocina, esperándome de pie justo delante de la mesa con algo entre sus manos.

De repente, una sensación de nostalgia me recorrió el cuerpo entero con recuerdos del primer día alrededor de aquella mesa. Con Yira acogiéndome como si en aquel entonces ya fuéramos mejores amigas. Con el sonido de Mono colgándose por la puerta, de Yeyé y Rin trotando. Del ambiente acogedor y familiar que cada mañana se preparaba en aquella cocina junto con el desayuno. Con que aquel comedor era el único sitio en el que todos estábamos unidos, sin competiciones ni peleas. Donde Desi nos cocinaba y reñía como si todos fuéramos hijos de la misma madre. Mierda. La Guarida había sido mi casa durante muy poco tiempo, pero había sido mucho más acogedora que dónde me crie y crecí. Definitivamente estaba delirando.

—Esto es todo lo que he podido conseguir.

Desi extendió sus manos hacia mí. La capucha de una chaqueta negra reposaba sobre sus manos coronando el resto de la prenda perfectamente doblada. Mi corazón palpitó nervioso mientras deshacía ese paquete: era *mi* chaqueta. Con la que entré a Jungle.

Me la coloqué deprisa, encogiendo mis hombros para sentir más intensamente la sensación sedosa y suave de la ropa limpia.

—Gracias, Desi. No hacía falta… —De repente me di cuenta—. Desi, vamos. Tienes que venir nosotros.

Agarré su brazo y me volví hacia la salida, pero Desi me soltó. Me giré impaciente hacia ella.

—Mi sitio está aquí, Guindilla.

Fruncí mi ceño y separé mis labios para intentar convencerla. Desi me cortó.

—Cuidad bien de Hip, ¿vale?

Entonces supe a qué se refería Desi. Por qué se negaba a abandonar La Guarida.

Asentí en respuesta.

—Te lo prometo. —Mi mirada se consolidó firme y directa hacia los ojos vidriosos de Desi.

—Entonces me quedo tranquila. Tengo claro que te tomas tus promesas muy en serio.

Me ofreció una sonrisa triste que le devolví con todo el agradecimiento en mi mirada que pude acumular, antes de desaparecer de allí.

Al igual que el resto de piezas, la idea de cómo me encontraría a Lobo cuando llegase a Las Catatumbas se había estado posponiendo en mi mente, pero cuando llegué por fin a la trampilla de la zona de las naves, me azotó con violencia. Mis dedos temblaron en las agarraderas y las apreté fuerte, hasta que mis falanges dolieron, intentando que se fuera el temblor, intentando que se fuera ese mal presentimiento.

Era consciente de que las puertas hacia los túneles no habían vuelto a ser selladas, el candado seguía a un lado en el suelo. Durante mi camino no me crucé con absolutamente nadie además de Desi. Ni un guardia. Ni un ayudante de laboratorio. Ni una sola persona.

Ese silencio y esa calma ya la había sentido antes, a solo unos metros de ese lugar, agarrada de Lobo, justo antes de que las naves se convirtieran en un reguero de militares.

El mismo silencio que reinaba en el pasillo cuando salíamos por el conducto de ventilación antes de que Rohner apareciera con los soldados de Hormiga.

Sabía que no indicaba nada bueno. Sabía perfectamente que, si había llegado hasta ahí, era porque Hormiga quería que *yo* llegara hasta allí. Pero esa sensación solo hacía impulsar mi certeza de que yo *debía* estar ahí.

Conseguí que esa seguridad se tragara el pensamiento futuro, las posibilidades que me deparaban y tiré fuerte de las puertas hasta abrirlas de par en par. El sol había comenzado a ponerse, exactamente igual que el día anterior, rebotando rabioso en la entrada de los túneles, señalándome el camino.

Respiré fuerte cuando volví a cerrar las puertas detrás de mí, dejando que mis ojos se adaptaran al cambio de luz, dejando que mis oídos captaran los sonidos que ya eran familiares, intentando detectar alguno diferente del anterior viaje por aquellos túneles. Pero no hubo ninguno. Aun así, mis pies no se movieron.

Llevé mis manos a los bolsillos y me apoyé en el muro de piedra rojiza, pero no había cubierto mis manos para alcanzar mis cuchillos. Todavía no. Lo que mis dedos buscaban era la nota de Lobo. Volví a leerla como si mi memoria no recordara ya cada espacio de aquella declaración.

Me torturé pensando en cómo la balanza estaba tan mal equilibrada. Cómo Lobo había intentado decirme y mostrarme tantas veces lo que sentía por mí… Y yo no era más que otra cobarde como Rohner, precisamente por huir hacia él, por refugiarme en cualquier otra cosa que no fuera afrontar mis sentimientos hacia Lobo. Lo sabía. Lo había sabido todo este tiempo, una y otra vez, en el fondo, había esperado a que explotara, a que fuera inevitable y, sin embargo, nunca jamás se lo había dicho. Cuando nuestros labios se encontraron… Pensé que era suficiente, que tendríamos tiempo y espacio para estar juntos y demostrarnos ambos lo que crecía dentro de nosotros. Pero no podía estar más equivocada. Necesitaba verle, necesitaba tenerle a mi lado, necesitaba decirle todo lo que escalaba por mi garganta.

Pero ¿y si llegaba tarde?

La niebla volvió a solidificarse, más fuerte esta vez, arrasando con absolutamente todos estos sentimientos, cerrando de golpe los dos extremos de mi corazón que se habían abierto al permitirme por fin reconocer de verdad lo que Lobo me hacía sentir. Y esa misma niebla encerró mi corazón en una cajita negra e impenetrable que hundió en una profundidad de mi ser, que ni siquiera yo sabía dónde se encontraba.

Con el corazón desaparecido y la niebla forjándose en garras, todavía pude sentir las dosis de la hormona corriendo por mi cuerpo, más frenética si cabe que cuando la inyecté, imparable, acelerando la oscuridad sólida en mi interior.

Me separé automáticamente del muro y dejé hueco para la nota en el bolsillo blandiendo los dos puñales. Me coloqué la capucha sobre mi cabello algo más seco y descendí por el túnel.

Ni siquiera me detuve a estudiar las otras cavidades cuando llegué al punto de desvío de los túneles. Encabecé el de la izquierda con total convicción. No tenía ni idea del camino hasta Las Catatumbas ni de cuántos metros debía recorrer hasta llegar a la zona de las celdas, pero rápido encontré el rastro que me llevaría hasta ellas: un surco irregular por el barro esgrimía líneas curvas hacia el interior del túnel. Cada pocos metros, unas manchas de sangre completaban el rastro de lo que debió de ser el cuerpo de Lobo arrastrado hasta allí.

Comencé a seguir muy de cerca el rastro. Cada hendidura se clavaba profunda en el barro, luego cavaba superficialmente sobre él, hasta que una cantidad considerable de barro se amontonaba al final de la incisión. Unos metros después, el patrón se repetía.

Dejé de fijarme en los rastros de lodo y sangre nada más que cuando una bifurcación se me presentaba, pero solo encontré un par de ellas.

Silencio. Absoluto silencio. Mientras más bajaba hacia Las Catatumbas, menos ruidos se intuían, hasta el punto de que tan solo el agua colándose en las grietas acariciaba mis oídos. Aun así, había conseguido domar el barro a mis pies, acallando cada paso que daba, sujetando mi peso contra los muros del túnel, con la capucha y la chaqueta escondiéndome en la oscuridad.

Varias antorchas colgaban en las paredes, al igual que las que pude identificar desde mi celda aquellos tres días. Sin embargo, todas estaban apagadas, como si no esperaran a nadie. Por supuesto no dejé que mi cabeza aceptara ese pensamiento. Claro que Hormiga sabía que vendría.

Recorrí las estrechas paredes del túnel durante varios metros, indetectable entre las sombras, mis pisadas completamente ahogadas y ambos cuchillos en mis manos. Pero, al igual que en el resto del complejo, nadie se interpuso en mi recorrido.

Seguí concentrada en el camino, en guardar en mi mente cada zona por la que pasaba para aprovechar el conocimiento durante la salida. Aunque tampoco era tan complicado, tan solo había tenido que desviarme dos veces hacia la izquierda. Pero nuevos sonidos comenzaron a aparecer y me pegué todavía más a la pared.

Llamas, eran sonidos de llamas. Rebasé una curva de izquierda a derecha cuando los reflejos anaranjados y rojizos se mezclaron con sus propias sombras oscuras en la pared. La imagen bailaba sobre la piedra, en varios tramos separados, indicándome el lugar exacto en el que se encontraban las antorchas encendidas. Reconocí su posición, reconocí la curva, en cuanto saliera de ella, las celdas quedarían a unos metros por delante de mí. Lobo estaría a unos metros de mí.

Me detuve en completo silencio, sin atreverme siquiera a respirar, comprobando con todos mis sentidos alguna presencia allí abajo. Buscando algún sonido que identificara a Lobo. Nada. Solo un potente olor a gasolina me llamó la atención. Las antorchas debían de estar recién encendidas.

Me deslicé sigilosa por los últimos metros del túnel completamente vacío, hasta que alcancé el pasillo de las celdas.

Desde este lado, tenía una visión mucho más amplia que cuando estuve encerrada. El túnel desembocaba en un pasillo algo estrecho que crecía hacia la derecha y la izquierda, con un total de cinco celdas. Y a ambos extremos del pasillo, mesas y estanterías completas de utensilios y armas. A la izquierda, un armario sin puerta dejaba a la vista distintos tipos de lanzas y varas de madera.

Hacia el lado de la derecha pude identificar en una esquina el foco de luz que usó Caimán contra mí, una rueda de metal que sostenía varios metros de una manguera enrollada sobre ella, una pequeña mesa con utensilios metálicos que encajarían perfectamente en una mano y pistolas eléctricas, entre otros tantos. Todos ellos descolocados y revueltos. Parecía más bien un mercadillo de armas de segunda mano.

Pero ninguna de esas cosas llamó lo suficiente mi atención. El sonido de llamas se acrecentó en este pasillo, a pesar de que la iluminación con la que contaba era exclusivamente originaria de las antorchas del túnel. Pero mi oído no se equivocaba indicándome que en este pasillo también había fuego. Un fuego mucho más grande que el de las antorchas. Un fuego que no estaba diseñado para iluminar. Un fuego que apestaba a gasolina.

En el suelo, una línea de llamas salvaje bailaba rabiosa encima de un carril horizontal de gasolina, separando los barrotes metálicos de una celda, de la pared de piedra de enfrente, en la que Lobo yacía.

73

Mis pulmones se hincharon, pero eran incapaces de expulsar el aire, mientras yo me mantenía allí de pie, frente a la puerta de la celda donde el cuerpo de Lobo se estiraba todo lo grande que era frente a la pared del fondo, la fogata azuzando sus llamas, marcando una línea de separación entre Lobo y la puerta.

Desde mi posición, no podía discernir a través de las llamas si Lobo respiraba o no. Solo sabía que Lobo no se movía.

—¡Lobo!

Me tiré al suelo en un intento por que mis palabras estuvieran más cerca de él. De que atravesaran las lenguas de fuego y le impactaran de alguna manera.

—¡Lobo! —Volví a chillar.

Todo el sigilo que había guardado, ahora me daba igual. Me daba igual que me escucharan.

—¡Lobo! ¡Por favor, Lobo!

Lobo no se movió. Enseguida, la niebla se rebeló como un tornado en mi interior, hasta que me levanté del suelo y comencé a embestir la celda.

Me coloqué de lado, lo más alejada de la puerta que el estrecho pasillo permitía, mi hombro derecho en línea con los barrotes. Corrí hasta la celda doblando ligeramente mis rodillas en el último momento para hacer chocar mi hombro a la altura de la cerradura. El sonido del metal atravesó los barrotes hasta mi hombro y mis oídos, pero la cerradura se mantuvo.

Repetí de nuevo el golpe, ignorando el castigo punzante en mi hombro. Nada. Ni la puerta ni Lobo se movían.

Reprimí mis ganas de llevarme las manos a la cara, de frotarme los ojos hasta asumir la situación. Volví a coger carrerilla y esta vez fueron mis patadas las que maltrataron la cerradura.

«¡Mierda!». Mi grito retumbó seco por todo el pasillo hasta el túnel, incapaz de reconocer mi voz. Me tiré de nuevo al suelo, buscando un ángulo en el que pudiera acercarme a Lobo.

Agarré los barrotes con ambas manos y coloqué mi cabeza entre ellos, mi propia respiración me ahogaba y mi garganta quemaba por el olor a gasolina, el humo y los gritos.

—Lobo… —Esta vez era un susurro todo lo que pude ofrecerle.

Dejé que el calor me azotara la cara, obligándome a mantenerla pegada a los barrotes. Fue el instinto el que me pidió cerrar los ojos, no sé con qué propósito, pero me encontré a mí misma fuertemente concentrada en escuchar algún pensamiento de Lobo. Hubiese dado lo que fuera por escuchar su voz, su tono profundo y reverberante. Con un simple zumbido me valdría. Abrí los ojos. Nada. Ningún sonido más allá del fuego crepitaba en la celda. La niebla actuó rápido, absorbiendo la frustración explosiva que me atacó.

Me levanté del suelo de un salto, dispuesta a volver a embestir la puerta hasta que ella o yo cayésemos, cuando un reflejo anaranjado rebotó en el suelo hasta mis ojos. No, no había rebotado en el suelo. Había rebotado sobre el precioso metal del puñal que debía de haber dejado caer inconscientemente delante de la celda cuando encontré a Lobo.

El aire entró fuerte en mis pulmones, ignorando el humo y el hedor cuando me agaché y recuperé el puñal, la punta de la hoja apuntando hacia la cerradura. Me vi obligada a agarrar mi

muñeca derecha con mi otra mano, algo más que la hormona hacía temblar mis dedos. Una vez que los estabilicé, no me costó mucho esfuerzo deshacer la cerradura.

Empujé la verja haciéndola rebotar contra la pared de piedra y crucé el espacio. Frente a mí, las llamas formaban una barrera horizontal de lado a lado, manteniendo a Lobo fuera de mi alcance. La hormona corría agresiva por todo mi cuerpo empujándome hacia las llamas, corriendo directa hacia ellas, atravesándolas en un suspiro hasta que me tiré a los pies de Lobo. Si el fuego me dañó cuando lo atravesé, ni siquiera lo noté. La sensación de ahogo y la presión donde debería estar mi corazón era muchísimo más intensa que cualquier ardor del fuego en la piel.

—¡Lobo! —Más que una llamada, mi grito se había escapado por el horror.

Lobo yacía en el suelo, sobre su costado, su cara contra la pared, desnudo de cintura para arriba. Sus hombros se encogían a los lados de su cabeza y su brazo… Las cicatrices que le había descubierto anteriormente se enredaban con nuevas grietas que relucían en carne viva. El rastro subía por su antebrazo, su bíceps y saltaba hacia su costado. Todo el lateral superior de sus costillas reflejaba las mismas heridas, trozos de piel ennegrecidos bordeando surcos lineales granates, al igual que en el antebrazo, mezclado con las antiguas cicatrices. Apenas quedaba un espacio de piel sana. Y en la parte inferior de su costado, donde ninguna rugosidad marcaba cicatrices anteriores, ahora las heridas bajaban hasta la línea de sus pantalones y giraban hasta conquistar parte de la zona baja de sus abdominales.

La rojez húmeda y supurante, la carne enrojecida alrededor, los hilos de piel ennegrecidos… No eran heridas, eran quemaduras, quemaduras que habían arrancado su piel. Me horroricé dejándome sentir por un momento una ínfima parte del dolor que Lobo habría pasado.

El humo negro nos envolvía y mi garganta estaba ya tan seca que me veía obligada a toser para expulsar la contaminación de mi tráquea.

Posé una mano sobre el hombro de Lobo, despacio, y moví su cuerpo para colocarle boca arriba. El color bronceado de su rostro se había perdido por completo por un blanco pálido, sus ojos permanecían cerrados, sus pestañas superiores abrazando a las inferiores, sus labios drenados. Varios cortes rodeaban su cara y su pómulo se había amoratado hasta su barba.

En esa posición, las llamas alumbraban su pecho, repleto de cortes, moratones y golpes inflamados. Coloqué ansiosa mis manos sobre él, moviéndolas varias veces, buscando un movimiento, un latido, una respiración. Me negaba a aceptar que este era el final. Que Lobo, quien había sacrificado tanto, acabara de esta manera. No era justo, no… ¡No era justo!

«Ninguno estamos aquí abajo por justicia, Guindilla». Las palabras que un día fueron de Yira me tumbaron en el suelo. Trepé por el cuerpo de Lobo hasta apoyar mi cabeza encima de su pecho. La niebla me prometió buscar esa justicia, pero, aun así, no pude deshacerme de la ilusión rota de salir de allí con Lobo. Hasta que un latido repentino acarició mi oreja. Era un bombeo tímido y forzado. Pero era Lobo.

Cerré los ojos un segundo, dejándome envolver por ese sonido, de la línea borrosa de vida de Lobo mezclada con el crepitar de las llamas, la placa metálica que colgaba de la cadena de su cuello acariciando mi mejilla.

Me levanté deprisa, llevando mis manos hacia su cara, pasando mis dedos por su frente. El sudor recorría su cabello hasta resbalar por su mandíbula, sin embargo, mis dedos encontraron la piel de su rostro completamente gélida. Lobo seguía luchando, pero no por mucho tiempo.

Lo agarré por los hombros, zarandeándole en el suelo, gritando su nombre, dejando a mi garganta arder. Pero Lobo no se movía.

Me tumbé encima de él, intentando devolverle el calor que él me insufló cuando salí de Las

Catatumbas, intentando darle un suspiro más de vida, intentando sentir su abrazo una vez más.

Una llama crepitó por encima de las demás y me sobresaltó, desviando mi vista de Lobo, perdiéndome en el hipnotizante baile del fuego a mi lado. Las llamas me llamaban, se acercaban y alejaban, me marcaban un camino. Los destellos azules en la base se movían de derecha a izquierda y las sombras se convertían en gigantes en las paredes de la celda, amenazándonos. Mi respiración se acompasó, inspirando y expirando rítmicamente, sumiéndome en un trance en el que, por un par de minutos, en mi cabeza solo dominaba el fuego. Las llamas frente a mí, la gasolina consumiéndose por debajo, las antorchas apagadas en mi camino, las quemaduras de Lobo, el calor que Lobo emanaba y ahora estaba desaparecido…

Todo se reducía al fuego.

Y con la velocidad de un relámpago, una realidad se estrelló en mi mente, obligándome a cruzar de nuevo las lenguas de fuego hacia el pasillo en una exhalación.

Con la misma manguera con la que Caimán me había atacado en mi celda, con la que pude notar cómo mi vida se consumía, exactamente igual que lo hacía ahora la de Lobo, apagué el muro de combustión.

Cuando el calor disminuyó y el humo flotó oscuro por el pasillo para desaparecer ondeando por el túnel, yo había vuelto a mi posición anterior, tumbada sobre el pecho de Lobo, monitorizando cada latido que presionaba su pecho, frotando su torso, su cara, su brazo no herido, intentando devolverle el calor vital.

Un dedo rugoso acarició suave mi mano sobre su pecho, paralizándome por completo. Hasta que otro dedo tembloroso se unió y levanté mi cabeza para deleitarme con sus preciosos ojos grises concentrados en mí.

En ese momento, me encontré con el rostro más bello que había visto en mi vida. La emoción me invadió como un tsunami, agarrando ambos lados de su cara, su barba acariciando mis palmas y mi boca pegada a la suya, dispuesta a ofrecerle todo lo que me quedara de vida.

Me abracé a su cuello, respirando su olor, sintiendo su piel todavía helada, cerrando los ojos fuerte, deseando estar en cualquier otro sitio que no fuera en Las Catatumbas. Lobo gruñó en mi oído cuando su brazo se posó encima de mí, rodeando mi espalda, pegándome más a él.

—¿Has conquistado ya el infierno? —Su voz, completamente ronca, hizo vibrar su pecho debajo de mí.

Al salir, mi risa arrastró con ella un sollozo que tenía secuestrado en la garganta hacía bastante rato. Lobo me apretó más fuerte con su brazo sano.

Sonaron pasos por el túnel, todavía lejos como para aparecer a nuestra vista. Me separé de Lobo, agachándome para recoger de nuevo el cuchillo que se había desperdigado por la celda y volví a pegarme a él, de rodillas a su lado.

—¿Puedes caminar?

Lobo hizo un amago de levantarse, pero protestó cuando no lo consiguió. Apretando los dientes, volvió a intentarlo, pero le sujeté por los hombros.

—Esperaremos. —Parpadeé despacio, marcando mis palabras, llenándolas de seguridad.

Si alguien quería venir a por Lobo, terminar lo que habían empezado, primero tendría que detenerme a mí, a la triple dosis de la hormona que ardía por mis entrañas y a la niebla salvaje y oscura que se había solidificado con total fiereza. Era un combo impenetrable y no pensaba desperdiciarlo.

Ayudé a Lobo a sentarse hasta apoyar su espalda en la pared dentro de la celda, con cuidado de no rozar sus partes de piel latente.

—Viene alguien. —La voz de Lobo seguía sin recuperarse.

Me coloqué de pie delante de él, mis piernas separadas y las rodillas ligeramente flexionadas. En ambas manos hice aparecer mis cuchillos.

—Lo sé.

74

Antes de terminar la frase, Hormiga y Caimán aparecieron por el túnel, caminando a ritmo de paseo, escoltados por más de cincuenta hombres, todos uniformados de negro, ninguno de Las Fuerzas. De verdad que Hormiga mantenía a Las Fuerzas como una división exclusivamente para hacer dinero, ni siquiera la contemplaba para protegerse. Solo éramos un negocio para él. Uno muy rentable si no pretendía arriesgar a ninguno de esos hombres, ni siquiera para estos casos.

—Dicen que uno siempre vuelve a los lugares donde fue feliz.

Hormiga se detuvo en la puerta abierta de la celda, guardando una barrera invisible, sus manos guardadas en los bolsillos, haciendo que su chaqueta ondeara levemente con el bamboleo hacia delante y atrás sobre la punta de sus pies. Un par de pasos por detrás, Caimán me observaba con el ceño fruncido, sus manos encorvadas cayendo a ambos lados de sus piernas.

Le devolví una sonrisa inofensiva. Hormiga se inclinó para observar detrás de mí a Lobo, obligándome a retrasar un paso inconscientemente.

—Me alegro de que estés despierto. —A pesar de mis esfuerzos, Hormiga mantuvo la mirada sobre Lobo—. Solo acabábamos de empezar. Tu novia aguantó mucho más que tú antes de desmayarse.

Escuché a Lobo intentar levantarse detrás de mí.

—Veo que has actualizado el repertorio. —Mi tono juguetón fue suficiente para desviar la atención de Hormiga sobre Lobo—. ¿Temporada primavera-verano de torturas?

Le miré con los ojos abiertos y las cejas levantadas, mofándome con un falso interés por su próxima respuesta.

La sonrisa de Hormiga se amplió hasta que sus huesudas mejillas se arrugaron debajo de las líneas de sus ojos.

—Tengo que reconocer que la idea del hierro incandescente como método de castigo fue de Urraca. El chico es bastante torpe, pero está claro que ha heredado mi placer por establecer consecuencias.

La sonrisa de Hormiga se separó, obligándome a presenciar sus dientes amarillos. La misma sensación de un puñetazo en el vientre hizo que mi estómago se rebozara en sus propios jugos. Si hubiese tenido algo dentro de él, lo habría vomitado.

A Urraca no le había sido suficiente con castigar a Lobo una vez, con obligarle a adoptar el papel de traidor, con arrancarle absolutamente todo y todos los que le importaban de su vida, con condenarle a un eterno desprecio. No. Había aprendido cómo maltratarle también físicamente y no había dudado en arrastrarle a los pies de su padre para que lo hiciera, mientras él ni siquiera daba la cara.

Mordí fuerte mi lengua, clavando mis dientes hasta que el sabor a óxido me hizo detenerme. «Que no note que te importa», había escuchado una vez en la cabeza de Lobo.

—No pensaba que te hacían falta ideas, Hormiga. —Ladeé mi cabeza, sinuosa.

Tenía que seguir hablando, tenía que estirar estos minutos todo lo que pudiera. Con Lobo incapaz de levantarse, no tenía nada que hacer.

Hormiga liberó una carcajada que me puso los pelos de punta cuando rebotó entre las paredes de la celda.

—Ideas no me faltan. De hecho, había empezado a regalar algunas.

Fruncí mi ceño cuando noté que Hormiga esperaba una respuesta por mi parte.

—¿Te suena de algo «Los mejorados somos una nueva especie evolutiva». «Deberíamos formar una alianza»?

—¡Tú mandaste a Urraca a por mí en la lavandería! —Di un paso hacia delante, mis puños apretados en los mangos de los puñales.

—¡Qué va! —Hormiga despachó sus palabras con un movimiento grácil de su mano—. Solamente le implanté la idea en la cabeza a mi hijo, con excelentes resultados.

Hormiga había abandonado sus bolsillos para agarrar las solapas de su chaqueta con los dedos. La soberbia sobresalía por cada poro de su cuerpo. Me obligué a tragar saliva, horneando las palabras antes de que la niebla hablara por mí. Necesitaba tiempo. Necesitaba jugar las mismas cartas que Hormiga.

—Más que excelentes. —Dejé desfilar la ironía—. ¿Cuánto estuvo en la enfermería? ¿Una semana? ¿Dos?

A mi espalda escuché de nuevo a Lobo apretar los dientes para intentar levantarse. Ya quedaba poco.

La sonrisa de Hormiga había desaparecido y se sujetaba fuerte en uno de los barrotes de la entrada.

—¿Cuánto tiempo quieres jugar a esto? En cuanto Caimán abra la llave del agua no tienes nada que hacer. —Hormiga se encogió de hombros con un movimiento casual.

—Que lo intente.

Sonreí a Caimán, haciéndole cambiar el peso de un pie al otro.

—Tan engreída… —Hormiga negó con la cabeza e hizo un gesto hacia Caimán que se perdió en el pasillo.

—¿Cuál es tu porcentaje, Hormiga?

Hormiga entornó sus ojos hacia mí ante la pregunta, pero no contestó.

—A lo mejor la soberbia es un rasgo característico de los porcentajes altos.

Dejé caer mis palabras sin un final claro, dejando una pausa larga, pero Hormiga no me interrumpió.

—Dime que no estás deseando enfrentarte a mí, cuerpo a cuerpo. Descubrir quién de los dos supera a quién. —Le sonreí cómplice, como si fuera capaz de leer su mente a esta distancia.

Escuché la voz ronca de Lobo llamándome, pero no aparté mi mirada de Hormiga, que volvía a gesticular hacia el pasillo, por donde había desaparecido Caimán, pero no le volví a ver aparecer.

—La última vez no te fue muy bien.

La sonrisa que me devolvió no me afectó lo más mínimo.

—La última vez yo había sido encadenada y torturada durante tres días. Aunque tengo que reconocer que hoy tampoco sería una pelea muy justa… Tres dosis consecutivas de la hormona llevan corriendo por mis venas menos de una hora.

Mi sonrisa se amplificó cuando escuché maldecir a Caimán en el pasillo y Hormiga retrasó su pie un milímetro. Abrió la boca, pero no le dejé intervenir.

—Te estoy ofreciendo mi sinceridad para que veas que mis intenciones son limpias en cuanto al trato que te voy a proponer.

—¿Qué te hace pensar que voy a aceptar un trato contigo? No hay manera de que salgas de

aquí, Guindilla, deja de engañarte. Deja de jugar ese papel de animal salvaje y asume tu lugar.

Hormiga y su tono de paternalismo amenazante. Aunque puse todo mi esfuerzo en contener a la niebla, no pude evitar adelantar un paso.

—Sí que hay una manera de salir de aquí. De hecho, hay dos. La primera: te enfrentas a mí, tú y yo solos, y cuando termine contigo, tus hombres me dejan salir de aquí con Lobo. La segunda: primero me mandas a tus hombres, acabo con ellos, luego contigo y salgo de aquí con Lobo. —Concentré mi atención en mis uñas, como si de repente fueran lo más interesante del mundo, mucho más que la respuesta de Hormiga—. La segunda opción no te dejaría con muy buena reputación… Pero lo dejo a tu elección.

Lobo se levantó detrás de mí, colocando su mano en mi hombro en un intento por apoyar mi punto, por intimidar a Hormiga, pero sus gritos de dolor silenciosos se colaban en mis oídos y, a pesar de su esfuerzo, su peso caía sobre mí. Aun así, sentirle a mi lado, su calor, su olor…

Pude notar los ojos de Hormiga moverse rápido por la celda, sobre mí, sobre Lobo… Estaba calculando sus opciones. Se lo estaba planteando. Mi ilusión se deshizo cuando ladeó la cabeza hacia mí.

—¿Has matado a Rohner ya? ¿O ha vuelto a follar contigo hasta convencerte de que eres tan especial que podrías acabar conmigo?

Me adelanté al siguiente movimiento de Lobo y me lancé a por Hormiga con los dos cuchillos en la mano. Había dominado la niebla durante todo este rato, pero ahora había rebotado dentro de mí, incontrolable.

Sin embargo, Hormiga había optado por la opción dos y, antes de llegar a él, un ejército de guardias había avanzado hacia la celda. Perdí de vista el pelo grisáceo de Hormiga en cuanto atravesó la primera fila de militares.

Los movimientos de Caimán ni siquiera pude recogerlos mientras deslizaba uno de mis cuchillos por el vientre bajo del primer militar. La sangre templó mi mano, dejando un sonido pegajoso cuando moví mis dedos para colocarlos correctamente en el agarre del cuchillo, después de extraerlo de las entrañas del hombre. Corrí con la cabeza hacia abajo, recta, hasta impactarla contra el pecho de otro de los soldados, lanzándole por los aires, mientras que con mi mano izquierda clavaba el puñal en el hueco entre el cuello y el hombro de un tercero. Claramente había fallado mi puntería hacia su aorta, pero fue suficiente para hacerle escorar.

Había conseguido abrirme hueco hasta el exterior de la celda, pero más guardias inundaban el pasillo. Recliné mi cabeza solo un segundo para supervisar por encima de mi hombro. Lobo intentaba abandonar también la celda, detrás de mí, con sus dedos arañando la piedra de las paredes, intentando sostenerse en alguna postura erguida. La visión me encogió.

Un soldado me agarró por la garganta hasta aplastarme contra el muro enfrente de la reja de la puerta, fuera de la celda. Dejé que mi puño encontrara su garganta antes de que me enviara el primer impulso eléctrico con su arma.

—¡No te muevas, Lobo!

Me horrorizaba verle así, indefenso, sufriendo y luchando por mantenerse en pie en aquel lugar.

Me deshice del soldado que luchaba por retomar el aire y lancé uno de los cuchillos a la espalda de otro que entraba en la celda, directo a por Lobo. El mejorado lo esperaba con el hombro apoyado en la pared y los brazos en guardia. La hoja del cuchillo estaba tan bien afilada, que no tuvo problema en quedarse clavada a un lado del omóplato del militar, que gritaba arqueando su espalda en un intento por que sus dedos alcanzaran el cuchillo. Me dejó el espacio

justo para agarrarle por el pelo y con un golpe seco, estrellar su cabeza contra la pared dentro de la celda en la que todavía se sujetaba Lobo.

Miré a Lobo con ojos suplicantes. No quería que se moviera. No quería que sufriera. Pero, sobre todo, no quería que me viera. Quería que se diera la vuelta y cerrara los ojos hasta que todo esto pasase. Pero Lobo caminó otro paso hacia delante. Entonces fui yo la que retiré mi cara.

Me agaché para esquivar un puñetazo que silbó a centímetros de mí y estiré mis piernas en el suelo hasta que barrí los tobillos del guardia que había intentado noquearme. Desde esa posición, solo necesité un tirón de mi brazo para volver a recuperar el cuchillo hundido en la espalda del anterior militar.

Tres hombres más a la vista, los tres corriendo hacia mí. Los esperé dentro de la celda, mi espalda cubriendo a Lobo, aprovechando la estrechez de la entrada para separarles uno a uno. En cuanto el primero había entrado, corrí hacia él, hasta que conseguí el impulso necesario para saltar y que mis dos pies golpearan en su pecho. Los hierros de los barrotes vibraron cuando su cabeza impactó contra ellos con el impulso. El segundo guardia me agarró de la chaqueta, arrastrándome en un único gesto, hasta hacerme chocar contra la pared. Antes de notar la sacudida de las piedras contra mi espalda, mi puñal ya estaba viajando hacia su rodilla. El chasquido de la pistola eléctrica repiqueteó en el aire, a un par de centímetros de mí. Saqué el cuchillo de un movimiento rápido y lo lancé por encima del hombro del militar, directo hacia el hombro del tercer guardia que acababa de entrar.

El hombre que todavía me sujetaba contra la pared, volvió a empujar la pistola contra mí, mi mano libre estranguló su muñeca. Pude mirarle directamente a los ojos justo antes de que mi cabezazo en el puente de la nariz le derrumbara en el suelo.

Luces deslumbrantes se acumularon en mi vista y apoyé fuerte mi mano unos segundos en la pared, sosteniéndome mientras apretaba fuerte mis párpados para hacerlas desaparecer.

Escuché unas botas correr hacia mí, pero antes de abrir los ojos, una fuerza animal me había separado de la pared en la que me sujetaba. Cuando me estabilicé, el tercer guardia estaba inconsciente a los pies de Lobo, que jadeaba ruidosamente.

Recogí el cuchillo que me faltaba y corrí los centímetros de pasillo que quedaban hasta el túnel para enfrentarme a la siguiente horda de soldados, pero todos formaban quietos, de espaldas hacia mí, atentos a lo que sucedía al final de aquella curva. Hormiga y Caimán a la cabeza.

—Ya sé que me dijiste que te esperara en el patio, pero con el lío que estáis armando… No quería perderme la fiesta.

Sonreí sonoramente cuando descubrí a Yira, delante de Hormiga, Caimán y el ejército, con su espada en una mano, sujetando el cuello de Urraca contra su pecho.

Yira apretaba los dos brazos de Urraca hacia atrás con una sola mano, impidiéndole moverse, como si fuera posible con semejante hoja afilada arañando por debajo de su cuello. Los ojos del hombre completamente abiertos, directos hacia el rostro insípido de su padre.

Pero había funcionado, ni un alma se movía en los túneles, el sonido ahogado de algún quejido y de respiraciones aceleradas se arrastraba por el pasillo.

—Suéltale. —Hormiga chirrió los dientes.

Yira apretó su agarre, arrancando un gritito a Urraca.

—Creo que no.

Para mi sorpresa, Urraca no dijo ni una sola palabra.

—Para no poder salir de aquí, resulta que tengo varias opciones.

Hormiga se giró hacia mi comentario, pero sin dar la espalda del todo al sable de Yira.

Alguna gota de sangre resbalaba por mis manos hasta el suelo, pero la mayoría se había quedado pegada a mi piel y a los cuchillos. Mi pecho se movía de arriba abajo, escuchando perfectamente mi respiración, pero sin dejarla calmarse, en guardia.

Noté a Lobo a mi lado y guardé los cuchillos para rodear su espalda, dejándole apoyarse sobre mí. Hasta ese momento, no me había dado cuenta, pero le debían de haber dañado también una de sus piernas, porque repartía el peso tan solo en una de ellas. Aun así, ignoré las facciones de su cara.

—Opción tres —narré en voz alta y concisa—: Yira, Lobo y yo nos vamos de aquí, con tu hijo de la mano, y ni tú ni tus hombres hacéis nada por impedirlo.

Hormiga elevó sus hombros y comenzó a atravesar filas de soldados que se separaban a su paso, empujando a aquellos que no lo hacían, directo hacia mí. Su flequillo había cedido al impulso y le bailaba en la frente, sus dientes amarillos rechinando.

No me retiré ni un centímetro de donde me encontraba según se acercaba a mí, pero tampoco dejé a la niebla ceder y moverme yo hacia él. Tan solo me quedé allí, sujetando a Lobo, apretando mis dedos en su cintura, enviándole un mensaje silencioso de calma.

A tan solo un par de pasos de mí, Hormiga levantó su mano sin detenerse, dispuesto a derrochar toda la agresividad y la ira que le habían hecho descontrolarse de aquella manera. Y yo, como otras tantas veces había hecho antes de ser Guindilla, estaba dispuesta a dejar que fuera él el que iniciara este apocalipsis. Pero una vez comenzado, no habría un alma que me detuviera.

Sin embargo, mis cejas se elevaron con sorpresa cuando Hormiga se petrificó ante el gemido quejumbroso de Urraca al otro lado de la sección del túnel. Yira se aclaró la garganta exageradamente, consiguiendo que Hormiga se volviera a girar hacia ella, haciéndole consciente de que su sable había profundizado un milímetro más en la garganta de su hijo.

—¿Cuántos hombres más tienes por los túneles, Hormiga?

Hormiga me devolvió su atención. A pesar del ángulo que me proveía mi altura frente a él, no tuve problema para detectar en primera persona la furia centellear en sus diminutos ojos. Hice un movimiento de cabeza para instarle a contestarme.

—Setenta. —Inmediatamente a su respuesta se giró para volver a su lugar.

—Hormiga… Yo te he ofrecido sinceridad… —El retintín de mis palabras le obligó a detenerse otra vez.

—Y otros ciento cincuenta en la salida norte.

Escapar por los túneles era un suicidio. No podía fiarme de que tantos hombres cumplieran con su palabra de no atacarnos mientras abandonábamos el complejo. Y menos de que Hormiga al final no reculara y decidiera ir a por nosotros. Si eso pasaba, los túneles eran una trampa mortal. Y más con Lobo en ese estado, por mucho que tuviéramos la carta de Urraca…

—¿Cuántos en la superficie de las naves?

Hormiga se giró completamente hacia mí, sus diminutos dedos peleando con su flequillo y su gesto completamente desquiciado. Estaba apretando mi suerte, lo sabía, pero no me quedaba otra.

—Ninguno.

Alcé mis ojos hacia Yira. Si había algún ejército desplegado allí arriba, Yira debía de haber pasado por él. Mi amiga negó con la cabeza, confirmando el testimonio de Hormiga.

Tenía sentido, si Hormiga había dejado que yo bajara hasta Las Catatumbas, era para atraparme precisamente allí, como mucho dejarme correr por los túneles hasta que sus hombres me

detuvieran. Se lo había planteado como una auténtica diversión, como un ratón en un laberinto buscando el queso.

Hormiga comenzó a atravesar soldados de nuevo y agarré fuerte a Lobo para dar un paso detrás del diminuto hombre. Todos los militares se cuadraron, el sonido de las botas contra el suelo rebotó por las cavernosas paredes, obligándome a detenerme.

Al otro lado, Yira apretó el cuerpo de Urraca aún más contra ella, haciendo un gesto exagerado que Hormiga no pudo ignorar. Pero los ojos de mi amiga se clavaban en mí, un aire de desconfianza nublaba su brillo regular. Apreté los labios y caminé otro paso. La primera fila de soldados se movió miméticamente, pero Hormiga levantó una mano. Era un gesto mínimo, casi imperceptible, pero tenía la atención de todos los militares.

—Que se vayan —murmuró.

La fila de soldados se separó, dejándonos hueco a Lobo y a mí para cruzar al otro lado del tramo del túnel, donde nos esperaba Yira. La mano de Hormiga no fue capaz de abarcar todo mi antebrazo, pero sus reducidos dedos se clavaron en mi piel cuando pasé a su lado.

—No te creas que has ganado.

La niebla convocó mis ganas de contestarle mordazmente, de arrancar sus dedos de encima de mí, de alcanzar mi cuchillo y deslizarlo por su garganta antes de que siquiera pudiera retroceder un paso. Pero entonces Lobo, sin soltarme, marcó un paso a mi lado, continuando el camino que habíamos empezado y elegí caminar con él.

Y seguimos caminando hasta que nos juntamos con Yira. Hasta que dejamos atrás el ejército de Hormiga y a Hormiga. Hasta que, increíblemente, ascendimos por la trampilla nosotros solos. Y nuestra carta de cambio, Urraca. Hasta que la luna llena nos recibió con un brillo que nada tenía que envidiar al del sol que había dejado atrás cuando bajé a los túneles.

75

Solté la cintura de Lobo tan solo un minuto, el tiempo que me llevó recoger el candado y la cadena al lado de la trampilla y volverlas a colocar, uniéndolos de la manera más tensa posible.

No es que fuera a impedir que el ejército de Hormiga saliera si se lo proponía, pero al menos les ralentizaría en cuanto Hormiga decidiera volver a por nosotros.

—¡Joder, todavía no me lo creo!

La cara de Yira desprendía un brillo plateado con la luz de la luna reflejando sobre su sable, rebotando directamente sobre ella. La emoción la invadía y vi como daba una vuelta sobre sí misma, reconociendo el espacio, confirmando su alegría.

Apretó aún más a Urraca contra ella y buscó mi mirada cuando terminé de cerrar la entrada. Sus ojos se estrecharon, sin decirme nada, y guio su vista hacia Lobo. Me acerqué a él, colocándome a su lado para que pudiera apoyarse de nuevo en mí. Con unos movimientos ciegos, su brazo recaía otra vez sobre mi hombro, pero sus ojos no se separaban de la increíble luna gigante que nos vigilaba.

—¿Puedes seguir?

Lobo desvió su mirada hacia mí, su cara pegada a la mía, su aliento acariciándome.

—Está brillando para nosotros, Guindilla —me susurró con palabras brillantes e íntimas.

Sonrió de medio lado y volvió a mirar hacia el origen de la única luz que nos alumbraba esa noche.

Ladeé ligeramente mi cabeza, hasta rozar suavemente su barbilla y girar mis ojos también hacia la luna. Lobo tenía razón, no podía evitar la sensación egocéntrica de que ella nos vigilaba y nos custodiaba.

—Sé cuál es el camino.

Yira, con una mano sobre su oreja y otra agarrando firmemente el sable contra Urraca, me devolvió la atención a la situación real. Lobo estaba vivo y habíamos salido de Las Catatumbas, pero si quería un futuro en el que poder tumbarme a admirar la luna con Lobo, todavía teníamos que salir del complejo.

Las primeras naves que atravesamos eran las más familiares, aquellas en las que cada tarde entrenaba mis mejoras. Aunque un pequeño nudo se apretó en mi estómago, me convencí a mí misma de que esta parte no la echaría de menos. Caminábamos pegados a las estructuras, con los pasos lo más ahogados posibles, aunque más ruidosos de lo que me hubiera gustado. Ser sigilosa no estaba entre las mejoras de Yira y Lobo demasiado hacía con mantenerse en pie.

Nos costó un buen rato atravesar las siguientes dos filas de naves, el camino de asfalto en esta zona estaba repleto de hendiduras y parches y a Lobo le costaba muchísimo esfuerzo caminar. Notaba cómo intentaba ceder el mínimo peso sobre mi espalda, pero después de algunos pasos, se detenía, cogía aire profundamente y volvía a continuar.

—¿Necesitas parar? —le pregunté en voz baja pero firme, cuando llegamos a la siguiente fila de naves.

Lobo acarició mi mejilla con una sonrisa suave y escondió un mechón de pelo fugitivo debajo de mi capucha.

—He tenido días mucho peores, Reina del Infierno.

Suspiré en respuesta, ladeando inconscientemente mi cabeza, anhelando el roce de su mano.

Lobo me frunció el ceño cuando mi cara se retiró de repente y mi cuerpo se tensó, clavándome en el sitio. Agitada, susurré el nombre de Yira, obligándola a detenerse delante de mí.

—Viene alguien.

Mis oídos no se equivocaban. Había escuchado pasos. Pasos cercanos. Pero no podía ver a nadie.

Dejé que Lobo se apoyara contra la pared de la nave y me coloqué delante de Yira, agarrando a Urraca por el pecho de su camiseta, todavía apresado debajo del sable. Los ojos de Yira se abrían enormes hacia mí mientras yo blandía uno de los cuchillos de mi bolsillo y lo apuntaba hacia la garganta de Urraca.

—Déjamelo a mí. Sigue el camino con Lobo.

Los pasos se acercaban, pero los escuchaba ahogados, como si algo los bloqueara.

—Yo os sigo ahora.

Yira me contempló durante unos segundos, juntando sus cejas, cuestionándome silenciosamente si estaba segura de lo que estaba haciendo. Asentí con mi cabeza ante su pregunta no formulada.

Muy lentamente, Yira separó su sable y en un gesto brutal arranqué a Urraca y lo apreté contra mí, su espalda chocando con mi pecho antes de que mi cuchillo le marcara la piel de su cuello, arrancando una advertencia de su boca que ignoré por completo.

Yira se detuvo con lo que podría haber sido miedo, o más bien contemplación, delante de Lobo, que me miraba fijamente, solicitando una explicación.

—Oigo pasos —les conté fatigada a los dos, tenían que irse ya—. Estoy segura de que es una sola persona, pero no sé por dónde viene. Si nos están siguiendo y descubren a dónde vamos…

Aunque ninguno rebatió mi razonamiento, no hicieron ningún movimiento para irse. Yira esperaba el consentimiento de Lobo para colocarse debajo de su brazo y Lobo se negaba a moverse.

—Solo me ralentizarías. —Vi los ojos de Lobo nublarse con un gris desolador.

Sabía el efecto que arrancarían mis palabras sobre él y era igualmente doloroso para mí. Pero no podía dejar que se quedara.

Me giré hacia mi espalda, buscando algún ángulo que me permitiera detectar mejor el sonido de pasos, pero aquella tampoco era la dirección.

—Luego os alcanzo. Tengo la carta de salida. —Moví agresivamente a Urraca bajo mi cuchillo.

A regañadientes, Lobo se separó por fin de la pared y Yira le recogió sin problemas. Los pasos cesaron y rodeé con mi vista todo el terreno a trescientos sesenta grados de mí. Ni rastro de otra persona.

No sé cómo, Yira había mantenido a Urraca con la boca increíblemente cerrada desde que le secuestró, pero en cuanto mi amiga pasó la siguiente nave, la verborrea de Urraca volvió como un hechizo deshecho.

—Lo de Rohner lo podía entender, pero Lobo… No sé qué le ves.

Gruñí hacia el comentario de Urraca, agarrando mi instinto lo suficiente para presionar fuerte la niebla, concentrándome en el camino de Lobo y Yira, que arrastraba el sable por el asfalto con su brazo libre.

—Cuando era capitán y todos se arrodillaban a sus pies tenía un pase, me gustaba hasta a mí.

Me sorprendí yo misma de mi incapacidad por ignorar las ridículas palabras de Urraca. Pero la imagen de Lobo en Las Fuerzas, dirigiendo su pelotón y contando con la confianza de esos hombres me apretó fuerte en el pecho.

—Pero ahora… Si no es más que un traidor. —Apreté mis dedos sobre la camiseta de Urraca —. Hacia sus amigos… Hacia mí… Y en cualquier momento te traicionará a ti también. Mira qué a gusto se ha ido del brazo de tu amiga.

Las garras azabaches treparon con una furia descomunal hacia arriba, arañando mi garganta, rodeando mis ojos. Urraca salió despedido rebotando contra la pared de la nave. Cuando su espalda se separó de ella por el impulso, mi brazo le pegó de nuevo de un golpe, que mantuvo a Urraca con la boca abierta buscando aire, cuando mi puño aterrizó en su ojo.

El oxígeno apenas conseguía realizar un circuito completo hasta llegar a mi cerebro cuando mi siguiente inspiración aparecía. La rapidez de mi sangre por mi cuerpo exigía lo mismo de mis pulmones y mi pecho ardía mientras subía y bajaba delante del rostro de Urraca, que empezaba a inflamarse.

Mi siguiente golpe se interrumpió con el sonido del metal chirriar. Me coloqué fugazmente a Urraca de nuevo contra mi pecho, el cuchillo pegado a su garganta y busqué el origen del sonido. Si mis oídos no me engañaban, tenía que buscar por debajo de la altura de mis ojos.

Y efectivamente, no me engañaban. En la anterior fila de naves, a la altura del suelo, una rejilla enrojecida por el óxido había rebotado contra el asfalto y un diminuto pero fornido cuerpo ascendía desde la profundidad del suelo.

Era un espacio mínimo, pero suficiente para que Hormiga apareciera desde el otro lado de la alcantarilla.

La carcajada de Urraca se volvió histriónica mientras Hormiga recortaba los pasos que nos separaban. Su rostro estaba completamente descompuesto, sus ojos brillaban con una oscuridad propia del mismísimo vacío, sus hombros se tensaban hacia delante con cada paso y sus brazos se extendían con violencia, uno de ellos con un arma parecida a la que usó para azotarme aquel día en Las Catatumbas.

Estabilicé mi posición y agarré del pelo a Urraca, elevando su barbilla para dejarle a Hormiga contemplar un primer plano del cuchillo que amenazaba a su hijo.

—No me pongas las cosas fáciles, Hormiga. Tú y yo sabemos el esfuerzo que estoy manteniendo para no haber degollado ya a la pieza de mierda que tienes por hijo.

Hormiga emitió un sonido parecido a una carcajada, pero se detuvo a unos metros de mí. *Bien*.

—¡Mátala, padre! No puede hacerme nada, sabe que sin mí no saldrá de aquí.

Las garras apretaron en mi cabeza y mi mano con el cuchillo se movió rápida, antes siquiera de que recogiera el aire necesario para continuar con mi respiración. Separé el cuchillo de su garganta para arrastrarlo desde la punta de su labio hasta la punta de su oreja, la sangre brotando antes de finalizar mi recorrido por su mejilla.

—Nadie ha dicho que tenga que dejar un cadáver bonito.

No fui capaz de reconocer mi propia voz, más profunda y gutural que nunca, pero las garras estiraron mis labios hacia arriba, haciéndome consciente de la sonrisa psicopática que le dediqué a Hormiga, que respondió con una mueca de intenciones indescifrables. Los alaridos de dolor de Urraca flotaban entre nosotros.

—Más o menos así gritaba tu querido Lobo cuando Caimán arrancaba su delicada piel pegada al hierro ardiente.

Las palabras de Hormiga salieron despacio, muy despacio, obligándome a masticar cada una de

ellas, a sentirlas.

Mis orificios nasales se extendieron con rabia y mis orejas se levantaron. Las garras escarbaban como un toro antes de embestir.

—Te mueres de ganas por clavarle el cuchillo en la garganta a mi hijo, ¿eh? Te esfuerzas por ocultarlo, por autoconvencerte de que no eres ese demonio que te domina, Guindilla. De que solo es una parte de ti que puedes presionar hasta que desaparezca. Pero tú y yo sabemos la verdad. Tú y yo sabemos lo que pasó en aquel puente, con aquel hombre y con tu padre.

Una imagen del pasado se disparó en mi mente por una milésima de segundo: sangre, las vigas de debajo del puente, cristales…

—Tú y yo sabemos que tú eres ese demonio y lo has sido siempre. Eres una asesina. No eres una buena persona, deja ya de jugar a los rescates.

La mano que sujetaba el cuchillo comenzó a temblar en la garganta de Urraca, que llamó a su padre un par de veces sin conseguir su atención. Pero esas llamadas resonaron en mi cabeza como algo lejano, solo la voz de Hormiga me dominaba como una voz conocida, familiar, con palabras que ya había escuchado antes en mi cabeza.

Con el estupor, no me di cuenta de en qué momento Hormiga había adelantado otro paso.

—¿Qué necesitas para apretar el cuchillo? ¿Una excusa? ¿Algo que te ayude a no asfixiarte con tu falsa conciencia después? Muy bien.

Hormiga dio otro paso. Esta vez sí lo registré, sus ojos entornados hacia mí.

—Fue Urraca el que me pidió que torturáramos a Lobo. Fue idea de Urraca bajar a Yira a Las Catatumbas para castigarte a ti. Fue Urraca el que descubrió el poder que tenía el fuego sobre Lobo la anterior vez que estuvo en Las Catatumbas. Fue Urraca el que castigó por primera vez a Lobo. Urraca se encargó de que Caimán hiciera una visita a cualquiera de Las Fuerzas que intentara contactar con Lobo después del… *incidente*. ¿Qué más necesitas?

Mi cabeza zumbaba, la sangre golpeando en mis oídos, como si intentara taponar cualquier palabra más, pero no lo conseguía. Cada frase de Hormiga cortaba por mi piel como el cristal.

—Estoy muy orgulloso de ti, hijo.

A pesar de las palabras de Hormiga, su mirada seguía clavada en mí, retándome, sonriendo. No podía soportarlo. No quería darle la razón. Pero tenía en mis manos al culpable de destrozar la vida de Lobo, a la persona que había mandado castigar a Yira, siendo inocente de absolutamente todo, al hombre que seguiría jugando todos estos juegos macabros si seguía respirando y nadie le paraba…

—Gracias, padre. Cuando capturemos a Lobo, estaré encantado de aplicarle el castigo correspondiente. —Urraca rodó sus ojos hacia mí, el corte desde su labio hasta su oreja goteando sangre—. Y a tu amiga también.

Y al mismo tiempo que los labios de Hormiga se extendían hacia arriba en su rostro, mi mano se deslizó profunda en la piel del cuello de Urraca, después entre sus músculos, cercenando todas las venas y arterias a su paso hasta el otro lado de su garganta, apretando aún más fuerte cuando la resistencia aumentó por el centro. Las garras continuaban arañándome ferozmente en cada parte sensible de mi cuerpo cuando terminé de degollar a Urraca, cuando escuché sus balbuceos, ahogando sus pulmones con su propia sangre, boqueando, intentando inútilmente aferrarse al oxígeno que nos rodeaba. Sus dedos arañaron mi antebrazo por encima de la chaqueta empapada con la sangre que borboteaba del propio Urraca.

Retiré despacio mi cuchillo, pero mis ojos, ni por un solo segundo, dejaron de aguantar la mirada desorbitada de Hormiga al otro lado, la niebla oscureciendo mi vista alrededor de él. Ni

siquiera cuando abandoné por completo el cuerpo de Urraca, quien dio sus últimas arcadas ensangrentadas tendido en el suelo.

76

Lo siguiente que vi fueron las filas de dientes de Hormiga separándose para emitir el alarido más salvaje que había escuchado en mi vida. Absolutamente cualquier ser vivo en la distancia que mi oído acaparaba huyó dejando el crujido de ramas y hojas a su paso.

Hormiga corría, sus piernas cortas clavando cada paso en el asfalto, haciéndolo vibrar. La alargada vara de madera se mantenía firme en el aire, apresada bajo el puño que Hormiga mantenía en alto en carrera. La luna, cómplice, reflectó su luz sobre la punta metálica del arma de Hormiga, en la que yo no había reparado hasta justo antes de que impactara contra las hojas de mis cuchillos, cruzados delante de mí.

El tamaño de mis puñales era diminuto en comparación con el arma de Hormiga, quien apretaba y empujaba hacia abajo intentado romper mi posición.

Mi espalda se arqueaba hacia atrás, punzándome de dolor en un intento por mantener el golpe, atrapando su lanza entre mis dos cuchillos.

Hormiga apretó los dientes, su rostro retorcido con ira y empujó una vez más con su cuerpo, obligándome a presionar una rodilla contra el suelo para mantener mi posición.

Una suave brisa cortó el aire frente a nuestros rostros, impregnándose en mi cabello todavía húmedo.

A una velocidad imposible, Hormiga retiró su lanza y antes de que me diera cuenta, impactó su puño contra mi mandíbula, mis huesos crujiendo debajo de sus dedos. Con todo el equilibrio de mi cuerpo concentrado en su peso, el puñetazo me desequilibró por completo, cayendo de lleno en el suelo. Uno de mis cuchillos escurriéndose por el asfalto.

Escuché el silbido de la vara cortar el aire antes de que Hormiga empujara la lanza con sus dos manos, de arriba abajo, para hundirla justo en mi pecho. Rodé por el asfalto la distancia justa que me separó de la punta de metal, apoyé los pies firmes en el suelo y, con un impulso sobre mis rodillas y mis gemelos, me levanté de un salto. Me vi obligada a retroceder un par de pasos inmediatamente para esquivar el nuevo lance de Hormiga.

Su pelo caía incontrolable por su arrugada frente, su chaqueta se había desabotonado, las solapas inferiores surfeando el aire con cada uno de sus movimientos.

Los dedos de Hormiga se movieron por encima y debajo de la vara de madera, haciéndola girar en el aire a toda velocidad, primero con su mano derecha, luego con la izquierda, sus ojos relampagueaban odio contra mí, un odio punzante y eléctrico.

—Pienso dedicar el resto de mi existencia a mantenerte con la vida justa para poder destrozarte poco a poco. —Hormiga volvió a cambiar su arma de mano.

Apreté mis dientes y lancé un movimiento con mi brazo hacia el de Hormiga, intentando alcanzarle con el cuchillo. Sus labios se arrugaron con diversión cuando no lo conseguí. Con un último giro en sus dedos, apuntó con la parte roma de la vara hacia mis piernas, esgrimiendo un barrido contra ellas para devolverme al suelo, pero mis mejoras, la niebla o el instinto actuaron por mí y mis rodillas se flexionaron hasta elevarme varios centímetros por encima del suelo, por encima del arma. El aire cantando bajo mis pies a su paso.

Aproveché la estabilidad con la que mis pies volvieron al asfalto para lanzar uno de mis cuchillos hacia el brazo que blandía la lanza. A esa corta distancia, el puñal se hundió sin problema en el antebrazo de Hormiga. Sorprendentemente, ni un músculo se movió en su cara, ni un sonido escapó de su garganta.

Tan solo me miró, con una mirada vacía y redonda, registrando mi posición, mi rostro, mis dedos. Como si calculara matemáticamente mi anterior lanzamiento.

Apretó tan fuerte los dedos sobre la lanza, que pude escuchar la madera crujir en su interior y observar los músculos de su brazo empujar debajo del cuchillo. Con un movimiento lento, sin apartar su mirada de mí, su mano contraria rodeó la empuñadura y comenzó a tirar fuerte de la hoja hacia afuera, la sangre acompañando a la salida con un sonido húmedo.

No me dejé intimidar, la niebla había seguido empujando fuerte en la parte inferior de mi cuerpo, hasta que la patada directa que acerté en su pecho le hizo despedirse durante unos segundos en el aire antes de caer de espaldas.

Por el sonido de la hoja metálica, pude averiguar sin mirar dónde había terminado mi cuchillo, pero mi vista no se separó de Hormiga, lanza en mano a pesar de mantenerse en el suelo.

Corrí hacia él, encontrándonos justo cuando terminaba de incorporarse, haciendo bailar la lanza delante de mí al mismo tiempo. Conocía ese movimiento, había registrado lo suficiente su patrón como para esquivar el ataque y conseguir impactar dos puñetazos en su cara antes de golpear su estómago y obligarle a trastabillar hacia atrás. La rapidez con la que las garras de niebla habían movido mis puños dejó a Hormiga tambaleándose.

Impulsada por la adrenalina que subía y bajaba por todo mi cuerpo a la velocidad de la hormona, no me retiré, avanzando los centímetros que le había hecho retroceder y liberé el otro cuchillo, dejándolo caer al suelo. Necesitaba mis manos libres para sentir cada uno de los golpes. Un nuevo puñetazo impactó contra su nariz. La sangre brotó agresiva, espesa, reconfortándose en sus labios. Alterné mis dos brazos para castigar primero su hígado y luego sus costillas. La niebla no me dejaba ver absolutamente nada, todo se había deformado en oscuridad gaseosa. Supe que le había arrinconado, cuando escuché su cabeza golpear el metal de una de las naves.

Pero no podía detenerme, mis brazos ardían y había perdido por completo el control sobre mi respiración. Todo mi ser estaba a merced de la niebla. La niebla oscura y sólida que había desarrollado garras indomables. La niebla que había escondido mi corazón en algún lugar profundo y oscuro. La niebla que había jurado venganza. La niebla que me convertía en el Demonio de las Catatumbas.

La sangre de Hormiga se coló por sus labios cuando abrió su boca, pero la volvió a cerrar cuando hice crujir su mandíbula.

Mi rodilla impactó con una fuerza descomunal contra su vientre bajo y Hormiga se inclinó hacia delante, hasta que le pegué fuerte contra la barbilla. En cuanto su cabeza se elevó, la niebla cerró mis dedos en su garganta.

Y en ese momento, cuando noté su palpitar tranquilo debajo de mi mano, sus ojos brillantes entornados hacia mí y la sangre secándose en su cara, me di cuenta. Hormiga no se estaba defendiendo. Estaba dejando que me agotara, que me pegara a él, que bajara la guardia…

El metal ardió por debajo de mis costillas, rasgando mi piel, trepando por mis músculos superiores, hasta que se detuvo en algún órgano. El sonido de mis vísceras gorgoteando, abriéndose a su paso, inundó mi atención, clavándome en el sitio.

Bajé mi mirada hacia donde la madera de la lanza se hundía dentro de mi costado, la punta de metal invisible y profunda.

Devolví la mirada a Hormiga, incapaz de evitar el terror que la controlaba.

Hace unos meses, antes de entrar en Jungle, morir no me importaba. Siempre había pensado que estaba destinada a hacerlo antes que la media. Por eso no tenía miedo, no tenía nada que mantener ni nadie que dependiera de mí. No tenía nada por lo que luchar, ni siquiera por mí misma. Rohner tenía razón, luchaba porque podía, porque no me importaba el final, no tenía absolutamente nada que perder. Quizá luchar era *yo misma*, buscando inconscientemente esa manera de encontrar el final. O quizá era mi justificación por no haberlo encontrado.

Sin embargo, ahora que tenía tanto, joder, lo tenía absolutamente todo. Ahora, el terror a perderlo era inabarcable.

Mi corazón volvió a aparecer traicionero de donde quisiera que la niebla lo tuviera escondido, simplemente para bombear tan rápido hasta destrozarse en pedazos dentro de mí, hasta que incluso la niebla se arremolinó sumisa a mis pies, deshaciéndose en un ligero humo.

Había estado tan cerca. Por primera vez en mi vida adulta me había permitido soñar, soñar como cuando era niña y buscaba en el Pueblo de la Noche un sitio donde huir. Soñar con una vida en la que Yira y los niños se habían convertido en mi familia, en la que acudía a Hip para pedirle recomendaciones sobre libros, en la que incluso Águila, a pesar de odiarme, formaba parte del círculo. De *mi* círculo.

Me había permitido soñar con Lobo como no me había permitido soñar con nadie antes. Incluso cuando obligaba a mi mente a asfixiar esos pensamientos con él, esas ideas, esos sueños… Mi subconsciente siempre despertaba la ilusión que traía con ellos. Había sido mucho más difícil dominarlo desde aquel día en el tejado, en el que Lobo me abrazó hasta que el sueño me venció. Y, aun así, por la mañana seguía allí, conmigo, envolviéndome.

Me había permitido soñar con que algún día, cada noche sería así. Con él.

Noté la calidez resbalar por mi mejilla antes de que la sal de mi lágrima se colara por mis labios y se mezclara con el sabor ácido que había acudido a mi boca.

Hormiga retorció la vara, haciendo profundizar la punta dentro de mí, mi cuerpo contorsionándose con ella. El arma se hundió otro centímetro antes de que la arrancara de un tirón, agrandando la incisión a su paso. Un calor ardiente ascendió hasta mi cabeza.

Coloqué mis manos en la herida, mis oídos repletos del sonido de la sangre borboteando por mis dedos flojos, sin hacer ningún intento por retenerla. Mis piernas se vencieron ante mi peso y caí de rodillas, mi pantalón humedeciéndose con la sangre derramada.

El pie de Hormiga rebotó furioso contra mi pómulo y me dejé caer en el suelo, arrastrándome por el impacto.

—Ya te dije que no iba a pactar contigo.

De nuevo otra patada impactó sobre mí y rodé por el suelo.

—Tantas opciones… —Hormiga negó con la cabeza.

Forcé mis brazos, apoyando los codos en el suelo para poder levantar mi cabeza, directa hacia Hormiga. Escupí hacia un lado para liberar la sangre que se acumulaba en mi boca y poder pronunciar las palabras que me quemaban en la garganta.

—Date prisa en acabar conmigo, Hormiga. —Mi garganta se tragaba el sonido de las palabras mientras intentaba ahogar el dolor abismal de mis órganos—. Si tengo que escuchar tu asquerosa voz un minuto más, me clavaré yo misma la lanza.

La sangre se había vuelto a acumular en mi boca y era consciente de que se escapaba por los huecos de mis dientes mientras sonreía maníaca hacia Hormiga.

—¡Oh, no! Ya te dije que no pensaba acabar con tu vida miserable. Voy a alargarla hasta que te

consumas poco a poco. Hasta que supliques para que cada día sea el último.

Intenté incorporarme, la chaqueta vertiendo la sangre que había absorbido en mi costado. La madera redondeada impactó sobre mi espalda, doblándome boca abajo en el suelo, donde juré procesar mi más absoluta devoción por la luna, cuando la hoja del cuchillo brilló a tan solo unos centímetros de mí, a una distancia que mis dedos alcanzaron temblorosos, pero efectivos. Escurrí la hoja debajo de la manga de mi chaqueta.

Me sobresalté cuando capté el sonido del metal repiquetear en el asfalto, la lanza siendo abandonada en el suelo. Me giré inmediatamente, con el pecho encogido, maldiciendo ante la posibilidad de que Hormiga hubiera captado mi movimiento.

Sin embargo, Hormiga había dejado su arma para agarrarme por el pelo, mi melena enredada en sus dos diminutas manos. Observé el final del camino por donde habían desaparecido Yira y Lobo, las filas de naves pasando a mi derecha, mientras Hormiga me arrastraba por el suelo, detrás de él, como si fuera un trofeo de caza. Nunca dejaría de llamarme la atención la fuerza que acumulaba en ese cuerpo tan pequeño.

En esa posición, la piel de mi costado se separaba, dejando un rastro de sangre y mortificándome de dolor. La cabeza comenzó a darme vueltas, el sabor ácido me daba ganas de vomitar, pero mi cuerpo no respondía. Mi círculo de visión se estrechaba y cada vez se me hacía más difícil mantener los ojos abiertos. Ráfagas de frío me atacaban desde la mitad de mi tronco hasta la cabeza y los pies, provocando escalofríos fantasmas, que no llegaban a formalizarse, desconectados de mi cuerpo. El costado me ardía y el pómulo me palpitaba horriblemente.

Un espasmo recorrió mi cuerpo entero, esta vez sí, obligándole a reaccionar, encorvando los dedos de mis pies y los de mis manos. En concreto, los de mi mano derecha. Alrededor del plástico rígido de la empuñadura del cuchillo.

No pude evitar el alarido de dolor al rotar mi torso hasta que mi brazo alcanzó la parte trasera del muslo de Hormiga. Más por la sorpresa que por la incisión, Hormiga soltó mi cabellera de golpe, haciendo rebotar mi cabeza en el suelo, enviando un calambre de dolor brutal por todo mi cuerpo, intensificándose en la vibración de mi cerebro.

Pero no dejé que me nublara, que me apagara. Tenía que salir de ahí. Tenía que volver con Yira. Tenía que ver a Lobo. Al menos una vez más. Me había prometido decirle tantas cosas…

Me retorcí en el suelo y arrastré a Hormiga de los tobillos antes de que pudiera reaccionar, su boca impactando en el asfalto.

Sé que gritó varias cosas, que me maldijo y juró otras tantas, pero ninguna penetró. En mi cabeza no quedaba sitio.

Todavía en el suelo, clavé el cuchillo una vez más sobre sus gemelos, Hormiga revolviéndose con fiereza. Pero sabía dónde había impactado, le costaría levantarse algo más que a mí, ventaja que aproveché, elevándome del suelo, con mi mano libre bien apretada en el costado. No me liberó ni del dolor ni de la pérdida de sangre por el movimiento.

Empuñé la punta del cuchillo hacia el cuello de Hormiga, lo suficientemente fuerte como para detener sus movimientos. Si hubiese podido disparar una bala con sus ojos, me hubiese impactado de lleno.

—¿Crees en algún dios, en alguna religión?

Hormiga expulsó el aire enérgicamente por la nariz.

—Puede que haya una posibilidad, de que si te deslizo la hoja por la garganta, como he hecho con tu hijo, os encontréis en otra dimensión.

Apreté más fuerte mi mano en el costado. Cada palabra hacía estremecer mis músculos, y el

dolor volvía mi cabeza tan pesada y mullida que me costaba mantenerla recta, sin que bamboleara hacia los lados.

Dirigí una mirada fugaz a Urraca sin querer, su cuerpo retorcido en el asfalto. Si existía algún dios, o alguna religión, ese no sería el único acto que debería enfrentar en cuanto mi herida terminara de desangrarme o mis órganos perforados de funcionar.

Separé el cuchillo de Hormiga sin dejar de apuntarle, obligándole a mantenerse estático. Aun así, tuve que presenciar su sonrisa sarcástica.

—Pero me parece más divertida la idea de manteneros separados.

Y todo mi cuerpo crujió cuando me elevé del suelo hasta impactar con mis dos pies encima de la tibia de Hormiga.

Por segunda vez en la noche, hice gritar a Hormiga de dolor y su cuerpo se retorció en el asfalto.

Por un minuto me mantuve en el suelo, en el mismo lugar donde había aterrizado después de fracturar la pierna de Hormiga, incapaz de amortiguar el dolor del salto. Pero había asegurado mi huida, había asegurado que Hormiga no pudiera seguirme. A pesar de que todo lo que quedaba de mí me suplicaba que me quedara allí, me anclaba al alquitrán del asfalto, una pequeña parte, la parte que se había despertado cuando nació Guindilla, esa parte fue la que me palmeó la espalda como una mano invisible superando cualquier intención de rendirme. Guindilla sí que tenía algo por lo que luchar. Guindilla tenía un futuro.

Guindilla merecía la pena.

Apreté los dientes guardándome dentro el aullido que sabía que, si expulsaba, azotaría con más dolor mi costado y me levanté. No escuché la voz de Hormiga mientras se arrastraba hacia el muro, no escuché los pájaros sobrevolar mi cabeza, no escuché la sangre gotear en mi camino, ni mis pies arrastrarse mientras caminé y caminé hacia donde vi perderse por última vez a Yira y Lobo.

Dejé de atender el dolor de mi pecho, y el de mi costado, y el de cualquier zona de mi cuerpo. Solo caminé, con una mano taponando la herida y otra sujetando todavía el cuchillo con las palmeras blancas bajo mi palma. Y frío. Un viejo conocido frío álgido volvía a reclamar lo que era suyo y en su día fue negado en el tejado de La Guarida.

Caminé a traspiés por la línea grabada en el asfalto hasta que la sangre acumulada en mi cuerpo dejó de ser suficiente como para seguir regando mis piernas y quedaron inservibles. Para entonces, mi cabeza había hecho separarme lo suficiente de la realidad como para no notar las piedrecitas de asfalto clavándose en mi rostro cuando impactó contra el suelo.

Dos orbes redondos de luz deslumbraron mis ojos, obligándolos a cerrarlos con la consecuencia de no poder abrirlos más. Y entonces, dejé de sentir mi cuerpo, dejé de sentir mi sangre correr y gotear por el costado, dejé de ser consciente de si mis pulmones capturaban o no el oxígeno que necesitaban, dejé de sentir dolor.

Mi sentido mejorado del oído iba y venía, convirtiéndose en lo único que me anclaba al mundo que tenía claro que estaba abandonando. Pero, aun así, en esos momentos, creí que hasta mis oídos me traicionaban.

Escuché un rugido terrorífico y abisal que me hubiese hecho temblar si hubiese sido real. O si mi cuerpo fuera capaz de sentir algo.

«No…». Mis oídos me hicieron imaginar la voz de Yira con esas palabras. Luego un gemido.

Juré que escuchaba la voz de Lobo, acariciándome, sin palabras. Solo su voz. Algo en mí quiso pegarse a ella, aferrarse a aquello. Si no era para quedarme con él, al menos para llevarme esa

voz conmigo. Sé que en lo más profundo de mi ser hice un intento desesperado por convocar a la niebla, las garras. Por alguna estúpida razón sentía que ellas eran capaces de mantenerme con vida, de mantenerme luchando. Así había sido hasta ahora.

«Apártate». Una tercera voz. Masculina, conocida, pero indescifrable para mí en esos momentos.

Un puñetazo. Un crujido de algún hueso. Un golpe contra el suelo.

Y después, silencio. El silencio más tétrico que había escuchado en mi vida me invadió. Y yo le acogí.

77

Me perdí en la oscuridad y el vacío. En una sensación de estar navegando en un océano de agua oscura y aceitosa, espesa y pegajosa. No podía ver nada, solo registraba la sensación desesperada de intentar mantenerme a flote en ese contenido petrolífero.

Y como imitando mi lucha por deshacerme de aquello, delante de mí se comenzó a formar una figura. Indefinida primero. Con brazos después. Su torso sobresalía del líquido, ondeándose encima de él, sus piernas cubiertas por la oscuridad. Sé que me detuve. Mi cuerpo se detuvo y me di cuenta de que mi torso sobresalía ahora del agua turbia de la misma manera que la figura frente a mí.

Teníamos el mismo tamaño, los brazos sobresalían a la misma altura, nuestra cintura se estrechaba y ensanchaba por los mismos lugares. Pero la figura no tenía rostro. O al menos la delicada luz que la recortaba no me dejaba verlo.

Lo que sí que pude ver con claridad fueron las enormes garras plateadas reflejando la luz. Se curvaban hacia adelante, moviéndose cada una independiente de la otra, descendiendo en orden, de una en una, para ascender de nuevo con la misma armonía. Una vez y otra, como si arañaran el aire inexistente de aquel lugar.

La luz brilló un tono más. A pesar de eso, la figura continuaba formándose completamente negra, opaca, sin reflejar ninguna luz más allá de las garras, absorbiendo cada tenue rayo hacia el abismo que era esa figura.

Me mantuve fija en su rostro, adaptando mis ojos a él, necesitando comprobar la identidad de aquella figura. Me acerqué más a ella, luchando por moverme entre el líquido pegajoso, mis piernas atrapadas en él. Mis movimientos no emitían ningún sonido, el agua tampoco, la figura tampoco. Todo aquello estaba vacío, de sonido, de aire, de vida.

Pude intuir la sombra de unos ojos cerrados en la figura, pero no era más que un esbozo, necesitaba seguir acercándome. Más. Un poco más.

Algo blanco centelleó en el rostro y no pude mover mis piernas debajo del líquido petrolífero cuando unos dientes, capitaneados por cuatro poderosos y agudos colmillos, se abrieron a un palmo de mí. Pero fueron las garras las que se clavaron en mis hombros, atrapándome en ellas, como si fuera la presa viva de un halcón.

Pero no sentí nada, ninguna emoción, ningún dolor físico, hasta que me encontré con los ojos de la figura, por fin abiertos. Y la luz regresó.

«Todavía no».

78

Una pálida luz, opacada por unas densas cortinas granate bañó mi rostro. Las lágrimas escocieron en mis ojos cuando los cerré y abrí un par de veces antes de poder recibir los rayos diurnos directamente. Las motas de polvo bailaban atrapadas en el tramo de luz.

Mi cabeza me pesaba, pero una superficie mullida y elevada la recogía. Eran almohadas. Almohadas suaves y con olor a… No eran las almohadas las que me hicieron vibrar con el aroma a cítrico que ondeó debajo de mi nariz, suave, antes de desaparecer con mi profunda inhalación.

Rodeé la habitación con mis ojos: paredes de piedra clara, unas sábanas blancas cubriendo mi cuerpo, otros cobertores de material grueso sobre mis pies al final de la cama, una única ventana, pero enorme, enfrente de mí, recta por los lados, en forma de bóveda por la parte superior, las cortinas gruesas y aterciopeladas taponándola en su mayoría.

Giré lentamente el cuello hacia mi izquierda, el crujido de mis articulaciones retumbó en mis oídos. Un escritorio se pegaba a la pared del fondo, donde lucía apagada una chimenea, sin embargo, la silla que acompañaba a aquel conjunto de muebles estaba al lado de mi cama. Lobo se recostaba sobre ella, con los brazos cruzados sobre su pecho, completamente dormido. Uno de ellos envuelto en vendas que se perdían por debajo de la manga de su camiseta.

Probé a girarme debajo de las sábanas, para poder capturar mejor esa imagen, pero intenté detener el gemido de mi boca demasiado tarde. Los párpados de Lobo se separaron como enemigos mortales y antes de apoyar de nuevo mi cabeza en la almohada, Lobo ya estaba de pie, sus piernas pegadas a mi lado del colchón.

Ni un solo rasgo de su cara señalaba que acababa de despertarse, su rostro en guardia. Volví a inspirar ese aroma anaranjado cuando los dedos callosos de Lobo acariciaron mi mejilla.

—Hey, ¿cómo estás?

Sus facciones duras y prominentes se habían difuminado suaves mientras el gris claro de sus ojos registraba mi rostro, en busca de algún síntoma de dolor.

—Viva. Creo.

Mi boca estaba completamente seca y las palabras rasparon al salir.

Lobo expulsó el aire por la nariz, no sé si divertido o aliviado, pero sus ojos no se separaban de mí.

—¿Dónde…? —Carraspeé intentando eliminar la sensación arenosa de mi garganta.

Lobo agarró un vaso de agua de una de las mesillas de al lado de la cama y me lo entregó, para después ayudarme a incorporarme. Cada gesto que hacía me obligaba a emitir un gemido profundo a pesar de presionar mis dientes para intentar enjaularlos. Noté que la frente de Lobo se arrugaba por encima de sus cejas oscuras, pero no separó sus enormes manos de mi cuerpo ni un segundo, guiando mis movimientos.

Bebí hasta vaciar el vaso y lo devolví de nuevo a la mesilla para liberar mis manos y poder retirar las sábanas encima de mí. Ninguna camiseta cubría mi cuerpo debajo de ellas, dejándome ver perfectamente el apósito que cubría casi todo mi costado.

Dirigí un par de dedos hacia él, resbalándolos por la superficie de gasa, comprobando que era real. Que mi cuerpo era real. Que la incisión era real. El calambre de dolor nada más posar mis

dedos sobre ella fue suficiente para confirmarlo.

Cuando mi cuerpo se encogió por el roce, Lobo agarró delicadamente mi mano, separándome de la herida y volviendo a cubrirme con la sábana.

—Ha faltado poco, Guindilla. —Su voz era más grave de lo que recordaba.

Retiré mi visión de la gasa y me fijé en Lobo, sus iris grisáceos ahora oscurecidos. Un torrente de imágenes se mezcló en mi cabeza: Hormiga, la lanza, el cuerpo retorcido de Urraca, la sensación de sangre en mis manos, un puente, cristales…

Apreté fuerte la mano de Lobo.

—No quería —aclaré de nuevo mi garganta, no era la sequedad lo que ahora me raspaba—. No quería morir.

El colchón se hundió a mi lado cuando, como un fantasma, rápido pero ligero, Lobo se sentó en él, pegado a mí, sin soltar mi mano.

—Estás viva, Guindilla.

Sus manos acariciaron mi frente y luego mi mandíbula, mi barbilla; sin pasar por mi pómulo. Aun así, la presión punzante sobre él era inevitable después de la patada que Hormiga acertó justo en mi mejilla.

—Estás viva. —Volvió a susurrar, más para él que para mí.

Agarré su cara con mis dos manos, acercándola hacia la mía. Su ceja todavía registraba un corte profundo y su mandíbula se amorataba por debajo de su barba. Pero sus labios volvían a tener el color carnoso que había desaparecido la última vez que los besé en Las Catatumbas.

Y volvían a tener esa sedosidad, ese calor, esa firmeza que hacía temblar cada parte de mi cuerpo hasta destruir cualquier muro, cualquier espina clavada en partes sin iluminar de mi ser.

Lobo mantuvo el beso despacio, suave, con su lengua resbalando solamente para reconocer cada parte de mí, para comprobar que todo seguía intacto, para acariciarme desde el interior.

El calor templado de Lobo nos envolvió a los dos mientras se inclinaba sobre mí, sentado a mi lado. Cuando se aseguró de que todo estaba bien, de que yo estaba allí, se retiró de mí. Sus ojos me registraron de arriba abajo. Una sonrisa maliciosa le iluminó.

—Tienes una pinta horrible, Reina del Infierno.

—Tú tampoco es que estés para hacer un anuncio de colonia, precisamente.

Y apreté mis dedos contra su mandíbula, justo encima de la marca amoratada que escondía su barba. Lobo se retiró de mi agarre, siseando entre dientes, observándome reír triunfante.

—¿No te has recuperado y ya estás buscando pelea?

Desfiló un dedo suave por mi barbilla, luego por mi clavícula, tomándose su tiempo hasta bajar despacio por mi garganta, su vista centelleando encima de mí. Me vi obligada a cerrar los ojos para ser capaz de sobreponerme a su tacto y no darle el gusto de quedarme sin palabras.

—Para ti, tengo mucha munición todavía, Lobo.

Y en cuanto su nombre salió de mis labios, Lobo los presionó contra los suyos, furiosos y efervescentes, conscientes de una realidad que hasta ahora creían negada, agarrando lo que por fin era suyo. Y fue en ese momento en el que mis labios fueron conscientes de que Lobo no solo me tomaba a mí, no solo estaba reclamando a Guindilla, sino a todo lo que viajaba conmigo.

Lobo me agarró por debajo de mis codos, pegándose más a mí, dejando el espacio justo para no rozar mis zonas heridas, y apretó su beso. Su lengua se peleó en mi boca hasta que su mano subió por mi pelo, inclinándome despacio hacia atrás, abriéndose camino. El gemido que escapó por mi garganta nada tenía que ver con el costado perforado, pero fue suficiente para que Lobo se retirara, atrapando mi labio inferior con sus dientes antes de separarse del todo.

El aroma cítrico volvió a pasear debajo de mi nariz cuando enredé mis dedos en su pelo. Lobo curvó sus labios hacia un lado e inspiró profundamente.

«Este es el aroma que quiero para el resto de mi vida, Guindilla».

Sus palabras sonaron claras, sin un eco, sin una interferencia, directas en mi cabeza, mientras yo seguía perdida en Lobo, su boca muda y sus cejas elevadas, su presencia volcada sobre mí. *En mí*.

Fruncí el ceño y sonreí a la vez, sin ser capaz de separar la sorpresa de la incertidumbre de su mensaje, pero un par de golpes sonaron sobre la madera maciza y oscura de la puerta al otro lado de la habitación. Lobo se mantuvo sentado en el borde de la cama cuando los tirabuzones oscuros de Yira asomaron por el marco de la puerta a medio abrir.

—Por fin te has despertado.

Su rostro brillaba, su sonrisa alcanzaba sus orejas y su trote la introdujo en la habitación en un abrir y cerrar de ojos, inundándola de entusiasmo. Le devolví la sonrisa, contenta de volver a verla.

Lobo se levantó de la cama, sujetando todavía mi brazo, sin prestar atención al punto donde Yira se había detenido, en medio de la habitación.

—Voy a avisar a la doctora.

Y con un pequeño apretón en mi brazo, Lobo cruzó la habitación y cerró la puerta al salir.

Yira aprovechó su ausencia para acercarse a la cama.

—¿Qué tal estás?

—Me duele absolutamente todo, pero aparte de eso… ¿Dónde estamos?

Yira rodó sus ojos alrededor de la habitación, como si ella necesitara también comprobar dónde nos encontrábamos.

—Era un antiguo castillo.

Sus labios se cerraron y levanté mis cejas hacia ella, mi pómulo hinchado gruñendo ante el gesto. Yira se sentó en la silla donde había dormido Lobo.

—Águila nos trajo hasta aquí. Pertenece a la doctora Carmona.

Mis ojos se abrieron hacia ella.

—¿Julia Carmona?

Yira asintió con la cabeza.

—Águila lleva algunos años trabajando con ella, fuera de Las Fuerzas, claro. Cuando Hormiga invadió el Proyecto Jungle y se hizo cargo de él, ofrecieron a Carmona una enorme cantidad de dinero para que desapareciera. Águila dice que este es un lugar seguro y hasta ahora Carmona nos ha ayudado con todo. Te operó de emergencia en cuanto llegamos contigo.

—¿Me operó? ¿Cuando llegasteis conmigo?

No recordaba absolutamente nada después de mi enfrentamiento con Hormiga y no sé por qué, esa sensación de laguna mental me enfurecía.

—Estamos en una aldea más allá de las colinas y este castillo ahora es un hospital regentado por Carmona. Tiene que ser una doctora excelente, porque cuando llegamos, por lo visto, llevabas varios minutos sin que tu corazón bombeara, habías perdido muchísima sangre, tu hígado y bazo estaban perforados y habían provocado un sangrado interno.

Yira enunció aquel informe médico de carrerilla, como si lo hubiera memorizado para cantarlo una única vez. Ese debió de ser el motivo por el que cambió de tema radicalmente.

—Y Lobo ¿qué?

Sus cejas subieron y bajaron en su frente un par de veces a la vez que me iluminaba con una

sonrisa aguda, su cuerpo inclinado hacia delante en la silla y sus codos apoyados sobre sus muslos, sujetando su barbilla.

—No sé a qué te refieres… —Me reí antes de acabar la frase.

—Me refiero… —Yira siguió actuando como si se tomara mis palabras en serio—. A que bajaste hasta Las Catatumbas para recuperarle, a cómo le mirabas cuando salimos de allí, a cómo te acarició el pelo… Ah, bueno, y al pequeño detalle de que cuando te encontramos tirada en el suelo, pasadas las naves, prácticamente muerta, Lobo se tiró a tus pies rugiendo como una bestia. A que cuando León intentó separarle de ti para poder reanimarte, le pegó tal puñetazo que le mandó al suelo directo. O a que desde que llegamos aquí, no ha abandonado tu habitación y se ha limitado a gruñir y a amenazar con la mirada a cualquiera que entrara.

Yira cambió de posición, pasando una pierna por encima de la otra y cruzando sus brazos.

—Creo que esto va de algo más que solamente *caerte bien*, ¿no?

La herida punzó en mi costado cuando no pude reprimir la risa ante la indignación dramática de Yira. Pero había algo que había captado mi atención más allá de las suposiciones acertadas de mi amiga.

—¿Has dicho que Lobo pegó a León? ¿Qué hacía León con vosotros?

Yira relajó sus brazos y cambió el rostro divertido por uno más tenso.

—Necesitábamos pasar la barrera de Las Fuerzas antes de encontrarnos con Águila. Por el pinganillo ya me había avisado de que la zona estaría limpia, que ella se había encargado de ello. Pero antes de llegar a la barrera, León apareció en uno de los vehículos de Las Fuerzas, directo hacia nosotros. Por lo visto, León tiene oídos en varios sitios y se había enterado de que Lobo estaba en Las Catatumbas y por eso andaba por allí. Cuando subimos en su coche volvimos a por ti, pero —el ceño de Yira se frunció— llegamos un poco tarde.

—¿León también está en el castillo?

—No, León volvió a Las Fuerzas. Nos amenazó durante todo el camino para que nadie se enterara de que fue él el que nos recogió.

—¿León entonces sabe dónde estamos?

—Sí… No podíamos arriesgarnos a ir hasta el punto de encuentro seguro con Águila, tardaríamos el doble y tú… Ya estabas muerta cuando entramos en el castillo.

Tragué saliva fuertemente, un nudo grueso convertía la tarea en algo imposible.

—No dirá nada, Guin. Le costaría todo lo que tiene.

Respiré profundamente, empujando este dato hacia el fondo de mi mente, con otros tantos. Preocuparme ahora por eso no servía para nada.

—¿Y los niños?

—Están bien. Encantados con su nueva habitación.

En ese mismo instante la puerta se abrió, dejando paso a Lobo, acompañado de una señora de mediana edad, con el pelo oscuro rayado por mechones grises recogido en una coleta baja. Unas bolsas oscuras caían por debajo de sus ojos marrones casi negros cuando se acercó al borde de mi cama y prácticamente lanzó una pequeña mochila encima de la mesilla.

—Todo el mundo fuera, no necesito a nadie revoloteando a mi alrededor mientras trabajo. —La voz de la doctora sonó ronca entre las paredes de piedra de la habitación.

Yira se tensó hasta levantarse de un salto de la silla, sus pasos directos hacia la puerta, desde donde escuché a Lobo gruñir en tono bajo, pero incontrolable. Yira no había exagerado con el comportamiento de Lobo.

La doctora ignoró por completo al resto de la habitación, incluida a mí, mientras comenzaba a

rebuscar algo en la mochila. Me giré hacia la puerta, Lobo apoyado sobre el marco, con los brazos cruzados, sus ojos danzando entre mi rostro y los gestos de la doctora. Yira le pasó a cierta distancia, abandonando la habitación, pero no sin antes recriminarle con la mirada. Lobo ni se inmutó.

—Lo mismo que estás haciendo aquí dentro, puedes hacerlo fuera. Cierra la puerta cuando salgas.

Y esta vez, la doctora sí que se tomó el tiempo de girarse hacia Lobo y lanzarle las palabras directamente. Comprobé cómo el cuerpo de Lobo se erguía rígido en la puerta, liberando sus brazos del nudo en su pecho, colgándolos a sus lados. Pero sus pies no se separaron de la entrada.

La doctora y Lobo intercambiaron miradas en silencio durante unos segundos, siendo capaces de cortar cualquier cosa o a cualquiera que atravesara esa linde.

Pero Lobo interrumpió esa conexión tirante para fijarse en mí, reflexivo. Aproveché para dedicarle una sonrisa tranquila, ligera, que le hiciera entender que podía irse y asentí levemente con la cabeza.

Por suerte, fue suficiente para que Lobo se girara, sin dedicarle ninguna mirada más a la doctora.

—Estaré aquí fuera.

Y la madera de la puerta crujió al cerrarse.

79

Carmona trabajó en silencio, las líneas de su cara frías y duras, añadiéndole más años de los que posiblemente tenía. Su aspecto podía ser descuidado e intimidante y ninguna bata la identificaba como doctora, pero sus movimientos eran precisos y seguros.

—Yira dice que cuando llegué estaba muerta.

Carmona había dejado el último instrumento dentro de la mochila y se había cruzado de brazos a mi lado, su mirada dura contra mí.

—Tu corazón se había detenido, sí. Pero tienes síntomas de que tu miocardio ya había fallado antes aunque ahora ya no quede rastro de eso. Tampoco tienes bazo, tuve que extirparlo, pero tu hígado y los músculos rasgados se están recuperando a una velocidad nada normal.

La observé confusa, sin ser capaz de comprender la envergadura del diagnóstico que tan estoicamente me presentaba. Algo en su tono y sus palabras me molestaba. Tenía claro que no era la falta de pena o suavidad en sus palabras. No las quería. Era otra cosa.

—Llevas durmiendo dos días. Además de la perforación, tu metabolismo reaccionaba como si hubieses corrido diez maratones seguidas, una detrás de otra, con lo que eso implica para tu cuerpo…

—¿Cuánto voy a tardar en volver a la normalidad?

Ignoré la mueca en su cara desaprobando mi interrupción, pero yo no quería seguir escuchando cómo Hormiga había maltratado mi cuerpo. Solo necesitaba saber cuándo iba a dejar de encontrarme tan mal, tan débil, tan inútil…

—Con la velocidad a la que te regeneras, en un par de días solo tendrás que estar pendiente de que no se te abra la herida, el resto de tus funciones estarán trabajando a un nivel óptimo y podrás moverte de la cama. Aunque tardarás unas tres semanas al menos en poder hacer vida normal.

Me relajé en la cama. Un par de días. Bueno, no era tanto tiempo y de verdad me sentía como si hubiese corrido varias maratones, sin haber corrido yo en mi vida ninguna. Ni se me esperaba. Esos entretenimientos eran para la gente del Centro.

—Ahora cuéntame qué es lo que pasó. Porque, o tus amigos de verdad no lo saben, o son muy buenos guardando secretos. —Carmona disparó una mirada fugaz a la puerta. Seguía cerrada.

—Ellos no estaban cuando pasó. —Fruncí el ceño hacia ella. Por un momento, me enfureció la idea de que Carmona hubiese interrogado a Yira y Lobo.

—Qué. Es. Lo. Que. Pasó. —Carmona marcó cada una de las palabras.

Dudé por un momento si inventarme una ligera amnesia, alegar que todo lo sucedido desde que salimos de los túneles había desaparecido de mi cabeza. Repetirlo tantas veces hasta que se hiciera real.

—Lo del costado fue con una lanza —contesté aburrida, rozando la nueva venda que había colocado ella tan solo unos momentos antes—. Lo del pómulo, una patada y los demás golpes —miré mis brazos, llenos de moratones y pequeños cortes. Me encogí de hombros— no lo sé.

Carmona me estudió unos segundos, sus ojos presionándome para conseguir más información. Pero tan solo le devolví la mirada, fingiendo una confusión inexistente.

—¿Quién?

Más que una pregunta, fue un ladrido. Ahora fui yo la que comprobó la puerta antes de contestar.

—Hormiga. Y sus soldados —añadí después de unos segundos, no quería darle todo el mérito de mi estado a Hormiga.

—¿Las Fuerzas?

Negué con la cabeza.

—Bien.

Carmona había comenzado a moverse, recogiendo la mochila y separándose de la cama. Pero antes de llegar a la puerta se detuvo, volviéndose hacia mí.

—¿Qué te tomaste?

La miré extrañada, esta vez de verdad. No sabía a qué se refería.

—En tu sangre había algo más. Y tus índices estaban demasiado alterados incluso para la gravedad de tus lesiones. ¿Qué te tomaste?

—Rohner experimentaba conmigo y con una hormona para elevar mis mejoras.

La cara de Carmona se arrugó y se acercó un paso hacia mi cama.

—¿Rohner?

La atención de Carmona se volcó por completo hacia mí. Su semblante concentrado me obligó a seguir hablando, como si yo tuviera la clave de algo.

—Tres inyecciones cada día. Rohner me hacía esperar una hora antes de inyectarme la siguiente dosis.

Carmona elevó sus ojos al techo, como intentando buscar la respuesta de algo allí.

—¿Cuánto tiempo hacía que Rohner te había inyectado la última dosis cuando Hormiga te atacó?

—Algo más de una hora. Las tres dosis.

Ahora era Carmona la que no pudo esconder su rostro perplejo. Suspiré por el esfuerzo que me implicaba seguir hablando, arrastrando una punzada de dolor por todo mi cuerpo, cansado y destrozado.

—Rohner no me inyectó nada ese día. Fui yo. Me inyecté las tres dosis, una detrás de otra. —Comencé a elevar el tono—. Y si no lo hubiese hecho, probablemente no habría salido de allí.

Carmona se separó por fin de la cama. A pesar de su rostro frío y duro, podía leer perfectamente cómo hilaba ideas y hacía cálculos en su cabeza hasta que me dio la espalda.

—Voy a necesitar más información sobre esto, Guindilla. Cuando hayas descansado y no estés tan insoportable, ven a verme.

Me giré hacia la puerta a la que ella se dirigía, de nuevo el dolor estrellándose en diferentes puntos de mi sistema nervioso me puso los dientes a chirriar, la respuesta biliar a su comentario preparándose en mis labios. Pero Carmona no me dio opción.

—Le diré a Lobo que te suba algo de comer.

Quince minutos después, Lobo y una bandeja con varios platos aparecieron en la habitación.

80

Ahora, Lobo dormía en el centro de la cama y la luna a medio decrecer me acompañaba desde el ventanal gigante de mi habitación. De pie, delante de ella, le enviaba en silencio mensajes de gratitud, haciéndola responsable de mis victorias durante estas semanas. A pesar de mi concentración y puro encomendamiento, no era suficiente para vaciar mi cabeza, para eliminar el recuerdo de la pesadilla que me acechaba y perseguía cada vez que el sueño me sucumbía.

Hormiga había sabido cómo jugar la partida. Hormiga no solo era prácticamente letal en el combate, como había comprobado. Sino que conocía teclas sobre mí en las que impactar, que yo ni siquiera tenía presente. Y a pesar de haberle sobrevivido, por los pelos, el dardo envenenado que me lanzó, obligándome a recordar aquel día… Todavía se mantenía en mi cuerpo, en mi sangre, en mis neuronas, intoxicándolo todo a su paso, obligándome a revivir ese momento escondido incluso por debajo de la niebla, una y otra vez, dormida o despierta.

No fue el cuello de Urraca el primero que degollé en mi vida. Ni siquiera era mayor de edad cuando hundí el trozo de cristal en la garganta de aquel hombre en los puentes de las fronteras. Durante mucho tiempo me horrorizó la idea de seguir con vida simplemente por mi deuda pendiente con él, esperando a cobrarse en cualquier momento. Después de Urraca… Una deuda más que añadirle a la vida. Era difícil dormir pensando en *qué* me convertían a mí esas deudas.

El aliento suave de Lobo flotó en mi oreja, resbalando por mi cuello, mientras sus brazos se enredaban despacio por mi cintura, encontrándose en mi vientre. Cerré los ojos e inspiré profundamente, llenándome de su aroma, de su esencia, de él.

—¿No puedes dormir?

Acaricié sus manos con las mías y me incliné hacia atrás, persiguiendo su voz, hasta que mi cabeza se detuvo en su pecho desnudo. Lobo aprovechó para acomodar su barbilla en el hueco entre mi cuello y mi hombro, su barba cosquilleando en mi piel.

Rodé mis dedos por su brazo. Las vendas ya no eran necesarias, pero las nuevas heridas todavía lucían tiernas, enrojecidas y comenzando a cicatrizar. Por un momento, me concentré en ellas, para luego ignorarlas a mi paso, mientras mis dedos se entretenían con la piel gruesa y abultada de las cicatrices antiguas.

—Son un recordatorio.

La voz de Lobo vibró en mi espalda mientras giraba su brazo hacia mí, facilitándome el acceso al resto al resto de cicatrices. Terminé de repasarlas, mi dedo desfilando por ellas, una a una, de distintos tamaños, pero cortas y diversas.

Me giré entre sus brazos, ganándome una punzada de dolor de mi costado, todavía en proceso de recuperación. Sus manos se aferraron rápido a la parte baja de mi espalda, pero mis dedos continuaron el recorrido de cicatrices por su bíceps.

—¿De qué?

Lo abracé con un solo brazo, sin perder el camino de marcas en su piel con mi otra mano.

—De quién soy realmente.

Mi dedo se detuvo en una de las cicatrices más largas. La piel maltratada rebosaba de dureza por encima del músculo macizo de su bíceps. Incliné mi espalda hacia atrás, sin abandonar su

abrazo, la distancia justa para que mis ojos encontraran los de Lobo, aclarados con el brillo de la luna desde la ventana frente a él.

—De que intenté ayudar a Conejo. De que intenté salir de Jungle. De todo lo que Urraca me arrebató. Cada cicatriz es una confirmación de que no soy un traidor. Y por eso fui castigado.

Su mirada se había perdido en la luna, en cualquier cuenta pendiente que él también tuviera con ella.

Redirigí su cara hacia mí con una mano, suave.

—Lobo, tú no eres un traidor.

Simplemente me sonrió. Era una sonrisa sincera, tranquila, sencilla. Lobo no necesitaba que yo le confirmara quién era. Lobo había hecho ese ejercicio por sí mismo, solo, durante todo este tiempo y no se había roto. Lobo no me necesitaba. Aun así, cada gesto, cada palabra, me pegaban más a él.

Me deleité en los detalles de su pelo alborotado, sus párpados relajados, el sonido sedoso de sus dedos acariciando mi espalda… Casi. Casi pierdo todo esto.

¿Y si Urraca hubiese conseguido romper a Lobo en estos años? ¿Y si yo no hubiese llegado a tiempo a Las Catatumbas? ¿Y si no hubiese podido sacarle de allí?

Retiré mi vista sobre él, intentando, de alguna manera, romper mi línea de pensamientos. Me entretuve en su pecho, repasando con un único dedo la serigrafía grabada en la chapa de metal de su cuello. Las letras se cortaban en el trozo desaparecido, pero era innegable que pertenecía a Las Fuerzas. ¿Otro recordatorio? Esa era una historia para otro momento.

—¿Y ahora qué? —le pregunté distraída, mis palabras no más que un susurro.

Ni siquiera quería saber la respuesta a esa pregunta. Ni siquiera sabía a qué me refería exactamente. Había sido un estúpido intento por ordenar algo que ni siquiera quería sacar a la luz.

Una tímida sacudida me envolvió cuando los dedos de Lobo rozaron mi cuello, empujando mi pelo por detrás de mi hombro. Con el camino despejado, sus labios descansaron detrás de mi oreja, bajando hasta mi lóbulo, pellizcándolo. El calor comenzó a subir por mi cuerpo.

—Vivir, Guindilla. Podemos hacer lo que queramos. Ir donde queramos. —Sus palabras humedecieron mi piel.

—Hasta que Hormiga nos encuentre.

Los besos se detuvieron, pero su boca no se separó de mí, escondiéndose en mi cuello.

—O hasta que le encuentre yo. Y en eso, tenemos ventaja.

El tiempo que pasé buscando mis siguientes palabras fue suficiente para que su cabeza se separara de mi piel, que ardía con su tacto y sufría su ausencia. Después, le siguieron sus manos abandonando mis caderas, hasta que su pecho dejó de presionar sobre el mío. Sus palabras cayeron con tanto peso que llenaron el espacio físico que acababa de formar Lobo entre nosotros.

—Debía haberle olido. Debía haberme quedado contigo.

Di un ligero pasito para acortar la distancia que nos separaba, empujando hacia fuera las palabras de Lobo y lo abracé rodeando su espalda con mis manos por debajo de sus brazos. Su rostro reflejaba completo mármol.

—Lobo, no podías olerle, tus mejoras estaban anuladas. Quedándote conmigo solo hubieses conseguido que te mataran.

Hasta que mis palabras no sonaron en voz alta, no me di cuenta de cómo apretaban dentro de mí. Escuché cómo sus latidos se aceleraban contra mi pecho y le apreté más contra mí,

dejándome apoyar mi cabeza en sus pectorales. Una tremenda exhalación peinó mi cabello cuando Lobo colocó su barbilla sobre mi cabeza.

—No me sirve de nada vivir si tú estás muerta, Guindilla.

—Puff… Demasiado romántico.

Lobo pellizcó la carne de mis caderas y chascó su lengua, molesto o quizá resignado, pero divertido. Yo solo pude sonreír contra su pecho.

—Dejémoslo en que, por un tiempo, intentaremos no morir ninguno de los dos. ¿Vale?

Sentí cómo Lobo se tensaba sobre mí, recogiéndome, asegurándome contra él. Y, escondida sobre su pecho, atrevida por la protección que me procesaba, le susurré la vulnerabilidad que me aterraba:

—Yo tampoco soportaría mi nueva vida si tú no estás.